

MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO

XIX

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA / MADRID

Memorias Biográficas
de
San Juan Bosco
XIX

Traducción del italiano por
BASILIO BUSTILLO

© Central Catequística Salesiana C.C.S.
ISBN: 84-7043-534-5
ISBN: 84-7043-200-1 (O.C.)
Depósito legal: M. 11.786-1989
Imprime: Instituto Politécnico Salesianos Atocha
Encuadernación: Ruisán
Papel: Offset Duna de Torras Hostench

MEMORIAS BIOGRAFICAS
DE SAN
JUAN BOSCO

EUGENIO CERIA

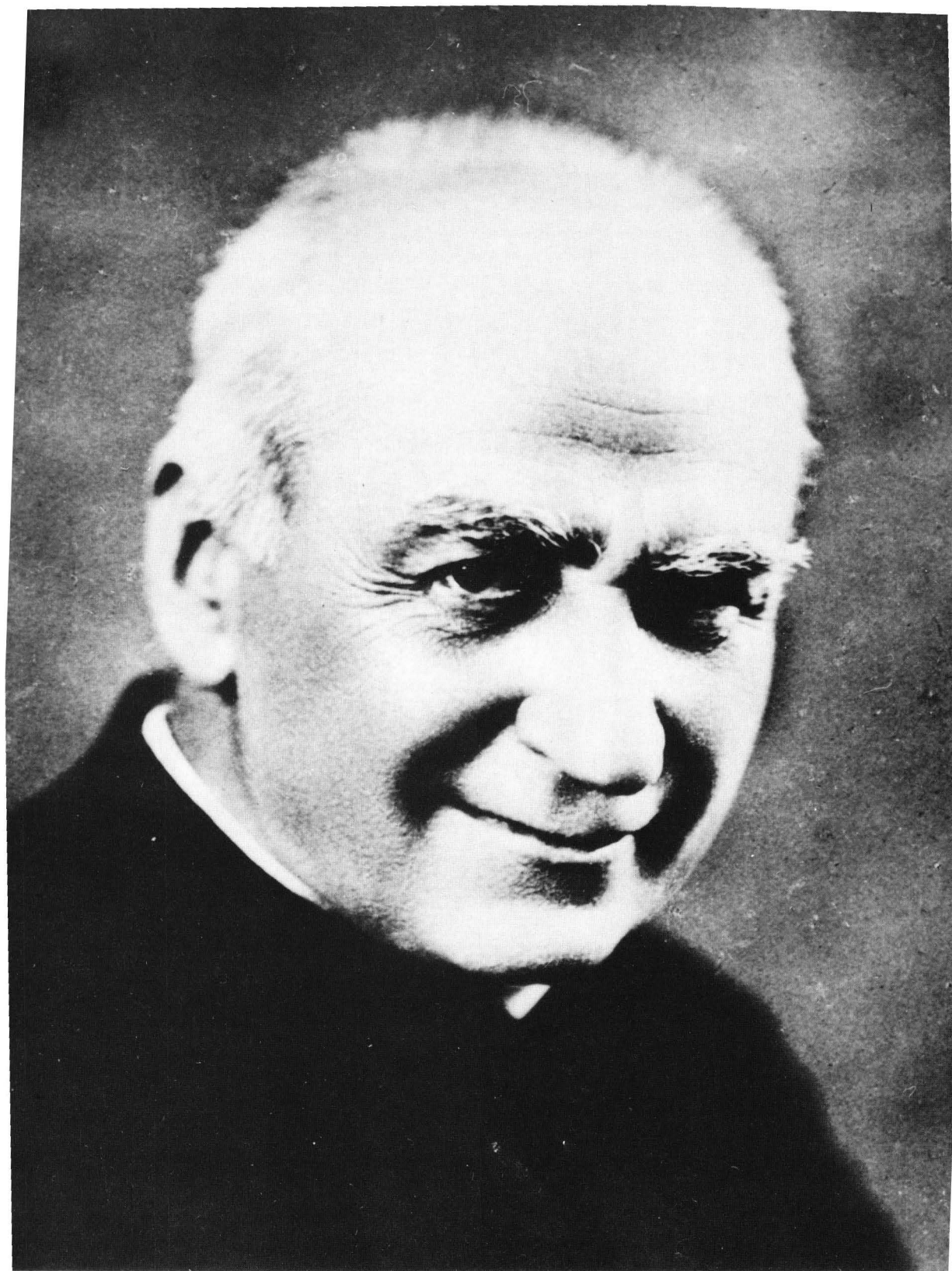
1888 - 1938
LA GLORIFICACION

VOLUMEN DECIMONOVENO

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
1989



DON FELIPE RINALDI,
Rector Mayor de la Beatificación.



DON PEDRO RICALDONE,
Rector Mayor de la Canonización.

PRESENTACION

Lo decíamos al presentar el decimoctavo volumen: el decimonono «es una crónica completa de las fiestas de su glorificación y de los difíciles pasos para su canonización».

Vas a ver que es así.

Ya no actúa nuestro Héroe: su magna obra humana quedó acabada con su muerte. Pero este volumen de su «glorificación» (del 1888 al 1938) tiene todas sus páginas salpicadas con el brillo de lo extraordinario, que anduvo oculto en lo ordinario de su vida.

No pudo imaginar Cervantes que la «historia» del Quijote sería traducida a todas las lenguas cultas del mundo y que influiría en escritores como Flaubert, Dickens, Stendhal, Dostoievski y mil más. ¡Cómo iba él a soñar que su obra daría nombre a la lengua en que escribía!

Así las Memorias Biográficas de don Bosco corren de uno al otro polo, porque ellas son el más puro, fecundo e inagotable manantial del «bosquianismo».

Tampoco yo pude soñar que iba a tener la suerte de ser el «aguador» del mismo.

Cuando, de niño, me premiaron con uno de los «Cuentos del Abuelito: —A la escuela—», que publicaba la Librería Salesiana de Sarriá, y que, lo confieso, fue una desilusión para mí; cuando se gozaban mis labios, leyendo en alta voz los «Cinco lustros del Oratorio», en mi primer año de colegial en Carabanchel Alto; cuando fantaseaba mi imaginación y se me encogía el corazón, oyendo la rápida, pero expresiva, comunicativa e impresionante lectura de los Sueños de don Bosco, por don Alejandro Battaini, en el aspirantado de Campello; cuan-

do, ya mozo, tuve entre mis manos, y leí en público (cum timore et tremore!) páginas de *Memorie Biografiche*, no pensé jamás que un día pudiera ser yo este «aguador» o traductor de las mismas a nuestra rica lengua de Cervantes.

Nos lo había dicho don Tomás Nervi, un hombre que sabía mucho, que poseía una pluma bien cortada para escribir bellamente en español y en su lengua materna: —«Es muy difícil, no me atrevo a traducirlas».

Pero, un día hubo otro hombre (¡bendito sea!), el cual pidió a este pobre «samaritano», que sacara «agua del pozo», para apagar la sed de tantos salesianos que «morían de sed y de amor», junto al «brocal», faltos de «pozal» para sacarla.

Y me di a la «obediencia», que don José A. Rico me encomendó. Hoy he acabado mi parte.

El manantial sigue manando. Mas yo he llenado el inmenso «pilón» de las *Memorias Biográficas*, a donde todos pueden ir tranquilamente a beber aguas vivas bosquianas.

¿Si me he cansado?

Claro que sí. Todo cansa. También Don Quijote se cansaba de pelear, que hasta las batallas, ganadas dan dolor y cansancio. Es el mismo Juan Bosco quien dijo: «¡Si hubiere sabido de antemano que costaba tantos dolores... la fundación de una Sociedad religiosa... tal vez no habría tenido suficiente ánimo para emprender la obra!» (Vol. XVII, pág. 129).

Pero la alegría de «meter el trigo en la panera» compensa los trabajos de la arada, la siembra, la siega y la trilla...

Sin embargo, es cierto, viene luego la «pena del descanso», al no estar ya con «él», con tu «héroe», con don Bosco: viéndole, oyéndole...

Que no es igual contemplarle «glorificado» en un altar, en un monumento, en una fotografía o en un libro; es más bonito estar a su lado, casi oír su palabra, seguir el movimiento de su mano cuando escribe, cuando bendice, cuando acaricia; meterse en el nicho, donde estuvo encerrado su cuerpo cuarenta años, tenderse en él y decir como aquel muchacho, loco de alegría, con el alma en los labios: «¡Estoy haciendo de don Bosco!» (Cap. VII).

Ahora me tendré que conformar con llevarlo en la mente y en el corazón. Claro que, en el cuento, brotó en el cementerio una azucena, cuyas raíces estaban en el pecho del frailecico enterrado...

No ha sido tiempo perdido el de la ardua tarea. Ahí queda ese monumento externo, de amor en favor de los humildes, que fue la vida de nuestro Santo.

Doy gracias a Dios por haberme permitido contribuir a levantarlo con estas Memorias Biográficas en español, para que vean muchos lo bonito que es.

Contiene este volumen dieciocho capítulos.

Ya ves, por el índice, que todos guardan relación con los procesos de beatificación y canonización. El apéndice, con sus diecinueve documentos, tiene cartas (¡ay, cómo me hubiera gustado haber leído la de don Juan Turchi del apéndice número 10, en aquellos momentos de la angustiada controversia entre don Bosco y el arzobispo Gastaldi!), discursos y hasta músicas correspondientes a las mismas fechas y hechos. Y lleva a continuación una serie de curiosidades, de épocas anteriores, que están cargadas de interés: con la radiante luz de aquel su ojo, con el que veía poco, poco, poco... (X); con sus lecturas en las conciencias (XII) o la confirmación de sus entrevistas con Víctor Hugo (XX)...

Las «elegías» (Cap. I), lamentando su muerte, se convirtieron por doquier en elogios. Todos iban a porfía para tributarle alabanzas: ponderando su pedagogía, su trabajo, su calma, su humildad, su amor a la juventud, su paciencia...

Autoridades de la Iglesia le llamaron «divinizador de su siglo», «el mayor héroe de la caridad», «hombre extraordinario e inmortal». El obispo de Barcelona, monseñor Catalá, le tildó de «gran santo» y monseñor Lacerda, de Brasil, le contó ya «entre los habitantes del cielo». En la Universidad de Madrid se celebró una conmemoración científica en la que se exaltó su sistema educativo de amor y de fe.

Los procesos de Turín y de Roma fueron naturalmente largos (cuarenta y cuatro años) y complicados: su figura poliédrica, la complejidad de su actuación y las diversas oposiciones, encontraron en Pío XI la mejor ayuda.

Tribunales, jueces y testigos llenaron miles y miles de páginas. Sucediéronse postuladores y procuradores. Se imprimieron cartas, sumarios e informaciones. Exámenes minuciosos de escritos. Estudio de la desagradable, ardua y larga discordia con el arzobispo Gastaldi. Algunos personajes, verdaderos abogados del diablo, como Colomiatti, que presentaron dificultades entorpecedoras a la marcha de la Causa. En cambio, hubo un ponente, como el español Vives y Tutó, que se entusiasmó con el héroe de sus ponencia y eligió, «a don Bosco por su patrono especial»; y otro, como Salotti, que escribió una preciosa biografía.

Se diría que, por fortuna, llega a la cátedra de Pedro Pío XI, «antiguo amigo» de don Bosco, que le «vio y vivió a su lado», que «intercambió ideas, pensamientos y consideraciones» con él.

Pío XI lo define como «modelo de santidad: que pasó haciendo el bien»; y dice de él que «habría dejado huellas en cualquier camino», que «siempre quiso ir a la vanguardia del progreso» y que «tenía un corazón como la arena de las playas».

El «Papa de don Bosco» lo ensalzó sin cesar y lo puso como ejemplo a seguir, por su don profético y su figura milagrosa: «cada momento de su vida, un milagro». Recordaba su milagro de «escritor fecundo» y le llamó mártir del deber cumplido. Repartía su medalla y lo ponía por modelo a bancarios, guías alpinos, trabajadores, universitarios, seminaristas, profesores, técnicos del teléfono y de la imprenta, guardias, empleados, Cooperadores, alumnos, de Italia, de Francia, de Bélgica, de Austria, de Irlanda...

Hallaba su secreto de acción en su lema: Da mihi animas. Y exclamaba, enamorado de don Bosco ante la vértebra del santo, que le regala, en precioso relicario, don Pedro Ricaldone: «¡Vaya espina dorsal, la de don Bosco!».

Trazó la «tarjeta de identidad» más completa para los seguidores de don Bosco: amor a «Jesús (crucificado y eucarístico), a María Auxiliadora y al Papa (Vicario de Cristo)».

Los capítulos que tratan todo lo referente a la causa de beatificación y canonización, con sus decretos sobre la heroicidad de virtudes y seguridad («Tuto») de la verdad y bondad de la santidad de su persona, son muy interesantes. Pero lo es mucho más, al menos para el lector «de a pie», el del reconocimiento de los restos (el VII), con todo su protocolo y la emoción de los asistentes: ver las ropas y partes blandas del cuerpo carcomidas; casi palpar el esqueleto y el pulmón derecho no consunto y contemplar la ¡lengua, particularmente bien conservada!: ¡aquella lengua que sólo habió vibrado por Dios y por el prójimo!; reliquias, relicarios... y ¡don Bosco en la urna, revestido sacerdotalmente y con la mascarilla de Cellini! Diríase que don Bosco está dormido.

Para mí, el momento, que ya he recordado anteriormente, del muchacho que se mete en el nicho vacío a «hacer de don Bosco», y la gente recogiendo cascotes y guardándoselos como reliquias, es el más impresionante y llamativo fruto de una pedagogía del amor.

Hay, además, otros capítulos que se devoran con avidez. Se dirían

reportajes periodísticos-cinematográficos de sucesos mundiales.

Se ve en ellos la Basílica de San Pedro repleta de autoridades (... el Príncipe de Italia, los Reyes de Tailandia...), representaciones de todo orden y el Salesianismo al completo (quinientos salesianos y el veterano don Juan Bta. Francesia, evocando sus propias palabras de 1867: «un día... verán... no les envidio... nosotros tenemos su persona»). Ritos solemnísimos. Los «santiampietrini» iluminando el exterior de la Basílica. Las campanas sonando. Los gritos, las aclamaciones al Papa de don Bosco, que da audiencias maravillosas en el patio de San Dámaso y en la misma Basílica, «el mejor y mayor salón del mundo que él ha podido preparar...». Las trompetas de plata, los guardias suizos, los cantores de Perosi, el fulgor de luces, la espléndida magnificencia...

El traslado del cuerpo desde Valsállice a Valdocco fue algo memorable, modelo de organización. Un cortejo con más de cincuenta mil componentes: todo señalado. Príncipes, autoridades, personajes (Jorgensen, entre ellos), colegios, organizaciones de todo orden, muchachos y muchachas, bandas de música... Balcones y aceras abarrotadas, gente arracimada en las farolas y en los tejados... Lluvia constante de flores, aeroplanos sobre el cortejo y un «Don Bosco ritorna», ahogando las gargantas y estremeciendo los corazones con ecos inacabables... Y la urna con el cuerpo del Santo entre cardenales, arzobispos, abades, canónigos, párrocos... Superiores Salesianos y descendientes del Santo.

Que no diga Renán que «Roma seguirá canonizando santos, pero el pueblo, no»: la canonización de don Bosco fue un hecho popular.

Fue una organización hiperbólicamente bien hecha, digna del hombre que la trazó y dirigió: don Pedro Ricaldone. Hasta en la corte quisieron enterarse de su plan.

Y después de la canonización, y las fiestas de Roma y de Turín (con pequeños poemas cargados de poesía, como las dos palomas mensajeras del Superior General a la Casa Madre en el momento preciso de la misma, o el regalo de la jaula con los pajaritos de la ofrenda a la Casa real), el eco universal del nombre de don Bosco se fue repitiendo por el mundo, con toda suerte de recuerdos y monumentos...

Al cerrarse el Centenario de su muerte (31 de enero de 1988 a 1989) y terminar con él la traducción de estas Memorias Biográficas, no me queda por decir más que: GRACIAS.

Gracias a quien me lo encargó, gracias a quienes me ayudaron con su colaboración de todo género, gracias a quienes me han ido leyendo, gracias a todos.

Y un pensamiento, de recuerdo.

Cuenta la «Leyenda de los Galos» que esperaban su salvador en un hombre, que se parecería totalmente a la figura que había grabada en la roca que dominaba el pueblo. Y hubo un chiquillo, el cual se pasaba los días y las horas embebecido en la contemplación del hombre de la roca...

Sigue diciendo la leyenda que, a fuerza de mirarlo, el muchacho se iba pareciendo cada vez más a él.

Se hizo mayor y toda la gente repetía, al verle:

—Mírale: ¡cómo se parece al hombre de la roca; es el salvador de nuestro pueblo!

Y fue el salvador de los Galos.

—Hijos de un santo, nos repite Pío XI: ¡a imitarle!

Y yo te digo a ti, lector, como me digo a mí mismo:

—¡A mirarle! (¡A leer las Memorias Biográficas de don Bosco!) y nos iremos cambiando hasta ser sus monumentos vivos, llenos de amor a Jesús, a María Auxiliadora y al Papa.

BASILIO BUSTILLO

Madrid, 15 de marzo de 1899.

PREFACIO

El presente volumen es más para los que han de venir, que para los de nuestros días. Los que vivimos, hemos visto o hemos podido informarnos suficientemente, a través de la prensa, de la mayor parte de cuanto en él se narra. Viven todavía, en la mente y en el corazón de cada uno de nosotros, las vicisitudes de la Causa, las fiestas de la beatificación y el triunfo de la canonización. Y también nos son bastante conocidas las circunstancias que señalaron las fiestas del cincuentenario de la muerte. Sin embargo, ha parecido útil y oportuno transmitir a los venideros, reunido en un volumen, el recuerdo de los sucesos más importantes y de los pormenores más notables que contribuyeron a formar la glorificación de don Bosco durante medio siglo.

Todavía nos gusta a nosotros llamar a nuestro Héroe con el sencillo nombre con que le hemos llamado durante algún tiempo y hemos oído llamarle universalmente. Es un nombre que entonces nos decía, y nos recuerda hoy, todo un mundo de cosas, y despierta todavía en nuestra alma todo un complejo de sentimientos muy queridos. No hay duda, sin embargo, de que al irse perdiendo, con el andar del tiempo, esas impresiones, a medida que desaparecen los que las experimentan, resultará que la imagen familiar del buen Padre será sustituida muy deprisa y definitivamente por la figura luminosa del Santo canonizado, cuyo celestial patrocinio se invoca y cuyas gestas consagradas por la historia se admiran.

Pero es que, ya al presente, hay un culto a San Juan Bosco que no va en zaga en extensión ni en intensidad al de los mayores Santos que se veneran en la Iglesia, y todo hace prever que, con el tiempo, [6] en vez de restringirse o debilitarse, se esparcirá y aumentará, dada la raigambre que tiene en el alma popular. Ciertamente hay que decir que contribuye directamente el mismo Santo a esos efectos, al respon-

der con generosidad a las plegarias de los fieles; porque en efecto, de todas las partes de la tierra se refieren numerosas gracias, algunas extraordinarias, obtenidas por su valiosa intercesión. Dios, que le confió una misión mundial y que visiblemente le asistió, mientras la realizaba, sigue sosteniendo las obras por él promovidas y que pasaron a manos de sus hijos.

Además, don Bosco ha alcanzado ya una posición conspicua en la historia. Podemos estar seguros de que, cuanto mayor sea la distancia con que se pueda medir lo mucho que su persona representó en la Iglesia y en la sociedad, tanto más aumentará a los ojos de los hombres la altura de su poliédrica personalidad y el valor que debe atribuirse a su actuación religiosa y cívica. Lo confirma el hecho de que la bibliografía sobre don Bosco aumenta de año en año, de tal forma que no parece vaya a detenerse tan pronto. Más aún, estamos en los principios; hace todavía muy poco que se ha comenzado a estudiarlo seriamente en sus distintos aspectos. Vivir, para ver.

Puede que cause alguna sorpresa el observar que, a diferencia de otras Causas de beatificación y canonización, la de don Bosco haya durado tanto tiempo. Las Causas de este género tienen un mecanismo muy complicado. La regularidad y continuidad del funcionamiento dependen de una infinidad de coeficientes internos y externos. Y aumentan las complicaciones cuando la vida de un Siervo de Dios ha sido muy compleja. La Causa de don Bosco, por ejemplo, no era la de una Teresita del Niño Jesús, que vivió su corta vida dentro de los muros de un claustro monacal; no era tampoco la de una Cabrini, cuya vida fue bastante movida, pero a la vez muy homogénea. Don Bosco, en su larga carrera, no sólo abrazó con su propia actividad directa o indirectamente toda la Tierra, sino que trató al mismo tiempo con [7] infinidad de personas del mundo de los negocios, y esto en tiempos de radicales transformaciones políticas y sociales, que le obligaron a tomar posiciones desconocidas en el pasado y a intentar caminos todavía sin andar. Todo esto forma, en una Causa, un ovillo de elementos que es menester desenredar, aclarar, juzgar. Y peor todavía cuando se presentan obstinadas oposiciones que entorpecen los procedimientos, como sucedió desgraciadamente en la Causa de don Bosco. Haud ignota loquor (No hablo de lo desconocido).

Pero dispuso la Providencia que en el momento oportuno apareciese un Pontífice, el cual había conocido y admirado a don Bosco, y puso fin a las dilaciones. Pío XI, durante diecisiete años (de pontificado), confirmó en el culto a diecisiete Beatos, con cuarenta y dos beatificaciones elevó al honor de los altares hasta cuatrocientos noventa y

seis Siervos de Dios y con diecisiete canonizaciones concedió la suprema glorificación a treinta y cuatro Santos. ¡Un número portentoso!

La beatificación y la canonización de don Bosco fueron, sin comparación, las más trabajosas de todas. Pero él no la perdió nunca de vista; hasta hubiera podido decirse que estaba santamente apasionado por ella. Y no porque interviniese alterando la marcha normal del proceso para que se imprimiera una rapidez que no estuviera de acuerdo con la meticolosa diligencia que se acostumbra desplegar en gestiones tan delicadas; sino porque siempre se adelantaba a quitar obstáculos, que presentarían inútiles demoras, y sobre todo para hacer intensificar el trabajo. De no haber sido por la labor del último de los cuatro Papas, durante cuyo gobierno se desarrolló la Causa, probablemente todavía estaría el barco por arribar al puerto.

Mientras tanto nosotros, al término de estas Memorias Biográficas, elevamos a la Divina Providencia, en nombre también de quien echó lo cimientos, un himno cordial de agradecimiento, por haber dispuesto que se hayan podido recoger a tiempo tan abundantes noticias y dejarlas escritas para siempre en diecinueve respetables volúmenes, a los cuales se acercarán, como a la fuente viva a sacar agua, los hijos de un Padre Santo, ávidos de conocer íntimamente su vida para embeberse de su espíritu, y a los que forzosamente tendrá que recurrir en el porvenir todo aquel que quiera hablar o escribir sobre El, sin falsear precisamente [8] el espíritu que constantemente le animó a trabajar y a sufrir. Otros harán, estamos seguros de ello, una obra literariamente más perfecta; pero no tendía a ello nuestro afán. Más aún, si nos es lícito manifestar modestamente nuestros deseos, no nos gustaría que nadie se dejase vencer por la tentación de «hacer literatura» en torno a San Juan Bosco. No queremos decir que las heroicas virtudes y las atrevidas empresas de don Bosco no puedan ofrecer altas inspiraciones artísticas a escritores bien preparados; pero es bien sabido lo que significan esas palabras. ¡Es tan bonito contemplar a don Bosco en sí mismo, tal y como se presenta en su vida vivida, sin necesidad de hermostrarlo con adornos artificiales! «San Juan Bosco, se escribía de él el año pasado¹, se nos presenta como uno de los más hermosos modelos de la naturaleza humana verdadera que jamás haya transfigurado la gracia: cerca de nosotros y, al mismo tiempo, dejándonos sentir suavemente qué separados de él andamos».

Turín, 17 de enero de 1939

¹ P. BROU, *Études*, 5 de octubre de 1938, págs. 122-123.

CAPITULO I

ELEGIAS

LA glorificación póstuma de don Bosco empezó *in die óbitus* (en el día de la muerte) o mejor, como hoy podemos decir, *in die natali* (en el día del nacimiento); porque los Santos, al nacer a la vida gloriosa del cielo, suben también a los fulgores de una gloria terrena, que no conoce límites de espacio ni de tiempo. Los últimos capítulos del volumen anterior han demostrado cómo la muerte abrió inmediatamente a don Bosco el camino de los triunfos; el presente volumen tiene la finalidad de medir en toda su grandeza esta ascensión luminosa, plasmando en la pantalla de la historia los momentos de mayor esplendor.

Empezaremos por los funerales que siguieron a su enterramiento. Jamás se habían pronunciado tan unánimes elogios, sobre la tumba de un simple sacerdote, en tantas partes del mundo, como sobre la tumba de don Bosco. De Piamonte a Calabria; de Cerdeña a Sicilia, hasta la islita Pantelaria medio perdida en las aguas del Mediterráneo; en las ciudades de Trento, de Gorizia, de Trieste y en la península de Istria; en Jerusalén y en Quebec; en las repúblicas sudamericanas: ¿adónde no llegó el eco doloroso de su pérdida? Desde mil puntos de la tierra se elevó un coro inmenso de alabanzas a sus virtudes, a su caridad, a su celo. Dos notas vibran insistentemente en las oraciones fúnebres: la sensación de tener a don Bosco [10] más cerca que nunca por el crecimiento de su poder intercesor ante Dios, y la previsión segura de que un día sería elevado por la Iglesia al honor de los altares. De donde nacía la idea dominante de que, si se hacían plegarias expiatorias, era solamente porque así lo imponía la ley eclesiástica y así lo había querido el mismo difunto, pero que él no las necesitaba. Hubo un orador que supo expresarse genialmente, al decir que no podía haber estado alejado de Dios ni un instante en la otra vida, aquel que había tenido con Dios una unión tan íntima de amor durante la vida presente ¹.

¹ El reverendo Perotti, párroco de Moncrivello (*Bol. Sal.*, agosto 1888).

Queremos añadir, además, que en aquella ocasión se vio qué era y cuánto valía la Asociación de los Cooperadores. Hecha excepción de los lugares donde había casas salesianas, que sirvieron de reclamo a los Cooperadores de los alrededores, fueron ellos por doquier los promotores y los organizadores de los funerales que se celebraron con toda solemnidad, con asistencia de enormes multitudes, y ordinariamente acompañados de un sinfín de alabanzas al difunto; y resaltaba en ellos, por parte de los socios, un fogoso espíritu corporativo, que evidenciaba a las claras la vitalidad de la piadosa institución, tan querida y cuidada por don Bosco. Ante espectáculo semejante, no es posible dejar de admirar la corriente de devota simpatía que ha llegado a crearse entre el caritativo apóstol de la juventud y el ejército de sus bienhechores.

En nuestra rápida y necesariamente limitada reseña nos detendremos solamente en aquellos lugares de los que nos ha llegado algo más señalado respecto a la figura del hombre y del santo. Además, tendrá preferencia sobre los que no podían contribuir personalmente a aportar ningún conocimiento sobre el Santo quien lo vio, quien le habló y quien le trató. Para proceder con cierto orden seguiremos una línea geográfica que va zigzagueando desde Turín hasta Valparaíso.

En las tres grandes iglesias de don Bosco

[11] Hay tres iglesias, entre las levantadas por don Bosco, que son monumentales: las de María Auxiliadora y S. Juan Evangelista en Turín, y la del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Los funerales que se celebraron en las mismas revistieron un carácter singular, que prestó a los oradores ocasión para mirar más de cerca la persona y la obra del difunto.

La iglesia de San Juan fue señalada para el funeral del séptimo día. De no habérselo impedido una indisposición física, debería haber predicado monseñor Cagliero. Le sustituyó don Juan Bonetti, el cual, sin tejer propiamente un elogio fúnebre, entretuvo al auditorio como solía hacerse en las conferencias salesianas, puesto que se pretendía que su discurso sustituyese a la conferencia que anualmente se daba a los Cooperadores con ocasión de la fiesta de San Francisco de Sales. No pudo ser más oportuno de lo que lo fue con el tema elegido, para el que ciertamente estaba bien preparado. Aplicó, en efecto, a don Bosco la afirmación que San Pablo hacía de sí mismo, escribiendo a los

cristianos de Corinto ¹: *Omnibus omnia factus, ut omnes facerem salvos* (Hecho todo para todos, para ayudarles a salvarse).

La importancia de la aplicación reside en que, en esas pocas palabras vemos definido a don Bosco: como hombre hecho todo para todos, para salvarlos. Las existencias grandes y eficaces son siempre unas; a la unidad se reduce su actividad aunque ésta sea multiforme. Sólo con esta condición se desarrolla útilmente la energía de un hombre, si no se desparrama en muchas cosas. Don Bosco quiso ser salvador de almas. Y fue coherente con tan apostólico programa, sin aspirar a nada más y sin preocuparse de ninguna otra cosa, en ninguna de las empresas en las que puso sus manos. Hacia esa única finalidad se dirigieron sus pensamientos, sus palabras, sus acciones. En ella, en fin, hay que buscar la síntesis de toda su extraordinaria y variadísima fuerza de trabajo.

[12] En la iglesia de María Auxiliadora hubo dos funerales de trigésima como tributo de veneración y agradecimiento: el primero de los Cooperadores y Cooperadoras, y el segundo de los ex alumnos del Oratorio.

Desde los primeros días que siguieron a la muerte y al entierro de don Bosco se les ocurrió a los Superiores quién podía hablar de él mejor que nadie en la primera celebración solemne que se hiciera. El día cuatro de febrero acudieron al palacio arzobispal don Miguel Rúa, monseñor Cagliero, don Celestino Duando y don Juan Bonetti y se presentaron al cardenal Alimonda, recién llegado a casa de un balneario, para pedirle su consejo sobre la cuestión de la sucesión; después le rogó Monseñor, en nombre del Capítulo Superior, que se dignara pronunciar la oración fúnebre en los funerales de trigésima. De momento trató el Cardenal de eximirse, diciendo que representaba para él un gran sufrimiento y que, por la excesiva emoción, no podría hablar largo rato. Respondieronle con garbo que, si la oración fúnebre fuere impresa y publicada aquel mismo día, a fin de que fuera leída en vez de oída, o bien si otro la leyere públicamente, la Congregación se consideraría feliz conservando un tan precioso documento, hijo de quien tanto aprecio y amor profesaba a su fundador. El Cardenal prometió bondadosamente que escribiría el discurso. Pero, lo que le había parecido imposible con la angustia del reciente luto, se convirtió muy pronto en posible, gracias al benéfico efecto del tiempo. Unieron su ingenio y todo su nobilísimo y gran corazón ². Empezó el discurso repentinamente así:

¹ *I Cor.*, IX, 22.

² El P. Agustín de Montefeltro, que predicaba la cuaresma en la catedral, dijo el día veinti-

Ya sé, que no puedo volver a ver al amigo; que no puedo volver a ver a vuestro bienhechor, niños pobres; a vuestro padre, sacerdotes. Sus delicadas facciones desaparecieron de mis ojos; el sudario de la muerte lo envolvió. Quizás tenga Dios amorosas atenciones con su cuerpo; [13] la tierra será amable con él, y actuará a manera de almohada para su cansada cabeza. Sí, esperadlo, hijos suyos: sus benditos restos serán como una flor incorruptible.

Pero, sea ello como fuere, el sepulcro nos ha arrebatado al amigo, al bienhechor, al padre. Ya no veo ante mí, como acostumbraba verlo a menudo en estos queridos lugares, al Sacerdote Juan Bosco.

Mas Dios no nos dio el corazón tan sólo para llorar; nos dio corazón, mente, fantasía para suplantarlo el llanto con el suave consuelo; nos dio un poder maravilloso de reparación, el de reconstruir en nuestras ideas, en nuestra imaginación y en nuestro afecto la imagen de las personas que ya no existen, el poder de rehacerlas, de recobrar su color como si estuvieran vivas, colocándolas de nuevo ante nuestros ojos.

Yo quiero, pues, ver al amigo, al bienhechor, al padre, ver y saludar a Juan Bosco. Sin esta visión me encontraría demasiado triste y solo en el mundo.

Os confieso que tendré que verlo con más reverencia. La muerte, no lo sé, al arrebatárnoslo, al ocultárnoslo, casi lo ciñó de una aureola. Lo veré, por tanto, con más respeto que antes, pero siempre con el mismo tierno afecto, siempre con el mismo corazón enamorado.

Y oído, amados míos. Quiero ver a don Bosco entre vosotros, pero no encerrado aquí. Siento la necesidad de verlo mirando desde este lugar hacia fuera, mirando lejos, mirando en fin allí donde os encontró a vosotros; yendo allí en persona a actuar y hablar, allí donde os tendió la mano y os habló a vosotros, allí donde recogió tan gran número de hijos.

El orador, por decirlo con la misma frase que Pío XI empleó después de un discurso del cardenal Pacelli sobre San Vicente de Paúl, demostró que don Bosco fue un *divinizador de su siglo*, puesto que elevó a Dios sus tendencias, sus necesidades, sus empresas.

El siglo XIX era el siglo de la pedagogía; pero de una pedagogía que se inspiraba solamente en el afecto natural, limitado y débil, o se regulaba únicamente por la ciencia, llena de prejuicios. Don Bosco introdujo el elemento religioso, como guía del afecto natural y la caridad, en la ciencia. Con ella ejerció tal predominio en la juventud, que enamoraba los corazones, transformaba los espíritus con el arrebatado por la virtud e iluminaba los entendimientos con la adquisición del saber. La religión vigorizaba la naturaleza y la caridad perfeccionaba la ciencia. Así divinizó don Bosco la pedagogía del siglo.

nueve de febrero desde el púlpito: «Mañana se celebrará en la iglesia de María Auxiliadora el funeral de trigésima por vuestro querido don Bosco, y el eminentísimo Cardenal Arzobispo pronunciará la oración fúnebre de este Hombre, apóstol de la caridad. Es inútil, por tanto, que yo predique y pienso que también a vosotros os gustará que yo me una para escuchar lo que aquel Hombre apostólico hizo inspirarme en su ejemplo».

El siglo XIX era el siglo del trabajo y de los obreros. [14] Pero los obreros, gobernados por los principios de una ciencia que aborrece la religión, se dirigían torcidamente y preparaban la revolución social. En cambio los aprendices de don Bosco, ennobleciendo el trabajo con la bondad de la vida cristiana, crecían virtuosos y amigos del orden. Así divinizó don Bosco la profesión de los obreros.

El siglo XIX fue el siglo de las asociaciones: las asociaciones llenaban el mundo, acelerando el ritmo del movimiento social. Pero era un movimiento ciego, febril, perturbador y amenazador. Don Bosco lanzó al mundo sus tres asociaciones de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores, las cuales, fundamentadas sobre bases de principios eternos, irradian benéficos influjos en la parte más trabajadora del consorcio civil. Así divinizó don Bosco la obra de las asociaciones.

El siglo XIX fue el siglo de las empresas coloniales. Hay una enorme diferencia entre los hombres enviados por el siglo a las gentes incultas y bárbaras, y los Misioneros Salesianos. Los seglares portadores de la civilización van a lugares seguros, cambian mercaderías con las tribus salvajes, proporcionan comodidades materiales a los indígenas, pero no quitan los vicios de la raza y sólo se preocupan de aprovechar las riquezas; los Misioneros afrontan los peligros, llevan la cruz como signo de civilización, lo soportan todo para salvar las almas. Así divinizó don Bosco la obra de la cultura entre las gentes salvajes.

La virtud animadora de don Bosco era la caridad, que se somete a todo, cree en todas las posibilidades del bien, todo lo espera del cielo, todo lo soporta.

Esta es la osamenta del poder de la oración ¹. Se os presentan dos pasajes con el valor de autorizado testimonio personal. El primero se refiere a una de las dotes más características de don Bosco, su calma inalterable. «Yo mismo admiré bastantes veces, dice el Cardenal ², a don Bosco considerando su carácter moral, siempre tranquilo, siempre el mismo, [15] siempre imperturbable, lo mismo en las alegrías que en las penas. Pero me admiré al advertir el grado de perfección que había alcanzado (¡cosa difícil!), mas no porque yo ignorara el principio en donde había adquirido la perfección. Era imperturbable en medio del mundo porque se había puesto totalmente en los brazos de Dios». El otro pasaje se refiere a un segundo aspecto notabilísimo

¹ *Juan Bosco y su siglo*. Turín, Tip. Sal., 1888. Se publicó la traducción española en Buenos Aires, como veremos más adelante.

² *Ibi.*, pág. 81.

en la vida de don Bosco, a su postura ante el Papa. Su Eminencia proclamaba ¹: «Siempre colocó al Papa por encima de sus pensamientos, lo amó como a la pupila de sus ojos: y él constituía la delicia y el tesoro de Pío IX, que lo bendijo tantas veces en el Vaticano, constituía la delicia y la veneración de León XIII, que repetía sobre su cabeza la bendición apostólica. En todo lo que hizo, en todo lo que escribió don Bosco quiso comportarse siempre de la forma que más en armonía estuviere con el amor al Vicario de Jesucristo (...). Cuando terminaba el año y era víctima de la fatal enfermedad, tenía don Bosco en torno a sí el tembloroso grupo de sus hijos y tenía también el sentimiento de los admiradores y amigos; sentí un vehemente afecto, la obligación de visitarle. Tenía que partir para Roma, pero no podía marcharme sin verle, sin recoger el saludo y la voz de sus deseos. Dos veces estuve junto a su lecho; la última, el veintiséis de diciembre, ya jadeante y extenuado, con voz débil pero con toda su alma, me estrechó la mano, y me encargó repitiera a León XIII: *Que siempre había querido y obedecido como un hijo al Sumo Pontífice; que su Congregación estaba toda ella a las órdenes de la Santa Sede*. Con aquellas palabras el venerable Varón me abrió su testamento. ¿Pero qué digo abrir? Toda su vida privada y pública es conocida por el universo como testamento papal».

Pasaron pocos días y veíanse en la iglesia recogidos en torno al túmulo del padre a sus hijos primogénitos. ¿Y quién mejor que uno de sus hermanos para decirles las palabras a propósito? Las pronunció el canónigo Ballesio, arcipreste de Moncalieri. Pocas veces [16] se pronunció un discurso más en consonancia con la condición del auditorio. Desde el amplio panorama anterior, se detuvo su mirada en el recinto del Oratorio. ¡Parecía una mágica evocación cinematográfica de nuestros días! Es una de las páginas más originales y agradables que se hayan escrito sobre don Bosco. Lo reprodujo el orador en su vida íntima, en medio de sus muchachos, en el confesonario, en la iglesia, en la clase, en el refectorio, en los talleres, en el recreo, en los paseos ². Al llegar a cierto punto repitió cuatro veces la pregunta: «¿Quién fue don Bosco para nosotros?». Y respondió demostrando cómo don Bosco fue para los suyos el hombre de Dios y de la religión; el maestro y guía de la juventud para amarla y conducirla al bien; el hombre del desinterés; el hombre del ingenio y del genio. A la prime-

¹ *Ibi.*, pág. 48.

² *Vida íntima de don Juan Bosco en su primer Oratorio de Turín*, Turín, Tip. Sal., 1888. Traducción francesa, Lille, Imp. Sal., 1889.

ra respuesta corresponde este párrafo ¹: «¡Ay, cuántas víctimas arrancó al vicio y cuántas ganó para el honor y la virtud con aquella su religiosa amabilidad! Ciertamente para muchísimos de nosotros fue el Ángel de la vocación eclesiástica. Del Oratorio de don Bosco salieron a cientos los operarios del campo místico evangélico, en tiempos de reacciones violentamente irreligiosas, de desaliento en los buenos y de triunfal audacia en los malvados. Don Bosco tenía, por así decir, el amor instintivo de los santos a la Iglesia y al Papa. Sus alegrías eran las suyas y suyos, sus dolores. Y educaba a sus hijos en estos nobles sentimientos, obteniendo que practicasen la religión francamente y con la cabeza alta».

En la iglesia del Sagrado Corazón de Roma pronunció la oración fúnebre el obispo de Fossano, monseñor Manacorda, que había tenido casi adoración por don Bosco vivo. Su tema fue que don Bosco se preparó a sí mismo, con ayuda de la gracia, para cumplir los designios de la Providencia y, con el poder de la caridad, se manifestó un gran bienhechor del pueblo cristiano ². He aquí una página digna de recordación ³. «Al igual que penetraba su mente [17] y atraía su corazón con la fuerza de la caridad, convirtiéndose en atracción irresistible, también su mirada ejercía los poderes de la mente y del corazón. Con su mirada desmesurada, tranquila, que prestaba serenidad, se apoderaba del pensamiento ajeno y, cuando lo quería, era correspondido con la misma fuerza; no hacía falta nada más para entenderse. A menudo una sola palabra, una sonrisa, acompañada de una mirada fija, valía por una pregunta, una respuesta, una invitación, un discurso entero. Diríase que, para don Bosco, la palabra era sólo algo más: a tal extremo le había convencido el espíritu de ello, que parecía no sentir la necesidad de ayuda de la misma para comunicarse. Sus sentidos y todos sus miembros procedían del modo más perfecto subordinados a la razón; efectivamente su cuerpo era siervo de su alma, y su vida escondida en Dios se desarrollaba en el pensamiento y en el amor. Don Bosco era pensamiento y amor. La sorpresa, la precipitación, el movimiento violento no tienen huellas en la vida de nuestro don Bosco; en él todo era calma inalterable; un comportamiento siempre uniforme; sus mismas diligencias se desenvolvían dentro de una tranquilidad perfecta. Sabía colocar en el pecho del Señor sus ansiedades y

¹ *Ibi.*, pág. 20.

² Roma, Tip. Befani, 1888.

³ Pág. 20.

estaba plenamente convencido de que Dios no permite que el justo vacile eternamente»¹.

Este discurso tuvo una suerte impensada. Se imprimió y fue a parar a manos de León XIII. Y sucedió que un día participaba el Obispo en una audiencia pública y se colocó a un lado como para no ser visto, pero el Papa lo reconoció, pidió que se acercara y le dijo que había leído su discurso, que le había gustado y que también él pensaba lo mismo. Monseñor entendió que el Santo Padre aludía a la opinión, por él manifestada en el mismo, de que don Bosco caminaba hacia la glorificación de los Santos.

[18] En otras iglesias de Italia

En muchas ciudades y pueblos de Italia se celebraron solemnes funerales por el alma de don Bosco en el día trigésimo después de su defunción. El *Boletín* presentó dos extensos informes de ellas por orden alfabético, desde mayo de 1888 hasta enero de 1889, pero la lista es muy incompleta. Recogemos algunas de las voces más notables que en ellos se encuentran.

Fue un ex alumno de los tiempos heroicos, el teólogo Piano, cura párroco de la Gran Madre de Dios en Turín, quien habló en San Benigno Canavese, en la monumental iglesia allí levantada por el Cardenal Delle Lanze². Había sido alumno del Oratorio desde 1854. «Eramos entonces, dijo, casi un centenar de muchachos, a los que don Bosco proporcionaba la comida y a muchos hasta la ropa». Al terminar los cursos de latín, pasó al seminario de Chieri, dieciocho años después de haber estado allí don Bosco, pero cuyo recuerdo, asegura él, «estaba todavía vivo». En una de sus asiduas visitas al Siervo de Dios había coincidido con una reunión, que le sugería el tema del sermón. Había entrado en la habitación del Santo, precisamente cuando se despedía de dos señoras francesas a las que había recibido y en cuyas manos depositaba una estampita de María Auxiliadora. Con la familiaridad que la presencia de don Bosco inspiraba a sus hijos, pidióle el teólogo otra estampita para él; más todavía, tomó él mismo una de su escritorio y se la puso delante, rogándole que escribiera en ella unas palabras. Y don Bosco escribió: *Esto mitis et*

¹ El valioso latinista Padre Angelini, jesuita, escribió cuatro elegantísimas inscripciones en latín, en aquella ocasión. (Apend., Doc., 1).

² Su discurso se conserva inédito en nuestros Archivos.

*patiens et Dominus Jesus dabit tibi velle et posse. Cor tuum sit constanter super parvulos et egenos*¹. Y fue su tema la dulce y paciente humildad de don Bosco y su amor a la juventud pobre.

Al hablar de la humildad, refirió que, no hacía mucho tiempo, hablando con un docto y santo Obispo del Piamonte, [19] le había oído exclamar: —Hay que reconocer que don Bosco debió ser muy humilde, puesto que obtuvo que ¡sus obras fueran bendecidas!

El teólogo Piano hacía derivar de aquella humildad, su confiada imperturbabilidad y su calma perfecta, en las más difíciles circunstancias. Y narraba con tal motivo:

«Era el año 1855: don Bosco, con la ayuda de aquel generoso bienhechor que fue el caballero Cotta, estaba construyendo la segunda parte del edificio, que debía unir la primera casa con la iglesita de San Francisco. Un día, hacia las tres de la tarde, se oyó un gran ruido. ¿Qué sucedía? Las bóvedas del edificio se desplomaban. El espanto de los muchachos fue enorme; pero era mayor la aflicción que experimentábamos por el dolor que, sin duda, traspasaría el corazón de nuestro Padre. Mas, nos engañábamos. Apenas llegó a casa don Bosco, corrimos a su alrededor a darle la triste noticia. ¿Pensaréis que el rostro de don Bosco se alteró enormemente? Nada de eso. Levantó los ojos al cielo y exclamó: —*Deo gratias*. Gracias, Dios mío, puesto que sólo ha sido un mal material.

»Y después, volviéndose a nosotros, añadió: —Si vosotros sois buenos, Dios nos concederá poder levantarlo de nuevo.

»Y así fue».

Al hablar del amor de don Bosco a la juventud, hizo esta digresión. «Séame lícito, al llegar aquí, manifestar un deseo. Cuando contemplo el retrato de don Bosco, siento en el corazón la pena de no verle rodeado de sus muchachos. —¿Cómo es posible?, pienso para mis adentros. ¿No se dice que don Bosco es el padre de millares de jovencitos? ¿No consumió su vida por ellos? ¿No fueron ellos los predilectos de su corazón? ¿No fue ésta la misión que recibió del Señor y que tan fielmente cumplió? Entonces ¿por qué está el padre sin los hijos? ¿Le visteis alguna vez por las escaleras, en los patios o en la calle sin ir acompañado de muchos muchachos? Lo mismo que se representa al Venerable José Benito Cottolengo cercado de pobres, así nuestro don Bosco debe presentarse rodeado de muchachos, para que

¹ «Sé afable y paciente y el Señor Jesús te dará la gracia de querer y de poder. Tu corazón esté constantemente dirigido a los niños y a los necesitados.»

se vea más claro cuál ha sido [20] el móvil de toda su vida. Yo no puedo concebirlo de otro modo».

Una diócesis que debía sentirse singularmente obligada a tributar a don Bosco un testimonio de admiración y devoto reconocimiento era, sin duda, la de Casale Monferrato. Allí había abierto don Bosco su primer colegio fuera de Turín, en Mirabello. De allí fue trasladado, después, a Borgo San Martino, en el mismo distrito, donde seguía floreciente por el éxito de los estudios y la abundancia de vocaciones eclesiásticas. Eran muchos los sacerdotes diocesanos que se gloriaban de haber sido alumnos en las escuelas de don Bosco. Se celebró un grandioso funeral en la capital de la comarca: la hermosa iglesia episcopal de San Felipe pareció la mejor para aquel fin. Fue intérprete del sentir común el arcipreste de Rosignano, monseñor Bonelli, que había conocido mucho a don Bosco ¹.

Desde el mismo púlpito, al que don Bosco había subido dos veces, resonó la palabra del orador clara y sencilla como solía ser la del Santo. Describió su obra en relación con la misión especial recibida de Dios y acompañada de dones oportunos ². El periódico católico ³ de la localidad, después de describir la ceremonia y hablar de la oración fúnebre, concluía con estas palabras: «Con el cuerpo de don Bosco se colocó en el ataúd un pergamino en el que se leía: *Descansad en paz, restos llorados, hasta que venga a despertaros el sonido de la trompeta angelical.* ¡Pero no! Yo creo que aquellos restos no esperarán ese sonido para levantarse del sepulcro. Si el afecto no empaña nuestra mente, confiamos con toda el alma que la Iglesia colocará esos restos en el altar de María Auxiliadora, y el nombre de don Bosco se registrará en el catálogo de los Santos».

El canónigo Cherubin presentó a don Bosco en la iglesia del colegio salesiano de Mogliano Véneto como al Ángel de la Providencia y al personaje más grande de su tiempo ⁴: «Humilde y generoso, dijo él, no frustró los designios de la Providencia, [21] de la que se convirtió en testimonio irrefutable, fiel embajador, ministro activísimo, ángel en cuanto puede serlo un hombre, y solo, falto de toda ayuda humana, entró en un campo inmenso, donde no se agota la mies, emprendedor como un héroe, dispuesto como un mártir al sacrificio, abandonándose totalmente a la Providencia».

¹ Véase *Memor. Biogr.*, Vol. VII, pág. 100.

² Casale, Tip. Juan Pane, 1888.

³ *Gazzetta di Casale*, 10 de marzo de 1888.

⁴ Turín, Tip. Sal., 1888.

«Salvar a la juventud, y con la juventud al mundo», fue el pensamiento predominante de don Bosco; ése fue el tema desarrollado por don Antonio Rampazzo en Padua en la iglesia del Carmen ¹.

El Obispo de Sarzana, monseñor Rossi, leyó un elevado discurso en la colegiata de La Spezia. Don Bosco, educador de los hijos pobres del pueblo, triunfando sobre el orgullo de la filosofía humanitaria y sobre la vaciedad de sus sistemas pedagógicos, hizo brillar la sabiduría y la virtud educativa de la Iglesia ². En el amplio desarrollo de su tema, alcanzó golpes magistrales y tan llenos de luz, que también hoy gustarán y gustarán siempre. Este fue su apóstrofe a los prados de Valdocco ³: «Prados de Valdocco, solitarios un tiempo y cubiertos hoy de edificaciones, poblados por millares de muchachos modestos, trabajadores y piadosos; mudos y silenciosos otrora y hoy llenos de ruido con el estrépito de los talleres, entrelazado con el canto de las loas al Señor: ¿habría podido olvidaros y no hablar de vosotros al tejer el elogio de aquel hombre que asoció su nombre al vuestro y os ha consagrado para la inmortalidad? ¿Acaso no os he visitado durante los días de mi vida? ¿No he sentido mi alma inundada de pensamientos santos, rezando bajo la cúpula de María Auxiliadora, que señala desde lejos y protege con su sombra, grave y solemne, los milagros de la caridad de don Bosco? ¿Acaso no he visto morir la risa burlona en labios del racionalista y del descreído, obligados a darse por vencidos y a reconocer que la caridad vence a la ciencia y que el bálsamo restaurador de las plagas sociales brota del altar mucho más que de las academias? [22] El hombre que os ha hecho célebres ya no existe, pero vosotros seréis la prueba y la manifestación de su espíritu, y todos los que deseen dedicarse a hacer el bien a los pobres hijos del pueblo, vendrán a pedirnos a vosotros la inspiración de los santos esfuerzos, el heroísmo del sacrificio y el amor a la oscuridad después de la plenitud del éxito».

Un párrafo justísimo es el siguiente ⁴: «Al arrebataros la muerte su rostro, ha difundido una nueva luz sobre los hechos de su vida y ha levantado los últimos velos que nos impedían conocerle del todo. Mientras vivió, estaba en parte escondido su trabajo y como ahogado por la gloria de su nombre; ahora, en cambio, aparece totalmente tal y como es, es decir, una Institución vigorosa que subsiste por su propia

¹ Padua, Tip. del Seminario, 1888.

² Sampierdarena, Tip. Sal., 1888.

³ Pág. 22.

⁴ Pág. 33.

virtud, y que, animada por el espíritu que él ha sabido infundirla, no sólo continuará, sino que engrandecerá su misión y con nuevas formas de caridad, de acuerdo con la necesidad de los tiempos, aumentará la gloria y los méritos de su fundador». Hay otro párrafo que contiene la valoración del papel realizado por don Bosco en el mundo ¹: «Yo pienso, más aún, creo que la aparición de don Bosco en la última mitad de nuestro siglo es un rayo luminoso, una bondadosa atención de la piedad de Dios, que en medio de las tinieblas, que han envuelto con una falsa filosofía los verdaderos principios de la educación popular, ha señalado el camino a seguir para curar los males que afligen a la sociedad y conjurar los peligros, por desgracia más graves, que la amenazan. Este camino es la enseñanza del Catecismo, realizada con aquella benevolencia suave y piadosa, que tanto influye en el alma de los niños, embellecida con esas santas industrias de cantos, fiestas, reuniones, colorido devoto que envuelve al niño como en una atmósfera de santidad, que le hace amar la religión, asociando al Catecismo los más queridos recuerdos, y que deja en el corazón de los muchachos impresiones de fe que no se borran jamás».

[23] El Obispo puso fin a su discurso con una idea genial ². «No soy artista, dijo, pero si lo fuera y tuviese el encargo de pasar a la posteridad el recuerdo de este admirable sacerdote con un monumento, he aquí cuál sería mi concepto. Pondría en alto la Cruz, que es el emblema de la educación cristiana, porque es el emblema divino del sacrificio; a sus lados, a la derecha, a María Auxiliadora, que fue siempre, después de Jesús, el apoyo principal de don Bosco; a la izquierda, a San Francisco de Sales, de quien copió la dulzura y cuyo nombre dio al Instituto. A los pies de la Cruz, estaría derecho el gran hombre, abrazado con una mano al divino tronco y llamando con la otra a los jóvenes, para colocarse a la sombra del árbol reparador. En la base del monumento estaría el jovencito Garelli, a punto de labrar sobre el recordable mármol las palabras ya escritas en todos los corazones: *A don Bosco, la Religión y la Patria, agradecidas*».

Monseñor Giusti, que había proporcionado tan cordial hospitalidad a don Bosco en su palacio episcopal de Arezzo, acudió solícitamente a Florencia para sustituir en el pontifical al Arzobispo que estaba enfermo. El célebre literato Padre Mauro Ricci, General de las Escuelas Pías, compuso para la ocasión cinco preciosos epígrafes ³ y el

¹ Pág. 37.

² Pág. 39.

³ Apénd., Doc. 2.

Obispo titular de Oropo, monseñor Velluti-Zatti, de los duques de San Clemente, florentino y muy encariñado con don Bosco, pronunció un elogio fúnebre lleno de sentimiento, ensalzando la vida y las obras del Siervo de Dios ¹. La iglesia de Santa Florencia, en la que don Bosco había dado dos veces la conferencia a los Cooperadores, fue la elegida para la ceremonia. Y he aquí dónde señalaba el orador los signos reveladores de la santidad en don Bosco ². «Contemplo la gran figura de don Bosco y encuentro en sus obras la dulce y simpática fisonomía de la santidad. En efecto, ese enlace admirable de fuerza y de mansedumbre, de prudencia y de sencillez, de valor y de timidez; aquel empalme [24] de glorias y de humillaciones; de protección de los amigos y de guerra implacable de los enemigos; aquella falta absoluta de dinero y aquella riqueza tan fácilmente acumulada para hacer el bien, me recuerdan la vida de los Santos».

Y notaba sobre su obra educativa ³: «Amó a la juventud con el arrebató, la fuerza y el sacrificio del amor cristiano; fue insuperable en el arte de educarla, y enemigo del exceso y del poco, como su celestial Patrono, le guiaba por el camino del medio, que es el único que conduce a la virtud. Fue de ideas amplias y corazón magnánimo y enemigo de las pedanterías de esos que aman las cosas siempre reguladas por la plomada y el compás».

En Catania se celebró el aniversario, en la iglesia de San Felipe Neri. Habló don Francisco Piccollo y tomó por tema el amor activo de don Bosco en favor de la juventud ⁴.

Imprimióse el discurso de don F. Piccollo y envió éste un ejemplar al exdelegado provincial de estudios Rho, su primo, aquel delegado Rho que tantas dificultades puso a don Bosco en el año 1879. El viejo funcionario agradeció la atención con una carta en la que hizo una manifestación histórica y una declaración personal ⁵. Después de lamentar que faltase en el discurso una alusión a don Antonio Cinzano, coterráneo de ambos y uno de los primeros maestros de don Bosco, proseguía: «El teólogo Cinzano, párroco y vicario foráneo en Castelnovo, se dedicó siempre con amor a los estudios literarios y era muy versado en las letras latinas, de las que poseía una colección entera de los clásicos y, lo que más importa, los leía y los estudiaba, cuando ya estaba entrado en años: y recuerdo que se gloriaba de haber tenido

¹ Turín, Tip. Sal., 1888.

² Pág. 27.

³ Pág. 40.

⁴ Turín, Tip. Sal., 1889.

⁵ Pecetto, 4 de mayo de 1889.

como discípulo a don Bosco, y a algún otro feligrés suyo, a quien atendía durante las vacaciones otoñales hasta cuando era clérigo. Y fue precisamente en la casa parroquial de Castelnuovo donde yo conocí a don Bosco, hacia 1840, juntamente con don Febbraro ¹, párroco de Orbassano, don Allora, fallecido ya, y [25] otros, con los que posteriormente mantuve relaciones de sincera amistad». Y queda así abierto el camino para decir que su amistad con don Bosco no cesó durante el tiempo de aquellas vicisitudes ni tampoco después; mas, si esto fue posible, el mérito se debe a don Bosco, cuya caridad no disminuía ni en las más duras contradicciones; lo hecho, hecho estaba, pero él no volvía a pensar en ello. El mismo Rho terminaba así su carta: «Quiera Dios que la ardiente caridad cristiana de que estaba animado el llorado don Bosco perdure en sus discípulos para honra y gloria de su fundador. Es el deseo sincero de un viejo amigo de aquel hombre, a quien nuestro país y todo el mundo cristiano deben eterna gratitud».

En Francia y en España

En España, y más todavía en Francia, hubo un gran luto por la muerte de don Bosco; dan fe de ello muchísimas cartas. No faltaron en ambas naciones honras fúnebres, aun allí donde no existían colegios salesianos.

El Obispo de Niza exclamó a la muerte de don Bosco: —¡Qué gran pérdida! ¡Qué dolor para sus hijos y para todos nosotros!

En efecto, en Niza se le recordaba muchísimo. Cada año, al llegar el mes de febrero o marzo, acudían cooperadores y amigos preguntando cuándo volvería él por allí; le esperaban con impaciencia y celebraban con júbilo su llegada. Pero, desgraciadamente, ya no volverían a tener «la satisfacción de volver a ver aquel rostro tan amable, tan modesto, tan venerado y que reflejaba a las mil maravillas la fisonomía del divino Maestro; no acudirían ya a buscar aquel aliento, aquella ayuda espiritual que era como irradiación espontánea de su persona». Esta conmemoración arrancó las lágrimas de cuantos escucharon la oración fúnebre leída por monseñor Fabre, vicario general, en la capilla del *Patronato* y en presencia del Obispo. Describió ele-

¹ Don Febbraro: aparece varias veces en el primer volumen de las M. B., unas con la be doble y otras, simple. (*N. del T.*)

gantemente [26] la grandiosidad de su obra, las cualidades del Hombre y la capacidad de sus herederos ¹.

Recordó tres testimonios personales sobre don Bosco. El de su humildad: «Poseía una humildad soberana y no era posible verlo sin quedar profundamente impresionado por ella». El del dominio de sí mismo: «Se advertía la serenidad y la perenne tranquilidad que formaban su estado habitual y se manifestaban muy bien en sus palabras, en su continente, en todo su exterior. ¿Quién podía sospechar que un hombre de aspecto tan sereno tuviese tantas preocupaciones? (...) Ese es, a mi parecer, el sello de una alma verdaderamente elegida, siempre con Dios y, por tanto, por encima de las dificultades de la vida». Y el testimonio de su manera de comportarse en las audiencias: «¿Quién descubrió jamás en él, en las audiencias diarias y continuas, la más mínima impaciencia, ni sombra de prisas? Con la misma bondad recibía a los aristócratas que a la gente sencilla. Escuchaba cuanto se le decía, sin demostrar que se acordase de los muchos que hacían antesala. Cuando uno veía la atención que prestaba a todos y la libertad que dejaba para exponer sus cosas, hubiera dicho que no tenía otra cosa que hacer. Esta es la característica de las almas que poseen un dominio absoluto de sí mismas, y esto era lo que le ganaba los corazones».

París, la ciudad siempre pronta a recordar, honró a don Bosco en la aristocrática iglesia de la *Madeleine*. Marsella lo hizo en la de San José, la iglesia de don Bosco, y la manifestación pública no pudo ser más cordial ni más triunfal, a un mismo tiempo.

También para España nos limitaremos a unos pocos lugares. En el colegio de Utrera predicó un verdadero panegírico sobre don Bosco el santo Obispo de Málaga, monseñor Spínola, más tarde Cardenal; pero no hemos podido hacernos con un ejemplar de su discurso, que fue publicado por la prensa. En Barcelona, además del solemnísimos funeral celebrado en la iglesia de Belén, que fue santificada con la [27] presencia del Siervo de Dios, se hizo una imponente sesión académica, de la que se guarda digno recuerdo en una lujosa monografía ². Promovieron la reunión los señores de la Asociación Católica, que en 1886 había inscrito a don Bosco entre sus miembros honorarios. Cerró el acto el Obispo monseñor Catalá, el cual dio a conocer su pensamiento sobre don Bosco. Veía en él la gloria de la humanidad, porque

¹ Niza, imprenta del Patronato de San Pedro, 1888.

² *Recuerdo de la solemne sesión necrológica celebrada por la Asociación de Católicos de Barcelona en memoria de su esclarecido miembro de honor y mérito el Revmo. P. D. Juan Bosco*. Barcelona-Sarriá, Tip. de los Tall. Sal., 1888.

había sacrificado por ella toda su vida; la gloria de los sacerdotes, porque se había mostrado lleno del espíritu de Jesucristo con la palabra, los escritos y las obras; la gloria de la Iglesia y de todas las Ordenes religiosas, por haber poseído perfectamente su espíritu y sus virtudes. «Hijos míos, fueron las últimas palabras del Prelado, hoy hemos honrado la memoria de un gran hombre; mañana elevaremos una iglesia a un gran santo».

En la Universidad de Madrid se celebró una conmemoración científica. En ella leyó su conferencia el diputado Lastres, ilustre jurista, que había tratado con don Bosco para confiar a sus hijos la dirección de una casa correccional y que a pesar de no haber llegado a ponerse de acuerdo, conservaba veneración por el Siervo de Dios. El era promotor de una legislación carcelaria socialmente provechosa para el Estado. De allí sacó su tema ¹. Contó cómo y por qué se fracasó en la señalada proposición. Hemos hablado de ello ampliamente en el decimoséptimo volumen ². El conferenciante aprovechó la ocasión para exaltar el sistema educativo de los Salesianos, que él había observado en Turín y en Sarriá. Decía entre otras cosas: «El joven que frecuenta el oratorio festivo salesiano y la escuela nocturna o vive en el colegio, ése ve en el colegio, ve en el sacerdote a un padre amoroso, lleno de abnegación; no encuentra allí nada que le mortifique o le ofenda, nada que [28] tenga carácter represivo o violento; de forma que se obtiene el fruto de la educación sin que casi lo advierta el educando». Esto, según él, es un prodigio operado por dos grandes fuerzas, que son el amor y la fe. He aquí su conclusión: «Para el católico creyente don Bosco fue un elegido del cielo, un santo, como decía la gente en Turín al ver pasar su cadáver. El que no participe de estas ideas, no podrá negar que fue un insigne filántropo, lleno de abnegación. Para unos y para otros, y espero que también hoy para la Universidad y mañana para toda España, don Bosco será un hombre extraordinario, cuya laboriosa vida, impregnada de incomparables servicios para sus semejantes, le da derecho a la inmortalidad».

En América del Sur

Solamente en Brasil recibieron enseguida los Salesianos la noticia segura de la muerte de don Bosco; en cambio los de Uruguay, Argen-

¹ *Don Bosco y la caridad en las prisiones*. Madrid, Tip. Hernández, 1888.

² Págs. 511-520.

tina y Chile se ilusionaron todavía, durante un mes, con la creencia de que seguía mejorando, como habían leído a fines de enero en una carta salida de Turín en la primera mitad del mes. Es verdad que algunos Obispos y distinguidos personajes, de acuerdo con los periódicos, dieron el pésame enseguida a los Superiores de los distintos lugares; pero los Hermanos que, por las razones expuestas en el volumen anterior, no habían recibido ninguna comunicación oficial, vivían tranquilos, persuadidos de que el anuncio de la prensa local no hacía más que repetir una patraña divulgada ya otras veces con anterioridad. Finalmente, a primeros de marzo, llegáronles cartas de Turín con la dolorosa certeza de la gran desgracia.

En Brasil, por el contrario, como encontrara el Arzobispo de Río de Janeiro la misma incredulidad en los Salesianos de su diócesis, provocó un telegrama de monseñor Cagliero el ocho de febrero, por el cual supieron la verdad ¹. Sin embargo, después de las primeras noticias, [29] ya había escrito a Niterói una carta que era, a la vez, de pésame y de parabién. El ya contemplaba a don Bosco entre los habitantes celestiales ².

Pero no se limitó solamente a esto. Sabemos que su corazón estaba inflamado de afecto hacia don Bosco. En su día fue a los Salesianos para presidir la misa de réquiem y pronunciar la oración fúnebre. Duró ésta dos horas y cuarto. Con la facundia que le era natural, llegó en algunos momentos, impulsado por el amor y el dolor, a las alturas de la elocuencia, hasta llorar varias veces y hacer llorar. El auditorio, como prendido por irresistible encanto, estuvo allí sin moverse, oyéndole del principio al fin sin la menor muestra de cansancio y hastío. Con el tema de *omnibus omnia factus*, hizo ver cómo don Bosco había sabido responder a todas las nuevas exigencias y necesidades de su siglo.

En la capital de Uruguay quiso el obispo Yeregui que no se ahorrara nada para que don Bosco fuese dignamente conmemorado en su catedral. Tenía él un alto concepto del Siervo de Dios, como lo manifiesta en su carta a don Miguel Rúa, escrita cuando allí corría como cierta la noticia de la muerte ³.

El Arzobispo de Buenos Aires, que nunca había olvidado los días pasados con don Bosco en Italia, no podía resignarse a llorar su muerte, pues él también le consideraba coronado ya de gloria en el cielo,

¹ Mons. Lacerda a Mons. Cagliero: *Notizie Bosco. Vescovo*. Respuesta: *Bosco morto*. Cagliero.

² Apénd., Doc. 3.

³ Apénd., Doc. 4. El texto original aparece en el *Boletín español*, mayo de 1888.

donde se convertiría en protector más valioso de sus hijos y de sus instituciones. Se puso, por tanto, a disposición de los Salesianos para honrar su memoria ¹; pero los Salesianos, fijos en su idea, no hicieron nada hasta el mes de marzo. Y entonces, en la iglesia de San Carlos, el canónigo De Casas, contento de haber podido «estrechar la mano, como él dijo, de aquel ángel visible, de aquel modelo de candor, que cautivaba los corazones con su santidad», entusiasmó a la multitud con una evocación plagada de imágenes de la caridad de don Bosco.

[30] Quizás algún día costará creer en la pasión que en aquellos tiempos se tenía por don Bosco en todo Chile. Los chilenos habían dado prueba de ello con la recepción que el año anterior tributaron a monseñor Cagliero. Conmovidó don Bosco con aquellas noticias, había escrito en su última carta a don Ramón Jara: «Es necesario que mis pobres hijos suplan con sus esfuerzos la escasez del número, para pagar en parte nuestra gratitud a Chile».

No hubo una ciudad donde no se celebrasen los funerales, con oraciones fúnebres por los más celebrados oradores sagrados. En Talca, donde se acababa de abrir una casa salesiana, hizo el elogio del Siervo de Dios, el veintiséis de abril, don José Barrios, fundador de una familia religiosa para atender a la juventud chilena y acabado de curarse de una enfermedad gracias a las plegarias hechas a don Bosco y, como escribió un periódico del país ², parecía un santo alabando a otro santo.

Por su solemnidad lleváronse la palma las honras fúnebres de la capital; en Valparaíso no se recordaban otras mayores. Don Ramón Jara desplegó allí su extraordinaria oratoria ³. Había sido huésped del Oratorio y había predicado en Roma durante las fiestas de la consagración del Sagrado Corazón. «¡Oh, qué dulce resulta, exclamó en el exordio, haber conocido a este venerable sacerdote!». Después continuó con tono fogoso: «¡Ah, don Bosco, don Bosco! ¿Por qué me engañasteis en Turín y en Roma? ¿Por qué eran fuego vuestras palabras, rayos de luz vuestros ojos y todo calor vuestras manos, cuando vuestra vida estaba a punto de apagarse? ¿Por qué me halagabais diciéndome que seríamos siempre amigos, si estabais escribiendo en secreto vuestra partida de la tierra? ¿Por qué me recomendasteis que, a mi vuelta a la patria, ayudase a vuestros hijos y hablase de vuestras

¹ Carta al Inspector, 8 de febrero, publicada con la *Oración fúnebre* (Buenos Aires-Almagro, Tip. del colegio «Pío IX», 1888).

² *El Conservador*, 27 de abril.

³ La oración fúnebre fue publicada a continuación de la traducción española de la de Alimonda (Buenos Aires-Almagro, Tip. Sal., 1888).

obras, si ya sabíais que mi primera palabra debía ser ciertamente para hablar de vuestras obras, pero regando con lágrimas vuestro sepulcro? ¿Por qué [31] no me dijisteis que vuestro abrazo de despedida era hasta la eternidad, y que vuestra bendición era la última en este mundo?».

Y recorriendo la vida de don Bosco, le señaló como al más grande héroe de la caridad del siglo XIX. Hacia el final ¹ describió con vivos colores su primer encuentro con don Bosco: «Dichosa tarde la del 3 de marzo de 1887, cuando llegué por vez primera a los pies de aquel hombre extraordinario, que nunca se borrará de mi memoria. Todavía me parece verlo... Sentado en su silla, bajo el peso de gravísimos achaques, con las manos cruzadas sobre el pecho, la dulcísima mirada, la inefable sonrisa en los labios y aquel acento... ¡qué acento el suyo!... no sé qué tenía, sólo sé que los hombres no hablan así. Hablaba despacio y bajito; sus palabras eran lluvia que refresca y fuego que inflama. Sus manos se resistían a alzarse para bendecir, cansadas de entregar la limosna al pobrecito y de enjugar el llanto al desgraciado...».

Después de recordar con débil voz los últimos instantes del moribundo y aludir deprisa al triunfo de su entierro, dirigióse a sus hijos, especialmente a los de América, animándoles a caminar con valor sobre las huellas de su fundador en la misión de educar cristianamente a los hijos del pueblo.

Esta excursión a saltos, tras las más inmediatas reacciones de la muerte de don Bosco en el mundo, basta para documentar hasta dónde llegaba la opinión universal en torno a la grandeza del hombre y a la santidad del Siervo de Dios. Su nombre asumía en la Iglesia el valor de una apología. Ya en el Congreso Eucarístico de Amberes, en agosto de 1890, hubo un orador que aconsejaba responder a quien dijere que en el siglo XIX no eran posibles los prodigios de sacerdotes como en otros tiempos: —Acordaos de don Bosco.

¹ Pág. 72. Las palabras de la carta de don Bosco citadas más arriba, las refiere don Ramón Jara en la pág. 99.

CAPITULO II

DE COMO SE LLEGO AL PROCESO ORDINARIO

A PENAS si habían pasado veinticuatro horas, desde que los restos mortales de don Bosco reposaban en la paz de la cripta de Valsállice, cuando el Capítulo Superior, bajo la presidencia de don Miguel Rúa, se reunía y empezaba a ocuparse de la eventualidad de tener que promover cuanto antes la Causa de beatificación y canonización del Siervo de Dios. La fama de santidad que abundantemente le había circundado en vida, tomaba cuerpo cada día más con la opinión difundida de que, sin lugar a dudas, la Iglesia le elevaría al honor de los altares; y más aún, eran muchos los autorizadísimos Prelados que, no sólo se mostraban del mismo parecer, sino que pedían a los Superiores de la Congregación que apresuraran los preparativos para el día no lejano en que hubieran de empezar los procesos. Movido por estas consideraciones, el Director espiritual, don Juan Bonetti, presentó a los Capitulares el caso, leyéndoles mientras tanto dos decretos de Urbano VIII sobre el procedimiento a seguir respecto a los muertos en olor de santidad. La finalidad era la de tener exacto conocimiento para evitar oportunamente que se hiciese o se permitiera hacer algo contra las disposiciones en ellos contenidas. Se estableció, pues, convertirlos en norma de conducta, para que, si a Dios pluguiera glorificar en este mundo al santo fundador, no surgiera nada que obstaculizase o entorpeciese la marcha de la Causa. La más urgente preocupación [33] debía ser la de no admitir, en ninguna parte, actos que tendiesen a favorecer el culto del Siervo de Dios.

Al día siguiente a esta sesión anunció don Miguel Rúa al Capítulo que el cardenal Parocchi, vicario de Su Santidad y protector de los Salesianos, aconsejaba empezar las diligencias ante el Arzobispo de Turín, para dar principio a los actos preparatorios del proceso. Con la misma fecha del ocho de febrero enviaba don Miguel Rúa una circular a todos los Directores, disponiendo los sufragios que debían hacerse sólo una vez en todas las casas y también en todo aniversario; lo cual no le impedía añadir para los aniversarios la cláusula: «Hasta que, como esperamos, pronuncie la Iglesia su infalible juicio, declarándolo Venerable».

Fue después a Roma, el nueve del mismo mes, y allí el cardenal Parocchi le dirigió a monseñor Caprara, promotor de la fe en la Sagrada Congregación de Ritos, para que recibiese de él explicaciones precisas sobre el modo de enfocar la Causa. El Prelado había dicho el año 1887 a un amigo suyo, señalando a don Bosco: —He ahí a uno cuya Causa se hará, y me tocará a mí hacer de abogado del diablo.

No pensaba entonces, probablemente, que el pronóstico estuviera tan cerca de su cumplimiento. Con verdadero interés dio a don Miguel Rúa instrucciones sobre todo, ofreciéndose a continuación para cualquier necesidad. Las normas recibidas ayudaron muchísimo a don Miguel Rúa, que no habría podido encontrar mejores indicaciones, ni más seguras, en un asunto tan nuevo para él. Monseñor insistió mucho en la oportunidad de recoger la mayor cantidad de datos respecto a milagros y gracias obtenidas después de la muerte del Siervo de Dios y acompañados con todos los documentos posibles¹. Por fin, le recomendó calurosamente al Cardenal que se escribiera lo antes posible lo referente a la vida de Don Bosco. A la hora de despedirse, fueron éstas sus últimas palabras:

—Le recomiendo la Causa de don Bosco.

[34] A su vuelta a Turín, informó don Miguel Rúa al Capítulo de todo cuanto había oído en Roma. En consecuencia, y a propuesta de don Celestino Durando, se encargó a don Juan Bonetti que, con la ayuda de don Joaquín Berto, redactase un resumen de los hechos y virtudes de don Bosco, invitando a ello a cuantos tuvieran noticias importantes que comunicar. Para facilitar la búsqueda, se decidió enviar a las casas una circular, pidiendo a los Salesianos que dijese todo aquello de lo que habían sido testigos, y publicar en el *Boletín* un aviso rogando a cuantos poseyeran autógrafos, que enviaran los originales o copias debidamente legalizadas. En vez de escribir una circular especial a los Hermanos, don Miguel Rúa les rogó encarecidamente en su primera carta como Rector Mayor, que escribieran y enviaran todo lo que supieran sobre los hechos de la vida de don Bosco, sobre sus virtudes teologales, cardinales y morales, sobre sus dones sobrenaturales, sobre curaciones o profecías, visiones y cosas semejantes. Ponía en guardia a los relatores, recordándoles que, luego, podían ser llamados para confirmar con juramento las cosas referidas; que emplearan, por tanto, la mayor fidelidad y exactitud².

¹ Carta de don Miguel Rúa a don Juan Bonetti, 20 de febrero de 1888.

² Turín, 19 de marzo de 1888.

Mientras tanto, casi no pasaba un día sin que llegaran a Turín relaciones de gracias y de curaciones extraordinarias, obtenidas por los devotos mediante oraciones hechas a don Bosco o al contacto de objetos que le hubieran pertenecido. Era además sorprendente el plebiscito mundial proclamando la santidad del Siervo de Dios, y eran muchas las insistencias de personajes muy importantes, pidiendo que no se tardase en emprender la causa de su beatificación. Ante un complejo tan grande de circunstancias creyóse don Miguel Rúa en el deber de actuar.

Las Causas de beatificación tienen dos fases distintas, que se resuelven en dos tiempos sucesivos. La primera parte incumbe a la diócesis, donde el Siervo de Dios ha desarrollado el curso de su vida, y es la preparación a la segunda, que tiene lugar en Roma ante la Sagrada Congregación de Ritos. En el primer [35] período de la primera fase tiene lugar el proceso que se llama ordinario, diocesano o informativo; en un segundo período se celebra un nuevo proceso, llamado apostólico. La diferencia sustancial entre los dos procesos está en que uno se abre y desarrolla por mandato y autoridad del Ordinario diocesano, y el otro por delegación de la Santa Sede. Ahora bien, como el Obispo es el juez ordinario en su diócesis, a él hay que presentar la instancia de introducción de la Causa, y él juzga, ante todo, si la Causa que se pretende tiene o no tiene buena base. De acuerdo con las normas dirigidas a los Ordinarios, el 12 de marzo de 1631, por la Sagrada Congregación de Ritos, por orden de Urbano VIII, el juicio favorable del Obispo depende principalmente de la condición de que el Siervo de Dios aparezca circundado de fama de santidad, sobre todo si está confirmada por milagros.

Por consiguiente el primer paso a dar consistía en presentar al Arzobispo de Turín una petición, a fin de que se dignase ordenar el comienzo del proceso diocesano. Esta petición, según el Derecho Canónico, puede partir de un fiel, de un instituto religioso, de un cabildo, diócesis o comunidad. Aun cuando el Arzobispo estuviera facultado para decidir independientemente de otros, sin embargo creyó don Miguel Rúa que facilitaría el camino asegurándose ante todo el apoyo de los Ordinarios diocesanos de Piamonte y Liguria, que eran los que tenían conocimiento más directo de don Bosco. En consecuencia les envió una carta circular el 16 de julio de 1889, rogándoles le manifestaran a él o al Arzobispo su propio informe. Incluía en la carta una copia de la instancia que pensaba presentar al cardenal Alimonda, apenas llegara el momento oportuno. Se declaraba dispuesto a insertar en la súplica las modificaciones o añadiduras que Sus Excelencias

gustaran manifestar. Y terminaba así: «Confío que V. E., por la grata memoria que conserva de nuestro llorado don Bosco, por el benéfico influjo que sus obras de caridad y celo ejercieron también en esa Diócesis, y [36] especialmente por el vivo deseo que tiene de propagar la gloria de Dios y la edificación de los fieles, cooperando al honor de éste su Siervo, querrá favorecerme generosamente con sus consejos y su ayuda; y desde ahora se lo agradezco cordialmente».

En la misma carta se refería don Miguel Rúa a curaciones que, humanamente hablando, tenían carácter milagroso. Un mes más tarde, el dieciséis de agosto, presentó las más dignas de consideración a todos los obispos, reservándose presentar todavía otras a los jueces por nombrar para el eventual proceso diocesano, a fin de que fueran estudiadas por ellos en forma jurídica, como elementos favorables a la Causa, cuando hubiera de introducirse en Roma.

No conocemos el contenido de todas las respuestas; algunas de las que tenemos en nuestras manos manifiestan apreciaciones dignas de singular atención. Escribía el arzobispo de Génova, monseñor Magnasco, el veinticinco de julio: «En estos tiempos tan tristes su memoria es una verdadera gloria de la Iglesia». Y el obispo de Alessandria, monseñor Salvay, el once de agosto: «Como antiguo amigo de este mi insigne paisano, que me honró muchas veces con sus preciosas visitas, y como admirador constante de su eminente virtud y de sus grandiosas obras de caridad y de celo, por las que ya hace mucho tiempo se le proclamaba gran Siervo de Dios y también Santo, no puedo dejar de alabar en extremo el propósito de los Sacerdotes Salesianos, hijos afortunados de tan gran Padre, y de unir de todo corazón mis humildes plegarias a las de Vuestra Eminencia, para que, si lo juzga oportuno, quiera, por la gloria de Dios, por el nuevo ornamento de la Iglesia Católica, y donde sea para agradar al Señor, como se espera, por la glorificación del sacerdote don Juan Bosco, conceder a los muy beneméritos Recurrentes la gracia que imploran». Monseñor Riccardi, obispo de Novara, comunicaba el quince de agosto: «El origen singularmente providencial de las obras creadas por don Bosco; su rápido desarrollo, primero en Turín y en el Piamonte, después en Italia y en Europa y también fuera; el espíritu de caridad, verdaderamente católica que animaba a don Bosco [37] y que supo admirablemente infundir en sus cooperadores; la vida de perseverante sacrificio que llevó y las demás exquisitas dotes de las que dio pruebas manifiestas, son argumentos muy válidos para deducir el grado eminente de virtud de aquella alma privilegiada, y justifican ampliamente la fama de santidad que gozaba en vida, que le acompañó hasta la muerte y que, no

sólo perdura, sino que aumenta después de su defunción. A mí me parece que aquel carácter de fe absoluta en Dios y de encendido amor al prójimo, admirado en los Santos más insignes por heroísmo de caridad y por celo apostólico, siempre apareció lleno de luz en don Bosco, y que se debe decir de él que hizo un bien inmenso y que lo hizo según se aprecia en su vida de la manera que lo hacían los Santos». Y el santo obispo de Susa, monseñor Rosaz, escribía el veintidós de agosto: «El concepto de santidad en que se tenía y se tiene a don Bosco, me parece de incontestable notoriedad (...). Me parece que don Bosco es uno de esos hombres privilegiados, que Dios suscita para oponerlos a las nuevas formas, a las nuevas manifestaciones del mal, y que él ha correspondido maravillosamente a la misión que Dios le confió en favor del prójimo, y de modo particular de la juventud, llevándola con celo y santas industrias a Jesucristo. Su beatificación, que Dios quiera no tarde, pondrá a la luz gloriosa un gran modelo para los educadores, según las exigencias de estos tiempos, y un protector del Clero y de todos».

Animado con tan autorizadas recomendaciones, don Miguel Rúa presentó la petición al Arzobispo, en el segundo aniversario de la muerte de don Bosco. La petición no era algo personal. En la primera semana del último septiembre se había celebrado en Valsállice el quinto Capítulo general. Y todos los miembros del mismo aprobaron y firmaron, antes de separarse, una petición redactada por orden de don Miguel Rúa, y que era precisamente la que, según decíamos, había enviado don M. Rúa a los Obispos piemonteses y ligures. Como los Prelados no hallaran nada que cambiar, el 31 de enero de 1890 la envió el mismo don Miguel Rúa al Arzobispo, acompañada de [38] una carta, en la que se leían los siguientes párrafos:

Hoy hace dos años que murió el Siervo de Dios, don Juan Bosco, y yo, adhiriéndome al consejo de respetables personas, juzgo que es ésta la ocasión propicia para presentar a Vuestra Eminencia la adjunta súplica de los principales Superiores de la Congregación de San Francisco de Sales.

En ella se pide humildemente a Vuestra Eminencia la apertura del proceso diocesano sobre la vida y virtudes del nombrado Siervo de Dios, y sobre las curaciones milagrosas, que, según dicen, obró Dios por su intercesión.

Hace algún tiempo me confiaba Vuestra Eminencia que tenía intención de hablar de dicho proceso en una próxima reunión de Obispos. Mucho celebraríamos que en ella sometieran a examen las razones expuestas en esta súplica, para que, como quiera que se resolviese la cuestión, pudiéramos luego decir a los presentes y a los venideros que la grave resolución se tomó, de acuerdo con la cristiana prudencia.

Adjunto a la súplica una copia de las dos relaciones de curaciones, que según apreciación humana parecen milagrosas, redactadas por monseñor Basilio Leto, des-

pués de haber oído personalmente a los testigos oculares, firmadas por él mismo y legalizadas por esa Curia Arzobispal.

Las dos curaciones milagrosas eran las de las dos señoras turinesas, Dellavalle y Piovano, que hemos narrado en el penúltimo capítulo del decimoctavo volumen.

La súplica de los Capitulares hacía notar cómo se cumplían en el caso las condiciones requeridas por la Santa Sede, para que se pudiese proceder al proceso pedido, y señalaba los motivos imperiosos que empujaban a acelerar los pasos necesarios.

Eminencia Reverendísima:

Los que suscriben, sacerdotes de la Congregación Salesiana, reunidos en Capítulo General en Valsálce, de acuerdo con sus Constituciones, aprovechan la propicia ocasión para rogar humildemente a Vuestra Eminencia Reverendísima, que, sirviéndose de las facultades concedidas por la Sede Apostólica a los Ordinarios, se digne abrir el Proceso Diocesano sobre la fama de santidad, sobre las virtudes y milagros del Siervo de Dios don Juan Bosco, fallecido en esta ciudad el 31 de enero de 1888 y aquí sepultado; proceso exigido para la introducción de la causa de su Beatificación en Roma.

Al pedir a Vuestra Eminencia la apertura de este Proceso, [39] nos apoyamos en las siguientes consideraciones, a las que V. E. prestará el valor, que en su alto saber juzgue en el Señor:

1.^a El sacerdote don Juan Bosco dio, durante todo el curso de su vida, pruebas de una virtud eminente, tal y como Urbano VIII exige en la circular que, por medio de la Sagrada Congregación de Ritos, dirigió a Patriarcas, Arzobispos y Obispos con fecha del 12 de marzo de 1631, para que los Ordinarios tengan que llegar a la composición del Proceso Diocesano (V. LAMB., *De serv. Dei Beatif.*, libro II, cap. 43, n. 10). Dan fe de esta eminente virtud millares de personas, que le conocieron y trataron; dan fe también de ello las muchas y grandes obras de religión y caridad, utilísimas para la Iglesia, creadas por el Siervo de Dios y desarrolladas en tiempos difícilísimos. Tales son, entre otras: la fundación de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, las Misiones extranjeras, extendidas hasta los últimos confines de la tierra; más de un centenar de colegios, hospicios y oratorios festivos organizados para la educación cristiana de la juventud de ambos sexos; millares de sacerdotes dados a la Iglesia, especialmente en Piamonte, en tiempos en que escaseaban; además, los muchos escritos que compuso e imprimió para sostener las verdades católicas, y las numerosas capillas y magníficas iglesias, levantadas desde sus cimientos y dedicadas al culto divino; y muchas otras obras privadas y públicas, muy conocidas por Vuestra Eminencia Reverendísima.

2.^a Dicho Siervo de Dios estaba enriquecido con dones sobrenaturales, y lo demostró muchas veces, prediciendo sucesos privados y públicos, que humanamente no se podían prever y que sucedieron en el tiempo y con las circunstancias por él anunciadas; lo demostró, además, averiguando y revelando el secreto de las conciencias, y curando a enfermos presentes y lejanos con sólo bendecirlos.

3.^a Por sus excelentes virtudes, por sus grandiosas obras de celo y de caridad, por

su extraordinarios carismas, gozó entre el pueblo de gran fama de santidad en vida, la cual no disminuyó después de su muerte, sino que creció todavía más, como lo demuestran innumerables personas, que privadamente se encomiendan a su intercesión, y las frecuentes visitas de los fieles a su sepulcro, junto al cual estamos reunidos.

4.^a Hay muchas personas afligidas por serios fracasos y también otras, gravemente enfermas o declaradas incurables, que habiéndose encomendado a la intercesión del Siervo de Dios después de su muerte, obtuvieron alivio y curación instantáneamente o en muy breve espacio, y piden que sus testimonios sean probados jurídicamente.

5.^a Benedicto XIV, en la obra: *De Servorum Dei beatificatione [40] et Beatorum Canonizatione*, señala en varios lugares la utilidad de que, dadas las condiciones más arriba indicadas, se abra el Proceso Diocesano: *dum testes de visu supersunt*; y desapruéba singularmente, en el Decreto general fechado el 23 de abril de 1741, con ocasión de la causa del Venerable Siervo de Dios Francisco Caracciolo (ya Santo), que, por culpable negligencia, se hubiera prorrogado el Proceso Ordinario hasta no quedar ya *testes de visu* (lib. III, cap. 3.^o, n. 24 y 25). Ahora bien, en el caso del sacerdote Juan Bosco, es evidente el peligro de que vayan desapareciendo los testigos oculares, puesto que, habiendo muerto a la avanzada edad de setenta y tres años, son muy pocos los compañeros y conocidos de los primeros años de su vida que todavía viven y que, dentro de algún tiempo, no existirán o, por la vejez, se hallarán en la imposibilidad de presentarse a deponer jurídicamente.

6.^a Puede darse también que, debido a las grandes y variadas obras del Siervo de Dios, a los difíciles tiempos que vivió, a las cuestiones y contradicciones a que se vio sujeto, surjan dudas e incertidumbres al enjuiciar hechos y dichos, que le son atribuidos. Si estos hechos y dichos son sometidos jurídicamente a examen mientras viven los testigos, que han asistido o tomado parte en ellos, será mucho más fácil descubrir y aclarar la verdad, facilitando al mismo tiempo la actuación a los futuros jueces en los Procesos apostólicos.

7.^a Sin dispensa Apostólica, antes de que se abran las actas del Proceso Ordinario y se introduzca la causa de Beatificación en Roma, deben transcurrir diez años; deben después presentarse cartas postulatorias de los Obispos al Papa; deben buscarse y revisarse los escritos atribuidos al Siervo de Dios (búsqueda y revisión que, dados sus muchos manuscritos todavía inéditos y sus muchísimas obritas ya publicadas, puede requerir un tiempo bastante largo); parece, por tanto, conveniente que se empiece lo antes posible el Proceso Diocesano puesto en plena libertad del Ordinario, a fin de que el tiempo que quede después de su presentación a Roma, pueda ser mejor empleado en otras diligencias necesarias.

8.^a Según nuestro recuerdo, se empezó poco después de su muerte el Proceso Diocesano de varios Siervos de Dios, como, por ejemplo, sucedió con el Venerable Juan Vianney, Cura de Ars, con el P. Bernardo Clausi y con el P. Ludovico de Casoria.

Esperamos que Vuestra Eminencia se digne acoger benignamente nuestra petición. Nos anima la esperanza de ver que también los reverendísimos Obispos de Piamonte y Liguria, que estuvieron en situación de conocer de cerca las virtudes eminentes y las grandes obras del Siervo de Dios, son de nuestro parecer, y tienen el mismo deseo, como puede Vuestra Eminencia comprobarlo por las cartas que adjuntamos.

Rogando, pues, a Dios que le ilumine sobre el caso, nos inclinamos [41] reverentes

a besar la Sagrada Púrpura, satisfechos ahora y siempre de podernos profesar con el más alto aprecio y veneración,

De vuestra Eminencia Reverendísima,

Turín, 6 de septiembre de 1889.

Sus attos. ss.ss. hijos en J. C.

(siguen 49 firmas)

El Cardenal respondió el ocho de febrero, diciendo que se había examinado la súplica, obligándose a asegurar que se tendría en la debida cuenta y reservándose dar las disposiciones que fueren del caso. Aun cuando podía hacerlo, no creyó oportuno actuar él solo. Así se lo dictaba su humildad. Por otro lado, los Superiores no escondían el peligro de que algún Obispo, creyendo prematuro el expediente, opinase en contrario y que ello creare dificultades y aplazamientos. Tres meses más tarde se presentó el momento propicio para la consulta. A primeros de mayo, se reunieron con el Cardenal, para tratar asuntos de mucha importancia, los Obispos de las dos provincias eclesiásticas de Turín y Vercelli. Eran veinte y celebraban las reuniones en el palacio arzobispal. El día ocho fueron preguntados, en plena asamblea, y respondieron unánimemente que era oportuno empezar el proceso diocesano; algunos, como monseñor Manacorda y monseñor Richelmy, hicieron altos elogios del Siervo de Dios. A partir de aquel punto, el Cardenal se decidió a aceptar la petición de los Salesianos y ponerla en marcha inmediatamente.

Mientras esto sucedía en Turín, estaban ausentes, hacía más de un mes, los dos que inicialmente debían sostener la parte principal. Don Miguel Rúa, después de haber visitado las casas de Francia y la de Londres, se encontraba en Bélgica, para poner la primera piedra de la casa de Lieja, aceptada por don Bosco, casi dos meses antes de morir; y don Juan Bonetti, tras haber visitado Sicilia, se movía por el centro de Italia. Ambos no estuvieron de vuelta hasta las vísperas de la fiesta de María Auxiliadora, que se celebró aquel año de 1890 el día tres de [42] junio; pero no se perdió el tiempo. La víspera y el mismo día de la fiesta, mientras, dentro y fuera del santuario, dirigían sus preces a la Virgen de don Bosco millares de fieles, en el Oratorio y en la Curia se concluyeron rápidamente los preliminares.

El primer acto preliminar consistió en el nombramiento del Postulador, cuyo deber es promover las gestiones de la Causa, proveer a todos los gastos necesarios, presentar los nombres de los testigos a interrogar y todos los documentos referentes a la Causa, cuidarse de

la redacción de los artículos sobre los cuales deben ser interrogados los testigos y presentarlos al Promotor de la fe. La función de Postulador correspondía por derecho a don Miguel Rúa, como actor o demandante que era de la Causa; pero el actor que no puede desempeñar personalmente esa parte, está facultado para elegir a uno que lo sustituya. Y él otorgó este poder a don Juan Bonetti, autorizándole también a designar, para cualquier eventualidad, un vicepostulador ante cualquier otra Curia ¹.

Don Juan Bonetti, en posesión de su mandato, procedió inmediatamente, el mismo día tres, al segundo acto preliminar, presentando al Arzobispo la petición formal para el inicio del proceso informativo ². Su Eminencia aceptó la instancia y, con rescripto del mismo día, constituyó el tribunal, señalando la primera sesión para el día siguiente. Y éste fue el tercer acto preliminar.

El tribunal quedó formado así:

Can. BARTOLOMÉ ROETTI, Vic. gen., *juez delegado*.

Can. ESTANISLAO GAZZELLI, *juez adjunto*.

Can. LUIS NASI, *juez adjunto*.

Can. MIGUEL SORASIO, *promotor de la fe*.

Teól. MAURO ROCCHIETTI, *actuario*.

Señor PEDRO AGHEMO, *cursor*.

[43] Como quiera que también se requirieran dos *testigos instrumentales*, que testificaran con su firma la validez de las actas, fueron designados para ello monseñor Forcheri y el reverendo Diverio.

Don Miguel Rúa, totalmente penetrado de la importancia y gravedad del asunto, informaba oficialmente tres días después sobre el mismo a la Congregación, y ordenaba plegarias especiales diarias para implorar la ayuda del Cielo; recomendaba, además, una conducta constantemente virtuosa para alcanzar la eficacia de las oraciones comunes. «Hagamos ver todos, escribía, que no somos alumnos indignos de un Maestro, cuya Causa de Beatificación ha querido la Iglesia comenzar tan pronto».

El Cardenal presidió la primera sesión. Después de invocar al Espíritu Santo, con la recitación del *Veni Creator*, y leer la instancia del Postulador y el decreto del Ordinario, que la aceptaba y nombraba los jueces, se pasó al juramento prescrito. Juró primero el Cardenal con

¹ Apénd., Doc. 5.

² Apénd., Doc. 6.

la mano sobre el pecho; después el delegado, los adjuntos, el fiscal o promotor de la fe, el actuario y el cursor.

Estos juraron cumplir su oficio con fidelidad y diligencia y también guardar secreto sobre las preguntas hechas a los testigos y las deposiciones de los mismos. Los violadores incurrirían *ipso facto* en excomunión reservada *specialissimo modo* al Papa. La obligación del secreto se extendía hasta la publicación del proceso, que sólo se haría después del examen de todos los testigos.

Firmaron todos el juramento prestado. Después de dar lectura al acta, entregó el canciller las actas al actuario, el cual expidió recibo. Antes de disolver la reunión, dijo unas palabras el Cardenal. Tras relevar la importancia del asunto, que se acababa de comenzar, exhortó a orar a fin de que, por intercesión de la Santísima Virgen, se hiciese todo para mayor gloria de Dios y decoro de la santa Iglesia.

La segunda sesión, presidida también por el Cardenal, se celebró el veintisiete de junio. Don Juan Bonetti presentó al tribunal [44] los *Artículos*. Con este título se señala un compendio breve y claro de la vida, las virtudes, las obras y los milagros del Siervo de Dios, redactada en pequeños párrafos, numerados y expresados, no de una forma definitiva, sino como elementos a estudiar. Constituyen la base fundamental de la Causa y debe probarse que son verdaderos, por medio de testigos. En ellos se sigue un orden preestablecido: vida y obras, virtudes teologales, virtudes cardinales, virtudes morales (pobreza, humildad, castidad), heroísmo de las virtudes en general, dones sobrenaturales, fama de santidad en vida, muerte preciosa, funerales y enterramiento, fama de santidad y milagros después de la muerte. Los Artículos presentados para don Bosco eran 807. El Postulador presentó además una primera nota con los testigos a interrogar, reservándose la facultad de presentar otros, si fuere menester. Prestó finalmente el llamado *juramento de calumnia*, es decir, juró no solamente decir la verdad, sino también no emplear engaño ni fraude, ni comprometer a los jueces¹.

Con esta sesión quedaba abierto definitivamente el proceso ordinario.

¹ Apénd., Doc. 7. *Juramento de calumnia* (y debajo, *a evitar en la causa*) es el que hacían las partes al principio de un pleito, testificando que no procedían ni procederían con malicia.

CAPITULO III

DESDE EL PROCESO ORDINARIO
DE TURIN HASTA EL DECRETO DE ROMA
SOBRE LA VENERABILIDAD

LA función principal del proceso ordinario es la de investigar la fama de santidad, las virtudes en general y los milagros del Siervo de Dios. El tribunal, constituido como acabamos de ver, empezó sus trabajos el 23 de julio de 1890 recibiendo el juramento de los testigos señalados por el Postulador y otros citados de oficio. Todos juraron decir la verdad y guardar secreto sobre las preguntas que se les hicieran y las respuestas que ellos dieran, bajo pena de perjurio y de excomunión *specialissimo modo* reservada al Papa.

Como estaba prescrito, fueron llamadas a declarar personas que habían convivido con el Siervo de Dios, que habían visto con sus propios ojos la práctica de las virtudes o habían oído hablar de ello a testigos personales. A la cabeza figuraban monseñor Bertagna y monseñor Cagliari y los Siervos de Dios don Miguel Rúa y el teólogo Murialdo. Posteriormente, en el curso del proceso, se añadieron otros, de forma que, al fin, fueron interrogados treinta y dos testigos y trece contestes, que son aquellos a los que se invita a testificar, junto con un testigo oficial, sobre algún punto en particular.

Terminado el interrogatorio de monseñor Bertagna, suspendieron los jueces las reuniones, unos por sus ocupaciones, otros por vacaciones; el canónigo Gazzelli, al acercarse el invierno, cayó enfermo y el canónigo Nasi sufrió una caída con fractura de una pierna. [46] Además, el canónigo Roetti había sido nombrado Superior de la Pequeña Casa del Cottolengo y no tenía tiempo para atender al proceso. Entonces, por consejo de monseñor Caprara y con el consentimiento del canónigo Sorasio, abogado fiscal, escribió el Cardenal a la Sagrada Congregación de Ritos, entre enero y febrero de 1891, para que el Secretario se dignase suplicar al Padre Santo que concediese algunas facultades especiales para facilitar el desarrollo del proceso. Una de ellas era la de poder elegir jueces, aunque no fueran dignatarios ni doctorados, y en mayor número, de tal forma que, si llegare a faltar

uno, se tuviera enseguida manera de suplirlo con otro. De este modo, sería posible multiplicar las sesiones.

Monseñor Caprara se preocupó de hablar del asunto con el Papa el dieciséis de febrero; pero, contra las esperanzas comunes, el Papa, aun sin desaprobado el rápido comienzo del proceso, no juzgó oportuno, entonces, condescender, en razón de que la Causa estaba a demasiada poca distancia de la muerte del Siervo de Dios; no debía entrar en ella tan pronto la Santa Sede; lo haría, si era preciso, con el andar del tiempo; y, en consecuencia, no se negaba la concesión de las facultades pedidas, sino que se difería. Mientras tanto, Monseñor sugirió lo que podía hacerse para poder proseguir: que los jueces primeramente elegidos renunciasen al mandato y el Cardenal Arzobispo eligiese otros doctorados, como lo exigían las prescripciones eclesiásticas.

Así se hizo y se reanudaron las sesiones el nueve de abril. Gazzelli, juez adjunto, sustituyó como juez delegado a Roetti, cediendo su puesto al canónigo Molinari, y el canónigo Ramello sustituyó a Nasi; nombróse, además, un tercer juez en la persona del canónigo Pechenino. Pero sobrevinieron rápidamente dos serios contratiempos, con la muerte del cardenal Alimonda y la del Postulador don Juan Bonetti, que tuvieron lugar, respectivamente, en mayo y en junio del mismo año 1891. Gazzelli, elegido Vicario Capitular y gozando por tanto de autoridad ordinaria, dio inmediatamente las disposiciones para que el proceso continuase. No obstante, en la primera sesión, [47] celebrada el día veintidós de junio bajo su presidencia, nombró nuevo juez delegado a Molinari. Y para Postulador, don Miguel Rúa llamó a don Domingo Belmonte, Prefecto general de la Pía Sociedad.

Así se continuó durante dos años, hasta que murió Molinari y renunciaron Gazzelli y Ramello; en consecuencia el 9 de noviembre de 1893 el nuevo arzobispo, monseñor David de los Condes Riccardi, nombró juez delegado al canónigo Morozzo della Rocca y juez adjunto al teólogo Alasia.

El examen de los testimonios fue largo y laborioso. Las infinitas vicisitudes sufridas por don Bosco durante su vida y sus múltiples relaciones imponían numerosas y complicadas averiguaciones; no hay que extrañarse, por tanto, si este proceso duró casi siete años, hasta que el día 1.º de abril de 1897 se cerró en el Oratorio Salesiano bajo la presidencia de monseñor Riccardi. Recordando este trabajo de siete años, escribía don Miguel Rúa en su circular del 8 de agosto de 1907: «Los jueces demostraron mucha sabiduría al recoger las deposiciones de muchos testigos, y es digno de consideración que, lejos

de cansarse por lo largo y pesado del trabajo, se manifestaban cada día más entusiasmados».

Las sesiones del tribunal fueron quinientas sesenta y dos. Las deposiciones llenaron veintidós volúmenes con cinco mil ciento setenta y ocho páginas en papel de oficio. Las de don Miguel Rúa y don Joaquín Berto ocupaban una parte preponderante, por la larga e íntima convivencia del primero con don Bosco, y por las muchas contestaciones que el segundo debió dar sobre hechos sobrenaturales y sobre las controversias con Gastaldi. Se hizo una copia auténtica del enorme legajo que, encerrado en una caja de madera sellada, se entregó a la Sagrada Congregación de Ritos, la cual debía examinar si se había desarrollado con toda regularidad el proceso ordinario informativo y proponer eventualmente al Padre Santo la introducción de la Causa, mediante el proceso apostólico.

Pero no puede empezarse el proceso de una Causa, si antes [48] no se ha nombrado un Cardenal, a quien incumbe el deber de estudiarla y presentarla en las Congregaciones destinadas a discutirla. Ese Cardenal toma el nombre de Ponente, o sea, relator de la Causa. Su nombramiento está reservado al Papa. León XIII designó como Ponente para la Causa de don Bosco al cardenal Parocchi. Se requería, además, un Postulador, con residencia fija en Roma; y fue propuesto para este cargo y aceptado por la Cancillería de la Congregación de Ritos, don César Cagliero, Procurador General de la Pía Sociedad. Don Domingo Belmonte cambió su título por el de Vicepostulador. Una parte importantísima queda reservada al Procurador General de la Fe en la misma Congregación. Suele llamársele, en el lenguaje común, abogado del diablo, como si hiciera el papel del diablo buscando denegar la santidad. En efecto, él debe presentar objeciones, lo mismo contra los testimonios prestados que contra las virtudes y la fama de santidad. Su oficio se corresponde con el de procurador del Rey en las causas criminales. En realidad, la denominación popular no le conviene, puesto que él realiza una parte totalmente al contrario, ya que su función es la de sacar a la luz todas las dificultades y todas las objeciones, llamadas *animadversiones*, para que sean resueltas por el Postulador, de manera que no quede la menor duda. Finalmente se requiere la actuación de un Abogado, a quien se confía el patrocinio de la Causa, y la asistencia de un Procurador que trabaja con el Abogado.

Antes de que se pudiese comenzar en Roma el estudio del legajo de Turín, había que buscar y examinar todos los escritos atribuidos al Siervo de Dios editados o sin editar: tratados, folletos, sermones, poe-

sías, cartas, sin distinción de escritos o autógrafos realizados por mano ajena al dictado o cualesquiera otros escritos publicados por su mandato. Sería tiempo perdido llevar adelante la Causa, si luego debiera constar que los escritos contienen algo contra la pureza de la doctrina en cuanto a la fe y la moral. Para la búsqueda se había decretado que se establecieran varios centros; [49] pero después, y a fin de que la Causa fuera más expedita, los centros se redujeron a uno solo, es decir, a aquél donde el Siervo de Dios había tenido morada habitual. El año 1898 murió monseñor Riccardi y su sucesor, monseñor Agustín Richelmy, publicó una orden, el veinticinco de octubre de aquel año, por la cual «en virtud de santa obediencia y con amenaza de las censuras acostumbradas» imponía a todos los fieles de la Archidiócesis la entrega de los escritos, que estuvieren en su posesión. Aquella entrega debía hacerse a Su Excelencia, al Rector Mayor de los Salesianos o al propio párroco. Además, el que supiese que se conservaban escritos de don Bosco en alguna familia, en algún archivo o biblioteca, lo denunciase al Arzobispo o al párroco. Entonces don Miguel Rúa, en su calidad de Superior General de la Pía Sociedad, prescribió a todos los Salesianos, en una circular, que le mandasen rápidamente cualquier escrito del Siervo de Dios.

Para el cumplimiento de estas obligaciones se fijó el plazo de dos meses; pero duraba ya la requisitoria casi dos años, cuando, por no retardar demasiado la introducción de la Causa, se estableció que se enviase a Roma la parte ya recogida y controlada, y así se empezase rápidamente el examen de la misma en la Congregación de Ritos. Había impresos y manuscritos divididos en nueve categorías: 1.º Históricos y científicos (6). 2.º Catequísticos y polémicos (19). 3.º Biográficos (17). 4.º Vidas de Santos (8). 5.º Vidas de Sumos Pontífices, desde San Pedro hasta San Melquiades inclusive (20). 6.º Marianos (9). 7.º Ascéticos (8). 8.º Escritos amenos (5). 9.º Algunos manuscritos en torno a los mismos temas (17). En un segundo envío se añadieron otros escritos cortos muy numerosos: cartas privadas, circulares de diversos géneros, documentos dirigidos a la Santa Sede o a Cardenales, folletos en defensa de las escuelas salesianas, el Reglamento de las casas con el apéndice sobre el sistema preventivo, convenios estipulados con diversas personas, gestiones y proyectos para la apertura de casas salesianas, poesías, sermones, resúmenes o croquis de sermones hechos, temas [50] y esbozos de sermones oídos. Sólo las copias de las cartas privadas requirieron mil cuatrocientas veinte páginas en papel de oficio. Estas y otras copias las escribía don Joaquín Berto, archivero de la Congregación. El envío de todo aquel material

se hizo por el entonces cardenal Richelmy, previo el llamado *processus diligentiarum*.

Comprende esta denominación una indagación judicial, con el fin de comprobar, si se ha empleado toda suerte de diligencias en la búsqueda de los escritos y si las copias correspondientes concuerdan exactamente con los originales. El Arzobispo, a quien por delegación de la Santa Sede correspondía esta investigación, como a juez apostólico delegado, nombró el día 5 de junio de 1900, con aprobación de Roma, un subdelegado, instituyendo el tribunal a propósito. Su Eminencia designó el Oratorio salesiano para lugar de las sesiones, y en él se celebraron dieciocho reuniones, desde el 10 de junio de 1900 hasta el 30 de enero de 1901. Se envió copia auténtica de las actas, extendidas vez por vez, a la Congregación de Ritos.

Durante el curso de estos trabajos fallecieron el Postulador y el Vicepostulador y les sucedieron, al primero don Juan Marengo, nuevo Procurador general, y al segundo don Felipe Rinaldi, nuevo Prefecto general.

Al llegar a este punto, es decir, al cierre del proceso informativo, cuando sobreviven testigos oculares, urge apresurar el proceso apostólico, *ne pereant in causa probationes*, o lo que es lo mismo, para que, por muerte de esos testigos o por otros motivos, no se pierdan sus preciosos testimonios. Por ello el Postulador, don Juan Marengo, presentó inmediatamente la petición de que se procediese con solicitud a la tramitación de las llamadas *litterae remissoriales*. Con ellas ordena el Papa que se introduzca una Causa en la Congregación de Ritos, la cual emprende su examen para llegar a los ulteriores procesos *auctoritate apostolica*. Mas, para que el Papa dé y firme esas órdenes, se necesitan cuatro cosas por adelantado: ultimar en Roma el examen de los escritos, hacer el proceso de *non cultu* ante el Ordinario, [51] preparar la *positio* y recoger las *litterae postulatoriae*.

Digamos ante todo algo sobre estas últimas. A la petición de los sectores o demandantes para obtener las «Cartas Remisoriales» es preciso adjuntar otras de ilustres personajes, tales como Cardenales, Obispos, Príncipes seculares, Superiores de órdenes religiosas, Cabildos de Canónigos, asociaciones piadosas; lo cual se hace por medio de cartas llamadas postulatorias, dirigidas al Papa, a través del Postulador. En ellas se suplica vivamente al Padre Santo que se digne atender los votos de tantos fieles, firmando lo antes posible por su propia mano la comisión, o sea, la orden de introducción de la Causa, y se alegan en ellas los motivos que inducen a presentar tal petición. Cursada por consiguiente a lo largo y a lo ancho la invitación para escri-

bir dichas cartas, recibió el Postulador, durante el bienio de 1902 y 1903, trescientas cuarenta y una, veintitrés de las cuales eran de Eminentísimos Cardenales. Se presentaron al Padre Santo, se restituyeron por la Congregación de Ritos al Postulador, para que pasaran al Procurador de la Causa y procurase que se imprimieran unas sesenta entre las más importantes.

Las cartas no se imprimen solas, sino que forman parte de la *Positio* preparada por el Abogado que lleva el patrocinio de la causa. Esa posición se compone de otros dos elementos de mayor importancia, que son un *Summarium* y una *Informatio*. El abogado Morani, por medio del Procurador Melandri, hizo extraer ante todo del proceso ordinario las deposiciones de los testigos e imprimirlas, agrupadas bajo distintos títulos: de las virtudes teologales, cardinales y morales, de los votos religiosos, de la fama de santidad en vida y después de muerte, de la muerte con los funerales y entierro y de los milagros y gracias que se atribuían a la intercesión de don Bosco. Esta compilación es precisamente el sumario, en cuyos márgenes deben colocarse apostillas latinas, indicando lo que allí dice el testigo. Mientras atendía a esto el Procurador, el Abogado extendió la información, compuesta de dos partes, que eran una narración abreviada de la vida de don Bosco, seguida de la demostración [52] de que él había practicado las virtudes en grado heroico, lo cual había originado su fama de santidad.

Una tercera prescripción preliminar añade que se constituya por el Ordinario un tribunal que indague si se ha cumplido el decreto de Urbano VIII, que prohíbe se preste culto público eclesiástico a un Siervo de Dios muerto en olor de santidad. Este proceso se hace por la Curia en cuyo territorio se encuentra la tumba, ya que es especialmente junto a la tumba donde los fieles manifiestan algún culto a los Siervos de Dios. El tribunal visita el sepulcro, la habitación donde murió el Siervo de Dios y cualquier otro lugar donde se pueda sospechar que existan signos de culto. Hay que hacer constar la situación de las cosas con pruebas testimoniales jurídicamente recogidas. Bastan cuatro testigos, dos de ellos citados por oficio. El notario describe todo en las actas del proceso, y envía a Roma copia de las mismas, debidamente firmada y sellada. El proceso duró muy poco; todo quedó terminado el 4 de junio de 1904.

Requirió más tiempo el examen de los muchos escritos, cuarto trabajo preparatorio. Corresponde al Cardenal Ponente confiar este examen a Teólogos Censores de la Congregación de Ritos. Se lo confió el cardenal Parocchi; pero, una vez muerto éste en 1903, renovó

sus votos el cardenal Tripepi, nombrado Ponente por el Sucesor de León XIII. Un número considerable de documentos se refería a las controversias entre don Bosco y el arzobispo Gastaldi. Pío X, después de oír la relación de los mismos por monseñor Verde, Promotor de la fe, considerando su peculiar carácter, dispuso que se revisaran aparte. Por cuanto se refería a la censura teológica, aquéllos, como todos los demás escritos, eran impecables; pero dada la calidad de los hechos en sí mismos y la dignidad de las personas interesadas, pareció necesario un trabajo satisfactorio, por cuanto pudiese reflejar la discusión de las virtudes. Se organizó, pues, un procesículo especial secreto, a fin de que fuera posible y cómodo a la par emitir un juicio seguro e imparcial sobre el comportamiento observado por el Siervo de Dios [53] en una discordia tan larga, ardua y desagradable. El Consultor llamado a redactar su *votum pro veritate*, extendió una límpida relación, en la que las razones de la verdad y de la justicia aparecían con plena evidencia. Concluía concienzudamente declarando que, tras un atento y ponderado examen de todas las cuestiones, no se podía rectamente deducir nada que debiera considerarse como un grave impedimento para seguir *ad ulteriora*, nada que amenazase obstaculizar a continuación la normal discusión de las virtudes heroicas de don Bosco. Hecho esto, se promulgó el día 22 de agosto de 1906 el decreto de aprobación de los escritos.

El Promotor de la fe había continuado en tanto el estudio para sacar de todo el material que se refería a la Causa, sus *animadversiones*, o sea, las objeciones contra la legitimidad de las pruebas y contra las virtudes y la fama de santidad. Se imprimieron las dificultades por él alegadas, y contrapuso el Abogado sus respuestas, también impresas, resolviéndolas de modo que no quedasen dudas ni oscuridades. Después, cuarenta y cinco días antes de la fecha establecida para la discusión, se distribuyeron, encuadradas en un solo volumen, la información, el sumario, la objeciones y las respuestas, como está prescrito, al Cardenal Ponente, al Cardenal Prefecto, a todos los Cardenales y Prelados oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos, al Secretario, al Promotor y Subpromotor general de la fe. Finalmente el 23 de julio de 1907, después de muchas otras formalidades que no es preciso describir, el Cardenal Ponente Vives y Tutó, que había sucedido al difunto Tripepi, propuso en la Congregación ordinaria la duda de si había que aprobar o no la Comisión o mandato para la introducción de la Causa. Después de oír su relación, Cardenales y Consultores dieron su voto favorable, subordinado al beneplácito de Su Santidad. Al día siguiente firmó el Santo Padre Pío X la Comisión. Esta

firma papal presenta la particularidad de que va firmada con el *placet* y el nombre de pila; en nuestro caso: *Placet. Josephus*. Hecho esto, el Secretario de Ritos, monseñor Paníci [54] redactó el decreto, que fue publicado y fijado en las puertas de las iglesias e incluido en el Boletín de las *Acta Apostolicae Sedis*. He aquí la traducción del mismo:

Dios, creador y supremo mantenedor de la familia humana, lo mismo que en otros tiempos, también en los nuestros se cuida con especial solicitud de los males de la sociedad cristiana; acude en su ayuda con oportunos auxilios, y recursos por medio de hombres elegidos, insignes por su virtud extraordinaria y operativa, los cuales parece que hacen a todos partícipes de su espíritu saludable y vital, y de su ardor.

Entre éstos, en el siglo recientemente pasado, la Divina Providencia envió, para ayuda y ornamento de su Iglesia, el sacerdote Juan Bosco el cual, siguiendo los pasos de los santos José Calasanz, Vicente de Paúl, Juan Bautista de la Salle y otros de la misma virtud y grandeza, haciéndose todo para todos por salvarlos, se dedicó por entero, con la Pia Sociedad Salesiana, que él mismo fundó, y con otras varias obras, a conducir a los hombres a la eterna salvación y especialmente a educar e instruir a los muchachos en la religión, prepararlos a los estudios o a las artes.

Nació el Siervo de Dios en Morialdo, junto a Castelnuovo de Asti, de padres honrados y piadosos, Francisco y Margarita Occhiena, el 16 de agosto de 1815. Habiéndose quedado huérfano a la edad de tres años, creció bajo los amorosos y diligentes cuidados de la madre viuda, que daba a los hijos luminoso ejemplo de amor al trabajo, la seriedad y la virtud. Chiquillo todavía, viviendo en casa y muy querido, se ganaba la comida ayudando al trabajo del campo.

A los diez años, como demostrara talento y memoria, empezó a estudiar, bajo la dirección del capellán de su pueblo, don Juan Calosso, que lo tuvo con gusto en casa como alumno. Poco después, habiendo muerto el maestro, volvió al trabajo del campo y el pastoreo por algún tiempo, mas sin abandonar totalmente los estudios, hasta que su piadosa madre, apoyando los deseos del hijo, empezó a enviarlo diariamente a Castelnuovo, a diez kilómetros, donde asistía asiduamente a las escuelas municipales y aprendía al mismo tiempo, con el párroco del lugar, los primeros elementos de la lengua latina.

Se trasladó luego a Chieri, donde hizo los cinco cursos del bachillerato, con mucho éxito y ganando varios premios, mientras procuraba confirmar a los compañeros buenos en la virtud y llevar a los perdidos al buen sendero. A tal fin, en determinados días y horas, reunía Juan a los muchachos en una sociedad que llamó de la alegría y los entretenía con inocentes diversiones, adaptadas a la edad, alternándolas con las prácticas de piedad: uno de los frutos de esta su actividad juvenil fue la conversión a la fe católica de un joven judío, lo cual ocasionó gran alegría entre los compañeros.

Tal género de vida y de ocupaciones debe considerarse como [55] la preparación a un estado más alto, al que fue ayudado el Siervo de Dios, en su incertidumbre, por la oportuna ayuda del párroco de Castelnuovo, el reverendo Cinzano, y especialmente por el Venerable Cafasso, cuyos consejos y ejemplos empezó a seguir desde entonces.

En el año 1834, vigésimo de su edad, vistió la sotana en Castelnuovo, en la iglesia parroquial de S. Miguel Arcángel, el día de la fiesta; y en aquella ocasión escribió

unos buenos propósitos, que leyó ante la imagen de la Santísima Virgen, con la firme voluntad de ser fiel a ellos.

Por mediación del mismo Ven. Cafasso, entró en el Seminario Arzobispal de Chieri, donde siguió durante seis años los estudios de filosofía y teología, obteniendo cada año un premio especial. Aplicóse también al estudio de la historia eclesiástica y de la lengua griega, del hebreo y del francés, y de otras materias. Ocasiónole una gran alegría haber obtenido de los superiores, junto con otros compañeros más fervorosos, entre los cuales estaba Luis Comollo, digno de mención y loa, el poderse acercar varias veces por semana a la sagrada mesa, contra la costumbre de entonces. Mientras tanto, dentro de los muros del Seminario de Chieri, continuaba con los muchachos y jóvenes, lo mismo internos que externos, el apostolado empezado en Morialdo y Castelnuovo.

Recibió las órdenes del subdiaconado y diaconado y, pocos días antes de ser elevado al sacerdocio, formuló y escribió unos propósitos nuevos y precisos para el porvenir. Ordenado que fue de sacerdote, celebró su primera misa en Turín en la iglesia de S. Francisco de Asís; la segunda en la iglesia de N.^a Sra. de la Consolación (Consolata), la tercera y la cuarta en Chieri, y el día del *Corpus Christi* en Castelnuovo, con gran asistencia del pueblo. Al volver a casa por la tarde y pasar por el lugar, donde en algún tiempo había tenido el presentimiento de su apostolado entre los muchachos, dio gracias a Dios y le alabó con el salmo 112: *Laudate pueri Dominum*. La piadosa Margarita, al recibir con alegría y maternal afecto a su hijo Juan, ya sacerdote, le exhortó a meditar e imitar a Jesús, que tanto ha padecido por nosotros, y sólo pidió a su hijo que rogara por ella y la recordara siempre en la santa misa.

Durante el verano de 1841 se trasladó a Turín, donde, por consejo y bajo la dirección del Ven. Cafasso, atendió durante tres años al estudio de la teología moral y de la sagrada elocuencia, a la par que ejerció el ministerio sacerdotal en cárceles y hospitales. Para educar después a los muchachos abandonados, empezó a reunirlos los días festivos en iglesias, oratorios y otros lugares. Salvadas muchas dificultades y obstáculos con la ayuda de Dios, se refugió por fin como en un puerto, en una casa del suburbio de Valdocco junto a Turín.

Aquella casa, casi una cueva, transformada en una semana en un edificio decente, lo bendijo solemnemente el mismo Siervo de Dios, con la debida autorización, y lo dedicó a Dios el mejor Maestro, en honor de San Francisco de Sales, el domingo 12 de abril de 1846. [56] El Arzobispo de Turín enriqueció a este oratorio y a su Rector con muchos privilegios y hasta el mismo Rey Carlos Alberto lo tomó bajo su protección.

Abrió sucesivamente otros dos oratorios, dedicados, el uno a San Luis Gonzaga y el otro al Angel Custodio, a los que acudían más de quinientos muchachos. Fundó, además, escuelas diurnas, nocturnas y dominicales para la instrucción de los jóvenes aprendices, y como el número de alumnos crecía de día en día, eligió a algunos y los instruyó para que hicieran de maestros en sus oratorios y escuelas.

En abril de 1847, enternecido ante la miseria y la desgracia de algunos jovencitos, los albergó en una casita que había alquilado junto al Oratorio y en la que vivía con su madre, gracias a cuya ayuda podía proveerlos de lo necesario para su educación y manutención. Esta humilde casa fue el principio del Oratorio, llamado de San Francisco de Sales, que contaba con treinta muchachos internos en 1851 y, agrandada tenía cuatrocientos en 1860 y ochocientos en 1870.

Desde el principio colocaba a estos muchachos en talleres de la ciudad para aprender y practicar diversos oficios; iba a menudo a aquellos talleres y se infomaba del

comportamiento de sus muchachos, y de su aprovechamiento. Después, para atender mejor a su aprendizaje y a su piedad, abrió, en 1865, talleres en el mismo Oratorio. A los que se distinguían por su mayor talento y virtud, si los juzgaba idóneos, los preparaba para el estudio de las letras y las ciencias. El fue su maestro, hasta que encontró colaboradores entre los profesores eclesiásticos y doctores, cuando el Seminario diocesano fue cerrado y el Arzobispo Fransoni fue exiliado de Turín. La historia del Oratorio hasta el año 1870, contó con muchos sacerdotes salidos del mismo, que, encargados de los oficios sagrados, fueron muy útiles para la archidiócesis turinesa y otras diócesis de la región piamontesa.

En la educación de los jóvenes, Juan Bosco, siguiendo siempre la divina sentencia *Initium sapientiae, timor Domini*, siguió el método del cuidado, asistencia y caridad preventiva; y procuró, al mismo tiempo, que, sin dejar de estar siempre ocupados, los muchachos se entretuvieran con juegos adaptados y honestos; y para ello introdujo en las escuelas populares la gimnasia y la música.

Y para que la obra empezada en favor de la juventud no desapareciese, con el andar del tiempo, sino que permaneciese estable, el Siervo de Dios, aconsejado por varones prudentes y por el mismo Ven. Cafasso, y con la ayuda de viva voz del Romano Pontífice Pío IX, fundó en Turín en 1859 la Sociedad Salesiana y, por designación de todos los Capitulares, llevó su dirección con el título de Rector Mayor. La Sociedad, desarrollada y propagada cada día más, fue alabada y encomendada por la Sede Apostólica el año 1864, y aprobada y confirmada con decreto del 1.º de marzo en 1869.

[57] Entre tanto, el piadoso sacerdote Domingo Pestarino había formado en su pueblo de Mornese, diócesis de Acqui, una asociación de muchachas, llamada de Hijas de María —a la que posteriormente se añadió el título de Auxiliadora—; acudió Juan, a su ruego, y las acogió a título de adopción filial y, cuando en 1872 murió el fundador, puso al frente de la misma a uno de sus hermanos salesianos. De este modo la familia religiosa de las Hijas de María Auxiliadora fue tenida como una segunda orden del Instituto Salesiano, al que se añadió poco después, como tercera orden, la Pía Unión de Cooperadores de uno y otro sexo, aprobada el 9 de mayo de 1876 por la Santa Sede Apostólica y enriquecida con privilegios e indulgencias.

Siguieron el *Boletín Salesiano* y las *Lecturas Católicas*, históricas, literarias y populares, también para las escuelas, con el fin de promover y aumentar, junto con la sana doctrina, la unión y la caridad entre todos los hermanos y apartar las asechanzas y los errores de los malvados y de los herejes.

Finalmente hay que recordar las Misiones propagadas y florecientes en las regiones de Europa y América; la Obra, vulgarmente llamada *Hijos de María*, destinada al cultivo de las vocaciones eclesiásticas de los adultos, con sus más de cincuenta casas; muchas iglesias preciosas, levantadas en diversas regiones, entre las que sobresalen la de María Auxiliadora en Turín y el templo parroquial romano en el Castro Pretorio, edificado a petición de León XIII, y dedicado, junto con un amplio internado, dotado de diversas enseñanzas literarias y profesionales, al Sagrado Corazón de Jesús.

No le faltaron al Siervo de Dios angustias y contradicciones que, con la ayuda de Dios, superó con ánimo obediente y singular paciencia y fortaleza: pero, deshecho con tales aflicciones y las asiduas fatigas, el día 20 de diciembre de 1887 cayó enfermo del mal que duró casi cuarenta días y fue agravándose gradualmente. Confortado por los Sacramentos de la Iglesia, daba saludables consejos a cuantos iban a visitarlo y rogaba a sus íntimos, los reverendos Rúa y Cagliero, que comunicaran a los Salesianos sus últimas exhortaciones. Recomendó encarecidamente a sí mismo moribundo

y a su Congregación al cardenal Alimonda, arzobispo de Turín. Obtuvo que le bendijera el cardenal Richard, arzobispo de París, que volvía de Roma a su diócesis, a condición de que él mismo bendijera a su vez al Arzobispo de París con todos sus diocesanos: y, obedeciendo, lo hizo.

Durante la enfermedad, recibió santamente casi todos los días la divina Eucaristía y por última vez el día de San Francisco de Sales. Iba repitiendo: *Fiat voluntas tua - In manus tuas, Domine - Maria Mater gratiae - Diligite inimicos vestros - Quaerite regnum Dei - Alter alterius onera portate - Exemplum bonorum operum*. El día 31 de enero de 1888, por la mañanita, al oír el toque de la campana, saludó a la Santísima Virgen exclamando *Viva María*, y poco después, cerca ya de las cinco, en presencia de los Superiores y de los principales miembros de la Sociedad que acompañaban con lágrimas y oraciones el [58] tránsito de su amado Fundador y Maestro, Juan Bosco murió en paz.

Tan pronto como se difundió la noticia de la muerte, toda la ciudad se sumió en el dolor y el luto. Una multitud de ciudadanos y forasteros acudió a visitar el cadáver, revestido con los ornamentos sacerdotales y expuesto al público en la iglesia de San Francisco de Sales, donde se celebraron exequias. El cadáver fue llevado y recibido con gran solemnidad en el Colegio de las Misiones, poco tiempo antes abierto en Valsálce, donde recibió conveniente sepultura.

La fama de santidad que había adquirido en vida, fue creciendo tanto después de su muerte, que se instruyó sobre ella el Proceso Ordinario, que posteriormente se transmitió a la Sagrada Congregación de Ritos. Cuando todo estuvo a punto y se hizo la revisión de los escritos, como no había nada que impidiese el ulterior procedimiento, el Ponente de esta Causa, el Eminentísimo señor cardenal José de Calasanz Vives y Tutó, a instancias del Rev. Juan Bautista Marengo, Procurador y Postulador general de la Congregación Salesiana, y atendidas las cartas postulatorias de algunos Eminentísimos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, de muchos Reverendísimos Obispos, Cabildos Catedralicios y Superiores de Ordenes Religiosas, propuso en su condición de Relator de esta Causa, en la Congregación ordinaria de Sagrados Ritos tenida en el Vaticano el día señalado al pie, la discusión de la duda siguiente: *Si se debe firmar la Comisión de Introducción de la Causa, en el caso y al afecto de que se trata*. Los Eminentísimos y Reverendísimos Padres gobernadores de los Sagrados Ritos, después de la relación hecha por el mismo Eminentísimo Ponente, tras haber oído de palabra y por escrito al Reverendo Alejandro Verde, Promotor de la Fe, y examinado todo diligentemente, opinaron que se debía responder afirmativamente, *esto es, que se debía firmar la Comisión, con el consentimiento de Su Santidad*. 23 de julio de 1907.

Habiendo después referido el Cardenal firmante, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, al Padre Santo Pío X cuanto antecede, Su Santidad, ratificando la sentencia de la misma Sagrada Congregación, dignóse firmar por sí mismo la Comisión de Introducción de la Causa del Ven. Siervo de Dios Juan Bosco, sacerdote, Fundador de la Pía Sociedad Salesiana, el día veintiocho del mismo mes y año.

SERAFÍN Card. CRETONI
Prefecto de la S. C. de Ritos

† DIÓMEDES PANICI
Arzobispo de Laodicea
Secretario de la S. C. de Ritos

Después de este decreto se introducía la Causa, o lo que es lo mismo, se aceptaba por la Santa Sede para el desarrollo de la misma hasta la [59] canonización. Por efecto del mismo, ninguna autoridad eclesiástica podía ya actuar en la Causa, sin permiso de la Congregación de Ritos. A partir de la introducción de la Causa le correspondía al Siervo de Dios el título de *Venerable*, que no autoriza para ningún culto público¹. El sucesor del Venerable, intérprete del sentimiento común, apenas recibió comunicación oficial del decreto, elevó un himno de júbilo, escribiendo el seis de agosto a todos sus queridísimos hijos de la Congregación:

¡Don Bosco ya es Venerable! Es ésta la fausta noticia por la que hace tantos años suspirábamos y que finalmente nos llegó en alas del telégrafo el veinticuatro de julio último. Este es el feliz anuncio que, repetido en todas las lenguas por medio de los periódicos, ha alegrado el corazón de innumerables amigos y admiradores de don Bosco. Estoy seguro de que, por muy remota que pueda ser la morada de muchos Misioneros nuestros, también en aquellos inmensos desiertos de América habrán recibido la noticia de este alegre suceso. No quise, sin embargo, dar comunicación oficial del mismo hasta leer con mis ojos el Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos y besar con transportes de alegría la firma del Augusto Pontífice Pío X, que se dignó confirmar el voto. Y este inefable consuelo me fue concedido en estos últimos días, cuando nuestro querido Procurador General, don Juan Marengo, el cual actuó tanto hasta llegar el asunto a su término, vino a traerme personalmente el precioso documento.

¡Don Bosco ya es Venerable! Cuando me tocó comunicar con mano temblorosa a toda la familia salesiana la muerte de don Bosco, escribía que aquel anuncio era el más doloroso que podía haber dado en mi vida; ahora en cambio la noticia de la Venerabilidad de don Bosco es la más dulce y agradable que pueda daros antes de bajar a la tumba. Con este pensamiento estalla en mi pecho un himno de alegría y agradecimiento. Vimos durante muchos años a nuestro buen padre abatido por el peso de penas indecibles, sacrificios y persecuciones, sí; pero ¡qué satisfacción más grande la de ver a la Iglesia Católica ocupada en su glorificación ante el mismo mundo! Si hubiéramos dudado alguna vez de que nuestra Pía Sociedad fuese obra de Dios, ya puede estar tranquilo nuestro espíritu, desde el momento en que la Iglesia con su inefable magisterio llama Venerable a nuestro Fundador. ¡Qué agradecidos debemos estar al Sumo Pontífice Pío X, que se dignó [60] proponer la Causa de don Bosco al estudio de la Sagrada Congregación, mucho antes de lo que suele hacerse aun cuando se trata de personajes muertos en olor de santidad! El cardenal Vives y Tutó, *Ponente* de la Causa de don Bosco, al felicitar a la Pía Sociedad Salesiana por la Venerabilidad de don Bosco, habló de él de tal manera que nos hizo llorar de alegría y considerar como un especialísimo favor de la Providencia ser sus hijos. En estos días nos llueven de todas partes cartas de felicitación de ilustres personas que partici-

¹ Un decreto de la Congregación de Ritos, del 26 de agosto de 1913, recogido en el *Código de Derecho Canónico*, establece hoy que este título sólo se conceda a los Siervos de Dios después de haber sido reconocido el heroísmo de las virtudes.

pan de la alegría de la familia salesiana. Sea todo para gloria de Dios y de María Santísima Auxiliadora; que todo sirva para glorificación de don Bosco y se cumpla así la palabra del Evangelio de que quien se humilla será exaltado: *qui se humiliat, exaltabitur*.

La alusión al cardenal Vives y Tutó requiere una aclaración. Pocas horas después de la audiencia del Papa al cardenal Cretoni, se presentó él en el Sagrado Corazón para felicitar cordialmente a los Salesianos. «No solamente he venido, dijo al inspector don Arturo Conelli, para congratularme con la Congregación, sino para recogerme en oración en el templo levantado por don Bosco al Sagrado Corazón y encomendarme a él en este templo como a patrono celestial. Me considero muy feliz por haber tenido que estudiar a fondo la vida de don Bosco, porque así he podido conocer que fue un gran santo. Ya cuando se ve a una Congregación hacer el bien (y tal sucede con la de ustedes), puede decirse con razón: en el fondo y en la raíz seguramente hay un santo. Pero yo lo he palpado con mis propias manos estos días estudiando la vida de don Bosco, su Fundador. ¡Qué celestiales carismas los suyos! Podría decirse que Dios, como en un filme continuo, le manifestaba el futuro de su Congregación, de sus hijos y sus alumnos. Y además de los carismas celestiales, ¡qué tesoros más grandes de virtud! Un amor a la Virgen, que iguala al de los más grandes Santos, un amor a la Pasión que sofocaba su pecho, todas las virtudes religiosas en su perfecto grado; y, como contraseña infalible de santidad, era extraordinario en lo ordinario, de modo que nada traslucía al exterior en su vida común. Mire, he estudiado mucho la vida de don Bosco, y su figura me parece siempre providencial. El lunes pasado, por la noche, a la una y media, estaba yo [61] todavía preparándome para la discusión del martes por la mañana: asistían a ella ocho cardenales: resultó muy favorable; y crea que la introducción de la Causa de beatificación a los diecinueve años después de su muerte, con una vida que tiene tantas relaciones, ya es algo prodigioso (...). La noticia del decreto interesa a todo el mundo y debe aportar gracias extraordinarias a todos, de acuerdo con su propio estado; yo me he elegido a don Bosco por mi patrono especial». Esta fue sustancialmente la conversación de Su Eminencia ¹.

El decreto del 24 de julio de 1907 quitaba el luto a la tumba del Siervo de Dios, soltaba las lenguas para ensalzar sus dotes sobrenatu-

¹ Carta de don Arturo Conelli a don Miguel Rúa, Roma, 25 de julio de 1907.

rales y naturales e incitaba a la imitación de sus ejemplos. Hasta pareció que el Cielo se sumara a ratificar el hecho.

Sor Juana Lenci, Hija de María Auxiliadora, guardaba cama hacía dos años, con un tumor en la matriz. Los médicos no daban esperanza alguna de curación. Con plena confianza en la intercesión del Siervo de Dios, empezó una novena en su honor, que terminó precisamente el 23 de julio de 1907, día en el que se trataba de la introducción de la Causa en la Congregación de Ritos. Pues bien, aquella misma mañana, no pudiendo aguantar más los dolores del mal, se puso una reliquia de don Bosco sobre el pecho. Se adormiló un rato y, al abrir de nuevo los ojos, vio a la vera del lecho al Siervo de Dios, el cual le indicó que se levantara y desapareció. Se levantó en efecto perfectamente curada. Aquel mismo día fue al santuario de María Auxiliadora y al día siguiente acudió en peregrinación a Valsalice. Mientras escribimos estas líneas, forma ella parte de la comunidad religiosa de Foglizzo.

El entusiasmo que suscitó el decreto se transformó en múltiples y fervorosas demostraciones, especialmente en aquellos lugares donde había obras salesianas. No se recuerda que haya habido en el mundo tanta alegría por ningún otro Venerable, que se hayan hecho tantas fiestas, que se hayan rendido tan solemnes gracias. [62] En el Oratorio de Valdocco se eligió para celebrarlo el día 30 de enero de 1908, vigilia del vigésimo aniversario de la muerte. Participó en la celebración la ciudad de Turín con sus mejores representantes. Habló, con el beneplácito de la Santa Sede, el cardenal Maffi, arzobispo de Pisa, interpretando con alta elocuencia los sentimientos de la ciudad que se gloriaba y se gloria de su hijo don Bosco. Y partiendo del lema escritural *Ut palma florebit*, hizo ver lo mucho que se asemejaba el florecimiento de don Bosco al de una palmera, lo mismo en la vida que en las obras. Una cosa juzgó necesario hacer notar para sí y para los demás. Embelesados ante el rápido progreso de estas obras, son muchos, demasiados los que se detienen ante el encanto exterior de las mismas y no saben penetrar lo bastante en su íntima vitalidad. «Muchas veces, dijo él, nos detenemos a contemplar una tez rosada y no pensamos en el corazón que late para colorearla: admiramos el pétalo que se abre, la naranja que se dora, y no pensamos en las raíces pálidas y escondidas que, con ansias de madre, arrancan la vida de la tierra. La razón, la fuerza del desarrollo de las obras salesianas estaba en el crecimiento y en el palpitar del alma de don Bosco: la palmera se dilataba en las palmas, porque había en el interior una linfa pura y abundante que la inundaba: el secreto de sus creaciones y de sus

conquistas estaba en su caridad y en su virtud. No entro en los misterios de la gracia y en la economía de sus manifestaciones; pero quisiera deducir esto ahora: las obras de religión y de caridad de don Bosco brotaron de la santidad que cultivó en su alma con todo cuidado antes que nada».

El eminente orador, que había contemplado a don Bosco en el teatro ordinario de su acción, describió de esta manera lo que él había observado: «Tras haberle oído y haber recibido su bendición, le vi en un rincón del santuario de María Auxiliadora sentado en una pobre silla, cercado de niños, oyéndoles, hablándoles, enviándoles a recibir a Jesús. Le vi amar y le vi amado, hecho todo para todos con el fin de llevar a Dios a todos y llevar a todos a Dios; y juzgué entonces, como algo natural y espontáneo, el nacimiento de almas apostólicas y heroicas aquí mismo; y de obreros que alaban al Señor en su trabajo, [63] y de jóvenes que, en el taller y en la escuela, guardan con solicitud su candor, y de sacerdotes que son a un tiempo monásticos y seculares, condiscípulos y maestros, escritores y tipógrafos, literatos con *Clásicos* latinos e italianos, y populares con *Lecturas Católicas*, músicos y arquitectos, y misioneros en regiones lejanas siempre dispuestos en cualquier parte a cuanto pide la caridad; estas formas, estas creaciones de hombres no me maravillan: cada planta da sus frutos».

Mirando después al porvenir y presagiando la plenitud del día, cuya aurora anunciadora acababa de despuntar, entrevió para Turín la apoteosis de un retorno que nadie habría podido describir y en el que se lloraría de alegría, no sólo en las casas salesianas, sino en toda la tierra. Y así como el ánimo profético lo previó, así sucedió realmente.

CAPITULO IV

DESDE LOS PROCESOS APOSTOLICOS
HASTA EL DECRETO SOBRE LA HEROICIDAD
DE LAS VIRTUDES

SON dos los procesos que, por autoridad apostólica, se hacen en las Curias episcopales. El primero es sobre las virtudes en modo especial del Siervo de Dios y consta de dos partes. En la primera, que se llama *incoativa*, se reciben solamente los testimonios de ancianos y enfermos, y por eso también se llama proceso *ne pereant probationes*. Una vez terminado el examen de dichos testimonios, se cierra el proceso y se conserva en la Curia hasta tanto que la Sagrada Congregación de Ritos disponga que se haga la segunda parte, llamada *continuativa*. En ésta se pueden examinar testigos de toda edad y condición y recibir todos los documentos que el Postulador quisiere presentar. Cuando se termina esta segunda parte, se hace la transcripción de la misma y todo unido, esto es la primera y la segunda parte, se lleva a la Sagrada Congregación de Ritos. Pero no se pasa al proceso continuativo hasta que no se ha hecho otro proceso apostólico *super fama sanctitatis in genere*, indagando el origen, la extensión y duración de la misma; este proceso también se transcribe a fin de que la copia sirva en Roma para la discusión de la duda sobre la fama de la santidad en general.

Son cosas que se dicen fácilmente, pero cuya ejecución se lleva con un procedimiento meticulosamente minucioso, que comporta una cantidad considerable de tiempo y, a veces, [65] ocasiona sorpresas. No podemos hacer aquí más que una rápida crónica de los procesos apostólicos, tocando solamente los puntos más llamativos.

El 4 de abril de 1908, a petición del Postulador, se enviaron de Roma al Arzobispo de Turín las *litterae remissoriales* para que hiciese empezar el proceso incoativo, pero no antes de que fuese terminado en Roma el examen del proceso ordinario *de non cultu*; examen que tuvo su epílogo mediante la aprobación por la sección rotatoria de la Sagrada Congregación de Ritos el veintitrés de junio y la ratificación del Padre Santo el ocho de julio. Así pues, cumplidas todas las

formalidades secundarias, el 21 de mayo de 1909 presentó el Vicepostulador don Felipe Rinaldi al cardenal Richelmy, arzobispo de Turín, la petición formal para que se dignase ejecutar las Remisoriales. Tres días más tarde constituyó Su Eminencia el tribunal y le invitó a reunirse el día veintiocho. Empezaron enseguida a desarrollarse las reuniones normales sin notables intervalos. Había doce testigos citados. De acuerdo con la costumbre, el proceso incoativo no dura más de dos años; pero, en nuestro caso, la necesidad de oír a otros nueve testigos obligó a pedir una prórroga, que la Sagrada Congregación concedió el 13 de enero de 1911. En el intervalo fue nombrado obispo de Massa Carrara don Juan Marengo y le sucedió en el cargo de Procurador y Postulador don Dante Munerati.

Continuó así todavía durante unos meses y, después, el tribunal de Turín se entregó al proceso sobre la fama de santidad en general. Esto se realizó en un tiempo relativamente corto, puesto que el 9 de enero de 1913 pudo ser enviado a Roma, donde el día diecisiete siguiente lo abrió la Sagrada Congregación de Ritos y comenzó la revisión. Al año siguiente murió el Cardenal Ponente, Vives y Tutó, y Pío X nombró al cardenal Ferrata para sucederle; pero también éste sobrevivió menos de un año, y Benedicto XV eligió para este cargo al cardenal Vico, que el 13 y 14 de julio de 1915 llegó finalmente hasta la aprobación y ratificación del proceso incoativo.

A la nueva demanda del Postulador, la Sagrada Congregación [66] concedió el día dos de agosto las Remisoriales para la parte continuativa del proceso apostólico. La tramitación de las correspondientes diligencias no permitió que se convocase en Turín la primera sesión hasta el 12 de febrero de 1916. En poco menos de un año fueron interrogados los diecinueve testigos citados. Así quedó cerrado el proceso apostólico sobre las virtudes en modo especial y durante la transcripción de las actas, realizó el tribunal, de acuerdo con las leyes eclesiásticas, el reconocimiento canónico del cadáver.

La ceremonia se realizó del 13 al 15 de octubre de 1917. Los miembros del tribunal fueron varias veces durante aquellos días a Valsállice, donde les esperaban algunos oficiales sanitarios del Ayuntamiento y los dos médicos peritos Peynetti y Velasco. La relación del primero nos suministra los datos, que aquí exponemos. Sacóse del nicho sepulcral el féretro, abrióse la caja exterior de madera ¹, se encontró la segunda caja deteriorada por la humedad, pero bien cerrada

¹ Esta caja estaba en buen estado, porque había sustituido a la anterior en 1904, con ocasión de la apertura, de que se habla unas líneas más adelante.

y con los sellos intactos. Se quitó la tapa y apareció la de la tercera caja de cinc, bastante gastada y en parte rota por una causa que se remontaba a trece años atrás. El año 1904, con autorización de la autoridad civil y en presencia del cardenal Richelmy, se había exhumado el cuerpo de don Bosco, en forma muy secreta, para observar en qué estado se encontraba el continente y el contenido y para apagar la piedad de los componentes del décimo Capítulo General de la Sociedad, reunidos en Valsálce y deseosos de volver a ver las facciones de su Padre. En aquella ocasión uno de los médicos municipales quiso verter dentro de la tercera caja una sobreaabundante solución de bicloruro de mercurio, cuya acción corrosiva había atacado el metal.

Al remover totalmente la tapa de cinc, «en vez del hedor común de un cadáver, escribe Peynetti, se percibió un olor *sui generis*, nada desagradable, y diría que hasta de agradable perfume». El cadáver aparecía momificado. La cabeza, ligeramente vuelta hacia la izquierda, estaba cubierta completamente por la piel casi [67] ennegrecida con los cabellos bien conservados; los ojos estaban consumidos bajo los párpados, todavía con pestañas y cejas; la boca abierta dejaba ver las encías deformadas, con tres dientes todavía en la parte superior y cinco en la inferior y secas las aparentes partes blandas, pero no se veía la lengua; la nariz, bien conservada, tenía la punta algo doblada hacia la izquierda; también se veía íntegro el pabellón de ambas orejas. En el cuello, intacto, se advertía la laringe saliente y cubierta con sus tegumentos. Los brazos estaban extendidos a lo largo del cuerpo, con las manos todavía cubiertas por la piel ennegrecida, con los dedos íntegros y las uñas. El cuerpo y las articulaciones superiores e inferiores estaban envueltos con los ornamentos: casulla, sotana, calcetines, zapatos, todo bastante bien conservado, pero empapado todavía en sublimado corrosivo.

El trabajo de reconocimiento se empezó el sábado día trece, se suspendió el domingo y se acabó el lunes. Se volvieron a cerrar las cajas, se sellaron y de nuevo se colocó el féretro en su nicho, a la espera de otro reconocimiento más solemne. Se levantó acta de todo.

Terminada la transcripción de todo ello, se envió el legajo a Roma el 26 de noviembre de 1918. Y así se daba por cumplida la función esencial de los jueces eclesiásticos de Turín.

Ya dijimos en el capítulo segundo cuanto nos pareció suficiente para dar una idea sobre su constitución; mas no se creyó necesario informar vez por vez a los lectores de las sucesivas modificaciones.

Sin embargo, no debe callarse que, a pesar de los cambios de los miembros, no se detuvo la diligente actividad, que fue alabada por el Rector Mayor, don Pablo Albera, al escribir a los Salesianos el 22 de febrero de 1918: «Me parecería faltar a un obligado deber, si no tributase un merecidísimo elogio y un generoso testimonio de agradecimiento, en nombre de nuestra Congregación, a los Reverendísimos Miembros del Tribunal Eclesiástico, que durante tantos años se impusieron increíbles sacrificios para llevar a feliz término un [68] proceso tan largo y laborioso. Ninguna recompensa estaría a la medida de su mérito».

La Congregación de Ritos abrió las actas el 6 de diciembre de 1918 y su revisión duró hasta el primero de julio del año siguiente. Entonces empezó el examen sobre la validez del proceso ordinario y del proceso apostólico. Para juzgar sobre ella, se reunieron el 8 de junio de 1920 los Cardenales y Consultores de la Sagrada Congregación, los cuales, después de oír la relación del Cardenal Ponente, se pronunciaron en sentido favorable. Al día siguiente ratificó el juicio Su Santidad y aprobó el rescripto correspondiente.

Y al llegar aquí se produjo una dificultad que detuvo bruscamente la marcha de las cosas. Conviene saber que, durante toda la Causa de don Bosco hubo, si así nos es lícito expresarnos, un verdadero abogado del diablo en el canónigo Colomiatti, abogado fiscal de la Curia arzobispal de Turín. Era éste un devoto admirador de su arzobispo Gastaldi y estaba íntimamente persuadido, desde siempre, de que la culpa de las conocidas divergencias era totalmente de don Bosco, por lo que no descansaba por hacer triunfar su tesis, multiplicando los esfuerzos que tendrían a llevar la Causa a un callejón sin salida. No le había cambiado el suplemento de examen de los escritos de don Bosco referentes a aquellas relaciones, examen que se resolvió con la sentencia que ya conocemos. Dominado por su idea fija, mientras se instruía el proceso apostólico en la Curia de Turín, había presentado a la Congregación de Ritos un pliego, en el que se contenían declaraciones contrarias a los escritos ya fuera de cuestión, y a la vida del Siervo de Dios; y más aún, había ido a Roma para confirmarlas oralmente y añadir otras más. La Congregación transmitió todo al cardenal Richelmy, con las siguientes instrucciones del Secretario: «Por el contenido de las deposiciones, es fácil advertir que es muy necesario que el Tribunal que indagó sobre las virtudes del Venerable don Bosco, vuelva a investigar otrosí sobre el alcance de los hechos afirmados por el Rvdmo. Can. Mons. Colomiatti. Y, por tanto, convendrá que Su Eminencia comunique al Tribunal eclesiástico, ya constituido, dicho

pliego a fin de que: [69] a) haga un estudio especial del mismo, interrogando con tal fin a los testigos que creyere oportuno, y volviendo a llamar también a los que ya declararon; b) indague en torno a las personas de las que el Revmo. Can. Mons. Colomiatti adquirió los hechos que narra; si todavía viven, sean llamadas oficialmente; si han fallecido, se indague quiénes eran y su carácter, si tenían animosidad contra el Venerable don Bosco y por qué razones. Al pie de dicho pliego, aparecen también insertos, con copia auténtica, algunos documentos, que yo he encontrado en esta Secretaría. Como fácilmente se comprende, es necesario que el resultado de todas estas indagaciones, por hacer, se recoja y transcriba en un procesículo aparte, el cual, una vez terminado, deberá enviarse, junto con el proceso Apostólico sobre las virtudes en especial, a esta Sagrada Congregación».

El tribunal de Turín, investido por el mandato del Arzobispo, abrió la indagación y atendió a ella con escrupulosa diligencia. Su resultado no podía ser más que a favor de la Causa. Sin embargo, al examinar en Roma los procesos de Turín, pareció que todavía existían dudas que era preciso aclarar; por lo cual el 16 de octubre de 1921 la Sagrada Congregación ordenó nuevas investigaciones para iluminar más las mentes de los Cardenales a la hora de dar su voto sobre la validez de los mismos procesos. Se preparó el material del caso, se discutieron en diversas sesiones las dificultades especiales, hasta que el 4 de julio de 1922, reunidos los Cardenales y Consultores en sesión ordinaria recibieron un informe detallado. La conclusión fue que, habiéndose observado exactamente las normas de procedimiento prescritas por el Código de Derecho Canónico y las demás instrucciones dadas por la Sagrada Congregación de Ritos al tribunal delegado, fueron declarados válidos los procesos en cuanto a la forma; se podía en consecuencia proceder *ad ulteriora*, es decir, a la discusión del mérito. Se había llegado de este modo a la última fase de la Causa, es decir, a la vigilia de las tres grandes Congregaciones, llamadas antepreparatoria, preparatoria y general.

[70] Decimos que se había llegado a la vigilia, por un decir, puesto que antes se debía realizar una larga preparación; basta saber, en efecto, que estas Congregaciones van precedidas de un triple estudio. Dado que éstas tienen por objeto que, después de maduras discusiones, se pronuncie el voto sobre la práctica de las virtudes en grado heroico, es preciso, en primer lugar, que el Abogado de la Causa prepare y haga imprimir un resumen de las deposiciones de todos los procesos, ordenando por capítulos diferentes cuanto es menester para probar la legitimidad y la importancia de las pruebas testimoniales,

para ilustrar la vida y las obras del Siervo de Dios, para demostrar todas y cada una de las virtudes teologales, cardinales y anejas, ejercitadas en grado heroico, y la legitimidad y firmeza de la fama de santidad fundada en el heroísmo de las virtudes y aumentada por las gracias y milagros obtenidos por intercesión del Siervo de Dios. El Abogado antepone a todo este trabajo la información general y particular sobre las pruebas jurídicas y sobre todas las virtudes. En segundo lugar, el Promotor General de la Fe presenta sus objeciones contra la legitimidad de las pruebas y contra las virtudes. Finalmente el Abogado responde a estas objeciones, deshaciendo toda dificultad, de modo que desaparezca cualquier duda.

Mientras hervían estos estudios, ocupaba la cátedra de san Pedro, desde el mes de febrero de 1922, el Pontífice a quien la Providencia reservaba la alegría de elevar a don Bosco al honor de los altares. Decimos la alegría, porque Pío XI, que había conocido y comprendido al Siervo de Dios ¹, cuando él no era más que un sacerdote joven, mantenía la más alta estima de sus virtudes, admiraba mucho sus obras y, como lo revelaron después los hechos, anhelaba en su corazón poder ceñir su frente con el nimbo de los Beatos y la aureola de los Santos. Ya había dejado ver en qué concepto lo tenía el 25 de junio de 1922. Recibió aquel día a los Superiores y alumnos del internado salesiano el Sagrado Corazón que habían acudido a rendirle homenaje, y les dirigió el siguiente y paternal discurso:

[71] Nos somos, queridos entre los más queridos hijos en Jesucristo, queridos particularmente como los quería Nuestro divino modelo, queridos como semillas del futuro y esperanzas del porvenir —somos de los más antiguos— y digo antiguo por mí, no por vosotros, que ni siquiera sois conscientes de la antigüedad —Nos somos con profunda satisfacción uno de los más antiguos amigos personales del Venerable don Bosco. Hemos visto a este vuestro glorioso Padre y Bienhechor, lo hemos visto con nuestros ojos. Hemos estado junto a él, de corazón a corazón. Hubo entre nosotros un largo e interesante intercambio de ideas, de pensamientos y de consideraciones. Hemos visto a este gran defensor de la educación cristiana, le hemos observado en el modesto puesto en que él se colocaba entre los suyos y que era, sin embargo, un puesto de mando, vasto como el mundo, y tan benéfico como amplio. Somos, por eso, entusiastas admiradores de la obra de don Bosco y nos consideramos felices por haberle conocido y haber podido colaborar, por la gracia de Dios, con nuestro modestísimo concurso a su obra. Hemos visto esta su obra en Italia, en Galizia (Austria), en Polonia, de los Cárpatos al Báltico y hemos visto a los hijos de aquel Grande consagrados todos ellos a su obra tan santa, tan grande, tan beneficiosa.

Por esto nos encontramos con particular satisfacción con vosotros otra vez, des-

¹ Véase volumen XVI, págs. 271-7.

pués de aquella que tan felizmente evocaba vuestro pequeño intérprete, en la que tuvimos la satisfacción de comprobar vuestro progreso escolástico y entregar con nuestra mano a los más dignos la ambicionada recompensa.

Se abre nuestra alma a vosotros y os saluda y os felicita y se felicita al volveros a ver y os envuelve en la gran bendición que, por medio de vuestro intérprete, habéis pedido. Es una bendición que os abraza a todos vosotros los aquí presentes y a todos los que queréis representar y quieren ser representados por vosotros; a vosotros, los exalumnos y Socios del Círculo, que representáis el fruto ya maduro, la flor plenamente desarrollada de la obra de don Bosco; a vosotros los alumnos internos y externos del Colegio del Corazón de Jesús, y especialmente a vosotros, los huérfanos de guerra, predilectos del Corazón de Jesús por vuestra desdicha que, también por esto, sois los más queridos y predilectos de nuestro corazón, y queréis compensar vuestra desgracia con esta bendición; a vosotros, bravos Exploradores; a vosotros todos los que habéis querido adornar esta reunión con vuestros conciertos vocales e instrumentales. A todos vosotros os envuelve nuestra bendición; mas, por encima de vosotros y antes que vosotros, es para aquellos que se ocupan con particular afecto de vuestra educación; para esos que, en nombre de Jesús y de Su Siervo el Venerable don Juan Bosco, educan vuestra vida joven en los principios de la educación cristiana, y os dan así un tesoro y un don, cuya preciosidad no podréis apreciar en toda la vida, y cuyo inmenso e inapreciable valor iréis sintiendo más sólidamente cada día, a cada hora.

[72] Nos resulta imposible veros, sin contemplar el gran espectáculo que se levanta y despliega tras vosotros, de millares, centenares de millares, millones ya, de jóvenes, de hombres hechos, en todas las posiciones sociales, en las más variadas condiciones de vida, que bebieron los tesoros de la educación cristiana en las fuentes del Venerable don Bosco. Este espectáculo magnífico es el mayor monumento y el más glorioso que se pueda levantar a vuestro Padre y frente al cual todo monumento material es algo muy pequeño y pobre.

En esta amplitud de miras resulta hermoso sentirnos al unísono con otra solemne fiesta, que hoy mismo se celebra en Turín, en honor del que es honor de la familia Salesiana, el cardenal Cagliero. Damos gracias a Dios por habernos concedido aportar el tributo de nuestra particular complacencia y de nuestro paternal afecto hacia tan generoso campeón de la obra Salesiana que —por todo lo que hizo y la generosidad que en ella desplegó— fue verdaderamente obra de misionero y de regeneración cristiana y cívica de una vasta zona del mundo.

Y celebramos desde lejos verle sentado junto a la figura benemérita del Padre Francesia, tan velada de modestia y también tan genuina y sólida gloria de la familia de don Bosco.

Nos es, por tanto, particularmente grato derramar nuestras bendiciones en esta hermosa hora sobre todos vosotros, Salesianos y alumnos próximos y lejanos. Que el Espíritu de Dios descienda y establezca su morada en vosotros y os conceda todas sus gracias y favores. Que selle él en vosotros los alumnos el inestimable beneficio de la educación cristiana, que estáis recibiendo o que habéis recibido bajo la guía de los hijos de don Bosco. Que este tesoro permanezca en vosotros, madure y produzca siempre frutos abundantes, de los que es fuente inagotable. Y que esta divina bendición os acompañe en todos los pasos de vuestra vida, esa vida que se abre, casi inexplorada todavía, para todos vosotros, pequeños o grandes, y consagre vuestros dignos sentimientos, y especialmente el propósito y el empeño de conservar inviolables en vosotros los bienes de la cristiana educación y de propagar su beneficio con el ejemplo de la fidelidad generosa y valiente a Jesucristo, a su santa Fe, a la santa

Iglesia, a la Santa Sede. Este fue el privilegio que el Venerable don Bosco os ha dejado como espléndido y elocuentísimo ejemplo, que Nos mismo pudimos leer y experimentar en su corazón, comprobando cómo colocaba por encima de toda gloria, la de ser un fiel servidor de Jesucristo, de su Iglesia, de su Vicario.

En aquel mismo año sucedió al difunto don Pablo Albera en el gobierno de la Sociedad, don Felipe Rinaldi, el cual cedió su cargo de Vicepostulador a don Esteban Trione. Posteriormente, [73] a principios del año 1924, tuvo lugar el cambio de Postulador, ya que, habiendo sido nombrado obispo de Volterra don Dante Munerati, ocupó su puesto de Procurador don Francisco Tomasetti, a quien correspondería la suerte de regir el timón de la gran Causa hasta su triunfal entrada en el puerto.

Los estudios antes dichos se prolongaron hasta muy adelantado el año 1925. Sólo entonces estuvo terminada la nueva posición que resultó de todo ello y que comprendía la *informatio*, el *summarium*, las *animadversiones*, la *responsio* y los votos de los teólogos revisores de los escritos, todo impreso y encuadernado en un gran volumen con más de mil amplias páginas. Se entregó un ejemplar a cada uno de los cincuenta Cardenales, Consultores teólogos y Consultores prelados que componían el dicasterio de los Ritos. Una vez pasados cuarenta y cinco días, después de la distribución, se reunieron todos ellos en la Congregación antepreparatoria, llamados a responder si constaba que don Bosco había practicado en grado heroico las virtudes teologales, cardinales y anejas.

Se celebró la reunión el 30 de junio de 1925, según costumbre, en el palacio del Cardenal Ponente. Ordinariamente en la Antepreparatoria se sigue adelante, aunque haya algunas objeciones que no se consideren todavía resueltas; y hasta hay a veces Consultores que añaden en ella otras nuevas. Todas las dificultades que queden todavía, coordinadas por el Promotor General de la Fe, que lo era a la sazón monseñor Salotti, y hechas imprimir como anónimas, se pasan al Abogado, para que las estudie, responda a ellas, forme otra posición, las entregue para imprimir y presente copia de las mismas a los Cardenales y Consultores al menos un mes antes del día establecido para la Congregación preparatoria.

La Preparatoria se reunió *more solito* en el Vaticano, en el aula llamada de las Congregaciones, el día 30 de julio de 1926. Cada uno de los presentes, después de haber estudiado ulteriormente la Causa, dio lectura del propio voto o parecer; luego, salieron los Consultores. Ya solos los Cardenales con los Oficiales del dicasterio, hizo el Carde-

nal Ponente su relación sobre las virtudes y las dificultades [74] resueltas o no resueltas. Corresponde a los Purpurados decidir si se puede seguir adelante o si, por el contrario, se debe convocar otra Congregación preparatoria sólo para el estudio más profundo de alguna dificultad. En la Causa de don Bosco estimaron los Eminentísimos que era necesaria una segunda Preparatoria sobre las virtudes heroicas para acabar de resolver algunas objeciones¹. Por lo cual hubo *alia nova positio* con *aliae novae animadversiones* del Promotor General de la Fe, y con *alia nova responsio* del Abogado para un ulterior estudio de los Cardenales y de los Consultores. Finalmente en la segunda Preparatoria, fijada para el 18 de diciembre de 1926, los Purpurados dieron su voto favorable para la prosecución de la Causa.

Quedaba de este modo allanado el camino para la última discusión a celebrar por la Congregación general, en presencia del Pontífice y con intervención de Cardenales y Consultores. Todavía se exige en ella una *novissima positio* con *novissimae animadversiones* y la correspondiente *responsio*. La solemne asamblea tuvo lugar el 8 de febrero de 1927. En ella, una vez terminada la discusión, Cardenales y Consultores no tenían más que voto consultivo y sólo al Papa correspondía la última deliberación. Pío XI, después de oídos los votos unánimemente favorables, tomó unos días para reflexionar y orar; manifestó después su decisión, ordenando se emitiera el decreto sobre el heroísmo de las virtudes para publicarlo el día 20 siguiente, domingo de Sexagésima.

Esta publicación se hizo en la forma acostumbrada, en presencia del Padre Santo y de su Corte. La ceremonia revistió una solemnidad inusitada. Un público numerosísimo llenaba por completo la amplia sala consistorial del Palacio Apostólico. Asistieron a ella los Superiores de la Pía Sociedad y las Superiores de las Hijas de María Auxiliadora, muchos Salesianos y Hermanas, [75] representaciones de Cooperadores y antiguos alumnos, delegaciones diocesanas de Turín y de Asti, personajes diversos y forasteros, de paso en Roma. Cuando el Papa se sentó en el trono, acercóse a las gradas monseñor Mariani, Secretario de Ritos, y, obtenido el consentimiento del Padre Santo, leyó el decreto que, a continuación, traducimos:

¹ Entre otras cosas se deseaban más pruebas sobre la vida de oración y sobre el espíritu profético de don Bosco y más aclaraciones sobre la cuestión de los famosos folletos (véase, Vol. XV, pág. 206 y sgts.). Para las dos primeras cuestiones figura en las actas una importante carta de don Felipe Rinaldi (Ap., Doc. n.º 8); y para la tercera valieron mucho la carta de don Bosco al Cardenal Prefecto del Concilio, publicada en dicho volumen, otra del canónigo Sorasio (Ap., Doc., n.º 9) y la de don Juan Turchi (Ap., Doc. n.º 10).

Difícilmente podría expresarse con palabras o medir hasta dónde llega el mérito ganado ante la religión y ante cualquier otra forma humana de civilización, el brillo que ha prestado a la Iglesia Católica, los muchos y valiosos actos y ejemplos de virtud que ha dejado a la posteridad el Venerable Siervo de Dios don Juan Bosco, que supo ser digno ministro e imitador de Aquel que decía de sí mismo: *He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!* (Luc. XII, 49). Y si después se quiere confrontar la falta de medios en que el Siervo de Dios se encontraba continuamente y las contrariedades que sufrió sin cesar, con la abundancia de sus empresas y los beneficios aportados al género humano, habrá que admirar en él no sólo al sacerdote inflamado en celo apostólico, sino al enviado por Dios para ayudar especialmente a la juventud, y se tendrá que recordar el dicho del Divino Maestro: *El reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeño que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas* (Mat. XIII, 31, 32).

Juan Bosco nació en la aldea de Morialdo, junto a Castelnuovo de Asti, y sus padres, que no eran ricos pero apreciados por su probidad de vida, vivían del trabajo en el campo. Estaba en la infancia cuando perdió a su padre, mas fue instruido con todo cuidado por la madre en los primeros principios de la religión cristiana.

Desde los primeros años de su vida, en plena infancia, parecía naturalmente nacido para cosas grandes y maravillosas; porque manifestaba tal abundancia de dotes especiales de cuerpo y de espíritu que, a cualquier parte que se dirigiera, daba fundadas esperanzas de mucho y extraordinario éxito. Desde la adolescencia comenzó a sentir deseos de consagrar totalmente su vida a la gloria de Dios; pero le faltaban medios para dedicarse a los estudios necesarios. Como estaba dotado de talento penetrante y feliz memoria, logró fácilmente ganarse la benevolencia de generosos bienhechores, que le allanaron el camino de los estudios. Hizo los cursos de bachillerato con matrícula de honor, entró en el Seminario Episcopal de Chieri, donde cursó con gran aplicación la Filosofía y la Teología. Fue admitido a las sagradas órdenes y, apenas ordenado sacerdote, fue nombrado inmediatamente *coadjutor* parroquial, cargo en el que dio prueba de tanta actividad y tan ardoroso [76] celo que, en breve tiempo, recogió frutos abundantes. Pero su alma estaba angustiada por el casi completo descuido, en aquellos tiempos, de la educación cristiana de la juventud; y, anhelando remediar tan gran falta, dedicó sus mayores atenciones y sus continuos trabajos sobre todo a los muchachos que no tenían a nadie que pensara en ellos y se entregó con toda su alma a educarlos, instruirlos y protegerlos. Y para que, después, no pudiera faltarle a la juventud una preparación justa y oportuna, entendió que lo mejor era instituir una familia religiosa que se dedicase totalmente a ello.

Pensó que este plan debía llevarse a cabo con toda la diligencia y sin demora, y decidió consagrar todos los dones con que Dios le había enriquecido a esta obra sublime, para gloria de su divino nombre y salvación de las almas. ¡Obra verdaderamente singular de religión y de piedad, que basta por sí sola para revelar el carácter del eximio sacerdote y la santidad de su vida! Porque una obra semejante requiere enormes fatigas, privaciones, viajes, una vida, en fin, de ardua actividad. Pero, aunque faltaran los medios necesarios y toda suerte de privaciones atormentara la naciente Sociedad y surgieran dificultades y contradicciones por doquiera, sin embargo el Venerable Siervo de Dios logró, implorando la caridad ajena, proveerla de todo lo necesario. No perdió el ánimo ante el peso de tantos gastos. La Pía Sociedad, por él formada, necesitaba muchas cosas, sin las cuales no habría podido durar, ni mucho

menos propagarse. ¡Y los medios faltaban muy a menudo! ¿Cómo se las arreglaba entonces? Exponía sencillamente las graves necesidades de su Sociedad a las personas pudientes para obtener su generosa ayuda, mas sin violentar jamás la libertad de su voluntad con importuna porfía.

En el Venerable Siervo de Dios se unían maravillosamente las dotes y los recursos aptos para formar el mejor preceptor, lo mismo los que se tienen por naturaleza como los que se adquieren por la experiencia. Su palabra suave llegaba al alma de los muchachos y de los alumnos, los recibía con paternal bondad, los entretenía con amenas conversaciones, los adiestraba maravillosamente en la virtud y en la piedad, como hace un padre cariñoso que acoge a todos con el mismo afecto, que se preocupa por cada uno de ellos, que se gana el amor de todos y los liga a sí, uno a uno, con el dulce vínculo del amor.

Era todo suavidad, como si los bajos antojos no tuvieran en él raíz alguna. Manaba de su palabra una eficacia desconocida y casi divina que aclaraba las tinieblas de la mente, movía los corazones y los seducía para el cumplimiento de los preceptos evangélicos. Compuso y difundió numerosos escritos, aptos para instruir la mente y enfervorizar el alma en la piedad. Y así se mostraba el Venerable como un digno sacerdote de Dios, cuyos labios guardan la ciencia para enseñar a los ignorantes y sacudir a los durmientes.

No dejó ni un momento de atender a este santísimo [77] cuidado de dilatar y perfeccionar la sociedad por él fundada; más aún, quiso añadir otra, que llamó Hijas de María Auxiliadora, para atender a la jovencitas. Puso las dos bajo la protección de San Francisco de Sales, a quien había elegido por Patrono y de quien era muy devoto.

Hubo de aguantar muchos trabajos para la estabilidad y desarrollo de las dos familias, y afrontar valientemente las más difíciles pruebas, y supo tolerar pacientemente muchísimas molestias, procedentes de donde habría podido, en cambio, esperar valioso apoyo. Y, además de esto, encaminó su ánimo y sus fuerzas hasta las gentes bárbaras y salvajes habitantes en las tierras más lejanas y casi inhabitables, para que pudieran participar de los mismos beneficios.

Guiado por esa sabiduría, que *se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera todo el universo* (Sb., VIII, 1), vio todas las obras que había emprendido para gloria de Dios y salvación de las almas, y no para acumular fortuna y gloria humana, coronadas por el éxito, en medio del estupor de todos y también de los que querían ignorar o disminuir la virtud de quien la realizaba. El nombre del sacerdote Juan Bosco adquirió de este modo tanta fama, que casi no hay en el mundo un lugar donde no sea conocido y venerado.

Después de su dichosa muerte, acaecida el último día de enero de 1888, a los setenta y tres de su edad, brilló todavía más la fama de santidad de un hombre tan grande en el común sentir de las gentes, de tal modo que, apenas habían pasado cuatro años, cuando ya se pensó seriamente en elevarlo al honor de los altares. Por eso se instruyeron cuidadosamente en la Curia Eclesiástica de Turín los procesos según las normas del derecho, sobre su vida y sus obras; y, terminados los diversos juicios que nuestras leyes establecen rigurosamente anteponer, empezó el examen formal de sus virtudes, que se realizó en cuatro sesiones, observando cuidadosamente la loable severidad que confiere mayor fe y autoridad a esos gravísimos juicios.

La Congregación Antepreparatoria se celebró el último día de julio de 1925 ante el eminentísimo cardenal Antonio Vico, relator de la Causa. Siguió a ésta dos Preparatorias en las cuales se discutieron muy cuidadosamente todos y cada uno de los

diversos votos de los jueces. Por fin, el día ocho del corriente febrero, reunióse toda la Sagrada Congregación de Ritos en presencia de Nuestro Santísimo Señor el Papa Pío XI, y el Eminentísimo Cardenal, más arriba citado, propuso a la discusión la duda siguiente: *Si consta que el Venerable Siervo de Dios Juan Bosco ha practicado las Virtudes Teologales de Fe, Esperanza y Caridad con Dios y con el prójimo, lo mismo que las Virtudes Cardinales de Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y virtudes anejas, en grado heroico, en el caso y a los efectos del mismo.* Todos los presentes, lo mismo los Eminentísimos Cardenales que los Reverendísimos Consultores respondieron afirmativamente por unanimidad; el Padre Santo acogió la votación con satisfacción, difirió, sin embargo, [78] pronunciar la sentencia decretal y exhortó a los presentes a añadir, en asunto de tantísima importancia, fervorosas plegarias para obtener más abundancia de luces celestiales.

Habiendo después establecido manifestar su pensamiento, eligió el presente día, Domingo de Sexagésima. Y así, después de celebrar el Santo Sacrificio, llamó ante sí al eminentísimo cardenal Antonio Vico, obispo de Porto y Santa Rufina, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Ponente de la Causa, junto con el Revmo. Mons. Salotti, Promotor General de la Fe y el infrascrito Secretario, y en su presencia, sentado en el solio Pontificio, sancionó solemnemente que *constaba que el Venerable Siervo de Dios Juan Bosco había practicado las Virtudes Teologales de Fe, Esperanza y Caridad con Dios y con el prójimo, lo mismo que las Virtudes Cardinales de Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y virtudes anejas, en grado heroico, en el caso y a los efectos del mismo.* Y mandó que fuese publicado este decreto e inscrito en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos, el día 20 de febrero de 1927.

Después de la lectura, se adelantó hasta el trono don Francisco Tomasetti para presentar al Padre Santo humilde y sentida acción de gracias. Hubiera debido hacerlo el Rector Mayor don Felipe Rinaldi, pero estaba en Turín, víctima de un ataque gripal. Don Francisco Tomasetti, acompañado por el abogado monseñor Della Cioppa, el Procurador de la Causa comendador Melandri y el secretario de la postulación, dirigió al Papa las siguientes palabras:

Beatísimo Padre:

La auténtica y solemne declaración, hecha en nombre de Vuestra Santidad, sobre la heroicidad de las virtudes de nuestro Padre y Fundador, el Ven. don Juan Bosco, ha transformado en seguridad la íntima convicción que siempre han tenido de ella los hijos formados y crecidos en familiar convivencia durante largos años a su lado, lo mismo que los hijos, más numerosos, que él ha suscitado, en estos cuarenta años después de su muerte, y confiado a sus Sucesores para continuar y dilatar su obra educadora por todo el mundo.

La declaración de hoy es para todos nosotros el favor más grande que Vuestra Santidad nos ha hecho, por lo cual nuestro reconocimiento salta de nuestros corazones con vivas llamas de amor filial a Vuestra Persona, y con más profundo cariño y devoción a la cátedra inmortal de San Pedro.

Para expresar menos indignamente nuestra gratitud, necesitaría poseer la mirada, la sonrisa, la palabra y sobre todo el corazón de don Bosco, que fue, durante toda su

vida, una viva personificación [79] de la gratitud. Querría poseer en este momento el agradecimiento que don Bosco albergaba en su corazón a los Santos Pontífices Pío IX, León XIII y todos los que han cooperado a sus Obras, para poder demostrar de algún modo el reconocimiento profundo, imperecedero que sentimos y que siempre conservaremos a Vuestra Santidad, por el Decreto sobre las virtudes heroicas de don Bosco, Decreto que nos señala también a nuestro Padre y Fundador como nuestro modelo.

La ejemplaridad de don Bosco y de sus virtudes era para nosotros, sus hijos y discípulos, una convicción que nos habíamos formado con la continua convivencia con El; pero ¿quién nos aseguraba que esta convicción no era hija del gran afecto que sentíamos a don Bosco y que los métodos que él nos ha dejado, atrevidos por su espíritu de modernidad, lo mismo en el apostolado educativo de la juventud, que en la práctica de la perfección evangélica, fueran un camino seguro a seguir con ánimo tranquilo?

Ciertamente no bastaba para nuestra seguridad el consolador florecimiento de nuestros Oratorios festivos, Hospicios, Colegios y Misiones; ni la voz casi unánime de eminentes Príncipes, altos prelados y pastores de almas; ni la aprobación de las autoridades civiles, callada en un principio y notoria después; ni el aplauso de ilustres personajes y de casi todos los pueblos de las distintas naciones del mundo... La seguridad sólo podía dárnosla, y hoy nos la ha dado, Vuestra Santidad.

Don Bosco educador ingenioso, solícito y maravilloso de santidad en sus hijos (como un Domingo Savio, un don Miguel Rúa, un cardenal Cagliero, un don Pablo Albera, un don Andrés Beltrami, un don Augusto Czartoryski, una sor María Mazzarello, por nombrar algunos), es proclamado con el decreto de hoy un héroe cristiano; se nos ha propuesto, por consiguiente, con toda autoridad como modelo sobre el cual pueden y deben formarse en una vida santa todos los que son y serán llamados a enrolarse con los educadores modernos de la juventud, constituidos por él en sociedad, organizados y provistos de todas las armas, de acuerdo con los tiempos presentes, y necesarias para conseguir la finalidad de ser santos, poder regenerar y santificar a un mismo tiempo a las generaciones crecientes.

La vida íntima de don Bosco educador, como él la vivió antes de dejarla consignada en los métodos dados a sus hijos, formará en el porvenir la norma precisa para la actuación de su programa de regeneración y santificación juvenil, lo mismo en los grandes y pequeños centros civilizados, que en medio de las tribus salvajes, donde se puede injertar el germen divino de la Redención en las pequeñas plantas vírgenes y jóvenes con mayor confianza de buenos resultados.

Imitar a don Bosco para reproducir en nosotros su unión ininterrumpida con Dios, su inagotable caridad con el prójimo, su prudencia, su inquebrantable fortaleza, la afabilidad que serena e infunde gozo en los corazones, la pureza inmaculada que hace detestar en sumo grado el pecado [80] y suspirar incesantemente por las cosas celestiales, es, Beatísimo Padre, la misión que intensificaremos de hoy en adelante, para llegar más fácilmente a seguir al único Maestro, Guía y Modelo, que es Jesucristo nuestro Señor y Redentor.

A esto tendía nuestro Padre, que nos dejó escrito en su carta testamento: «Vuestro primer Rector ha muerto, pero nuestro verdadero Superior, Jesucristo, no morirá. El será siempre nuestro Maestro, nuestro Guía, nuestro Modelo».

Con este propósito de imitación constante del Padre don Bosco, para llegar a revestirnos todos de Jesucristo en el día de la gloria y con la esperanza confiada de otro Decreto que apruebe los milagros presentados para la Beatificación de nuestro Vene-

rable Fundador, repetimos a Vos, Beatísimo Padre, el himno de agradecimiento que brota del corazón de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora con todos sus alumnos y alumnas, exalumnos y exalumnas, de todas las partes de la tierra, y de todos los Cooperadores y Cooperadoras de las Obras dejadas en herencia por don Bosco, todos los cuales están aquí presentes en espíritu para recibir la Apostólica Bendición, y reavivar los buenos propósitos de santificar nuestras almas.

Entonces el Padre Santo testificó las loas del Venerable con este discurso, que pronunció con visible satisfacción del alma:

Muy queridos hijos, hay hombres suscitados por el espíritu de Dios, en momentos por El elegidos, que pasan por la esfera de la historia como los grandes meteoros que atraviesan alguna vez el firmamento estrellado. Esos hombres —lo mismo que los grandes meteoros, a veces hermosísimos y a veces aterradores— son de dos categorías. Los hay que pasan aterrando más que beneficiando, suscitando maravilla, espanto, sembrando su camino de signos indudables de una enorme grandeza, de visiones rápidas, de audacias casi incomprensibles y también de ruinas y víctimas.

Dios suscita a veces —como Napoleón I decía de sí mismo— hombres que son látigo y azote para castigar a los pueblos y a los reyes. Pero hay otros hombres que vienen para curar llagas, resucitar la caridad y reconstruir sobre las ruinas; hombres no menos grandes, sino todavía mayores, porque son grandes en bondad, grandes en el amor a la humanidad, grandes en hacer bien a sus hermanos, en socorrer sus necesidades; hombres que pasan suscitando verdadera admiración, llena de simpatía, de reconocimiento, de bendiciones, precisamente como el Redentor de los hombres, el Hombre-Dios, que pasaba bendiciendo y haciéndose bendecir, hombres cuyo nombre permanece en los siglos como una bendición.

El Venerable don Bosco pertenece precisamente a esta magnífica categoría [81] de hombres elegidos en toda la humanidad, a estos colosos de benéfica grandeza cuya figura, se recompone fácilmente, si después del análisis minucioso y riguroso de sus virtudes, como se ha hecho en las precedentes discusiones largas y reiteradas, viene la síntesis que, reuniendo las líneas sueltas, las rehace hermosa y grande. Es una figura, muy queridos hijos, que la Divina Providencia adornó con sus más preciosos dones: hermosa figura, que siempre hemos apreciado y que ahora, en este momento, apreciamos más que nunca, contemplándola bien, duplicando y multiplicando en el recuerdo la alegría de esta hora.

Nos vimos de cerca esta figura, en una larga visión, en una prolongada conversación: una magnífica figura que no lograba esconder su inmensa e insondable humildad; una figura magnífica, que aun confundiéndose entre los hombres, y moviéndose por la casa como el último llegado, como el último de los huéspedes (él, la razón de todo), todos le reconocían a la primera mirada, al primer acercamiento, como figura muy superior y arrebatadora; una figura completa, una de esas almas que, en cualquier camino que hubiere emprendido, habría dejado firmes huellas de su paso, dado lo magníficamente que estaba dotado para la vida.

Fuerza, vigor mental, ardor de corazón, potencia de acción, de pensamiento, de afecto, de obras, y luminoso, vasto y alto pensamiento, nada común, superior con mucho al ordinario, vigor mental y de talento, muy propio también (lo que generalmente es poco conocido y poco notado) de esos talentos que se podrían llamar

talentos propiamente tales; el talento de quien habría podido tener el éxito del docto, del pensador, del escritor.

Tanto que él mismo nos lo confiaba, y no sé si haya hecho a otros la misma confianza; quizá la procedencia del mismo ambiente de los libros le estimulaba —él sintió una primera invitación a la dirección de los libros, a la dirección de las grandes comprensiones ideales—. Y hay señales sobrevivientes de ello como miembros sueltos, elementos sueltos —digámoslo así— los cuales demuestran que, según una primera idea, habría debido elevarse a la composición de un gran cuerpo científico, de una gran obra científica; hay señales de ello en sus libros, en sus opúsculos, en su gran propaganda de prensa. En ella aparece la grande y altísima luminosidad de su pensamiento, que le trazó la inspiración de esa gran obra, con la que él debía llenar primero su vida y después el mundo entero; y allí se encuentra esa primera invitación, esa primera tendencia, esa primera forma de su poderoso talento: las obras de propaganda tipográfica y literaria fueron precisamente las obras de su predilección.

También esto lo vimos con nuestros ojos y lo oímos de sus labios. Estas obras fueron su más noble orgullo. El mismo nos decía: «En esto, don Bosco —él hablaba de sí mismo, siempre, en tercera persona— en esto don Bosco quiere estar siempre a [82] la vanguardia del progreso»: y hablábamos de obras de imprenta y de tipografía.

La llave de oro de este áureo, preciosísimo misterio de una gran vida, tan fecunda, tan laboriosa, de aquella misma invencible energía de trabajo, de aquella misma indomable resistencia al esfuerzo, esfuerzo cotidiano y a toda hora —esto también lo vimos— a toda hora, de la mañana a la noche, de la noche a la mañana cuando era necesario (y era necesario a menudo): el secreto de todo esto estaba en su corazón, estaba en el ardor, en la generosidad de sus sentimientos.

Puede decirse de él, y parecen escritas para él, como para otros de los más grandes héroes de la caridad y de la acción caritativa, aquellas magníficas palabras: *Concedióle el Señor un corazón tan dilatado como la arena de la orilla del mar* (IR, V, 9). Esa es su obra que, a los cuarenta años de su muerte, está verdaderamente esparcida por todos los países, por todas las playas, *como la arena en la orilla del mar*.

Maravillosa visión la que, en resumen, se puede tener con unas setenta Inspecciones (como se diría: de Provincias), con más de un millar de Casas, que equivale a decir millares y millares de iglesias, de capillas, de hospicios, de escuelas, de colegios; con millares, más aún, con centenares de millares, pero muchos centenares de millares de almas llevadas a Dios, de jóvenes recogidos en hogares de seguridad y llamados al festín de la ciencia y de la primera educación cristiana.

Son ya dieciséis mil los hijos de la Pía Sociedad Salesiana, las Hijas de María Auxiliadora, los profesos, novicios y aspirantes —y quizá más a la hora en que hablamos—, los operarios y operarias de esta obra inmensa y magnífica.

Y entre estos obreros y estas obreras, hay más de mil en conjunto en primera línea, en la cercanía del enemigo, en las misiones más lejanas, que ganan nuevas provincias al reino de Dios ¡el mayor título de gloria que Roma reservaba a los antiguos triunfadores romanos! Y también ha dado al Episcopado casi unos veinte Pastores, algunos destinados a diócesis civilizadas y otros esparcidos por las lejanas misiones.

Y aumenta el consuelo al pensar que todo este magnífico, este maravilloso desarrollo de obras, se remonta directamente, inmediatamente a él, que sigue siendo el director de todo, no sólo el padre lejano, sino el autor siempre presente, siempre actuante en la lozanía constante de sus normas, de sus métodos, y sobre todo de sus ejemplos.

¡Sus ejemplos! Esa es, queridísimos hijos, la parte más útil todavía: quizá la únicamente útil, de la gran fiesta de este día.

Porque, es cierto, no les es dado a todos gozar de esta tan amplia y maravillosa abundancia de dones divinos, de este poderoso conjunto del pensamiento, del afecto, de las obras; no poseen todos la misma medida de gracia, no les es posible a todos seguir esos caminos luminosos; pero también [83] ¡cuánto hay de imitable para todos —como oportunamente se ha puesto de relieve— en una vida tan laboriosa, tan recogida, tan activa y tan orante!

Esa era, en efecto, una de sus más bellas características, la de estar en todo, ocupado en un contraste continuo, agobiador, de inquietudes, en medio de una multitud de demandas y consultas, y tener siempre el espíritu en otra parte: siempre arriba, donde la claridad era impasible, donde dominaba siempre soberanamente la calma; de tal forma que en él el trabajo era oración real, y se cumplía el gran principio de la vida cristiana: *qui laborat, orat*.

Esta era y debe seguir siendo la gran gloria de sus hijos y sus hijas. ¡Qué de méritos en aquella vida olvidada de sí mismo para prodigarse en favor de los más pequeños, los más humildes, los menos atrayentes y, si así puede decirse, los más desgraciados!

También en aquella maravilla de obras, también allí, queridísimos hijos, no debe encontrar nuestra debilidad, por así decir, una justificación de sí misma.

Si es verdad que no todos pueden literalmente imitar aquella perfección y eficacia de obras —ya que muchas veces, por desgracia, no es verdad, cristiana y sinceramente hablando, que querer es poder, y en cambio es verdad que muchas veces no se quiere bastante aquello que se puede—; de la vida y de las obras de don Bosco —decíamos— esto es lo que también nosotros podemos reconocer y deducir: y como no todos pueden lo que quieren y querrían, importa mucho que cada cual quiera de veras aquello que puede.

¡Cuánto aumentaría, queridísimos hijos, el bien de las almas, de los individuos, de las familias, de la sociedad, si todos hicieran lo que cada uno puede; si, en la modesta medida de sus posibles, quisiera cada uno el bien que puede hacer por sí mismo o por medio de otros!

Que el ejemplo de este gran Siervo de Dios estimule a todos a seguir su camino, aunque hayan de quedarse necesariamente a mucha distancia de él; ese camino, en el que él ha esparcido tanto bien y tanta luz, tantos brillantes ejemplos de edificación cristiana.

Con esta próxima y lejana visión Nos tomamos la más amplia y afectuosa parte en la fiesta y el gozo de los buenos Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora. Y pensamos en todos, especialmente en aquellas iglesias y aquellas tierras para las que este día es de un modo particular y de un título singular, día de santa y nobilísima alegría. Pensamos en la alegría de Turín; pensamos en la alegría de Asti: pensamos —¿y cómo no pensar en ellos?— en la alegría de todos los lugares, de todas las partes del mundo, porque literalmente no hay parte en el mundo, donde los hijos y las hijas de don Bosco, las obras de don Bosco, siempre vivas, siempre en marcha, no sigan desarrollándose por el camino trazado con su mano, en las que no florezca cada vez más fresca y fecunda su imitación.

[84] La bendición apostólica puso fin a la ceremonia. Cuando el Papa descendió del trono y emprendió la marcha rápidamente con su séquito, toda la asamblea aplaudía conmovida y entusiasmada. La

emoción y el entusiasmo se comunicaron inmediatamente a todas las casas salesianas, en las cuales se entonó muy pronto con gran concurrencia de amigos el solemne y sonoro *Te Deum* de acción de gracias.

En la *Rivista Diocesana* de marzo en Turín, el arzobispo cardenal Gamba, que había sido alumno del Oratorio, manifestó con gran fervor su alegría y la de la Archidiócesis por el suceso, ya que don Bosco era una gloria de Turín. «Nosotros, escribía sobre don Bosco, podemos apreciar mejor que otros su constante rectitud moral y la dignidad sin mancha de su conciencia, que no se dejó arrebatar ni plegar por nada. Sostenido por una altísima virtud interna, que es la esencia de la santidad, pasó como un triunfador, descollando por encima de todas las figuras de políticos y personajes grandes, que parecían inmortales en medio de los azares de aquella era borrascosa».

Con aquella jornada se cerraban los treinta y siete años de procesos ordinarios y apostólicos, en los que se habían discutido las pruebas de su santidad, a decir del decreto, «con la laudable severidad que confiere mayor fe y autoridad a tan gravísimos juicios».

CAPITULO V

LOS MILAGROS PARA LA BEATIFICACION

CON el decreto sobre el heroísmo de las virtudes terminaba la labor del hombre para llegar a la beatificación de don Bosco y empezaba la labor de Dios. Una sanción de lo Alto debía confirmar con pruebas irrefutables el juicio de la Iglesia. Estas pruebas eran los milagros obrados por el Señor por intercesión del Siervo de Dios: milagros obtenidos, bien entendido, después de su muerte y sólo por su intercesión.

No es el mismo el número de milagros requeridos para todas las Causas. Para que un Siervo de Dios pueda ser declarado Beato, se requieren dos milagros, si los testigos examinados en los procesos de las virtudes conocieron personalmente al Siervo de Dios o recibieron informaciones seguras de quienes le conocieron personalmente; tres, si los testigos del proceso ordinario conocieron personalmente al Siervo de Dios y los del proceso apostólico adquirieron las noticias por personas dignas de fe; cuatro, si los testigos de los dos procesos, ordinario y apostólico, se apoyan en la tradición y en documentos. Dada la breve distancia de la muerte, a don Bosco le bastaban sólo dos milagros. Entre los muchos presuntos milagros se escogieron los dos que parecía presentaban menos dificultades para que los procesos fueran más expeditos.

Antes de narrarlos, convendrá exponer brevemente los trámites, a través de los [86] cuales llegan los milagros a tener el reconocimiento canónico por parte de la Iglesia. Se desarrollan éstos en tres tiempos. Ante todo se hace un proceso apostólico en la diócesis donde sucede el prodigio, que casi siempre es una enfermedad grave. El Promotor General de la Fe, una vez que el Postulador le envía los artículos referentes al caso, hace que un médico especialista lo estudie, demandando todas las aclaraciones necesarias sobre los síntomas del mal, su progreso, su diagnóstico y pronóstico; después redacta los interrogatorios que se han de hacer a los testigos y a los médicos de cabecera, de modo que todo quede afirmado en el proceso con la mayor claridad y exactitud posible.

El tribunal diocesano se constituye por medio de la autoridad apostólica de la manera que hemos visto que se forma el proceso apostólico de las virtudes heroicas. Hay en él dos particularidades. Una es que forma parte del tribunal un perito médico, encargado de proponer las preguntas específicas a dirigir a los testigos y de sugerir las formas más convenientes para obtener respuestas exactas sobre los síntomas de la enfermedad. Además, después del examen de los testigos, otros dos peritos médicos, previo juramento de cumplir el encargo con toda fidelidad, visitan diligentemente a la persona curada y reconocen su estado de salud general, con el fin de certificar si la curación ha sido perfecta y si no aparecen indicios de posible recaída.

Se lleva a Roma una copia auténtica, una vez terminado el proceso, con todas las formalidades jurídicas aptas para garantizar cualquier sospecha de alteración. Después se sigue en Roma la segunda fase del procedimiento.

Aquí la Cancillería de Ritos abre el legajo y saca una copia auténtica del mismo, que ha de servir para el estudio de la validez, es decir, para examinar si los testigos fueron legítima y rectamente interrogados, y si los documentos fueron hechos jurídicamente y declarados auténticos. Después, emitido el decreto de validez, el Abogado prepara la posición sobre cada uno de los milagros, haciendo imprimir integralmente todas las deposiciones [87] de los testigos y todos los documentos conseguidos. Este impreso se llama Sumario: se da copia del mismo a dos médicos peritos de oficio, los cuales prestan juramento de juzgar según ciencia y conciencia. Para cada milagro se nombra al Cardenal Ponente de acuerdo con el Promotor General de la Fe; de ser posible se recurre a especialistas en las enfermedades, de las que se asegura la curación milagrosa. Cada perito estudia las actas y extiende el propio voto independientemente del otro; más aún, ellos se desconocen recíprocamente. Si el juicio médico-legal de ambos concuerda en rechazar el milagro y el otro no, puede discutirse el mismo en la Congregación antepreparatoria; mas, para proceder a la Preparatoria, son nombrados dos nuevos peritos. Si éstos están de acuerdo en reconocer la curación como milagrosa, es llamado un tercero, y solamente cuando éste se pronuncia en el sentido de los dos últimos, puede continuar adelante la Preparatoria. A todos los peritos incumbe la triple obligación de juzgar apoyándose en argumentos científicamente ciertos, atestiguar si la curación es o no real y perfecta, y probar si se puede explicar o no según la ley natural.

Con esto queda acabado el segundo trabajo, y empieza el tercer período en el que de nuevo entran en acción, como ya han podido

comprender los lectores, las tres Congregaciones, llamadas antepreparatoria, preparatoria y general, de las que hablaremos más adelante.

En la Causa de don Bosco la Postulación, representada primero por don Dante Munerati y después por don Francisco Tomasetti, suplicó que, sin esperar a que terminase el proceso apostólico de las virtudes, se enviaran las cartas remisoriales a los Ordinarios, a quienes correspondía la incumbencia de hacer los dos procesos apostólicos de los milagros. Uno de estos procesos se celebró en Turín de 1924 a 1926, el otro en Piacenza del 1925 al 1926.

La Hija de María Auxiliadora sor Provina Negro cayó enferma el 1905 en Giaveno, donde residía. Tenía treinta [88] años. Los primeros síntomas del mal fueron inapetencia, postración, dolores en la boca del estómago, ardores en la garganta y en el esófago durante la deglución; vinieron después los vómitos, en los cuales devolvía los alimentos mezclados con sangre negruzca. Rápidamente le vino un dolor intenso y habitual al corazón. De cuando en cuando la enferma sentía en él como el efecto de una fisura producida por un cuchillo cortante. Sobrevinieron a continuación la intolerancia de cualquier bebida e hinchazón del epigastrio. La compresión dactilar transmitía el dolor lancinante y ardiente desde la región epigástrica hasta el dorso. Un dolor agudo, como si una punta de estilete le atravesase el vientre, la despertaba de improviso durante el sueño por breves intervalos. Los doctores Crolle de Giaveno y Forni de Turín diagnosticaron una úlcera ventricular o circular del estómago. La Religiosa quedóse por fin fija en Turín por las exigencias de las curas.

De día en día se agravaba la enfermedad. El domingo 29 de julio de 1906 fueron a visitarla dos hermanas, le contaron algunas gracias portentosas atribuidas a la intercesión de don Bosco y la animaron a confiar en él. Cuando se quedó sola, empezó a recordar la confianza con que solía acudir a don Bosco durante su noviciado y así, de pensamiento en pensamiento, se sintió movida a invocar su auxilio. Había en la mesita de noche un retrato del Siervo de Dios recortado del *Boletín Salesiano*. A duras penas pudo la enferma alargar la mano y tomar el retrato, que sostuvo unos instantes ante los ojos diciendo:

—¡Oh, don Bosco, ved en qué estado me encuentro! La Madre General me ha dicho que a su vuelta de Nizza quiere verme curada; y yo empeoro cada día más. No puedo hacer nada para obedecerla: si queréis que obedezca, hacedme curar.

Mientras tanto prometió a don Bosco que, si curaba, sería más diligente en la observancia de las Reglas.

Terminada la plegaria, hizo con la imagen una especie de píldora

con intención de tragarla. El médico le había prohibido tragar cualquier cosa, pero ella se la llevó con fe a la boca y la tragó. Eran las siete y media de la tarde. En [89] aquel instante cesó todo dolor: se acabó la pesantez en el estómago y el vientre, se acabaron las dificultades para mover los miembros. Intentó bajar de la cama y lo hizo varias veces sin dificultad. Mas no salió de la habitación. Por la mañana se levantó como todas, pero se quedó en la habitación esperando que la autorizaran para bajar a la capilla. Como no se presentara ninguna religiosa, fue a la enfermera, la cual, sin poder creer lo que veía, la mandó volver a la cama. Obedeció ella y esperó con paciencia la visita del médico, el cual, no sólo la permitió que se levantara, sino también que comiera. Pocos días después, Sor Provina tomaba parte en la vida común.

El tribunal formado en Turín por el cardenal Gamba se vio obligado, por la gravedad del proceso, a pedir dos prórrogas más allá del tiempo fijado por la Sagrada Congregación de Ritos. Oyeron a catorce testigos, sin contar a la agraciada, esto es, a los dos médicos de cabecera, a dos sacerdotes Salesianos y a diez Hijas de María Auxiliadora. Asistieron al proceso, en calidad de peritos, los doctores Sympa y Peynetti. Verdaderamente el Código de Derecho Canónico sólo prescribe la presencia de un perito; pero el tribunal turinés llamó al doctor Sympa de Roma, perito oficial de la Congregación de Ritos, porque veía la necesidad de tener normas técnicas seguras para el desarrollo de su acción. Finalmente realizaron la esmeradísima visita prescrita los doctores Sura, médico cirujano radiólogo, y Rocca, médico cirujano. Ambos certificaron que la Religiosa no presentaba ningún síntoma de lesión gástrica en acto, ni tampoco el más lejano indicio de predisposiciones patológicas en el futuro.

El otro milagro sucedió en Castel San Giovanni, de la zona de Piacenza. En noviembre de 1918, la joven Teresa Callegari, de veintitrés años, cayó enferma con pulmonía gripal. Hizo el doctor Minoia, que se internase en el hospital y curó de la pulmonía; pero, durante la convalecencia, contrajo una fuerte dolencia en la rodilla izquierda con hinchazón, derrame de líquido articular y anquilosamiento. Habitualmente le subía la fiebre a treinta y ocho grados. [90] La hinchazón pasó a la rodilla derecha, a las articulaciones de los pies y al brazo. Se adivinaba de aquel modo la poliartritis infecciosa.

Durante seis meses estuvo la enferma condenada a la inmovilidad y con atroces dolores. Añadiéronse entonces otras graves complicaciones a la enfermedad articular, como catarro gastrointestinal, molestias vesicales con imposibilidad de orinar, estreñimiento y, en consecuen-

cia, fuertes hemorragias, que postraron más sus fuerzas. Además, unos dolores en la región sacro-lumbar que se extendían a los muslos la obligaban a estar siempre en posición supina. Después le apareció una hinchazón del tamaño de una nuez en la parte baja de la espina dorsal, a la altura de la tercera vértebra lumbar.

A fines de 1919 se presentaron unas condiciones relativamente mejores; pero la poliartritis, ya crónica en el anquilosamiento de la rodilla izquierda y en la columna vertebral, seguía inmutable.

En enero del año siguiente se recrudecieron violentamente los dolores. Las curas del doctor Miotti le produjeron algún alivio durante los meses del verano; pero, al llegar octubre, iba de mal en peor, con más dificultades para alimentarse, con vómitos, espasmos de estómago y diarreas. En enero de 1921 le acometió un catarro bronquial difuso, enterocolitis crónica rebelde a toda cura y, finalmente, un estado de paralización por la imposibilidad de alimentarse. El caso debía considerarse, a juicio de los médicos, como desesperado.

Así estaban las cosas, cuando una amiga sugirió a la enferma que hiciese una novena a don Bosco y le animó también a ello la monja que la asistía. Llena de esperanza, habló Teresa de ello al párroco, reverendo Zanelli, el cual le dijo que la comenzara enseguida. Hizo la novena, pero no experimentó ninguna mejoría, por lo que la pobrecita, convencida de que no podía curarse, rogaba a don Bosco que al menos le concediese tener pronto una buena muerte.

En el mes de julio quiso el reverendo Zanelli que empezase otra novena. El día dieciséis por la noche, octavo de la novena, Teresa [91] se encontraba tan mal, que las Religiosas creyeronla próxima a su fin. A las cuatro de la mañana del día dieciséis, después de una noche de insomnio, al volver la mirada a la parte de la mesita de noche, vio que avanzaba hacia ella un sacerdote, de mediana estatura, con los brazos cruzados, los cabellos negros y rizados y los ojos negros. Púsole una mano sobre la frente y, apoyando la otra sobre la mesita de noche, le preguntó cómo estaba. Ante su exclamación de angustia, díjole con voz de mando: —¡Levántate!

Y como ella se excusase por la imposibilidad, añadióle en piamontés: —*Búgia le gambe*.

La mujer no entendía bien aquel dialecto; pero, al oír «*gambe*» (piernas) adivinó enseguida el significado de la frase, que quería decir: —Mueve las piernas.

Lo probó sin más, y movió una después de otra libremente y sin dolor; logró también doblar la rodilla. Llamó enseguida a la monja,

gritando que estaba curada. La monja, creyendo que enloquecía, acudió corriendo.

—Despacio, le recomendó Teresa; no choque con don Bosco.

Ante aquellas palabras sonrióse don Bosco. Ella no había visto nunca ningún retrato de don Bosco; pero, como le rezaba hacía tiempo, no dudó que aquel sacerdote fuera él. Entonces don Bosco, levantando las manos con las palmas vueltas hacia ella y retrocediendo sonriente, desapareció como por en medio de la niebla.

Todo esto le sucedió estando totalmente despierta y no soñando. Durante la aparición se le había ido aclarando la vista, antes bastante débil y confusa, de tal modo que, después, distinguía claramente los objetos. Tiró fuera las mantas, bajó de la cama y en cuatro saltos pasó a la habitación vecina de una amiga suya para darle la alegre noticia. Fue después a las monjas que bajaban entonces al pasillo y se dirigían atónitas hacia ella. Las otras enfermas, que no podían creer a sus ojos, se acercaban en camión hasta ella y la tocaban para convencerse de la realidad. Ciertamente no tenía nada. Al día siguiente lo confirmó el doctor Miotti, tras una minuciosa visita.

Este médico asistió posteriormente como perito al proceso apostólico de Piacenza formando parte del tribunal eclesiástico nombrado por el [92] Obispo, monseñor Menzani, de acuerdo con las facultades e instrucciones recibidas en Roma. Presentáronse después de la agraciada, dieciséis testigos. Para hacer el examen judicial también allí fue necesaria una prórroga. Como algunos testigos no pudieron presentarse en Piacenza, recibió la deposición de uno el Promotor General de la Fe en Roma, y los Arzobispos de Turín y de Milán fueron autorizados para formar dos procesículos para los otros. Fueron llamados como peritos para la cuidadosa visita final los doctores locales Ghisolfi y Fermi, cuyas certificaciones estuvieron de acuerdo en excluir todo indicio de futura recaída.

Llevadas a Roma las actas de los dos procesos y abiertos allí los legajos en forma jurídica, parte el 18 de junio de 1926, y parte el dos de julio siguiente, empezó la discusión sobre la validez. El Promotor General de la Fe elevó varias dificultades el 28 de febrero de 1927 en la reunión ordinaria de la Congregación de Ritos; el Abogado contrapuso sus respuestas en la del día tres de marzo. Los Cardenales de la Sagrada Congregación emitieron el voto favorable sobre la validez de ambos procesos el veintidós de marzo del mismo año; Pío XI lo confirmó al día siguiente.

Procedióse entonces al examen de los dos milagros. El Abogado los refirió en la reunión del veintinueve de abril, alegando, entre

otros, los juicios de los especialistas designados por la Sagrada Congregación, que fueron los doctores Feliciani y Gentile para sor Proviña Negro, y los doctores Sympa y Chiays para la señora Teresa Calligari. Monseñor Salotti opuso las primeras dificultades en la reunión del dieciocho de diciembre y monseñor Della Cioppa le replicó en la misma sesión.

A estos preliminares siguieron las tres Congregaciones. La Antepreparatoria se celebró el 24 de enero de 1928 en el palacio del Cardenal Ponente. El Abogado había presentado, según ley, un mes antes, la posición impresa, con la información, el sumario, [93] las relaciones oficiales de los peritos, las objeciones del Promotor General de la Fe y las correspondientes respuestas. La votación obtuvo un éxito favorable, por lo que se podía proceder adelante.

Precedieron a la Congregación Preparatoria dos discusiones en otras tantas sesiones ordinarias, tenidas los días siete de abril y dieciocho de julio de 1928, con nuevas dificultades y análogas respuestas. La junta requirió todavía el juicio de dos peritos, uno para cada milagro. El doctor Persichetti emitió su parecer sobre el milagro de Turín y el doctor Stampa sobre el de Piacenza.

Mientras se hacían estos estudios he aquí que en Roma sucedió un hecho ruidoso: una curación operada por intercesión de don Bosco. Sor María Josefina Massimi, religiosa agustina del monasterio de Santa Lucía de Selci, enferma de úlceras en el píloro, estaba ya en fin de vida. El confesor le aconsejó una novena a don Bosco y le entregó una reliquia del Siervo de Dios. Durante el curso de la novena la religiosa empeoraba en vez de mejorar, y se agotaban en ella, a ojos vistas, los últimos resortes de la vida. Pero no disminuía su confianza; tanto es así que, terminada la novena, empezó otra.

¡Peor que peor! La muerte parecía inminente. El quinto día, quince de mayo, vio en sueños a don Bosco, el cual le decía: —Aquí estoy yo para anunciarte la gracia. Ten paciencia. Sufre un poco más todavía. El domingo tendrás la gracia.

Faltaban cuatro días enteros para el domingo. El viernes, día dieciocho, tuvo un nuevo sueño: don Bosco le llevaba el hábito negro, que las monjas suelen ponerse en los días festivos y le renovó la promesa. El sábado por la tarde todo hacía temer que se trataba de meras ilusiones; pero, al día siguiente, mientras el confesor se disponía a administrarle la Extremaunción, hubo un cambio repentino.

Vínole un estremecimiento de los pies a la cabeza y, en un santiamén, sintió que volvía de la muerte a la vida. Diez días más tarde estaba tan buena que pudo escribir una relación detallada de lo acon-

tecido. El suceso tuvo mucha resonancia y produjo también alguna impresión en el seno de la Congregación de Ritos; [94] hasta parece que llamó la atención del Padre Santo ¹.

La Congregación Preparatoria se abría, pues, con buenos auspicios, aunque no es de suponer que los Cardenales de Ritos, reunidos el 11 de diciembre de 1928 en el Palacio Apostólico Vaticano, se dejaran ni siquiera influenciar por el recuerdo de aquel caso para dar, como dieron, su voto favorable.

Después de tantas indagaciones se calculaba también que la Congregación general sería superada fácilmente. Todavía en las dos últimas sesiones ordinarias, del 6 y del 30 de enero de 1929, volvió monseñor Salotti al asalto con las últimas dificultades, que monseñor Della Cioppa pudo deshacer con facilidad, de tal modo que el cinco de marzo, y en presencia del Padre Santo, los votos consultivos de los Cardenales y de los Consultores fueron de afirmación. El Padre Santo, a quien está reservado deliberar, tomado el tiempo para reflexionar y pedir luces al Cielo, el día diecinueve de marzo, después de la celebración del divino Sacrificio, llamó ante sí a los Cardenales Laurenti, Prefecto de Ritos, y Verde, Ponente de la Causa después de la muerte de Vico, y con ellos a los Monseñores Salotti, Promotor General de la Fe, y Mariani, Secretario de la Sagrada Congregación, y entró, seguido de los mismos, en otra aula noble, donde, sentado en el trono, sentenció que había constancia de los dos milagros y ordenó la publicación del correspondiente decreto. Aquella misma mañana se dio lectura pública de este decreto en el aula consistorial del Palacio Apostólico. La ceremonia se desarrolló solemnemente en presencia del Papa y de su Corte. Asistían amplias representaciones de los colegios salesianos y de los de las Hijas de María Auxiliadora, numerosos exalumnos y muchas personalidades, Señoras y Señores, invitados con entrada especial. Acercóse a las gradas del trono el Secretario y, obtenido el consentimiento del Padre Santo, leyó el decreto.

Claramente aparece con cuánta abundancia bendijo el Señor omnipotente a su Siervo Juan Bosco y a la Pía Sociedad por él fundada, en [95] favor y ayuda del pueblo, por los dones de la naturaleza y de gracia con que le enriqueció, por las obras insignes que desarrolló y por las nuevas casas de su Pía Sociedad, abiertas y consolidadas en tantas regiones, hasta en las partes más alejadas del mundo, pese a la casi absoluta falta de los medios necesarios.

El Siervo de Dios, nacido en una familia pobre, se vio, desde los primeros años de

¹ Cartas de don Francisco Tomasetti a don Calógero Gusmano, secretario del Capítulo Superior. Roma, 5 y 27 de junio de 1928.

edad, dotado de muchas y excelentes dotes, y empezó y realizó tantas y tales obras, especialmente en favor de la juventud, que no habrían podido subsistir sin abundancia de medios y autoridad. Denodadamente trabajó para superar toda suerte de obstáculos, vencer contrariedades, ganarse por medio de la dulzura el alma y el corazón de los enemigos, demostrando de este modo que era un hombre de altos sentimientos y que no se movía ni actuaba más que por el ardoroso deseo de la salvación de las almas. Así se dio buena maña para formar su incipiente Pía Sociedad, trabajó con éxito en su desarrollo y propagación no sólo en muchas partes de Europa, sino que la llevó hasta las lejanas regiones de América. Y ahora sus hijos, yendo todavía más lejos, hasta las playas del Extremo Oriente, desarrollan ampliamente obras de evangelización con constancia apostólica y digna de alabanza.

Al Venerable Siervo de Dios le gustaba emplear generosa caridad, aun en sus mayores estrecheces, y no despedía a ningún indigente sin haberlo socorrido.

A menudo, cuando se lo pedían, revelaba hasta los secretos de las conciencias, predecía el futuro y disfrutaba devolviendo la paz a las almas angustiadas. Curaba también las enfermedades corporales y era su delicia hacer continuamente el bien a todos. Llevado por este santísimo deseo, fundó además un Instituto de sagradas Vírgenes, que tituló *Hijas de María Auxiliadora*, ya muy extendido y que da a la Iglesia nobles frutos de salvación.

Pasó, amado por Dios y por los hombres, siempre con el ardiente deseo de hacer el bien y dejando un dulcísimo recuerdo de su persona en todos los ambientes. Inmediatamente después de su muerte, empezó a correr la fama de sus prodigios, especialmente curaciones, entre las cuales los diligentísimos demandantes de la causa eligieron dos, y, después de hacer el proceso apostólico, los presentaron a la Sagrada Congregación de Ritos para que pronunciase su juicio sobre la verdad de tales milagros.

La primera curación es la de sor Provina Negro, la cual, víctima de úlcera circular en el estómago, era atormentada por atroces dolores. Conocida la naturaleza maligna de la enfermedad, que difícilmente hubiera curado ni con un largo espacio de tiempo, la enferma pensó en probar la ayuda divina, y después de haber invocado la intercesión del Venerable Juan Bosco y haberse tragado con suma dificultad una reliquia, se encontró inmediatamente libre y perfectamente curada. [96] Su curación fue tenida por todos y singularmente por los médicos como prodigiosa.

La segunda curación se refiere a Teresa Callegari, atormentada por varias enfermedades internas, rebeldes a toda cura, que la habían llevado a un estado de consunción y ya los médicos la habían desahuciado. No atinaban los ilustres doctores, porque la gravísima enfermedad que la atormentaba era verdaderamente orgánica, con varias lesiones anatómicas, como evidentemente demostraron y depusieron bajo juramento tres peritos, llamados al efecto por la Sagrada Congregación de Ritos. En aquella situación dicha Teresa Callegari invocó la intercesión del Venerable Juan Bosco y quedó curada instantáneamente de todas sus graves enfermedades, asegurando y proclamando ella misma inmediatamente el prodigio.

Instituido el Proceso Apostólico sobre las dos curaciones, tenida la cuidadosísima discusión y declarada que fue su legitimidad, se celebró el día 24 de enero de 1928 la Congregación Antepreparatoria con el Reverendísimo Cardenal Vico de feliz memoria, Relator de la Causa, y el 11 de diciembre del mismo año se reunió la Congregación Preparatoria en el Palacio Vaticano. Después, el cinco del corriente marzo, se celebró la Congregación General, en presencia de Nuestro Santísimo Señor el Papa Pío XI y, propuesta por el Reverendísimo Cardenal Alejandro Verde, Relator de la

Causa, la cuestión: *Si consta y de qué milagros en el caso y al fin de que se trata*, todos los asistentes, lo mismo los Reverendísimos Cardenales que los Padres Consultores, dieron, por orden, su respuesta. Después de lo cual el Padre Santo se reservó proferir su juicio, pero mostrando indudables señales de la alegría de su espíritu. Mientras tanto, exhortó a todos a impetrar, con la oración, más claridad de luz divina en asunto de tanta importancia.

Habiendo después establecido hacer público su decreto, señaló este muy feliz día de la fiesta de San José, Patrono Universal de la Iglesia Católica, venerado con particular devoción por el Venerable Juan Bosco, y después de haber celebrado fervorosamente el divino Sacrificio, llamados ante sí a los Reverendísimos Cardenales Camilo Laurenti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Alejandro Verde, Ponente de la Causa, juntamente con el Rev. Monseñor Carlos Salotti, Promotor General de la Fe y el infrascrito Secretario, pasó a otra aula noble, sentóse en el trono y decretó solemnemente: *que constaba la instantánea y perfecta curación de sor Provina Negro de una úlcera circular en el estómago y también la instantánea y perfecta curación de Teresa Callegari de poliartritis aguda postinfecciosa y de otras lesiones que habían reducido a la enferma al estado de consunción.*

Y ordenó se publicara el presente decreto, y se inscribiera en las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, el 19 de marzo de 1929.

[97] Terminada esta lectura, el Procurador de los Salesianos y Postulador de la Causa, don Francisco Tomasetti, acompañado por el Abogado y el Promotor de la Causa, dio gracias al Padre Santo con un discursito en el que habló de un reciente gran suceso. Aún no se había apagado el eco del júbilo que había corrido de una a otra punta de Italia el once de febrero, en la histórica jornada que puso felizmente término a la larga y desgarradora discordia del Estado Italiano con la Santa Sede. Con fino sentido de oportunidad, evocó don Francisco Tomasetti la fecha inolvidable y el Papa, en la alocución pronunciada inmediatamente después, tomó pie de aquellas palabras para dar a conocer el pensamiento genuino de don Bosco sobre el tema de la Conciliación. Dijo así don Francisco Tomasetti:

Beatísimo Padre:

Tengo hoy una infinita satisfacción al presentar a Vuestra Santidad, en nombre del Reverendísimo Rector Mayor y de toda la Familia Salesiana, el más vivo y sentido agradecimiento por haberse dignado ordenar el Decreto, con el que se aprueban los dos milagros presentados para la Beatificación del Venerable don Juan Bosco, Fundador de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.

Este Decreto llena de gozo a los hijos del Siervo de Dios, «de este gigante mantenedor de la educación cristiana», como a Vuestra Santidad gustó llamarlo en otra solemne circunstancia, pero no les sorprende. Saben ellos muy bien, especialmente los que tuvieron la suerte de vivir algún tiempo junto a él, que estaba su vida tan

entretrejida con hechos prodigiosos, que se podía decir que lo sobrenatural se había convertido en algo natural en torno a don Bosco. Tanto es así que se lee en una carta de nuestro mismo Padre, del año 1867, fecha de su segundo viaje a Roma, que «hizo oraciones especiales para que Dios no otorgase nada clamoroso que diera ocasión de hablar del pobre don Bosco».

Y lo mismo durante su vida, que después de su muerte, ha seguido asistiendo a sus hijos y a sus amigos con suaves y admirables inspiraciones, favoreciendo con milagros y gracias innumerables a los fieles que confiadamente recurrían a él.

Pero nuestra alegría aumenta cuando reflexionamos sobre los caminos admirables de la Providencia y vemos que este deseado Decreto, preludio de la solemne Beatificación de nuestro Venerable Padre, es ordenado por Vuestra Santidad al día siguiente del grandioso [98] e histórico suceso del arreglo de la Cuestión Romana, que constituyó el ansia, el deseo, y, ¿por qué no decirlo? el tormento de muchas almas buenas; y en la que tanto cooperó el Venerable don Bosco, con todo su afecto y celo sacerdotal, interponiendo en momentos críticos, penosísimos y delicados, su apreciada y feliz mediación para que resultaran menos tensas las relaciones entre el Gobierno de su tiempo y la Santa Sede. Y para conducir a buen puerto su mediación, subía él y hacía subir a las mayores alturas «para alcanzar los más hermosos puntos de vista», para llegar a las cumbres donde la visión resulta —y son palabras muy recientes de Vuestra Santidad— grandiosa y sublime.

«Mi política —respondía él al glorioso Predecesor de Vuestra Santidad, Pío IX— es la de Vuestra Santidad, y la del *Pater noster*. En el *Pater noster* pedimos cada día que venga el Reino del Padre Celestial sobre la tierra, es decir, que se extienda cada día más poderoso y glorioso: *adveniat regnum tuum*: y esto es lo que más importa». E insistía en que, ante todo, se antepusiese el bien de las almas.

Me alegro esperando que agrada a Vuestra Santidad el recuerdo de este documento, no conocido por todos, sobre la conformidad de las altas miras y los sentimientos superiores de nuestro Venerable Fundador con los supremos, altísimos ideales que han guiado y conducido tan felizmente a Vuestra Santidad a superar las inmensas dificultades que se oponían a la grandiosa obra, que, sonada la hora de Dios y no en vano esperada, finalmente se ha realizado para bien del universo mundo, devolviendo Italia a Dios, Dios a Italia y la paz tranquilizadora de la conciencia de muchas almas buenas en todo el mundo.

¡Oh, cómo se alegrará por la verificada composición y los grandes frutos de bien que de ella brotarán, nuestro Venerable Padre que, por encima «de toda gloria, ponía la de ser un fiel servidor de Jesucristo, de su Iglesia y de su Vicario!»¹.

¡Y cuánto se alegran con él, por el conseguido acuerdo y por la feliz coincidencia del actual Decreto, todos sus hijos y «los cientos de miles, hoy los millones de jóvenes, de hombres ya hechos en todas las posiciones sociales, en las más variadas condiciones de la vida, que han bebido en las fuentes del Venerable don Bosco los tesoros de la cristiana educación!» —como Vuestra misma Santidad dijo en el discurso citado.

En nombre también de todos los Exalumnos, de esta gran Familia Salesiana que «se gloría del compromiso y del propósito de guardar sin mancha los bienes de la cristiana educación y de propagarlos con el ejemplo de la fidelidad generosa y valien-

¹ Palabras proferidas por el Padre Santo en su discurso a los alumnos del colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Roma (25 de junio de 1922).

te a Jesucristo y a [99] su Vicario en la tierra», renuevo a Vuestra Santidad en medio del entusiasmo de esta hora, tan esperada y tan felizmente iniciada, nuestro más exaltado, más vivo y más fervoroso agradecimiento.

Cuando don Francisco Tomasetti acabó, dio a entender Su Santidad que quería hablar. El auditorio se dispuso a oír con atención. Durante unos minutos, de conmovida espera para todos, pareció que el Papa evocara en silencio y coordinara toda una serie de pensamientos. Después con voz serena, vibrante y, a veces temblorosa por la emoción, habló en estos términos:

Hijos amadísimos, es la voz, la gran voz de los milagros, la voz de Dios, *qui fecit mirabilia magna solus!* Es la voz de Dios que baja al sepulcro, que muy bien podemos llamar glorioso —y qué glorioso!— de su fiel siervo, para hacer cada vez mayores y más brillantes los resplandores de su gloria.

Y es verdaderamente admirable —por decir lo primero que salta a la mente y al corazón— con qué delicadeza y, casi diría, con qué elegancia, sabe combinar las cosas la divina Bondad y preparar los acontecimientos.

En efecto, el decreto de los milagros del Venerable Juan Bosco, de este gran devoto de San José, se debió publicar el día de la fiesta de este glorioso Patriarca, y cuando esta fiesta, por una feliz coincidencia de las cosas, es por fin un día festivo para todos, de un mismo modo y en un mismo sentido, con perfecta unión de mentes y de corazones. Nos parece que el mismo San José haya querido encargarse en cierto modo de contribuir a premiar así a este grande, grandísimo Siervo de María, su Castísima Esposa, a la que el Venerable Juan Bosco tributó siempre tan gran homenaje de piedad y de devoción, bajo el título especial de María Auxiliadora, inseparable ya de su nombre y de su obra y de sus innumerables ramificaciones por todas las partes del mundo.

Y no menos hermosa, delicada y significativa resulta esta otra coincidencia de cosas que ha sido recordada tan oportunamente. Después de un suceso por el que hoy, y por mucho tiempo todavía, el mundo entero, lleno de alegría, da gracias con Nos al Señor, al día siguiente de este suceso resuena la proclamación de los milagros de don Bosco, de este verdaderamente fiel y sensato Siervo de la Iglesia de Cristo, y de esta Santa Sede Romana. Verdaderamente —como Nos lo pudimos oír de sus mismos labios— este acuerdo en tan deplorable discordia, era el primer cuidado de los pensamientos de su mente y de los afectos de su corazón, tal y como podía serlo en un Siervo verdaderamente sensato y fiel: no con el deseo de una conciliación cualquiera, como muchos habían ido fantaseando, embrollando y confundiendo las cosas, [100] sino de tal modo que, ante todo, quedase asegurado el honor de Dios, el prestigio de la Iglesia y el bien de las almas.

Decíamos que habíamos podido escuchar esto de sus propios labios, y también reconocemos en ello otra admirable disposición de Dios, otra de sus delicadísimas disposiciones. Han pasado ya cuarenta y seis años y nos parece ayer, nos parece hoy mismo, nos parece verlo todavía como entonces lo vimos y escuchamos, mientras pasábamos unos días en su compañía, viviendo bajo el mismo techo, sentándonos a la misma mesa y teniendo varias veces la fortuna de podernos entretener largo y tendido con él, pese a la indescriptible cantidad de sus ocupaciones; porque era ésta

una de sus más impresionantes características: una calma absoluta, un dominio del tiempo, que le permitía atender a todos los que acudían a él, con tanta tranquilidad como si no tuviese otra cosa que hacer. Esta fue una de las perfecciones, y no la menor, que pudimos admirar en él, a las que ni siquiera falta el don profético, que, a pesar de ello —añadió sonriendo Su Santidad— no llegó al punto de ¡prever lo que hoy ha sucedido! ¿Quién habría dicho entonces que, después de tantos años, a continuación de un suceso tan grandioso, como el que hace poco hemos recordado con tanta alegría, habríamos tenido esta otra reunión tan solemne, El, don Bosco, resplandeciente por la luz de los milagros, y Nos, en el momento de proclamar solemnemente y con la autoridad de los decretos de la Iglesia, estos mismos milagros, cuya luz resplandece ahora sobre su tumba preparando el sumo honor de los altares?

Y estos milagros, cuya proclamación habéis escuchado, estos milagros evidéntísimos para cuantos los conocemos —¿y quién no los conoce en el mundo entero?— no son más que una muestra de los que, con todo respeto, brillan en la figura de don Bosco. Son innumerables en realidad los milagros que, tanto durante su vida como después de su muerte, con la maravillosa continuación de su obra, ha querido Dios Nuestro Señor obrar por intercesión de su fiel Siervo. Y éstos, que han sido elegidos entre muchos, para ser sometidos a un examen más concienzudo, con procedimientos jurídicos más rigurosos, no son, como decíamos, más que una representación, que necesariamente se debía hacer constar en forma jurídica. Son evidentes y muy hermosos, pero hay muchos más y no menos hermosos y espléndidos, y sobresalen, entre ellos, muchos por su divina elegancia: ¡tan grande es la magnífica evidencia de las cosas y de los sucesos!

Pero hay, además, en el Venerable Juan Bosco muchas otras cosas admirables: y los que hemos leído algunas en las muchas *Vidas* del Siervo de Dios (las hay sin número y publicadas en varias lenguas) y los que todavía las leerán en lo sucesivo, se darán perfecta cuenta de lo mucho que en ellas abunda el milagro y hasta qué punto sea verdad —como muy oportunamente se ha recordado— que, en la vida de don Bosco, [101] lo sobrenatural se convirtió en natural, lo extraordinario en casi ordinario. Mis queridos hijos, estos dones y hechos tan extraordinarios eran en él, como estrellas centelleantes en un cielo, de por sí espléndido y sereno, que se añadían para destacar cada vez más la magnificencia de una vida que era por sí misma todo un milagro, milagro de acción, milagro de obras.

En la bula de Canonización de Santo Tomás de Aquino se dijo —con frase felicísima— que, en el caso de que no hubiera habido ningún otro milagro, bastaba la *Summa Theologica*, cada uno de cuyos artículos constituía un verdadero milagro. Y también Nos podemos decir muy bien que cada año de la vida de don Bosco, cada una de las empresas de su vida mortal y cada momento de su vida póstuma, de la supervivencia de sus obras, en sus hijos los Salesianos y en sus hijas, las Hijas de María Auxiliadora, constituyen cada uno un milagro, una ininterrumpida serie de milagros.

Cuando se piensa en la soledad campestre de I Becchi, donde el pobre chiquillo apacentaba el ganado paterno, en los primeros y humildes principios del Hospitalillo de Santa Filomena y en los días siguientes, ya reveladores y significativos (para quien sabía comprenderlos) de Valdocco; cuando se considera a este pobre y humilde sacerdote que principia sin nada las más grandes empresas, como el Santuario de María Auxiliadora, que lo empezó con cuarenta céntimos en el bolsillo, y damos después una mirada en torno a nosotros, y nos encontramos frente a este florecer constante de obras, frente a esta triple familia de Salesianos propiamente dichos, de Hijas de María

Auxiliadora y de Cooperadores Salesianos —legión admirable que él mismo solía llamar su *longa manus*, verdaderamente, lo que Nos oímos de sus propios labios: «Don Bosco tiene las manos largas cuando lo necesita»—, se ve realizado en diversos sentidos, pudiéndose decir muy bien que sus brazos y sus manos se han alargado inmensamente hasta abrazar al mundo entero, sembrándolo de obras e instituciones verdaderamente admirables.

Cuando pensamos en los centenares y centenares —citamos datos recogidos hace ya veinte años: ¿qué no habrá sucedido durante los últimos veinte, en los cuales todo ha ido aumentando con un crecimiento que se diría formidable si no fuera tan glorioso y consolador?—, cuando pensamos en los centenares de iglesias y capillas que ya hace veinte años eran trescientas, como eran centenares de millares los alumnos y ciertamente pasaban del millón los exalumnos educados en las distintas casas de don Bosco —desde aquéllas en las que se imparte la más elevada instrucción hasta las escuelas profesionales de artes y oficios—, no podemos por menos de quedar atónitos y maravillados como ante la continuación de uno de los más extraordinarios milagros. Y desde veinte años a esta parte, es decir, desde la época a la que se refieren nuestros recuerdos hasta el presente, ¿a qué número no habrán llegado juntos los Hijos de don Bosco, las Hijas de María Auxiliadora, los Cooperadores Salesianos? Ya entonces eran centenares [102] de millares: ¿cuántos serán ahora? Creemos sinceramente, que ésta es una de las más hermosas, de las más poéticas estadísticas y la más armoniosa poesía de los números que pueda imaginarse.

Y —por no dejar de recordar una de las más admirables dotes de don Bosco— cuando se considera que se trata de un hombre que parecía que tuviese tantas cosas que hacer, sin tiempo material para dedicarse al estudio propiamente dicho, con tantas obras entre manos como debía atender y dirigir personalmente, uno no puede por menos de preguntarse: —¿Cómo se las arregló para escribir tantas obras y cómo salieron de su pluma tantos libros? Porque, al menos, son setenta los libros y opúsculos de educación popular escritos por él y publicados, y algunos con extraordinario éxito. Su *Historia de Italia* ha alcanzado de treinta a cuarenta ediciones; su *Historia Sagrada* había llegado, ya hace veinte años, a las setenta o setenta y siete; sus libros de oraciones *El Joven Instruido* y la *Joven Cristiana* habían quizá llegado a las seiscientas ediciones, y las populares *Lecturas Católicas* que, veinte años atrás, habían obtenido una tirada de diez millones de ejemplares y el *Boletín Salesiano* que se publica en muchas lenguas y que, según una estadística de años atrás, tiraba ya trescientos mil ejemplares mensuales —¡hoy, muchos más!— son cosas verdaderamente maravillosas y, puede decirse muy bien, milagrosas.

A decir verdad, uno se pregunta maravillado: —¿Cómo ha podido realizarse todo esto? Y es forzoso reconocer que todo se ha debido a una intervención especial de la Gracia de Dios omnipotente: *manus Dei fecit haec omnia!* Pero ¿dónde pudo hallar este Siervo de Dios la fuerza para llevar a cabo tantas obras? Es un secreto, que él mismo reveló continuamente, quizás sin darse cuenta de ello; y está encerrado en aquella frase, que tantas veces dijo y escribió él mismo y que fue como el lema de toda su vida: *Da mihi animas, cetera tolle*: Señor, dadme almas y llevaos todo lo demás. Ese es el secreto de su corazón, su fuerza, el ardor de su caridad: el amor de las almas y especialmente las almas de los jóvenes, de los más necesitados, que eran sus preferidos, los que él comenzó a favorecer y sigue favoreciendo. *Da mihi animas!* Sí, don Bosco amaba las almas porque amaba a Nuestro Señor Jesucristo y porque las consideraba a través del pensamiento, del Corazón, de la Sangre del Redentor; por eso no había para él nada imposible, ni tesoro que fuese demasiado precioso para contribuir a la

salvación, aunque fuera de una sola alma. Este pensamiento es sumamente oportuno y a su vez bellamente dispuesto y ordenado por la mente Divina. En efecto, siendo hoy mismo el amor a las almas lo que debe regenerar el mundo, viene a resplandecer con los fulgores de la gloria humana y divina este gran *amator animarum*, amante de las almas, que, con la luz de los milagros y con la eficacia de sus obras, llama la atención, se impone a la admiración y a la imitación de todo el mundo. Y, aunque no todos puedan aspirar —¿cómo sería ello posible?— [103] a tal fecundidad de acción en favor de las almas, sin embargo, como suele decirse, un gran amor, una gran solicitud, un gran tesón en toda dirección y condición, son capaces de hacer milagros. ¡Cuántos llegarían a hacer cosas extraordinarias si ardiese en sus pechos este amor por las almas, que no se detiene ante la abnegación y el sacrificio y que realiza verdaderos milagros, como milagros de paciencia, de sacrificio y de abnegación realiza una madre con el grande y tierno afecto que siente por su hijo!

Y si no todos pueden aspirar a tanto, ¿quién se negará a trabajar, de acuerdo con la medida de sus fuerzas, en este campo, cuando se quiere que el mal se propague por doquier, cuando se ven tantas almas, especialmente jóvenes, expuestas al peligro y a caer víctimas de las tentaciones y de las ocasiones? ¡Cuántas almas arrastra a la ruina la vanidad seductora, la sensualidad imperante, la sed de placeres! Por esto se impone la cooperación de todos al apostolado, al que incesantemente llamamos a los que tienen sentimiento en el corazón: todos deben alistarse en las filas de la acción católica, por Nos tan recomendada y que tiene también varias manifestaciones; en ella hay puesto para todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, actuando el ideal de un apostolado universal y jerárquico, que es el objeto y el alma de la acción católica.

Y por otro lado, todavía un pensamiento que, junto con el de la preciosidad del amor por las almas, del amor de Jesús, y del valor de su preciosísima sangre derramada por las almas, nos ofrece don Bosco en esta su simbólica glorificación.

¡Qué hermosa, qué consoladora, qué llena de estímulo resulta la soberana fidelidad de Dios con sus Siervos! Su fiel y humilde Siervo (*al llegar a este punto el Papa pareció profundamente conmovido*) —porque ésta es la verdad, ésta es la luz más hermosa y más sublime que hoy circunda al Venerable don Bosco—: una simple creatura, un humilde Siervo de Dios, que no ha escatimado nada para servirle generosamente, un pobre hombre, según el mundo: y, más aún, he aquí que Dios abre los cielos y deja oír su voz con la fuerza y la magnificencia de los milagros hasta en las más remotas regiones: y hoy levanta ante nuestros ojos la piedra que cubre el sepulcro y llama a su Siervo fiel a una verdadera resurrección gloriosa, precisamente en estos días en que nos preparamos para conmemorar solemnemente su misma Divina Redención.

Sí, *fidelis Deus in Sanctis suis*. Es éste un pensamiento que debemos tener siempre presente, especialmente cuando Dios nos pide un trabajo, una abnegación, un sacrificio, para su mayor gloria o para el bien de las almas. Debemos responder con generosidad, porque siempre, como en el caso que celebramos, veremos cumplirse lo que el generoso Divino Redentor ha dicho: *Qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patri meo*: aquel que me confesare ante los hombres, yo le confesaré ante mi Padre. [104] Y el Venerable Juan Bosco, con su vida, con todas sus obras y con la vida y las obras de sus hijos, que se multiplican por todo el mundo, puede decir muy bien: He confesado y confieso al Señor mi Dios y El me confiesa y proclama glorioso ante el Padre Celestial y en presencia del mundo entero.

Y ahora, hijos amadísimos, sólo nos falta impartir, con estos deseos y en medio de

estos fulgores, nuestra apostólica bendición: primero, a los hijos de don Bosco y a las Hijas de María Auxiliadora, a los Cooperadores Salesianos y a todas sus casas y Misiones esparcidas por el mundo: sobre este conjunto tan vasto, tan activo, tan fecundo de obras santas, descienda nuestra bendición, que también invocamos sobre todos los aquí presentes y sobre todo aquello y todos aquellos que cada uno lleva en su pensamiento y en su corazón.

La conmovedora alocución duró sus cuarenta minutos y fue escuchada por los presentes casi sin pestañear. Una vez impartida la bendición, prorrumpió la audiencia en una ovación entusiasta y prolongada, mientras el Papa saludaba a los Cardenales y personajes presentes y se retiraba a sus salas.

Las generosas palabras del Vicario de Jesucristo resonaron lejos, llamando multitudes de visitantes de todas partes a la tumba de Val-sálice, que estaba por convertirse en altar. A ella se acercaban con frecuencia las gentes sencillas y los grandes. Recordaremos solamente algunos homenajes ilustres de los tres primeros días después de la lectura del decreto.

Inmediatamente, el veinte de marzo por la mañana, llegó el Príncipe heredero Humberto de Saboya. Se arrodilló ante la tumba recogido en oración; después, subió a la capilla superior y asistió devotamente a la santa misa.

El mismo día por la tarde se acercó el Arzobispo, cardenal Gamba. Después de orar un momento, exclamó:

—El caso de don Bosco es el único ejemplo, llegado tan pronto a la gloria de los Beatos y con una veneración que ya está extendida a todo el mundo.

Escribió luego en el álbum de honor: «La inminente Beatificación del Siervo de Dios don Juan Bosco, el más grande apóstol del siglo XIX, obtenga del Cielo que la reciente Conciliación entre la Iglesia y el Estado de Italia aporte al mundo entero la paz de Cristo en el Reino de Cristo, como auguró [105] el Santo Padre Pío XI desde el principio de su gloriosísimo Pontificado».

Al día siguiente los ordenanzas del Ayuntamiento llevaron una magnífica corona de flores por orden del Alcalde con la inscripción: LA CIUDAD DE TURÍN. De allí a poco se presentaron dos representantes de la primera autoridad de la ciudad con el siguiente autógrafo: «En mi condición de Alcalde de Turín y de católico, rindo fervoroso homenaje de devoción al Beato don Bosco, al gran Conciudadano, incomparable apóstol de fe, caridad e italianismo en el mundo.—T. DI REVEL». También había enviado al cardenal Gasparri este bonito telegrama: «La ciudad de Turín, que fue testigo del sublime

apostolado de don Bosco y secundó fervorosamente su obra incomparable y la de sus sucesores, se adhiere al particular y altísimo honor de la elevación a los Altares del gran Conciudadano y ruega a Vuestra Eminencia ponga a los pies del Santo Padre su gozoso homenaje de gratitud y devoción».

El día veintidós por la tarde visitó la tumba del futuro Beato Su Excelencia Belluzzi, Ministro de Educación Nacional. Fue recibido por los alumnos y rindiéronle homenaje el Rector Mayor don Felipe Rinaldi y el Director General de las Escuelas Salesianas don Bartolomé Fascie. Se detuvo pensativo ante la tumba y, después, expresó en el álbum de honor sus mejores augurios «para la gloriosa escuela de don Bosco». Finalmente habló a los estudiantes, animándoles a convertirse en buenos instrumentos para las obras de bien.

En la *Rivista Diocesana* de abril apareció la larga y cordial epístola del Arzobispo, comunicando a los turineses la próxima Beatificación. «Don Bosco, escribía Su Eminencia, fue una de esas glorias, que sirven para ilustrar, no a una ciudad o a una nación, sino al mundo entero (...). Estoy convencido de que ningún otro Beato recibió en su Beatificación honores mayores y más universales de los que recibirá el Beato don Bosco». Los hechos le darían la razón plenamente dos meses más tarde.

CAPITULO VI

DECRETO DEL «TUTO»

EN verdad la Iglesia no hace los Santos deprisa. Ni siquiera la aprobación de los milagros permite proceder sin más a la beatificación, sino que requiere todavía una Congregación general, llamada del *Tuto*. El objeto final de este procedimiento canónico lo explicó muy bien el Papa Pío XI en su discurso después de la proclamación del *tuto* para la beatificación del Venerable Pignatelli y de la Venerable Catalina Labouré ¹. Dijo entonces el Padre Santo:

¿Qué significa la palabra *tuto*? Es una palabrita latina que significa «fuera de peligro», o sea «sin peligro», es decir, con seguridad. *Tuto* equivale a «una seguridad de todo peligro». Para comprender de qué peligro se trata, basta leer la «duda» que figura a la cabeza del decreto, y a la que el mismo decreto responde: es decir, si después del examen y de la aprobación de los milagros reconocidos como tales, después de todo ese complejo de actas, que tales aprobaciones presuponen (procesos locales y ordinarios, procesos apostólicos, etc.), porque la Santa Iglesia es verdaderamente incansable en sus investigaciones y comprobaciones; si después de todo esto, se puede proceder sin peligro a los ulteriores actos de la beatificación y canonización; sin peligro, por tanto, de cosas menos verdaderas y menos buenas, sin peligro para la *verdad* y para la *bondad*. En estas Causas lo importante es que lo que se ha dicho en favor de los Siervos de Dios sea verdadero, y que lo que es verdad sea bueno, perfectamente bueno, heroicamente bueno. Puede parecer a algunos que la Iglesia sea excesiva en su estudio de exactitud, si después de tantas investigaciones, todavía quiere la seguridad, [107] el *tuto*, para pronunciarse; pero no se requiere menos cuando se trata de la verdad y la bondad llevadas a ese campo; no se requiere menos para una encuesta que se eleva hasta el trono de Dios para admirar en él los frutos más exquisitos de la Redención y sacar esplendorosos e imitables ejemplos para proponer; para todo esto, se requiere una búsqueda tenaz de seguridad absoluta. La Iglesia quiere la seguridad y la posee, no sólo en la santidad oficial, reconocida, sino también en otros campos, que no son empero totalmente distintos, porque también se trata de la santidad. La Iglesia tiene el privilegio, el secreto de la seguridad: ella es la guardiana segura de la verdad y del bien. *Verdad* y *bien* son las dos únicas palabras que responden plenamente al ser, a la perfección de la inteligencia y de la voluntad del hombre, y por eso son las más interesantes y las más importantes.

¹ *L'Osservatore Romano*, 13 de marzo de 1933.

En cuanto a la *verdad*, es evidente para todos los que —como diría el Poeta— *sono nati alla scuola delle celesti cose* (son nacidos para la escuela de las cosas celestiales); es evidente para todos los hijos devotos de la Iglesia que ella es la maestra infalible de la verdad revelada; ésta fue dada a la Iglesia para que la custodiase, la enseñase, la interpretase. *Docete omnes gentes... Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem saeculi*. El Espíritu Santo que procede de mí, *ille vos docebit omnia*; y vosotros enseñad a los hombres *servare omnia quaecumque mandavi vobis*. Es decir, que el divino Maestro entrega a su Iglesia la Revelación, no con tacañería, sino totalmente, con la promesa de una asistencia perpetua, que podría decirse casi doblemente divina: la del divino Redentor, que habla, y la del divino Paráclito que se nos promete.

Pero también fuera de la Revelación, aun en el ámbito de las verdades naturales, es muy necesaria la seguridad, especialmente en aquellas verdades, que se refieren a Dios, al alma, al origen, a la naturaleza, al destino del hombre, a sus relaciones con sus semejantes, con la creación, con el Creador. También en este campo la Iglesia ofrece su seguridad: *Docete omnes gentes... vobiscum sum... docebit vos omnia*. Aquí la santa Iglesia, maestra de la verdad revelada, se convierte en tutora propicia y segura de la verdad natural; también en este campo de verdades naturales lleva su luz, su *tuto*. Así la Revelación presta su mano a la pobre inteligencia humana, que en su fatigoso peregrinar en busca de la verdad, se había perdido. ¡Qué beneficio, qué providencial beneficio es éste!

Y en cuanto al *bien*, ¡qué de incertidumbre también en la vida diaria, en la vida vivida! ¿Dónde está el bien? ¿Dónde la justicia? ¿Dónde empieza? ¿Dónde acaba? Cuántas veces se han realizado las más crueles injusticias en nombre de la justicia! ¡Cuántas veces se ha sacrificado el bien, en nombre del bien! Sólo la Iglesia ha dicho siempre, a quien lo preguntaba y a quien no lo preguntaba, enviando sus Pastores, sus ministros, sólo la Iglesia ha dicho a todos: *Hasta aquí, justo; más allá no es justo; hasta aquí, se puede, más allá no se puede*. Sólo la Iglesia [108] enseña a llamar siempre y en toda ocasión a las cosas por su nombre; la última y suprema intimación que ella hace al Obispo en el momento de su consagración es precisamente ésta: *Tus labios no deberán llamar mal al bien, ni bien al mal*.

También esta inapreciable seguridad en la verdad y en el bien, seguridad de la inteligencia y de la verdad, también esto, más aún, precisamente esto, es un fruto y fruto preciosísimo de la Redención.

Por tanto, la finalidad de la última Congregación general es la de decidir si se puede proceder con indudable seguridad a la beatificación, y he aquí de qué modo se procedió en ella para don Bosco. El Procurador Melandri presentó una súplica al Padre Santo, a fin de que, después de haber reconocido el feliz resultado de tantas investigaciones, se dignase terminar la obra decretando que se podía pasar con seguridad a la solemne beatificación del Siervo de Dios. Esta súplica, con el texto de los decretos que aprobaban el heroísmo de las virtudes y la realidad de los dos milagros y el parecer razonado de monseñor Salotti, Promotor General de la Fe, reunidos un solo fascículo impreso, formaron la «posición» para la Congregación del *Tuto*. Había en él

una circunstancia, oportunamente puesta de relieve por Salotti, que, dejando ya de lado la pluma del censor, había tomado la del devoto admirador. La beatificación de don Bosco coincidía el año 1929 con el jubileo sacerdotal del Papa. Al recordar tan fausta conjunción de fechas, el Promotor de la Fe dijo estar cierto de interpretar el pensamiento del Padre Santo, asegurando que la coincidencia de los dos sucesos debía ser muy agradable a Su Santidad. Y fue el mismo Papa quien dio a entender claramente a continuación que la que él decía, no andaba lejos de la verdad.

Así pues, los Cardenales y Consultores de los sagrados Ritos, reunidos por última vez el 9 de abril de 1929, en presencia del Papa, votaron favorablemente que se podía *tuto* (con seguridad) proceder a la solemnidad de la beatificación. Entonces el Papa dejó para otro día la manifestación de su juicio definitivo, deseando antes implorar las luces celestiales. Finalmente fijó la ceremonia para el día veintiuno siguiente. Aquel día, con las formalidades [109] descritas para los decretos de las virtudes y de los milagros, se dio lectura pública del decreto del *Tuto*. He aquí la fiel traducción del mismo.

Muchas cosas, muy grandes y admirables, obró el Venerable Siervo de Dios Juan Bosco para promover la gloria del Señor y facilitar la salvación del género humano. Como hombre enviado por Dios para cumplir esta doble misión, empezó por atender a los muchachos, a quienes enseñó los preceptos y deberes de la religión, educó en las buenas costumbres, cuidando además activamente su instrucción cívica, y trabajó con todo entusiasmo a fin de que el mayor número posible aprovecharse el beneficio de la Redención. Su voluntad de ganar a Dios cuantas más almas pudiese, no conocía límites, y se dedicaba con todas sus fuerzas a abrazar con ardiente celo apostólico y atraer a todas las gentes. La falta de medios humanos, las muchas contrariedades presentadas por hombres investidos de autoridad, las dificultades nacidas de la misma naturaleza de las cosas, los obstáculos de toda especie deberían haber abatido su ánimo; pero Juan no abandonó en ningún momento sus santas fatigas, y con la ayuda de Dios condujo las obras emprendidas al fin deseado y se ganó un nombre inmortal, digno de las mayores alabanzas. Escribió, además, y publicó muchos libros muy a propósito para despertar en el pueblo la devoción y afianzar los principios y preceptos cristianos, libros que todavía hoy son tenidos en mucho aprecio. Ahora bien, si comparamos la falta de medios humanos, en que a menudo se encontró, con la magnitud de las obras realizadas y los beneficios obtenidos para toda suerte de ciudadanos, nos parecerá ver en él un prodigio casi nuevo. Digo prodigio, porque la generosidad divina, casi rivalizando con la confianza inquebrantable y la generosidad de Juan, pareció aumentarle las fuerzas, multiplicarle las facultades, premiarle maravillosamente sus trabajos.

Pero una cosa todavía más digna de maravilla, es ver a un hombre de esta especie, ocupado en arduas empresas, expuesto frecuentemente a muchos peligros, que vivía en medio de los muchachos y trataba con toda clase de personas, no cesar ni un solo momento en el ejercicio de las virtudes cristianas, alcanzar en él las alturas de la

heroicidad, como ha sido reconocido y definido, tras jurídico y severo examen, con el decreto promulgado solemnemente el 20 de febrero de 1927. Mientras tanto, después de la muerte del Venerable Siervo de Dios, habíanse sucedido muchos prodigios, dos de los cuales eran solicitados por la índole de la Causa; jurídicamente discutidos y examinados con el acostumbrado rigor, fueron incluidos entre los milagros con el decreto del diecinueve del pasado mes de marzo. Una cosa quedaba todavía por discutir, a saber, si se podía proceder con seguridad a la solemne beatificación del Venerable Juan Bosco. Esto se hizo en la Congregación General final, tenida en presencia de la Santidad de Nuestro Señor Pío XI, en la que el Reverendísimo [110] Card. Alejandro Verde, Relator de la Causa, propuso la siguiente *duda*: *Si después de la aprobación de las virtudes y de los dos milagros se podía proceder con seguridad a la Beatificación del Ven. Siervo de Dios*. Todos los Reverendísimos Cardenales y Padres Consultores presentes dieron, en el orden prescrito por el ritual, su voto favorable, por el que se alegró la Santidad de Nuestro Señor, pero juzgó oportuno prorrogar para otro día la publicación de la sentencia y así poder implorar, mientras tanto, las luces celestiales. Habiendo después establecido manifestar su deliberación, eligió para tal fin este día, III domingo de Pascua, y después de haber celebrado con fervor el divino Sacrificio, hizo llamar a su presencia a los Reverendísimos Cardenales Camilo Laurenti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Alejandro Verde, Ponente de la Causa, junto con el Rev. P. Carlos Salotti, Promotor General de la Fe, y el que suscribe, Secretario, y entrado con ellos en esta augusta sala, y sentado en el trono pontificio, declaró con decreto solemne: *que se podía proceder con seguridad a la solemne beatificación del Ven. Juan Bosco*. Y mandó que el presente decreto fuese publicado e inscrito en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos y se expidiesen las Letras Apostólicas en *forma Brevis* para la solemnidad de la Beatificación, a celebrarse cuanto antes en la Patriarcal Basilica Vaticana.—21 de abril de 1929.

Inmediatamente después de la lectura de este Decreto, el Secretario de Ritos monseñor Mariani leyó otro, que reconocía el martirio del Venerable Cosme de Carboniano, muerto por la fe el 5 de noviembre de 1707. Cuando hay más de un decreto, la Congregación de Ritos designa uno para dar las gracias al Santo Padre. Cayó entonces la elección en monseñor Der-Abrahamian, el cual habló en nombre de la Jerarquía, el Clero y el pueblo armenio. Naturalmente dio también las gracias en nombre de los Salesianos por la beatificación de su fundador diciendo: «Aún no se ha apagado el eco de vuestra voz soberana, con la que en otra reciente ocasión para la aprobación de los milagros de dicho Siervo de Dios, Vuestra misma Santidad rendía los merecidos elogios a este singular y santo educador de la juventud y de las almas. No necesito por tanto hablar de nuevo sobre él. Sólo me place recordar un hecho personal, y es que todavía vive en mi mente la suave figura de aquel hombre de Dios y la impresión que me dejó cuando tuve la suerte de besar su venerada mano y recibir su paternal bendición, [111] impresión que no se ha borrado de mi mente».

Tomó por fin la palabra el Padre Santo, que supo entrelazar magníficamente las alabanzas del Mártir y del Confesor.

Queridísimos hijos, habéis oído y con Nos recibido con piedad y júbilo, con íntimo sentido de las cosas santas, los dos decretos acabados de leer, el primero para la propagación del martirio de Cosme de Carboniano, gloria de Armenia, y el otro para que con ánimo seguro se pueda proceder a la solemne beatificación del Ven. Siervo de Dios, el sacerdote Juan Bosco, gloria de Italia, y cosa inmensamente más grande, gloria de toda la Iglesia católica.

Hay ya tanto esplendor, tanta altura, tanta edificación de las cosas grandes y santas en estos dos anuncios, que verdaderamente viene la tentación de dejarlas hablar a ellas solas con su inimitable significado. Pero las grandes cosas requieren también algún comentario, comentario que corresponda al deber de añadir algo a las mismas cosas para el mayor fruto espiritual de ellas. Y aquí debemos añadir también la necesidad de nuestro corazón, queremos decir de nuestra personal, profunda, cordial simpatía por los dos temas del doble decreto. Diremos, pues, esta palabra, además, lo sabemos bien, para responder a vuestro deseo, queridísimos hijos, y será una sola palabra resplandeciente, con una gran riqueza y variedad de cosas; una palabra sobre la divina fidelidad, y sobre la incomparable sabiduría de aquella gran Madre y Maestra de la Iglesia; una palabra de admiración y adoración por todas esas finezas de infinita bondad y, estábamos por decir, infinita elegancia con que la divina Providencia sabe adornar las cosas infinitamente preciosas por sí mismas.

Decimos divina fidelidad. Y nos parece que ésta es verdaderamente la idea que se impone al oír (como lo hemos oído en el Decreto y en la elocuente y fogosa palabra de su intérprete, en el cual nos place ver a casi toda Armenia aquí presente) la evocación del Siervo de Dios Cosme de Carboniano remontándose hasta la lejana fecha de su nacimiento en 1658 y a la, poco menos lejana, de su muerte en 1707. Estamos a distancia de siglos, queridísimos hijos; pero, tampoco a la distancia de los siglos, ha olvidado la divina Bondad, la divina Fidelidad a aquel Siervo fiel, generoso, heroico hasta la muerte. Diríase que es ella misma quien se ha cuidado de ir a abrir su tumba gloriosa, que parecía casi olvidada, e inclinarse como para hacer revivir aquellos huesos, proclamando su gloria a los ojos de los hombres *coram Ecclesia* y llamando al antiguo mártir a los esplendores de los más altos honores. Esta es la costumbre de Dios, y es la costumbre de su divina voluntad. Puede parecer tal vez que Dios no piense en nosotros, como dice a veces alguna alma caída en el fondo de la tristeza, que Dios no se ocupa de nosotros. Pero es precisamente entonces cuando el Señor demuestra de la manera [112] más evidente el cuidado constante que tiene de sus cosas. *Fidelis Deus*, es la palabra que el mártir nos grita desde el sepulcro glorioso. Y nosotros, hijos queridísimos, nos equivocaremos siempre, inevitablemente siempre que, en cualquier circunstancia, nuestra confianza en Dios vacile de algún modo. Esto precisamente es lo que un santo sacerdote, un humilde Siervo de Dios nos decía en los primeros días de nuestro sacerdocio, que ya ha alcanzado sus cincuenta años: —«Piénselo bien, lo que más a menudo nos falta es la confianza en la fidelidad de Dios, que es tan verdadera, tan sin límites y sin medida».

Queridísimos hijos, os dejamos con el recuerdo que nos llega desde la tumba del mártir y de las palabras del humilde y buen Siervo de Dios, porque no es solamente una lección útil la que a menudo nos llega con la grande y amarga lección de cosas, con la gran oscuridad del presente y la gran tiniebla del porvenir, sino que se convier-

te también en estos casos en una gran satisfacción y en un gran consuelo. Y, además, debemos añadir que es precisamente esta confianza inmensa, inagotable, elevada hasta la grandeza de un continuo milagro moral, la que ha dejado un día a sus hijos y ahora, puede muy bien decirse, a todo el mundo católico, el Ven. don Juan Bosco. Basta comparar los humildes principios de su obra con los esplendores que ésta nos ofrece hoy; basta reflexionar en las dificultades de todo género, material y moral, por parte de los enemigos y a veces también de los amigos; en las infinitas dificultades que debió superar y después en la magnificencia y en la elegancia del triunfo mundial, aun en vida, para comprender lo mucho que puede la confianza en Dios, la confianza en la fidelidad de Dios, cuando una alma sabe decir verdaderamente: *scio cui credidi*.

Es ésta precisamente la impresión que todavía tenemos viva en el alma y que conseguimos en nuestros años jóvenes con el conocimiento que, por la divina Bondad y disposición, pudimos tener del Ven. Siervo de Dios, un hombre que siempre, entonces y ahora, pareció invencible, insuperable, precisamente porque se apoyaba firmemente, sólidamente en una confianza plena, absoluta en la divina fidelidad.

También hemos señalado la insuperable sabiduría de esta gran Madre y Maestra que es la Iglesia, porque es ella la que viene como Madre benigna, agradecida al hijo que la ha glorificado, a colocar esta gran corona del proclamado martirio sobre la tumba de Cosme de Carboniano; ella, la gran maestra que viene a proponerlo a la admiración e imitación de todos. Es éste un gran honor, un gran gesto de la Iglesia, pero muy real y sapientemente proporcionado a la grandeza del mérito. La Iglesia es sapiente cuando, al tratarse de un mártir, no busca más: *dixi martyrem, satis est*. Una vez reconocido el martirio, no se necesitan milagros, porque basta lo que la miseria humana ha sabido producir, con ayuda de la gracia divina. Y la Iglesia, gloriosa en su sabiduría, se conforma también con esta sobriedad de exigencias que para otros héroes de la santidad, como se acaba de oír para don Bosco, es tan escrupulosa inquisidora, no sólo de la verdad, [113] sino también de las pruebas de la verdad discutida, controlada, demostrada no con alguna certeza, sino con plena y jurídica certeza, y llena también de pruebas. En cambio, ante el martirio, basta la constancia de éste, porque la Iglesia, en su sabiduría, sabe que el martirio es algo grande y extraordinario. Ya se dijo, con palabra verdaderamente digna del genio, que la debilidad humana, y la misma grandeza humana no podría, no podrá jamás hacer un gesto más fastuoso que el de que un pobre hombre se envuelva en la púrpura de la propia sangre y se asiente de este modo como testigo, defensor, campeón de la verdad y de la justicia, de aquella verdad y de aquella justicia que lo juzga todo y lo mide todo y de la que surge el mártir en defensa y confirmación. Este es el magnífico espectáculo que nos da el humilde sacerdote armenio.

Pero se diría que esta Madre santa, la Iglesia, demostrase menos sabiduría al proponer tal grandeza y fastuosidad de cosas a la imitación. ¿Cómo proponer cosas tan grandes y heroicas a la imitación común? Y, sin embargo, la Iglesia sabe, que estos ejemplos son suficientes, en el momento necesario, para suscitar héroes, toda una multitud de héroes, una verdadera multitud de elegidos: palabras que podrían parecer una contradicción de términos, pero que se corresponden perfectamente con la realidad, con aquella realidad, que es una de las pruebas más divinamente espléndidas en la historia de la santidad de la Iglesia.

Pero hay también otra imitación que la sabiduría de la Iglesia Madre sugiere al proponer los mártires a la imitación de los fieles; porque no solamente existe el martirio cruento de la sangre, sino también el martirio incruento; más aún, hay una

infinidad de martirios incruentos a través de diversas condiciones y de los diversos grados de la escala social. Y también aquí hay una bonita palabra de un antiguo Santo y doctor, el cual dice que las *celebrationes martyrum sunt exhortationes martyriorum*, las celebraciones de los mártires son exhortaciones a los martirios.

En efecto, hay almas, hay vidas cristianas que, inflamadas en los ejemplos del martirio, se consagran voluntariamente al precioso martirio incruento, necesario para guardar inviolada la castidad. Está el martirio incruento de muchas almas que voluntariamente, aun cuando se les ofrece todo y tienen todo en sus manos, lo abandonan y renuncian a ello para abrazar las privaciones de la pobreza. Está el martirio incruento de tantas voluntades que, con pleno conocimiento de los propios derechos y de la propia dignidad, renuncian a la propia libertad para sujetarse totalmente, inviolablemente a la obediencia, también cuando ésta anda envuelta entre las nubes de consejos no bien conocidos y que no se pueden comprender bien.

Hay, en fin, muchos, muchísimos otros martirios incruentos, en la sencillez de las casas más humildes y familias cristianas. ¡Cuántos verdaderos mártires encarados para guardar la pureza y la dignidad de las familias! ¡Cuántas luchas, verdaderamente sangrientas en muchas ocasiones, de esa sangre moral, que son las privaciones y las lágrimas, para no adquirir ventajas demasiado caras a costa de la honradez! ¡Cuántos mártires incruentos para mantenerse [114] puros, inmaculados, dignos del nombre de hombres y de cristianos en medio de tan profunda depravación, para conservarse justos en medio de una carrera tan grande y desenfrenada por el dinero, para conservarse humildes, con verdadera y cristiana humildad de espíritu y de corazón en medio de tanta soberbia de vida y tan desenfrenada carrera tras el poder y la pujanza! Y la Iglesia espera el heroísmo del martirio de todos sus hijos, porque ¿quién puede sustraerse a tales martirios incruentos? Porque allí donde hay deberes que cumplir, donde surgen dificultades y obstáculos para el cumplimiento del deber, allí es donde se debe afrontar generosamente el martirio incruento de las almas de un modo digno de la gloria de Dios y de su Iglesia.

Y queremos acabar recordando las finísimas y elegantísimas combinaciones y disposiciones de la divina Providencia. Este humilde mártir, ya tan glorioso, que después de tantas dificultades y contrariedades de los hombres, de los tiempos, de las cosas, viene, por así decir, a la escena de la historia hoy precisamente, viene de la desunión de antaño, a la unión querida, buscada, realizada en la unidad de la Iglesia católica y confirmada con la sangre, viene a decirnos todas estas cosas precisamente en un momento en el que, en toda la Iglesia católica se estudia tanto y con celo superior a todo elogio, por lograr la unidad.

Y también este nuestro antiguo conocimiento con don Bosco y (podemos muy bien decirlo) antigua amistad, aunque Nos estuviéramos en los principios de nuestro sacerdocio y él se encontrase ya próximo a su luminoso ocaso, esta nuestra amistad sacerdotal que nos lo hace revivir en nuestro corazón con toda la alegría, la satisfacción, la edificación de su recuerdo, se reaviva singularmente en estos días y en estas horas, mientras la figura del gran Siervo de Dios se perfila en el horizonte no sólo de todo su país, sino de todo el mundo, precisamente mientras se han registrado sucesos tan particulares y de tan solemne importancia en la historia de la Santa Sede, de la Iglesia, del País.

Porque es bueno recordar, lo que ya hemos recordado con algún conocimiento de causa, que don Bosco fue uno de los primeros y más autorizados y considerados en deplorar lo que sucedía otrora, en deplorar tanta violación de los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede, en deplorar que los que regían entonces la suerte del País

no fueran apartados, tan a menudo de caminos que no se podían recorrer más que pisoteando los más sagrados derechos. Y estaba también don Juan Bosco entre los primeros para implorar de Dios y de los hombres algún posible remedio a tantas dificultades, algún posible arreglo de cosas, de forma que volviese a brillar con el sol de la justicia la serenidad de la paz en los espíritus.

La divina Providencia lo conduce, lo propone a la plenitud de los honores sagrados precisamente en este momento, y la beatificación de don Bosco será la primera que tendremos la satisfacción de proclamar ante el mundo después de la conclusión de los sucesos por él presagiados. Sólo resta dar gracias y admirar. Cuando tenemos que tratar con un Señor tan fiel, con una Providencia tan exquisita y elegantemente generosa en sus disposiciones, ¿qué [115] podemos temer o qué podemos dejar de esperar, confiar con la certeza de ser oídos?

Con estos sentimientos os impartimos la Bendición Apostólica, también para responder a la petición que me ha sido hecha. La impartimos a todos y cada uno de los presentes y a todo lo que cada uno de ellos representa: de un modo particular a la gran familia de don Bosco, a todos sus hijos y a todas sus hijas, a todas sus casas e institutos, tan ampliamente difundidos por el mundo, a través de los cuales bien puede decirse que llega a todo él esta nuestra misma bendición.

Y, además, una bendición verdaderamente paternal y afectuosa para nuestra querida Armenia, para todos los queridos hijos armenios, doquiera les haya dispersado la tormenta, la tempestad sangrienta de la guerra: una bendición llena de deseo paterno, pastoral, de ver finalmente aliviados y consolados de sus muchas penas, sacrificios y sangre a tan queridísimos hijos, y también (como el venerable mártir tan bellamente nos lo augura) de ver volver los disidentes al rebaño y cumplirse en ellos, en el día por él señalado, el deseo y la profecía del divino Pastor, en que se hará un solo rebaño y un solo pastor. Esta bendición que damos a toda Armenia, vaya dirigida ante todo a la venerada jerarquía, a los Obispos, a los sacerdotes, doquiera se encuentren con sus fieles. Es una bendición llena de paternal admiración y elogio, como conviene a todas esas cosas grandes y preciosas que se recuerdan en el honor que hoy se tributa al santo mártir armenio.

La bendición apostólica, que puso término a la ceremonia, cerró también definitivamente la Causa de la beatificación de don Bosco.

CAPITULO VII

SOLEMNE RECONOCIMIENTO DE LOS RESTOS

EL cuerpo de don Bosco era ya una reliquia sagrada; pero la Iglesia, que venera las reliquias de los Santos, no permite que se les preste ningún acto de culto hasta haber comprobado si un determinado cuerpo y cada una de sus partes pertenecieron ciertamente a la persona a la que se atribuyen. Y, por esto, ordena su reconocimiento canónico solemne. Este reconocimiento de los restos de don Bosco se comenzó el 16 de mayo de 1929 en el colegio salesiano de Valsálce, donde se guardaba la tumba del Venerable desde hacía más de cuarenta y un años.

Preparóse todo, de acuerdo con los sagrados cánones. La Sagrada Congregación de Ritos, acogiendo la correspondiente instancia de don Francisco Tomasetti, Postulador de la Causa, acordó, por decreto del veintisiete de abril, al cardenal Gamba, arzobispo de Turín, las facultades necesarias, para que personalmente o por delegación en un sacerdote constituido en dignidad eclesiástica, procediese a los actos del reconocimiento. Acudió a presentarle el texto del decreto desde Roma, el mismo Postulador. Le acompañaba monseñor Salotti, Promotor de la Fe, a quien correspondía impartir las instrucciones oportunas y vigilar para que todo se cumpliese de acuerdo con las normas prescritas. Su Eminencia quiso ejecutar el mandato personalmente, con asistencia de los dos canónigos Desecondi y Maritano, respectivamente subpromotor de la Fe y canciller en el proceso apostólico.

[117] Todos los personajes nombrados, más tres médicos y dos testigos, se reunieron el dieciséis de mayo por la tarde en el aula magna del colegio. Allí, el Promotor de la Fe invitó primeramente al Cardenal y a los dos Canónigos a jurar que cumplirían a conciencia el encargo recibido. Análogo juramento prestaron después al Cardenal los doctores Peynetti, Rocca y Filippello, llamados como peritos anatomistas. A continuación, el Promotor de la Fe mandó que se adelantarán los sacerdotes salesianos don Segundo Manione y don Melchor Marocco, para atestiguar, previo juramento, si los restos de don Bosco habían sido removidos del lugar donde habían sido depositados en

1888; cuándo y cómo, y si, después de las eventuales remociones, habían sido restituidos al mismo lugar. Su testimonio, fundado en el conocimiento directo y personal de la causa, tendía a evitar cualquier duda sobre la identidad de los mismos restos. Se presentaron, además, como *testes instrumentarii*, destinados a declarar como testigos la normalidad de los hechos, el Ecónomo general de los Salesianos, don Fidel Giraudi, y el sacerdote salesiano don Alberto De Agostini¹, los cuales a su vez juraron cumplir fielmente su encargo. Finalmente, con el consentimiento del Promotor de la Fe, se designaron dos Hijas de María Auxiliadora como ayudantes para la extracción y recomposición de los venerados despojos; también a ellas se les pidió el juramento de querer cumplir exactamente el propio deber. Terminadas estas diligencias preliminares y extendida el acta, Su Eminencia, junto con el Promotor de la Fe y los antes dichos, salió del aula y se dirigió a la cripta sepulcral.

Allí les esperaban las autoridades e invitados. Sobresalía por encima de todos la alta y distinguida figura del Conde Thaon de Revel, alcalde de Turín. Le hacían corona el Conde Rebaudengo, Presidente general de los Cooperadores Salesianos, los representantes del Clero, del Secretario Federal, de la Magistratura y de las comisiones civiles, con bastantes médicos. Las Superiores de las Hijas de María Auxiliadora formaban grupo aparte. A los lados de la tumba formaban en hilera los primeros Superiores Salesianos, con el Rector Mayor don Felipe Rinaldi a la cabeza. En el patio estaban formados muchos Salesianos, los estudiantes universitarios del colegio [118] y alumnos de otros colegios. Aunque no se había hecho ninguna publicidad del acto, la noticia había corrido y un discreto número de público había logrado introducirse.

Cuando llegó el Cardenal con su séquito, ya monseñor Salotti había ordenado que se quitara, ante sus ojos, la monumental lápida que adornaba el nicho, de manera que fue labor de pocos instantes romper la pared posterior y dejar al descubierto el ataúd allí encerrado. Con el más religioso silencio y general emoción, fue sacado fuera con una ligera y rápida maniobra y colocado sobre una mesa, donde todos lo podían ver. Siguiendo el ejemplo del Rector Mayor, el Cardenal, el Alcalde y los personajes más ilustres de entre los asistentes, se acercaron e imprimieron en él un beso de reverente y afectuosa admiración.

Inmediatamente seis sacerdotes salesianos, revestidos de roquete,

¹ Era, a la sazón, catequista del Colegio de Valsálce. (*N. del T.*).

tomaron a hombros la dulce carga y, precedidos de unas largas filas de clérigos, con antorchas encendidas en la mano, recitando salmos del Oficio de los Santos Confesores, y, seguidos del cortejo de las personalidades, en medio de la devota actitud de los presentes, apiñados a lo largo del paso procesional, transportaron la caja a un salón, adornado con brocados, flores y verdes frondas. En la pared del fondo sonreía la imagen de don Bosco en la reproducción de un cuadro de Rollini. En el centro había una gran mesa sobre la que se colocó el féretro. Una vez que las autoridades y personas invitadas acabaron de entrar, cerraron las puertas y empezaron los trabajos.

Mientras tanto sucedíanse fuera episodios conmovedores y graciosos. Lo mismo que en las Catacumbas romanas se detienen los peregrinos junto a los nichos abiertos de los primeros cristianos, sin espar-tarse a la vista de los restos fúnebres, sino, por el contrario, experimentando arrebatos de ternura, así también ante el sepulcro vacío que, durante ocho lustros, había guardado en su interior los restos de don Bosco, la multitud miraba visiblemente absorta en suaves pensamientos. Madres hubo que metían dentro a sus hijitos enfermos, con la esperanza de que don Bosco quisiera obtenerles la curación. Un muchacho [119] ciego gritaba:

—Don Bosco, ¡haz que yo vea!

Piadosamente iban desapareciendo los ladrillos y cascotes, caídos al pie del muro demolido. Un muchacho se agarró al borde de la abertura, se metió dentro, se tendió a lo largo y dijo:

—Yo hago de don Bosco.

Su gesto fue imitado inmediatamente; hubo tras él otros muchachos que quisieron a porfía, como ellos decían, *hacer de don Bosco*. Y no tardaron en ir llegando los alumnos de los colegios de Turín para rezar junto a la tumba santificada por el gran amigo de la juventud.

Eran muchos los que envidiaban la suerte de los privilegiados, admitidos en la sala de reconocimiento y se agolpaban bajo las ventanas con la esperanza de poder venerar pronto y de cerca los restos mortales del Santo; pero no eran más que ilusiones; ignoraban que las cosas durarían su tiempo.

Monseñor Salotti, con su oratoria elocuente, su emotivo temperamento y convencido admirador que era de don Bosco, quiso, antes de que se descubriese la caja en la sala, tomar la palabra, y pronunció un breve y afectuosísimo discurso, que empezó de esta manera:

«Ayer por la tarde tuve el honor de ser recibido por el Padre Santo. —Vaya en buena hora a Turín, me dijo el Papa, y asegure al cardenal Gamba nuestra satisfacción por la solemnidad con que ha

querido celebrar en la ciudad de don Bosco nuestro jubileo sacerdotal; diga a la familia salesiana que Nos participamos de su gozo, que su alegría es nuestra alegría».

Y, después de esta doble comunicación, dijo que estaba conmovido al acercarse la apertura del ataúd que encerraba los restos mortales de aquel que había dejado tan grandes huellas de su persona en la sociedad moderna, fascinando a su generación y a las que vendrían tras él y perpetuando su nombre por los siglos. «Hay que remontarse, añadió, a los tiempos en que inició su benéfica obra y entender la mentalidad de sus contemporáneos para encuadrar en su realidad toda la importancia y toda la dificultad. Hubo incluso prelados, que se espantaron de la obra que estaba iniciando el pobre sacerdote llegado de la región astesana, y hombres muy distinguidos que, [120] como el Marqués de Cavour, padre del sostenedor de la unidad italiana, no escondieron sus vivas preocupaciones: los golfillos reunidos y tan cuidados por don Bosco, fueron definidos como gente del hampa, destinados a crear, en un mañana temido y próximo, un movimiento, que sería perturbador y crearía dificultades. En cambio don Bosco haría con aquellos golfillos, como lo hizo, muchos buenos italianos y buenos obreros y crearía en medio de ellos nuevos surcos en la vida de vuestro Piamonte, de toda Italia, formando hombres que después alcanzaron las más altas jerarquías de la Iglesia, del ejército, de la diplomacia, de la política, de la magistratura. También vos, Eminencia, hubierais sido su presa, de no haber tenido que pensar en aquel ángel de bondad que estaba a vuestro lado: ¡vuestra madre!».

Siguió afirmando el orador que la ceremonia del reconocimiento de los restos era un rito que se cumplía con fe. «Todavía no sabemos, observó, en qué condiciones se encuentra su cuerpo. Huesos o sencillamente cenizas, nos representarán al hombre de Dios que vivió el Evangelio y supo dirigir al bien todas las contingencias de la vida».

Finalmente, como Promotor General de la Fe, intimó a todos los presentes, que no podían tocar, arrancar o juntar nada, bajo pena de excomunión.

Cuando acabó de hablar, *elaboratis verbis et magna cum cordis emotione* (con palabras espontáneas y toda la emoción del corazón), como rezan las actas, ordenó al Canónigo Canciller que leyera las actas del reconocimiento y sepultura realizados respectivamente los días 13 y 15 de octubre de 1917. A continuación, desatornillada la primera caja y levantada la cubierta, apareció la segunda cobertura y envoltura de cintas anudadas y provistas de sellos. Su Eminencia comprobó que eran los sellos del cardenal Richelmy, su predecesor,

puestos en 1917, y los rompió. Entonces avanzaron todos los presentes para ver más de cerca el cuerpo que estaba a punto de aparecer ante sus ojos. Se destapó la segunda caja y ¡apareció lo que quedaba del gran don Bosco! La impresión general fue dolorosa: no se veía nada excepcional en los restos. El tiempo y los agentes químicos los habían [121] deshecho. Todos contemplaban conmovidos y en silencio los restos del glorioso Siervo de Dios, buscando reconstruir en la memoria sus amables y queridas facciones. Después, el Arzobispo y las Autoridades abandonaron el salón y cedieron el paso a los médicos.

Pero la labor de los médicos se retrasó, porque la multitud irrumpió inmediatamente dentro. Los clérigos salesianos contuvieron rápidamente la avalancha, regulando la entrada. Centenares de personas, del pueblo y del señorío, viejos y jóvenes, enfermos y sanos desfilaron en medio de exclamaciones, oraciones y tocando con su mano el féretro. Allí cerca estaban las dos beneficiadas por el milagro: lloraban y parecían dos seres misteriosos, llegados del más allá, para rendir testimonio a la santidad, que había animado aquellos miembros en otro tiempo.

Una vez que cesó la afluencia de la gente, se volvieron a cerrar las cajas y fueron transportadas a otro salón junto a la capilla del colegio, donde podrían los médicos, por fin, comenzar su trabajo. Pero, como ya era muy tarde, se decidió dejar para el día siguiente el principio de las operaciones; así que, un vez comprobado que no se podía entrar por ninguna apertura desde el exterior, salieron todos. Entonces el Canciller, delante del subpromotor de la Fe y de los testigos instrumentales, puso en la puerta los sellos arzobispaes.

De aquí en adelante pasaremos por encima de otras formalidades semejantes, prescritas por los sagrados cánones a fin de que en todo caso no haya violaciones.

Al día siguiente, desde las primeras horas de la mañana, se iba animando cada vez más el camino que cruza el Po y llega al torrente de los Sauces (Valsállice), y costeándolo conduce al Colegio: eran grupos de gente del pueblo, obreros sobre todo, que acudían llevados por el ansia de *ver a don Bosco*. Era algo conmovedor ver a tantos trabajadores que, para tener tiempo de lograr aquella satisfacción, se adelantaban a la jornada y hacían allí su almuerzo. La afluencia creció en las horas siguientes: el amplio patio del colegio se llenaba de seglares y eclesiásticos, hombres y mujeres que esperaban pacientemente su turno. Ya que, [122] queriendo los Superiores contentar a la gente, habían obtenido que se adelantara la hora de levantar los sellos y permi-

tir la entrada. Pero a las diez, el salón debía estar libre y cerrado para todos, salvo para los médicos y las autoridades eclesiásticas, a fin de empezar las operaciones del reconocimiento.

La peregrinación continuó durante todo el día y se redobló al día siguiente. De nuevo pudieron los fieles, aunque por pocas horas, acercarse al féretro; la mayor parte debió conformarse con visitar el lugar de la sepultura y la capilla superior de la Piedad. El día dieciocho comunicaba la prensa la siguiente noticia: «La dirección general de los Salesianos, conmovida ante el plebiscito de afecto que la multitud de devotos ha manifestado por los restos de don Bosco, da las gracias con profundo reconocimiento, pero debe advertir absoluta y dolorosamente, que quedan suspendidas las visitas. Dará a conocer posteriormente, cuándo podrá ser satisfecho el piadoso deseo».

Pero ni esto logró detener a los turineses y forasteros, que se amontonaban en el patio, se esparcían bajo los soportales y rezaban ante la tumba vacía. Empezaron después a llegar los alumnos de diversos grupos escolares de la ciudad. Llegaban también flores en abundancia hasta convertir el lugar en un jardín.

Los médicos debían realizar tres operaciones: librar el cadáver de toda la indumentaria que le envolvía, proceder al examen de la certidumbre y proveer a la conservación del esqueleto. El féretro, en su complejo, dio inmediatamente y a primera vista la impresión precisa de que, salvo la consunción natural causada con el tiempo, no había sufrido violación o fractura de ningún género, e importaba certificarlo ante todo.

Damos una sumaria descripción del trabajo realizado.

Los ornamentos sacerdotales cubrían todo el cuerpo. Los pies estaban dentro de los zapatos, consumidos y abiertos en la puntera por la maceración de la sutura. Junto a la cabeza estaba [123] el bonete. Sobre el pecho reposaba un crucifijo de madera con el Cristo de metal oxidado y el escapulario de María Auxiliadora. Al lado había también otro escapulario de Nuestra Señora del Carmen. Los médicos separaron primeramente los residuos diversos de alrededor, los cuales fueron diligentemente recogidos en urnas de cristal apropiadas y con tapadera. A continuación empezaron a separar poco a poco el alba, el cuello, la sotana y lo restante, colocándolo todo en recipientes mayores de cristal. En otras urnas más pequeñas se encerraron a continuación las partes blandas *ex carnibus* y *ex ossibus*. Todo ello constituiría después buen material para formar reliquias, a cuyo fin ya tenía preparadas el Ecónomo general millares de pequeños relicarios. Mientras tanto los médicos habían sacado a la luz, aislado, el cuerpo, que,

elevado y libre de las partes de ropas que se habían quedado adheridas al dorso, fue colocado sobre una mesa quirúrgica, situada junto al ataúd.

Los venerados despojos se presentaban en estas condiciones.

El esqueleto estaba anatómicamente completo; con los huesos secos, compactos y situados en su natural posición; las articulaciones unidas por sus ligamentos y las partes blandas conservadas. El tegumento cutáneo de la cabeza, reseco por el proceso de momificación, revestía completamente los huesos del cráneo y de la cara, cuya forma se conservaba bien, gracias a la unión de la mandíbula que se mantenía: tenía casi todo el cabello. El tórax tenía muchas partes momificadas, de forma que las costillas y la columna vertebral constituían un conjunto compacto, mientras en las cavidades se encontraron restos resecos de los órganos internos. A continuación de las partes blandas del dorso y de los lomos, estaban también en buen estado las que ceñían y mantenían unidos los huesos de la pelvis, a la que se veían anexos los dos fémures, abundantemente envueltos por músculos momificados. También estaba bien conservado el esqueleto de las piernas y los pies, en sus relaciones con el resto del cuerpo, a pesar de la falta de las partes blandas. Los sanitarios cerraron una de sus relaciones con una declaración en la que hacían notar: «Los médicos abajo firmantes [124] pueden declarar que el cadáver del Venerable don Bosco está en su conjunto bien conservado y a satisfacción de todos los devotos y admiradores del gran Apóstol de la juventud y del pueblo; y añaden que, entre los diversos órganos, está particularmente bien conservada la lengua».

¡La lengua de don Bosco! Era natural que pareciera poderse descubrir en su conservación algo simbólico, destinado a glorificar aquel don de la palabra que fue instrumento efficacísimo en el Siervo de Dios durante toda su vida, para hacer el bien desde el púlpito, en el confesonario, entre los muros de su habitacioncita, durante los viajes y en los primeros decenios de su apostolado juvenil hasta en el patio del Oratorio de Valdocco. La lengua de don Bosco no había vibrado más que para alabar a Dios y aportar al prójimo enseñanzas, consejos, alientos. Las palabras formadas por aquella lengua fueron luz para las mentes, paz para los corazones, mística elevación para los espíritus, invitación a la conversión, estímulo para perseverar, alivio para los males de su vida, salvación eterna para innumerables almas.

El Postulador de la Causa, don Francisco Tomasetti, en nombre de los Superiores Salesianos, manifestó el deseo de que se estudiase la manera de conservar, lo mejor que fuera posible, aquellos restos pre-

ciosos. Los médicos, secundando tal deseo, llamaron, con el consentimiento del Promotor de la Fe, al doctor Jorge Canuto, profesor de la Universidad de Turín, el cual, después de prestar el juramento normal, se dispuso a la operación. Ayudado por ellos, envolvió los restos en un vendaje, impregnado hasta la saturación, en una preparación gelatinosa aromática, proceso de conservación que requirió tiempo. Lo ejecutaron de manera que el tronco, la pelvis y las costillas se mantuvieran en un solo cuerpo; las otras partes separadas fueron protegidas con una solución y barniz alcohólico de laca o goma de benjuí. Es éste un preparado que sirve para asegurar perennemente la conservación.

Se sacaron algunas partes para hacer reliquias, y llevar unas a Roma, según costumbre, y entregar las otras [125] a los Superiores Salesianos. Las primeras estaban destinadas a preciosos relicarios, que se debían ofrecer al Padre Santo después de la beatificación, a los Cardenales y a las Sagradas Congregaciones; las otras, confiadas a don Felipe Rinaldi, y encerradas también en relicarios, serían después distribuidas a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora, a los Arzobispos y Obispos, a las iglesias públicas y privadas y a los bienhechores insignes de las obras de don Bosco. Entre las reliquias entregadas por Mons. Salotti a don Felipe Rinaldi se destacaban la lengua y el pulmón derecho, el único no consunto. El mismo Rector Mayor recibió, además, ciento veintiocho gramos de sustancia cerebral reseca, que los médicos habían extraído de la cabeza por el gran hueco del occipucio. Después de la beatificación, don Felipe Rinaldi repartió en porcioncitas aquella materia, en otros tantos frasquitos de cristal, que fueron colocados en ricos relicarios y distribuidos a los Inspectores Salesianos e Inspectoras de las Hijas de María Auxiliadora.

Los repetidos avisos de los periódicos sobre la suspensión de visitas a los restos obtuvieron un efecto contrario al que se quería. Ya fuera porque no se prestase fe a ellos, ya fuera porque se esperase vencer la consigna, el hecho es que la gente llegaba, de la mañana a la noche, y cada vez en mayor número. Había que dar una satisfacción a aquellas esforzadas personas, que no sabían resignarse a volver a casa desilusionadas: en consecuencia, se recurrió al expediente de hacer tocar en la cabeza de don Bosco los objetos religiosos y también ropas de los enfermos, que esperaban, con fe en el nuevo Beato, la curación de sus males.

Acabados los trabajos descritos, los médicos prepararon el esqueleto para vestirlo. Las ropas debían tocar directamente el esqueleto, por lo que éste fue colocado o fijado con aparatos especiales ortopédicos

sobre una camita de terciopelo carmesí con franjas de oro, donativo de la familia Boggio. Pero, como el trabajo de vestirlo era largo y ya se estaba en el veintitrés de mayo, pareció oportuno suspenderlo unos días, hasta que pasara la fiesta de María Auxiliadora.

[126] La circunstancia de la fiesta, que condujo aquel año a Valdocco una multitud superior a la acostumbrada, aumentó también extraordinariamente la afluencia a Valsállice. La víspera hubo seis sacerdotes y dos religiosas, desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, tomando en manos de los visitantes rosarios, medallas, crucifijos y prendas de vestir, para tocar el cuerpo del Beato y devolverlas. Poco después pudieron visitarlo los profesores y alumnos del Colegio. ¡Con qué efusión besaban ellos su mano y su cabeza! Aleteaba por el salón un espíritu sagrado, que infundía recogimiento e inducía a meditar. Una gran cantidad de flores adornaba y perfumaba el ambiente; numerosas coronas variadísimas circundaban los sagrados restos.

Esta visita ocasionó que se corriese la voz de que los restos de don Bosco o, como más sencillamente se decía, que don Bosco estaba visible. La noticia corrió por las colinas de los alrededores y los campesinos bajaron en grupos desde sus alquerías; corrióse también por la ciudad, y empezaron a llegar automóviles, que, abriéndose paso entre la multitud, penetraban en el patio o se paraban en cola a lo largo de la carretera. Al atardecer, llegó a ser tan grande la multitud que tuvieron que intervenir los guardias municipales del puesto vecino para organizar el movimiento. Los Superiores Salesianos, impresionados ante aquel sincero y fervoroso entusiasmo, decidieron satisfacer los comunes deseos, y empezó el desfile. En aquella compacta mezcla de personas de toda clase sucedíanse manifestaciones de piedad que arrancaban las lágrimas.

El día solemne de la fiesta de María Auxiliadora no cesó ni un momento el concurso de visitantes, desde las primeras horas de la mañana hasta muy avanzada la tarde; un cálculo aproximado elevó a veinte mil el número de visitantes. El Ecónomo General, don Fidel Giraudi, que superdirigía todas las actividades de Valsállice en aquellos días, al ver tanta muchedumbre deseosa de venerar las reliquias del Beato, no tuvo corazón para despedirla sin darla gusto; así que organizó un servicio de orden y, con la autorización de los responsables de la tutela canónica, volvió a abrir por algún tiempo [127] las puertas del salón, que parecía transformado en un invernadero de flores olorosas.

Cuando Dios quiso, se realizó el acto de colocar al esqueleto las vestiduras. Pusiéronle todos los ornamentos sacerdotales del altar.

Descansaba sobre un rico y largo colchón de terciopelo, adornado con bordados realizados por las Hermanas. Las huérfanas de guerra habían hecho las medias en seda negra, ya que los médicos quisieron absolutamente que se excluyera la lana en todos los indumentos para preservarlos de la acción de la polilla. Las escuelas profesionales del Oratorio de Valdocco hicieron los zapatos y la sotana. Un rico amito con bordados simbólicos y un bellissimo centro cruzado era el donativo enviado por las Madres Superiores de las Hijas de María Auxiliadora. El alba, de encaje verdadero de Bruselas, recordaba la profunda veneración que constantemente guardó a don Bosco la condesita Mazé de la Roche, sobrina del arzobispo Gastaldi. La casulla, con su correspondiente estola y manípulo, era de inestimable valor. La había regalado el Sumo Pontífice Benedicto XV al Rector Mayor don Pablo Albera el año 1918, al celebrar su jubileo sacerdotal el segundo sucesor de don Bosco. El velo del cáliz, que hacía juego con la casulla, había servido para confeccionar la segunda almohada que debía sostener la cabeza.

Así revestido el cadáver, se colocó dentro de una urna, toda ella de tersísimo cristal, que más tarde debería estar dentro de otra, en madera dorada, artístico trabajo de la escuela profesional salesiana de S. Benigno Canavese. A la cabeza se le había aplicado la mascarilla modelada por el escultor Cellini, autor del monumento a don Bosco, que se levanta en la plaza de María Auxiliadora, y pintada por el pintor Carlos Cussetti.

A cuantos miraban les pareció volver a ver la suavísima fisonomía del Padre querido, plácidamente dormido, con las manos juntas sobre el pecho, modeladas también por Cellini.

Durante los días siguientes, animóse todavía más la concurrencia de la gente en Valsálice. Nunca se había visto por aquella carretera, al decir de los más viejos, un movimiento tan incesante y apremiante de gente durante tanto tiempo. [128] En torno a la urna se percibía una oración continua. Sobre las hojas de vidrio que guardaban el cuerpo, muchos ponían por un instante rosarios y estampas. Algunos enfermos se arrastraban hasta allí y lograban poder detenerse, más tiempo que los otros, junto a la urna, invocando y esperando. Desfilaban los alumnos de centros educativos y de caridad. Un día llegó un pelotón de fascistas. Los intrépidos jóvenes colocaron sobre la urna un magnífico ramo de flores y pasaron besando el cristal y llevándose, como recuerdo, las flores marchitas que encontraban por uno y otro lado amontonadas en los rincones. Pasaron después las Pequeñas Italianas y los Balilas, en diversos grupos. Verdaderamente aquella veneración

pública resultaba un poco prematura; pero nadie la había previsto, ya no se podía cortar la corriente, y el Promotor de la Fe cerró sus dos ojos.

Mientras tanto, según se iba acercando la fecha de la beatificación, las comitivas de peregrinos extranjeros que se dirigían a Roma, se detenían en Turín de tren a tren; cuando podían, llegaban a Valdocco, donde se oían los saludos y voces alegres en distintos idiomas, y muchos subían hasta Valsállice. Todos los días salían para Roma Salesianos, procedentes de los Estados de ambos mundos y de los países de misiones. Eran en su mayoría Inspectores y Delegados de todas las inspectorías, llegados a Italia para tomar parte en el Capítulo General de la Sociedad Salesiana, que debía celebrarse en Valsállice en el mes de julio. Durante el viaje a la ciudad eterna se encontraban con grupos de jóvenes, enviados a representar a sus compañeros desde cientos de colegios y oratorios festivos; sólo la Casa Madre de Turín envió doscientos cincuenta alumnos internos y ciento veinticinco oratorianos. Entre los Salesianos que se veían en Roma llamaban la atención los Prefectos, Vicarios Apostólicos y Obispos residenciales de Italia, de América y de las Indias. El Cardenal Salesiano Augusto Hlond, arzobispo de Gniezno y Poznam y Primado de Polonia, fue por avión desde su sede y aterrizó en el campo de aviación junto a Roma. Ningún Príncipe de la Iglesia había [129] hecho nunca un vuelo tan largo. Los amigos romanos tributaron un jubiloso recibimiento a don Felipe Rinaldi, tercer sucesor del Beato. La atención universal se dirigía a Roma, cuya prensa se ocupaba ampliamente de la próxima beatificación, atribuyéndola un carácter de importancia mundial.

Dejamos, pues, que el peregrinar de los devotos a Valsállice prosiga con ritmo ininterrumpido hasta su triunfal traslado, y nos vamos también nosotros a la capital del mundo católico, para ver las cosas más notables que precedieron, acompañaron y siguieron al glorioso suceso.

CAPITULO VIII

LA BEATIFICACION EN ROMA

EN el mes de septiembre del año 1927 recibía en audiencia el Padre Santo Pío XI al salesiano monseñor Enrique Mourao, obispo de Campos (Brasil), y le decía que sería un gran placer para él, si coincidiese la beatificación de don Bosco con su jubileo sacerdotal ¹. Y quiso la Providencia que aquel año jubilar fuese alegrado con dos sucesos. Uno precisamente la beatificación de don Bosco y otro, la Conciliación del Estado Italiano con la Santa Sede. Estos dos sucesos no tenían ninguna íntima trabazón entre sí ²; pero el primero habría revestido por sí mismo el carácter de un verdadero suceso italiano y mundial. Lo que a muchos hubiera parecido la víspera algo casi increíble, resultó una luminosa realidad el 2 de junio de 1929. Exponemos ordenada y sintéticamente las cosas.

Antes de la Beatificación

Hervían en Turín los preparativos acomodados a la ocasión, que se presagiaba de grandiosidad excepcional; pero [131] hablaremos de Turín en el capítulo siguiente. Aquí solamente diremos lo que guarda relación con la celebración romana. Era fácilmente previsible en los ambientes turineses que los Cooperadores, amigos y exalumnos piamenteses se trasladarían en gran número a Roma; en consecuencia se organizó una comisión, a la que pudieran dirigirse los peregrinos para informaciones sobre el viaje y alojamiento, lo mismo que para los permisos a los obreros.

Se acuñó un distintivo especial para los peregrinos, que debían llevarlo prendido sobre el pecho, de modo que, doquiera se encontrasen, les resultara fácil reconocerse. El Delegado Provincial de estudios

¹ Carta de Monseñor a don Felipe Rinaldi. Campos, 26 de enero de 1929.

² Publicóse por los Salesianos en Roma un Número Unico, el 2 de junio de 1929, sobre *Don Bosco y la Conciliación*, el cual contenía un artículo importante, original del marqués Felipe Crispolti, Senador del Reino (Ap., Doc. 11).

para la región piamontesa, Humberto Renda, en una circular del trece de marzo a los ayuntamientos, a los Directores de centros de Enseñanza Media de todo orden y grado, a los Reales Inspectores escolásticos y a los Directores didácticos había comunicado oficialmente la próxima elevación al honor de los altares del Venerable don Bosco y, haciendo notar sus méritos en el campo educativo de la juventud, disponía que, antes de las vacaciones de Pascua, se recordase expresamente en todas las escuelas al amigo y maestro de los muchachos. En las escuelas elementales debía hacerse una conmemoración por el maestro de la clase, en los centros de enseñanza media por el profesor de literatura de cada curso, en las escuelas de magisterio por el profesor de filosofía. El Delegado provincial hizo todavía más. Para animar a los docentes que dependían de él a ir a Roma, los autorizó para aprovechar el permiso de una semana durante las fiestas romanas.

Como ya se acercara la fecha de la beatificación, el cardenal Gamba, arzobispo de Turín, dirigió al clero de la archidiócesis una carta, en la que escribía: «Un suceso tan fausto será recibido con la mayor alegría, no sólo por la gran Familia Salesiana, que ve elevado al honor de los altares a su Fundador, sino también por todo Piamonte, y diría que por todo el mundo católico, ya que en todas partes son conocidas las virtudes heroicas, la santidad y los infinitos méritos de este ilustre sacerdote turinés».

Ordenaba, pues, que el domingo, dos de junio, tocasen a fiesta las campanas en todas las parroquias [132] hacia el mediodía para comunicar a los fieles la llegada de la beatificación y que, por la tarde, previo aviso al pueblo, se cantase el *Te Deum*; además, que, al siguiente domingo a la misma hora, se repitiese el toque festivo de campanas para celebrar el solemne traslado del cuerpo.

El cardenal Gamba, que fue alumno del Oratorio de Valdocco, conservaba sumo afecto a la memoria de don Bosco, de quien hablaba siempre con sincero y fervoroso entusiasmo. ¿Acaso no quiso unirse a los portantes del féretro, desde el nicho hasta la terraza superior, aplicando sus manos para sostener el ataúd? El Santo, a quien no habían escapado las bellas dotes del jovencito, habría deseado hacerlo uno de los suyos; pero, vista la necesidad de no dejar sola en el mundo a su madre viuda, no puso obstáculos al plan de ingresar en el seminario arzobispal, limitándose únicamente a decirle que, cuando ya no tuviese que pensar en la mamá, volviese al Oratorio, donde le recibiría con mucho gusto. Pero sucedió que, cuando la madre voló al paraíso, el hijo ya era Obispo de Biella. Naturalmente también él partió para Roma.

Durante tres días se volcaron sobre Roma millares de peregrinos. Las dos familias mundiales del nuevo Beato enviaban representaciones de todas las naciones, la una con sus obispos, sus sacerdotes y sus alumnos, y la otra con sus monjas y sus alumnas. Los Directores diocesanos de los Cooperadores también habían organizado peregrinaciones con los miembros de la Pía Unión. El colegio del Sagrado Corazón se había convertido en un puerto de mar. A él iban, como a lugar de encuentro y punto de orientación, los recién llegados. El Inspector don Juan Simonetti y el Director don Luis Colombo, previendo el extraordinario concurso, habían sabido preparar a tiempo todo lo que parecía podían exigir las circunstancias. En consecuencia, habían organizado una Comisión de exalumnos, la cual se dedicó con verdadera diligencia a asegurar los convenientes alojamientos, atender la correspondencia, resolver las gestiones de todo género; por ello se mantenía en sesión permanente para satisfacer todas las peticiones. En el Colegio [133] se recibía solemnemente a los grupos diocesanos de Italia y de los nacionales del extranjero. Resultaban singularmente simpáticas las recepciones de los colegios y oratorios salesianos. Llegaron éstas hasta treinta y dos, cinco de las cuales con su propia banda de música. Ellas ocasionaban fraternales manifestaciones de alegría con los alumnos del Colegio, manifestaciones que fueron más vivas cuando llegaron los doscientos cincuenta muchachos del Oratorio de Turín, representantes de la Casa que fue cuna y centro de la Obra de don Bosco. Muchísimas familias romanas se tuvieron por muy honradas ofreciendo cortés hospedaje a Prelados y otras personas de respeto ante la más simple invitación. Por el patio y los pórticos del Colegio se mezclaban fraternalmente con los italianos los peregrinos franceses, ingleses, polacos, españoles, americanos, bajo el gran nombre de don Bosco.

La víspera de la beatificación dignóse el Padre Santo honrar a la peregrinación piemontesa recibéndola en audiencia especial. Casi fueron las primeras vísperas de la fiesta. Eran más de tres mil los paisanos de don Bosco que, aquella tarde del primero de junio, subieron la escalinata del Vaticano y se colocaron a lo largo de la primera galería, en las salas Ducal y Borgia y el aula de la Bendición. Estaban allí el Obispo Auxiliar de Turín, monseñor Pinardi, y los Ordinarios Spandre de Asti, Filippello de Ivrea, Rossi de Susa, Travaini de Cúneo y Fossano. Seguíanles trescientos sacerdotes y distinguidos señores de la aristocracia piemontesa; después todo el grupo de peregrinos.

Descendió el Padre Santo de sus apartamentos, acompañado por

el cardenal Gamba. Pasó dando a besar la mano, como una visión, entre aclamaciones, aplausos y cánticos. Al llegar al aula de la Bendición, en la cual se reunieron todos los peregrinos, sentóse en el trono y escuchó el breve y devoto discurso de felicitación por el jubileo y de homenaje filial, que le dirigió el Cardenal Arzobispo. Su Eminencia expresó con el corazón en la mano los sentimientos comunes de afecto y admiración al Padre Santo, diciendo cómo los peregrinos llegados de Turín [134] y del Piamonte, no solamente pretendían honrar al Venerable don Bosco elevado al honor de los altares, sino también demostrar su profunda devoción al Papa y presentarle sus felicitaciones en el quinquagésimo año de sacerdocio, después de haber rogado por El en la visita jubilar a la basílica vaticana. El Padre Santo respondió:

Damos nuestra cordial y paternal bienvenida a los amados hijos, a los queridos sacerdotes de Dios, a nuestros Venerables Hermanos en el episcopado, al Eminentísimo Cardenal, a todos vosotros que venís del querido Piamonte, fuerte y fiel; fiel en la Santa Religión de los padres, fiel en la vida fuertemente cristiana; a vosotros que venís tan llenos de piadosos sentimientos. El Eminentísimo Cardenal, como intérprete vuestro ha revestido la presentación de pastoral afecto; pero Nos hemos visto con nuestros ojos vuestros sentimientos al observarlos, y aunque rápidamente, nos ha acercado a cada uno de vosotros para conocerlos personalmente. Hemos oído en vuestras aclamaciones y aplausos estos sentimientos y, por consiguiente, una vez más os damos todavía la paternal bienvenida.

Esta peregrinación nos resulta doblemente piadosa. Piadosa, ante todo, por vuestra piedad verdadera y religiosa, inspirada en la fe de vuestro y nuestro don Bosco, que el Señor nos concedió la gracia de conocer y pasar algún día a su lado, y ahora nos concede la de elevarlo al honor de los altares: y los peregrinos piamonteses han venido a traer a este nuevo altar las primicias del mundo entero, porque doquiera es conocido don Bosco, también es conocida su obra.

Y os ha conducido otra piedad, que es la piedad de vuestras almas, piedad la más importante, porque ante todo importa salvar las almas y, antes que ninguna, la propia; salvando el alma propia se podrá salvar la de los demás, ya que nadie puede dar lo que no tiene.

Los queridos peregrinos han llegado también para enriquecerse con los tesoros del Jubileo, y han venido a buscarlos en la fuente, en el centro de la antigua madre; y Nos sabemos muy bien cómo lo hacen y con qué edificación. Os agradecemos por tanto y con vosotros damos las gracias a los sacerdotes organizadores, los cuales, después de haberos preparado, os acompañan con vuestro Cardenal Arzobispo a la cabeza, dando un verdadero ejemplo de edificación y de religiosidad. Sabemos, además, que en vuestros ejercicios jubilares no habéis dejado de rezar por Nos, por lo que Nos también correspondemos a estas plegarias.

Habéis querido unir otra piedad: una piedad totalmente filial al Padre común, que precisamente en estos días cumple un año más y celebra sus bodas de oro sacerdotales. Habéis [135] querido participar también en este Jubileo, y os manifestamos nuestro agradecimiento.

Es muy grande nuestra alegría paterna al veros reunidos ante Nos, y, como os hemos dado la bienvenida con toda el alma, ahora también rogaremos por vosotros de todo corazón y os impartiremos con los mismos sentimientos la Bendición Apostólica a todos, desde Turín a Susa, desde la llanura hasta las cumbres de los Alpes. Hacemos votos para que desciendan sobre vosotros las bendiciones de Dios, sobre todos y cada uno de vosotros, sobre el Cardenal y sus Obispos, sobre sus Sacerdotes que trabajan por vosotros, satisfechos con vuestra propia correspondencia, en favor de las obras de organización y de iniciativas que, como muy bien sabemos, florecen entre vosotros, con espíritu de disciplina y de obediencia. Y queremos que la Bendición descienda sobre aquéllos a los que vosotros representáis, ausentes corporalmente pero presentes en espíritu, sobre vuestros santos propósitos, sobre el apostolado de la oración, de la buena palabra, de la conducta fiel y digna, sobre el apostolado del buen ejemplo. Invocamos la bendición de Dios sobre vuestros intereses materiales, sobre vuestras regiones, ciudades, aldeas y caseríos, sobre vuestro y nuestro querido Piemonte, y que esta Bendición permanezca siempre.

Impartida que fue la Bendición Apostólica y hecha la distribución de la medalla jubilar a los peregrinos, el Padre Santo abandonó el aula, saludado de nuevo con aplausos y vivas aclamaciones.

A aquella misma hora de la vigilia, al otro extremo de la Urbe, en el barrio Tiburtino, se adelantaban de otra forma las fiestas en honor del nuevo Beato. Los Padres Josefinos, que tienen allí su casa principal, recordando las relaciones de un tiempo entre el teólogo Murialdo, su fundador, y el fundador de los Salesianos, celebraban un homenaje especial a don Bosco. Toda una selección de personajes, entre los cuales se encontraban los eminentísimos Hlond, salesiano, y Sincero, piemontés; varios Obispos italianos y extranjeros, el Rector Mayor don Felipe Rinaldi; la Curia general de los Josefinos, los Embajadores de Brasil y de Nicaragua ante la Sante Sede; el senador Boselli, con la condecoración de la S. S. Anunciación, tres Generales del ejército y muchos otros conspicuos señores se habían reunido allí para oír el discurso conmemorativo sobre don Bosco, confiado a la condesa Amalia Cappello, esposa del mencionado diplomático nicaragüense. La oradora, señora de fina cultura y muy conocida en los ambientes romanos, correspondió felizmente al encargo que se le había confiado [136] y a la expectación del selecto auditorio. El acto de sincera y afectuosa fraternidad de los Josefinos merecía ser consignado en estas Memorias.

La Beatificación

Amaneció finalmente el dos de junio. Desde las primeras horas de la mañana comenzó la incesante afluencia de gente a la plaza de San

Pedro. Acuciados por el único deseo de asistir a la exaltación de don Bosco, todos se apresuraban a conquistar un buen puesto en la inmensa Basílica. Subida la escalinata y puesto el pie en el pórtico, alzaban los peregrinos los ojos al estandarte que presentaba, sobre la puerta principal, a don Bosco llevado en triunfo por un grupo de sus alegres alumnos, tal como lo describen las *Memorias Biográficas*. El padre de la juventud aparecía sentado en un sillón y al fondo se divisaba la campiña piemontesa. Los que sabían latín, leían en el estandarte un dístico latino cuyo sentido era: *Sostienen sobre sus hombros con clamorosas aclamaciones al sacerdote Juan Bosco, los muchachos alegres y animados por un solo amor*¹.

La inmensidad de la Basílica se cubría por minutos; dos horas antes de la ceremonia ya estaban atestados los espacios reservados. Personalidades diplomáticas y civiles e ilustres representaciones llenaban las grandes tribunas a los lados del ábside. En otras tribunas se veía al soberano de la Orden de Malta, a los parientes del Beato, a los superiores de los Salesianos y a las Superiores de las Hijas de María Auxiliadora. Debajo, y por ambas partes, se encuadraban en distintos recintos colegios masculinos y femeninos, peregrinaciones colectivas y personas con invitaciones especiales. En asientos adecuados esperaban numerosísimos Arzobispos y Obispos, entre los cuales había doce Prelados Salesianos. A la derecha y a la izquierda del gran arco bajo la cúpula, entre la Confesión y el ábside, pendían de dos miradores dos amplios estandartes, [137] en los cuales se veían reproducidas las escenas de los dos milagros aprobados para la beatificación². Al fondo del majestuoso ábside, sobre el altar de la Cátedra y en el centro de la admirable aureola de los ángeles, llamada Gloria de Bernini, una cortina escondía a las miradas ansiosas del público algo que evidentemente debería aparecer en el momento oportuno.

A medida que se acercaba la hora de la función era más intensa la espera general y un mal contenido estremecimiento de impaciencia agitaba a la multitud. En lo alto de la tribuna, donde se veía al estado mayor de los Salesianos, habían un venerando anciano, único superviviente de los más antiguos tiempos del Oratorio, don Juan Bautista

¹ *Sustollunt humeris festo clamore Ioannem
Ludentes iuvenes, quos alit unus amor.*

² Cada uno de los cuadros llevaba su propia leyenda. En uno: *La señora Teresa Callegari, que padecía poliartritis aguda infecciosa, a lo que se juntaron otras graves enfermedades, invocó confiadamente el favor del siervo de Dios Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad Salesiana, e inmediata y plenamente sanó.* En el otro: *Sor Provina Negro, después de invocar el patrocinio del Venerable siervo de Dios Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad Salesiana, sanó inmediata y perfectamente de úlcera circular de estómago.*

Francesia, el cual evocaba durante la espera el recuerdo de otra celebración semejante, aunque menos grandiosa, y veía florecer de nuevo en el recuerdo un presagio poético suyo, que iba a convertirse en realidad. En un lejano día del año 1867 tuvo que acompañar a don Bosco a una beatificación y, al dar noticia de la misma con anterioridad a los del Oratorio de Turín, había escrito: «Iré a ver lo que tal vez nuestros nietos tendrán que ver de una persona que nosotros conocemos muchísimo. Aun cuando yo también desearía verla, no envidio tal consuelo a los venideros. Para ellos la fiesta, para nosotros la persona; para ellos la historia, para nosotros sus mismas acciones y palabras».

Dios, en cambio, le había reservado a él el inesperado consuelo. ¡He aquí, pues, en qué concepto de santidad tenían a don Bosco los que, hacía años, vivían a su lado y eran testigos cotidianos de su hacer y su decir!

Al sonar las diez, tras el canto de Nona, los Canónigos del Cabildo Vaticano con el Cardenal Arcipreste, Merry del Val, a la cabeza, [138] avanzaron procesionalmente desde la Capilla Julia y fueron a ocupar sus asientos en el ábside *in cornu epistolae*, mientras *in cornu evangelii* en sitiales a propósito ocupaban su lugar los Cardenales que componían la Sagrada Congregación de Ritos, a saber, Laurenti, prefecto, Vannutelli, Granito Pignatelli de Belmonte, Frühwirt, Scapinelli di Léguino, Sincero, Cerretti, Hlond, Ehrle y Verde. En medio del majestuoso fulgor de tanta púrpura, brillaba con descubierta alegría la amable figura del cardenal Gamba. En otros sitiales estaban situados los Prelados, Oficiales y Consultores de la misma Congregación y los miembros de la Postulación.

Una vez que todos ocuparon su propio lugar, adelantóse el Postulador de la Causa, don Francisco Tomasetti, acompañado por el Secretario de Ritos, Mons. Mariani, ante el Cardenal Prefecto y le entregó el Breve Apostólico de la beatificación, rogándole se sirviera ordenar su publicación. Su Eminencia le envió al Cardenal Arcipreste a pedir permiso para leer el documento pontificio en su Basílica. Obtenida la facultad, un Prelado Canónigo Vaticano, Mons. Barnabei, subió a un pequeño podio un poco elevado en el presbiterio, leyó el Breve, en el cual el Sumo Pontífice, después de haber hecho un rápido resumen de la vida, las obras, las virtudes heroicas y los milagros de don Bosco, declaraba se inscribiese en el número de los Beatos. He aquí la traducción.

Dios es admirable en sus santos, los cuales, mientras viven en la tierra, se preocupan de promover la gloria del Señor y la salvación eterna de los hombres; *es el Dios*

de Israel quien da fuerza y vigor a su pueblo (Sal; LXVII, 36), a fin de que, no permitiendo que se atemoricen ante ninguna dificultad de este mundo ni ante los enemigos actuantes, puedan conseguir los santos fines que se propusieron, como felizmente sucedió al piadoso fundador de los Salesianos, el sacerdote Juan Bosco.

Nació el 16 de agosto de 1815 en una pequeña aldea rural, junto a Castelnuovo de Asti, de piadosísimos padres y recibió el santo bautismo al día siguiente. Habiendo perdido muy pronto al padre, Juan Bosco vivió una infancia llena de dificultades. Su madre, insigne por su virtud, digna de ser señalada como educadora ejemplar, enseñó la doctrina cristiana a su hijito que, desde los primeros años, dióse a conocer [139] a todos por su piedad, pureza de costumbres y dulzura de carácter. Dotado de agudo ingenio y tenaz memoria, siendo un niño todavía, solía repetir con admirable fidelidad, lo que había oído al párroco en la iglesia o a cualquier predicador, a sus paisanos, a los que, ya entonces, como adelantándose a lo que haría más tarde, reunía en los días festivos con sus juegos, deseoso de enseñarles la religión católica y a rezar a Dios y a la Virgen.

Aprendió las primeras letras con el capellán del lugar, asistió después a las escuelas de Castelnuovo, a diez kilómetros de distancia, y, por fin, a las de Chieri, demostrando siempre ser un estudiante ejemplar, aunque, por la pobreza de la vida se dedicó durante muchos años a los duros trabajos del campo, como obrero y criadillo.

A los diecisiete, vistió la sotana e ingresó en el Seminario arzobispal de Chieri, gracias al consejo y ayuda especiales del Beato Cafasso, por quien siempre sintió veneración y amistad. En el mismo Seminario cursó con aprovechamiento los estudios filosóficos y teológicos, y a continuación, ya sacerdote, se dedicó de nuevo, durante más de tres años, al estudio de la teología moral y la sagrada elocuencia en la Residencia Sacerdotal de San Francisco de Asís en Turín. Finalmente el año 1841, ordenado sacerdote la vigilia de la Santísima Trinidad en Turín, celebró la primera misa privadamente y con profunda piedad en la iglesia de San Francisco; y después, en la solemnidad del Corpus Christi, en medio de la gran emoción de todos los que habían acudido a la aldea nativa, celebró con edificante piedad la misa solemne en la iglesia de Castelnuovo.

El novel sacerdote, desplegando un celo ardentísimo por la salvación de las almas y gran caridad, ejerció el cargo de coadjutor del párroco de Castelnuovo durante cinco meses; pero el Espíritu del Señor estaba con él y le llamaba pródicamente para atender una más amplia porción de su viña. Entró en la Residencia Sacerdotal de San Francisco de Asís en Turín, bajo la dirección y guía del Beato Cafasso, entregóse activamente, con gran provecho para las almas, al ministerio sacerdotal en las cárceles y en los hospitales; atendía asiduamente al confesonario y dirigía constantemente todo lo que hacía, a la única finalidad de la salvación de las almas; seguidor de san Francisco de Sales, al que se había propuesto por modelo, se dedicaba con dulzura y paciencia admirables a llevar los pecadores arrepentidos a Dios. Aprovechaba todo lo que servía para conseguir tan santos fines; para poder confesar a los soldados alemanes aprendió expresamente en poco tiempo su lengua; para salir al encuentro del pueblo y de la gente inculta e ignorante, aumentó su vasta y variada cultura, dedicándose con particular empeño a la ciencia apologética y al estudio de la historia.

Pero ya desde entonces le atraía la suerte de los niños y los jóvenes que, faltos de toda educación cristiana, crecían en la calle lejos de Dios y fuera del sendero de las verdades [140] y de la justicia. Por lo cual reunió durante tres años, a partir del día de la Inmaculada de 1841, en la iglesia turinesa de S. Francisco de Asís, a muchachos

que atraía con hábiles industrias y admirable paciencia; así empezó allí el primer Oratorio, que el Siervo de Dios, por humildad y devoción a S. Francisco de Sales, llamó *Salesiano*.

Muy pronto se levantaron dificultades de todo género para hundir la utilísima obra recién comenzada. Pero ¡estaba allí el dedo de Dios! Aquel primer Oratorio, después de pasar de la primitiva sede al templo de San Martín, al de San Pedro ad Víncula, y por fin a una casa llamada Moretta, encontró refugio definitivo en abril de 1846 en un edificio del barrio, entonces en los arrabales, llamado Valdocco. Allí desarrolló el Siervo de Dios labores admirables, con ayuda constante y manifiesta de Dios y de la Bienaventurada Virgen María. El Arzobispo de Turín enriqueció el Oratorio que sigue dedicado a San Francisco de Sales con oportunos privilegios, y el mismo rey Carlos Alberto lo tomó bajo su protección.

Poco tiempo después, surgieron otros Oratorios semejantes: el año 1847 el de San Luis; dos años más tarde, el del Angel Custodio; y a los pocos años el de San José. El Siervo de Dios concibió y aplicó en ellos un nuevo método, que tenía su origen en San Felipe Neri y que llamó *preventivo*, para la educación de los niños y los jóvenes.

Con la colaboración de su piadosísima y enérgica madre, que había llevado consigo a Turín, para que le ayudase en su obra, fundó en 1847, junto al Oratorio y en su misma casa, un primer asilo para los jovencitos abandonados y sin techo, los cuales necesitaban una educación cristiana especial. De aquel asilo, como de fecunda y buena simiente, proceden los innumerables Colegios y Centros de educación dirigidos por los Padres Salesianos y por las Hijas de María Auxiliadora. Pues, para evitar que la obra iniciada en favor de la juventud acabase con el tiempo, el Siervo de Dios, aconsejado por muchos y especialmente por el Beato José Cafasso, persuadido también por la voz de nuestro predecesor Pío IX, fundó primero la Sociedad de Sacerdotes de San Francisco de Sales y después la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

La sociedad sacerdotal de San Francisco de Sales, cuyos principios se remontan al 1858, agrandada de día en día, fue *alabada y aprobada*, por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en nombre de la Sede Apostólica, el año 1864, y fue propuesto para superior general o Rector Mayor hasta su muerte el Siervo de Dios, el cual escribió unas Reglas o Constituciones muy adaptadas a los tiempos, que fueron aprobadas el año 1874, cinco años después de la confirmación general de la misma Pía Sociedad, por dicha Sagrada Congregación Romana.

El año 1872 fundó el Siervo de Dios su segunda Institución, de las Hijas de María Auxiliadora, las cuales, ligadas con los votos de pobreza, [141] castidad y obediencia, se dedican a la educación de las muchachas, al estilo de los Salesianos.

Para alcanzar la estabilidad y difusión de una y otra Institución, la de los Religiosos y la de las Religiosas, soportó Juan Bosco muchos trabajos, afrontó con ánimo fuerte y esforzado las más arduas empresas, soportó con paciencia molestias e ingrati- tudes.

Y no se conformó con esto, sino que, siempre de cara a la salvación de las almas e incansable en el trabajo, envió misioneros al extremo de América del Sur, para llevar la luz de la verdad cristiana y el bienestar de la civilización a los pueblos incultos esparcidos por aquellas regiones inhóspitas. Organizó para ello en Turín un Seminario, llamado comúnmente de Valsálce, para la instrucción y preparación de sacerdotes misioneros.

Finalmente, para dar un informe de las muchas fundaciones del Siervo de Dios,

hay que recordar la institución de la Unión de Cooperadores Salesianos que, de muy diversos modos, ayudan a las Obras Salesianas y a la Obra de María Auxiliadora en favor de las vocaciones eclesíásticas, lo mismo que a las iglesias por él levantadas con dinero recolectado en todas partes, y entre las cuales merecen especial mención la Basílica parroquial del Sagrado Corazón en el Castro Pretorio de nuestra Alma Ciudad y el Santuario de María Auxiliadora en Turín. Todas estas obras emprendidas por el Siervo de Dios, para gloria de Dios y salvación de las almas, y no para ganar dineros o alabanzas humanas, tuvieron el mayor de los éxitos.

Atendió hasta la muerte con admirable constancia las obras emprendidas; fue luminoso ejemplo de todas las virtudes, de fe pura y fortaleza cristiana, de devoción a Dios y a la Bienaventurada Virgen María, del más profundo respeto, en tiempos difíciles, al Romano Pontífice y a la Sede Apostólica. Despreciador de sí mismo con constante humildad, sin pedir nada para su persona, pues estaba enamorado de la pobreza, con ánimo siempre dispuesto e incansable para buscar la salvación de las almas y llevar adelante, para bien de la Iglesia, los asuntos más graves y complicados, prudentísimo, sobrio y esquivo a las comodidades de la vida, dejó no sólo a sus hijos, sino también a todos los cristianos, verdaderos ejemplos dignos de imitación, por lo que aún es justamente tenido por todos como un santo vivo. El 31 de enero de 1888 se durmió plácidamente en el Señor.

Sus restos mortales fueron expuestos, primero, en la habitación donde había expirado; después, revestidos con los ornamentos sacerdotales, en la iglesia de San Francisco de Sales, en la que se celebró el funeral solemne, al que asistieron con gran devoción más de cien mil ciudadanos, Obispos de Piamonte, canónigos, párrocos llegados de pueblos lejanos, y muchos seminaristas, que acudieron a las exequias desde diócesis de Francia y Suiza ¹.

[142] El Siervo de Dios fue enterrado en el Seminario de Misiones de Valsálce, y todavía hoy existe un continuo afluir de peregrinos, que van allí atraídos por los dones sobrenaturales con que Dios enriqueció en vida a su Siervo, y por la fama de santidad que le envolvió.

Esta fama de santidad de Juan Bosco no sólo no ha disminuido, sino que aumenta cada día más, por lo que en la Sagrada Congregación de Ritos se empezó a tratar la Causa de beatificación del Siervo de Dios, y nuestro predecesor Pío X, de feliz memoria, firmó, con el Decreto publicado el 24 de julio de 1907, la Comisión de Introducción de la Causa. En consecuencia, una vez que han sido recogidas jurídicamente y examinadas según nuestro rito las pruebas de las virtudes heroicas del mismo Siervo de Dios, Nos, definimos, con solemne Decreto promulgado el 20 de febrero de 1927, la heroicidad de las virtudes del Venerable Siervo de Dios Juan Bosco.

Inicióse después la discusión de los milagros que se presentaban como realizados por Dios, con intercesión del mismo Siervo de Dios, valoróse todo con severos cuidados, y habiendo sido juzgados verdaderos y patentes dos de entre los muchos prodigios atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios después de su muerte, Nos, declaramos con nuestra suprema Autoridad, con otro Decreto publicado el 19 de marzo del corriente año 1929, que constaba su verdad.

Y ya pronunciada la sentencia sobre el grado heroico de las virtudes y de los

¹ Hay aquí algo de confusión. El cuerpo fue expuesto en la iglesia de San Francisco, pero el funeral se celebró en la iglesia de María Auxiliadora. Además, los cien mil ciudadanos y todos los otros, no asistieron al funeral, sino a la conducción del cadáver.

milagros, sólo quedaba por discutir una cosa, a saber, si el Ven. Siervo de Dios podía ser nombrado Beato. La duda fue presentada por nuestro querido hijo Alejandro Verde, cardenal de la Santa Iglesia Romana, en la Congregación General tenida en nuestra presencia el nueve de abril del corriente año, y todos los que intervinieron en ella, lo mismo Cardenales que Consultores de los Sagrados Ritos, dieron unánimemente respuesta afirmativa.

Mientras tanto, por tratarse de asunto de tal importancia, diferimos Nuestro juicio hasta haber pedido a Dios con viva oración el auxilio de las luces celestiales. Y, habiéndolo hecho con gran fervor, por fin, el tercer domingo de Pascua, después de haber ofrecido el santo sacrificio, presentes nuestros queridos hijos el cardenal Camilo Laurenti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y el cardenal Alejandro Verde, Ponente de la Causa, y, además, los queridos hijos Angel Mariani, Secretario de la Congregación de Ritos, y Carlos Salotti, Promotor de la Fe, sentenciamos con Nuestra autoridad que se podía proceder con seguridad a la solemne Beatificación del Venerable Siervo de Dios Juan Bosco.

Así las cosas, cumpliendo los deseos de toda la Sociedad de S. Francisco de Sales y de las Hijas de María Auxiliadora, y de todos los Cooperadores y alumnos Salesianos, con Nuestra Apostólica Autoridad, de acuerdo con la presente carta, [143] damos la facultad de que el Ven. Siervo de Dios don Juan Bosco, sacerdote secular de Turín, sea llamado de hoy en adelante con el título de *Beato*: y que su cuerpo y sus reliquias, aunque todavía no se lleven solemnemente en procesión, sean expuestas a la pública veneración de los fieles, y sus imágenes sean adornadas con diadema. Además, concedemos con Nuestra misma Apostólica Autoridad que se rece su Oficio y se celebre cada año la Misa *de Communi Confessorum non Pontificum*, con las oraciones propias por Nos aprobadas, según las Rúbricas del Misal y del Breviario Romano.

Pero sólo concedemos el rezo de este Oficio y la celebración de la Misa para la archidiócesis de Turín, donde el Siervo de Dios nació y murió, y en los templos y capillas de todo el mundo, de las que se sirven los Religiosos de San Francisco de Sales y la Congregación de las Religiosas o Hijas de María Auxiliadora, por todos los fieles que tienen obligación de rezar las horas canónicas y, en lo que atañe a la Misa, por todos los Sacerdotes seculares y regulares, que acudan a las iglesias en las que se celebra la fiesta del Beato.

Por último, damos la facultad de celebrar la solemnidad de la beatificación del Ven. Siervo de Dios Juan Bosco en dichas iglesias, en los días a señalar por la legítima Autoridad, dentro de un año, *servatis servandis*, desde la celebración de la solemnidad en la Patriarcal Basílica Vaticana. No obstante las Constituciones y Ordenanzas Apostólicas y los Decretos sobre el *non cultu* y cualquiera otra disposición.

Queremos también que a las copias de las presentes Letras, aunque fueran impresas, con tal de que están firmadas de puño y letra por el Secretario de dicha Sagrada Congregación de Ritos, y con el sello del Prefecto, se les preste, aun en las discusiones judiciales, la misma fe que se prestaría a Nuestra voluntad expresada con la presentación de estas Letras.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, a 2 de junio de 1929, octavo año de Nuestro Pontificado.

P. CARD. GASPARRI
Secretario de Estado

Acabada la lectura, hubo un momento solemne. Pusiéronse todos en pie y clavaron sus ojos en la gloria de Bernini. A una señal se corrió la cortina que cubría el centro y apareció el nuevo Beato envuelto en millares de luces. Todo el ábside se iluminó con innumerables lamparitas. En el altar resplandecía un magnífico relicario. El inmenso público no pudo frenar su emoción a la vista de don Bosco en la gloria y prorrumpió en un clamor de aplausos entusiastas, que semejaba el estruendo del trueno bajo las gigantescas bóvedas. Una vez calmado [144] el estruendo, se oía, desde el exterior, el resonar de las grandes campanas de San Pedro, cuyo alegre repique se propagaba de iglesia en iglesia anunciando a toda la Urbe la elevación de don Bosco al honor de los Beatos. Escribía el *Osservatore Romano* del día ocho: «Pocas veces ha oído la Basilica Vaticana semejante explosión de viva e impetuosa alegría como la que brotó emocionada de todos los corazones, al aparecer la nueva visión, imagen solamente del regocijo de los ángeles y de los justos en torno al Beato, ya en la otra gloria sin fin y celestial».

Mientras tanto había entonado el celebrante el himno de agradecimiento: *Te Deum laudamus!* Y un grito de fe y de alegría le respondió, saliendo de miles de gargantas: *Te Dominum confitemur!*

¡Después de tan difíciles y largas pruebas había llegado por fin la hora del triunfo! Allí estaba el don Bosco, a veces, incomprendido, contrariado, combatido, siempre en lucha contra dificultades de todo género; allí estaba brillando ya en medio de un fulgor de luces y hecho un himno de gloria que parecía querer traspasar los límites del espacio y del tiempo.

Cuando el himno ambrosiano acabó, entonó el diácono, por vez primera, el *Ora pro nobis Beate Ioannes* y Mons. Valbonesi, el celebrante, cantó el *Oremus* e incensó la reliquia y la imagen. Vistióse después los ornamentos sagrados y empezó la Misa pontifical, celebrada con toda la solemnidad que se admira en la Basilica del Príncipe de los Apóstoles. La Capilla Julia, bajo la dirección del maestro Boezi, interpretó la parte musical. De acuerdo con la costumbre, se hizo una abundante distribución de estampas y *Vidas* del Beato. La función acabó al mediodía.

La riada de gente, que salía por todas las puertas, se mezclaba en los pórticos y formaba un solo grupo, enormemente emocionado. Desde allí se vertía, a manera de rebotante catarata, por la amplia escalinata e iba a inundar la plaza que, en poco rato, pareció el mar movido por el viento. En el centro [145] de la fachada de San Pedro flameaba al aire sobre aquella multitud un anchísimo estandarte. Los

peregrinos, al entrar por la mañana en la Basílica, no habían visto qué hacía allí aquello, cubierto por una gran tela, que se quitó después al entonarse el *Te Deum*.

A pesar de las prisas por llegar cada cual a su residencia, ¿quién no se detuvo a contemplar la resplandeciente pintura? Se veía a don Bosco dentro de una aureola luminosa subiendo al cielo. De las nubes que lo rodeaban salían tres ángeles, los cuales le acompañaban con las alas desplegadas celebrando la subida. Abajo, a los lados, se levantaban dos iglesias, la del Sagrado Corazón de Jesús en Roma y la de María Auxiliadora en Turín, sobre la cual se veía caer un ramito de rosas. En seis exámetros latinos se leía: *Al entrar en el templo, venera a don Juan Bosco, a quien Pío XI, reinante en la Ciudad Santa, inscribió ritualmente en los fastos de los Beatos. Pídele que libere a la juventud del infernal enemigo y proteja a Italia, que, restituida a Cristo, dé al Rey inmortal el debido honor*¹. La frase *reddita Christo* aludía a la Conciliación, por la que el Papa había asegurado públicamente haber devuelto Dios a Italia e Italia a Dios.

El dos de junio por la mañana contempló el colegio de Valsálce una multitud todavía mayor que la de los días anteriores. Presentáronse a la hora de la beatificación muchísimos exalumnos que, por razón de trabajo o por otras causas, no habían podido hacer frente a los gastos que suponía el viaje a Roma; asistieron allí a una función religiosa y rezaron por vez primera a su gran Maestro, como se reza a los Santos del cielo, y pidieron su intercesión. Era la hora en que resonaba por el cielo de Turín y de la archidiócesis el alegre concierto de las campanas, anunciando que la Iglesia contaba con un nuevo Beato, que era don Bosco.

[146] Es costumbre que en las beatificaciones baje el Papa por la tarde a San Pedro para venerar a los nuevos Beatos; así que, a las cuatro, sólo habían podido entrar en la Basílica las personas provistas de tarjeta de invitación. El Maestro de Ceremonias había hecho imprimir sesenta mil, las cuales se habían acabado en los días anteriores, y fueron muchísimos, especialmente de Roma, los que se quedaron sin ella. Hubo una indescriptible asistencia, al extremo de que fue preciso

¹ *Ingressum templum Bosco venerare Ioannem,
Quem Pius Undecimus sancta regnator in urbe
Rite Beatorum fastis adscripsit et ipsum
Exora, ut Stygio tueatur ab hoste inventam,
Protegat Italicam gentem, quae reddita Christo
Huic immortalis Regi det munia laudis.*

cerrar las verjas y dejar fuera a una verdadera multitud que tenía derecho a entrar. Las protestas llegaron hasta el despacho del Maestro de Ceremonias, quien acudió personalmente a San Pedro para ver si era todavía posible admitir más gente. Y ello se logró, estudiando con más cuidado la distribución de puestos. Volvieron a abrirse las verjas y una nueva oleada de gente penetró en la Basílica.

A las cinco presentaba el templo el aspecto de las mayores fiestas. No había un rincón vacío; sólo quedaba libre el pasillo central por donde tenía que pasar el Papa, y la guardia palatina lo mantenía y guardaba despejado. En el murmullo de la multitud se mezclaban todos los dialectos de Italia y casi todas las lenguas de Europa. Improvisamente se advirtió un movimiento hacia la entrada del fondo, y se comprendió que llegaba el Papa. Se hizo un silencio impresionante y todos los ojos miraban hacia allí. Avanzaba la cabecera de un imponente cortejo, cerrado por veinticuatro Cardenales, y en el hueco de la puerta principal, y sentado sobre la silla gestatoria como en un trono, veíase al Papa bendiciendo. Inmediatamente resonaron las trompas de plata desde el balcón que está encima, entonando la hermosa marcha de Silveri, la cual esparció por la Basílica un místico recogimiento. Pero fue cosa de un instante, porque la multitud, transportada por el entusiasmo, prorrumpió en delirantes aclamaciones al Papa de la Conciliación, al glorificador de don Bosco. Miles de pañuelos blancos se agitaban por el aire sobre aquella marea. Pío XI avanzaba bendiciendo con amplio gesto en todas direcciones. Llevaba la emoción dibujada en el rostro impregnado de expresión majestuosa y paternal. Cuando vio un cartel que [147] se levantó sobre un grupo de jóvenes, en el que se leía: *Casa madre de don Bosco en Turín*, hizo detener un instante el cortejo y, en medio de la emoción general, bendijo repetidamente a aquel grupo. La estremecida manifestación lo siguió hasta el ábside, y se hizo aún más intensa, cuando el coro de la Capilla Julia lanzó las primeras notas del *Tu es Petrus*.

Bajó el Padre Santo de la silla gestatoria, arrodillóse en el faldistorio, mientras se exponía el Santísimo; levantóse después, adelantóse y tomando el incensario, que le entregó el Cardenal Arcipreste, incensó la Hostia Santa y volvió al mismo sitio de antes. Los cantores ejecutaron el *Iste Confessor*, y entonaron a continuación las preces propias del Beato y el *Tantum ergo*. Después de la segunda incensación, el Salesiano, Mons. Corrêa, arzobispo de Cuyabá (Brasil), impartió la triple bendición eucarística. Esta función de la tarde, como también la de la mañana, corresponde por derecho al Cabildo de San Pedro; pero el Cabildo, de acuerdo con una instancia de don Francisco Tomasetti,

había concedido el favor de que la ceremonia vespertina fuera realizada por un Prelado salesiano.

Una vez hecha la reserva del Santísimo, don Felipe Rinaldi y don Francisco Tomasetti se acercaron al Padre Santo y le ofrecieron un artístico relicario, que contenía un notable fragmento óseo del Beato¹. Junto con el relicario le entregaron, *ex more* (según costumbre), un ramo de flores artificiales, las estampas y las *Vidas* de don Bosco. El Padre Santo, [148] al agradecer el obsequio, intercambió unas palabras con los oferentes, que le presentaron al conde Thaon de Revel, alcalde de Turín, y al senador conde Rebaudengo, presidente general de los Cooperadores Salesianos. Su Santidad animaba a todos con la bendición apostólica.

A la par se distribuyeron, según norma, *Vidas* y estampas a los Cardenales, a los numerosos Arzobispos, Obispos y Prelados presentes, al Cuerpo Diplomático, a los miembros de la Nobleza y demás invitados. Las *Vidas* prescritas para la ocasión, son de tres clases: una extensa y ricamente encuadrada para las personalidades; la segunda, más reducida, para la mayoría de los presentes y la tercera, a grandes rasgos, para la difusión popular. La principal de estas *Vidas* estaba escrita por el Promotor de la Fe, monseñor Salotti. El salesiano don Agustín Auffray publicó también una en francés para la ocasión, que fue muy alabada y es todavía muy leída.

Subió de nuevo el Papa a la silla gestatoria y volvió a atravesar la Basílica, saludado por nuevos y vigorosos aplausos, mientras las trompetas de plata repetían la marcha acostumbrada. La multitud, que llenaba el atrio, tributó una clamorosa ovación al aparecer y sumóse a ella la gente que se apretujaba fuera sobre la escalinata. El Papa se puso entonces en pie, levantó solemnemente su derecha y bendijo a todos. Llegó finalmente a la escalinata de Bernini y bajó de la silla, se despidió de los Cardenales y se retiró a sus apartamentos.

¹ El relicario estaba cincelado por el profesor Galli. La parte superior del mismo reproducía el monumento a don Bosco, que se levanta en la plaza de María Auxiliadora. La parte de plata, con ornamentación en metal dorado, medía cuarenta y siete centímetros. El grupo se apoyaba sobre una doble base. Esta era cuadrada y tenía a los lados elegantes cornisas rectangulares, donde, en planchas de plata cinceladas, aparecían la Basílica turinesa de María Auxiliadora y la del Sagrado Corazón de Roma, un grupo de niños con un Salesiano y otro de niñas con una Hija de María Auxiliadora. En el segundo lado de la base, en forma piramidal truncada, veíanse los escudos de Pío XI y de la Sociedad Salesiana entre cabecitas de serafines entrelazadas con lirios y rosas, símbolos de la pureza y de la caridad, y guirnalda de encina, símbolo de la fortaleza. Veíanse también la casita nativa de don Bosco y el primer sueño. Serafines con incensarios completaban la ornamentación, acompañada con una inscripción que recordaba el suceso de la beatificación. Arriba, bajo el grupo, había un hueco en forma de óvalo, donde se guardaba el estuche con la reliquia.

Inmediatamente después, la atención del público que salía de la Basílica y el que invadía la plaza por todas las bocacalles se concentraba para contemplar las acrobáticas maniobras de los famosos «Sampietrini», que, en número de trescientos cincuenta, ocupaban sus puestos en la fachada y alrededor de la cúpula. Oscurecía, y aquellos hombres agilísimos, superando dificultades que no imaginaban los espectadores, se disponían a la iluminación de la Basílica.

Es ésta una operación que se desenvuelve en dos tiempos. Se iluminan primero las líneas arquitectónicas de la fachada, los [149] festones de la cúpula y las columnatas. Son cinco mil farolillos dispuestos de tal modo que aparece claramente dibujada la silueta de la mole. La cúpula de Miguel Ángel parece destacarse de la tierra y lanzarse hacia las esferas celestes. Después, un cuarto de hora antes de las nueve, a una señal, encienden los «Sampietrini» desde sus puestos un hacha de viento, escondiendo su luz dentro de una mampara de hierro, y a las nueve en punto, apenas da la campana el primer toque, el jefe de los «Sampietrini», que está colocado sobre la cruz de la bola de la cúpula, enciende alla arriba la primera tea. Le imitan los demás con fantástica rapidez, encendiendo las teas que llevan en sus manos, de forma que, en menos de diez minutos, aparecen de arriba abajo quinientas nuevas luces, y toda la Basílica palpita con una luminosidad dorada. La cúpula cambia de aspecto y se levanta a manera de colosal tiara incandescente, de la que pende un manto real, bordado con llamas y adornada esplendorosamente. Los peregrinos y habitantes de la ciudad gozaron, en la plaza y desde todas las alturas de la Urbe, hasta entrada la noche entusiasmados con el magnífico espectáculo. La gloriosa jornada no podía tener un epílogo más romano. *O Roma felix!*

Verdaderamente no suele hacerse la iluminación de San Pedro en las beatificaciones, ya que está reservada para las canonizaciones. Pero la familia salesiana, con particular complacencia del Padre Santo, la quiso para nuestro Beato. Por otro lado podía haber habido un grave inconveniente. El dos de junio coincidía con el primer domingo del mes, cuando se celebra en Italia la fiesta del Estatuto y se enciende en Roma, en el Pincio, la llamada girándula o fantásticos juegos pirotécnicos, que gustan mucho a la población. Pero don Francisco Tomasetti se apresuró a comunicárselo al Príncipe Boncompagni, gobernador de la Ciudad, el cual dispuso que el popular espectáculo se trasladara al domingo siguiente. La disposición mereció el aplauso universal. ¡Signos de los tiempos!

Por lo demás, la beatificación de don Bosco había encontrado

[150] la más sincera simpatía, no sólo de las clases populares, sino también del mundo aristocrático y dirigente ¹.

Después de las fiestas se decía, incluso en el Vaticano, que nadie recordaba tanta grandiosidad con ocasión de beatificaciones. El mismo Padre Santo manifestó verdadera admiración por cuanto había contemplado en San Pedro. Ya se había rumoreado algo sobre el particular y, en efecto, no bajó, como en otras ocasiones, a la Basílica pasando por la puertecita situada junto al altar del Santísimo Sacramento, sino que determinó entrar lo más solemnemente posible por la galería principal ². La *Civiltà Cattolica* resume de este modo la impresión del suceso ³: «El honor de los altares, decretado por Pío XI para el Fundador de la Pía Sociedad Salesiana, fue ocasión de unas demostraciones de fe que, por el número de peregrinos llegados a Roma de todas las partes de Italia y del mundo, y por el fervor del entusiasmo, sólo pueden compararse con las fiestas celebradas cuando la canonización de Santa Teresa del Niño Jesús».

Después de la Beatificación

También el Padre Santo manifestó sus impresiones a don Felipe Rinaldi y a los miembros del Capítulo Superior, a quienes recibió en audiencia al día siguiente por la mañana. Fueron para agradecer al Pontífice tres cosas: su especial benevolencia a la Sociedad Salesiana, su paternal participación en todas las fases de la Causa, y la extraordinaria grandiosidad que había querido dar a la celebración. Su Santidad manifestó su satisfacción por la manera como se había desarrollado la ceremonia, observando que muy pocas veces había sido tan difícil resolver el problema de la falta de espacio en la amplísima Basílica. Añadió que la marea inmensa del pueblo, aclamando a don Bosco y al Papa, indicaba de forma precisa la apretada unión que el nombre, la figura y el apostolado de don Bosco [151] tenían con el alma popular. Recalcó que aquel maravilloso espectáculo de fe y de alegría le había conmovido profundamente; que había llegado a su conocimiento que, durante la ceremonia de la beatificación, habían sido presentados varios recién nacidos en la fuente bautismal de San Pedro y se les había impuesto el nombre del nuevo Beato. Se declaró

¹ Carta de don Francisco Tomasetti a don Felipe Rinaldi. Roma, 22 de mayo de 1929.

² Otra carta del mismo. Roma, 11 de junio de 1929.

³ Número del 6 de julio de 1929, pág. 75.

singularmente satisfecho por el orden y la precisión con que se habían desenvuelto las diversas partes del rito, a pesar de tan extraordinaria concurrencia. Encomió a las autoridades civiles por el trabajo desplegado en la organización del acceso de los fieles a la Basílica y por haber hecho las cosas de tal modo que todos gozasen tranquilamente del magnífico espectáculo de la iluminación.

—La beatificación de don Bosco, concluyó diciendo, se recordará en los anales de la Iglesia y de la Sociedad Salesiana.

Finalmente don Felipe Rinaldi presentó a Su Santidad la medalla conmemorativa, acuñada en oro, plata y bronce, que llevaba en el anverso la imagen del Beato y en el reverso su primer sueño.

Lo que dijo el Papa sobre el buen orden en tan gran movimiento, llamó la atención de los Postuladores de otras Congregaciones, especialmente al de los Jesuitas, que quiso saber cómo lo habían logrado los Salesianos. La verdad es que, a pesar de la cuidadosa preparación y la prudente vigilancia, se descubrió a última hora una notable sustracción de invitaciones, que ciertamente habría ocasionado desorden, de haber faltado una buena organización; en cambio, no sólo no hubo desorden, sino que todo pudo arreglarse sin ser advertido nada más que por los organizadores.

Fue digno remate de la celebración la audiencia de la tarde del mismo día tres, tildada de «maravillosa» por la prensa. Hasta doce mil personas se apretujaban en el patio de San Dámaso. En el fondo del mismo se levantaba el trono papal sobre un amplio palco, ante el cual había una valla que dejaba libres unos metros. El resto del patio estaba ocupado por tres grupos numerosos: en el centro, los alumnos de los colegios salesianos [152] de Italia y del extranjero; a la izquierda, las alumnas de los colegios de las Hijas de María Auxiliadora; a la derecha los Cooperadores y Cooperadoras. Junto al trono pontificio, se colocaron el cardenal Pedro Gasparri, Secretario de Estado y Protector de la Congregación Salesiana, y los eminentísimos Hlond y Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona. En el palco se acomodaron treinta Obispos y con ellos don Felipe Rinaldi, el Capítulo Superior, don Juan Bautista Francesia y el senador conde Rebaudengo. Delante, en el espacio vacío, se agolparon muchos Salesianos y algunas representaciones.

La animación de tantos jóvenes ponía en el ambiente una especie de electricidad, que acusaba la impaciencia de la espera. De pronto estalló un fragoroso e interminable aplauso, saludando la aparición del Papa. Precedíanle los Guardias Nobles y le rodeaban los Prelados y Gentilhombres de su noble Antesala. Pío XI respondió al saludo

sonriente y alzando los brazos, y admiró el espectáculo de la juventud alborozada; después se sentó en el trono.

Mientras tanto, había sucedido un pequeño episodio que queremos narrar. Algunos colegios salesianos habían acudido con sus bandas de música y habían entrado tocando en el patio. Esto había molestado al Maestro de la banda palatina, que debía ejecutar el himno pontificio a la llegada del Papa; pero, cuando sólo faltaban unos minutos para llegar el Padre Santo, ya habían los Superiores logrado imponer silencio. Y allí estuvo el percance. Aparecía ya el Papa y estaba el Maestro a punto de dar la señal para comenzar el himno, cuando llegó una banda colegial retrasada interpretando de repente una marcha. Entonces el Maestro, con la batuta en el aire, perdió la paciencia. El Papa, que se dirigía hacia el trono y se dio cuenta de ello, le dijo:

—Paciencia, Maestro. Estamos en un oratorio festivo.

Cuando las aclamaciones de la multitud y las notas del himno acabaron, la *Schola cantorum* del colegio del Sagrado Corazón, dirigida por el maestro salesiano Antolisei, ejecutó las *Acclamations* en honor del [153] Papa, según la antigua liturgia. Siguió el canto del *Oremus pro Pontifice*, entonado por los doscientos clérigos salesianos del Instituto teológico internacional de Turín, que habían ido a Roma. Por fin prorumpieron al unísono los muchachos con el himno salesiano, que nunca habían cantado con tanto ardor. El Papa escuchaba con visible complacencia. Cuando terminó el canto, acercóse al trono el Rector Mayor y leyó el siguiente discurso:

Beatísimo Padre:

Toda la Familia Salesiana está llena de júbilo y alegría en torno a su Padre Fundador, que ayer ha elevado Vuestra Santidad al honor de los altares y ha venerado sus Sagradas Reliquias.

Una numerosa representación de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, exalumnos, cooperadores y admiradores del nuevo Beato acudió al faustísimo y memorable suceso y tiene ahora la fortuna de encontrarse conmigo a los pies de Vuestra Santidad, para repetir el unánime consenso de afecto filial de la familia salesiana a Vuestra Augusta Persona.

Vinieron de todas partes, hasta de las más remotas e inhabitables misiones, atraídos por el ternísimo amor que desde su infancia han tenido a nuestro Beato Padre. Me parece digno de poner de relieve la presencia de unos pocos de sus primerísimos hijos, testigos oculares, porque Vuestra misma Santidad «en una visión y en una conversación de considerable duración» supo describir finalmente la atracción que el Beato ejercía sobre sus primeros apóstoles para lanzarlos a la conquista de las almas. Estos venerandos decanos de la Familia Salesiana, que vieron con sus ojos y palparon con sus manos la santidad de don Bosco, han venido hoy aquí para unirse a la

proclamación oficial de la santidad paterna que fue siempre la llama animadora de su apostolado.

Este afecto al Padre, como sapientemente ha manifestado Vuestra Santidad, «sigue haciendo que él sea no sólo el Padre lejano, sino el Director de todo, el Autor siempre presente, siempre actuante con la vitalidad perenne de sus normas, de sus métodos, y sobre todo de sus ejemplos».

Beatísimo Padre, si durante cuarenta y dos años hemos ido adelante con la seguridad confirmada por los sucesos de que don Bosco seguía siendo el Director, el Autor, el Padre de los Salesianos, más lo será en adelante, ya que Vuestra Santidad, en un soberano acto de su Apostólico poder, nos lo ha presentado con la aureola de los Beatos como modelo y protector de nuestra vida espiritual y de nuestra misión educadora.

[154] Por nuestra parte, con la ayuda del cielo, haremos cuanto podamos para no ser indignos de ello. «Con su calma siempre dominante, y soberana, y con su trabajo convertido en oración eficaz» hará también nuestro Beato que, por medio nuestro, se continúe dignamente el magnífico edificio de la educación cristiana de la juventud, por él emprendido y basado únicamente en la caridad benigna y paciente. Sólo esta caridad divina puede educar, es decir, edificar en las almas jóvenes, patrimonio inalienable de la Santa Iglesia, las virtudes sobrenaturales que crean la santidad en la tierra, antes de que brille eternamente con los esplendores de los Santos. *Caritas aedificat!*

En este propósito y en esta oración al Beato se compendia, Beatísimo Padre, toda nuestra gratitud, el más vivo agradecimiento de nuestros corazones por vuestra paternal benevolencia con nosotros, los últimos de vuestros hijos. Tenemos pruebas luminosas de esta vuestra benevolencia en las conmovedoras alocuciones en torno al Beato Juan Bosco, y en su solemne beatificación, que Vuestra Santidad ha querido engarzar, como piedra preciosa, en las fiestas del Augusto Jubileo Sacerdotal.

Esta fecha, tan querida para el corazón de Vuestra Santidad, también lo es para todos los hijos del Beato don Bosco, que procuran celebrarla dignamente en todas partes, con la oración, la caridad y la acción. La numerosa representación de la Familia Salesiana aquí presente a los pies de Vuestra Santidad, da testimonio de ello, y por mi medio eleva hasta Vuestro Augusto Trono los más fervorosos augurios y deseos de que el Señor Os conserve *ad multos annos* para bien de la Iglesia.

Finalmente todos los aquí presentes hacen suyos los sentimientos de dependencia, devoción, respeto y amor filial del Beato don Bosco al Vicario de Jesucristo, y guardarán un recuerdo imborrable de esta hora agradable y de la inefable bondad de Vuestra Santidad, de quien esperan todavía una bendición especialísima para ellos mismos, para los jóvenes confiados a sus cuidados, para las obras de bien que deben realizar, y para todos los que se han encomendado a ellos con el fin de obtener una bendición especial del Padre Santo.

Benedicidnos, pues, una vez más, Beatísimo Padre, y consideradnos siempre como hijos vuestros, los más humildes, los más prendados de Vuestra Sagrada Persona y siempre dispuestos a vuestra orden o deseo.

Recogióse un instante el Papa, en profunda reflexión y dijo:

—¡Alabado sea Jesucristo!

—Sea por siempre bendito y alabado, respondió el auditorio.

Y siguió diciendo:

Qué horas más bellas, solemnes, gloriosas las que ha contemplado este lugar, éste que muy bien puede llamarse famoso en todo el mundo Patio de San Dámaso, aun contando solamente aquéllas a las que ha querido la divina Bondad concedernos que asistiésemos, sobre todo durante el Año Santo, y también [155] en otras circunstancias. Pero, raras veces Nos ha sido dado contemplar y ver lo que hoy vemos y contemplamos, un grupo como éste, tan grande, tan compacto de hijos elegidos del Papa y de la Iglesia, tanta gloria y tanta alegría de verdadera caridad, tanto entusiasmo de piedad filial, tantas demostraciones de fe, de amor verdadero a la Santa Iglesia, Madre de las Iglesias, y al Vicario de Cristo, en el Padre de las almas, Padre común de todos los creyentes. Y todo esto en el nombre, ya ilustre y glorioso por todo el mundo, en nombre de don Juan Bosco, hoy con fama y gloria no solamente terrena y mundial, sino celestial y eterna, en nombre y gloria del Beato don Juan Bosco. (*Aplausos*).

Ya sabéis, y lo saben casi todos los presentes, que nuestro corazón, toda nuestra alma participa grandemente de vuestra alegría y de vuestro gozo, porque también Nos (lo hemos repetido muchas veces y siempre con gran satisfacción) no sólo nos contamos entre los admiradores de don Bosco, sino que, por una especial gracia de Dios, hemos sido de los que le conocieron personalmente, de los que recibieron sus signos vivos y paternales de benevolencia y estamos por decir de paternal amistad, como podía darse entre un veterano glorioso del sacerdocio y el apostolado católico y un joven sacerdote, joven entonces, y ya envejecido, como muy bien sabéis, a quien vosotros mismos venís a confortar con estas vuestras demostraciones de filial piedad (*Fortísimos aplausos*).

Os damos las gracias, queridísimos hijos, y sabemos que habéis participado en nuestro Jubileo Sacerdotal de una manera infinitamente más importante que con vuestros gratos aplausos, con vuestras oraciones, por las que os damos gracias muy especiales. Estamos personalmente alegres, con este recuerdo de viejas memorias, al ver en torno a Nos aquellos veteranos de los alumnos salesianos, aquellos obreros de la primera hora, siempre la más difícil, la más ardua, cuando se trata de abrir surcos, de arrancar los primeros frutos a tierras inexploradas y comenzar su cultivo, ¡todo honor sea dado a vosotros antiguos soldados de la institución salesiana, a vosotros primeros compañeros del Beato Juan Bosco!

Y bienvenidos seáis los llegados de todas las partes del mundo para hacer más gloriosas y grandiosas las primicias de veneración a vuestro, a nuestro glorioso Beato. Por la gracia de Dios, Nos lo hemos podido elevar como modelo, al honor de los altares. Vosotros habéis venido desde todas las gentes a rendirle tributo, pocas veces tan universal, en la actualidad de la beatificación, en la gloria tan espléndida de San Pedro en el Vaticano. Y vosotros, no sólo Nos habéis hecho gustar más vivamente, con vuestra presencia, esta elevación al honor de los altares, sino que también Nos habéis hecho sentir y gustar más vivamente esa universal paternidad que la divina Providencia quiso, en su divina bondad y en sus inescrutables designios, conceder a nuestro pobre corazón. Nunca como en estos momentos en los que vemos en torno a Nos almas tan [156] encendidas en la caridad cristiana como las vuestras, almas llegadas de todas las partes del mundo, nunca como en estos momentos sentimos ser verdaderamente el Padre de todos los creyentes, de toda la gran familia católica que vosotros representáis tan real, tan grandiosa, tan dignamente, que esta sola presencia constituiría un testimonio elocuentísimo de los méritos del Beato Juan Bosco y de la fecundidad y valor de su obra.

Cuando pienso que vosotros, Salesianos y Salesianas, alumnos y alumnas, exalum-

nos y Cooperadores, Obispos, Prelados, Cardenales, no sois más que una representación, una pequeña representación de tantos y tantos como vemos en espíritu, en una gran visión apocalíptica, tras vosotros, por encima de vosotros, juntamente con vosotros, nuestra alma se extasia de admiración y gozo. ¿Cuántos son los hijos de don Bosco y los que participan en su obra? Al presente son millares y millares. De siete a ocho mil Salesianos, de ocho a nueve mil Hijas de María Auxiliadora. ¿Y cuántos son los alumnos salesianos? Respondemos a esta última pregunta con la respuesta de vuestro mismo Superior Mayor el cual, cuando Nos le hemos preguntado si podía darnos al menos una aproximación global del total de los alumnos salesianos en este momento, nos respondía modestamente que no lo sabía y no podía dárnoslo. He ahí un testimonio de modestia, y he ahí, dejádnoslo decir, una valiosa afirmación (*grandísimos aplausos*), porque, en sustancia, el buen padre quería decir: son tantos, que ni siquiera sabemos cuántos son.

Os felicitamos, queridísimos hijos, en cualquier puesto, en cualquier cargo, en cualquier grado que os encontréis, por humilde que sea, en esta gran familia, en este gran ejército, en esta grande y verdadera armada del bien y de la verdad. Cuando se piensa en el valor de una alma, cuando se piensa en el inmenso tesoro que es la educación cristiana, la educación cristiana como don Bosco la entendía, es decir, profundamente, completamente, exquisitamente cristiana y católica; cuando se piensa en este tesoro multiplicado por multiplicadores tan grandes, nace verdaderamente una exaltación de alegría y de gratitud a Dios, que sabe suscitar obras tan grandes y mantenerlas vivas en este mundo, en este mísero mundo, donde siempre continúa la lucha pertinaz del mal contra el bien, contra la verdad cristiana.

Nos alegramos con todos y cada uno de vosotros, mis queridos hijos, con toda la gran familia salesiana, y encontramos en esta descripción, en este consolador reconocimiento de un pasado tan fecundo de bien, la seguridad más fuerte de un porvenir cada vez más espléndido, cada vez más rico de tesoros espirituales, tesoros de gloria de Dios, tesoros de consolidación y expansión del Reino de Cristo, tesoros de salvación y santificación de las almas, tesoros de honor y gloria para la Santa Iglesia Esposa de Jesucristo. No podríamos haceros, queridos hijos, un augurio más paternalmente afectuoso que éste, [157] en el momento en que vuestra obra se ilumina con reflejos tan hermosos, tan admirables, tan llenos de luz divina, mientras hemos podido, por la gran misericordia de Dios, levantar a vuestro y nuestro don Bosco al honor de los altares y alzar el velo de oro que nos esconde los esplendores del Cielo, buscando mostrar de un modo visible aquí en la tierra, algo de la gran gloria que lo envuelve allá arriba, como premio justo a sus inmensos méritos.

A la gloria del cielo debe corresponder la gloria de la tierra y vosotros habéis venido precisamente para establecer esta correspondencia con la expresión de esa veneración mundial con la que centenares de millares de almas de todas partes han rezado y venerado con vosotros al Beato don Bosco. Pero vosotros debéis pensar todavía que la gloria más verdadera del Beato don Bosco en esta tierra está en vuestras manos: depende de vosotros. No es nuestra la palabra que ahora pronunciamos, sino de Dios: *Gloria patris filii sapientes*, vuestro padre será glorificado con la más hermosa gloria que hasta humanamente le puede sonreír, si sois vosotros esos hijos sabios de tan gran padre; sí, como ahora, si lográis saber entender cada día más y mejor su espíritu y su obra, si sabéis continuarla cada vez mejor, como precisamente él quería, sin medir el trabajo (recordamos lo que él mismo decía, como gloriosa divisa: «El que no trabaja no es Salesiano»), sin medir (Nos parece verlo todavía con nuestros propios ojos) la entrega, más aún, la total renuncia a cuanto se refería a la

propia persona, para entregarse a todo lo que pudiera contribuir al bien de las almas. Y Nos mismo recordamos las hermosas palabras que él en persona, mirando el porvenir con genial intuición, Nos decía al congratularnos con él por haber visto tantas cosas hermosas en sus casas, en sus talleres, en sus escuelas. Y tened en cuenta que no se trataba del bien en sí mismo, sino simplemente de las instalaciones para hacer el bien, en las cuales procedía con la seguridad de la más feliz inspiración. El, que como muy bien sabéis, siempre hablaba de sí mismo en tercera persona, respondía a nuestras felicitaciones:

—Cuando se trata de hacer algo que mira a la gran causa del bien, don Bosco quiere ir siempre a la vanguardia del progreso.

Esta palabra que un día oímos de labios de vuestro padre, queridísimos hijos, pensamos dejárosela como recuerdo, como fruto, como propósito para el trabajo, como la más bella conclusión práctica de esta hora maravillosa que Nos habéis proporcionado. Cuando se trata del bien, de la verdad, del honor de Dios y de la Iglesia, del Reino de Jesucristo, de la salvación de las almas, ¡siempre a la vanguardia del progreso! Sea ésta vuestra palabra de orden, el estímulo constante para caminar cada vez más animosamente por los hermosos caminos a los que os preparan la palabra, la exhortación, el ejemplo y ahora la intercesión del Beato Juan Bosco.

[158] Con esta magnífica visión del pasado y previsión para el porvenir os impartimos la Bendición Apostólica, todas las bendiciones que habéis venido a pedir a vuestro Padre en un momento tan hermoso; todas esas bendiciones que Nos ha pedido vuestro muy afortunado intérprete para cada una de sus familias: las bendiciones que en este momento os impartimos de corazón a todos y cada uno de vosotros, jóvenes y no jóvenes, junto con todas las cosas y personas queridas, instituciones, obras, aspiraciones, casas, colegios, misiones, que cada uno de vosotros lleva en el pensamiento y en el corazón y desea sea bendecido. Descienda sobre todo ello nuestra paternal bendición y permanezca siempre.

Cuando hubo terminado de hablar, el Padre Santo se puso en pie para impartir la bendición. Toda la asamblea enajenada, conteniendo a duras penas la emoción, tomó una actitud de devota piedad; pero, al llegar al *maneate semper*, desahogó su entusiasmo con aplausos que subieron a los cielos. Adelantóse el Papa con el séquito hasta el borde de la tribuna, la recorrió de uno a otro lado saludando con repetidos gestos de sus manos, mientras crecían en intensidad los gritos juveniles. ¡Qué clamorosa alegría! La fervorosa manifestación de afecto no cesó hasta que el augusto Pontífice entró en sus estancias. «Verdaderamente ha sido, escribió el *Osservatore Romano* del día cinco de junio, la peregrinación de las peregrinaciones. ¡Qué maravilloso espectáculo!».

Dos días más tarde hubo otra audiencia bastante más reducida, pero digna también de recuerdo. Se trataba de los doscientos clérigos mencionados más arriba y los doscientos cincuenta alumnos de la casa madre de Valdocco. Los primeros estaban alineados en la sala Clementina y entonaron el *Oremus pro Pontifice* al llegar Su Santi-

dad, mientras el Papa pasaba dando a besar la mano. Entró después en el aula Consistorial, donde estaban reunidos los muchachos. El Padre Santo desfiló también ante ellos y agradeció la ofrenda de varios volúmenes artísticamente encuadernados, que trataban de los distintos métodos seguidos en las escuelas profesionales salesianas. Estaba entre ellos, además, una publicación de don Rotolo, Director del Oratorio, titulada *I soggiorni del Beato Don Bosco a Roma* (Las estancias del Beato Don Bosco en Roma). Sentóse el Papa en el trono, y resonó la voz de un jovencito que le dirigió estas palabras:

[159] *Beatísimo Padre:*

Con el alma rebotante de santo entusiasmo hemos llegado a Roma los doscientos cincuenta aquí presentes para representar dignamente a los setecientos alumnos de la Cada Madre de los Salesianos, el Oratorio de San Francisco de Sales de Turín, primera fundación de nuestro querido Padre, el Beato Juan Bosco. Nuestro entusiasmo, alimentado en nosotros durante mucho tiempo, mientras seguíamos con amoroso temor las fases del Proceso Apostólico para la Causa de don Bosco, sobre todo aquellas que debían ser coronadas con la Palabra solemne y tan cordial de Vuestra Santidad, lo presentamos ahora a vuestros pies juntamente con los sentimientos de vivísimo reconocimiento y profunda devoción con que se sienten llenas nuestras almas hoy más que nunca.

Queremos rendiros este homenaje, Beatísimo Padre, a Vos que, en la majestad imponente de los Palacios Vaticanos, después de haber tenido, el domingo pasado, la inestimable fortuna de encontrarnos a vuestro paso, en San Pedro, donde con todo el arrebatado de nuestros corazones hemos buscado subir hasta Jesús, cuyo Representante en la tierra es Vuestra Santidad, el sincero homenaje de nuestra fe, nuestra filial obediencia y nuestro gran amor.

Salimos del Oratorio de Turín con la grata poesía de los recuerdos que resonaban en nuestra alma, sin olvidar que, hace cuarenta y seis años ahora, había sido morada agradable y llena de íntimas y suaves impresiones para Vos, Beatísimo Padre, y que ahora consideráis como una gran fortuna haber alternado confidencialmente en aquella circunstancia con el nuevo Beato. ¡Cuántos recuerdos queridos, ligados al nombre de don Bosco, fidelísimo servidor del Sumo Pontífice y de la Cátedra Romana, Apóstol de la devoción al Papa! El Oratorio que dentro de pocos días volverá a tener en la gloria a su Fundador, repite a todos los hechos maravillosos de que fue testimonio desde sus albores.

Ya el año 1847, más de quinientos jóvenes, reunidos en torno a don Bosco, defraudando las expectativas de algunos sectarios mal intencionados, repetían con entusiasmo el grito de *¡Viva el Papa!* para demostrar la reverencia que siempre se debe a la dignidad Pontificia. El año 1849, a una invitación de don Bosco, los muchachos del Oratorio, juzgando que era una suerte poder dar muestras de veneración a la Cabeza de la Iglesia, priváronse casi de lo necesario e hicieron una colecta que alcanzó las treinta y tres liras. Fueron enviadas al Obolo de San Pedro para aliviar la augusta pobreza de Pío IX, desterrado en Gaeta. Y llegaron al Papa juntamente con los sentimientos de tierna devoción con los que iban acompañadas. El Pontífice experimentó, en medio de sus dolores, una suave emoción ante la afectuosa y sencilla

ofrenda y, muy agradecido, envió como regalo a sus jóvenes colaboradores un rosario. Y es así, según hemos podido entender al leer su vida, como hizo siempre el Beato don Bosco, para educar eficazmente en el amor y la devoción al Papa a las generaciones que desde 1841 hasta 1888 fueron objeto de sus directos cuidados.

[160] Las enseñanzas del Padre, heredadas y siempre practicadas por los Salesianos, siguen siéndonos transmitidas también por medio de nuestros actuales Superiores y Maestros a nosotros los alumnos de la Casa Madre de Valdocco. Queremos secundarlas y ser dignos, también en esto, de tantos jóvenes como nos han precedido con honor en el Oratorio.

Ante Vos, Beatísimo Padre, protestamos en nombre de todos nuestros compañeros, nuestro gran amor, nuestro cariño indefectible al Vicario de Jesucristo. Pero en esta ocasión, no nos satisface plenamente este acto. Queremos dirigir a Vuestra Santidad una palabra de sentido agradecimiento. Queremos deciros gracias en nombre de millares y millares de jóvenes hijos de don Bosco, esparcidos por todo el mundo, agradecidos a Vuestra Santidad, que lo ha elevado al honor de los altares. ¡Gracias! Es de justicia que seamos nosotros, los muchachos del Oratorio de Turín, quienes os digamos gracias; nosotros que, desde el día nueve, tendremos la fortuna de estar más cerca que todos de don Bosco Beato.

Os damos también las gracias, Beatísimo Padre, por vuestra gran bondad y paternal amabilidad al concedernos esta audiencia, cuyo recuerdo no se borrará jamás de nuestra mente. ¡Gracias!

Con estos sentimientos en el corazón nos resulta sobremanera dulce y grato arrojarnos para recibir la bendición que Vuestra Santidad nos impartirá con particular efusión del corazón. Estamos firmemente convencidos de que esta bendición nos aportará a nosotros y a todos nuestros compañeros de la Casa Madre y de los demás Colegios Salesianos, una abundantísima rociada de gracias celestiales, que servirán para alcanzarnos la perseverancia y el entusiasmo por el bien y por nuestra santa fe, que nos haga verdaderamente dignos hijos de don Bosco a quien ahora saludamos como Beato.

Santidad,

Pedimos también esta bendición para nuestros queridos padres, para nuestros amados Superiores, de modo especial para nuestro Señor Director, que nos ha acompañado hasta aquí, por nuestros estudios y nuestro trabajo. Bendición amplia para las personas, los lugares y el tiempo; rica en gracias; llena de aquel motor paternal que Jesús mostraba a los jóvenes, y que Vuestra Santidad, copiando al divino Modelo, siente y demuestra de manera tan maravillosa.

Después de esta lectura, tuvo el Papa la bondad de dirigir a los reunidos este paternal discurso.

¡Predilectos hijos de don Bosco y nuestros!

Me han gustado vuestros cantos y vuestros aplausos porque manifiestan el amor profundamente filial que sentís a Nuestra Persona; pero nos gusta mucho más vuestra presencia. No habéis querido, hijos míos, abandonar la Ciudad Eterna sin volver a ver al Padre; os [161] aseguro que también el Padre deseaba volver a ver, antes de que partieran, a sus hijos tan buenos y tan queridos.

Por eso, os volvemos a ver con satisfacción, y con tanto más placer por cuanto volvemos a ver a don Bosco no sólo en el gran cuadro, que resplandeció en la Basílica de San Pedro, en aquel inmenso espectáculo de almas y de oración, por la glorificación de vuestro y nuestro Beato don Bosco; y en la ocasión en que hemos podido hablar a la inmensa familia salesiana, en el patio de San Dámaso; sino que volvemos a verlo en vosotros, que sois su porción elegida.

En vosotros, teólogos de hoy, sacerdotes de mañana, exponente espiritual de la familia salesiana, de esa numerosa tropa formada por Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Alumnos y Cooperadores; en vosotros, futuros sacerdotes, esperanza de tantas almas, que ansiosamente aguardan la palabra de la verdad, la palabra divina del Evangelio, que saldrá de vuestros labios.

En vosotros, queridos muchachos pequeños predilectos de nuestros antecesores, como lo sois de Nos y de don Bosco, el cual amó las almas de los pequeños como Nuestro Señor. Vosotros sabéis que las almas de los más pequeños son las predilectas de Nuestro Señor Jesucristo, y os aseguramos que también lo sois para Nos, queridísimos hijos de la Casa Madre, yemas de las primeras plantas, que don Bosco cultivó con tan solícitos cuidados. Antes de bendeciros queremos decir dos palabras a los unos y a los otros: pocas palabras que caerán en buen terreno, y que vosotros haréis fructificar, como os lo enseñó vuestro Padre, el Beato don Bosco.

A vosotros, teólogos, a vosotros hijos de don Bosco y teólogos salesianos. Sois estudiantes de teología: estudiadla bien; es la ciencia de Dios a quien debéis llevar muchas almas. Teólogos salesianos, he aquí la palabra que os dirigimos: trabajad siempre, mas sin dejar la oración, la meditación, el espíritu de piedad, ya que, sin estas ayudas, no se puede trabajar útilmente para gloria de Dios. En efecto, así como una máquina, por muy perfecta que ella sea, por mucho brillo y poder que tenga, no funciona sin fuerza motriz, mientras que, cuando recibe el empuje necesario, trabaja expeditamente; así debe ser también para vosotros la oración y la meditación: he ahí el secreto para lograr que vuestras obras sean fecundas con frutos de santidad.

Recordad que los frutos alborotados, faltos de recta intención y de la gracia, no son los que agradan a Dios. Amad, pues, la teología y procurad que os lleve a una vida de sincera piedad; pedid al Señor que os ayude a orientarla hacia estos sentimientos; de este modo compartiréis vuestros ideales. Amad, procurad que vuestra teología tenga amplia, profunda y eficaz aspiración ascética; sea la teología la base y la inspiración ascética; y sirva la ascética para la inspiración teológica.

Y a vosotros, queridísimos jóvenes, una palabra más tierna y paternal. Os decíamos que así como Nos hemos tenido el placer y la satisfacción de glorificar a don Bosco, elevándolo al honor de los altares, [162] así os toca ahora a vosotros glorificarlo y tributarle el correspondiente honor en la tierra. El Papa ha pensado en el honor celestial de don Bosco; los hijos del Beato deben pensar en el honor del Padre: *Honor patris, filius sapiens*. Pero vuestra sabiduría debe manifestarse en el espíritu, en la palabra, en las obras, en el trabajo de toda vuestra vida cristiana y en las relaciones sociales; en vuestras posiciones inequívocas, en vuestras conversaciones rectas y en todas las circunstancias de la vida. Entonces seréis verdaderamente hijos sabios y vuestro Padre estará en vosotros y será glorificado por vosotros.

Queremos añadir una palabra más: todos debéis tener un profundo sentimiento de lo que sois. *Filii sanctorum sumus*, dice el escritor sagrado, palabras propias de los hijos de la Iglesia, de la gran familia Católica; pero que desearíamos tuviérais siempre presentes vosotros, ejército salesiano, ya que el pensamiento de la santidad del Padre hace que los corazones de sus hijos se sientan santamente altivos y orgullosos.

Habéis oído estas palabras en medio de la alegría y el esplendor de la apoteosis de don Bosco y os auguramos que ello contribuya a esculpir las en vuestros corazones.

Sois hijos de un Santo; y habéis de mostraros siempre dignos de tal honor por doquiera. Ello os ayudará, queridos míos, a dirigir vuestros pensamientos, deseos y aspiraciones hacia lo alto, hacia la verdad y el bien; así estará contento vuestro Beato de vosotros y se os reconocerá por todas partes y se dirá que el Beato don Bosco ha sido glorificado en la sabiduría de sus hijos.

Y ahora para alcanzaros el cumplimiento de estas metas sublimes, os impartimos la Bendición Apostólica extensible a todas vuestras intenciones: la impartimos a los Salesianos, alumnos y exalumnos, a los colegios, a las Misiones, a todo lo que lleváis con vosotros o que está en vuestro pensamiento: entendemos que llegue a todo nuestra bendición.

Todos se postraron para recibir la bendición del Papa, el cual en medio de los aplausos abandonó la sala, acompañado por las miradas ansiosas y centelleantes de aquella generosa juventud.

Pensaban los Superiores Salesianos imprimir a las manifestaciones romanas un carácter de perennidad, mediante una obra que fuese imperecedero recuerdo en Roma del fausto suceso para los venideros. Por eso llevaban ya entre manos una empresa que resultaba muy oportuna. Se estaba formando, desde hacía veinte años, un barrio nuevo, cada vez más populoso entre Tor Pignattara y Via Appia Nuova. Los nuestros habían adquirido por allí, en 1929, junto a la vía Tusculana [163] un estimable terreno que medía treinta y cinco mil metros cuadrados, con la idea de levantar amplios talleres y escuelas profesionales para unos trescientos jóvenes internos, más otras construcciones para oratorio festivo y centro postescolar. Se pensaba también en construir un templo majestuoso para atender las necesidades espirituales de la nueva población, con capacidad para seis mil fieles por lo menos y dedicado a María Auxiliadora. Los planos, confiados al hermano arquitecto Julio Valotti, ya estaban preparados en abril de 1928 y el doce de mayo del año siguiente, día onomástico de Pío XI, fueron presentados al Padre Santo, a quien se le comunicó que se quería titular la obra con su nombre, como devoto homenaje de los Salesianos en su inminente jubileo sacerdotal. El Papa manifestó su agradecimiento por la filial demostración; y, al examinar detalladamente los planos de las escuelas, se detuvo ante el proyecto de la iglesia y mostró su satisfacción. Y como se entendía comenzar ésta en un segundo tiempo, exhortó a que se empezara sin demora. Por tanto, cuando se anunciaba como cierta y próxima la beatificación de don Bosco, aunque todavía no estuviera acabada ni siquiera la primera ala del edificio escolar, los Superiores determinaron que, en el programa de las fiestas que se preveían, se incluyese también la ceremonia de la

colocación de la primera piedra de la iglesia y se considerase toda la obra como un monumento al Papa de la beatificación.

Cuando don Fidel Giraudi le presentó los planos de la iglesia, expresó el Papa otro deseo: aconsejaba que se la diese mayor amplitud, pues parecíale cierto, como lo confirmaron los hechos, que crecería notablemente la población por los alrededores. Y más aún, casi a título de incentivo, ofreció un millón de liras; y no paró ahí su munificencia, ya que, durante el curso de los trabajos entregó, posteriormente, a plazos, otra cantidad igual.

El sagrado rito se desarrolló con la mayor solemnidad el día cuatro de junio por la tarde, mientras en la Basílica del Sagrado Corazón [164] empezaban los Salesianos el grandioso triduo que suele celebrarse en la Urbe en honor de los nuevos Beatos. El terso cielo de Roma favoreció la sugestiva función, deslumbrante por su grandioso aparato. Había allí cinco Purpurados —Pompili, Hlond, Cerretti, Lauri, Gamba—, numerosos Obispos, muchas autoridades eclesiásticas y civiles, un numeroso grupo internacional de sacerdotes y religiosos, las Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y exalumnos en número considerable, varios colegios salesianos, que llenaban la inmensa área en torno al armazón que sostenía un bloque de piedra destinado a ser el centro sobre el cual se elevaría el nuevo templo. Tocó la banda de música una marcha y don Felipe Rinaldi explicó a los asistentes las razones remotas y próximas del homenaje que los Salesianos querían rendir al Pontífice felizmente reinante. A continuación del discurso, el cardenal Pompili, Vicario de Su Santidad, bendijo la piedra, que, después de recibir la primera paletada de cal, fue bajada lentamente hasta el fondo de la zanja. En una cavidad de la piedra se había encerrado un estuche de plomo con un pergamino y unas medallas. En el pergamino había esta inscripción: *Bajo el Pontificado de Pío XI, en el año de su Jubileo sacerdotal, siendo Rey de Italia Víctor Manuel III y Duce de los Italianos Benito Mussolini, en el año VII de la Era Fascista, en el cual JUAN BOSCO padre y Legislador de los Salesianos, fue inscrito entre los Beatos, don Felipe Rinaldi, Rector Mayor de la Sociedad Salesiana, a fin de perpetuar la memoria de tan insigne suceso, hizo empezar en este nuevo barrio de Roma, bajo los auspicios y el nombre de tan gran Pontífice, el Templo dedicado a María Auxiliadora y el grandioso Instituto profesional para jóvenes aprendices y el Cardenal Vicario Basilio Pompili, bendijo la piedra angular, según el rito, el 4 de junio de 1929.* Acabada la ceremonia, pronunció unas palabras el Cardenal oficiante; después visitaron los presentes las obras en construcción, que en su conjunto ocu-

parían una superficie como siete veces el Hospicio del Sagrado Corazón.

Hemos hecho referencia al triduo, primer homenaje solemne de [165] veneración al Beato don Bosco. Tejieron las loas del festejado monseñor Salotti, monseñor Olivares y el cardenal Gamba. Acudieron a celebrar la Misa del Beato muchísimos sacerdotes seculares y regulares. No disminuyó en todo el día la afluencia de devotos. Las sagradas funciones se desenvolvían solemnisimamente en medio de un derroche de luces y ante imponentes multitudes. Manifestaciones externas, espléndidas iluminaciones nocturnas, conciertos de bandas salesianas, himnos y cánticos de los jóvenes alegraban a las multitudes que acudían a participar en la alegría de los hijos de don Bosco.

El triduo continuó con la fiesta del Sagrado Corazón, que coincidía precisamente con el día de la clausura. Daba la impresión de que el mismo Sagrado Corazón de Jesús quisiera glorificar al que tanto había trabajado y sufrido por su gloria, como extensamente se narra en las *Memorias Biográficas* del Beato. Coincidió aquel siete de junio con otro suceso. A las once de la mañana se celebró en el Vaticano el intercambio de ratificaciones del Pacto Lateranense del once de febrero, que debían entrar definitivamente en vigor al son de las campanas del mediodía. Satisfizo pensar, por tanto, que el Corazón del Redentor, dueño de los corazones y de los sucesos humanos, presidiese precisamente entonces aquel gran acto, con el que se cumplía uno de los más ardientes deseos de don Bosco, la Conciliación entre la Santa Sede y el Estado Italiano.

La solemnidad del Sagrado Corazón no acabó de repente con la concurrencia de los fieles romanos, deseosos de venerar a don Bosco en la iglesia por él levantada. Una nota característica llamó la atención durante el triduo y los días siguientes: la frecuencia de los Sacramentos. Se confesaba en todos los rincones de la iglesia y casi a todas las horas del día, y se distribuía la comunión casi sin cesar. Fue un detalle que llamó la atención después en las celebraciones ampliamente tenidas en Italia y en el extranjero. No se habría podido ciertamente honrar a don Bosco de un modo más de acuerdo con el espíritu de su apostolado, que él ejerció siempre difundiendo la práctica de una piedad, diríamos, tan sacramental.

[166] No hemos hablado de las interpretaciones musicales. Sería éste un olvido imperdonable, dado el brillo que la música proporcionó a las fiestas y la importancia que ella suele tener en toda fiesta salesiana. Llamó la atención la *Schola cantorum* del Colegio del Sagrado Corazón, reforzada con los mejores cantores de las Capillas

romanas, bajo la dirección del salesiano don Rafael Antolisei. Este gran Maestro había hecho su parte. Escribió una Misa, a ocho voces mixtas, que se interpretó el primer día del triduo y recibió las más altas alabanzas de los entendidos. Todos admiraban la belleza de la inspiración melódica, la poderosa técnica de corte palestriniano y la variedad de efectos conseguidos. El día cinco se unieron a su *Schola cantorum*, en simpática hermandad, setenta sopranos y contraltos y ochenta tenores y bajos, pertenecientes a la *Schola cantorum* del Oratorio de Turín, dirigida por nuestro Dogliani. Formaron un conjunto de doscientos sesenta cantores, que interpretaron la *Missa Brevis*, a cuatro voces, de Palestrina. La majestad y la potencia de los acordes embelesaron a cuantos tuvieron la suerte de disfrutar de aquella ejecución. Pero la Misa mejor estaba reservada para el tercer día: la *Missa Assumpta est*, a seis voces, del mismo Palestrina. Es una partitura para dos sopranos, un contralto, dos tenores y bajo. El tejido de la polifonía palestriniana se acerca a lo prodigioso; a cada frase, a cada momento se suceden nuevas e inspiradas maravillas que sorprenden y enamoran. El Maestro supo arrancar de su masa coral, claras y distintas, las más ocultas bellezas de aquella obra maestra. Lo mismo por la mañana que por la tarde se interpretaron, además, cada día composiciones de Meluzzi, Antolisei, Dogliani y otros reputados Maestros con acompañamiento de órgano. Quedó sellado el triduo musicalmente el último día con el *Te Deum* a cuatro voces de Antolisei.

El día siete por la noche empezó el éxodo de los peregrinos llegados a Roma para la beatificación de don Bosco. Los encontraremos pronto en Turín.

CAPITULO IX

EL TRASLADO DEL CUERPO

AL llegar a este punto, un poeta a la antigua invocaría a su musa diciendo: —Cántame, Diva, la vuelta del Héroe, las turbas de gente sin cuento que le aclamaban, el ejército inmenso que lo escoltaba, y el caudillo que encabezaba la marcha.

Pero aquí, el clarín de la epopeya cede su plaza a la pluma de la crónica.

Es muy antigua en la Iglesia la costumbre de trasladar los cuerpos de los santos de un lugar a otro con solemnidades religiosas. Baste recordar la pompa con que fueron trasladados, el año ciento siete, los restos de los huesos del obispo San Ignacio, martirizado en Roma, hasta su ciudad de Antioquía. Moroni, autor del célebre *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, describe, con abundancia de detalles en el vocablo TRASLADO DE LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS, y también en otros, las procesiones extraordinarias, con las que, en diversos tiempos, se hicieron algunos de dichos traslados, con participación masiva y fervorosa de los pueblos. El martirologio romano da cuenta muchas veces de los traslados de los cuerpos de los Santos, como sucesos de la mayor importancia.

Dos causas contribuyeron siempre para celebrar con grandiosidad estos ritos: la veneración de los Siervos de Dios y los prodigios obrados en sus tumbas. La finalidad de la Iglesia al favorecer esta piadosa costumbre, queda expresada claramente en un anuncio sagrado referido por dicho autor y publicado con ocasión del [168] traslado de la mártir romana Santa Bonosa por el cardenal Odescalchi, Vicario del Papa Gregorio XVI, el 4 de agosto de 1838: rendir honor a Dios con la exaltación de sus santos, despertar en los fieles el recuerdo de sus virtudes, encender en todos el deseo de imitar sus ejemplos e inspirar confianza en su intercesión.

En el caso de don Bosco actuaron poderosamente una y otra causa y se alcanzaron ampliamente los cuatro efectos. En los primeros meses del año 1929 abundaban los signos que permitían presagiar manifestaciones populares extraordinarias en Turín con motivo del traslado; los hechos superaron con mucho toda previsión. Afortunadamente los preparativos estuvieron a tono con el suceso.

Preparativos generales

Era preciso, ante todo, comunicar con tiempo la fecha de los festejos y publicar las líneas fundamentales del programa. El Rector Mayor don Felipe Rinaldi se preocupó de ello en su circular del cuatro de abril a los directores diocesanos, decuriones y celadores de los Cooperadores. Ya anunciaba en ella que «el suceso por tantos años esperado, apremiado por los deseos y las plegarias de tantas almas», estaba a punto de llegar; encargaba, por consiguiente, a los destinatarios que hicieran llegar a todos los miembros de la Pía Unión la invitación para ir a Roma el dos de junio y el nueve a Turín. Y, después de comunicar lo que se haría en Roma, anunciaba para Turín el traslado del cuerpo desde Valsállice a la Basílica de María Auxiliadora, un solemne triduo en el mismo santuario y la colocación de la primera piedra de un Instituto Misionero.

Lo segundo en que había que pensar para Turín, mucho más que para Roma, era en una adecuada organización. Roma absorbe las multitudes, que se encauzan fácilmente por sí mismas y encuentran allí lo esencial; además, la inmensidad de San Pedro facilita a todos el acomodarse [169] de algún modo dentro o fuera de la Basílica. En cambio en una ciudad de provincia, aunque sea Turín, si se quieren congregarse masas muy grandes sin que se pierdan y que las reuniones de multitudes se desarrollen ordenadamente, está todo por hacer. Pero don Felipe Rinaldi tenía a su disposición el hombre que se necesitaba, dotado de la clarividencia, energía y sangre fría que se requerían para organizar un gigantesco movimiento. Era el Prefecto General don Pedro Ricaldone. A él le encargó la organización los preparativos y la ejecución de los mismos, y él fue quien dirigió todo lo que vamos a ir describiendo.

Constituyó inmediatamente comisiones de honor y comisiones organizadoras. Aceptaron la presidencia honoraria de la Comisión masculina el Príncipe Heredero, otros siete Príncipes de la Casa de Saboya y el Cardenal Arzobispo; y se adhirieron como miembros honorarios setenta y seis ciudadanos más, entre aristócratas, dignatarios eclesiásticos y civiles, altos funcionarios, senadores y diputados, lumbreras de las letras y las ciencias, industriales y financieros. Dieron su nombre a la Comisión femenina cinco Princesas de la Casa de Saboya como presidentas, y otras ciento cincuenta socias, entre damas de la nobleza y señoras de la alta burguesía. De esta forma resultó que la flor y nata del señorío de la ciudad esperaba la llegada del suspirado acontecimiento, no como un pasivo espectador, sino con el ánimo de ser parte activa del

mismo. En efecto todos aquellos nombres no significaban solamente adhesiones platónicas, sino que tenían voluntad de cooperar con su autoridad, su influencia y hasta su acción personal.

Mientras se recogían estas firmas, laboraba incansablemente una Comisión general organizadora, presidida por don Pedro Ricaldone, compuesta por Salesianos, y dividida en seis subcomisiones, cuyas respectivas funciones estaban distribuidas de este modo: 1.^a Peregrinaciones, alojamiento y transportes.—2.^a Exhumación, recomposición, veneración de los restos.—3.^a Funciones religiosas.—4.^a Traslado de los restos.—5.^a Propaganda, prensa.—6.^a Radioaudiciones, documentación, foto-filmes.

[170] De estas subcomisiones dependían las secciones de los antiguos alumnos internos de Valdocco, que ayudaban a preparar la recepción y hospedaje de sus colegas italianos y extranjeros, y despachaban la correspondencia epistolar con las Juntas de los Antiguos Alumnos de todas las naciones. Y, así como después la Junta diocesana de Turín había señalado el nueve de junio para la reunión regional de la juventud masculina y femenina, la Asociación de los Antiguos Alumnos resultó también muy útil para ordenar lo necesario a tal fin.

Cada subcomisión tenía su jefe; la cuarta, a la que correspondía la organización del cortejo para el traslado, estaba bajo la inmediata dependencia de mismo Prefecto General. La estrecha colaboración de estas variadas actividades produjo éxitos tan grandes como no se hubieran podido desear, lo mismo en Roma que en Turín. Ya hemos dicho bastante de Roma; también se ha dicho lo suficiente de cuanto se refería a las incumbencias de la segunda subcomisión. Hablaremos aquí del resto.

Preparativos especiales

Una de las mayores preocupaciones fue la de atender las numerosas peregrinaciones que se anunciaban. ¿Cómo alojar y mantener a tanta gente? La primera subcomisión, presidida por el Consejero General don Antonio Candela, tuvo la feliz idea de ponerse de acuerdo con la sección piamontesa del Instituto Colonial Fascista, que se prestó a cuanto fuera necesario con la mejor voluntad del mundo. Se centró, pues, en esta institución todo el gran movimiento, de forma que se obtuvo unidad directiva. La institución, secundada y favorecida por el Alcalde, conde Thaon de Revel, proporcionó alojamiento a

los muchos jóvenes procedentes de las casas salesianas en los gimnasios escolares y, a fin de que hubiese un lugar suficientemente amplio y seguro donde aparcar toda suerte de vehículos, preparó en el Estadio un inmenso espacio, donde estacionar, por un coste insignificante, automóviles, autocares, motocicletas, coches, carritos y carruajes de todo género. Hizo construir, además, tres [171] pabellones, donde se suministrasen comidas frías y bebidas a cuantos quisiesen. Buscó, por fin, e hizo la lista de las habitaciones en casas particulares y hoteles disponibles del ocho al trece de junio. Don Antonio Candela buscó personalmente alojamientos decorosos para los Obispos italianos y extranjeros en las casas parroquiales, casas religiosas y familiares. Los turineses respondieron a la llamada con laudable espíritu de civismo. Las habitaciones libres de las casas salesianas de la ciudad estaban reservadas para los Cardenales, los Obispos, los Inspectores y los delegados que acompañaban a estos últimos al próximo Capítulo General de la Pía Sociedad. Don Pedro Ricaldone repartió hasta el listín de precios para hospedaje y manutención en los hoteles públicos y envió a los jefes de cada una de las peregrinaciones un módulo, que debían llenar, suministrando una serie de informes detallados y precisos, muy útiles para evitar o al menos disminuir, por cuanto fuere posible, lo imprevisto.

Los datos recogidos servían también a la Dirección de Ferrocarriles para coordinar el movimiento de trenes. Se había concedido la rebaja del cincuenta por ciento hasta a los peregrinos aislados. El jefe de la circunscripción regional de ferrocarriles se esmeró con verdadero celo, para que todas las estaciones de Turín estuviesen en situación de poder atender al rápido y continuo sucederse de trenes de llegada y de salida. Se abrieron para tal fin andenes provisionales y nuevas líneas para la partida de los trenes. La Asociación Nacional de Transportes ordenó que se suspendiera durante cinco días la aceptación de algunas mercancías dirigidas a Turín. Las Compañías municipales de tranvías y las de ferrocarriles privados tomaron también oportunísimas disposiciones.

Se confiaba mucho en la prensa de la ciudad, de la que se ocupaba la quinta subcomisión; por eso valióse don Pedro Ricaldone de una ocasión propicia para concertar una reunión de periodistas en el Oratorio. Debíanse inaugurar los nuevos locales destinados a la prensa periódica salesiana; nada más natural que invitar a una recepción a los periodistas turineses. Acudieron éstos en gran número y don Pedro Ricaldone pudo así exponerles el programa de las fiestas y ponerles [172] en relación con los miembros de la quinta subcomisión, los

cuales les habrían podido proporcionar de este modo todos los informes oportunos. Por este medio pudo la subcomisión comunicarse con los más importantes diarios de Italia y del extranjero, que a su vez informarían exactamente al público sobre la grandeza y la santidad del nuevo Beato y difundirían ampliamente todas las noticias referentes a las manifestaciones en su honor.

También la tercera subcomisión, presidida por el Catequista General, don Pedro Tirone, tuvo su quehacer. La afluencia de sacerdotes forasteros y la presencia de muchos Obispos requerían altares, ornamentos y vasos sagrados en abundancia. La administración de los Sacramentos a millares de fieles exigía disposiciones excepcionales, si se quería que resultase fácil y rápida. Además, se esperaba que en la Basílica de María Auxiliadora, durante el triduo se celebrarían sin cesar grandiosas ceremonias, cuyo éxito dependía de una cuidadosa preparación. Se estableció entre otras cosas un programa musical tan rico y variado, que, para ejecutarlo bien, fueron necesarios inteligentes y repetidos ensayos.

En cuanto a los ornamentos, los más importantes eran los que habían de usarse en los pontificales. Hacía dos años que trabajaban en ello más de cuarenta personas, entre hermanas, novicias y postulantes de las Hijas de María Auxiliadora. Fue un homenaje magnífico suyo al Fundador la preparación de seis capas pluviales, una casulla, cuatro dalmáticas, tres estolas, tres manípulos, un velo humeral, un paño de cáliz, dos bolsas de corporales, un conopeo y un frontal. Los bordados ejecutados sobre rico tejido demostraban una técnica y una habilidad superiores a todo elogio; rivalizaban en ellos la grandiosidad del dibujo y el primor de la ejecución. El más mínimo detalle había sido realizado con exquisita diligencia. Algunas florecillas, ciertas hojitas, determinadas volutas habían costado jornadas enteras de paciente atención; y pequeñeces de esta índole las había a cientos en un solo pluvial. Se emplearon en ello veinte kilos de oro. Resulta un monumento, muy digno de recuerdo para la posteridad, la piedad filial del Instituto a su gran Padre.

[173] Correspondía a la tercera subcomisión cuidarse de la ornamentación del santuario, y tanto se hizo que, al acabar, los más asiduos no reconocían su iglesia. La Gloria del Beato en la gigantesca pintura expuesta en San Pedro dominaba el templo desde el altar mayor. También procedían de Roma los dos grandes cuadros de los milagros, los cuales colgaban de las paredes laterales del mismo altar.

La Sexta subcomisión dio los pasos necesarios para obtener una instalación radiofónica que transmitiese al público situado en los pa-

tios del Oratorio, en la plaza de María Auxiliadora y a lo largo de la avenida Regina Margherita las ejecuciones musicales, salmodias, predicaciones, oraciones, que se hicieran en la Basílica. Era una novedad en el campo religioso, que fue después imitada en varios lugares. La misma subcomisión facilitó los enseres para documentar con fotografías y películas cinematográficas los detalles más salientes del traslado.

Preparativos para el cortejo

El trabajo mayor fue el encomendado a la cuarta subcomisión: la preparación del cortejo que debía acompañar el cuerpo del Beato desde Valsállice a Valdocco. Si se quería que todo respondiese a las esperanzas universales, no bastaba ciertamente trazar un plan grandioso, sino hacerlo posible y de segura realización. De ello se preocupó personalmente don Pedro Ricaldone, el cual supo buscar colaboradores a propósito y dirigir su actuación. Comenzó por estudiar detalladamente el recorrido y buscarse el apoyo de las Autoridades ciudadanas. Después se dispuso a calcular las modalidades que debían regular el desfile. Con escuadras de alumnos del Oratorio repitió varias veces los ensayos para determinar la extensión de las columnas y medir el tiempo de la marcha. Resultaba indispensable hacer estas pruebas previamente, porque eran cada vez más los participantes que se anunciaban: el cálculo preventivo de sesenta mil, elevado luego a cien mil, resultó [174] después inferior a la realidad. Se fijaron dieciocho agrupaciones, al frente de cada una de las cuales se colocó un sacerdote salesiano, dotado de la necesaria energía. Hecho el cálculo aproximado de los individuos asignados a cada grupo, don Pedro Ricaldone dio instrucciones a los jefes para que movilizaran unos doscientos ayudantes elegidos entre los exalumnos, los padres de familia asociados y los jóvenes de los oratorios festivos. Señores de profesiones liberales, estudiantes y obreros prestáronse a ello con verdadero fervor, sacrificando muchas horas de descanso para asistir a las reuniones. Con el título de reguladores fueron repartidos entre los jefes de grupos, en número proporcionado al contingente del grupo respectivo. Algunos ilustres eclesiásticos se ofrecieron para la asistencia de los Cardenales y Obispos, y algunos señores de la aristocracia aceptaron el ocuparse del ceremonial para las personalidades más distinguidas.

Una vez compilados así los cuadros, eligió don Pedro Ricaldone los puntos de concentración de los grupos, lo mismo para la partida

que para la llegada. En un folleto impreso se indicaba con claridad la organización definitiva; se señalaban las normas para realizar con orden y con calma las distintas evoluciones y quedaba establecido todo lo que se debía hacer durante el movimiento; precisaba, además, la hora exacta de las concentraciones, los puntos donde salir fuera y donde cortar y el momento de hacerlo, el número de agentes necesarios según la diversidad de los lugares para contener a la multitud o para facilitar a los grupos el ingreso en el cortejo. Llevaba el folleto unos planitos topográficos en los que se señalaban el recorrido y los distintos puntos de concentración, antes y después. Distintivos, brazaletes, tarjetas de paso libre, billetes especiales, todo se previó, preparó y distribuyó oportunamente.

No podía olvidarse una cuidadosa organización sanitaria. Y en la sede del Instituto Colonial Fascista hubo una reunión de técnicos sanitarios los cuales, después de estudiar las posibilidades, dispusieron que se prepararan veintiún puestos de socorro de urgencia. En cada uno de ellos habría el material necesario, un médico, un practicante y sus ayudantes. La Milicia movilizaría tres centurias, poniendo los Camisas Negras a las órdenes de los dirigentes de la labor sanitaria.

[175] Para tranquilizar a las Autoridades, don Pedro Ricaldone dioles a conocer el folleto con el programa de todo el movimiento, que fue alabado en todas partes. El Príncipe Heredero, que había determinado asistir a la gran manifestación, quiso ver aquel programa y manifestó su admiración por la ejemplar habilidad con que se había preparado todo.

La quinta subcomisión abrió un concurso para el himno que debía cantarse durante el acompañamiento. Fue ganado por el original de don Segundo Rastello, con música de don Miguel Gregorio. Los dos Salesianos habían logrado verdaderamente imponerse: letra y música poseían la forma popular requerida por la circunstancia ¹. Aprobó además, la publicación de una elegante *Guía-Itinerario de un paseo turístico en tranvía para tener una breve orientación en la Ciudad de Turín*, con el retrato y una sencilla biografía de don Bosco.

Finalmente don Pedro Ricaldone aprobó un programa de fuegos artificiales para la noche de la fiesta, presentado por la Compañía Battagliotti.

Todos estos preparativos, publicados por la prensa para conocimiento del público, creaban en la población una atmósfera de ardiente espera. Reinaba perfecto acuerdo entre las Autoridades eclesiásticas

¹ Fue muy alabado por *Il Momento* (Ap., Doc., 12).

y civiles, que deseaban un homenaje triunfal a don Bosco. Las asociaciones religiosas y patrióticas rivalizaban en el ofrecimiento de su colaboración. Los Príncipes y Princesas de la Casa de Saboya se habían unido al pueblo, yendo a Valsálce para reverenciar la urna que encerraba las reliquias del humilde sacerdote turinés. Desde Valdocco y Valsálce había empezado a extenderse la animación después de las celebraciones romanas, por todos los barrios de la ciudad. La víspera del nueve de junio toda la ciudad de Turín vibraba por su hijo don Bosco.

[176] El nueve de junio

¡El 9 de junio de 1929 fue una jornada histórica para Turín!

Muy de mañana comenzó una verdadera invasión de la ciudad. Riadas de gente llenaban todos los caminos. Singularmente las líneas de ferrocarril. Las diversas estaciones rebosaban de peregrinos en breves espacios de tiempo. Trenes especiales, trenes repetidos y ampliados empezaron a llegar desde las cinco de la mañana. Iban en ellos muchas representaciones, algunas con sus músicas y, a menudo, con banderas. En las dos estaciones principales de Porta Nuova y Porta Susa, se habían instalado, bajo cobertizos improvisados, unas mesitas con empleados extraordinarios para el sellado de los billetes. Como pudo saberse por los ambientes ferroviarios, al mediodía habían entrado, en las diversas llegadas, más de cincuenta mil personas. Por las carreteras corrían sin parar autobuses, automóviles, motocicletas. Solamente de Asti llegaron treinta y dos autocares, supercargados de viajeros. Agotados todos los medios más veloces, en muchísimos pueblos recurrieron a vehículos de toda suerte, comprendidas las carretas de bueyes, en pueblos no muy apartados. Muchos peatones hacían el camino en grupitos y en comitiva. Los peregrinos se dirigían hacia Valdocco, se iban juntando en las cercanías de la Basílica de María Auxiliadora y se colocaban en fila a medida que llegaban a las avenidas que desembocan en el famoso Rondò. En la plaza de la iglesia hubo sacerdotes que celebraron la misa uno tras otro, desde el alba hasta el mediodía.

Mientras tanto, Valsálce se disponía a dar el último adiós a los santos despojos que con tanto honor y amor había guardado durante cuarenta y un años. Desde el salón, donde los habíamos dejado revestidos con los ornamentos sagrados y cercados de flores, la noche del día ocho fueron llevados a la iglesia del colegio, en la que no estuvie-

ron solos ni un momento. Don Felipe Rinaldi pronunció unas palabras evocadoras delante de la urna, recordando las lágrimas que habían acompañado su salida del santuario de María Auxiliadora [177] el año 1888 y presagiando el júbilo con que se la habría recibido después el día de su feliz retorno. Los Salesianos de la casa la velaron durante toda la noche. Por la mañana don Felipe Rinaldi celebró la misa del Beato, a la que asistieron los superiores, los clérigos estudiantes y los jóvenes alumnos del preuniversitario, entre un nutrido grupo de exalumnos. Más tarde pontificó solemnemente nuestro cardenal Hlond. A esta función se admitió también público externo.

Después llegó para visitar los gloriosos restos el cardenal Ascalesi, arzobispo de Nápoles, el cual, con delicadeza llena de piedad y amabilidad, recogió las rosas esparcidas en torno a la urna y las distribuyó a los más próximos, los cuales las recibieron con devoto reconocimiento. Llegaron otros Prelados a continuación, como el arzobispo de Génova, atraídos por su piedad.

Hacia el mediodía se cerró el colegio a los forasteros y se llenó de alumnos de los colegios salesianos situados fuera de Turín. El de Sampierdarena estaba al completo, desde el Director hasta el portero. Entraban festivamente en formación, guiados por sus profesores, con banderas y músicas. Don Fidel Giraudi, que había dirigido directamente, desde el reconocimiento de los restos hasta entonces, todas las operaciones de Valsálce, invitó a comer a todos, presididos por el eminentísimo Hlond, varios Obispos salesianos y el escritor danés Jørgensen, autor de una recentísima biografía del Beato. Todos los vítores y aplausos durante el alegre banquete acababan con aclamaciones al nombre de don Bosco. No podía entonarse un himno mejor que aquella festiva alegría juvenil en honor de quien había sido durante toda su vida la delicia de los jóvenes.

Las calles de la ciudad hormigueaban de gente una hora después del mediodía. Las secciones de los dieciocho grupos que debían participar en el cortejo se dirigían a sus puntos de concentración; el resto de la multitud corría de un lado a otro en busca de posiciones desde las que se pudiese ver lo mejor posible el desfile. A las dos y media estaban preparadas todas las concentraciones. Se acercaba el momento de empezar una de las más imponentes manifestaciones religiosas, que ciertamente jamás se habían visto [178] en Turín, y quizás muy rara vez en otros lugares. No nos es posible seguir adelante sin dar una idea de la disposición de los grupos, que debían componer el cortejo a medida que llegaba su turno.

El cortejo en preparación

El itinerario del cortejo era forzoso en el trecho de Valsállice hasta el Po. Había que cruzar rápidamente el río, entrando por el puente Humberto, que se encuentra directamente por los que descienden a la ciudad. Después del puente Humberto hubo que trazar el recorrido hasta Valdocco de forma que ofreciese a los dieciocho grupos comodidad para alinearse sucesivamente. El trazado no podía ser mejor de lo que se había establecido.

Entre el lugar de partida y el de llegada de la urna había dos puntos que podían llamarse centrales: la plaza Vittorio Véneto y la plaza Castello, el primero por la cantidad y el segundo por la calidad de los grupos que debían reunirse en los mismos. En la amplísima plaza Vittorio estaban cómodamente reunidos y dispuestos de modo que podían ponerse en movimiento sin chocar unos con otros. He aquí su formación:

I GRUPO.—**Banda de música del Colegio Salesiano de S. Benigno.**—*Oratorios femeninos de las Hijas de María Auxiliadora de Turín.*—Hijas de María.—Huerfanitas.—Huérfanos de Sassi.—Grupos gimnásticos.—Oratorianas.—Internados de Turín.—Círculo *María Mazzarello* con uniforme.—Exalumnas.

II GRUPO.—**Banda de música del Oratorio Salesiano de Monterosa.**—*Oratorios masculinos Salesianos de Turín.*—Crocetta.—Monterosa.—San Pablo.—**Banda de música del Oratorio Salesiano de San Pablo.**—Valsállice.—Martinetto.—S. Luis Gonzaga.—S. Francisco de Sales.—Representaciones de las Escuelas Rurales del Piemonte.

III GRUPO.—**Agrupación Musical «Excelsior».**—Obra Nacional de las Pequeñas Italianas.—**Agrupación Musical de Educación y Descanso FIAT.**—Jóvenes Italianas.

IV GRUPO.—**Banda musical de la Agrupación Deportiva «LANCIA».**—Obra Nacional Balilla.—**Banda del Instituto Bonafous.**—Vanguardistas.

[179] V GRUPO.—**Banda «Pietro Micca».**—Asociaciones Religiosas e internas femeninas.—Centros de Educación de Turín.—**Banda del Colegio de los «Artesanitos».**—Colegios masculinos de Turín.—Representaciones de los Institutos de enseñanza media de Turín.—Instituto de la «Consolata».—Escuelas Técnicas de S. Carlos.

VI GRUPO.—**Banda del Colegio Salesiano del Martinetto.**—*Representaciones de los Colegios Salesianos de Turín.*—Martinetto.—San Juan.—Oratorio de San Francisco de Sales.

VII GRUPO.—**Banda de Agliè.**—Colegios y Oratorios de las Hijas de María Auxiliadora del Piemonte (por orden alfabético de la ciudad).—**Banda del Instituto Misionero de Foglizzo.**

VIII GRUPO.—**Banda del Oratorio Salesiano de Asti.**—Colegios y Oratorios Salesianos del Piemonte (por orden alfabético de la ciudad).—**Banda del Colegio Salesiano de Novara.**

Por la margen izquierda del Po, entre la plaza Vittorio y el puente Humberto, corren la calle Díaz y la avenida Cairoli. A lo largo de este recorrido esperaban su turno de marcha estos tres grupos:

IX GRUPO.—**Banda del Oratorio Festivo de Fossano.**—Unión Femenina de Jóvenes Católicas.—Unión de Mujeres Católicas.—**Banda del Oratorio de Saluggia.**—Juventud Católica.—Unión de Hombres Católicos.—Círculo Universitario *G. Agnesi.*—Círculo Universitario *Césare Balbo.*—Junta Diocesana.—**Banda «Don Bosco».**

X GRUPO.—**Banda del Instituto Misionero de Ivrea.**—Representaciones de las Cooperadoras Salesianas y de las Damas de María Auxiliadora.—Representaciones de los Exalumnos de don Bosco y de los Cooperadores Salesianos, de los Exalumnos del Cottolengo, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de las Conferencias de San Vicente de Paúl.—Un Grupo de Crevaria y de la Virgen de la Providencia.

XI GRUPO.—**Banda del Colegio Salesiano de Milán.**—Representaciones de las Casas de Italia y del Extranjero de las Hijas de María Auxiliadora (por orden alfabético).—**Banda del Colegio Salesiano de Parma.**—Representaciones de los Colegios Salesianos de Italia y del Extranjero (por orden alfabético).

En el grupo noveno, que era de las Asociaciones de Acción Católica, sobresalía la sección de Jóvenes Católicos del Piamonte. Por la mañana habían tenido asamblea en el teatro Víctor Manuel, [180] presentes los cardenales Gamba y Maffi. El presidente general Jevolino, llegado expresamente desde Nápoles, habló de *Don Bosco, educador*, y cerró su discurso diciendo: «Proponemos a las Autoridades civiles que sea introducida en las escuelas para un estudio sincero y profundo la vida de este Grande, y les presentamos el ardiente deseo de que este gigantesco faro de luz, que difunde sus vivos rayos de fe, de trabajo cristiano y de caridad desde Turín a todo el mundo pueda ser pronto uno de los protectores de la Juventud Católica Italiana, de modo que todos podamos llamarnos devotos hijos de don Bosco». Estos jóvenes desfilaron corporativamente en el cortejo, formando una espesa falange de casi doce mil.

Los grupos XII y XIII, que tenían el honor de escoltar la urna, se organizaron en el colegio de Valsálce. Un grupo aislado, el XVIII, destinado a cerrar el cortejo a continuación de los dos precedentes en la otra parte del río, esperaba a orillas del Valentino, en el ángulo que este parque hace con la avenida de Víctor Manuel y el Po, a la izquierda del que entra en la ciudad por el puente Humberto.

XII GRUPO.—**Banda de música del Oratorio de San Francisco de Sales.**—Casa de Valsálce.—Congregaciones Religiosas Femeninas.—Instituto de las Hijas de María Auxiliadora con su Consejo General.

XIII GRUPO.—**Cruz Procesional**.—Clérigos Salesianos y de otras Congregaciones.—Seminarios diocesanos (Giaveno-Chieri-Turín).—Sacerdotes de la Residencia Eclesiástica.—Clero Salesiano.—Obispos y Arzobispos Salesianos.—Emmo. Cardenal Arzobispo de Turín.

XVIII GRUPO.—**Banda** (*la del grupo XIV*).

A) *Representaciones*: Grupos Fascistas de los Barrios de Turín.—Asociación Nacional de Combatientes.—Asociación de Voluntarios de Guerra.—Veteranos de Francia.—Bombarderos del Rey.—Asociación Nacional del Infante.—Asociación Nacional de Cazadores.—Asociación Piamontesa de Artilleros de Italia.—Asociación Nacional de Artillería de Montaña.—Asociación Nacional del Cuerpo de Ingenieros.—Dirección de la Sociedad de Veteranos del Mar.—Asociación de Caballería del Grupo Piamonte.

[181] B) *Representaciones de Asociaciones Civiles*: **Banda de los ex alumnos «Sta. Cecilia»**.—*Confederaciones Nacionales Fascistas*: Industriales.—Comerciantes.—Agricultores.—Transportes terrestres.—*Representaciones*: Sindicatos Fascistas de la Industria.—*Familia Turinesa*: Federación de Comunidades Artesanas.—Unión de Excursionistas.—Círculo Véneto.—Sociedad Protectora de Animales.—Peregrinaciones diversas.

En los dos extremos opuestos de la Plaza Castello esperaban cuatro grupos importantes para incorporarse al cortejo, eran, el XVI y XVII junto al Palacio Madama, y el XIV y XV junto a la Catedral.

XIV GRUPO.—**Banda «Cardenal Cagliero» del Oratorio Festivo S. Francisco de Sales**.—Congregaciones y Ordenes religiosas masculinas.—Superiores Provinciales y Generales.—Clero Diocesano.—Rectores de iglesias.—Párrocos.—Facultad de Derecho.—Facultad teológica.—Canónigos de las Colegiatas y de la Catedral.

XV GRUPO (En la Catedral): Prelados.—Obispos.—Arzobispos.—Eminentísimos Cardenales escoltados por Caballeros de las Ordenes de Malta y del Santo Sepulcro, uniformados.

XVI GRUPO.—(*Atrio del Palacio Madama*).—Autoridades Civiles y Militares.—Cuerpo Consular.—(*Junto al Palacio Madama, a la derecha*).—Comisión de Honor.—Alcaldes de los Ayuntamientos del Piamonte donde hay alguna obra de don Bosco.

XVII GRUPO.—**Banda militar de la Guarnición de Turín**.—*Representaciones*: Asociación Nacional de Familias de los Víctimas de la guerra y Víctimas fascistas.—Asociación Nacional de Mutilados e Inválidos de Guerra.—Instituto de la Cinta Azul.—Universidad de Turín, Profesores y estudiantes.—Universidad Católica del «Sagrado Corazón» de Milán.—Centros Superiores de Enseñanza.—Asociaciones femeninas del Profesorado en Escuelas Medias y Primarias.—Unión de Profesores «Don Bosco».

Los jefes de grupos y sus ayudantes habían desplegado tanto celo para reunir a sus gentes y llevarlas oportunamente a los puestos asignados, que, a la hora establecida, la vasta formación no dejaba nada que desear. Así, desde el principio al fin se fue desarrollando el desfile con la precisión de un reloj. La presencia personal de don Pedro

Ricaldone, que, durante el largo trayecto (largo por el espacio del mismo y por su duración) [182] no conoció el descanso, llegaba siempre en el momento oportuno para corregir cualquier inicio de dispersión. En una gran procesión de tan enormes proporciones, si no hubiera habido ningún momento de corte, habría sido casi un milagro.

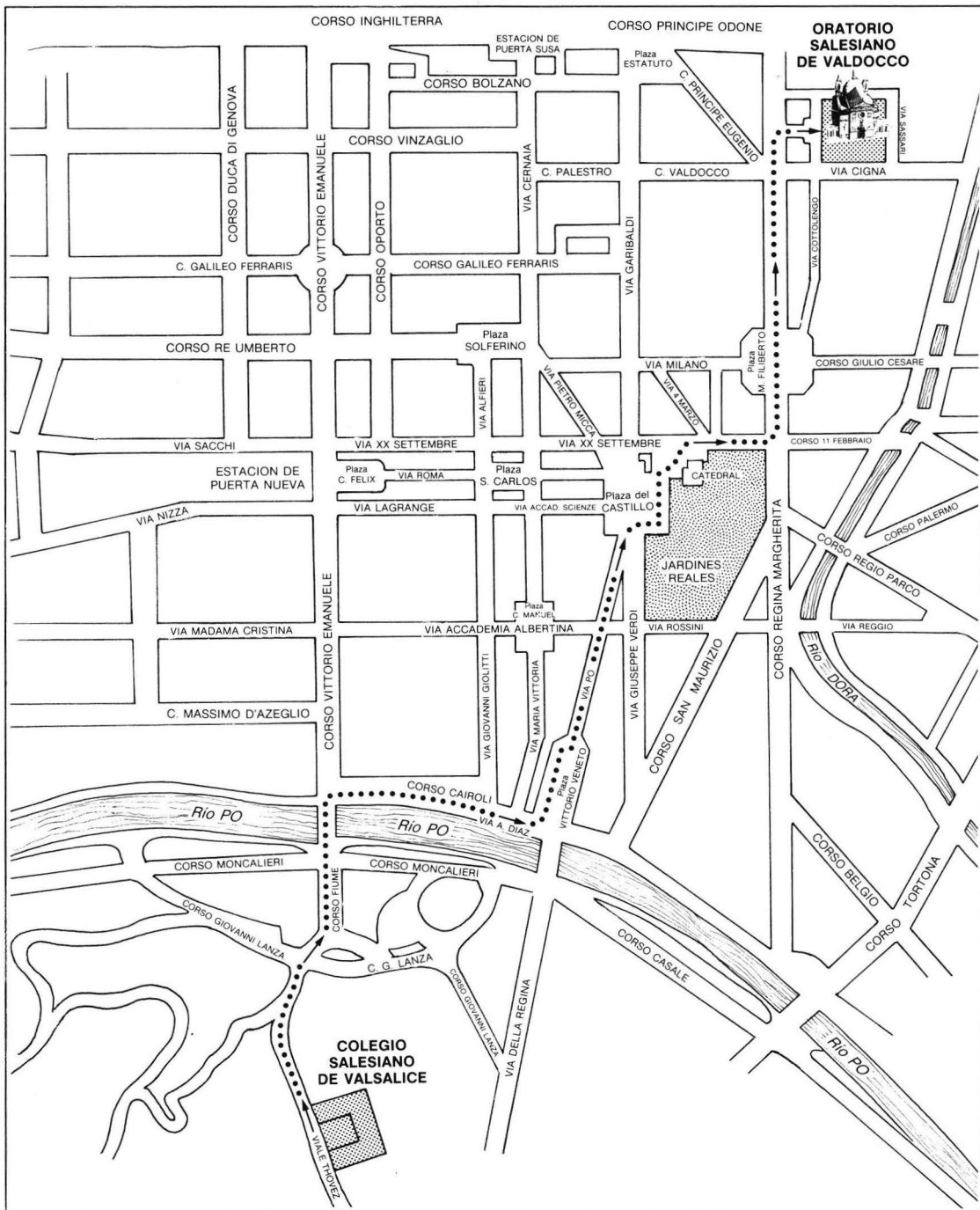
Dominaban las bandas de música y los elementos juveniles, como es patente, en toda su composición; por eso músicas y canciones debían sucederse sin interrupción durante la interminable manifestación triunfal.

El cortejo, en movimiento

Demos ante todo una ojeada a la Plaza Vittorio, donde debía empezar el cortejo. Los balcones adornados con tapices y festones estaban llenos de gente, que asistía con curiosidad al espectáculo de la ordenación. Al espacio abierto de la plaza llegaban continuamente largas y numerosas columnas por las calles laterales y desde la Vía Po. Apenas desembocaban en la plaza se dirigían rápida y directamente a ocupar los puestos asignados en la formación de los primeros ocho grupos, que debían abrir el cortejo. En aquel hormiguero reinaba el entusiasmo, pero no se advertía ninguna confusión, ningún enredo. En los soportales, detrás de los cordones de carabineros, agentes de policía, soldados y guardias municipales, se apiñaba la multitud que acudía a ambos lados para contemplar el paso de la bendita urna. Mirando desde la plaza, a todo lo largo de la amplia Vía Po, flanqueada por sus grandiosos pórticos y magníficos edificios, no se veían más que colgaduras multicolores en ventanas y balcones, y a uno y otro lado un apretado público llenando los pórticos y a duras penas contenido en las aceras. Pero no parecía que el servicio de orden tuviera que afanarse para mantener libre la avenida en su mayor parte; la animación general no impedía la disciplina. Contribuía a ello la tradicional costumbre del pueblo piamontés y quizá también el carácter religioso de la ceremonia.

[183] Al sonar la hora, dio don Pedro Ricaldone la señal de partida al primer grupo y tras él, se fueron colocando en columna los otros siete: el cortejo se encontró formado casi automáticamente. Pasaban de cincuenta mil los componentes.

Precedía un grupo de guardias municipales en bicicleta, seguido inmediatamente por un graciosísimo conjunto de pajecillos con uni-



RECORRIDO DEL CORTEJO
 Traslado de los restos del
 beato Juan Bosco
 9 junio 1929.

formes en rosa-azul celeste y en blanco-rosa, con pequeños estandartes y grandes lirios: eran niñas de los oratorios festivos de las Hijas de María Auxiliadora. La cabeza del cortejo entró por la Vía Po, dando principio a un hiperbólico desfile que duraría más de tres horas.

Avanzaba el cortejo, siempre variado y siempre igual, en líneas frontales de a doce. La Plaza Vittorio parecía un gigantesco depósito, que vertiera sin descanso gente y más gente. Las bandas de música, aunque eran numerosas, no se confundían unas con otras, pues estaban separadas por pelotones de varios millares. *Don Bosco ritorna* resonaba en cien tonalidades distintas, de acuerdo con la edad y el pecho de los cantantes, que pasaban divididos en sus diferentes grupos. Despertaron gran curiosidad las representaciones de toda Italia y de todas las naciones. Había muchachas simbolizando las regiones italianas; había jovencitas que llevaban estandartes con los escudos de las distintas naciones, donde existen casas salesianas; había centenares de muchachos que llevaban una faja en bandolera con los nombres de las localidades, donde los Salesianos tienen colegios u oratorios festivos. En suma, se sucedían sin cesar detalles muy distintos bajo las miradas atentas de la multitud espectadora; no bastarían cien páginas para hacer una reseña de todos ellos con algún informe.

Cuando el octavo grupo, que ocupaba el último puesto en el fondo de la Plaza Vittorio hacia el río, estaba alineado en el centro y se movía tras el precedente, iba inmediatamente tras él el noveno, seguido del décimo y del undécimo, que estaban esperando en Vía Díaz y en la avenida Cairoli. Los componían más de doce mil, precedidos por un larguísimo y blanquísimo cortejo de Juventudes Católicas femeninas con uniforme [186] y velo blanco. Dejamos que toda esta primera parte del cortejo haga su camino por la Vía Po, atraviese la Plaza Castello, recorra la Vía XX de Septiembre y siga por la Avenida Reina Margherita, hacia María Auxiliadora; nosotros vamos, mientras tanto, en busca de la segunda sección, procedente de Valsállice.

Allí estaban a las dos, en la capilla del Colegio, doce Obispos Salesianos y los Superiores del Capítulo, los cuales, una vez levantada la urna de cristal y entregada a los sacerdotes de la casa que debían llevarla, la acompañaron procesionalmente con capa pluvial y mitra, hasta la terraza, ante el mausoleo que guardó los restos cuarenta años. Cuando la urna apareció, los alumnos y ex alumnos que llenaban las terrazas gritaban *Viva Don Bosco* y resonaba su eco por todo el valle. Cuando cesaron las voces, se colocó la urna, en medio de un silencio de reverencia y expectación, dentro de un cofre o caja de madera dorada, en la que sería custodiada y puesta a la veneración de los

fieles en la Basílica de María Auxiliadora ¹. Todo se realizó en presencia del cardenal Gamba. Colocada la tapa sobre el cofre, subióse la urna a un vehículo preparado de intento. Era un chasis de automóvil, ofrecido por la Casa Lancia. Iba cubierto por un rico paño granate oscuro, que tenía, en derredor, [187] un cordón dorado. Llevaba fijas a los lados seis gruesas anillas y la delimitaba por atrás una barra transversal de latón. Alrededor de la urna veíase una especie de arriate de rosas y siemprevivas que daba al conjunto un aspecto de alegría. Un mecánico invisible guiaba el coche, empujado a mano por los lados y por la parte posterior. La urna pasaría de este modo resplandeciente en lo alto en medio de la marea del pueblo.

La bajada desde Valsállice fue verdaderamente triunfal. Cuando la urna salió del Colegio, el grupo duodécimo, seguido del décimo tercero, ya estaba a punto de entrar en el Puente Humberto. Lo último era la urna. Delante de ella iban los mitrados salesianos con la majestuosidad de sus ornamentos; cerraba la fila el Eminentísimo Hlond, envuelto en la grandiosidad de la Púrpura sagrada. Iba tras él el Rector Mayor don Felipe Rinaldi con el Capítulo Superior, el conde Rebaudengo y el abogado Masera, presidentes internacionales de los Cooperadores y de los exalumnos. Una gran cantidad de pajecitos prestaba al grandioso cuadro una nota de gracia y de color.

Empujaban la urna los presidentes de las Asociaciones de Profesores *Don Bosco*, organizadas en las principales ciudades italianas, y los de las Asociaciones de Exalumnos; la escoltaban treinta carabineros con uniforme de gala. Inmediatamente detrás de la urna, descubriase la querida figura del cardenal Gamba, cercado de prelados, canónigos

¹ El cofre de madera había sido hecho por los alumnos de San Benigno Canavese, de acuerdo con el dibujo del arquitecto salesiano Valotti. Tiene cuatro angelitos alados, de pie, en los cuatro ángulos, sobre el relieve de la moldura que separa la urna de su base, los cuales sostienen un festón de frutas simbólicas. En el centro de los lados, sobre la moldura que corona la urna, resaltan, a la derecha el escudo de Pío XI, y a la izquierda el escudo salesiano, anudados ambos por cintas en el arranque de dichos festones. Los lados mayores y menores están cerrados por cristales, que permiten ver completamente el cuerpo, revestido de la forma ya descrita. Cubre la urna una tapa movable de perfil convexo, tallada en forma de escamas con capullos en las cuatro esquinas, y limitada en la parte alta por dos listones y un cordón. La base, separada del cuerpo de la urna y con una gran gola derecha, lleva en los dos extremos los pequeños escudos de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora con ricos festoncitos de hiedra que se enlazan, como símbolo de reconocimiento de los exalumnos y de las exalumnas. Por ambas partes tiene la gola abundantes adornos con flores, y entre ellos medallones con cabezas de serafines. En los paneles se ven palmas, rosas, lirios, olivos, encinas, que simbolizan la gloria, la caridad, la pureza, la bondad, la fortaleza, preclaras virtudes del Beato. Los bordes de la gola, cerrada con un acial y un listón, están adornados con hojitas de acanto. La base se apoya sobre cuatro robustas garras de león, símbolo de la solidez de la Obra del Beato.

y párrocos y seguido de un ilustre conjunto de Caballeros del Santo Sepulcro, dignatarios de las Sagradas Ordenes Militares de Jerusalén, y de Malta y de los Caballeros de la Orden de San Silvestre. Entre esta cantidad de personas iban los últimos descendientes del Beato; y por fin los Inspectores Salesianos de todo el mundo.

Su avanzada edad, lo largo del trayecto y el calor de la estación parecía que deberían haber desaconsejado al Cardenal Arzobispo tanto trabajo; pero había respondido a cuantos intentaron disuadirle de exponerse a aquel riesgo:

—No es don Bosco quien ha de venir a mí; me toca a mí salir al encuentro de don Bosco.

Y así fue como todos pudieron ver a un venerando Purpurado, con más de setenta años, hacer casi cuatro kilómetros a pie [188] bajo los rayos ardorosos del sol de junio, movido por un sublime y heroico sentido de religiosa piedad y profunda comprensión del alma de su pueblo.

¡Qué contraste el de aquella prodigalidad de un sol de estío con los diluvios de agua que, en abril de 1934, cayeron del cielo sobre las multitudes reunidas en Roma y en Turín para participar en las fiestas de la canonización! Pero la gloria del Beato y del Santo pasó *per ignem* o *per aquam* (por el fuego o por el agua) resplandeciente, deslumbrado y cautivando a las turbas que siempre parecieron insensibles a las adversas condiciones del tiempo.

Con el espléndido acompañamiento descrito dirigíanse los despojos mortales de don Bosco hacia la ciudad expectante. A uno y otro lado del camino se encontraba el gentío agolpado en las barandillas de las quintas, en las puertas y ventanas de las casas de campo y en las laderas de la colina; más abajo, donde se ensanchaba el camino, había dos hileras apretadísimas de pueblo que llenaban los dos lados. El suelo estaba cubierto de flores y llovían flores de lo alto. Las bandas de música entonaban y repetían el *Don Bosco ritorna*, que alegremente cantaban miles de gargantas. Al pasar la urna, las gentes, contenidas por los soldados, carabineros y guardias municipales, gritaban entusiasmadas: *¡Viva don Bosco!*

Cuando el coche bermejo apareció en la punta de la avenida Fiume, después del monumento de Crimea, la muchedumbre que esperaba al otro lado del puente Humberto y en la avenida Víctor Manuel formó un oleaje pavoroso, por lo que fue necesario una fuerte intervención de los soldados para impedir que se rompiera el cordón de tropas. Se oía por doquiera: *¡Don Bosco! ¡Don Bosco!* Y cuando la urna cruzó el puente y se dirigió hacia la ciudad, se arrodilló todo

el mundo, tributando el primer homenaje de la población turinesa al Beato.

Se había calculado tan exactamente el tiempo y la articulación del cortejo se desenvolvió con tanta precisión, que la vanguardia de los dos grupos de Valsállice llegaba en el momento justo para unirse la retaguardia de los tres grupos [189] que partieron de la Vía Díaz y la avenida de Cairolì. Cuando la urna llegó después de ellos a la otra parte del Po, con su séquito, se adelantó desde el Valentino el numerosísimo y variadísimo grupo decimoctavo, el cual, compacto como una legión romana, cerró hasta el término la sonora y armoniosa fantasmagoría de un cortejo, como nunca habían visto las amplias avenidas de la capital piemontesa.

A medida que la urna avanzaba sonaban estruendosos aplausos y se oían ensordecedores vítores. Las mamás elevaban en sus brazos a los niños. Al asomarse, desde el fondo de la Plaza Vittorio, la marea de pueblo, que había invadido el espacio que dejaron libre los ocho grupos que estaban allí esperando, hubo una gran conmoción; todo era movimiento y gritos: parecía un mar en borrasca. Muchos de los más próximos se arrodillaban. El movimiento y el estrépito se propagó por la Vía Po, cuando la urna atravesó la Plaza y llegó a las primeras casas. Adelantaba por ella entre cantos y músicas, recibida por voces festivas, mientras a cada paso caía por encima y alrededor una lluvia continua de flores, formando un variopinto tapiz de pétalos y hojas. Veíanse en los balcones las manecitas de los niños agitándolas alegremente y las manos de los adultos que se adelantaban unidas en oración. El *Don Bosco ritorna* entonado continuamente lo aprendieron enseguida los espectadores de la calle y de los balcones que cantaban al unísono con los grupos del cortejo. El alegre sonido de innumerables campanas, uniendo concierto a concierto, aumentó el alborozo. Todo era alegría, emoción, entusiasmo.

Hacia las seis se asomaba la urna a la Plaza Castello, la grande e histórica Plaza, donde se concentra el pueblo turinés en los momentos más solemnes y queridos de su alma. Ante el Palacio Madama, que se alza majestuoso casi en el centro, detúvose la urna para dar comodidad y tiempo a los grupos decimosexto y decimoséptimo para ocupar su puesto; eran los dos grupos de las autoridades y de las representaciones más distinguidas. El público se agolpaba tras los cordones militares. Banderas multicolores adornaban los balcones y ventanas de los edificios. Encima de los tejados se [190] veían racimos humanos apretados en palcos improvisados. Por todas partes resonaban coros de voces de hombres y de mujeres y marchas musicales, que se oían

desde lejos, formando una confusión difícil de distinguir, que llenaba los aires y exaltaba los espíritus. Detrás del cardenal Gamba se colocaron y encaminaron los representantes del mundo oficial civil, político, militar y académico. Precedía el estandarte de la ciudad de Turín, con su escolta de honor.

La urna pasó ante el Palacio de Gobierno, atravesó el espacio del Palacio Real y prosiguió hasta la Plaza de la Catedral. Desde la escalinata de la Basílica descendieron para recibirla y formar el cortejo con los otros dos Príncipes de la Iglesia los cuatro cardenales: Maffi de Pisa, Ascalesi de Nápoles, Nasalli-Rocca de Bolonia y Vidal y Barraquer de Tarragona, seguidos por unos sesenta Arzobispos y Obispos, muchos abades, canónigos y párrocos y una infinidad de sacerdotes seculares y regulares. Los palcos levantados frente a la iglesia rebosaban de público que no cesaba de aclamar. La urna se puso de nuevo en movimiento con su selecto acompañamiento.

A la derecha de la entrada de la Vía XX de Septiembre se alza la mole del ala nueva del Palacio Real. El Príncipe Humbero había querido que, por vez primera, se expusieran en las grandes ventanas ocho grandísimos y preciosos tapices. En el balcón central se encontraba el Príncipe y con él la Princesa Yolanda, los Duques de Génova y Udine, el Duque y la Duquesa de Pistoia, el Duque de Bérgamo, la Princesa María Adelaida. Detúvose unos minutos la urna ante Sus Altezas. Y entonces el Príncipe Heredero se arrodilló con devoto recogimiento.

En tanto el zumbido metálico de los aeroplanos que volaban sobre el cortejo, se confundía con el inmenso y ensordecedor fragor del himno frenéticamente cantado y tocado por todas partes sin solución de continuidad en la Plaza de la Catedral, por la Vía XX de Septiembre y a lo largo de la Avenida Regina Margherita. ¡Qué espectáculo ofrecía esta Avenida! Reinaba en ella un ambiente totalmente [191] popular. Dominaba en ella primero el elemento civil, y ahora, en un trayecto de mil doscientos metros por cuarenta de anchura, hormigueaba una inmensa masa de gente humilde. No faltaban vistosos adornos en los edificios ni grupos de gente arracimada en ventanas y tejados. En el cruce de la Avenida con el gran mercado de Puerta Palazzo la gente ocupaba no sólo los espacios libres, sino que hasta estaba encaramada sobre los barracones comerciales. ¡Pobres de ellos, si en un momento se desbordara la multitud, rompiendo los diques de la fuerza pública que la contenía!

La variedad cinematográfica del desfile, que encadenaba la curiosidad del público, ocasionaba clamorosas explosiones de entusiasmo, como suelen producirse en las grandes manifestaciones populares.

Cuando llegó el clero, aumentó la intensidad de los aplausos. Y, al aparecer la urna dorada, un nuevo estremecimiento invadió a la multitud y se propagó rápidamente de uno a otro extremo provocando gritos y aplausos de entusiasmo. El estribillo del himno llenaba la Avenida, las casas y la plaza, como expresión festiva y sintética del sentimiento común. Eran oleadas de fervor místico, que se elevaban cada vez más altas y fragorosas a cada breve descanso de la urna.

Entre la avenida Reina Margherita y la calle Valdocco se abría el ancho espacio por antonomasia conocido con el nombre del Rondò. Allí negreaba un público preponderantemente femenino. Tras un gran cinturón de espectadores, campeaba otra gente: algunos se habían subido a las columnas de las farolas y muchos se habían colocado de pie sobre los automóviles, carros y tablados montados lo mejor posible. A la entrada de las avenidas varios grandes autobuses ofrecían incómodo amparo a cuantos lograban refugiarse en ellos. Todos los grupos del interminable cortejo pasaban cantando el himno, cuyas notas y palabras eran recogias y repetidas por la multitud. No hay que extrañarse si, después de mucho tiempo todavía se oyera silbar y tararear por las calles de Turín el aire sencillo del *Don Bosco ritorna —fra i giovani ancor*.

[192] El perfecto orden querido, predispuesto y mantenido por don Pedro Ricaldone que, cual si tuviese alas en los pies, siempre se encontraba allí donde hubiera necesidad de una enérgica intervención, permitió que la gigantesca columna realizara todas sus evoluciones sin paradas o inconvenientes. El mayor peligro de confusión habría podido suceder al empezar a llegar los grupos a la meta. ¡Se temía un gran desorden cuando cada grupo, libre ya del cortejo, se encontrase a su propio arbitrio, dentro de un espacio relativamente limitado! Pero, también se había pensado en esta eventualidad y estaba todo previsto. Los jefes de cada grupo sabían con exactitud matemática cuál era el punto donde tenían que parar y llevar a los suyos a lo largo de las avenidas, la calle Cottolengo, la plaza y la iglesia de María Auxiliadora. Gracias, pues, a las disposiciones tomadas y a la habilidad de los ejecutores, la fase conclusiva, y la más crítica del cortejo, se desarrolló con el orden y la calma de un ejército bien mandado.

En María Auxiliadora

Ni siquiera la Basílica de San Pedro hubiera sido suficiente para la ocasión; la iglesia de María Auxiliadora, por su parte, era una cáscara

de nuez aquella tarde. Pero hay que decir que, a la hora más solemne del día, había penetrado una espiritualidad tan intensa en las multitudes orantes en la plaza, y a lo largo de la Avenida, que todas las cercanías del templo parecían formar una sola iglesia, como si la nave de María Auxiliadora se hubiese agigantado prodigiosamente para acoger a tantos millares de fieles.

Mientras la urna se movía lentamente desde lo alto de la plaza hacia el santuario, íbase éste poblando con las personas más calificadas que, saliéndose sucesivamente del cortejo, ocupaban los puestos preparados. Allí estaban los blancos Caballeros del Santo Sepulcro y los rojos Caballeros de Malta, que se colocaban a la izquierda de la balaustrada fuera del presbiterio; allí estaban, al lado opuesto, [193] los gentileshombres de las Cortes de los Príncipes de Saboya, y en las sillas próximas las damas de Palacio, todas vestidas de negro. En los bancos vecinos había un grupo imponente de Generales con sus brillantes uniformes; al lado estaban las autoridades civiles, las jerarquías fascistas y otros dignatarios. Numerosos Obispos con mitra y báculo, envueltos en ricas capas pluviales, prelados menores revestidos con preciosas casullas, canónigos con su capa magna y párrocos con su muceta iban llenando ordenadamente, a las órdenes del incomparable maestro de ceremonias don Eusebio Vismara, la nave del centro. Cada rincón se atestaba de monjas de distintas tocas o de religiosos de distintos hábitos, mientras una nube de clérigos con roquete se infiltraba por todos los huecos. Los Cooperadores y Cooperadoras más insignes subieron a dos tribunas laterales. Lo mismo afuera que dentro abríase de vez en cuando la multitud para dar paso a alguno de los Purpurados que se adelantaba hacia el presbiterio. Presentaba ya la iglesia un cuadro muy sugestivo, cuando entró desde la sacristía el Príncipe del Piamonte con los Príncipes y Princesas que ya encontramos en el Palacio Real. Los asientos principescos estaban colocados en el presbiterio *in cornu evangelii*, frente a los cardenalicios *in cornu epistolae*. En el centro del presbiterio se levantaba un palco cubierto de damasco rojo, que esperaba la urna de don Bosco.

Y... he aquí que apareció la urna en medio de la puerta principal. Cesó en un instante la salva de aplausos del exterior y no se oía nada más que el alegre repicar de las campanas. Saludada por el clangor de las trompetas, el alborozo del órgano, el estruendo de los aplausos y los vivas, movíase la urna meciéndose como una nave en medio de un mar de cabezas. La llevaban a hombros robustos exalumnos. Todos se inclinaban a su paso y fijaban después los ojos en la cara del Beato, cuyo perfil aparecía limpio a través de los cristales. Seguía adelante

por el centro de la nave, llegó a la balaustrada, subió al presbiterio y fue colocada sobre el trono allí preparado. La iglesia estaba inundada de luz. Una fantasmagoría de llamas arrojaba reflejos encendidos sobre los paramentos [194] de damasco y terciopelo. Dos poderosos reflectores, encubiertos por la balaustrada, lanzaban haces de luz sobre el rostro del Beato que parecía constelado por gemas luminosas. Mientras tanto la orquesta y un coro polifónico entonaban el himno litúrgico de los Confesores, *Iste Confessor*, compuesto por don Juan Pagella. El Cardenal Arzobispo se acercó al altar, donde se hizo la exposición del Santísimo. Se cantó el *Tantum ergo* y, mientras él impartía la bendición eucarística, el cardenal Vidal y Barraquer y el cardenal Hlond, desde el altar levantado en la Plaza, el uno, y desde el levantado en el Rondò, el otro, cumplían el mismo rito sobre la incontable multitud que, hasta donde alcanzaba la vista, estaba prostrada en tierra por todas partes. Después, los Príncipes y Autoridades que estaban en el Templo besaron piadosamente la urna y salieron por la puerta del patio.

Cuando terminó la ceremonia ya era de noche. Doce mil lamparitas eléctricas, distribuidas en quinientos circuitos y divididas en cuatro sectores, iluminaban fantásticamente la cúpula y la fachada. La estatua de la Virgen dominaba todo, sobre una gloria de cruces y estrellas de distintos colores. La iluminación llegaba más allá de la plaza hasta la avenida Reina Margherita. El monumento a don Bosco, iluminado por proyectores escondidos en el jardincillo que lo rodea, brillaba como vestido de sol. Por doquiera se oían los ecos del himno al Beato. La animación se prolongó hasta muy tarde.

Llamaban la atención las luces encendidas por la ciudad. Desde el Palacio Real hasta las más humildes ventanas de los barrios populares resplandecían luces y lucecitas que parecían dar el último saludo a los peregrinos, que corrían en todas direcciones por las calles en busca de un lugar de reposo. De las diez de la noche hasta la una salieron de Turín veinticuatro trenes, diecisiete de los cuales eran especiales.

Muchos turineses y los forasteros sin prisa por marcharse, fueron a gozar del espectáculo pirotécnico en el Estadio. Lo honraron con su presencia en el estrado los Príncipes y numerosas Autoridades. Fue singularmente aplaudida [195] la reproducción de la Basílica de María Auxiliadora, en cuya puerta abierta aparecía la imagen del Beato con un gesto de protección a la juventud.

El triduo

Se apagaron las luces de la noche del nueve de junio, pero no terminó la demostración de afecto y entusiasmo por el Beato don Bosco; continuó con el mismo fervor durante el triduo celebrado en su honor. No cesó ni un instante en Valdocco la concurrencia de la gente. Desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche, rebosaban de fieles y peregrinos la iglesia, la plaza, y los patios del Oratorio. El pueblo se agolpaba en derredor de la urna que se encontraba en medio de la Basílica. En las horas de mayor concurso había un doble cordón de jóvenes robustos que contenían aquella especie de procesión, mientras unos sacerdotes y clérigos se esforzaban por canalizarla invitando a todos a no entretenerse más de lo necesario. Para satisfacer los piadosos deseos de muchos, varios sacerdotes se dedicaban a tocar el cristal de la urna con los objetos presentados por la gente. Fueron muchísimos los que no se limitaban a venerar las reliquias del Beato, sino que se acercaban a los santos sacramentos. Se confesaba en todos los rincones de la iglesia y se distribuía la comunión casi sin interrupción; cada mañana se consumían miles y miles de formas.

¿Y qué decir de las funciones? Prestaba brillo a las mismas la púrpura romana. Uno de los Cardenales pontificaba la Misa solemne y la bendición eucarística de la tarde con la asistencia y el ceremonial correspondiente a su dignidad. Tres de ellos cantaron sucesivamente las glorias del Beato. Fue el primero el cardenal Hlond, el cual evocó lo que había visto en Roma, recordó la magnificencia del cortejo y puso de relieve el conmovedor plebiscito de la jornada en torno de la urna, indagó la razón de tales hechos y la encontró en la genial santidad de don Bosco, enviado por la Providencia [196] para ser apóstol de lo sobrenatural, en medio del mundo del siglo XIX, ante los indiferentes u hostiles a lo sobrenatural. Si el laicismo ha ido desapareciendo durante el siglo XX por un lado y por otro, atribuía el mérito a don Bosco y a sus hijos. El segundo día fue el cardenal Nasalli-Rocca quien exaltó la obra benéfica realizada por don Bosco, gracias a los divinos tesoros prodigados por él a la juventud, a la sociedad, a Italia y al mundo entero. El cardenal Gamba conmovió al inmenso auditorio el tercer día con su cautivadora palabra. El antiguo alumno del Beato y Pastor de la archidiócesis, dio rienda suelta a la ola de sus afectos y recuerdos y presentó la figura de don Bosco sacerdote de Dios y conquistador de las almas. Durante una hora tuvo pendientes de sus labios a los oyentes que no se saciaban de oírle. Había cinco

altavoces colocados en el patio, en la plaza y en la avenida Regina Margherita que difundían al exterior cuanto se realizaba en el santuario; y más todavía, el primero y el tercer día, en los que la Radio transmitió las ejecuciones musicales. La magnífica iluminación cerraba cada día la jornada.

Hay que decir que, a juicio de todo el mundo, las ejecuciones musicales resultaron dignas de Aquel que, desde los principios de su institución, había comprendido la importancia que tiene la música en la educación y formación de la juventud. Inicialmente estuvo confiada a sus propias fuerzas y a las de sus colaboradores, que desde el punto de vista del arte no estaban todavía en situación de hacer grandes cosas; pero había llegado el momento en el que surgieron maestros compositores de entre sus hijos. Lo mismo en Roma que en Turín demostraron y confirmaron los Salesianos su madurez artística con la creación de trabajos que merecieron las alabanzas de los competentes en la materia. Distinguiéronse entre todos Antolisei, Pagella, De Bonis, Hlond, hermano del Cardenal, y Dogliani. Se interpretó el *Magnificat* de De Bonis, de ricos y variados temas, sobre unas melodías felicísimas, como correspondían a su agradable estilo dotado de profundos estudios. Se cantó y admiró la *Missa in honorem Beati Johannis Bosco*, de Antolisei, a ocho voces, y la *Missa solemnis XIX* de Pagella, [197] dedicada al nuevo Beato ¹. El autor de esta segunda misa tuvo la feliz idea de servirse, para el *Gloria*, del tema de un villancico compuesto y puesto en música por el Beato en los primerísimos tiempos del Oratorio: *Entonad con voz de júbilo*. El coro de la Basílica de María Auxiliadora estaba formado por dos escuelas salesianas, una con ochenta y cinco tenores y bajos del Instituto teológico internacional de la Crocetta, amestrados por don Juan Bta. Grosso, y la otra con ciento veinticinco sopranos y contraltos del Oratorio, preparados por Dogliani. Las interpretaciones fueron superiores a todo elogio por su extraordinaria frescura de voces y por su unión, su afinación y ductilidad a las indicaciones directivas. Raras veces pueden oírse audiciones musicales tan exquisitas y perfectas: no se podía celebrar más grandiosamente al celoso defensor de la música sagrada.

¹ El maestro Tebaldini comentó, con su superior competencia, estas partituras de dos Salesianos. Sus recensiones quedaron inéditas, pero no deben perderse (Ap., Doc., 13).

Manifestaciones diversas

Hubo diversas manifestaciones durante el triduo y después del mismo, que más o menos directamente se referían al suceso central de aquellos días y de este capítulo. Una fue la visita de los Cardenales, Obispos y Misioneros a la grandiosa industria automovilística italiana *Fiat*, el día diez de junio por la mañana. Para honrar a Sus Eminencias acudieron las Autoridades de la ciudad junto con el senador Agnelli, propietario de la empresa. Don Pedro Ricaldone hizo la presentación, observando cómo allí estaba representado todo el mundo. En efecto, junto a los Prelados italianos y extranjeros había Obispos residenciales, Vicarios y Prefectos Apostólicos y otros Jefes de Misiones, procedentes de diversas partes de Africa, Asia y América. El senador Agnelli dio la bienvenida a los visitantes y se refirió a la relación que su presencia tenía con el gran festejado. «Estoy contento, dijo, al recibir en la [198] *Fiat* a Sus Eminencias, Monseñores y Misioneros; les doy de corazón la bienvenida. Me resulta muy agradable hacerlo, porque recuerdo que conocí personalmente a don Bosco, cuya imagen luminosa habla constantemente a mi espíritu. Sus discípulos, los seguidores del Beato don Bosco, este gran piemontés, a quien hoy venera y festeja singularmente Turín, sentirán aquí latir un ritmo de vida que no habría resultado desagradable al Beato, que fue un sublime héroe de la caridad cristiana y a la vez un ardentísimo apóstol del trabajo humano, un instigador excepcional de energías, un descubridor de fuerzas secretas, un fundador incansable de fábricas y talleres. Los trabajadores de la *Fiat* estarán orgullosos de que los heroicos Misioneros de las Casas Salesianas, que cubren verdaderamente la faz de la tierra, lleven en su apostolado entre las gentes más diversas y lejanas, como expresión viva de la Italia renovada, el recuerdo y la visión de este nuestro templo del trabajo». La visita duró varias horas y dejó en todos el sentimiento de la más alta admiración.

No quedó en el olvido el pobre caserío de I Becchi, donde don Bosco abrió los ojos a la luz del sol. Fueron muchos los peregrinos que se trasladaron hasta allí antes de volver a su morada. Allí fue el cardenal Ascalesi, con doscientos del sur; y también monseñor Endrici, príncipe obispo de Trento. Habiéndole rogado a éste, al firmar en el álbum de honor, que pusiera bajo la firma sus títulos, respondió: —¿Y qué valen mis títulos en comparación de la grandeza alcanzada por el humilde campesino que nació en esta casucha?

Las peregrinaciones se repitieron diariamente durante varias semanas. De la humildad de todo lo que acompañó los primeros años

de don Bosco, parece salir una voz secreta, una especie de llamada misteriosa a la bondad, a la virtud, al trabajo fecundo. El día dieciséis de junio acudió una numerosa muchedumbre de los pueblos circunvecinos atraídos por una simpática ceremonia a la que asistían conspicuas personalidades de Turín y de Alessandria. Se inauguraba en la colina bendita un monumento en bronce, levantado por la *Unión de Profesores Don Bosco*.

[199] Las fiestas de Turín también se habían cerrado con un monumento más importante e imperecedero. Se trataba de un monumento que, lo mismo que el de Roma, no sólo debía recordar, sino continuar el apostolado de Don Bosco. El senador Conde Rebaudengo, presidente de los Cooperadores Salesianos, había querido, en un acto de generosidad, ofrecer a la Obra Salesiana el capital necesario para levantar un Colegio que sirviese para la formación de maestros de arte destinados a las Misiones. Se construiría el edificio en Turín, junto al fielato de Milán. El día trece por la tarde se bendijo la primera piedra con la máxima solemnidad. Asistieron las primeras Autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad. Y, como la nueva perla, que de aquel modo se añadía a la corona de don Bosco, interesaba singularmente a los Misioneros, comenzó a hablar un Misionero auténtico, don Vicente Cimatti, superior de la Misión Salesiana del Japón. Describió sumariamente las actividades que el nuevo Colegio permitiría desarrollar sobre todo en Oriente. Después manifestó don Felipe Rinaldi el agradecimiento de la Sociedad Salesiana por el generoso y esplendoroso donativo del Conde, el cual, tan modesto como espléndido, se abstuvo de intervenir. Bendijo la piedra el Arzobispo y tomó la palabra a continuación para exaltar el gesto del donante e ilustrar mucho más los frutos beneficiosos que los hijos de don Bosco esparcirían por el mundo con los maestros que allí se prepararían.

Verdaderamente las Misiones estuvieron en la cumbre de los pensamientos de don Bosco: nada, por tanto, más oportuno que perpetuar en Turín el recuerdo de su beatificación con una obra misionera permanente. Y por eso quedaba maravillosamente encuadrado en la apoteosis de don Bosco el alto honor, que tenía por objeto el reconocimiento público y oficial de la actividad misionera desarrollada por un insigne hijo del Beato. El cardenal Cagliero con sus nobles trabajos fue, sin lugar a dudas, la personificación más acabada del apostolado misionero salesiano. Resultó muy a propósito el pensamiento de Mussolini, que quiso en aquella solemne ocasión [200] manifestar al Rey los méritos del insigne Misionero, para que se confiriese a su memoria la encomienda de la *Orden Colonial de la Estrella de Italia*,

la distinción más ambicionada por los que han honrado a la patria en el mundo.

Inmediatamente después de Roma y Turín hubo una competencia mundial para celebrar la fiesta de don Bosco. Tan pronto como se conoció la aprobación de la Misa y el Oficio, fueron muchos los Obispos de Europa y América que pidieron a la Santa Sede la facultad de celebrar en sus diócesis al Beato. Y el *Boletín Salesiano* publicó en muchos números breves relaciones de los festejos mundiales.

Algunas observaciones importantes

Se había cumplido un grandiosísimo suceso, una sublime apoteosis, cuyo recuerdo no se borraría jamás de la memoria de los afortunados que el nueve de junio habían tenido la suerte de participar en él o asistir. Es significativa la impresión manifestada por un gran artista. El escultor Eduardo Rubino dijo conmovido aquella tarde a un periodista¹: «Hoy hemos visto cómo el pueblo sabe hacer el poema y el monumento a su predilecto Beato. No olvidaré la tarde de este día, yo, que pudo decir con orgullo que trabajé de muchacho en el templo construido por don Bosco».

La excepcional singularidad de la histórica celebración será también comprobada por los ojos de la posteridad en un documento que quizás no tiene cotejo en la vida de una gran ciudad. El Alcalde de Turín, el conde Thaon de Revel, al día siguiente de la extraordinaria jornada, decía en una comunicación especial a la prensa que se consideraba «satisfecho y orgulloso de manifestar a los conciudadanos su viva satisfacción y aplauso por la disciplina y el perfecto orden con que, a pesar del entusiasmo y la emoción de su imponente homenaje al Beato don Bosco, *había* participado en el solemne traslado de los restos venerandos». [201] Lo que aquí se dice de los conciudadanos debe extenderse también a los forasteros, llegados por decenas de millar. Estos, después de haber pasado la santa jornada mezclados con los turineses sin ocasionar el más mínimo incidente, salieron de la ciudad aquella misma tarde o aquella noche sin dejarse sentir. El mérito principal de aquel orden tan maravilloso no se debió a la fuerza pública, que no actuó, sino a la organización perfecta, precisa, detallada, que, desde la mañana hasta la noche, dedicó el mismísimo

¹ *La Gazzetta del popolo*, 10 de junio.

interés a las necesidades de las nutridas comitivas que a las de los peregrinos aislados.

Hay que poner de relieve para la historia el comportamiento de la prensa de todo color. Las fiestas del Beato don Bosco tuvieron en ella tales crónicas de alabanza pública que, como muy bien observó el senador Marqués Felipe Crispolti ¹, no se habría concebido unos años antes. En este noble aspecto se distinguieron, tanto como los demás, aquellos periódicos en cuyas columnas había sido don Bosco olvidado a menudo, contrariado o burlado mientras vivió. Por la gracia de Dios, la llegada del Fascismo había cortado la política irreligiosa o antirreligiosa de otro tiempo y la prensa se adaptaba a las nuevas normas.

Los sesenta y un Obispos que habían participado en el triunfo de don Bosco, se llevaron a sus sedes un recuerdo tan agradable, que se apresuraron a escribir a don Felipe Rinaldi cartas desbordantes de afectuosa y agradecida admiración. El cardenal Gamba, una vez terminado el triduo, quiso transmitir al Padre Santo una relación fiel de los honores tributados en su Turín a don Bosco, describiendo su carácter eminentemente religioso. El Papa, por medio del cardenal Gasparri, Secretario de Estado, envióle una bonita respuesta, en la que se lee entre otras cosas: «El comportamiento devoto y fervoroso de la población, los festivos adornos de las casas, la asistencia de todas las Autoridades, el grandioso y disciplinado cortejo, [202] y especialmente el concurso de tanta gente a la función religiosa y a los Santos Sacramentos, son una pública manifestación de fe y piedad, que no pueden dejar de conmover vivamente el corazón del Padre Santo».

Después de un triunfo tan espectacular venía a la mente la profecía de Renán ²: «Todavía habrá santos canonizados por Roma, escribe él, pero no serán canonizados por el pueblo». El oráculo peseudocientífico no podía ser desmentido más clamorosamente. Al elevar Roma a don Bosco al honor de los altares, no había hecho más que dar forma canónica a un culto popular, popularísimo, si bien con popularidad contenida, porque así lo quiere la disciplina de la Iglesia. Pero, apenas habló Roma, vióse que, si todavía viviéramos en los tiempos en que el pueblo cristiano incensaba y elevaba preces públicas a los hombres muertos en olor de santidad, pocas canonizaciones del pueblo habrían sido más rápidas y más universales que la canonización de don Bosco.

¹ *L'Italia* de Milán, 14 de junio.

² *Etudes d'Histoire religieuse*.

CAPITULO X

ECOS DE LA BEATIFICACION
EN LA PALABRA DEL PAPA PIO XI

EN diversas ocasiones y de diverso modo manifestó el Padre Santo Pío XI su pensamiento sobre don Bosco, durante los años que transcurrieron entre la beatificación y la canonización. Este conjunto de manifestaciones, por parte de un Papa tan grande, resulta sin lugar a dudas un motivo más de gloria para el Siervo de Dios: será útil, pues, reunir en este capítulo lo más importante de las mismas.

La primera ocasión solemne para hablar de él se le presentó el 18 de octubre de 1929 ante un colegio salesiano muy próspero. El año 1929 fue un año de muchas peregrinaciones, con motivo de celebrarse el jubileo sacerdotal del Papa. Aquel día se presentaron los profesores y alumnos del colegio de Frascati a rendirle homenaje público. El Procurador General, don Francisco Tomasetti, que les había obtenido la audiencia, hizo la presentación; y después Su Santidad pronunció un paternal discurso.

Expresó su viva complacencia al ver ante sí a los alumnos del Beato don Bosco y comprobar prácticamente los buenos resultados de la educación salesiana que ellos recibían; entregó al guía de la peregrinación las medallas conmemorativas de su jubileo para aquellos queridos peregrinos, y dijo que eran unas medallas particularmente adaptadas a ellos, puesto que llevaban la efigie del Beato don Bosco.

Hasta entonces había distribuido a los peregrinos unas medallas [204] que tenían la imagen del Papa por el anverso y la de Santa Teresa del Niño Jesús por el reverso; pero después empezó a distribuir con frecuencia la nueva, con la imagen de nuestro Beato. Tuvo ello su origen de este modo. Pocas semanas después de la beatificación, durante una audiencia general de peregrinos, en la que había hecho distribuir medallas de Santa Teresita, dijo el Papa a unas Hijas de María Auxiliadora allí presentes: —Si las tuviera, con gusto os daría una medalla del Beato don Bosco.

El Rector Mayor, don Felipe Rinaldi, que lo supo, encargó inme-

diatamente al Ecónomo que hiciera acuñar cien mil medallas con las efigies del Beato y del Pontífice para regalárselas al Padre Santo, el cual empezó desde entonces a distribuirlas, de acuerdo con las ocasiones.

El dos de noviembre recibió un grupo singular de peregrinos. Estaba formado por doscientos bancarios de la institución «Labor y descanso» de la Banca Nacional de Crédito. Pronunció el Papa su discurso y después hizo que les distribuyeran dicha medalla, señalando su oportunidad; ya que don Bosco había sido «un gran trabajador, en un trabajo inmensamente provechoso y bien concebido, causa para él de premio y grandes méritos, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres».

Más singular todavía fue la audiencia que el día seis de noviembre concedió a trescientos cincuenta Guías Alpinos, que celebraban una reunión nacional en Roma. Después del afectuoso discurso que el Papa alpinista les dirigió, díjoles que se consideraba feliz al añadir un pequeño recuerdo a la bendición apostólica: era una medalla que llevaba por un lado la imagen paterna, que recordaría a los queridos hijos la visita, y por otro la imagen de don Bosco. «Y no es por casualidad, continuó, que queremos conservéis este pequeño recuerdo. Don Bosco fue verdaderamente un guía de montañas espirituales, que condujo a millones de jóvenes a las alturas de la vida cristiana, de la santificación del trabajo y de la santidad de la vida. Que él vele sobre vosotros y os proteja en las horas de la más dura prueba; os haga subir las más altas cumbres espirituales con el mismo éxito con que subís las de las montañas».

[205] Hubo una mención que revistió carácter de mayor solemnidad, porque la hizo en una alocución consistorial. En el Consistorio secreto del dieciséis de diciembre para el nombramiento de seis cardenales nuevos, el Papa, al referirse a los motivos que, junto con el año jubilar, llevaban a Roma a tantos fieles, pronunció estas palabras, que traducimos del latín: «No queremos dejar de recordar que muchos de éstos han aprovechado la ocasión para venir a Roma, cuando hemos decretado los honores de los Beatos a personas conspicuas por la santidad de su vida, entre los cuales nos place recordar especialmente al Beato Juan Bosco, que por sí mismo y por medio de la numerosísima familia de discípulos, puesta al servicio de la Iglesia, ha provisto muchísimo a la cristiana educación de la juventud».

Entre los documentos pontificios más solemnes hay que contar las Encíclicas. Pues bien, con fecha del 20 de diciembre de 1929 apareció la Encíclica *Mens Nostra* sobre los ejercicios espirituales, en la que, al

exhortar Pío XI a los sacerdotes del clero secular a practicarlos con frecuencia, apeló al ejemplo de don José Cafasso y al mencionar a éste, se dejó llevar hasta un breve pero elocuente elogio de don Bosco. «Así lo han entendido siempre, dijo, los sacerdotes más celosos, así lo han practicado y enseñado todos los que sobresalieron en la dirección de las almas y en la formación del clero, como, por citar un ejemplo moderno, el Beato José Cafasso, recientemente elevado por Nos al honor de los altares, el cual precisamente se valía de los ejercicios espirituales para santificarse a sí mismo y a sus hermanos en el sacerdocio, y fue precisamente al fin de uno de esos retiros cuando, con segura visión sobrenatural, pudo indicar a un joven sacerdote, su penitente, el camino que la Providencia le señalaba y que lo condujo después a convertirse en el Beato Juan Bosco, ante cuyo nombre no hay elogio posible».

Tres días más tarde apareció otra Encíclica, la *Quinquagesimo ante*, con la que Pío XI cerraba el año jubilar de su sacerdocio. Al recordar en ella las satisfacciones [206] experimentadas en aquel quincuagésimo aniversario, se complacía en recordar con fervorosas expresiones la beatificación de don Bosco. Y se expresaba así:

«¿Cómo podríamos describir la satisfacción que experimentamos, cuando, después de haber inscrito a Juan Bosco entre los Beatos, lo veneramos públicamente en la misma Basílica vaticana? Puesto que, al recordar aquellos años de los albores sacerdotales, en los que gozamos de la sapiente conversación con tan gran hombre, admirábamos la misericordia de Dios verdaderamente *admirable en sus Santos* por haber puesto al Beato, durante tanto tiempo y tan providencialmente, frente a hombres sectarios y nefastos, todos de acuerdo para socavar la religión cristiana y humillar con acusaciones y ultrajes la suprema autoridad del Romano Pontífice. El, en efecto, que, desde jovencito, acostumbraba reunir a los de su edad para rezar juntos y enseñarles los rudimentos de la doctrina cristiana, en cuanto llegó a ser sacerdote, empezó a enderezar todos sus pensamientos y acciones a la salvación de la juventud más expuesta a los engaños de los malvados; a conquistarse a los muchachos y mantenerlos alejados de los peligros, instruyéndoles en los mandamientos de la ley evangélica y educándoles en la integridad de costumbres; a asociar compañeros para ampliar tan magna obra, y con tal éxito, que proporcionó a la Iglesia una nueva y abundantísima compañía de soldados de Cristo; a fundar colegios y talleres para instruir a los jóvenes en los estudios y en las artes entre nosotros y en el extranjero; y finalmente a enviar muchos misioneros para propagar entre los infieles el reino de Cristo. Mien-

tras pensábamos en estas cosas durante aquella visita a la Basílica de San Pedro, no sólo reflexionábamos en las oportunas ayudas con que el Señor, especialmente en la adversidad, acostumbra socorrer y robustecer a su Iglesia, sino también venía a Nuestra mente cómo por una especial providencia del Autor de todos los bienes, hubiera sucedido que el primero para quien decretábamos los honores celestiales, después de haber concluido el pacto de la deseadísimas paz con el reino de Italia, fuese Juan Bosco, el cual, lamentando reciamente los violados [207] derechos de la Sede Apostólica, había trabajado varias veces, para que, reintegrados tales derechos, se arreglase amigablemente la dolorosísima discordia, por la que Italia había sido arrancada al abrazo paterno».

Antes de que expirase el 1929, y precisamente el último día del año, publicó Pío XI una tercera Encíclica, digna de ser colocada entre las más magistrales de su Pontificado; nos referimos a la *Divini illius* sobre la educación cristiana de la juventud. El día anterior a aquella fecha, hablando a un centenar de alumnos y exalumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, llegados a Turín, pareció referirse al tema de la inminente publicación, puesto que, al entregarles la medalla de costumbre, díjoles que aquella medalla se refería mucho a ellos, porque mostraba lo que sabe hacer una educación profundamente cristiana, cuyos beneficios se resumían en dos palabras que el Papa les recomendaba vivamente: la educación cristiana. Una segunda referencia del mismo orden nos parece descubrir en otro discurso del 16 de febrero de 1930 a los alumnos del Instituto Pontificio de S. Apolinar; en efecto, al entregar al Director las mismas medallas para que se las diese a los jóvenes, dijo: «Esta medalla os recordará siempre la hermosa audiencia y llevará vuestro pensamiento a aquel luminoso apóstol de la educación cristiana de la juventud, que Nos hemos tenido la fortuna de conocer personalmente y gozar de su conversación, y la de elevarlo al honor de los altares».

Diéronle nueva ocasión de ensalzar a don Bosco el doce de marzo los Amigos de la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Después de hablarles de la caridad material, que da limosna a los pobres, y de la caridad espiritual, que distribuye la verdad, cerró su discurso con estas palabras: «Queremos finalmente entregar a todos los presentes (y las ponemos en manos del Presidente de la Junta de honor) una medalla en recuerdo de la audiencia, la cual lleva la efigie paterna y la del Beato don Bosco, ejemplo radiante de la doble caridad: puesto que, si pensó mucho en sus memorables fundaciones [208] para la atención de los pequeños, de los muchachos pobres y abandonados,

no dejó de dedicarse a toda la obra grandiosa de iluminación de las mentes y difusión de la verdad, atendiendo al desarrollo de tan santas obras. Los Amigos de la Universidad Católica pueden aprender muchísimo de este modelo y Nos lo deseamos vivamente».

El trece de abril salió de labios del Papa una nota patriótica y social, siempre a propósito de don Bosco. Monseñor Coppo, Obispo salesiano y misionero, había acompañado a una audiencia a doscientos pulseses, residentes en América del Norte y de viaje en Italia para volver a ver a la madre patria. Díjoles el Papa: «Os regalaremos una medalla que os sirva de recuerdo de vuestra tierra madre. Esta medalla lleva la efigie de don Bosco, que no sólo ha sido un gran educador cristiano, sino también un glorioso hijo de su patria y un verdadero amigo de los trabajadores de todo el mundo. Estamos muy contentos, mientras bendecimos vuestros sudores y vuestro trabajo, al daros este recuerdo con la firme esperanza de que la figura de don Bosco os recordará siempre el deber de santificar el trabajo y toda la vida».

Se celebraba el 1930 el cincuentenario de la Obra de don Bosco en Roma. En efecto fue el año 1880 cuando León XIII le había confiado las obras de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Se conmemoró dignamente la fecha con fiestas que empezaron el once de mayo y terminaron el dieciocho. El once de mayo era la víspera de San Aquiles, día onomástico del Padre Santo, por lo que se eligió aquel día para tributar al Papa un digno homenaje. Participaron en la audiencia, con los alumnos de los Salesianos y las alumnas de las Hijas de María Auxiliadora, los Cooperadores de Roma. No eran en total menos de quince mil personas, las que llenaban el patio de San Dámaso. Don Pedro Ricaldone, en representación de don Felipe Rinaldi, que se había quedado en Turín por motivos de salud, leyó ante el Papa el siguiente saludo:

[209] *Beatísimo Padre:*

Cuando hace cincuenta años se estableció nuestro Beato Juan Bosco en Roma, vio coronados sus deseos, por mucho tiempo acariciados, de tener establecida su Obra cerca del Papa, porque le parecía que, bajo la mirada del Vicario de Jesucristo, estaría más bendecida y santificada. Unióse a sus deseos la santidad de León XIII al confiarle la erección de un templo nacional al Sagrado Corazón de Jesús; eso duplicó la alegría del Beato, puesto que de aquella manera podía glorificar al Divino Corazón y cumplir un acto de obediencia solemne al Sumo Pontífice. Abrumado por la fatiga, recorrió Italia, Francia y España pidiendo la ayuda de los buenos para levantar en el centro del Catolicismo un gran hogar y devoción al Sagrado Corazón.

Trabajosamente se acabaron las obras a tiempo para que él, ya decrepito, tuviese la satisfacción de asistir a la consagración del Santuario con la doble finalidad, como

él decía, de presentar un tributo de reconocimiento al angelical Pío IX, su verdadero padre y soberano bienhechor, y de recibir, antes de presentarse al tribunal de Dios, la bendición de su Vicario en la tierra.

Hoy, Padre Santo, se encuentran a los pies de vuestro Trono los Salesianos con sus alumnos, exalumnos, cooperadores y cooperadoras para testimoniar lo mucho que la mirada del Papa ha atraído las bendiciones celestes sobre la Obra del Beato Juan Bosco en la ciudad eterna. Junto a la iglesia del Sagrado Corazón, con todas sus actividades parroquiales, ha surgido el internado, que alberga cuatrocientos muchachos y un número considerable de clérigos de diversas naciones, allí reunidos para seguir los estudios eclesiásticos en la inmortal ciudad. Gracias a la bendición y a la ayuda del Padre Santo Pío X, los hijos del Beato Juan Bosco han podido edificar otra iglesia con escuelas externas y oratorio festivo en el nuevo barrio del Testaccio, en cuyas cercanías se les confió también la vetusta iglesia de San Sabas, con asistencia de almas y oratorio festivo. También es un donativo del mismo Pío X la hermosa iglesia de San Juan de la Pigna, sede de la Procura General. Más tarde se abrió la escuela agrícola del Mandrione, cerca de la ciudad, para un centenar de alumnos.

También experimentó los efectos de la cercanía de la Cátedra de San Pedro la otra familia del Beato: las Hijas de María Auxiliadora tienen nueve residencias en las que despliegan una labor multiforme en favor de centenares o mejor, millares de muchachas.

Y he aquí, ya muy adelantadas, las obras de unas grandes escuelas profesionales que la Congregación Salesiana ha querido construir, con la herencia paterna de un salesiano, para que fuesen dedicadas al nombre de Vuestra Santidad, con la convicción de que su proximidad al Papa no sólo continúe multiplicando las divinas bendiciones sobre nuestras obras en Roma, sino que extienda también el beneficio a todas las otras [210] obras del Beato Juan Bosco en el mundo. Contemporáneamente y junto a las Escuelas Profesionales se está levantando el grandioso templo dedicado a la celestial Auxiliadora.

Era muy justo que se levantase un monumento imperecedero a la memoria del Pontífice que, proclamando Beato a nuestro fundador y publicando repetidas veces sus virtudes con su augusta palabra, ha dado a su Obra la máxima bendición y, al mismo tiempo, nos ha comunicado a todos nosotros la seguridad de que sobre las huellas del Beato Juan Bosco se camina ciertamente por las vías del apostolado.

Al ofrecer humildemente a Vuestra Santidad dichas escuelas profesionales, en gran parte ya acabadas después de dos años de intenso trabajo, renovamos en nombre del Beato Juan Bosco la protesta de nuestro fiel y filial cariño al Papa, y de un modo especial a la augusta persona de Vuestra Santidad.

Benedicid, Santísimo Padre, nuestras buenas intenciones; aceptad los ardientes votos que hoy formulamos en vuestro día onomástico. Mañana se elevarán fervorosas oraciones en todas nuestras casas de Roma y del mundo, pidiendo a Dios conserve, conceda bienandanza y consuelos a Vuestra Santidad para bien de la Iglesia y gloria del Pontificado Romano.

Terminada la lectura, el Papa pronunció un afectuosísimo discurso. Después de haber dicho que así como el Padre agradecía de corazón el homenaje de los hijos, así también debía llegar a los hijos el aplauso afectuoso y solícito del Padre por los afectuosos agasajos tri-

butados con sus valiosos conciertos, con sus cantos y coros magníficos. Y continuó:

Basta haber oído, como Nos lo hemos hecho, el sobrio, positivo, histórico relato de vuestro, o mejor, Nuestro querido don Pedro Ricaldone, respecto a los cincuenta años de las obras salesianas en Roma, para comprender cómo todos los Hijos de don Bosco, Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, alumnos y exalumnos, cooperadores y cooperadoras tienen razón para celebrar este jubileo de las Obras del querido don Bosco con la más legítima y consoladora satisfacción del corazón, con esa emoción de «sincera alegría» como vosotros, queridos hijos, habéis cantado con toda razón.

Con justicia hemos juzgado el saludo acabado de leer por el querido don Pedro Ricaldone, de «sobrio, positivo e histórico relato» porque en su sincera enunciación de las obras y actividades, no hay ni siquiera una alusión al trabajo, al áspero esfuerzo, al sacrificio, a las inmolaciones que esas obras y esas actividades han debido costar y ciertamente han costado.

Tenemos, además, razones particulares y muy queridas para participar en este santo estremecimiento de los corazones originado por el quincuagésimo aniversario de la Obra [211] Salesiana en Roma; y tales razones proceden de los queridísimos recuerdos del pasado.

Estábamos, en efecto, en el primer año de nuestro sacerdocio, cuando la Obra Salesiana de Roma, iniciada con la construcción del magnífico Santuario del Sagrado Corazón, surgía de sus cimientos.

Y nos encontrábamos todavía en los primeros años de nuestro sacerdocio cuando la bondad de la Divina Providencia hacía que Nos encontráramos personalmente con el Beato don Bosco, y que pasaríamos con él unos días de alegría y de satisfacción, que sólo puede valorarlos quien tuvo tan divina suerte.

Estaba entonces el Beato don Bosco en el ocaso de su ciclópea vida, y ya saboreaba anticipadamente el gozo de la vida celestial con el premio eterno que le estaba reservado.

Otra razón, además, Nos hace participar de un modo muy particular en la alegría común. Después de cincuenta años de vida activa, que vuestra presencia, queridísimos hijos, recuerda especialmente, la misma divina e inefable bondad que sapientemente ha llevado todo a cabo, Nos ha concedido proclamar y decretar el honor de los altares para el Beato don Bosco.

Y ahora, desde el puesto donde la Divina Providencia nos ha colocado, no podemos dejar de volver los ojos a toda esa mies de bien que, partiendo de Roma, se extiende por el mundo católico.

No podemos dejar de pensar en los millares de Hijos e Hijas de don Bosco, esparcidos por todos los pueblos para continuar la obra de una vida cristiana tan fecunda y felizmente laboriosa.

Y cuando pensamos en los centenares de miles de almas jóvenes que por todo el mundo acuden a los Salesianos; cuando imaginamos esta innumerable juventud de todas las clases sociales, especialmente obreras, a las que continúa enseñando don Bosco, con su ejemplo, con su fe y con la apostólica caridad de sus Hijos los senderos de la vida, la nobleza del trabajo y las recompensas materiales y morales que de él deben esperarse y que tanto necesita la vida; cuando, con una visión interminable de personas y de bien, pensamos en todo esto, no podemos por menos, en nombre de nuestros Predecesores, y en el del mismo Dios que se ha dignado llamarnos a ser

su Vicario, que agradecer a don Bosco y a sus Hijos el bien que han hecho y hacen por todas partes.

Sonríe en nuestro corazón y brilla en nuestra alma el pensamiento de un porvenir todavía mejor, que no puede faltar después de un pasado tan espléndido y un presente tan lleno de seguridad.

Os agradecemos, por tanto, queridísimos hijos, haber querido asociar el nombre del venerado don Bosco a nuestro pobre nombre; haber unido, queridos hijos, lo que podéis considerar vuestro jubileo con el jubileo del Papa, tomando una parte tan viva en nuestros acontecimientos personales y uniéndoos a nuestro día onomástico.

[212] Os agradecemos muy particularmente que hayáis querido unir el nombre del Papa al nuevo Centro Profesional que, con el templo de María Auxiliadora al lado, pretende constituir un centro de multiforme actividad, fecunda de bien.

Colocamos estas Escuelas entre las más hermosas obras que la Providencia se ha dignado sembrar en este año de nuestro Jubileo; y rogamos por ello de todo corazón a Dios que se digne bendecir sin medida la nueva obra y todo el complejo de las obras salesianas: obras de glorificación divina y de salvación humana.

Frente a obras tan hermosas y tan grandes Nos gusta repetir una frase que ya nos han oído muchos: «Siempre más y siempre mejor».

Pero hablando a los Hijos y a las Hijas de don Bosco, preferimos dirigir otra palabra recogida de los mismos labios de don Bosco. En efecto, cuando, en aquel nuestro primer año de sacerdocio, Nos congratulábamos con don Bosco por la preciosa obra iniciada, por las escuelas y talleres tan bien montados, con los adelantos más completos y modernos de la mecánica, el querido don Bosco, con su sonriente sencillez y la viveza de ingenio que todos advertían siempre en él, Nos respondió: —¡Ah, en esto don Bosco quiere ir siempre a la vanguardia del progreso!

Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora deben ir y desear ir siempre a la vanguardia del progreso. Con esta segura y consoladora previsión impartimos la bendición que vosotros, queridos hijos, habéis venido a pedir al Padre en su casa, que es también la vuestra. Bendición que queremos llegue a los presentes y a todos los que tan bien representáis. ¿Cuántos son? Ciertamente son una inmensa multitud en el mundo, una multitud innumerable como las arenas del mar. Y grande como las innumerables arenas del mar era el corazón del Beato don Bosco.

Con esa visión mundial de obras, de cosas, de apostolado, de trabajo y sobre todo de personas —entre las cuales colocamos en el puesto de honor a las que combaten en las trincheras de la fe, es decir, a los Misioneros y a las Misioneras— Nos disponemos a dar la Bendición Apostólica, pidiendo al Señor los mayores favores del Beato don Bosco y su más valiosa intercesión.

La frase de don Bosco, que quería ir siempre a la vanguardia del progreso, se la apropió el Papa el 19 de noviembre de 1930, con motivo de bendecir e inaugurar la nueva Central Telefónica en la Ciudad del Vaticano. La instalación telefónica era un regalo de la *Telephone and Telegraph Corporation* de Nueva York. Al dar las gracias a los donantes y referirse [213] a su noble intención de querer que su regalo fuese digno de la Sede del Vicario de Jesucristo, dijo que aquella intención añadía algo a todo el admirable complejo de la obra realizada, a la elegancia, a la utilidad y a la perfección de regalo tan

principesco. Después continuó: «Este regalo corresponde del todo a nuestro pensamiento, que es el de un Grande, del Beato don Bosco, el cual se gloriaba, hablando un día con el que llegaría a ser el Sucesor de San Pedro, de ir siempre a la vanguardia del progreso. Ello está en consonancia con los méritos del Beato: y es la misma frase y tiene la misma intención que Nos acostumbramos a decir y querer alcanzar siempre con gran sencillez y con firmes propósitos en todo cuanto se refiere a nuestra pequeña, y sin embargo tan gran Ciudad».

Es cosa muy conocida que don Bosco fue un gran cultivador de las vocaciones sacerdotales; pero hay que tener presente que él fue en sí mismo un modelo de preparación, de vida y de actividad sacerdotal. Es lo que Pío XI puso de relieve el 17 de junio de 1932 en la recepción que dio a los seminaristas de los Pontificios Seminarios Romanos. Díjoles, antes de bendecirlos, que había encontrado para aquella hora tan consoladora un agradable recuerdo. Eran unas medallitas que él entregaba al Cardenal Vicario, para que las distribuyese en nombre del Vicario de Jesucristo. Aquella medallas con la efigie del Papa, que había de ser para cada uno de ellos, como dijo el Poeta, la *dulce imagen paterna*, llevaban la dulce imagen de don Bosco en actitud de cultivar, como él sabía hacerlo, las primeras juventudes y llevarlas a Dios. Después continuó diciendo:

Y vuestra juventud, que camina hacia Dios por un camino tan alto, con aspiraciones tan sublimes, encuentra en el Beato don Bosco —gran cultivador de las vocaciones sacerdotales hasta poder decir que su obra, en este aspecto, todavía se siente hoy más que nunca— vuestro modelo de preparación sacerdotal primero, y después de vida y actividad sacerdotal. Nos pudimos ver muy de cerca al Beato, y edificarnos precisamente en presencia de una y otra preparación y ver lo que no todos tuvieron la suerte de ver aún [214] entre sus hijos. Ya que su preparación para la santidad, su preparación para la virtud, su preparación para la piedad, la veían todos porque ella constituía toda la vida de don Bosco: su vida era, en todo momento, una inmolación continua de caridad, un constante recogimiento de oración: ésta era la impresión que se sacaba de su conversación: la de un hombre que estaba atento a todo lo que sucedía a su alrededor. Llegaban personas de todas partes, de Europa, de China, de Africa, de India, quién con un asunto, quién con otro: y él de pie, incontinenti, como si fuese cosa de un momento, oía a todos, lo comprendía todo y respondía siempre a todo con un elevado recogimiento. Se hubiera dicho que no atendía a nada de lo que se decía en torno a él; se hubiera dicho que su pensamiento estaba en otra parte y así era; estaba en otra parte, estaba unido a Dios con el espíritu; pero después respondía a todos, y tenía la palabra exacta para todo de una forma maravillosa: primero, en efecto, sorprendía, después maravillaba. Esta era la vida de santidad y de recogimiento, de asiduidad en la oración y el Beato tenía durante las horas de la noche y en medio de las ocupaciones continuas e implacables de las horas del día. Pero escapó a muchos lo que constituyó la preparación de su inteligencia, la preparación de la

ciencia, la preparación del estudio y son muchísimos los que no tienen idea de lo que don Bosco dio y dedicó al estudio. Había estudiado muchísimo y siguió estudiando extensamente por mucho tiempo y un día nos dijo lo que nunca había manifestado a nadie, pero que, al encontrarse con un hombre de libros y de biblioteca, le parecía debía decir: que tenía un amplio plan de estudios, un vasto plan de obras de historiografía eclesiástica. —Pero, añadía después, he visto que el Señor me llamaba por otro camino: quizás me faltaba la preparación de espíritu, de inteligencia, de memoria—. Y así pensó entregarse a la vida de caridad, al trabajo de la caridad, dedicándose a prodigar todos los tesoros y todos los estudios que había ido recogiendo. Pero eso explica cómo pudo escribir tantas cosas utilísimas, especialmente para la juventud, y no cosas de un grado científico especial, sino adaptadas a todos para poder llegar mejor al fin que aquel gran Apóstol se prefijaba.

Una glorificación extraordinaria de don Bosco pareció la que hizo el Papa el día 9 de julio de 1933, cuando se leyó en su presencia el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Domingo Savio. No es posible aislar aquí los párrafos del discurso que contienen alabanzas a don Bosco; por otra parte, toda la exaltación del discípulo redundaba de tal modo en honor del Maestro, que puede tener lugar en el presente capítulo la completa alocución. Y puesto que la palabra del Papa alude varias veces directa o [215] indirectamente al saludo leído antes por el Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, convendrá presentar éste íntegramente.

Beatísimo Padre:

La Familia Salesiana, postrada a los pies de Vuestra Santidad, celebra poder presentar su más fervorosa acción de gracias a Dios y a su Vicario, por la gracia recientemente concedida por la promulgación del Decreto reconociendo que el Siervo de Dios Domingo Savio —alumno del Beato don Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales de Turín— ha practicado las virtudes en grado heroico.

Cuando se piensa en la perfección alcanzada, a tan corta edad, por Domingo Savio en la Escuela de nuestro Beato Padre y Maestro es para sentirse verdaderamente satisfechos y consolados en el trabajo cotidiano de nuestra modesta labor educadora, al ver los preciosos frutos que produce el método educativo santamente iniciado por el Beato don Bosco y legado en herencia a sus hijos: frutos que resplandecen con luz tan viva y completa en la persona de este jovencito, el fruto más ejemplar de aquel método y su más solemne confirmación.

Los medios por él empleados para lograr que la labor pedagógica logre el desarrollo de la vida sobrenatural en el niño y en el adolescente, como debe hacer todo educador cristiano y como sapientemente ha puesto en evidencia Vuestra Santidad en la Encíclica *Divini illius*, son aptos, por tanto, no sólo para producir seguros frutos de una bondad ordinaria, sino también para elevar las almas juveniles a grados eminentes de santidad cristiana. Es verdad que, en este caso, concurrieron soberanamente a tal fin los especiales dones celestiales concedidos a Aquel que estaba llamado a ser el Apóstol de la juventud del siglo XIX; pero también es verdad que él señaló un

camino y que, rehaciendo este camino con su espíritu, siempre se podrán alcanzar las mismas metas.

Y aún bajo otro punto de vista encontramos en el jovencito Discípulo los fúlgidos rasgos de la fisonomía paterna del Maestro.

La vida del Beato don Bosco fue vida de unión con Dios, vida de celo apostólico, vida de total inmolación. Ahora es para nosotros tema de edificante emoción enaltecer en el pequeño Domingo un gran espíritu de oración habitual, un hábil esmero para apartar del mal o hacer avanzar en el bien a sus compañeros, y no solamente a ellos, una generosidad tan invencible para sufrir dificultades y molestias y hasta malos tratos, con tal de promover la gloria de Dios, luchando contra el pecado y alejando el escándalo. ¡Qué maravillosamente resume el contenido de una vida tan corta y sin embargo tan fecunda, el programa encerrado en las palabras: *Oración, Acción, Sacrificio*, que Vuestra Santidad no se cansa de repetir a todos los seglares que quieren poner sus fuerzas al servicio de la Jerarquía Eclesiástica!

Siempre nos hemos considerado afortunados por haber podido, desde los primeros años de la [216] juventud, conocer y apreciar las virtudes y ejemplos de Domingo Savio, hasta de los mismos labios de quien había sido su maestro o compañero durante los años de su permanencia en el Oratorio; todos estaban de acuerdo en proclamarlo modelo esclarecido de virtud; pero hoy nuestro gozo es completo al ver consagrada nuestra admiración con la augusta palabra de Vuestra Santidad.

Permitid, Beatísimo Padre, que en una circunstancia tan solemne y querida para nosotros, mientras me cabe el honor de poner a los pies de Vuestra Santidad, en nombre de todos los Salesianos, el más devoto agradecimiento por el señalado favor, pida poder formular la promesa de que nosotros nos mantendremos cada día más aferrados a este glorioso modelo de fidelidad en el seguimiento de las normas de nuestro Beato Fundador, con la consoladora certidumbre de que, siguiendo sus huellas, caminamos seguros por las sendas trazadas por mano del Vicario de Jesucristo.

Con estos sentimientos me prostro implorando para todos los Salesianos, sus alumnos, cooperadores, exalumnos y sobre la familia de las Hijas de María Auxiliadora la Bendición Apostólica.

El Papa, que siguió con visible atención la lectura, recogióse un instante en sí mismo y pronunció este discurso:

Vuelve, queridísimos hijos, vuelve hasta nosotros y precisamente en este lugar, la gran figura del Beato don Bosco, casi acompañando y presentando en persona y de su mano, a su pequeño, o mejor gran alumno, el Venerable Domingo Savio. Y Nos parece volver a ver al gran Siervo de Dios, lo mismo que lo vimos —gran favor éste, que colocamos entre todos los que la divina Bondad Nos ha generosamente concedido— lo mismo que lo vimos, en medio de sus alumnos y de sus colaboradores.

Y es verdaderamente admirable en los designios de Dios, en los designios, en los preludios de la Divina Providencia; es verdaderamente admirable este retorno del Beato don Bosco, con este fruto, de los primeros, de los más bellos, el más bello de los primeros, puede decirse, el más exquisito de su obra educativa, de su obra apostólica, porque toda su vida, toda su obra fue siempre un apostolado. El, en efecto, llenó con el espíritu de apostolado toda su existencia, ya empapada en el espíritu que concisa y totalmente expresaba con aquellas sus palabras, aquella que fue su verdadera pala-

bra de orden, tan fielmente heredada después por sus hijos: *da mihi animas, cetera tolle*.

Un retorno verdaderamente providencial: cuando se piensa en las condiciones en que hoy se encuentra, puede decirse en todo el mundo, la juventud; cuando se piensa en todos los peligros y en todas las malas artes que arman asechanzas contra su pureza; cuando se piensa en todo este torbellino de vida exterior, en este excesivo cuidado —y lo dicen también los [217] que únicamente se dejan conducir por consideraciones de pedagogía humana— a este culto del cuerpo, de las fuerzas físicas y materiales, del desarrollo material, de la educación material y física, como dicen, en esta tan difundida y, puede decirse, precisamente educación para la violencia, sin respeto alguno a nadie ni a nada. Cuando se piensa, pues, en las condiciones en que se mueve la juventud de hoy, en los peligros que a cada instante se le ponen delante; cuando se piensa en ese malvado apostolado (si es lícito aplicar esta palabra), apostolado del mal, tan activamente y con tan terrible y maligna industria conducido a través de la prensa, de la prensa fácil, idónea para toda condición, para toda graduación de edad; en esa ostentación continua, general, casi inevitable, para los que viven en medio de esa ostentación de cosas, no sólo de mal ejemplo, sino verdaderamente provocadoras del mal, cuando se abusa de las más bellas y más ingeniosas ideas de la ciencia, que deberían servir únicamente para el apostolado del bien y la difusión de la verdad y de la bondad; cuando se piensa en todas estas cosas y en el grado a que han llegado precisamente en nuestros días, entonces es cuando verdaderamente hay que dar gracias a la Divina Providencia que suscita y lleva a efecto, a plena luz, esta figura tan edificante del bueno y santo jovencito.

Hay que ser, de un modo especial, profundamente agradecidos al Señor por esta santidad de vida, por esta perfección de vida cristiana que no tiene ninguna de esas grandes ayudas que tanto convienen para el cumplimiento de las grandes casas: pobre, humilde hijo de gente modesta y de modestísima familia, rica solamente en aspiraciones cristianas, en vida cristiana, vivida, aunque en las más modestas condiciones, en el ejercicio ordinario, en el cumplimiento de los deberes ordinarios de una vida común; un muchacho que no pasa sus años encerrado, como cabalmente señalaba el decreto, en un huerto particularmente guardado; sino, primero en medio del mundo, y después allí donde la Providencia le había colocado y, por consiguiente, en medio de unos muchachos a los que el alma grande del Beato don Bosco reunía y formaba e iba formando, reformando, santificando, pero donde había una gran mezcla de buenos y no siempre buenos ejemplos, de buenos y no siempre buenos elementos. Ese era, en efecto, el secreto del gran don Bosco, poner, a veces, las manos precisamente en elementos no buenos, con asombro de los que no tenían su confianza en Dios y en la bondad fundamental de la creatura de Dios, ése era su secreto, poner su mano en todas partes, darse, extenderse para sacar bien del mismo mal, como lo hace la mano de Dios.

Pero, volviendo ya al nuevo Venerable, he aquí la primera feliz confirmación. En la escuela del Beato don Bosco creció, sobre todo con su ejemplo, en una rápida carrera su vida de adolescente que debía cerrarse a los quince años; esa vida, como se ha dicho con toda verdad, del pequeño y gran gigante del espíritu: ¡a los quince años! Una verdadera y singular perfección de vida cristiana a los quince años, y con [218] aquellas características que necesitaban de nosotros, de nuestros días, para poderlas presentar a la juventud actual, porque es una vida cristiana, una perfección de vida cristiana sustancialmente hecha, puede decirse así, para reducirla a sus líneas características, de *pureza*, de *piedad*, de *apostolado*; de espíritu y de obra de apostolado.

Una pureza candorosa, angelical, inspirada en la Santísima Virgen, Madre inspiradora de toda pureza; y rodeada de los más solícitos cuidados: los maternos y paternos primero, y los del gran Siervo de Dios y sus colaboradores después; pero cuidada por el jovencito, cuidada siempre, casi se diría, con verdadero instinto, con verdadera y continua aspiración de pureza, como la principal necesidad; por lo que, todo cuanto hasta de lejos parecía que podía ofender aquel candor, avivaba las energías de aquella pequeña, y grande alma, para las más solícitas atenciones, la más fiel custodia. ¡La pureza!: es la primera disposición, anterior a todos los demás dones de Dios, el don de las más altas vocaciones; la pureza es el amor de María, es el amor de su Divino Hijo, del Divino Redentor; es el aroma al que se abre el Corazón de Dios como a algo agradabilísimo; la pureza: ¡qué necesidad de elevar un estandarte de este esplendor en medio de la juventud de nuestros días!

Pero se diría propiamente que el pequeño, gran Siervo de Dios, dijese para sí mismo aquellas palabras que la Divina Sabiduría pone en boca del espíritu que va en busca de la pureza: *Cuando he visto y considerado, Dios mío, que sin Vuestra ayuda no podía ser sobrio y puro, me he dirigido a Vos y os he pedido este tesoro.* Por eso la pureza del Venerable Domingo Savio estaba siempre asistida por un gran espíritu de piedad; la piedad estaba en él para custodia de la pureza; una piedad sazónada de oración, de devoción a la Santísima Virgen, de devoción al Santísimo Sacramento, de la más alta inspiración, de inspiraciones a los más altos coeficientes de la misma pureza. Además, esta piedad, esta oración del espíritu iba siempre unida a otra oración, la que puede muy bien llamarse oración del cuerpo, oración propia de la carne, oración del cuerpo, como muy bien se definió, reavivado por el espíritu, es decir, la práctica de la penitencia cristiana, que, casi por instinto, sabe y siente las posibles complicidades del cuerpo y de la materia, de las ofensas a la pureza, de los peligros para la pureza; y corre al abrigo, verdaderamente como por instinto: el instinto del cordero que se defiende del lobo, del poder enemigo.

La vida de Domingo Savio fue por esto una vida llena de oración y de penitencia, esa penitencia que, si no llega a los rigores que la historia de la santidad conoce, es sin embargo penitencia verdadera; más aún, es la de enseñanza más útil para todos nosotros y especialmente para nuestra juventud, porque es una penitencia al alcance de todos; ésta, en efecto, se reduce a su esencia, consiste en un ejercicio continuo de vigilancia, de dominio del espíritu sobre la materia, de mando [219] de la parte más noble sobre la parte que lo es menos; de dominio, en suma, del alma, de quien sabe mandar, sobre la parte que debe obedecerla; un espíritu de penitencia preciosísimo que, por sí solo, ejerce noble y fructuosamente las mejores energías del alma y del espíritu, que enseña al cuerpo, enseña a la parte menos noble lo que también ella debe hacer y la contribución que debe prestar, no para hacer más difícil la virtud, sino para convertir en más hacedero y meritorio el ejercicio y la práctica.

Y con todo esto y como preparación sobrenaturalmente natural, un espíritu de apostolado que anima toda la vida del felicísimo adolescente, toda la vida de este pequeño y gran cristiano. Con toda la intención hemos dicho: una preparación sobrenaturalmente natural, porque, en resumidas cuentas, es la natural tendencia del bien a difundirse, a dilatarse, a comunicar lo más posible los propios beneficios, especialmente allí donde es más visible la necesidad, la privación, tendencia que se encuentra mucho en el querido jovencito.

Pequeño, pero gran apóstol, en todas las ocasiones: siempre atento a aprovecharlas, crearlas, convirtiéndose en apóstol en todas las situaciones, desde la enseñanza formal del catecismo y de las prácticas cristianas hasta la cordial participación en las

diversiones propias de los muchachos, con el fin de llevar a todas partes la nota del bien, la llamada al bien.

Y he ahí la verdadera providencia para nuestros días. Es lo que Nos venimos proclamando e inculcando siempre a la amada juventud que, con tan noble ímpetu, responde, en todos los países del mundo —y nos place manifestarlo con vivísimo sentido de gratitud a Dios y a los hombres— a nuestra llamada; esta amada juventud que en todas las partes del mundo responde a nuestra llamada, para alistarse en favor y al servicio de la Acción Católica, que no quiere, ni debe ser otra cosa más que la participación del laicado en el apostolado jerárquico.

Y precisamente para ser tal, para poder estar en esta línea, debe ella ser ante todo una formación más profunda, conocedora, exquisita, de vida cristiana, de conciencia cristiana y sobre todo en la pureza de la vida, en el espíritu de piedad, en la participación en esta gran piedad de la Iglesia, en su incesante oración y unión con Dios. Dicha correspondencia es tan vasta, y, en su abundancia, tan exquisitamente preciosa, que verdaderamente llena nuestro corazón con el más alto reconocimiento, y abre también nuestro ánimo a las más bellas esperanzas, que no son únicamente nuestras, de la Iglesia, de la Santa Religión, sino que por una feliz necesidad, son también las esperanzas, las promesas seguras para la familia, para la sociedad, para toda la humanidad.

Es verdad; Nos hemos llamado siempre a estos queridos jóvenes a alistarse bajo la bandera de la *oración*, de la *acción*, del *sacrificio*, porque [220] con la oración y con el sacrificio es como se prepara la acción, con la oración inspirada en la piedad, con el sacrificio íntimo ante todo, el sacrificio personal, ese sacrificio enraizado en el espíritu, en la penitencia, en la mortificación cristiana: sólo así, solamente así se puede preparar a la acción fecunda del apostolado, una acción que no puede realizarse con destreza humana, por muy alta y generosa que sea, sino que necesita esencialmente de la ayuda divina que no puede obtenerse de otro modo. Pero, precisamente por esto, vuelve de nuevo, y muy a tiempo, la figura del gran Siervo de Dios, del Beato don Bosco, Maestro del pequeño Venerable Domingo Savio; vuelve aquella gran figura, como Nos mismo la vimos tan de cerca, y no por unos minutos, sino precisamente así como su pequeño discípulo nos la ha representado en su vida, en los caracteres más sobresalientes de su breve existencia: un ardor incesante, con ansias devoradoras de acción apostólica, de acción misionera, verdaderamente misionera, hasta entre las paredes de una sencilla habitación; acción misionera entre las pequeñas turbas de niños, de muchachos, de adolescentes que continuamente le rodeaban; espíritu de ardor, de acción; y con este ardor un espíritu verdaderamente admirable de recogimiento, de tranquilidad, de calma, que no era solamente la calma del silencio, sino la que acompañaba un verdadero espíritu de unión con Dios, de tal forma que dejaba entrever una continua atención a algo que su alma veía, con lo que su corazón se entretenía: la presencia de Dios, la unión con Dios. Precisamente así. Y con todo eso un espíritu heroico de mortificación y de verdadera y propia penitencia, para la cual, aun en los términos más solemnes, hubiera bastado aquella su vida continuamente entregada al bien ajeno, siempre olvidada de toda utilidad propia, y hasta del más escaso reposo; una vida de penitencia, no solamente mortificada, sino de verdadera penitencia, a fuerza de ser apostólica.

Nos hemos encontrado estas cosas un poco en los recuerdos de nuestro espíritu, y, mucho más aún, en las sugerencias queridísimas de la breve, pero muy noble vida del Venerable Siervo de Dios Domingo Savio. Estas cosas, estos ejemplos, estas grandes líneas siguen siendo siempre las líneas sustanciales, esenciales, de la vida marcada con

líneas más gigantescas por la mano de Dios; y estos elementos, ¿qué son al fin y al cabo? Son los elementos de la vida cristiana, de la vida cristiana vivida, no de cualquier manera, como desgraciadamente muchos se reducen a hacer, sino con generosa fidelidad a los principios, con delicado cuidado y no con negligencia. Al presente, es algo indigno servir con negligencia a un Señor tan bueno, a un Redentor tan generoso; la vida cristiana como Nos hemos tenido ocasión de decir no ha mucho, en presencia de algunas devotas peregrinaciones, no debe vivirse con una correspondencia fragmentaria, discontinua a los preceptos, a las enseñanzas, a los ejemplos del Divino Redentor, del Divino Maestro y de sus mejores discípulos, sino con espíritu de noble precisión, como el que hoy contemplamos y admiramos. [221] Esta es la vida cristiana, y es mucho poderla llamar así, porque ese nombre expresa un tesoro inestimable; pero hoy se da mucho una vida cristiana, sin ningún sentido de precisión, sin ningún cuidado diligente, generoso, sin un poco de diligencia al menos, sin un poco de generosidad, de acuerdo con los ejemplos, las enseñanzas, los deseos de nuestro Divino Maestro... ¡Cuánta necesidad hay, en cambio, de estos ejemplos de precisión, de vidas cristianas diligentes, generosas como el Corazón de Dios, el Corazón del Redentor las quiere! Es éste un pensamiento muy oportuno en el providencial, magnífico y consolador desarrollo, al que asistimos, en este Año Santo de la Redención, porque el beneficio que nosotros celebramos y recordamos con gratitud debemos hacerlo fructificar en nosotros diligentemente, después de diecinueve siglos del gran suceso de nuestra Redención, precisamente en nosotros, alimentando la verdadera vida cristiana, porque ésa es precisamente la vida total que hemos recibido con la Redención divina; ésa es el gran don que nos dan los brazos del Hijo de Dios, extendidos en la Cruz.

El mundo no conocía esta vida; conocía la vida pagana, con todos sus errores y horrores; apenas se inició la vida cristiana se desarrolló inmediatamente con un maravilloso florecer de bellezas celestiales, de preciosidades de cielo; desde los primeros momentos, desde aquellos niños que el mismo Divino Redentor acariciaba y abrazaba, hasta los Tarsicios de todos los tiempos, hasta este nuevo Venerable Siervo de Dios.

He aquí el don, el gran don, el don completo de la Redención; ella es siempre la misma, llevada a los diversos grados de perfección a los que sabe llevarla la mano de Dios; porque es precisamente la perfección divina, aunque inalcanzable en su plenitud, la que se nos propone; y esa perfección es la vida cristiana, la que se nos presenta en el humilde fiel, en la más modesta medida del último de los fieles y hasta en las más altas figuras, las más magníficas, las más gigantescas figuras de la hagiografía, de la santidad de todos los siglos; la vida cristiana es la grande, inmensa riqueza que llevamos con nosotros desde el mismo instante del Bautismo, porque en aquella bendita hora empezamos a vivir esta vida, y la llevamos dentro de nuestras almas, en nuestros cuerpos como un preciosísimo tesoro. Por eso repercute en nosotros continua e incesantemente la llamada: hay que aprovechar este gran don y no dejarlo inerte, olvidado, descubierto con nuestras imprecisiones; hay que aprovechar, en cambio, con precisión, este tesoro magnífico, este tesoro que poseemos en medida adecuada, precisamente en aquella Sangre que pagó el Divino Redentor como precio; el precio precisamente de su Sangre, de su Vida, de su Cruz. Queremos ahora, ante todo, alegrarnos con la familia, mejor, con las familias del Beato don Bosco, tan digna, amplia y mercedidamente representadas, puede decirse con razón, en todas las partes del mundo —ayer mismo leíamos de algunos intentos, [222] nuevos conatos de apostolado salesiano, en regiones todavía inaccesibles y en las que nunca se ha

entrado ¹— con estas dos familias y con todos los que viven de sus obras y las ayudan, con las oraciones y con sus socorros, Nos queremos felicitarlos.

En dos ocasiones importantes resonó todavía en labios del Papa el recuerdo de la Beatificación de don Bosco. La primera fue ante un grupo de ciento cincuenta Cooperadores Salesianos de Holanda, el 2 de octubre de 1933. Camino de Roma para lucrar la indulgencia del Año Santo, convocado para conmemorar el decimonoveno centenario de la Redención, habían visitado Turín y la casita nativa de don Bosco. El Papa, después de manifestar la alegría experimentada con la visita de aquellos queridos hijos de la pequeña Holanda, pero grande por su celo de apostolado misionero y la acción católica, añadía a continuación amablemente: «Nos resulta todavía más grata esta visita porque venís a nuestra presencia en nombre del Beato don Bosco; nombre conocido y querido por todos los católicos a donde ha llegado su benéfica obra, nombre señaladamente querido por nuestro corazón, porque la Divina Providencia puso al gran educador de las almas entre los hombres que Nos hemos podido conocer, y del que hemos recibido trato verdaderamente benévolo; y además, porque la Divina Providencia Nos eligió para elevarlo a los primeros honores de los altares, y con la ayuda de Dios esperamos poder hacer todavía más». Delineó después rápidamente el programa del Cooperador Salesiano «que quiere decir colaborar con Jesucristo en la obra de la Redención, obra de salvación de las almas, precisamente según el programa de don Bosco, el cual tenía por lema *Da mihi animas*» e ilustró el sentido del mismo diciendo: «Las palabras *Da mihi animas, cetera tolle*, con las que el Fundador de los Salesianos señalaba su meta de llevar las almas a la vida de la gracia, son las mismas palabras con las que el Salvador resumía su obra redentora, con la que los hombres debían obtener la vida con una abundancia mayor. Esta admirable y fiel correspondencia del programa de don Bosco [223] con el del Redentor, debe animar a todos los hijos a trabajar con celo y entusiasmo muy particular para realizar en sí mismos y difundir el gran programa, que es la principal finalidad de este Año Santo».

La segunda de las dos ocasiones señaladas presentósele al Padre Santo en la audiencia concedida a los alumnos del Colegio Salesiano de Frascati, que fueron a la Ciudad el veintisiete de octubre para ganar el Jubileo. «Vosotros tenéis, les dijo el Papa, un título especiali-

¹ Parece que el Padre Santo aludía a un artículo del *Boletín Salesiano* de julio (pág. 215) titulado: «La nueva misión de Saharanpur».

simo, porque venía a Nos en nombre de don Bosco a quien tanto queremos, ya mucho antes de que todo el mundo le llamase Beato, porque el gran Siervo de Dios nos recuerda no sólo que tuvimos la suerte, más aún, la gracia de levantarle a los primeros honores de los altares, con el deseo y la esperanza de elevarlo todavía a honores más altos; sino que nos recuerda un antiguo conocimiento, y casi estábamos por decir, una paternal amistad, cuando en los primeros años de nuestro sacerdocio pasamos un tiempo a su lado. Por eso os digo que os vemos y saludamos con gran complacencia.

»Añadimos otro título, por el que os queremos: vosotros venís a Nos por el Jubileo extraordinario que hemos proclamado para todo el mundo con motivo del recuerdo diecinueve veces centenario de la obra de nuestra Redención. Debéis hacer una reflexión especial, dada vuestra condición de alumnos de don Bosco. En efecto este tesoro que recibís cada día, procede directamente de la Cruz, y es el tesoro de la educación cristiana. Porque la vida cristiana es el fruto compendio, o resumen de la Redención, que el mundo había perdido y que verdaderamente es invención de Jesús que la trajo del cielo y aplicó en su nombre. Debéis pensar que vosotros gozáis toda la riqueza de esta vida hasta con magnificencia y que cada una de las partículas de esta vida que cada día recibís, es una gracia de la Sangre de Nuestro Señor».

Es visible en ambas ocasiones con qué satisfacción pronostica el Padre Santo la proximidad de la canonización de don Bosco. La Providencia había reservado también al Pontífice glorificador de don Bosco esta nueva alegría, como ahora vamos a narrar.

CAPITULO XI

REASUNCION DE LA CAUSA

LOS triunfos de la beatificación, los festejos mundiales que inmediatamente los sucedieron, los frutos espirituales extraordinarios que de ellos se derivaron, el aumento de la devoción al Beato y toda una floración de gracias prodigiosas que se daban por seguras, obtenidas por su intercesión, eran cosas que estimulaban a pedir la reasunción de la Causa. Así se llama en lenguaje oficial la renovación de la Causa de un Beato, con el fin de llegar a la canonización y consiguientemente a la universalidad y perpetuidad del culto.

Canonización es una palabra que se deriva de *canon*, término griego que etimológicamente significa *regla* y que se ha usado en la Iglesia con varios sentidos, entre ellos el de *catálogo de los libros inspirados* y, desde el siglo XII, también el de *catálogo de los Santos*. Con el hecho de la canonización el Papa declara que un Beato reina en la gloria eterna y, por ello, manda a la Iglesia universal que le rinda culto de veneración. Tal sentencia constituye un efecto del magisterio infalible del Romano Pontífice, puesto que él define y manda como maestro de la Iglesia universal, en virtud del poder que le confiere Jesucristo, del que es Vicario. Se trata en suma de una definición *ex c athedra*.

El Postulador, don Francisco Tomasetti, interpretando y secundando el deseo del Rector Mayor y de los Superiores, no perdió tiempo. [225] En efecto, a principios del año 1930 presentaba una instancia en la Sagrada Congregación de Ritos, a fin de que en la primera reunión ordinaria se pudiera presentar y discutir la propuesta de la reasunción. Su deseo fue escuchado y produjo resultado satisfactorio, como lo confirma la respuesta formal del diez de febrero.

Mientras tanto era preciso obtener con presteza cierto número de cartas escritas por personajes distinguidos, que avalasen la petición, para presentarlas al Padre Santo, a fin de que él firmase el mandato de la reasunción. En poco tiempo se juntaron más de las que se necesitaban; se eligieron sólo las doce que parecieron más importantes, que fueron: las de los cardenales Gasparri, Hlond, Schuster, Capotosti; la

del arzobispo salesiano Guerra; la de los obispos salesianos Olivares y Emmanuel; la del teólogo Benna, Vicario Capitular en Turín; las del Rector Mayor, don Felipe Rinaldi, y de la madre Vaschetti, Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora; la del conde Rebaudengo, que escribía en nombre de los Cooperadores Salesianos, y la del abogado Masera, en representación de la Federación Internacional de los exalumnos de don Bosco. Monseñor Della Cioppa y el comendador Melandri, abogado el primero y procurador de la Causa el segundo, juntamente con el Postulador, presentaron al Santo Padre, a través de la Congregación de Ritos, la petición acompañada de dichos documentos.

La Sagrada Congregación examinó, en la sesión ordinaria del diecisiete de junio, si era del caso proponer al Papa que firmase la comisión, o sea, el mandato que se invocaba. Los Cardenales dieron su voto afirmativo, que el Padre Santo aprobó; y a continuación, con fecha del día siguiente, se emitió el correspondiente decreto, muy honorífico para la Sociedad Salesiana. Después de evocar de nuevo en él los detalles más salientes de la beatificación y describir la solemne entrada del Papa en la Basílica de San Pedro, la tarde del 2 de junio de 1929, entre el entusiasmo de la multitud *cum florentissimis institutis amatissimi Patris legiferi Beati Joannis Bosco*, [226] el redactor del texto exclamaba bajo la impresión de aquel recuerdo: *Mirabile spectaculum Ecclesiae militanti et triumphanti gratum et jucundum!* El decreto llevaba las firmas del cardenal Laurenti, Prefecto, y de monseñor Carinci, Secretario.

La renovación de una Causa lleva consigo la presentación y el examen de dos milagros. El Postulador de la Causa de don Bosco presentó dos casos de curación milagrosa, verificados en Rímimi y en Innsbruck. Las Curias de ambas diócesis, una vez recibidas las cartas remisorias, iniciaron, llevaron a cabo y enviaron a Roma los procesos sobre los dos milagros en octubre de 1931. El Postulador presentó inmediatamente una instancia al cardenal Verde, Ponente o Relator, para que se dignase invitar a la Sagrada Congregación de Ritos a pronunciarse sobre su validez. Terminado el estudio de los documentos y oída la relación de dicho Cardenal, el eminente Consejo dio su voto afirmativo el 12 de abril de 1932, que fue aprobado y confirmado ocho días después por el Padre Santo Pío XI. Siguiéron inmediatamente las indagaciones e informes de los médicos peritos, llamados por la Sagrada Congregación para dar sentencia legal sobre los hechos. Por su parte, monseñor Natucci, Promotor de la Fe, sacó de las actas procesales y de los informes médicos una doble serie de observaciones

en contra del carácter sobrenatural de los dos casos. Respondió a ellas separadamente el Abogado de la Causa. Entonces, con los sumarios de los procesos y sus documentos, los informes de los peritos, las objeciones del Promotor de la Fe y las impugnaciones del Abogado formaron la *Positio*, que se imprimió y se distribuyó a los Cardenales, Oficiales y Consultores de Ritos en el mes de julio de 1932, a la espera de las tres Congregaciones, como ya hemos visto que se hizo para la Beatificación.

Pero antes de seguir adelante, nos interesa dar a conocer sumariamente la segunda curación. Rodolfo Hirsch de Innsbruck, después de doctorarse en medicina y especializarse en el cuidado de los tuberculosos, contrajo por contagio la enfermedad. En el [227] primer momento le trataron por largo tiempo con cuidados severos. Pero, al reemprender su trabajo, sólo estuvo bien durante poco más de un año, hasta fines de 1928, cuando el proceso pulmonar se agravó más. El trece de mayo se encontraba tan extremadamente falto de fuerzas, que se vio obligado a ingresar en un sanatorio. Las medicinas tomadas, comprendido el neumotórax, frustraron toda esperanza. La radioscopia descubría una gruesa caverna pulmonar de naturaleza tuberculosa. Entonces el clérigo salesiano José Divina, hoy sacerdote, propuso a la suegra del enfermo que hicieran una novena a don Bosco. Empezáronla el quince de mayo para terminarla el veinticuatro, fiesta de María Auxiliadora. Tomaban parte en ella el enfermo, su familia, los padres de la esposa y los Salesianos del colegio de Treviglio. En los últimos días aplicóse el enfermo al pecho una reliquia de don Bosco, precisamente una gota de su sangre, absorbida en un pegujón de algodón. Poco después, el examen radioscópico causó una gran sorpresa, que llegó al colmo el día veinticuatro: aquel día, pese al largo período de cama que llevaba el enfermo, se levantó sin ningún cansancio y fue en automóvil a la clínica médica. Los radiólogos no vieron ya ninguna caverna y habían desaparecido totalmente los otros síntomas. El examen de las expectoraciones, anteriormente siempre positivo, apareció negativo y continuó siéndolo así. Rápidamente mejoraron las condiciones generales. Los más insignes especialistas de Innsbruck y Viena, que conocían muy bien su estado, no podían comprender la razón del repentino cambio. En octubre de 1929 reemprendió el doctor Hirsch sus ocupaciones, resistiendo períodos de intenso trabajo, sin el menor trastorno. Tres años más tarde, podía afirmarse que la curación no sólo era completa, sino definitiva.

Pero, uno de los peritos llamados a dar su opinión legal, puso objeciones a este milagro. Sin embargo, aquellas objeciones fueron

impugnadas en la Congregación antepreparatoria, celebrada por los Consultores bajo la presidencia del Cardenal Ponente, y la votación fue favorable. Creíase, por tanto, que no se opondría ningún retraso a la marcha normal de la Causa, [228] sabiendo como se sabía que el profesor Micheli de Turín, célebre especialista en la materia, había recibido noticias confidenciales sobre las dificultades opuestas, y había mostrado la inconsistencia de las mismas, por no decir su carencia de conocimiento. Mas, en estas cuestiones, basta ordinariamente la más mínima duda sobre la realidad del milagro, para que ya no se hable más de él. Movido por tal idea, llamó el Papa a don Francisco Tomasetti y le aconsejó que presentara otro milagro. Y se presentó entonces la curación sucedida en Turín junto a la urna del Beato en el mes de mayo de 1931. Y como quiera que la beneficiada con el milagro pertenecía a la diócesis de Bérgamo, correspondió a aquella Curia hacer el proceso, lo cual ocasionó la pérdida de casi nueve meses. Se necesitó otra Congregación antepreparatoria.

Las tres Congregaciones antepreparatoria, preparatoria y general se celebran siempre los martes, mas no todos. Y como ordinariamente son numerosas las Causas en curso, la Secretaría de Ritos, de acuerdo con las diversas Postulaciones, publica al principio del año la lista cronológica de las Congregaciones que se celebrarán desde otoño hasta las siguientes vacaciones de verano. De manera que, si una Congregación no tiene suerte y hay que repetirla, la Postulación interesada pierde su turno. En tal caso, si otra Postulación no está preparada para su fecha, puede ocupar su puesto la primera. Y esto precisamente vino a acelerar las Congregaciones para los milagros de don Bosco. Preparada, pues, una segunda *Positio*, tuvo lugar la segunda Antepreparatoria el 9 de mayo de 1933. Resueltas en ella algunas nuevas dificultades sobre el precedente milagro de Rímimi, discutieron los consultores el milagro que había sustituido al de Innsbruck y emitieron su voto favorable para los dos. Poco después de otros dos meses, el veinticinco de julio, preparada ya la *nueva Positio*, fue posible celebrar en el Vaticano la Congregación preparatoria con intervención de los Cardenales, Oficiales y Consultores, los cuales llevaron a término su trabajo favorablemente. Don Francisco Tomasetti hizo preparar con la máxima rapidez la *novissima Positio* [229] para la última discusión; pero el Subpromotor de la Fe no pudo conceder con igual premura el *Visado*, para que fuera impresa. Sin embargo, como el Padre Santo deseara que no se esperase más, se pudo celebrar la Congregación general en su presencia antes de que acabase el año, el catorce de noviembre. Su Santidad, después de implorar de Dios nuevas luces,

concluyó ordenando que se preparara el decreto de aprobación, fijando el domingo día diecinueve para la proclamación oficial.

El ceremonial de este suceso tiene tres momentos. Primero, ante el Papa sentado en el trono, lee el Secretario de Ritos el decreto; después, la persona más calificada de la Orden, Congregación o Diócesis, a la que pertenece el Siervo de Dios, lee un breve mensaje al Papa; finalmente Su Santidad pronuncia un discurso.

La lectura se hizo aquella mañana en la sala del Consistorio, repleta de público. Naturalmente intervinieron el cardenal Laurenti, Prefecto de Ritos, y el cardenal Verde, Ponente de la Causa. Entre los Prelados italianos se destacaban el americano monseñor Castro, arzobispo de Costa Rica y el francés monseñor Lamy, obispo de Meaux. Ocupaba un lugar distinguido el Rector Mayor de los Salesianos, don Pedro Ricaldone, con los miembros de su Capítulo y con el Postulador y los Abogados de la Causa. Monseñor Carinci, invitado por el Prefecto de Ceremonias, se acercó al trono pontificio y, obtenido el permiso del Padre Santo, leyó el decreto, el cual empezaba con el Evangelio de aquella dominica XXIV después de Pentecostés. He aquí la traducción.

El pasaje del Evangelio de hoy nos recuerda e invita a meditar aquellas palabras con las que el Divino Fundador de la Iglesia, Jesucristo, anunciaba el futuro desarrollo de ésta: *El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza... que es más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece... se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas* (Mt., XIII, 31-32). Esta nota de humildad caracteriza siempre los principios de las obras que proceden de Dios, tanto más característica cuanto más maravillosos son los desarrollos que la Divina Providencia dispone. Es éste un pensamiento que viene espontáneamente a la mente siempre que [230] nos ponemos a considerar dónde y cómo empezó esa magnífica Obra de educación, fundada por el Beato Juan Bosco, que hoy maravilla por su rápida difusión, su florecimiento y desarrollo por todas las partes del mundo.

Habríais visto a un humilde sacerdote, todavía joven, modesto en su atuendo, de rostro abierto y jovial, que, después de haber entretenido con juegos y diversiones, en un prado casi desierto a las puertas de Turín, a los hijos del pueblo abandonados por las calles, los reunía en una especie de mísero tugurio, y con palabra dulce y persuasiva les enseñaba el catecismo, y los atraía con arte maravillosa a la piedad.

En aquella zona suburbana de entonces, llamada *Valdocco*, se refugió con sus muchachos, pobre y despreciado por muchos, como un peregrino sin techo, después de haber sido echado de otros lugares y perseguido de diversos modos, por los mismos motivos.

Pero ardía en su corazón la llama divina de la caridad y se reducía a cumplir la obra inmensa que, por inspiración del Espíritu Santo, maduraba en la mente. Hoy ya todos saben los beneficios que produjo su obra y cómo han crecido las dos familias religiosas por él fundadas; pero a costa de muchas y grandes fatigas del apóstol, a fuerza de voluntad y con constante paciencia en medio de toda suerte de dificultades. Apenas si puede concebirlo la mente y faltan palabras para expresarlo.

Nació en Castelnuovo de Asti el 16 de agosto de 1815, en humilde cuna, y murió en Turín el 31 de enero de 1888.

En aquel tiempo tan turbulento por la agitación de muchos pueblos, el deseo de novedad difundido por doquier, las muchas persecuciones contra la Iglesia, apareció, en medio de otros hombres de santa memoria suscitados entonces por Dios, el Beato Juan Bosco, como verdadero *gigas ad currendam viam*.

Célebre por la fama de su santidad, glorificado por Dios después de su muerte con el esplendor de los milagros, fue inscrito en los fastos de los Beatos por la Santidad de Nuestro Señor Pío XI el 2 de junio de 1929. Reasunta al año siguiente la Causa para la Canonización, se instruyeron los Procesos Apostólicos en Rímimi y en Innsbruck sobre dos prodigiosas curaciones, cuya validez fue reconocida con el Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos del mes de abril del año pasado. Celebróse la discusión de estas dos curaciones en la Congregación Antepreparatoria del 26 de julio de 1932, en presencia del Revmo. Cardenal Verde, Ponente o Relator de la Causa. Pero habiéndose dejado de lado el milagro que se decía ocurrido en Innsbruck, se instituyó en Bérghamo el Proceso Apostólico sobre otra curación, cuya validez se deliberó con el Decreto del primero de febrero del corriente año, y cuyo mérito se discutió en una Congregación Antepreparatoria en presencia del mismo Cardenal Ponente. Como quedara algún punto por aclarar sobre la primera curación, se instituyó en Rímimi un proceso supletorio que se añadió al primero.

[231] La primera curación sucedió en Rímimi. Ana Maccolini sufrió, a partir del mes de octubre del año 1930, una bronconeumonía gripal que se prolongó hasta el mes de febrero del año siguiente. A mediados del mes de diciembre de 1930, añadióse a este mal una flebitis en la pierna y muslo izquierdo, que se corrió por todo el miembro, al extremo de que éste parecía el doble de grueso de lo normal y perdió todo movimiento. Es sabido que la flebitis, si es grave en los jóvenes, lo es mucho más en los viejos, por el peligro de gangrena de la arterioesclerosis. Por esta razón los dos médicos que la atendían, de acuerdo en el diagnóstico, y teniendo en cuenta la edad de la enferma de setenta y ocho años, y especialmente la afección gripal, emitieron un pronóstico casi totalmente infausto sobre la vida de la misma enferma. Además, opinan todos los médicos que es imposible la curación instantánea de la flebitis. Pues bien, una de las últimas noches de aquel año, Ana, que había invocado con un triduo al Beato Juan Bosco y había aplicado al miembro enfermo una reliquia del mismo, se curó instantánea y perfectamente de la flebitis y readquirió la libertad de movimiento y de las flexiones de la articulación del miembro, sin dolores y sin hinchazón. Además de los médicos que la atendían, aseguran su perfecta curación los peritos físicos que examinaron a Ana diez meses después y de nuevo recientemente, hace seis meses. Tres peritos elegidos y delegados por esta Sagrada Congregación están unánimemente de acuerdo con los médicos que la atendían, lo mismo en cuanto al diagnóstico y al pronóstico, que en cuanto al reconocimiento del milagro.

No resulta menos evidente el segundo milagro. Catalina Lanfranchi, de Pilenga, padecía de predisposición artrítica. La artritis le había atacado especialmente las rodillas y los pies con lesiones orgánicas, y se presentaba en una forma gravísima, si no para toda la vida de la paciente, sí para cuanto se refería al movimiento de los miembros. Habiendo resultado inútiles todas las curas hechas desde el año 1903, fue la enferma a Lourdes por dos veces, pero no habiendo obtenido, ni siquiera la segunda vez, en mayo de 1931, la curación por medio de la Bienaventurada Virgen María, antes de salir de Lourdes dirigió a la Madre celestial esta oración: —Ya que no me he

curado aquí en Lourdes, concededme al menos que, por la devoción que tengo al Beato Juan Bosco, pueda él obtenerme la curación en Turín.

Es evidente la invocación del Beato, como la confianza en una gran mediación de la Santísima Virgen. Ya de vuelta de Francia, y en las mismas graves condiciones, el seis de mayo se detuvo en Turín y fue hasta la Basílica de María Auxiliadora. Descendió del coche, ayudada por la hermana y el cochero, entró en el templo, sentóse ante la urna que encierra el cuerpo del Beato y rezó. Poco después logró arrodillarse y permaneció en esta posición casi veinte minutos; levantóse, fue al altar de la Virgen y se arrodilló de nuevo. Entonces, como volviendo en sí, se dio cuenta de que estaba curada; y sin ayuda de nadie, en medio del estupor de cuantos la habían visto incapaz de andar, se movió y echó a andar, bajó por las escaleras y subió al coche sin [232] ningún impedimento. La curación se mantiene, como atestiguan los peritos físicos. Y proclaman el milagro los médicos que la atendían, todos los testigos, y los peritos elegidos y encargados de oficio por esta Sagrada Congregación.

Discutiéronse estas dos curaciones por segunda vez en la Congregación Preparatoria, tenida en presencia de los Reverendísimos Cardenales el día veintitrés del pasado julio, y por fin el día catorce de este mes, en la Congregación General celebrada en presencia de la Santidad de Nuestro Señor Pío XI, en la cual el Revmo. Cardenal Alejandro Verde, Ponente o Relator de la Causa, propuso la Duda: *Si y de qué milagros consta, sucedidos después de la beatificación, en el caso y al efecto de que se trata*. Los Revmos. Cardenales, Oficiales, Prelados y PP. Consultores emitieron personalmente su voto. El Santo Padre, después de escucharlos atentamente, creyó oportuno esperar algún tiempo antes de pronunciarse, para implorar la luz del Cielo.

Elegió después, para pronunciar su sentencia, este día diecinueve de noviembre, XXIV dominica después de Pentecostés. Mandó llamar a los Revmos. Cardenales Camilo Laurenti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Alejandro Verde, Relator de la Causa, y también al Revmo. P. Salvador Natucci, Promotor General de la Fe, y al que esto suscribe en calidad de Secretario, y en su presencia sentenció: *Que constaban los dos milagros obrados por Dios, por intercesión del Beato Juan Bosco: es decir: la instantánea y perfecta curación de Ana Maccolini, de flebitis grave en la pierna izquierda, lo mismo que la de Catalina Lanfranchi, de Pilengo, de grave enfermedad crónica artrítica en las rodillas y los pies*.

Ordenó después que este Decreto fuese promulgado e inscrito en las Actas de la S. C. de Ritos.

19 de noviembre de 1933.

C. Cardenal LAURENTI
Prefecto de la S. C. de Ritos

ALFONSO CARINCI
Secretario de la S. C. de Ritos

Poco después de la lectura se acercó al trono don Pedro Ricaldone, teniendo a sus lados al Postulador don Francisco Tomasetti, al Abogado Della Cioppa y al Procurador Melandri y dirigió al Santo Padre el siguiente saludo:

Beatísimo Padre:

La lectura que se acaba de hacer del Decreto que aprueba los dos milagros presentados para la Causa de canonización de nuestro Fundador, el Beato don Bosco, llena nuestra alma de gratitud y satisfacción. De gratitud a Vuestra Santidad que, con el

sello de la Autoridad Apostólica, a la par que acelera el ritmo de la Causa, nos asegura otra vez la divina intervención en la glorificación de nuestro Beato Padre; [233] de satisfacción para nosotros que, en nuestro corazón de hijos, ya pregustamos el gozo del gran día en el que toda la Iglesia, por el Magisterio del Vicario de Jesucristo, glorificará a nuestro Padre, envuelto con la aureola de los Santos.

Por eso, hoy, al dar gracias a Dios y a Vuestra Santidad por tan señalado beneficio, siento vibrar en mi voz el latido de la doble Familia de don Bosco (séanos permitido llamarle todavía con esta denominación, en la que se juntan para nosotros los recuerdos de tantas y tantas cosas queridas), de esa doble Familia que tiene en él su origen, su espíritu y la confianza en el porvenir; origen que costó al Padre amado largos, inenarrables sacrificios; espíritu que con renovados propósitos nos proponemos conservar íntegro y ferviente; confianza que, por muchas razones de orden superior, aumenta en nosotros de día en día, estimulándonos cada vez más a trabajar con afán incansable por la gloria de Dios y el bien de las almas en el campo que nos ha señalado el Dueño Evangélico.

La constante llegada de numerosos operarios a reponer y engrosar las filas de las Familias espirituales del Beato don Bosco nos hace esperar con seguridad que su gran ideal, la educación cristiana de la juventud según las enseñanzas de la Iglesia y las normas de su Cabeza visible, estará siempre en marcha progresiva.

Y que de este modo nos obtenga nuestro Beato Padre recoger cada vez más abundantes frutos de la Redención, cuyo decimonoveno centenario ha hecho tan solemne Vuestra Santidad en todo el mundo, con este extraordinario Jubileo.

Estos son los sentimientos con los que el humilde Sucesor del Beato don Bosco se postra esta mañana a los pies de Vuestra Santidad para tributarle el homenaje del común reconocimiento y para implorar sobre los Salesianos y sobre las Hijas de María Auxiliadora, sobre sus alumnos y exalumnos y sobre la gran Familia de los Cooperadores, la gracia de la Bendición Apostólica.

Después de besar el pie al Padre Santo, don Pedro Ricaldone con sus asistentes, se retiró. Entonces tomó la palabra Su Santidad. Su hablar procedía de una visible y profunda reflexión. Hubo un instante, en el que, evocando un pasado de más de cincuenta años, cuyas suaves impresiones llevaba esculpidas en la mente, estuvo a punto de conmoverse; pero rápidamente, con un acto enérgico de la voluntad reaccionó y mantuvo el tono sereno y solemne de su voz.

Es la tercera vez que don Bosco —y decimos «Don Bosco» para rememorar dulces recuerdos— nos invita, o mejor, nos pone en la feliz necesidad de hablar de él, casi como un recuerdo, y se diría también querido por él, [234] del ya lejano encuentro personal y de aquel más bien corto, pero no fugaz contacto que la Divina Bondad Nos concedió tener con el Beato.

¿Qué decir y añadir, después de lo que ya se ha dicho, y lo que el Decreto y las palabras que le han seguido han recordado respecto al Siervo de Dios? ¿Qué añadir, después de lo que tantas biografías, vidas y publicaciones sobre don Bosco, unas muy extensas y otras breves, han dicho de él a cuantos han querido saberlo y también a los que no quieren, imponiéndose hasta a los más despreocupados por las maravillas que narran del Beato?

Y, sin embargo, Nos sentimos la dulce tentación de dar al menos una rápida ojeada sintética a todo lo que ya se ha visto, oído y dicho. Es, en efecto, una magnífica síntesis la que se perfila —muy merecida por la vida y la actividad del Beato— en amplísimo horizonte.

Ante todo una síntesis personal: puede y debe decirse que esta magnífica criatura de Dios en el orden natural, es también una criatura elegida en el orden sobrenatural —ya que el mismo Dios es el Creador del mundo natural y del universo que está por encima de la naturaleza—; puede decirse que esta magnífica figura envuelta en múltiples esplendores y dotada de múltiples valores, de una bondad generosa, de un gran talento, de una inteligencia luminosa, vivaz, perspicaz, vigorosa que, si se hubiese limitado al campo de los estudios y de la ciencia, ciertamente habría dejado profundas huellas, como ya ha dejado algunas también en este campo.

Otra síntesis puede ser la siguiente: este hombre que no ha tenido tiempo más que para la actividad y la acción, el trabajo constante e incesante en medio de los muchachos, de los jóvenes, de los viejos, ha sabido escribir muchísimo: pasan, en efecto, de setenta sus publicaciones, sus escritos dados a la imprenta, bastantes de los cuales, aún en vida, alcanzaron un número fabuloso de ediciones y alguno pasó del millón de ejemplares.

Y además, junto a esta inteligencia tan superior y sorprendente, un corazón de oro, virilmente paterno y, al mismo tiempo —lo saben todos los que estuvieron a su lado— un corazón que conoció las ternuras del corazón materno, especialmente con los pequeños, con los pobres de entre los pequeños, con los más pobres y los más pequeños de entre los pobres y los pequeños. Y junto con este corazón, una voluntad gigante, indómita e indomable por nadie, como no lo fue ¡con tantísimas obras y tan extraordinario trabajo!

Y después, al servicio de tal inteligencia y tal voluntad un físico, un cuerpo que, algo por el afortunado temperamento y por haber conocido muy pronto las durezas de la pobreza, pero sobre todo por la fuerza de la voluntad y de la disciplina, por una verdadera y singular penitencia voluntaria, demostró una resistencia en el trabajo verdaderamente admirable, que no se puede dudar en llamarla milagrosa. [235] Bastaría recordar sumariamente la actividad del Beato y ver qué bien lo hacía todo: cuando se ponía a escribir —y Nos le hemos visto entregado a esta actividad especial— parecía no tener otra cosa que hacer: escribía páginas y páginas, folletos, cartas sin fin: otros tantos beneficios espirituales. Se habría dicho que no tenía otra ocupación ni tiempo más que para hablar, para escuchar a todos, para responder a todos, y hasta se habría asegurado que le sobraba mucho tiempo, puesto que a menudo tenía como un deber mezclarse con los muchachos para contentar especialmente a los más desgraciados de aquellos pequeños y para ponerse a contar cuentos y a jugar con ellos, como si no hubiera en su vida ninguna otra incumbencia u ocupación que requiriese su preciosa presencia, como si no tuviese que hacer todo esto que tan admirablemente ha realizado. Es algo maravilloso pensar cómo haya podido hallar tiempo y cómo y cuándo se permitía ese mínimo espacio de reposo y descanso de absoluta necesidad para él como para todos.

Pero esta síntesis, o mejor, este conjunto de síntesis personal, de por sí grande y magnífica, casi desaparece, para reaparecer después como causa ante los propios efectos, al compararlo con la síntesis objetiva de la obra del Beato, especialmente, si se la contempla a tantos años de distancia: desde los pastos de *I Becchi*, desde los primeros y humildes inicios de *Santa Filomena a Valdocco*, hasta el grandioso florecimiento de hoy. Si damos una mirada general al conjunto de hijos e hijas del Beato,

vemos que los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora sobrepasan los diecinueve mil socios: un ejército; y se diría que todo él está situado en la primera línea, todo él dedicado a un trabajo grande y productivo, ya que la divisa del Beato, y la que ha dejado como religiosa herencia, es el trabajo, y no queda bien en las filas de los Salesianos o de las Hijas de María Auxiliadora el que no es trabajador, la que no es trabajadora: el trabajo es el distintivo, la cédula personal de este ejército providencial. Y lo prueban otros datos: son mil ochocientas las Casas, ochenta las Provincias o Inspectorías como las llaman los Salesianos; se cuentan por millares y millares las iglesias, las capillas, los hospicios, los colegios; hasta resulta difícil catalogar a todos; son varios centenares de millar los alumnos del presente; hay que calcular por millones los exalumnos; pasan del millón los miembros de la tercera gran familia, la de los Cooperadores, esa *longa manus*, como don Bosco la llamaba, y Nos se la hemos oído definir así cuando, con humilde complacencia, como la de quien quiere dar importancia a otros, decía el Beato que, gracias precisamente a tantos Cooperadores, don Bosco —usaba siempre la tercera persona cuando hablaba de sí mismo—, don Bosco tiene unas manos bastante largas, con las que puede llegar a todo. Es difícil por lo demás, a pesar de estas cifras, medir aun en resúmenes aproximados, el bien que don Bosco ha hecho y sigue haciendo: sería suficiente la simple alusión a las dieciséis misiones, misiones propiamente tales, a las que hay que añadir el doble de misiones subsidiarias donde los Hijos y las Hijas [236] de don Bosco, trabajan asiduamente para la conversión de los infieles.

Un bien inmenso, extraordinario: bastaría solamente pensar en el fervor de educación tan múltiple —cívica, profesional, comercial, agrícola— pero siempre una, siempre la misma, cuando se considera que es una educación cristiana, total, profunda, exquisitamente cristiana.

He aquí, aunque en lejana y pequeña proporción, la más hermosa síntesis que nos evoca espiritualmente la obra, grande como el mundo, y la figura del Beato don Bosco, rediviva y de nuevo entre nosotros, en estos felices momentos.

Acude inmediatamente la pregunta: ¿dónde está el secreto de todo este milagro del trabajo, de la extraordinaria expansión, del esfuerzo inmenso y del grandioso éxito? El mismo don Bosco nos ha dado la explicación, la verdadera llave de todo este magnífico misterio: nos la ha dado con aquella su perenne aspiración, o mejor, continua plegaria a Dios —porque fue incesante su íntima y continua conversación con Dios y pocas veces se ha cumplido como en él la máxima de: *qui laborat, orat*, puesto que él identificaba cabalmente el trabajo con la oración— nos la ha dado con aquella su constante invocación: *da mihi animas, cetera tolle*: siempre las almas, la busca de las almas, el amor de las almas.

¡Qué oportuna resulta esta llamada, esta plegaria personal del Beato Siervo de Dios en el desarrollo de tan hermoso, santo, edificante, fructuoso, de este Año Santo, de la Redención! En efecto, el Beato don Bosco había estudiado bien, había meditado, y mucho, constantemente, el misterio y la obra de la Redención para poder realizar toda su estupenda labor. Es más, debe decirse que precisamente esto es lo que únicamente la explica: él recibió de Dios el mandato específico, la misión especial de continuar la obra de la Redención, de difundir y aplicar cada vez más abundantemente a las almas sus frutos preciosísimos. Así es como se aprecia bien la grandeza de su actividad, lo mismo cuando se piensa en las almas llamadas por él a la Redención durante su vida, que cuando se piensa en las llamadas por la *longa manus* de sus hijos y de sus cooperadores: llevando por vez primera a tantas almas a verdaderas y personales resurrecciones espirituales, devolviendo las almas perdidas o abandonadas al

camino de la salvación; en todo, por todo y siempre la propagación de la Redención.

El Beato había, pues, meditado profundamente el misterio de la Redención. He ahí una llamada más oportuna hoy que nunca, ya que es eso precisamente lo que Nos hemos ardientemente deseado y esperado para este Año Santo: que el pensamiento de todas las almas redimidas, de toda la humanidad salvada, vuelva con memorable recuerdo, con agradecida atención a la grandiosa obra, cuyos beneficios inapreciables se recogen, a la Redención y a su Autor, el Redentor.

Da mihi animas, cetera tolle! ¿Y qué nos dice el Redentor? ¿Qué les [237] dice a esas almas que de buena gana emprenden este camino? La primera palabra que desciende de la Cruz, en la que precisamente se consuma la Redención con la Sangre y la Muerte del Hijo de Dios, es la misma que dijo Jesús casi como prólogo de esta su obra divina: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* ¿De qué sirve conquistar todo el mundo si el alma tiene que sufrir perjuicio? Y esto ya es decir el inestimable valor trascendente de las almas, el incomparable valor de las almas. Ahora bien, esta misma palabra, esta misma lección nos la da el Redentor como testamento escrito con su divina Sangre mientras muere, en la Cruz: he aquí, dice El en aquella hora suprema, el valor de todas las almas; de cada una, por tanto, de nuestras almas. No ha creído El dar demasiado dando toda su Sangre y su vida, no ha creído pagar un precio excesivo, dando generosamente un precio de valor divinamente infinito.

No queremos añadir nada más, sino invitaros a permanecer con esta gran palabra, con este gran amor de las almas, palabra y amor del Divino Redentor, al que tanto se acercó su fiel, esforzado, eficaz obrero, el Beato don Bosco, un instrumento tan valioso para la Redención de tantas almas.

Con este último pensamiento pasó el Augusto Pontífice a bendecir a los presentes de acuerdo con las intenciones por ellos formuladas: a todos los hijos e hijas de la familia salesiana y de María Auxiliadora; a todos los demás que con su actuación colaboraban en su maravillosa actividad; a todos ellos y a todo lo que en aquel momento llevaban los allí presentes en su mente y en su corazón y deseaban ver bendecido juntamente con sus personas.

Después de impartir la bendición, recibió el Padre Santo, de manos del Postulador, una copia del decreto leído poco antes. Descendió después del trono y reverenciado devotamente por los Cardenales, Prelados y Religiosos, retiróse a sus apartamentos, mientras el público comentaba en la sala y afuera todo lo visto y oído.

Las condiciones más esencialmente requeridas para la Causa estaban cumplidas; sólo quedaban algunas formalidades, de las que hablaremos en el capítulo siguiente. Y como se aproximaba la fecha extraordinaria, comenzáronse enseguida los preparativos para los festejos en Roma y en Turín, que se preveía serían excepcionalmente grandiosos; sobre todo se pensó en organizar lo que de algún

modo se refería [238] a las peregrinaciones, que ya se anunciaban por todas las partes del mundo.

Y como se preveía que la prensa se iba a ocupar ampliamente del futuro Santo, el Rector Mayor, en cuanto empezó a delinearse como propicia la marcha de la Causa, tuvo la prudencia de estar alerta contra el peligro de que la gran figura de don Bosco sufriera alteraciones ante el público; pues era de temer que se la redujera a la única proporción de fundador de la Sociedad de San Francisco de Sales y del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. ¡Y eso había que evitarlo! La misma Iglesia había reconocido oficialmente la universalidad de su misión; su apostolado se había desplegado con el mismo poder en todos los campos y en todos los climas. Por eso don Pedro Ricaldone lanzó el veintiséis de junio la palabra de orden a los Directores Diocesanos y a los Decuriones de los Cooperadores reunidos en Valdocco: *Conservemos la figura de don Bosco como nos la ha dado el Señor*. El *Boletín* de septiembre dio a esta consigna amplia publicidad. Varios periódicos, entre los cuales la *Tribuna* del día once de octubre, la publicaron, con algunos comentarios. La fervorosa espera iba creciendo a medida que pasaban los días.

CAPITULO XII

EL «TUTO» Y LOS CONSISTORIOS

LO que más arriba hemos expuesto brevemente, costó indagaciones sin fin. ¡Cuántos estudios, cuántos sacrificios, cuántos gastos, no sólo para alcanzar la verdad, sino también la certeza de la verdad bajo todo punto de vista!

Cuando se aprobaron los dos milagros, pareció que todo había terminado; en cambio todavía serían llamados los Cardenales y Consultores a dar su voto, sobre si, después de la aprobación de los milagros, se podía realmente y con seguridad (*tuto*) proceder a la solemne canonización. En caso afirmativo, se promulgaría el decreto del *Tuto*, de manera análoga a la ya referida para la beatificación.

Hubo, por tanto, que redactar todavía e imprimir una breve *Positio*, que contuviese cuatro cosas: una súplica al Papa con los elogios del Beato, el decreto del *Tuto* para la beatificación, el de los milagros para la canonización y un prolijo y razonado juicio del Promotor General de la Fe. La finalidad de esta posición es la de iluminar sumaria y definitivamente la conciencia de los votantes. El *Abogado del diablo*, en su amplia exposición, después de recordar los muchos que suspiraban por la canonización de don Bosco, manifestaba [240] también su sentimiento personal diciendo: «Este es también el deseo del Promotor de la Fe, el cual, lleno de admiración ante la extraordinaria dimensión de tan gran Hombre, se alegra de haber tomado parte en su Causa y, al mismo tiempo, declara que no sólo es algo factible, sino sumamente conveniente que un tan señalado operario de Cristo, que soportó tantas y tan graves fatigas por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sea inscrito en el catálogo de los Santos».

La Congregación del *Tuto* se reunió el 28 de noviembre de 1933 en presencia del Pontífice. Todos los que tenían derecho a ello dieron su voto a favor. Entonces el Papa autorizó la redacción del decreto y fijó la fecha de su lectura para el tres de diciembre, primer domingo de Adviento y fiesta de San Francisco Javier.

Con razón hemos recordado la segunda circunstancia. En la fiesta del gran hijo de San Ignacio, tres de sus hermanos debían hacer coro-

na gloriosa al Beato don Bosco. Eran los Venerables Siervos de Dios Roque González de Santa Cruz, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, muertos por la fe en Paraguay. Aquel día se proclamaría solemnemente su martirio.

Las modalidades de la ceremonia fueron las mismas señaladas en los capítulos precedentes. Una vez leído el decreto referente a los tres mártires jesuitas, leyó el Secretario el del *Tuto* para don Bosco. Traducimos a continuación el decreto.

Durante el siglo diecinueve, cuando maduraban por doquier los venenosos frutos, cuyos gérmenes de destrucción de la sociedad cristiana había diseminado abundantemente el siglo anterior, la Iglesia, sobre todo en Italia, se encontró a merced de muchas tempestades que la desgracia de los tiempos y la maldad de los hombres levantó contra ella. Pero la divina misericordia envió también entonces para sostén de su Iglesia valiosos campeones, que alejaran la gran ruina y conservaran intacta en nuestro pueblo la más preciosa herencia recibida de los Apóstoles, la genuina fe en Cristo.

Y así, en medio de las dificultades de aquellos tiempos, aparecieron entre nosotros hombres de acrisoladísima santidad, gracias a cuya acción prodigiosa no valieron los asaltos de los enemigos para demoler los muros de Israel.

[241] Sobresale por encima de los otros por la altura de su espíritu y la magnitud de sus empresas el Beato Juan Bosco, que, en el áspero rodar de los tiempos se levantó en el siglo pasado como una piedra miliar, señalando a los pueblos el camino de la salvación. Porque *Dios le suscitó para la victoria*, según la expresión de Isaías (XLV, 13), y *allanó todos sus caminos*. En cambio el Beato Juan Bosco, por virtud del Espíritu Santo, resplandece ante nosotros como modelo del sacerdote hecho según el corazón de Dios, como educador incomparable de la juventud, como fundador de nuevas Familias religiosas y como propagador de la santa fe.

Hijo de humilde linaje, Juan nació en un caserío campesino cerca de Castelnuovo de Asti, de Francisco y Margarita Occhiena, pobres y virtuosos cristianos, el 16 de agosto de 1815. Quedó sin padre cuando sólo tenía dos años, y creció en la piedad bajo la prudente y santa guía materna. Brilló en él, desde niño, una índole excelente, dotada de agudo ingenio, y memoria tenaz, de tal modo que, cuando empezó a ir a la escuela, aprendía en un santiamén lo que le enseñaban los maestros y sobresalía sin discusión en clase por su rapidez en aprender y su penetración mental.

Después de dos años de dura y laboriosa pobreza, que vigorizó su fibra en las más difíciles pruebas, con el consentimiento de su madre y por recomendación del Beato José Cafasso, entró en el Seminario de Chieri, donde se dedicó a los estudios, con óptimos resultados, durante seis años. Recibió finalmente el orden sacerdotal en Turín, el 5 de junio de 1841.

Pocos meses después fue admitido en la Residencia Sacerdotal de S. Francisco de Asís, bajo la dirección del Beato José Cafasso, donde ejerció, con gran provecho para las almas, el ministerio sacerdotal en los hospitales, en las cárceles, en el confesonario y en la predicación de la palabra de Dios.

Formado con este ejercicio práctico en el sacerdocio, sintió encenderse más vivamente en su corazón la singular vocación que le animaba por inspiración divina desde la adolescencia, de atender y guiar por el buen sendero a los jóvenes, particular-

mente a los abandonados. Había intuido con su perspicacia lo muy útil que sería este medio para preservar a toda la sociedad de la ruina que la amenazaba, y dirigió a este plan los esfuerzos de su noble corazón, con tan felices resultados, que hoy ocupa, sin lugar a dudas, el primer lugar entre los educadores cristianos contemporáneos. No hubo dificultades, ni persecuciones que llegaran nunca a apartarle de tan inmenso trabajo, pues era ilimitada su caridad con los jóvenes que estaban en peligro y muy firme su propósito de llevar a Cristo la juventud. Sabía atraerse a los muchachos con sus buenos modales, doquiera los encontrase abandonados por la calle, y, con toda caridad y dulzura, lleno del espíritu de San Francisco de Sales y de San Felipe Neri, se los ganaba y los mantenía alegres con diversiones, de forma que acudían a él en gran número de todas partes, como al mejor de los padres. Pero esta su divina caridad con ellos iba unida a una [242] tan gran prudencia sobrenatural, que llegó a la perfección en el método de educar, marcando a la pedagogía una norma que es de las mejores y más seguras.

El mismo nombre de *Oratorio*, que dio a su institución, nos manifiesta sobre qué base construía él su edificio, que no es otro más que la doctrina y la piedad cristiana, sin la cual es inútil todo experimento, para arrancar de la viciosas pasiones el corazón de los jóvenes y levantarlos a más nobles ideales. Mas, para esto empleaba él tanta dulzura que los jóvenes bebían y amaban la piedad casi espontáneamente, no movidos por la obligación, sino por un verdadero sentimiento; y, una vez que se había ganado su cariño, los llevaba después sin ninguna dificultad al bien. Su gran principio era que para corregir a los jóvenes es mejor prevenir que reprimir; y, aunque este método es más difícil, también es más eficaz para lograr adquirir buenas costumbres. Y los hechos dicen claramente los frutos que él ha recogido con este sistema; jóvenes hubo, guiados por este método, que llegaron a la perfección de la vida cristiana y hasta a la práctica heroica de las virtudes. Los *Oratorios* Salesianos, multiplicados maravillosamente aun durante su vida en medio de dificultades sin fin, se encuentran hoy muy esparcidos por todo el mundo, y en ellos son conducidas a Cristo innumerables almas.

Con el fin de perpetuar la existencia de los mismos y proveer de este modo más eficazmente a la educación juvenil, animado por el Beato José Cafasso, y por el Papa Pío IX, de santa memoria, fundó la *Pía Sociedad de S. Francisco de Sales* y, algún tiempo después, el *Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*.

Hoy en día tienen las dos familias en conjunto cerca de mil quinientas casas y casi veinte mil socios esparcidos por todo el mundo, con millares y millares de jóvenes de ambos sexos, que reciben de ellos formación literaria y profesional; y todavía más, sus hijos y sus hijas se someten generosamente a la asistencia de los enfermos y de los leprosos y hasta hay algunos de ellos que contrajeron esta enfermedad y sucumbieron víctimas de su caridad, ¡como dignos hijos de tan gran Padre!

Tampoco se debe pasar por alto la institución de los *Cooperadores*, una asociación de fieles, en su mayoría seculares, los cuales, animados por el espíritu de la Sociedad Salesiana y, como ella, están dispuestos a toda obra de caridad, tienen por fin prestar, de acuerdo con las circunstancias, válido apoyo a los párrocos, a los Obispos, y al mismo Sumo Pontífice. Como un notable primer ensayo de *Acción Católica*, la Asociación fue aprobada por Pío IX y, todavía en vida del Beato Juan, los Cooperadores llegaron a los ochenta mil.

Pero el celo por las almas, que ardía en su pecho, no pudo quedarse encerrado dentro de los límites de las naciones católicas, y así, alargando los horizontes de su

caridad, envió misioneros de su Familia religiosa, a la conquista de las gentes salvajes para Cristo.

Tras los primeros que, capitaneados por Juan Cagliero, de santa y gloriosa [243] memoria, avanzaron a la evangelización de las últimas tierras de América del Sur, hubo muchísimos otros Salesianos, que llevaron animosamente por uno y otro lado del mundo el cristianismo a los infieles.

Resultaría difícil decir todo lo que él hizo y padeció por la Iglesia y por la tutela de los derechos del romano Pontífice. Y, sin embargo, puede repetirse de él, sin ningún miedo, lo que leemos de Salomón: *concedióle Dios sabiduría e inteligencia muy grandes, y un corazón tan dilatado como la arena de la orilla del mar (IR. V, 9)*. Dios le dio sabiduría: porque, habiendo renunciado a todo lo terreno, aspiró únicamente a promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su lema era: *¡Dame almas, y quédate lo demás!*

Se dio por entero a la humildad; fue tan insigne en el espíritu de oración, que su mente estaba continuamente unida a Dios, aunque pareciese siempre distraída por una multitud de asuntos.

Profesaba extraordinaria devoción a María Santísima Auxiliadora y tuvo una inefable alegría cuando pudo edificar en su honor, en Turín, el célebre templo, en cuya cúpula se eleva la estatua de María Auxiliadora dominando, como Madre y Reina, toda la Casa Salesiana de Valdocco.

Moró santamente en el Señor el 31 de enero de 1888. Su fama de santidad fue creciendo de día en día, por lo que la Autoridad Ordinaria empezó los procesos; la causa de Beatificación fue introducida por Pío X, de feliz memoria, el año 1907. La Beatificación fue después celebrada solemnemente en la Basílica Vaticana, con aplauso de toda la Iglesia, el 2 de junio del año 1929.

Reasumióse al año siguiente la causa y se instituyeron los procesos sobre las curaciones que parecía debían atribuirse a milagro divino. Y, con decreto del diecinueve de noviembre de este año, se aprobaron dos milagros obrados por Dios por intercesión del Beato.

Quedaba por resolver una duda, a saber: si con la aprobación de los dos milagros, después de que la Santa Sede concedió el culto público al mismo Beato, se podía proceder con seguridad a su solemne canonización. Se propuso esta duda por el Rvmo. Cardenal Alejandro Verde, Ponente o Relator de la Causa, en la Congregación General de la S. C. de Ritos, en presencia del Santo Padre, el día veintiocho del mes de noviembre. Todos los presentes RR. Cardenales, Oficiales, Prelados y Padres Consultores dieron unánimemente su voto afirmativo, que el Santo Padre aceptó con alegría, prorrogando, sin embargo, su juicio hasta el tres de diciembre, primer domingo de adviento, dedicado a San Francisco Javier, celeste Patrono de la Obra de la Propagación de la Fe. Por lo cual, después de haber celebrado fervorosamente el Santo Sacrificio de la Misa, llamó ante sí a los Cardenales Laurenti, Prefecto de la S. C. de Ritos, y Alejandro Verde, Relator de la Causa, y también al Rev. Padre Salvador Natucci, Promotor General de la Fe, [244] y al infrascrito secretario y declaró: *que se podía proceder con seguridad a la canonización del Beato Juan Bosco.*

Ordenó a continuación que fuera promulgado este Decreto e inscrito en las actas de la S. C. de Ritos.

Al día tres de diciembre del año del Señor 1933.

A. CARINCI
Secretario

† C. Card. LAURENTI
Prefecto de la S. C. de Ritos

En esta ocasión estuvo muy contento don Pedro Ricaldone de que tocase al Padre Ledochowski, General de la Compañía de Jesús, el honor de manifestar al Padre Santo el agradecimiento de ambas Sociedades. El venerando Padre General se acercó al trono pontificio, teniendo a sus lados a don Pedro Ricaldone y a los Postuladores y Abogados de las dos Causas, y leyó:

Beatísimo Padre:

Con particular emoción tomo la palabra ante la augusta presencia de Vuestra Santidad en esta faustísima circunstancia, en la que la divina Providencia ha suavemente dispuesto que tocase al humilde sucesor de San Ignacio el gran honor y la gran satisfacción de presentar a Vuestra Santidad el vivo agradecimiento de la doble vasta Familia del Beato don Bosco, por el Decreto que ya asegura los supremos honores de la canonización a su maravilloso Padre y Fundador. Pero, no son solamente sus hijos y sus hijas los que se alegran por su inminente glorificación: a ellos se asocian todos los alumnos y exalumnos de los Institutos salesianos, todas las almas beneficiadas por su labor apostólica, todos sus amigos y cooperadores; más aún, puede decirse que todo el mundo participa y participará en ello, porque se trata de uno de esos hombres verdaderamente providenciales, que marcan una época en la historia de la Iglesia y de la humanidad; uno de esos hombres que la misericordia de Dios suscita de tanto en tanto, pero con esa sapiente parsimonia que hace se los aprecie más porque son muy escasos; uno de esos hombres, de quien puede decirse con verdad que *in omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum* (su voz llegó a toda la tierra y sus palabras alcanzaron los últimos confines del orbe).

Mi satisfacción al participar tan de cerca en la alegría de la Familia Salesiana, que hoy con tan gran fervor de obras, de misiones, de apostolado de toda suerte y en todos los campos, ha alcanzado uno de los primeros puestos en la viña del Señor; mi satisfacción, digo, aumenta pensando en la constante y genuina amistad que el futuro Santo tuvo siempre y manifiestamente demostró con la Compañía de Jesús y sus socios, recordando la profunda veneración que siempre fomentó [245] y promovió en favor de los Santos de la Compañía, particularmente de San Luis Gonzaga y San Francisco Javier, amistad y devoción que dejó en herencia a sus hijos, los cuales, unidos a nosotros, quizá hoy más que nunca, por el vínculo de la caridad, aprovechan con fraternal deferencia toda ocasión para manifestarnos su afecto y su ayuda. Permítaseme aquí recordar de modo especial con profundo reconocimiento, lo que ellos, y el primero de todos su Reverendísimo Rector Mayor, han hecho por nosotros en las recientes adversidades de nuestra Compañía en España, y cómo y con qué cordialidad se esmeran por aliviar a los Padres y Hermanos que han buscado refugio en Piamonte.

Junto al grande y conocidísimo Beato don Bosco se nos presentan hoy también tres humildes hijos de San Ignacio, poco conocidos ciertamente por el resto del mundo, pero que han llegado a ser populares en las tierras evangelizadas otrora por ellos y regadas con su sangre, y grandes sobre todo ante Dios por aquel título que, según San Ambrosio, valía por el más bello panegírico: *Dixi martyrem, praedicavi satis* (dije mártir, ya prediqué bastante). Los tres, pero principalmente su jefe, el Venerable Padre Roque González, son de los primeros fundadores de las famosas «reducciones» que hicieron célebre el «Cristianismo feliz» del Paraguay, tan bien descrito por Ludo-

vico Antonio Muratori. Por consiguiente, su glorificación, cuyos primeros albores ya se ven en el decreto de hoy, suscita muy justamente el santo entusiasmo de las florecientes Repúblicas de América del Sur, entre las que hoy está dividido el vasto teatro del heroísmo de nuestros tres Venerables a orillas del Río de la Plata, esto es, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay; todas esas naciones católicas, con sus Gobiernos y Pastores al frente, lo mismo que ardientemente lo han implorado, así saborean ya de antemano el gozo de poder honrar en ellos a los primeros Beatos Mártires de aquellas regiones: sobre todo al Venerable padre Roque González, por cuanto nació en la ciudad de Asunción del Paraguay y fue sacerdote secular antes de hacerse religioso de la Compañía, en la que ingresó huyendo de los honores de altos cargos eclesiásticos, y se convirtió luego en apóstol de las tribus habitantes a orillas del Río de la Plata, entre las cuales encontró la deseada palma del martirio, es verdaderamente hijo de América del Sur en todo el sentido de la palabra y será la primera flor roja indígena que sube a los altares, brotada y cultivada en su tierra, como es Santa Rosa la primera blanca flor de las vírgenes.

No podían faltar en este tan extraordinariamente solemne Año Santo de la Redención, las palmas de los Mártires para formar corona al Divino Mártir del Gólgota. Y con humilde satisfacción y profundo reconocimiento, la Familia de San Ignacio da gracias de todo corazón, primero, al Dador de todo bien y, después, a Vuestra Santidad por el insigne favor de que tales palmas de Mártires, para enlazarse con la maravillosa floración de nuevos Santos y Beatos del Año Jubilar, hayan sido elegidos precisamente en el modesto jardín de la Compañía de Jesús.

[246] *Beatísimo Padre:*

En este principio del nuevo año litúrgico que recuerda a todas las gentes la cuna del divino Redentor, en este día dedicado al gran Patrono de las Misiones, San Francisco Javier, el Beato don Bosco nos deja oír su lema, grito de angustia y de amor a la par: *Da mihi animas*, y los tres Venerables Mártires de América del Sur nos enseñan hasta qué punto se deben amar las almas redimidas con la Sangre del Hombre-Dios. A los pies de Vuestra Santidad, a la vez que agradecemos con toda el alma la alegría que hoy nos ha procurado, renovamos el propósito, que tan bien responde al espíritu del Beato don Bosco y de San Ignacio, de trabajar con todas las fuerzas, por la plácida conquista de todo el mundo para el Reino de Cristo, bajo la guía de su Vicario en la tierra.

Dignaos, Beatísimo Padre, fortalecer estos nuestros propósitos con la Apostólica Bendición, que imploro para nuestras respectivas Familias Religiosas, para las naciones que se glorían en el Señor de estos nuevos héroes, para todos los presentes y para cuantos están unidos a nosotros con la mente y el corazón.

Al referirse a los Jesuitas refugiados en Piamonte, el Padre Ledochowski hizo una alusión que merece ser comentada aquí. El año 1932 el Gobierno revolucionario de España, con una iniquísima ley, había desterrado a los Jesuitas del territorio de la república. Don Pedro Ricaldone, acordándose del ejemplo de don Bosco en similar coyuntura, ofreció a los novicios y estudiantes de la Compañía la casa salesiana de Italia que más les gustase; y ordenó además a los Inspec-

tores españoles que prestasen la asistencia posible a los perseguidos. Se renunció a la primera proposición, porque las jóvenes esperanzas de la Orden habían encontrado refugio en Bollengo, en el distrito de Ivrea. Lógicamente les faltaban al principio muchas cosas para organizarse; por lo cual don Pedro Ricaldone hizo que las casas salesianas más próximas les suministrasen todo lo que pudiesen necesitar. Más aún, sabiendo que en el destierro siempre se está a disgusto, proporcionó esparcimiento a los desterrados con excursiones a los centros misioneros de Ivrea y Cumiana, donde, con hermosa fraternidad, no se ahorró nada para recibir dignamente y alegrar a los huéspedes.

El Padre Santo respondió al saludo, sacando del heroísmo [247] de los tres Mártires y de la santa vida de don Bosco, preciosas enseñanzas para todos los fieles en aquel año jubilar de la Redención.

Habéis oído, queridísimos hijos, los Decretos leídos, habéis recogido también la hermosa, piadosa, fraternal ilustración que de ellos se os ha hecho: habéis visto cómo vuelve hasta nosotros la gigantesca y querida figura del Beato don Bosco acompañando y rindiendo los debidos homenajes a los mártires del divino Redentor, porque el martirio es el honor supremo, lo mismo que es el fruto más precioso de la Redención, de aquel Redentor *a quo omne martyrium sumpsit exordium* (en el que empieza todo martirio), como muy bien y solemnemente dice la Iglesia. Y puesto que la Bondad divina ya Nos ha concedido hablar y entretenernos otras veces con el Beato don Bosco, Nos detendremos hoy a admirar a estos grandes Mártires —mas sin dejar de hacer, como veremos, una alusión al mismo Beato don Bosco— que tan oportunamente vienen a colocarse en el cortejo triunfal que acompaña la memoria, diecinueve veces centenaria, de la divina Redención y del mismo divino Redentor.

Y precisamente, a propósito de los nuevos Mártires, es evidente la oportunidad de proponernos, cada uno de nosotros, una pregunta sobre lo que debemos no sólo admirar, sino también imitar; porque entra en la economía altamente educadora de la Iglesia no presentar nunca tan excelsas figuras a la veneración de los fieles, si no es con la finalidad de excitar su saludable imitación: *ut imitari non pigeat, quos celebrare delectat* (para que no disguste imitar a aquéllos a los que agrada celebrar).

Y ante todo ¿qué podemos hacer nosotros cuando nos encontramos frente a estos héroes de la fe, héroes hasta derramar su sangre y hasta la muerte, sino tributarles nuestra admiración? Y he aquí inmediatamente una gran utilidad para las almas, para toda clase de almas, precisamente en esta admiración que a todos se propone: la utilidad está en este mismo honor de admiración ante unas acciones que, como muy bien se dijo, constituyen los testimonios más fastuosos, más magníficos y espléndidos que se hayan concedido a la naturaleza humana, a nosotros pobres hombres, de poder rendir a la Verdad que juzga todo y a todos, que está por encima de todo y de todos y que sobrevive a todo, un testimonio mayor que todo otro, por grande y digno que sea: el testimonio de la sangre. Un genio lo dijo y de forma genial: éste es el gesto más ostentoso que el hombre puede cumplir.

Y en tal campo, ante tales grandezas, ya constituye un beneficio señalado el simple hecho de detenerse ante tan gran visión de cosas. Porque ¿cómo no se despertaría, hasta en las almas más alejadas del mundo sobrenatural, si están dotadas de

dotes naturales, cómo no se despertaría también en ellas, junto con la admiración, el aprecio de tan grandes cosas y, con el aprecio, quién sabe de qué más? ¿Quizás un principio de deseo y, con el deseo, un principio de esfuerzo por estas sublimes alturas? [248] Esto sólo, ya constituiría una inmensa ganancia para la educación de las almas.

Pero luego, cuántos otros y qué evidentes beneficios hay para la elevación misma de estos heroísmos supremos, aun cuando resultan más admirables que imitables; puesto que basta un poco de reflexión para descubrir que hay algunos supremos ejemplos de fidelidad, de paciencia, de heroísmo llevado hasta los más altos sacrificios.

Hay momentos y situaciones de la vida en los que el cumplimiento del deber, la renuncia a una ganancia prohibida, a un placer que no es lícito, puede costar sacrificio: entonces, precisamente en aquellos momentos, son estos grandes espíritus los que nos amonestan, los que nos señalan, frente a todas las debilidades y las dudas, frente a todas las temerosas luchas entre el deber y el placer, el camino a seguir, la ley a guardar; éstos, que dieron la sangre y la vida para triunfar, con fortaleza cristiana, contra todos los obstáculos, nos repiten a todos: *Nondum usque ad sanguinem restitistis* (no resististeis hasta la sangre): ¿qué se os pide a vosotros, en comparación de lo que se nos requirió a nosotros? ¡Y son tantos los que dieron su sangre y la vida por conservarse fieles a Dios, por no perder el fruto de la Redención!

Y como todo esto puede llegar a ser muy práctico, ¿qué es —dicen los Mártires—, qué es, por ejemplo, el sacrificio que la profesión de la vida cristiana, el honor del nombre, de la dignidad cristiana pide a pobres muchachas, a mujeres jóvenes, llamándolas a renunciar a una moda que ofende a Dios, que ofende al nombre de cristiano, que ofende a la misma dignidad humana? ¿Y qué es esta renuncia en comparación de aquellos supremos sacrificios ofrecidos por fidelidad a Dios? ¿Qué es, en comparación de éstos, el deber humano y cristiano de renunciar a una industria que no es honrada o a una ganancia fácil y deshonesta, de la que posiblemente nadie se enterará, pero que no escapa a los ojos de Dios? ¿Qué se le pide a un joven que siente toda la dignidad de su profesión cristiana, de su nombre cristiano, cuando se le pide que desafíe con noble valor el respeto humano (lo cual no debería ser por otra parte demasiado difícil) y renunciar a espectáculos, a reuniones, a bailes que escarnecen la dignidad humana, amén del honor cristiano?

He ahí, en todo esto, unos mártires disminuidos, muy disminuidos, que deben obtener de los grandes, de los mártires completos, una fuerza, una luz celestial, una inspiración a la que nadie debe negarse.

Pero hay, además, estados completos de vida, situaciones en las que se halla una magnífica práctica de martirio. Muchas veces se cumplen las hermosas palabras de San Agustín: «La virginidad no es honorable por el hecho de que entre los y las vírgenes se haya dado el martirio, sino sobre todo porque es ella la que hace mártires». *Non ideo honorabilis virginitas, quia etiam in virginibus martyrium reperitur, sed quia facit ipsa martyres*. Maravillosas palabras; porque, en efecto, ésa es una vida, una práctica de la virtud, una vida elevada y alimentada por esta virtud, que se asemeja [249] y no poco, a un largo martirio; una vida tan alta, que ciertamente está modelada sobre la que llevó en la tierra el Señor de los Angeles con su ejemplo; una vida toda hecha de renunciaciones a lo que, en cambio, busca la vida mundana con tan codiciosa avidez. Ahora bien, este género de vida nos hace pensar que muchas veces nacieron esas virtudes de la admiración tributada a los Santos Mártires, precisamente como decía el mismo San Agustín, al hablar de la multiplicidad de los mártires: «Las

fiestas de los mártires son exhortaciones al martirio»: *exhortationes sunt martyriorum*.

Con la misma maravilla con que Nos honramos a los Mártires de la sangre, consideramos estos otros verdaderos martirios, tan diversos y tan admirables a nuestros ojos, pero a menudo desconocidos, enterrados en el ámbito de una casa religiosa, a los pies de un altar, en el más oculto y retirado lugar, en una penitencia de vida inocentísima, en la inmolación completa, hasta en el deseo vivísimo de llegar al derramamiento de la sangre y a la muerte, con tal de ser fieles a Dios. El mundo no conoce ni conocerá jamás estos martirios, consumados por muchas almas olvidadas de sí mismas, verdaderas víctimas inocentes, sin más intención que la de alejar precisamente del mundo —y cuántas veces los alejan— los rigores de la divina Justicia, especialmente en estos difíciles y tristes tiempos, para atraerlos sobre sus propias personas. Hay muchos buenos y verdaderos padres cristianos, hay numerosas familias, fieles en todo a sus deberes de esposos, de padres, de obreros, de trabajadores cristianos, de servidores cristianos, fieles a todos sus deberes, a costa de indecibles angustias y privaciones, a costa de luchar constantemente contra la inclemencia de las condiciones del momento: ¡esos son verdaderos mártires de la vida cristiana!

Y aún más: fuera de estas situaciones verdaderamente graves, a las que, a menudo, no les falta ni siquiera la nota trágica para ser mártires, ¡cuántas otras vidas hay, más serenas, que se desenvuelven, al menos aparentemente, sin dificultades, pero que están llenas de obstáculos superados noble y cristianamente! Son muchas las vidas que se consumen precisamente en el cumplimiento de modestas obligaciones, sin durezas especiales, pero con deberes precisos que no están faltos de ciertas responsabilidades, cumplidos cada día, todos los días y siempre igual. Y eso en la monotonía de muchas vidas obligadas a un deber que no presenta ninguna fuerza de elasticidad o propulsión y estímulo, que muchas veces facilitan precisamente el desarrollo, en aquel terrible y cotidiano trabajo que no varía nunca y que requiere siempre las mismas diligencias, la misma atención, exactitud y puntualidad, sin compensaciones morales. He ahí unos mártires más modestos, menos pomposos que los grandes mártires, y sin embargo verdaderos mártires ellos también. Y hay muchos así: y también a ellos les repiten los Mártires de la sangre, para animarlos: *Nondum usque ad sanguinem restitistis*.

Y todavía otra reflexión. Al glorificar a estos nuevos Mártires nosotros los admiramos y honramos cuando han llegado a la cima de su calvario, que no está oscurecido como el Calvario del Rey de los Mártires, [250] sino que recibe de El espléndida luz; y no pensamos que ellos se prepararon a estas grandes metas con caminos modestísimos, con la paciencia, perseverancia y fortaleza que se requería para el pequeño martirio de su vida cotidiana. Valga un ejemplo: San Fructuoso, obispo de Tarragona, fue conducido al último suplicio, después de una jornada de vejaciones y tormentos: uno de los esbirros que le vio tan exhausto, extenuado y muriendo de sed por la mucha sangre perdida, le ofreció un vaso de agua; el Santo Obispo le dio las gracias, pero lo rechazó diciendo: —No puedo, hoy es día de ayuno y aún no ha llegado el anochecer—. Y el gran escritor cristiano Alejandro Manzoni, comenta rectamente: «¿Quién no entiende que este respeto reverente, diligente y cuidadoso a la ley divina fue precisamente lo que había preparado al Mártir para el último sacrificio?».

También el Beato don Bosco tiene su puesto en este magnífico ambiente y orden de cosas. He aquí una vida —Nos pudimos verla y apreciarla de cerca en su propia salsa— he aquí una vida que fue un verdadero, real y gran martirio: una vida de trabajo colosal que ofrecía la estampa de la opresión con sólo verlo, la del Siervo de

Dios; una vida de paciencia inalterable, inagotable, de tal caridad verdadera y personal, como corresponde a quien siempre pone algo de su propia persona, de su mente, de su corazón, en el último llegado, a cualquier hora, y tras cualquier trabajo: un verdadero y continuo martirio en las durezas de la vida mortificada, frágil, que parecía fruto de un continuo ayuno. He aquí por qué el Beato don Bosco tiene perfectamente su puesto en medio de estos campeones de la fortaleza cristiana, profesada hasta el martirio.

Honor sea dado a los miembros de estas grandes Familias que hoy tan justamente y más que nunca se regocijan con su recuerdo y exaltación.

Y después se congratulaba el Padre Santo con ambas familias religiosas por haber producido tales atletas y tales ejemplos para el mundo, para la humanidad redimida, ya que solamente la Redención podía producirlos. Pero ejemplos y campeones también para la humanidad sin adjetivos, pues nunca es ella más honrada que cuando lo es por semejante productos, salidos precisamente de sus filas, que son verdaderas y grandiosas compensaciones para otras manifestaciones, para otros hombres, que llevan el nombre de hombres, pero que no lo son para el honor de la humanidad, pues no hacen más que alimentar las más innobles pasiones contra la virtud, contra Dios, contra la verdad y el bien, en fin contra todo lo que puede formar y forma el honor mismo de la humanidad. Extendía él [251] los parabienes a toda la Iglesia y al universo mundo, puesto que las glorias exaltadas no sólo pertenecían a un pueblo, sino que eran producto del género humano y pertenecían a toda la humanidad. Finalmente, impartió las bendiciones pedidas para aquellos Países que, desde entonces, sonreían de alegría ante el refulgir de aquellas glorias supremas de santidad y de martirio; y después, a todos los que habían participado en aquel conjunto de cosas santas.

Quedaba una última formalidad por cumplir y era la de los Consistorios, que son tres: uno secreto, otro público y el tercero semipúblico. No se trató en ellos solamente del Beato don Bosco, sino también del Beato Pompilio María Pirrotti, escolapio, y de las Beatas María Micaela del Santísimo Sacramento y Luisa de Marillac, fundadora la primera de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, y la segunda cofundadora de las Hermanas de la Caridad.

Los dos primeros Consistorios se tuvieron en el mismo día, el veintiuno de diciembre. En el Consistorio secreto sólo participan los Cardenales. El Cardenal Prefecto de Ritos informó en él sobre la vida, virtudes y milagros de los Beatos y de las Beatas, y también sobre el desenvolvimiento de los actos realizados por la Sagrada Congregación

en las cuatro Causas, terminadas con los decretos del *Tuto*; expresó por fin el augurio de que el Sumo Pontífice ratificase solemnemente los deseos universales en mérito a su deseada canonización. Su Santidad pidió entonces el parecer a cada uno de los Cardenales. Estaban presentes los Eminentísimos Granito Pignatelli de Belmonte, Lega, Sbarretti, Sincero, Pedro Gasparri, Bisleti, Ascalesi, Locatelli, Mori, Capotosti, Lauri, Lépiciér, Segura y Sáenz, Pacelli, Marchetti-Selvaggiani, Rossi, Serafini, Dolci, Fumasoni-Biondi, Laurenti, Ehrle y Verde. Los veintidós Purpurados, por orden de antigüedad comunitaria, manifestaron su voto uno a uno, ante todo respeto a la primera canonización y después respecto a las otras tres. Terminada la votación, el Padre Santo les dio la enhorabuena por el éxito [252] favorable de la misma y convocó el Consistorio semipúblico para el 15 de enero del próximo 1934.

Una vez acabado el Consistorio secreto, ordenó Su Santidad que empezara el Consistorio público. Abriéronse enseguida las puertas del aula consistorial y entraron en ella los Prelados y otros personajes requeridos *ad hoc*. Intervinieron también los Postuladores y los representantes oficiales de las Embajadas de Italia, Francia y España. Cuatro Abogados consistoriales defendieron cada una de las Causas, primero el abogado Guasco en favor de la Causa de don Bosco. Después de las defensas, que acabaron todas implorando al Pontífice se dignase inscribir en el catálogo de los Santos a los dichos Beatos y Beatas, monseñor Antonio Bacci, Secretario de los Breves *ad Principes*, pronunció, en nombre de Su Santidad, un clásico discurso en latín, como respuesta. Que el Padre Santo estaba bien dispuesto a recibir las peticiones; que quería, sin embargo, en asunto de tanta importancia, la cual correspondía a su infalible magisterio, que, según la costumbre tradicional, fueran llamados a pronunciarse, juntamente con los Cardenales, todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes en Roma el día quince de enero; que se rogase mientras tanto al divino Espíritu le concediera en abundancia sus luces ¹.

Una invitación formal, procedente del Asesor de la Congregación Consistorial, prescribió a todos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y Abades ordinarios, que se encontraban a cien kilómetros de Roma, que acudieran, si se lo permitían las obligaciones del ministerio pastoral, a la ciudad eterna para dar su voto. El día fijado, todos estos Prelados, en número de cuarenta, fueron admitidos con los Cardenales al Consistorio semipúblico. Se encontraba en esta ocasión entre los

¹ Ap., Doc. 14.

Eminentísimos, el cardenal Fossati, arzobispo de Turín. El Padre Santo pronunció una breve alocución en latín, en la cual resumió el procedimiento de las cuatro Causas e invitó a los presentes a manifestar su parecer. Todos estaban ya informados de las virtudes y de los milagros, de las defensas de los Abogados consistoriales [253] y de los compendios de las vidas y de las actas de las Causas, previamente distribuidas a cada uno.

Empezó el Cardenal Decano, el cual leyó su cuádruple voto. Lo mismo hicieron todos los Cardenales uno tras otro. Leyeron después sus votos el Patriarca de Constantinopla y los Patriarcas latinos de Alejandría y Antioquía. Siguieron los Arzobispos y Obispos asistentes al Solio. Después manifestaron su voto todos los Arzobispos y Obispos presentes, con las palabras rituales: *Placet iuxta votum a me scriptum et subscriptum*. Dicho esto, entregaban los escritos a los Monseñores Maestros de Cámara. Finalmente leyeron sus votos los Abades de Montecassino y Subiaco. Al final de las votaciones, manifestó Su Santidad su satisfacción por la unanimidad del sentimiento de los Padres, para que se procediese a las cuatro canonizaciones y recomendó encarecidamente que se siguiese rogando al Señor por tan importante asunto. Finalmente, determinó los días en los que se procedería a las canonizaciones. Para don Bosco señaló el primero de abril, domingo de Pascua.

Podía decirse que se había cerrado definitivamente la Causa de don Bosco, que duró cuarenta y cuatro años. Se había desarrollado durante cuatro Papas: León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI. Cinco Arzobispos de Turín se habían ocupado de ello: el cardenal Alimonda, monseñor Riccardi, el cardenal Richelmy, el cardenal Gamba y el cardenal Fossati. Seis cardenales pasaron sucesivamente en Roma por el cargo de Ponentes o Relatores: los Eminentísimos Parocchi, Tripepi, Vives y Tutó, Ferrata, Vico y Verde. Los Postuladores, todos salesianos, fueron seis: don Juan Bonetti y don Domingo Belmonte en el tribunal eclesiástico de Turín; don César Cagliero, don Juan Marengo, don Dante Munerati y don Francisco Tomasetti en Roma para el proceso apostólico. Cuatro habían sido durante aquel período los sucesores del Siervo de Dios en el gobierno de la Sociedad Salesiana: don Miguel Rúa, don Pablo Albera, don Felipe Rinaldi y don Pedro Ricaldone. Faltaba, como conclusión de la obra, el acto solemne de la canonización.

[254] Era algo fuera de toda costumbre que se celebrara una canonización en la llamada *solemnidad de las solemnidades*, la más solemne de todas las fiestas cristianas; pero así lo quiso el Papa, el cual

confirmó su decisión frente a quien respetuosamente insinuaba consideraciones en contra. El pensamiento del Papa fue cerrar, con la glorificación del gran apóstol, el Año Santo extraordinario convocado para conmemorar el siglo decimonono de la Redención. La razón de su querer ya se adivinó en ciertas palabras por él pronunciadas en el discurso sobre los milagros. Don Bosco, había dicho entonces el Padre Santo, «recibió de Dios el mandato específico, la misión especial de continuar la obra de la redención, de difundir y aplicar cada vez más amplia y abundantemente a las almas sus frutos preciosísimos».

La noticia, llegada a Valdocco el quince de enero por la mañana, se difundió inmediatamente, produciendo en todas partes vivísima emoción. El Rector Mayor, tan pronto como recibió la confirmación oficial, convocó a su Consejo; y, a continuación, ordenó que se participara a la prensa de la ciudad y a los principales centros salesianos del mundo. A continuación se presentó al Alcalde para comunicárselo oficialmente. El Alcalde, agradecido a la visita, se hizo intérprete de la alegría de los turineses, que tanta devoción y admiración sentían por su Santo.

Don Pedro Ricaldone envió un mensaje especial a los Cooperadores, a quienes decía entre otras cosas: «Nos domina la emoción al pensar que hace ochenta y ocho años, precisamente el día de Pascua, en abril de 1846, el pobre don Bosco cantaba el *Alleluia* con sus muchachos en el mísero cobertizo Pinardi. La próxima pascua la celebrará en el mayor templo de la cristiandad, exaltado por la Iglesia al sumo honor de los altares. Nunca podremos agradecer lo bastante al Padre Santo Pío XI su gran gesto de inefable delicadeza». En el mes de marzo sintió la necesidad de dirigir de nuevo a los mismos una última palabra invitándolos a las fiestas de Roma y después a las de [255] Turín. «Sí, decía, todos, presentes al menos en espíritu, debemos vivir, hermanados por el más suave amor, las jornadas de la canonización que serán inolvidables jornadas de alegría y de bendición para todos».

El Cardenal Arzobispo monseñor Fossati habló a los diocesanos en la Pastoral de Cuaresma sobre el próximo suceso. Después de recordar varios aspectos de la vida de don Bosco que se prestaban para oportunas enseñanzas y estímulos, anunció que iría a Roma, para asistir a la canonización con una peregrinación de turineses; y se decía además entonces como cosa segura, que en las fiestas de Turín para San Juan Bosco se renovarían el triunfo del 1929.

La prensa empezó a pronosticar que para la canonización de don Bosco habría la mayor apoteosis que la historia recordase para un hijo de Italia elevado a la gloria de los altares.

CAPITULO XIII

LA CANONIZACION

AL pie de una preciosa fotografía, regalada al Oratorio de Turín, durante las fiestas de la canonización, escribió el Padre Santo Pío XI de su puño y letra y aplicó a don Bosco las palabras de la Escritura: *Dedit ei Dominus latitudinem cordis quasi arenam, quae est in litore maris*. Quiso decir que el Señor dio a don Bosco un corazón grandísimo, un corazón que derramó su amor con tanta abundancia como la arena que hay en las playas del mar. Fue ciertamente este amor sin límites, inspirado y sostenido por una fe vivísima, lo que le proporcionó en la canonización un «triumfo sin igual» que «encontró en el *Alleluia* pascual el fondo y al mismo tiempo el cuadro más grandioso y adaptado»¹. Procuraremos hacer una descripción que no resulte excesiva ni escuálida, sino que presente el histórico suceso en sus líneas principales.

Peregrinaciones y representaciones

Como en la otra ocasión, actuaron enseguida activas Comisiones en Roma y en Turín. Una novedad que gustó muchísimo a todo el mundo fue que el Rey y la Reina de Italia se dignaran aceptar la presidencia de todas las Comisiones. En esta ocasión fueron las peregrinaciones las que más trabajo dieron a los organizadores; se preveía que las habría [257] de muchas partes, hasta de América. Asistirían a la ceremonia del primero de abril numerosos italianos y extranjeros llegados a Roma para el Año Santo, además de los acostumbrados turistas de distintos países; pero nosotros sólo hablaremos de las peregrinaciones salesianas.

Pueden dividirse éstas en tres clases: peregrinaciones de colegios, peregrinaciones de Cooperadores y exalumnos, y peregrinaciones populares.

¹ Las palabras entre comillas están tomadas del *Osservatore Romano* (2-3 abril 1934).

Naturalmente Italia dio el mayor contingente de peregrinaciones de toda suerte. Las de los colegios fueron organizadas por las nueve Inspectorías, en las que se divide la Obra salesiana en Italia. La Inspectoría Romana proporcionó el mayor número, con casi dos mil alumnos; seguía inmediatamente la de Sicilia con mil doscientos. Llegaron veinticinco grupos del extranjero, pertenecientes a Alemania, Austria, Baviera, Bélgica, España, Francia, Holanda, Hungría, Inglaterra, Polonia, Argentina, Brasil, Centro América, Chile, Egipto, Palestina, India: casi seiscientos alumnos en total. El Prefecto apostólico salesiano del Assam, monseñor Mathias, llegó con un clérigo indígena y cuatro muchachos, vestidos con sus trajes nacionales.

Las peregrinaciones de los Cooperadores y exalumnos se subdividían en tres grupos: italianos, naciones europeas y naciones extraeuropeas. Las Inspectorías italianas presentaron nueve, con cuatro mil personas. Cada una de las inspectorías europeas organizó su propia peregrinación, con un total de ocho mil personas. Y de América y Asia llegaron cinco peregrinaciones, con más de mil cien individuos.

Hubo veintisiete peregrinaciones populares de Italia, con cinco mil peregrinos; cinco de España, con mil doscientos; varias de Francia, con dos mil ochocientos; de Alemania, con setecientos; de Inglaterra, con quinientos; otras de diversas naciones europeas con cifras menores y cinco mil en conjunto. Las hubo, además, de Asia, de Africa y de América, con un total de dos mil peregrinos, de los que casi seiscientos procedían de Argentina.

Las peregrinaciones extranjeras viajaban dirigidas por un [258] director, asistido por varios ayudantes. Cada peregrino llevaba una guía impresa, que incluía el itinerario, el programa y algunas instrucciones oportunas. Los argentinos zarparon de Buenos Aires en la motonave italiana *Neptunia*, y llegaron al puerto de Nápoles, con la bandera tricolor italiana ondeando al viento sobre el palo mayor, junto con una bandera blanca en la que se leía con caracteres cubitales el nombre de don Bosco. Monseñor Méderlet, arzobispo salesiano de Madrás, llegó desde la India a bordo del barco francés *Chantilly*, con quinientos cuatro peregrinos, ataviados con sus pintorescas vestiduras. Les acompañaban otros cuatro obispos y unos cuarenta sacerdotes, casi todos indígenas.

Mencionaremos solamente algunas representaciones de máxima importancia. El Gobierno argentino encargó al propio embajador De Estrada que representara oficialmente a la República en la ceremonia. También el Brasil confió su representación al embajador Magalhaes de Azevedo, pero la más alta de todas las representaciones fue la del

Rey de Italia, confiada a Su Alteza el Príncipe Heredero Humberto de Piamonte. Era la primera vez, desde 1870, que la Casa de Saboya intervenía oficialmente en una celebración de la Basílica Vaticana. El Santo de la Conciliación merecía ciertamente aquel gran honor. Fue el mismo Príncipe quien se lo comunicó a don Pedro Ricaldone, con el siguiente telegrama:

Con el alma invadida por sentimientos de profunda emoción y sincera alegría, me apresto para asistir mañana, en representación de Su Majestad el Rey, a la solemne Canonización, en la Basílica Vaticana, del Beato Juan Bosco, fundador de la Orden salesiana. En tan fausta ocasión tengo la satisfacción de manifestar estos mis sentimientos a usted, que tan dignamente rige los destinos de la gran Institución, cuya amplia y benéfica acción, en Africa y en las lejanas Américas me fue concedido conocer y admirar. Formulo los más fervientes deseos por la suerte futura y el glorioso progreso de la Orden. HUMBERTO DE SABOYA.

La Santa Sede organizó el ceremonial, con el correspondiente protocolo, para la recepción de Su Alteza.

[259] En San Pedro

Raras veces, quizás nunca, contempló la Basílica Vaticana una alegría pascual tan nueva, tan fresca, tan inesperada como en la Pascua del 1934. Con aquella Pascua se cerraba el jubileo, diecinueve veces secular, de la Redención y se celebraba la santidad de un apóstol que había llevado los beneficios de la Redención a infinidad de almas.

Desde el amanecer se dirigía hacia San Pedro una multitud cosmopolita desde todas las partes de la Urbe. A las seis se abrió el paso, a través de las barreras de los guardias que vigilaban los accesos, contenían las impacencias y lograban que se pudieran controlar los billetes de entrada; a las siete y tres cuartos ya habían penetrado en el templo las sesenta mil personas de que es capaz. Otras cien mil, al menos, quedarían fuera. ¡Un espectáculo único en el mundo! Gente de toda condición, sexo y edad, sacerdotes, clérigos, religiosos, religiosas, estudiantes, profesionales, obreros, señoras elegantes y mujeres sencillas del pueblo, con extraordinaria diferencia de aspectos, de modos de vestir, de lenguas, se apretujaban bajo las bóvedas de la basílica y en la plaza más grande del mundo, unidos en un solo sentir con don Bosco y con Pío XI.

En el exterior aumentaba por momentos una masa compacta, cuyos ojos se dirigían hacia lo alto de la galería de las bendiciones, para contemplar la imagen del Santo representado en la gloria. Habíase previsto que muchísimos millares de fieles se habrían visto obligados a permanecer fuera de la iglesia y, en consecuencia, se preparó a la derecha de la escalinata un altar para celebrar misas al aire libre. En él celebraron, con cierto intervalo de tiempo, dos neosacerdotes salesianos, ordenados la víspera por el Cardenal Vicario. Por la misma razón se habían tomado otras medidas. Se había instalado una fuerte valla, de una a otra parte de la columnata berniniana, que dividía la plaza en dos. En el espacio entre la valla y la escalinata, que se mantenía desocupada, podían entrar los que poseían «billete de entrada para la plaza». En razón [260] del grandísimo número de los que no habrían podido obtener el billete de entrada en la basílica, se había inventado, con asentimiento del Pontífice, aquel billete de consolación, con el fin de poder proporcionar una semi-satisfacción a todos los millares que fuere posible.

A las ocho ilumináronse en un instante en el interior de la basílica los centenares y centenares de arañas de luz instaladas a lo largo de las arcadas, pendientes de las bóvedas y alrededor del altar de la Confesión, prestando a la basílica un aspecto fascinante. En la «Gloria» de Bernini del ábside, donde se había colocado para la beatificación la pintura que representaba al Beato, resplandecía, en medio de un fulgor de luces, la figuración de la Santísima Trinidad, a la que especialmente se dirigen el honor y la gloria en los días de las canonizaciones. Bajo la cátedra de San Pedro se levantaba el trono papal. Por ambos lados, hasta el altar de la Confesión, había largos sitios para Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y altos Prelados. Sobre el altar, adornado con sencilla magnificencia, brillaban los seis espléndidos candelabros de plata, cincelados por Cellini. *In cornu evangelii*, sobre las gradas, estaba encendido el cirio pascual en un candelabro monumental de mármol. A la otra parte, colocados sobre una mesita, estaban los dones rituales de la Postulación. En las galerías de la Verónica y de Santa Elena se veían colgando los lienzos con las pinturas de los dos milagros, que ya conocemos.

A lo largo de las gigantescas paredes se levantaban las tribunas. En el ábside presbiterial, a la derecha y a la izquierda, las destinadas a los Soberanos y Príncipes; después otras para la familia del Papa, el Cuerpo diplomático, la Orden de Malta, los parientes del Santo, la Postulación de la Causa, la aristocracia y el patriciado, representaciones y delegaciones especiales.

En los dos brazos del crucero tenían puesto reservado los alumnos de los colegios salesianos y las alumnas de las Hijas de María Auxiliadora; en amplios sectores para los Cooperadores y exalumnos: por lo menos veinte mil en total.

Aquellos muchachos, que se fueron orientando poco a poco en un ambiente [261] tan archisolemne, impacientes por la larga espera, se pusieron a cantar el *Don Bosco ritorna* y otros himnos salesianos. Los celosos guardianes de las tradiciones del sacrosanto lugar intentaron oponerse a tan inaudita novedad; mas, previendo su impotencia ante la avispada turba de cantantes, acabaron por dejarlo correr. En realidad era el *Alleluia* pascual más en consonancia con la circunstancia, el *Alleluia* de la juventud, que en la vetusta basílica preludiaba la inminente apoteosis del gran padre de los muchachos.

En el momento de la iluminación a que nos hemos referido, estaban las tribunas llenas. Véase en las de los Príncipes y Soberanos al príncipe heredero de Dinamarca, Cristián Federico; a la princesa Ana de Battenberg con sus damas de compañía; a la archiduquesa Inmaculada de Austria; al príncipe Federico Cristián de Sajonia con su esposa e hijo; al archiduque Hubert con su esposa, acompañados por los príncipes Salm; al príncipe Albrecht de Baviera y su esposa, acompañados por la princesa Julia de Oettingen-Wallenstein y la condesa Guedelinda de Preysing con dos hijos; al príncipe Juan Jorge de Sajonia; a la princesa Estefanía de Bélgica; al príncipe don Pedro de Orleans-Braganza con su esposa, al hijo príncipe don Pedro y su chambelán; a la archiduquesa Inés de Habsburgo-Lorena; al príncipe de Asturias Alfonso de Borbón con su esposa; el príncipe Federico Leopoldo de Prusia con dos personas de su séquito. Este era neófito. Llegado a Roma para la canonización de don Bosco y convertido al catolicismo, había abjurado del protestantismo el día anterior y aquella misma mañana de Pascua había recibido la primera comunión.

Pocos minutos después de las ocho entraron el Rey y la Reina de Tailandia con tres príncipes reales y cuatro personas del séquito. Les había llevado en dos coches de la Ciudad del Vaticano el conde Caccia, y les acompañó al apartamento del Mayordomo, para que asistieran al desfile del cortejo papal hasta que éste se hallase a punto de entrar en la basílica. Un [262] piquete de guardias suizos les hizo escolta de honor mientras iban a la tribuna reservada para ellos. Los Soberanos tailandeses conocían a los Misioneros Salesianos en su reino y deseaban, aunque no eran cristianos, honrar a su Santo Fundador.

En aquel mismo momento tenía lugar en el vestíbulo de la escali-

nata Braschi la recepción del Príncipe del Piamonte. Anunciaron su llegada tres toques de trompeta. Precedido de un coche guía llegó el suyo, y detrás otros cuatro con los miembros de su Casa civil y militar. Descendió Humberto de Saboya, vestido con uniforme de gala de general, con el Collar de la Anunciación y las insignias de la suprema Orden de Cristo, saludó la bandera de la Guardia Palatina que rendía los honores militares, y, saludado él por Mons. Nardone, secretario de la Congregación del Ceremonial, y por el príncipe Massimo, superintendente de las postas pontificias ¹, acompañado por el conde De Vecchi, Embajador de Italia ante la Santa Sede, y seguido del comandante de la Guardia Palatina, al son de la marcha real, pasó revista a la compañía de honor. Llegó entonces al zaguán de la escalinata, estrechó la mano de los personajes que le eran presentados y, escoltado por la Guardia Suiza y precedido por un Sargento Mayor de la misma, por cuatro «bussolanti» y dos «sediari» ², se dirigió hacia el interior de San Pedro. El arzobispo Pelizzo, ecónomo de la reverenda fábrica de la basílica, asistido por los maestros de ceremonias del Cabildo Vaticano, le ofreció el agua bendita. Su Alteza se santiguó, atravesó las salas de la sacristía y fue a arrodillarse en la Capilla del Coro, donde estaba expuesto el Santísimo. Después de una breve adoración, pasó a la nave central y se dirigió hacia su tribuna, a pocos pasos del trono papal. Cuando la multitud reconoció al representante del Rey de Italia, prorrumpió en fuertes aclamaciones.

[263] El respondía sonriente con la mano. Cuando llegó ante la Confesión, los muchachos le tributaron una ovación frenética. En las tribunas de las representaciones italianas se levantaban los brazos con el saludo fascista. En el ábside resonaron los vítores de los embajadores y de la población romana. El Príncipe, con garbo y gracia, se volvía de un lado para otro dando gracias, hasta que llegó a su propia tribuna, donde se arrodilló devotamente e inclinó la cabeza entre las manos en actitud de oración.

Mientras el público distraía la espera observando la llegada de los Príncipes y Soberanos y del hijo de Víctor Manuel III, ya había hecho parte de su camino la incomparable procesión que precedía el cortejo papal. Detengámonos a describirla.

¹ Título hereditario de la familia de los Príncipes Massimo. En los tiempos en que se viajaba en carroza, el superintendente de las postas pontificias era el encargado de que el Papa encontrase en cada posta todo lo que necesitara para la parada y la prosecución del viaje.

² *Bussolante*: título que se da a los familiares del Papa, pertenecientes a la antesala papal; *sediario*: al destinado a llevar la silla gestatoria papal (*N. del T.*).

Procesión y cortejo papal

Pío XI quiso, con un gesto paternal, que los que no habían podido ingresar en la basílica, tuviesen también la satisfacción de ver algo... y al Papa; dispuso, pues, contra la costumbre, que el desfile hiciese un amplio giro desde el portón de bronce por la plaza hasta el centro de la escalinata y que después... subiera poquito a poco hasta el atrio de la Basílica. ¡Qué de novedades en aquella canonización! Hubo todavía otra innovación. La vanguardia de los cortejos papales está siempre formada por los representantes de las Ordenes religiosas, que caminan majestuosamente llevando una antorcha encendida. En cambio entonces, todos ellos, después de desfilar por la plaza y avanzar por la Basílica hasta la Confesión, salieron de allí para alinearse a derecha e izquierda del itinerario y formar escolta de honor al paso del Papa, poniéndose después en movimiento, y formando una especie de retaguardia. Allí iban Hermanos Penitentes, Capuchinos, Mercedarios, Mínimos, Conventuales, Menores de S. Francisco, Agustinos, Carmelitas Calzados, Siervos de María, Dominicos, Monjes Benedictinos Olivetanos, Cistercienses, de Vallombrosa, Camaldulenses, Casinenses, Canónigos Regulares Lateranenses [264] y del Santísimo Salvador y, por excepción benignamente concedida por el Padre Santo, quinientos Salesianos, representantes de varias Inspectorías y Misiones.

Al clero regular seguía el secular: alumnos del Seminario Romano, colegio de párrocos, canónigos y beneficiados de las colegiadas, después los de las basílicas menores y de las basílicas patriarcales, precedidos de las históricas Cruces y de las respectivas capillas musicales que cantaban el *Ave maris stella* durante el recorrido y el *Regina caeli laetare* al ingreso en la Basílica, porque la entrada de la procesión en San Pedro empezó mucho antes de que el Papa saliese de sus apartamentos privados.

Cerraban esta procesión los oficiales del Vicariato de Roma, con el Monseñor Vicegerente; los consultores, oficiales y prelados de la Sagrada Congregación de Ritos. Inmediatamente después iba el estandarte de don Bosco. A su aparición estallaron inmensos aplausos y estentóreos gritos de *Viva don Bosco*, que se prolongaron y multiplicaron por toda la plaza, acompañándolo hasta que desapareció dentro de la Basílica. Sostenían la tela del mismo, de acuerdo con una antigua costumbre, los Hermanos de San Miguel in Borgo y hacían escolta de honor el Rector Mayor con su Consejo, el Procurador general y el Postulador de la Causa don Francisco Tomassetti, y los represen-

tantes del clero turinés, del seminario de Chieri y de la parroquia de Castelnuovo; además, seis Inspectores salesianos con blandones encendidos.

Veíase en el estandarte a don Bosco colocado sobre nubes, de rodillas ante María Auxiliadora invocando su protección sobre el Oratorio de Valdocco, pintado en la parte inferior; al dorso, estaba don Bosco en pie, con las manos juntas, sobre un fondo de luz y de azul, en el que se perfilaba la Basílica de San Pedro y el Palacio Apostólico. Parecía, como se había escrito de él, proyectado por la Iglesia a la vista de todo el mundo, cual modelo de perfección y santidad para las gentes, de unión con el Romano Pontífice, de fe en Dios y de filial devoción a María Santísima Auxiliadora.

[265] Hacía tres cuartos de hora que el público de la plaza y el del interior de la Basílica estaba contemplando este fantástico desfile cuando el Papa, hacia las ocho y media, salió de sus apartamentos y acompañado por su noble Antecámara eclesiástica y laica, escoltado por la Guardia Noble, precedido y seguido por la Guardia Suiza, se dirigía primero a la sala de las vestiduras, donde estaban reunidos los Cardenales. Desde allí, una vez revestido con los ornamentos sagrados (estola blanca con manto papal blanco recamado de oro, y mitra preciosa), se dirigió a la Capilla Sixtina con los Cardenales y empezó el sagrado rito. Después de administrar el incienso y entonar el *Ave maris stella*, tomó el más pequeño de los tres cirios, que le ofreció el cardenal Laurenti; luego, sentado ya en la silla gestatoria, precedido de la Capilla papal, descendió a través de la Sala Regia, hasta el portón de bronce.

Un pelotón de la Guardia Noble, destinado al servicio de honor junto al altar papal durante la función, salió a la plaza, dando la sensación de que el cortejo papal se acercaba. La multitud se fue callando con atención. Y empezaron a salir los sargentos de la Guardia Suiza, seguidos por los «Sediarii»; los Camareros de honor y secretos de capa y espada supernumerarios, los Procuradores del Colegio, el confesor de la familia pontificia con el predicador apostólico, los procuradores generales comunes pontificios portadores de las tiaras y mitras papales, los clérigos secretos, el abogado fiscal, los abogados consistoriales, los camareros secretos y de honor eclesiásticos, los capellanes cantores, los votantes de la Signatura papal, los clérigos de la Cámara Apostólica, los Auditores de la Sagrada Rota Romana con el Maestro de los Sagrados Palacios; los dos Capellanes secretos portadores de la tiara preciosa ordinaria y la mitra preciosa ordinaria del Pontífice, el Decano del Tribunal de la Signatura con el turíbulo, el

Prelado auditor de la Rota revestido con ornamentos de subdiácono llevando la Cruz papal, entre siete acólitos votantes de la Signatura con candelabros de cirios encendidos y junto a él dos Maestros Ostiarios de la *Vara roja*, dos subdiáconos apostólicos entre un diácono y un subdiácono griegos; después los penitenciarios de la Basílica con casulla blanca, precedidos de dos clérigos [266] sosteniendo unas largas varas adornadas con laurel; a continuación los Abades mitrados, abades *nullius*, Obispos, Arzobispos, Patriarcas con pluvial blanco y mitra blanca. Eran éstos ochenta y tres, quince de los cuales salesianos. Por último veintidós Cardenales revestidos con dalmática, casulla o pluvial, según que pertenecieran al Orden diaconal, presbiteral o episcopal. ¡Y finalmente el Papa!

Apareció en lo alto, sobre la silla gestatoria, bajo un amplio baldaguín, al lento ondear de los flabelos o grandes abanicos, como una blanca visión del cielo. Lo acogió un solo grito en muchas lenguas: *¡Viva el Papa!* El palmoteo de los aplausos era tan fragoroso que casi cubría el sonido de las campanas y las marchas de las bandas militares. El Papa avanzaba, pasaba lentamente, sonriendo y bendiciendo. Con la mano izquierda, recubierta con un pañuelo de seda, sostenía el cirio encendido y con la derecha en alto impartía bendiciones con un amplio gesto, en el que parecía querer abrazar al universo mundo.

A los lados de la silla gestatoria procedían majestuosamente altos personajes de la Corte pontificia; a los cuatro lados los Suizos con el morrión, la coraza y las espadas representando los cuatro Cantones helvéticos; seguía otro denso grupo de dignatarios pontificios. Y cerraba el cortejo un piquete de la Guardia Palatina.

Subió el Papa la escalinata. Los rayos del sol lo envolvieron, mientras voces innumerables no cesaban de aclamarlo cariñosamente. Dentro de la Basílica esperaba otra multitud con todas sus ansias: una multitud de pueblo, autoridades y jóvenes. Al aparecer el Papa en el atrio, sonaron las trompetas de plata, cuyas notas eran recogidas y transmitidas a la plaza por poderosos altavoces. Fue ésta otra novedad, pero inferior todavía a otra más extraordinaria, a la transmisión por radio de toda la ceremonia, de la que gozaron cuantos quisieron hasta los últimos confines de la tierra.

El estandarte de don Bosco ya había levantado en la Basílica grandiosas aclamaciones, que llegaron al delirio cuando la multitud de muchachos concentrados en el crucero vieron la imagen querida del Padre; pero al ingreso del Papa, apenas [267] resonaron las primeras suavísimas notas de la marcha de Longhi, toda la colosal Basílica pareció sacudida por el inmenso fragor de setenta mil voces que no

cesaban de gritar: ¡*Viva el Papa!* Visiblemente conmovido adelantaba el Papa majestuosa y paternalmente, respondiendo a los vítores con amplias bendiciones. Cuando se calmó el primer entusiasmo, el sonido melodioso de las trompas de plata volvió a dominar el ambiente, infundiendo recogimiento en los espíritus. Eran muchos los ojos humedecidos por las lágrimas. Allí se experimentaba la grandeza sobrehumana del Vicario de Jesucristo. La atención universal estaba totalmente pendiente de su persona, seguía religiosamente todos los movimientos.

El cortejo papal se detuvo primero ante la Capilla del Santísimo Sacramento, donde el Padre Santo bajó de la silla gestatoria, postróse en adoración y, después, continuó el cortejo. Al llegar al altar papal, descendió de nuevo el Padre Santo y, arrodillado en el faldistorio, oró unos instantes sobre la tumba del Apóstol. Por fin, subió al trono. En él recibió la *obediencia* de los Cardenales, que se le acercaban y besaban la mano; de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, que besaban la cruz de la estola colocada sobre sus rodillas; de los Abades con el beso en el pie. Mientras tanto los cantores ejecutaban un *Dignare me* de Perosi. Asistían al Santo Padre como Cardenales diáconos los Eminentísimos Fumasoni-Biondi, Prefecto de Propaganda, y Fossati, Arzobispo de Turín. Después de estos preámbulos empezó la ceremonia de la canonización.

La solemne definición

Al acabar la *obediencia*, un maestro de ceremonias acompañó hasta el solio pontificio al cardenal Laurenti, Procurador de la Causa de Canonización; iba a su lado el abogado consistorial Juan Guasco. Este, de rodillas, pidió al Pontífice en nombre del Cardenal Procurador, que se dignase inscribir al Beato Juan Bosco en el catálogo de los Santos. [268] A aquella petición, hecha *instanter* (encarecidamente), respondió en nombre del Papa, el Secretario de los Breves *ad Principes*, Mons. Bacci, diciendo: —«Mientras en nuestros tiempos, con gran aplauso de los admiradores, se concede a veces la palma de la victoria a quien se distingue en cosas poco o nada merecedoras de exaltación, esta solemne celebración de un campeón del Cristianismo lleva consigo un grave aviso y ejemplo. Porque los méritos de la santidad cristiana sobrepasan la caduca gloria humana, tanto como el cielo supera en belleza a la tierra, y los goces de la felicidad eterna vencen a los míseros deleites de esta vida mortal. Por eso el Padre Santo desea

vivamente que estas solemnes ceremonias, que vienen a enriquecer este año jubilar y a multiplicar sus saludables frutos, logren mover a todos, no sólo a formarse un concepto más propio y más alto de la santidad, sino sobre todo a seguir el camino arduo y derecho que conduce a la misma. Esto se podrá alcanzar, sin lugar a dudas, mediante la canonización de Juan Bosco, que no sólo se afanó con todas las fuerzas y a paso de gigante por llegar a la cumbre de la perfección evangélica, sino que dio también muchos hijos a Jesucristo, principalmente con la cristiana educación de la juventud. Por consiguiente, Su Santidad, aunque anhele recibir y satisfacer la petición que tan encarecidamente le habéis formulado y también los deseos y ardientes súplicas de la innumerable familia del Beato, quiere sin embargo que, según la antiquísima costumbre de la Sede Apostólica, se eleven por todos nosotros plegarias a la Corte celestial para el éxito de esta definición».

Entonces el Cardenal volvió a su puesto y el Papa se arrodilló en el faldistorio delante del trono, mientras los cantores entonaban las Letanías de los Santos, alternándolas con todos los presentes puestos de rodillas.

Acabadas las Letanías, sentóse de nuevo el Padre Santo en el trono. Entonces el Cardenal Procurador, con el mismo ceremonial y por medio del abogado consistorial, renovó la petición, pero con mayor insistencia, *instantius* (más encarecidamente). [269] El Secretario de los Breves *ad Principes* respondió en nombre del Papa: —«No hay duda de que las plegarias y súplicas elevadas a la Corte celestial hayan sido de la máxima eficacia, ni se puede temer que lo que todos nosotros deseamos no esté conforme con el deseo de los Angeles y Santos; más aún, el mismo Dios quiere dar a la Iglesia militante este glorioso modelo de santidad. Mas, aunque no haya ningún motivo de duda de que el Beato Juan Bosco goza en el cielo de la extrema felicidad que, con ayuda de la gracia, mereció por sus santas obras, sin embargo el Padre Santo hace saber por mi medio su voluntad de que, antes de pronunciar el infalible oráculo, pidan todos luz para cumplir este acto con el más escrupuloso cuidado».

Retiróse el Cardenal con el Abogado, y el Papa, quitándose la mitra, volvió al faldistorio y el Cardenal que le asistía a la izquierda, invitó a todos a rezar, diciendo: *Orate*.

Hubo una breve plegaria de todos los presentes, puestos de rodillas.

Después se levantó el Cardenal asistente a la derecha, pronunció el *Levate*, y todos se levantaron. Entonces el Padre Santo, servido

por dos Obispos, que sostenían el ritual y la candela, entonó el *Veni Creator*.

Acabado el himno, se acercó el Cardenal Procurador con el abogado para hacer la tercera petición, esta vez con la más fervorosa instancia, *instantissime* (muy encarecidamente). Respondió como antes el Secretario de los Breves *ad Principes*:

—«Ante la imponente majestad de esta asamblea, que quiere recordar el esplendor de la Corte celestial y el sonido de las armonías divinas, henos aquí asistiendo a un suceso que redundará en sumo grado a la gloria de Dios y la salvación de las almas. El Vicario de Jesucristo procederá ya sin ninguna duda a su tan ansiada e infalible sentencia. Recibámosla prosternados y reconocidos e imploremos para nosotros y para la Iglesia militante las gracias celestiales, que ciertamente descienden hoy más abundantes que nunca de las manos de este bienaventurado receptor»¹.

[270 Había llegado el solemne momento. Pusieron en pie Cardenales, Arzobispos y Obispos, con la mitra en la cabeza. Un profundo silencio reinaba, no sólo en el ábside, sino en todo el templo, ya que los altavoces habían logrado que se oyera hasta en los últimos rincones cuanto se había dicho y cantado. El infalible sucesor de San Pedro, silabeando gravemente las palabras, pronunció entonces esta fórmula:

*En honor de la santa e individua Trinidad, para la exaltación de la fe católica e incremento de la religión cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y Nuestra, después de madura deliberación y haber implorado repetidas veces la ayuda divina y oído el parecer de nuestros venerables hermanos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Patriarcas, Arzobispos, y Obispos residentes en la Urbe, decretamos y definimos que el Beato Juan Bosco es Santo y lo inscribimos en el número de los Santos, estableciendo que se honre devotamente su memoria por la Iglesia universal entre los Santos Confesores no Pontífices, cada año, en su día natal, es decir, el treinta y uno de enero. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*².

Hubo un instante de silencio lleno de inefable emoción; después, de repente el sentimiento unánime de la multitud prorrumpió en una formidable aclamación, acompañada de frenéticos aplausos. Parecía imposible poder refrenar aquel ímpetu de exaltación colectiva. En

¹ El texto latino de las tres respuestas se encuentra en el Apéndice, Doc. 15.

² Ap., Doc. 16.

medio de aquel huracán se distinguía el gran conjunto de las voces juveniles, que parecía traspasar las bóvedas del templo. En la plaza resonaba el poderoso eco de la multitud allí amontonada. Las campanas de la Basílica y de las trescientas iglesias de Roma sonaban de continuo y anunciaban a la Urbe que don Bosco era canonizado. Mientras tanto dos palomas mensajeras alzaban el vuelo para llevar a Turín, a la Casa Madre, el mensaje del Rector Mayor: «Ciudad del Vaticano, primero de abril, a la diez y cuarto. Alleluia. El Vicario de Cristo [271] acaba de proclamar Santo a don Bosco. Que él bendiga a Turín, a Italia, al mundo. Pedro Ricaldone».

Cuando se calmó el entusiasmo, también por parte de los jóvenes que fueron los últimos en volver a la calma, el abogado consistorial dio las gracias, en nombre del Cardenal Procurador, al Padre Santo e imploró el envío de las Letras Apostólicas. Respondió el mismo Sumo Pontífice con la palabra: *Decernimus*, lo ordenamos. Entonces el abogado, volviéndose a los Notarios Apostólicos presentes, les invitó a redactar la escritura del acto de la canonización. El Protonotario respondió: *Conficiemus*, lo redactaremos; y, volviéndose después a los íntimos familiares del Papa que estaban alrededor del trono, los convocó para testigos diciendo: *Vobis testibus*. Después de esto, el Papa, con voz fuerte y sonora y casi con cierto arranque juvenil, que manifestaba la íntima satisfacción de su alma, entonó el *Te Deum*.

Los cantores, bajo la dirección del gran Perosi, siguieron el himno de acción de gracias, interpretando un nueva magnífica composición de su Maestro, a ocho voces y dos coros. Alternaban los versículos con los presentes en el ábside y con el pueblo. Gracias a los altavoces, los de fuera se unían formando un solo coro con los de dentro. En la alta galería brillaba al sol la «Gloria» del nuevo Santo en la pintura de Crida: Don Bosco entre nubes era llevado por los ángeles a los pies de Jesús resucitado. El Redentor elevaba su diestra, invitándole a entrar en el gozo celestial después de haberle dicho el *Euge, serve bone et fidelis* (Bien, siervo bueno y fiel).

El pintor había ideado felizmente una composición que juntara de algún modo la típica celebración de la gran jornada: la Pascua, la Redención y la glorificación del Santo.

Un número incalculable de almas participaba en aquellos momentos en el triunfo de don Bosco, desde Roma hasta la Tierra del Fuego.

Terminado el canto del *Te Deum*, el nombre del nuevo Santo resonó por vez primero con la invocación *Ora pro nobis, Sancte Johannes*, que entonó el Cardenal Diácono, e inmediatamente después en

labios del Papa con el *Oremus propio*: «Señor, tú que has [272] suscitado en san Juan Bosco Confesor un padre y un maestro para la juventud, y que por su medio, con la ayuda de María, has querido hacer florecer en la Iglesia nuevas familias religiosas, concede, te lo rogamos, que nosotros, encendidos en el mismo fuego de caridad, sepamos buscar almas y servirte a ti solo». La ceremonia de la canonización había terminado. Siguió el Pontifical Papal con la solemnidad que es única en la soberana Basílica. El reloj de San Pedro daba las once.

Misa y homilía del Papa

Bajó el Papa del trono y pasó, bendiciendo al público, a otro trono pequeño preparado *in cornu epistolae*. Desde allí entonó la hora de *Tercia*. Los alumnos benedictinos de San Anselmo, a los que estaba confiada la ejecución de las partes variables de la misa ¹, siguieron la salmodia, mientras Su Santidad, después de ponerse las sandalias, hacía, como lo hacen todos los sacerdotes, su preparación. Le asistía el cardenal Granito Pignatelli de Belmonte, Decano del Sacro Colegio; estaban preparados para hacer de diácono y subdiácono los cardenales Fumasoni-Biondi y Fossati.

Después del canto de *Tercia* siete prelados acólitos, con candeleros encendidos, partiendo del trono, seguidos de otros prelados que debían servir al altar, giraron procesionalmente en derredor del altar de la Confesión. Mientras tanto, el Papa, ayudado por el cardenal Verde, ayudante a la misa, se había revestido con los sagrados ornamentos. Inmediatamente, precedido del turiferario, del crucífero y de los siete acólitos, del subdiácono latino, del diácono y subdiácono griegos, acompañado por dichos Cardenales y seguido por los Obispos Asistentes al Solio, llegó hasta el altar para empezar el santo sacrificio. Nótese que los altares papales de las grandes basílicas romanas, en los que celebra solamente el Pontífice, están situados de modo que él no da las espaldas al pueblo, sino que está frente al mismo.

El Papa, hecha la confesión e incensación, volvió a subir con [273] el mismo cortejo al trono mayor para leer el *Introito*, mientras la Capilla Sixtina y pontificia cantaba el *Kyrie* de la *Missa Redemptionis*, a ocho voces en dos coros, nueva creación de Perosi, inspirada directamente en la extraordinaria ocasión. El Padre Santo escuchó a

¹ La misa de San Juan Bosco fue compuesta por don Pablo Ubaldi, salesiano.

continuación el canto de la *Epístola* y del *Evangelio*, primero en latín, después en griego; repetición que se hace para indicar, que la Iglesia latina y la Iglesia griega están íntimamente unidas. Una vez cantado el Evangelio, el Papa se sentó y leyó en lengua latina la homilía ¹.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

En esta Pascua del Año Jubilar, una doble alegría se difunde en Nuestra alma e invade a toda la Iglesia: en efecto, mientras hoy solemnizamos la victoria de Jesucristo sobre la muerte y sobre los poderes del infierno, nos es dado colocar, casi como coronación del Año Santo, que también ha contemplado tantos triunfos de la Fe y de la Piedad popular, la solemne canonización del Beato don Bosco, que Nos mismo hemos puesto hace pocos años, en el número de los Beatos, y que —aún lo recordamos con sumo placer— en los lejanos días de nuestra juventud, nos sirvió de aliento y estímulo en nuestros estudios, y de profunda admiración por las grandes obras realizadas y sus eminentes virtudes. Con verdadero miedo nos disponemos hoy a describir sumariamente esta gran figura de Santo y de Apóstol de la juventud; sin embargo, no podemos, Venerables Hermanos y queridos Hijos, dejar de indicaros las líneas que nos parecen más características de su maravillosa vida.

Totalmente entregado a la gloria de Dios y la salvación de las almas, no se arredró ante la desconfianza ajena, sino que, con audacia de conceptos y modernismo de medios, se aprestó a la actuación de los novísimos fines que, a pesar de parecer temerarios, sabía él, por superior ilustración, que estaban de acuerdo con la voluntad de Dios. Al contemplar por las calles de Turín innumerables cuadrillas de jóvenes abandonados a sí mismos y faltos de toda asistencia, buscó la forma de ganárselos, de conquistar sus almas con palabra persuasiva y paternal y, uniendo al placer de las diversiones honestas la enseñanza de la religión y de los rudimentos de la ciencia, con la frecuencia de los Sacramentos, buscó la forma de hacerlos buenos cristianos y honrados ciudadanos. Y así surgieron los *Oratorios festivos*, que él fundó, no sólo en Turín, sino también en las poblaciones y ciudades próximas, y allí donde llegaron sus providenciales instituciones, que tanto bien realizaron y realizan con los jóvenes.

Queriendo, además, proporcionar a la juventud un medio honesto y seguro [274] para lograr una posición en la vida, fundó las escuelas de artes y oficios para la clase obrera; y fundó colegios para las clases más altas, en los cuales son recibidos, educados y encaminados con justa liberalidad y seguridad de métodos por el camino del saber. El secreto con el que su sistema educativo obtuvo frutos tan abundantes y maravillosos está en que actuaba con los principios inspirados en el Evangelio, que siempre ha recomendado la Iglesia y que Nos mismo hemos trazados e inculcado tantas veces y en tantas ocasiones. El pretendía formar en los jóvenes el ciudadano y el cristiano, el perfecto ciudadano, digno hijo de la patria terrena y el perfecto cristiano merecedor de convertirse un día en miembro glorioso de la patria celestial. La educación, según él, no debe ser únicamente material, sino sobre todo espiritual; no debe limitarse a reforzar los músculos con ejercicios gimnásticos, a robustecer las fuerzas corporales con el sano ejercicio de las mismas, sino que debe, por encima de todo, ejercitar y reforzar el espíritu, disciplinando sus movimientos desordenados, fomentando sus mejores inclinaciones y dirigiendo todo hacia un ideal de virtud, de probidad y de bondad. Educación, por tanto, plena y completa, que abraza a todo el

¹ El texto latino, en el Ap., Doc. 17.

hombre, que enseñe todas las ciencias y materias humanas, pero que no deje de lado las verdades sobrenaturales y divinas.

Nuestro Santo, no sólo procuró cumplir esta delicada y ardua tarea, por todos los medios, durante el curso de su vida, sino que la confió, como herencia sagrada, a la numerosísima Familia religiosa por él fundada, a la que también confió el encargo de llevar a muchos pueblos, que yacen todavía en las tinieblas de la ignorancia y del error, la luz del Evangelio y de la civilización cristiana.

Y ante las dificultades de todo género, frente a las burlas y mofas de muchos, levantando sus ojos luminosos al Cielo, solía exclamar: «Hermanos míos, esta es obra de Dios, es voluntad del Señor: por tanto, el Señor está obligado a dar los medios necesarios».

Los sucesos mostraban, después, la verdad de sus palabras, y, en consecuencia, las burlas se trocaron en admiración universal.

Hemos trazado, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, en sus líneas principales, la maravillosa vida de este héroe de la santidad. Os exhortamos ahora a todos a que os dejéis inspirar por la ardiente imitación de sus virtudes. Así, en efecto, confiamos que todos podremos alcanzar aquellas virtudes del espíritu, que Jesucristo nos ha acarreado con su Redención, por la cual todos los hombres, unidos en una sola familia, podrán entonar con nosotros el cántico pascual: «A fin de que tú, Jesús, seas gozo perenne de nuestras almas, libra de la muerte del pecado, te lo rogamos, a los que has hecho renacer a la Vida».

Así sea.

[275] A la homilía siguió la bendición papal, que llevaba aneja la indulgencia plenaria para todos los presentes; por lo que fue necesario decir antes el *Confiteor*. Lo cantó el Cardenal diácono, que actuaba de ministro, insertando en él la doble mención del nuevo Santo después de los nombres de los Apóstoles Pedro y Pablo: *Confiteor... Sancto Joanni y precor... Sanctum Joannem*. Después, con voz segura, pero vibrante de emoción, entonó el Papa el *Credo*, cuya ejecución «perosiana» embelesó las almas.

Siguieron dos ceremonias originalísimas, que absorbieron la atención de cuantos pudieron verlas. Antes de echar en las vinajeras el vino y el agua, un Prelado probó un poco de ambas especies; lo mismo hizo con dos hostias, después de haberlas puesto en contacto una con la patena y la otra con el interior del cáliz. Es éste un viejo rito que permanece en la liturgia papal, como recuerdo de aquellos tristes tiempos, en los que pedía la prudencia que se tomasen precauciones contra sacrílegos atentados.

Llegó a continuación la singular ceremonia de las oblações. Al *Ofertorio*, se acercaron al altar papal los cardenales Pignatelli, Hlond y Dolci: allí les esperaban don Pedro Ricaldone y don Francisco Tomasetti con los representantes del Cabildo metropolitano de Turín, del seminario de Chieri, de la parroquia de Castelnuovo y con los

encargados de presentar los donativos rituales. Consisten éstos en cinco gruesas velas de cera virgen, adornadas con el escudo papal, dos grandes panes, un barrilito de vino y otro de agua, dos jaulas doradas con dos tórtolas en la primera y dos palomas en la segunda, y una tercera plateada con unos lindos pajaritos. Formando un pequeño cortejo se acercaron al trono todos los mencionados, mientras la Capilla interpretaba un precioso *Oremus pro Pontifice nostro Pio*, de Perosi. Las ofrendas fueron presentadas al Papa por manos de los tres Purpurados. Naturalmente son donativos simbólicos. Las siete velas simbolizan los Santos, verdaderas lámparas del Santuario, que iluminan el mundo con el esplendor de sus virtudes; los panes recuerdan [276] la Eucaristía, el vino simboliza el calor de la caridad, el agua rememora las tribulaciones que afligen la vida de los justos, y los volátiles representan algunos requisitos de la santidad: las tórtolas la pureza del corazón, las palomas la fidelidad a Dios, los pajaritos el desprendimiento de los bienes de la tierra con las alas de las esperanzas celestiales.

Después de las oblaciones, volvieron los oferentes cerca del altar, mientras el cortejo papal acompañaba de nuevo al Pontífice para proseguir la Misa. Al *Prefacio* los dos Cardenales más jóvenes del orden presbiteral, los Eminentísimos Serafini y Dolci, subieron las gradas del altar y se colocaron a los lados del mismo hasta el *Pater noster*, para figurar a los dos Angeles que aparecieron sobre el sepulcro del Señor al anunciar la gloriosa Resurrección.

Fue un momento sublime el de la *Consagración*. Cuando los cantores acabaron el *Sanctus*, se oyeron las secas órdenes de «¡atención!» a los del pelotón de la Guardia Noble formados a los lados del altar y a las otras secciones armadas distribuidas por la iglesia; resonaron agudos toques de trompeta en la plaza, que daban el mismo aviso a las tropas vaticanas e italianas allí dispuestas. Los altavoces difundían en tanto la melodía incomparable del *Largo* de Silveri, que tocaban las trompas de plata. Mientras el Papa se disponía a proferir las palabras sacramentales, la Guardia Noble se hincó de rodillas. Prodújose entonces un hecho de inexplicable grandeza: todo el pueblo prostrado y absorto en un idéntico pensamiento de fe adoraba en silencio tan absoluto, que el espíritu casi se sentía oprimido: todas las miradas estaban fijas en el altar; el clero oficiante y asistente estaba unido en oración al Papa. El Vicario de Cristo se inclinó dos veces sobre la mesa y consagró primero el pan, después el vino; elevó a lo alto la Hostia, elevó el Cáliz, volviéndose a la derecha y a la izquierda para presentarlos a la adoración de los fieles. La inmensa multitud siguió

en silencio profundísimo hasta el *Agnus Dei*, en que el Papa se apartó del altar.

[277] Al *Per omnia* antes del *Pater noster* no se respondió *Amén*, porque el Pontífice cantó inmediatamente la oración dominical, como prescribe la liturgia papal de la Pascua. Y en cuanto dijo el *Agnus Dei*, volvió al trono, donde se arrodilló y esperó en actitud muy recogida la *Comunión*. El Cardenal diácono, que actuaba de ministro, se quedó sobre la tarima del altar y entregó al Prelado subdiácono, que actuaba como tal, la Hostia consagrada, colocada sobre la patena y sostenida por el «asterisco», especie de ganchito en forma de estrellita. Dirigióse procesionalmente el subdiácono hacia el trono, donde esperó al Cardenal portador del Cáliz. El Padre Santo adoró profundamente el augustísimo Sacramento, se enderezó y comulgó por sí mismo con las dos especies, tomando solamente parte de la Hostia y parte de la Sangre con una cánula de oro. Tras unos instantes de recogimiento, dio la comunión con la otra parte de la Hostia al Cardenal diácono y al Prelado subdiácono, los cuales volvieron al altar con la patena y el cáliz. Al llegar allí, absorbió el primero, con la cánula, parte de la Sangre que quedaba en el cáliz y el segundo sumió el resto directamente del cáliz. Mientras tanto la Capilla acababa de cantar el celestial *Agnus Dei* perosiano.

El Papa tomó la *Ablución* que el Cardenal Obispo asistente le ofreció en un cáliz pequeño, accedió por última vez con su cortejo al altar y acabó la misa con las oraciones y la bendición final. Después, mientras daba gracias, tres Canónigos de la Basílica vaticana exponían desde la galería de la Verónica, entre candeleros encendidos, a la veneración de los fieles las insignes reliquias de la Pasión que se guardan en San Pedro: el hierro de la lanza que atravesó el costado de Jesús muerto, un trozo notable de la santa Cruz y el velo de la Verónica. Cuando el tintineo argentino de dos campanillas indicó desde el interior de la galería el final de la manifestación de las reliquias, el Papa se dispuso al último gesto de todas aquellas sublimes ceremonias, a la bendición desde la galería exterior de San Pedro.

[278] «Urbi et Orbi»

La antigua costumbre de que el Papa bendijese desde la galería exterior de San Pedro *Urbi et Orbi* en la solemnidad de Pascua y en pocas más ocasiones especialísimas, se había roto desde 1870. Pío XI, en el día de su elección, casi preludiando la Conciliación, llegada siete años más tarde, quiso impartir desde allí su primera bendición, antes

que desde la parte interior de la Basílica, como se había hecho por sus tres anteriores predecesores; y lo repitió en la Pascua de 1934.

Terminada, pues, la misa, tomó la tiara y subió a la silla gestatoria. Pero antes de que los portadores de la silla la levantaran sobre sus hombros, el cardenal Pacelli, Arcipreste de la Basílica, se acercó al Padre Santo y le entregó una bolsita de seda ribeteada de oro, con una cantidad equivalente a veinticinco julios ¹ *pro Missa cantata*, según le dijo. Era la limosna tradicional de la misa solemne papal.

El cortejo se puso en marcha. Precedían los Cardenales, flanqueando el camino como al entrar, los Guardias Suizos. En torno a la silla gestatoria iba la Noble Antecámara y los maestros de ceremonias. La multitud, revuelta toda ella en la nave central, renovó las demostraciones de amor y de fe al Vicario de Jesucristo, con un entusiasmo que excitaba los nervios. El Papa se fue tan conmovido que, al llegar al atrio, mandó girar la silla gestatoria y, contemplando el magnífico espectáculo, bendijo y saludó a sus hijos. Y le siguió el eco de las aclamaciones mientras se dirigía a sus apartamentos.

La Basílica empezó a quedar libre; los que salían de ella llenaron el espacio que los soldados mantenían vacío para tal fin sobre la escalinata. Mientras tanto, apenas cesó el sonido de las [279] trompas de plata, el Príncipe heredero se había retirado al Palacio Apostólico, para asistir a la bendición; antes había pedido que rogaran a don Pedro Ricaldone le reservaran la jaula con los pajaritos. Así mismo los Reyes de Tailandia fueron recibidos con su séquito en un apartamento del Vaticano. Los Príncipes, el Cuerpo Diplomático y las Autoridades tuvieron también su lugar reservado.

Desgraciadamente, al hermoso sol de la mañana le había sustituido el temporal con un chaparrón. Pero la gente aguantaba la lluvia sin moverse: la espera no fue larga. En cuanto se abrieron las vidrieras de la galería estalló una ovación inmensa, formidable, interminable, como un huracán. En el reloj de San Pedro sonaba la una y media de la tarde cuando apareció el Papa, precedido de la cruz procesional, cercado de Purpurados, revestido todavía con los ornamentos pontificales y coronado por la tiara, sentado en la silla gestatoria, cubierta con su dosel, y entre blancos flabelos plumados. Quien no lo vio, no puede imaginar el entusiasta estremecimiento que invadió entonces a la inmensa multitud. Había una gran confusión de aplausos, gritos, aclamaciones y lágrimas.

¹ El julio fue una moneda de plata acuñada por vez primera por Julio II (1503-13). Valía 56 céntimos de lira.

Se posó la silla gestatoria sobre un pedestal en el hueco de la bóveda, de modo que todos podían ver la figura del Papa. Hizo él un saludo paterno con un gesto de ambas manos. Los ceremonieros pidieron silencio por señas. La inmensa turba se calló, como en la iglesia. A través de los altavoces resonaba solemnemente la voz del Padre Santo hasta en los más lejanos rincones de la plaza, mientras profería las palabras de la absolución y pronunciaba la fórmula de la bendición; bendición que, rebasando los límites del gran espectáculo presente, llegaba a los hijos de la Iglesia esparcidos por toda la faz de la tierra. Inmediatamente se levantó un grito que parecía iba a romper las nubes. El Papa se quedó todavía un instante contemplando sonriente y saludando. Finalmente desapareció la visión. La campana grande de San Pedro llenaba de alegría el aire lluvioso con sus grandes y ruidosos repiques, a los que respondían, sumándose al júbilo, los cientos y cientos de campanas de Roma.

[280] Todo estaba acabado y don Bosco era Santo. La marea humana se puso en movimiento y se fue dividiendo hasta desaparecer. Por el arco de la sacristía aparecían de repente y desaparecían coches y coches, que llevaban a Soberanos, Príncipes, Cardenales, Autoridades. En el del Príncipe Humberto ya estaba la deseada jaula plateada, que don Pedro Ricaldone había hecho llevar, con sus inquilinos cantores que transportarían a la corte el eco de la canonización de don Bosco.

Por la noche estaban iluminadas con luz eléctrica las basílicas e iglesias: sólo San Pedro permanecía en la oscuridad. El mal tiempo había impedido la subida de las antorchas. Se dejó para el día siguiente el espectáculo de la iluminación que ya hemos descrito anteriormente.

Los superiores y alumnos del Oratorio de Valdocco, sus Cooperadores y exalumnos, reunidos en el teatro y en la iglesia de San Francisco o esparcidos por los patios, habían podido seguir toda la función a través de los altavoces. Lo mismo sucedió en todas las casas salesianas. Las palomas mensajeras tuvieron que hacer un viaje borrascoso, dado el pésimo estado de la atmósfera. Sólo una llegó a las cuatro de la tarde del día dos de abril; tenía las patitas llenas de barro. La otra apareció en la campiña de Lucca, con una ala herida por perdigones de escopeta: dijo el que la encontró, que descubrió el tubito, dentro del cual estaba el mensaje, y que lo envió al Director del Oratorio, de acuerdo con lo que indicaba el mensaje ¹.

¹ La paloma que llegó era de la raza Bricoux. Llevaba el número 65.299. En el año 1933

Hubo quien quiso recoger el minuto preciso de la canonización, en que el Papa pronunciaba el *Sanctorum catalogo adscribimus* y dio comunicación del mismo al Rector Mayor, escribiéndole el catorce de mayo: «El día de la canonización de don Bosco asistí conmovido a la función a través de la radio, y tuve la idea de tomar la *hora exacta* [281] en la que el Padre Santo pronunció la fórmula. El momento en que terminó eran las diez y seis minutos». Quien así escribía era el célebre Padre Guido Alfani, de las Escuelas Pías, director del Observatorio Ximeniano de Florencia ¹.

Don Pedro Ricaldone a los Salesianos

Antes de que transcurriese la triunfal jornada, don Pedro Ricaldone ya se disponía a comunicarse con todos los Salesianos. Comprendía muy bien que las noticias de la prensa no eran suficientes para satisfacer sus deseos y que les agradaría mucho más recibir una palabra íntima de parte del Sucesor de don Bosco. Por eso se apresuró a enviar a las Casas Salesianas esta circular:

Pascua de 1934

O dies felix memoranda fastis!

¡Día bendito, de inmensa gloria, e inefable alegría!

¡Don Bosco es Santo!

Desde la Cátedra infalible de Pedro, así lo ha proclamado el Padre Santo Pío XI. Toda la Cristiandad lo ha celebrado con un arrebató de veneración. Los anales de la Iglesia y los de la Sociedad Salesiana han registrado la fecha con caracteres de oro.

Esta fecha presagiada y casi saboreada de antemano por los contemporáneos del Santo, la alegría de este día nos será envidiada siempre por la posteridad.

Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes sub honore Sancti Joannis: alegrémonos todos en el Señor, celebrando la canonización de nuestro amado Padre don Bosco.

Nuestro júbilo no podría ser más justo ni más santo.

Pero, mientras nuestro corazón estalla de alegría, al ver solemnemente reconocida por la Iglesia la santidad del Padre, y contemplan nuestros ojos la amable figura del Santo, verdaderamente levantado, entre los otros hombres santos suscitados por Dios para recorrer su vida como un gigante: *qui inter suscitatos sanctissimos viros vere surrexit sicut gigas ad currendam viam*, nuestro espíritu, escalando los senderos del

había sido lanzada, a las cinco, en Priverno (Nápoles) y llegó a Turín por la tarde. En nuestro caso, las dos palomas mensajeras, lanzadas poco antes del mediodía, fueron sorprendidas por la noche antes de alcanzar la meta. Se sabe, además, que las palomas no vuelan de noche. El mal tiempo las había obligado a buscar abrigo, deteniendo el vuelo.

¹ *Observatorio Ximeniano*. Era un observatorio de astronomía, meteorología y sismografía en Florencia, fundado por el padre jesuita Leonardo Ximenes (1716-1786). (*N. del T.*)

firmamento, se transporta hasta la celestial Jerusalén donde, en un mar de luces, resplandece San Juan Bosco como un sol *sicut sol... in perpetuas aeternitates*, para toda la eternidad. Allí, en efecto, donde cada astro se distingue de los demás astros, *omnis stella... a stella differt in claritate*, nosotros podremos [282] captar la característica de su santidad, apreciar sus frutos y admirar el premio especial que Dios le ha conferido por ella.

Verdad es que la esencia de la santidad no puede ser más que la establecida por el Santo de los Santos, a saber, el amor de Dios y el amor del prójimo: dos amores, de tal forma compenetrados, que constituyen uno solo. Sobre estos dos preceptos básicos se apoya todo edificio de perfección cristiana, desde la ordinaria a la heroica. Todo Santo cumple el doble mandamiento de la única caridad, de acuerdo con la misión individual recibida de Dios. Para San Juan Bosco el *diliges Dominum Deum tuum* y el *diliges proximum* se tradujeron en la fórmula: Trabajar para la gloria de Dios y por el bien de las almas; y trabajó para esta gloria y por este bien con una vida intensa de fe y de celo.

La fe, fundamento de toda santidad, fue, sin lugar a duda, la luz que guió sus pasos, según la expresión del Salmista. Con la luz de la fe su mente se elevaba a la contemplación de las verdades reveladas y se movía su voluntad en las direcciones que estaban de acuerdo con el beneplácito divino. Y por eso, lo mismo cuando hablaba que cuando escribía o actuaba, su espíritu no fluctuaba entre Dios y el propio yo, entre el cielo y la tierra, entre lo eterno y lo temporal, entre el deber y el placer, sino que se lanzaba en el acto hacia la parte de Dios, Padre y Señor absoluto, de donde tomaba la norma segura con que regularse en todo lo que tuviese razón de relativo y terreno... Quiero decir, que en nada se buscó a sí mismo, su comodidad, su satisfacción, su provecho; sino que dedicó tiempo, energías y esfuerzos para servir del mejor modo posible al Señor, trabajando en el campo que le había señalado la Providencia.

Su campo específico fue la salvación de la juventud por medio de la eficacia de la cristiana educación. Prodigó ciertamente su ministerio en favor de cuantas almas le fue dado hacerlo directamente o por medio de sus hijos; pero ocuparon principalmente sus pensamientos de apóstol, las almas juveniles. Sólo Dios sabe los muchos sacrificios que se impuso para ir tras de los jóvenes más necesitados de atenciones sacerdotales, para ponerlos al abrigo de los peligros de toda suerte que acechaban su virtud, o para rodearse de valiosos y abundantes auxiliares que le ayudasen en una obra tan amplia y providencial. En su suprema intención de procurar el bien a la juventud sacrificó todo, sueño, alimento, salud, tranquilidad.

Todas esas características de santidad que se aprecian en don Bosco, como su habitual unión con Dios, su calma imperturbable en cualquier situación, su paternidad sin límites, su laboriosidad que jamás decía basta, tenían su origen en esto, en su caridad ardiente que, animada por una fe viva, le hacía anteponer Dios y sus intereses a todo y a todos.

Y es claro que una santidad tan genuina y tan eminente no podía dejar de producir los frutos adecuados, y he ahí una segunda observación sobre la cual conviene detenerse. Cuando se unen en el cristiano el [283] bien querer y la gracia divina, entonces brotan las acciones verdaderamente virtuosas; pero, si además el cristiano es un Santo, un hombre en fin que llega hasta el heroísmo en correspondencia con los auxilios de lo alto, entonces se establece una especie de porfía entre el Creador que da y la creatura que actúa, y surgen las formas más grandiosas de actividades benéficas y perennes en el seno de la Iglesia.

Un primer fruto de la santidad de don Bosco es el mismo don Bosco, esa personificación de las más selectas virtudes que los testigos oculares encuentran en él y que los documentos históricos atestiguan tan abundantemente. «Don Bosco parece Nuestro Señor», decían, como movidos por una consideración sobrenatural, jovencitos ingenuos, y lo confirmaron hombres hechos y derechos, con su natural observación. Y, si el afecto filial no nos ciega, nos veríamos obligados a decir que, a sus diversas edades, alcanzó realmente, por cuanto es dado a la fragilidad humana, el grado de perfección que los años y los ministerios requerían en él.

Otro fruto de la santidad de don Bosco es, además, esta prolongación de sí mismo que nosotros vemos, es decir, el conjunto de obras que siguen viviendo de su espíritu. Al partir de esta tierra, la santidad de don Bosco dejó tras sí todo un complejo de creaciones, en las que transfundió su soplo vital y que están destinadas, como cualquier cosa viva, a crecer y multiplicarse, adaptándose a la índole de los tiempos, a la condición de los lugares, al carácter de los pueblos. Quien conozca un poquito las obras de san Juan Bosco, sabe lo fecunda que es siempre su santidad.

En tercer lugar, ¿cuáles son para don Bosco los premios de tanta santidad? Nos limitaremos a decir que la virtud es premio de sí misma y que cuanto mayor ella sea, tanto mayor es el gozo que produce a quien la practica. Es una verdad muy sabida: así lo proclamaron, aunque de modo exclusivo, hasta los secuaces de una escuela filosófica pagana. El testimonio de la buena conciencia es fuente de íntima satisfacción, que compensa con creces las penalidades ocasionadas por las mismas cosas o por la malicia de los hombres. Don Bosco gozó de este premio de la santidad: también él experimentó la felicidad de los Apóstoles, que *ibant gaudentes* cuando *digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*. La santidad convierte en prueba de amor el padecer, y para el que ama, sufrir es gozar.

Es un gran premio el de la santidad, no sólo por este efecto inmediato, sino porque contribuye inmensamente a aumentar el mérito de un premio mucho mayor, el mérito del alto premio que Dios tiene reservado en el Paraíso a sus elegidos. Y a eso se dirige toda la vida de los Santos, a atesorar méritos para el Cielo. Si no quedaría sin premio un vasito de agua fresca dado por amor de Dios a quien tiene sed, ¿quién podrá medir el galardón eterno de una vida como la de don Bosco, toda ella consumada en el más puro holocausto de sí mismo en medio de las llamas de la caridad? Ciertamente no sorprende a nadie la noticia de que, en el momento de la muerte de don Bosco, hubiera almas queridas por Dios y [284] desconocedoras de su tránsito, que vieran, por divina concesión, su ingreso en la gloria, como un triunfo de solemnidad sin igual.

Pero Dios, justo remunerador, va todavía más lejos a la hora de recompensar la santidad. Los Santos, que tanto trabajaron y sufrieron por su gloria accidental, son coronados por El con una aureola especial, que reclama la admiración sobre ellos, la veneración y la imitación de la humanidad. El culto tributado a los Santos coloca a estos héroes sobre el trono más espléndido que pueda existir, en el altar sagrado del templo de Dios, y se inclina ante ellos la piedad, mientras la elocuencia teje sus loas, la historia transmite sus grandezas y el arte embellece su recuerdo. He aquí hoy al humilde, al pobre, al atribulado don Bosco, glorificado de cara a todo el mundo, por mano de la Iglesia y gracias a la munificencia divina.

Quisiera yo ahora que reflexionásemos bien en una cosa. Es una necesidad de nuestro corazón, más que una obligación de gratitud, alabar la santidad de don Bosco en sus características, en sus frutos, en sus premios. Pero no nos quedemos aquí, preguntémosnos más bien: ¿dónde estuvo el secreto de tan excelsa santidad? Yo no

dudo en afirmar que debemos buscar este secreto en su constante correspondencia a la Gracia. Desde pequeño manifestó una sensibilidad exquisita a los influjos sobrenaturales que le impelían a la oración y a los sacramentos, a la fuga del pecado, a socorrer espiritual y materialmente al prójimo; durante el tiempo de los estudios tuvo su corazón desprendido de las cosas de la tierra y totalmente dirigido a secundar las inspiraciones que ciertamente no procedían de la carne y de la sangre; en las variadísimas circunstancias de su ministerio sacerdotal, y en las múltiples empresas al servicio de la Iglesia y de las almas miró constantemente hacia arriba al Padre de las luces y Dador de todo don perfecto, sin importarle más que obedecer a los supremos impulsos. Había en él un cuidado asiduo para no dejar caer en vano la más mínima gracia de Dios.

He ahí un punto que merece reclamar toda nuestra atención ante la santidad de don Bosco glorificada. La vocación a la vida cristiana ha sido para nosotros una gracia grande, gracia destinada a ser continuada por una cadena de muchísimas más, pero subordinadamente a la fidelidad de nuestra correspondencia. No dejemos caer en vano la gracia de Dios: éste será el fruto más precioso de tan gran fiesta.

CAPITULO XIV

EN ROMA DESPUES DE LA CANONIZACION

DURANTE los tres días que siguieron a la Pascua de don Bosco, hubo tres sucesos que aumentaron la gloria del nuevo Santo: los honores en el Capitolio, una audiencia pontificia de forma insólita y un continuo homenaje de gratitud al Papa. Mientras tanto, se celebraba en la Basílica del Sagrado Corazón, con toda la grandiosidad romana, el triduo que normalmente se hace en la Urbe, inmediatamente después de una canonización.

Los honores en el Capitolio

El monte del Capitolio, cargado de historia, que había visto triunfos de guerreros y coronaciones de poetas, nunca había sido testigo de la glorificación de los Santos. Antes del 1870, era lógico que así fuera: el Papa, aunque era también el soberano civil, no necesitaba rendir a los nuevos Santos más honores que los tributados en el máximo Templo de la cristiandad. Después de 1870 se comprende mejor la cuestión: dada la existente discordia que dividía los dos poderes en la capital del mundo católico, ningún Gobierno podía tener la idea de glorificar civilmente a un Santo, por muy italiano y gran italiano que fuese. Pero *tempora mutantur, nos et mutamur in illis* (cambian los tiempos y nosotros con ellos). Desde el 11 de febrero de 1929, Italia había empezado a ser otra. Había recuperado su [286] unidad espiritual, verdadera alma de su unidad política, y la había recuperado como convenía a una nación totalmente católica. En un ambiente tan renovado, era muy natural que el Estado valorase el honor derivado para la patria de la glorificación mundial de un Santo como don Bosco, y mucho más sabiéndose, como muy bien se sabía, lo mucho que don Bosco había demostrado, en tiempos difícilísimos, ser un prudente y laborioso partidario de la Conciliación, llamada a crear en el país una novísima situación. El Jefe del Gobierno fue el primero en intuir la conveniencia de que el Estado no sólo no estuviera ausente,

sino que interviniese con todo el decoro del Régimen Fascista. Por eso, cuando alguien propuso el «Augusteo»¹ para las honras públicas, respondió Mussolini que para don Bosco se requería el Capitolio y declaró que él mismo asistiría.

Así fue cómo el día dos de abril por la tarde reinaba una gran animación que crecía por momentos, en el histórico collado. Los balcones estaban engalanados con tapices y brocados como en las más solemnes ocasiones. El salón de Julio César, destinado a la ceremonia, estaba severamente tapizado con los colores de la Urbe; plantas ornamentales de singular hermosura alegraban la vista. Junto a la mesa de la presidencia estaban dispuestos los asientos para el Duce y las Jerarquías, a los lados estaban los de los miembros del Sacro Colegio, que honrarían la reunión.

La sala se llenó de gente muy pronto: era un público multiforme y selectísimo. Solamente entraron los invitados con tarjeta especial del Gobernador de Roma. Acudieron el Presidente del Senado, Federzoni, con su esposa; el Presidente de la Academia de Italia, Marconi, con su señora; el Nuncio Pontificio ante el Quirinal, Borgoncini Duca; el Ministro de Educación Nacional, Ercole; el Duque del Mar, Gran Almirante Thaon de Revel; y académicos, senadores, diputados, generales, los alcaldes de Turín y de Castelnuovo, Prelados y Autoridades de la Ciudad del Vaticano, Obispos y Superiores o representantes de las órdenes religiosas y monásticas. Cuando la selecta asamblea estaba al completo y ofrecía un [287] golpe de vista magnífico, entraron desde una sala contigua cinco Cardenales cubiertos con la púrpura: Pedro Gasparri, ornado con el Collar de N. S. de la Anunciación, Enrique Gasparri, Fumasoni-Biondi, Fossati y Hlond. Uniéronse a ellos el Príncipe Chigi, Gran Maestro de la soberana Orden de Malta.

La ceremonia debía empezar a las cuatro: a la hora en punto apareció el Duce, saludado por una larga y fervorosa demostración de homenaje. Junto a él se situaron, entre otros, el gobernador de Roma, Príncipe Boncompagni, nuestro Rector Mayor don Pedro Ricaldone y el Embajador de Italia ante la Santa Sede, Conde De Vecchi, orador oficial.

Apenas cesó la ovación, se levantó éste a leer su discurso, que fue escuchado atentamente desde el principio al fin. Planteó así el tema: «Don Bosco es un Santo italiano y el más italiano de los Santos. Todo un pueblo lo reclama por suyo y, además, su gran espíritu está omnipresente en el mundo, de modo que esta perfección italiana se con-

¹ *Augusteo*: mausoleo de Augusto, ahora salón de conciertos, en Roma. (*N. del T.*)

vierte en él en romanidad. Su glorificación religiosa se ha verificado con un fausto y solemnidad novísima en los diecinueve siglos de vida de la Iglesia, e Italia ha participado en ella como nunca. La plenitud del magisterio divino encuentra hoy su prolongación en los honores del Capitolio, decretados por el Gobierno Fascista a este Santo. Su sola santidad pediría hoy, dado el carácter que la distingue, derecho de hospitalidad en esta altísima sede, pero él sería un gran italiano, aun sin los atributos de la santidad; por eso su derecho al Capitolio».

A continuación, después de haber observado que «Don Bosco no pierde, sino que gana en grandeza cuanto se le contempla en la tierra y entre los hombres donde nació, cuando se le considera actuando entre las figuras de la historia de su tiempo, no como síntesis del pasado y como viviente en la historia de entonces, sino como adivinador, sembrador, constructor de un futuro», recordó el humilde nacimiento del Santo y describió con ánimo conmovido la pobre casita que él había tenido la alegría de visitar. Pasó [288] después a situarlo en el ambiente histórico del Resurgimiento, analizando su constitución moral para deducir de allí los elementos característicos de su tierra del Monferrato y las influencias particulares de los tiempos y del ambiente en que vivió y desplegó su multiforme obra. En las pruebas y contrastes entre los que el Santo se abrió camino, halló el orador las vías de la Providencia, que le iba preparando para su gran misión; y de ésta ilustró sobre todo la influencia política para templar las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante el período más arduo de la unidad italiana. «Para él, dijo De Vecchi, no existió, ni siquiera en la hora más tétrica y difícil, ningún abismo insalvable entre el Estado y la Iglesia, entre la Patria y Dios». Con esta convicción procedió don Bosco en el servicio de la Iglesia y del Estado, alentando a Pontífices y Obispos, iluminando y pacificando las almas de los fieles, inclinando los ánimos de hombres del Gobierno a sentimientos conciliatorios, coordinando en la juventud que educaba los dos grandes amores de la Religión y de la Patria. Y no dejó de poner de manifiesto cómo ese espíritu conciliativo sigue siendo el alma de su Congregación, suscitada por Dios, como había dicho Pío IX, «para que se vea y haya modo de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». De ahí «su afirmación y maravilloso florecimiento hasta en tiempos extremadamente difíciles». Fijando su mirada en este florecimiento, lo definió milagroso, diciendo: «El milagro vivo, permanente, que se difunde de don Bosco está en sus casas, en sus escuelas, en sus campos, en sus talleres, en su obra conquistadora de corazones, continuamente renovada en todas las partes del mundo por sus hijos y por

sus cooperadores, con una sencillez que es la misma imagen del Santo». Después de repasar rápidamente este imperio del amor de don Bosco, volvió a llevar a los oyentes a la casita natal del Santo para conducirlos por fin hasta la reciente obra de Litteria.

El aplauso vivo y prolongado del Duce fue casi el principio de una unánime y cordial manifestación [289] del público. El Duce se comportó con amabilidad inimaginable con don Pedro Ricaldone.

El homenaje civil no se cerró con la exaltación del Capitolio: tuvo una continuación digna de especial realce. El veintiocho de abril se inauguró la XXIX legislatura en el Palacio Montecitorio y el Rey aludió a él en el discurso de la Corona cuando dijo: «La concordia y el entendimiento entre las autoridades civiles y religiosas se ha reforzado, como lo han demostrado unas grandes celebraciones recientemente. La conciliación sigue siendo un elemento esencial en la historia italiana».

En la respuesta del Senado hubo otras palabras que fueron un adecuado comentario a estas sobrias expresiones del Soberano: «La concordia, la unidad y la justicia son los más preciosos dones de la divina Providencia a nuestro pueblo; son la defensa de su nueva historia, cuyo fundamento es la Conciliación con la Iglesia. El Senado ha asistido con profunda satisfacción a las manifestaciones de unánime entendimiento espiritual entre autoridades civiles y religiosas patentemente manifestado, lo mismo en el recogido esplendor de San Pedro ante la augusta Cabeza de la Cristiandad, que en la grandeza romana del Capitolio ante el Jefe del Gobierno, con motivo de la celebración de la gloria cristiana y civil del más italiano de los Santos. Fue una conmovedora prueba de esa gran armonía la presencia del representante de Vuestra Majestad en la persona del augusto Príncipe heredero, seguridad del porvenir para la Patria, no menos que para la Dinastía».

¡Cómo se levanta sobre su fondo histórico la gigantesca figura de don Bosco, a la luz de estas manifestaciones!

La audiencia pontificia

Una audiencia pontificia en la Basílica Vaticana constituyó otra de las muchas novedades, a que dio lugar la canonización de don Bosco. Pío XI la concedió el tres de abril a todas las peregrinaciones organizadas por los Salesianos. Se levantaba el trono papal delante del altar de la Confesión, de modo que la nave mayor se convirtió en

salón de recepción. Y sin embargo, [290] con ser tan grande, no bastó para todos: unos millares de personas se quedaron sin puesto. Entonces algunos centenares de alumnos de los colegios fueron colocados en filas a lo largo del pasillo central. Y como tampoco fuera suficiente esta disposición para que cupieran todos, se prepararon otros dos amplios espacios en los brazos del crucero. A los lados del trono se colocaron el cardenal Hlond, don Pedro Ricaldone, una docena de Obispos salesianos, don Francisco Tomasetti, los Superiores del Capítulo, los Inspectores, la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora con su Consejo y varias Inspectoras, el conde senador Rebaudengo y el abogado Félix Maserà.

A las doce corrió la voz de: ¡El Papa!

Y, un momento después, apareció el Papa en la silla gestatoria. ¡Un delirio juvenil! Aplausos, vivas, aclamaciones le acompañaron hasta el trono. El grupo del Oratorio lanzó el grito de: ¡Viva el Papa de don Bosco!

Volvióse el Papa hacia aquella parte, con vivas muestras de complacencia. Y apenas se sentó, dirigióle el Rector Mayor estas devotas palabras:

Beatísimo Padre:

Todavía resuena suavemente en nuestros corazones vuestra augusta voz que, desde la cátedra infalible de Pedro, en medio del júbilo de un inmenso pueblo, en la fiesta más solemne y con el máximo esplendor de la liturgia católica, declaraba Santo a don Bosco.

No hay palabras que puedan expresar lejanamente a Vuestra Santidad el reconocimiento profundo e imperecedero de la Familia Salesiana.

He aquí, Beatísimo Padre, una pequeñísima parte de esta Familia, reunida en torno a Vuestra Santidad para expresar los sentimientos de la más filial y sincera devoción.

Son hijos vuestros llegados de todos los rincones de la tierra, hasta de las playas más remotas para representar a centenares de millares, más aún, a millones de corazones que hoy, juntamente con nosotros, en todas las playas y bajo todos los cielos, cantan jubilosos el hosanna al Papa de la canonización de San Juan Bosco.

Ya teníamos una alta idea de la santidad y de la misión del que fue nuestro Padre en la tierra y a quien hoy invocamos como Patrono en el cielo, gracias al conocimiento personal, a la tradición doméstica y a las Memorias biográficas; pero hoy se engrandece más que nunca su figura a nuestros ojos.

[291] Su canonización, por singular bondad de Vuestra Santidad, se ha desarrollado dentro de un conjunto de circunstancias que nos han proyectado su persona y su obra dentro de una luz de universalidad ejemplar y benéfica, que nos obliga a exclamar: —¡Somos humildes y afortunados hijos de un gran Padre!

Es todo un conjunto de cosas que nos llevará, como consecuencia natural, a profundizar cada vez mejor el conocimiento y la imitación de su vida y a caminar

con solícita fidelidad sobre las huellas que él nos dejó: huellas gloriosas que Vuestra Santidad nos ha iluminado con tan nuevo esplendor.

Beatísimo Padre: humildemente postrado a los pies de Vuestra Santidad, le doy las más rendidas gracias en nombre de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, de sus alumnos y exalumnos, de sus Cooperadores y Cooperadoras, por este beneficio y por vuestra paternal benevolencia constantemente demostrada de mil modos, con la promesa de seguir siempre y por doquiera los ejemplos de filial, devota e ilimitada obediencia, que nuestro Santo Fundador nos dejó como la primera y más preciosa herencia, mientras en confirmación de nuestros propósitos, pido para mí y para todos la gracia de su Apostólica Bendición.

La *Schola cantorum* de los clérigos estudiantes de filosofía y teología interpretaron las *Acclamaciones* y el *Oremus pro Pontífice*, que el Papa escuchó con visible satisfacción. Después, hizo señas de que iba a hablar. Reinó inmediatamente un religioso silencio. La palabra del Vicario de Cristo, siempre gracias a los altavoces, se pudo oír claramente por todos. El afecto comunicó a su hablar un sello que no hay pluma capaz de describirlo.

Ya no es dentro de los esplendores de los grandiosos, santos ritos, mis queridísimos hijos —*comenzó diciendo el Papa*— sino dentro de un verdadero (podemos decirlo con razón) precioso vértigo de gozo y de piedad filial que os volvemos a ver en este magnífico lugar. Ya veis que os hemos preparado para recibirlos la más bella, grande, magnífica sala del mundo. No hemos creído que fuese demasiado para lo que debía redundar en honor de vuestro y nuestro gran San Juan Bosco; no hemos creído que fuese demasiado para una selección tan hermosa, tan ilustre, tan imponente hasta por su número; una selección de sus hijos llegados de todas las partes del mundo, hasta de las más lejanas; tan hermosa, especialmente para Nos, porque vuestra presencia y todo lo que hemos oído en el discurso pronunciado hace un momento, Nos hace sentir, con una viveza que pocas veces hemos experimentado, el sentido de la paternidad universal que la divina Providencia ha querido confiarnos. Y vosotros sois, no solamente los hijos llegados de todas las partes del mundo, sino pertenecientes [292] a todas las diferentes categorías de que se compone la gran familia, o mejor, las grandes familias de don Bosco, más aún, de San Juan Bosco, a quien el mundo seguirá llamando, sin embargo, don Bosco. (*Aplausos*). Y eso estará bien, porque será lo mismo que repetir su nombre de guerra, esa guerra benéfica, una de esas guerras que se diría quiere conceder la divina Providencia de vez en cuando a la pobre humanidad, casi como en compensación de las otras guerras en nada benéficas y tan dolorosas y sembradoras de dolores.

Poníamos, pues, de relieve, amadísimos hijos, la diversidad, las distintas representaciones de las grandes familias salesianas. Debemos añadir también a ellas los diversos grados de la jerarquía: el sacerdocio, el episcopado, el cardenalato: algo, también esto, tan hermoso y verdaderamente completo.

Por lo demás, amadísimos hijos, ¿qué más podemos añadir a lo que vuestra presencia nos dice, vuestra presencia tan elocuente y también este silencio casi palpable, que nos declara de forma sensible vuestra esperanza de la palabra paterna? ¿Qué podemos decir, al encontrarnos de nuevo en este espléndido ambiente, donde resue-

nan todavía los cantos de gloria a vuestro magnífico padre, donde, ayer mismo, tuvo lugar ese maravilloso conjunto de cosas que ha venido a coronar de modo tan sin par vuestra esperanza, vuestro deseo? Mas, por no tener el remordimiento de haber perdido una ocasión tan hermosa, para decir algo útil a vuestras almas, diremos lo que el mismo San Juan Bosco os dice tan elocuentemente con su figura, tal y como está a la vista de todos los espíritus, tal y como habla a todos los corazones.

Verdaderamente, esta canonización de vuestro y nuestro don Bosco ha llegado con especial y providencial oportunidad a esta clausura del Año Santo de la divina Redención; y, ciertamente, vuestro y nuestro querido Santo ha salido inmensamente ganancioso con el conjunto de estas circunstancias.

Ha sido, ante todo, el encuentro del Divino Redentor, del Divino Capitán, promotor de toda santidad, de todo apostolado y de todo bien; el encuentro con un siervo suyo tan fiel, con un soldado tan intrépido en sus santas batallas. Se diría, por una parte, que don Bosco ha venido a devolver al Divino Redentor todo lo que le debía, ya que todo se lo debemos a El. En El, en efecto, tiene principio toda la santidad, todo martirio, todo bien; de El procede todo lo bueno que queda en este mundo, aún a lo pagano, todo lo bueno que queda en esta civilización y que le viene de la Cruz, del Corazón, de la Sangre del Redentor y que todavía hace que sea una civilización cristiana.

Don Bosco ha venido a rendir homenaje a su jefe, a su señor, a su caudillo, y el Divino Redentor ha dispuesto, precisamente al fin del Año Santo de la Redención, venir casi en persona a coronar los méritos de su siervo fiel, a mantener con él aquellas divinas promesas que hizo a todos los que le sirven con fidelidad. [293] ¡Qué magnífico encuentro! ¡Y qué hermoso, qué espléndido, qué a punto en el cuadro del Año Santo, en el cuadro de todo ese cortejo de santidad que ha acompañado el Redentor en el curso de este Jubileo de su Redención! En una selección en medio de los más bellos, frescos, fragantes frutos de la Redención, en homenaje al autor primero de toda santidad. Y por esto, todos nosotros, y vosotros especialmente, vosotros que estáis ligados por tantos vínculos a nuestro querido Santo, debemos aprender lo que debe ser fruto específico de este Año Santo, lo que se diferencia de todos los demás, y para vosotros se diferencia por la glorificación de vuestro queridísimo Padre y Patriarca. ¡Y qué apropiado resulta para vosotros tal fruto del Año Santo que puede llamarse también «Año Santo Salesiano»! (*Fortísimos aplausos*).

Para todos, también para vosotros, el primer fruto es el de las Santas Indulgencias, precioso tesoro en el que no puede pensarse más que con mucha humildad y sentimiento de confusión, porque decir indulgencia, indulgencia grande, indulgencia máxima, quiere decir perdón, perdón grande, perdón máximo. ¿Y de qué? De los pecados, especialmente de los pecados mortales. ¿Y quién puede decir que no lo necesita? Eso significaría que no se tienen pecados, y el Espíritu Santo dice que quien afirma estar sin pecado, no dice la verdad.

Pero este Año Santo de la Redención debe decir algo más especial. Y, en efecto, lo ha dicho, puesto que lo ha dicho el mismo Redentor. El ha señalado expresamente el fruto de toda su obra de Redención y nosotros no podemos, por tanto, no tener en cuenta un fruto tal, que es como la continuación de la misma Redención. El Señor lo ha dicho con palabras reveladoras de su corazón, de sus intenciones, al anunciar que había venido para que los hombres tuviesen vida, y la tuviesen con abundancia y siempre con mayor abundancia. *Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant*. Lo mismo que si dijese a sus almas queridas: —Tened la vida, y tenedla en abundancia, cada vez con más abundancia. —Y ésta es la vida cristiana porque es Cristo

quien se la ha dado al mundo: Cristo Redentor, vida cristiana. Esta vida cristiana que vosotros tenéis tan abundantemente, debéis conservarla, desarrollarla con abundancia cada vez mayor; debéis ponerla de acuerdo con las palabras del Redentor, cuando dice que debe ser vida abundante y sobreabundante.

Y vuestro querido Santo os dice: —Así es como se vive la vida cristiana. —Así la vivió él, así la vivieron los Santos, no sólo los que han cortejado al Redentor en este año, sino todos los Santos. ¿Qué hicieron ellos para alcanzar la santidad? Sólo una cosa: llevar una vida cristiana abundante, vivida sobreabundantemente, esa vida cristiana de la que nacen todas esas otras ramificaciones tan grandes y magníficas de apostolado y de bien que conquistan los corazones.

El Redentor dijo: —Vivid la vida cristiana y vividla abundantemente. [294] —He aquí que don Bosco nos dice hoy: —Vivid la vida cristiana como nosotros la hemos vivido y os la hemos enseñado. —Pero Nos parece que don Bosco añade para vosotros sus hijos, y tan particularmente suyos, una palabra más específicamente indicadora en el sentido que estamos considerando. Nos parece que os diga: —Escuchad en qué dirección debéis dejaros guiar. —Nos parece que, para indicaros cómo debéis marchar cada vez mejor por esos caminos, os señala tres principios de vida cristiana, os enseña un triple secreto.

El primero es el amor a Jesucristo, a Jesucristo Redentor. Hasta se diría que éste fue uno de los pensamientos, uno de los sentimientos dominantes de toda su vida. Así lo manifestó con su palabra de consigna: *Da mihi animas!* Ese es un amor que está en la meditación continua, ininterrumpida de lo que son las almas, no consideradas en sí mismas, sino en lo que son en el pensamiento, en la obra, en la Sangre, en la muerte del Divino Redentor; y el amor del Redentor se convierte en amor de las almas redimidas que en su pensamiento y en su apreciación se manifiestan como no pagadas a un precio demasiado alto, si están pagadas con su Sangre. Ese es precisamente el amor del Divino Redentor que hemos estado recordando, agradeciendo, durante todo este año de una Redención multiplicada.

Otra enseñanza os da vuestro Padre. Os enseña la gran ayuda, la ayuda más fuerte con la que hay que contar para practicar aquel amor al Redentor que se convierte en amor a las almas, en apostolado por las almas. María Auxiliadora es el título que él ha preferido entre todos los de la Madre de Dios: María auxilio de los cristianos, es la ayuda con que él contaba para juntar las milicias auxiliares con las cuales caminar hacia la salvación de las almas. Y María Auxiliadora es vuestra herencia, amadísimos hijos, una herencia que todo el mundo podría envidiaros, si no hubiese otros caminos para acudir a ella.

Y en este recuerdo hay que descubrir otra de esas conjeturas que se llaman combinaciones, pero que son delicados encuentros, providenciales, preparaciones que sólo la Sabiduría divina sabe adjuntar. Uno de los frutos más preciosos de la Redención es la Maternidad universal de María. Y no se habría sabido cómo celebrar el centenario de la Redención, sin recordar las últimas horas del Redentor en la Cruz, sin recordar que desde la Cruz, cuando eran más agudos y terribles los sufrimientos de la muerte, el Salvador nos entregó a todos nosotros a su Madre por Madre nuestra: «He ahí a tu hijo»; «He ahí a tu Madre». Es el divino Redentor quien nos ha dado a María por nuestra Madre universal, y ése es el íntimo lazo entre la Redención y la Maternidad humana de María. Diríase que don Bosco haya visto de un modo especial, esta íntima unión y la haya apreciado en todo su valor y que, por esto, haya querido colocar junto al Divino Salvador a María y confiar a María, con el título que más le conviene, María Auxiliadora, todas las obras que su gran corazón se proponía

para la [295] salvación de las almas. También a vosotros se debe indicar la gran ayuda con la que podéis contar, ayuda que no tiene límites en su poder: porque procede de María, nuestra Madre, que no desea más que ayudarnos en las obras que nos proponemos hacer para gloria de Dios y bien de las almas.

Pero, sapiente y amoroso Padre como era vuestro Caudillo, ha pensado conducirnos también con otra guía segura en las grandes batallas de esta verdadera guerra gloriosísima por la salvación de las almas, batallas que deben extenderse a todo el mundo. Don Bosco la ha señalado en la ilimitada y sentida devoción a la Iglesia, a la Santa Sede, al Vicario de Cristo. Es un programa admirable, como él mismo Nos decía con su palabra, en una verdadera intimidad, que duró muchos años¹ y que, además de ser una intimidad del corazón, fue, en muchos aspectos, intimidad de inteligencia: un programa continuo y necesario en todas las direcciones clarísimas, evidentes y, más aún por los hechos que por las palabras, a través de las cuales la Iglesia, la Santa Sede, el Vicario de Cristo llenaban su vida. Y Nos lo sabemos por el conocimiento directo que de él tuvimos, por el testimonio de su propia palabra, por la expresión de los pensamientos que él Nos confiaba en su verdadera paternal amistad, pese a la diferencia de edad. La Divina Providencia disponía las cosas de modo que aquellas expresiones, que mejor podían darlo a conocer personalmente, fueran confiadas a aquél a quien la misma Providencia, en sus secretos designios, destinaba a su exaltación a la suprema gloria de los altares. (*Fortísimos aplausos*).

Hemos hablado de un Jubileo salesiano, y hemos oído con íntima satisfacción que, en torno a Nos, se gritaba: —¡Viva el Papa de don Bosco!

(*Estruendosos aplausos, fortísimos gritos de «Viva el Papa de don Bosco». El Papa sonríe, luego hace señal de continuar hablando*). Basta, amadísimos hijos, basta esto para indicar que la hermosa palabra ha sido una palabra de alegría para Nos, como la ha sido para vosotros, que sois tan buenos hijitos. Pero esa palabra, más que una palabra de alegría, es para vosotros una palabra amonestadora. Quiere decir que don Bosco, nuestro y vuestro querido don Bosco, os dice que el Papa, llámese como se llame, en todo momento, y no importa de dónde proceda, el Papa era para don Bosco elemento de vida, y algo sin lo cual no habría podido ser lo que ha sido.

He ahí las tres cosas de primerísima importancia, tres cosas que deben proporcionarnos aquellos frutos del Año Santo que se cierra con estos elogios de San Juan Bosco: *el amor de Jesucristo Redentor que es amor de las almas, apostolado por las almas; devoción fervorosa constante a María Auxiliadora, querida por él como ayuda de toda la organización de su obra; devoción, cariñosa obediencia, fidelísima a la Santa Iglesia, al Vicario de Jesucristo, como guía visible, [296] sensible, que el Divino Redentor ha querido que no faltase a las almas, a fin de que no tuviesen que dudar jamás de su pensamiento, ni del modo de disponer la vida cristiana y sobreabundantemente cristiana, de acuerdo con los deseos de su corazón.*

Con esta paternal comprobación, con este paternal augurio os bendecimos a todos y a cada uno de vosotros, y queremos bendecir todo lo que representáis y no podéis dejar de representar. Vosotros representáis lo que habéis dejado en los diversos lugares de donde venís, a toda la gran Familia Salesiana y de María Auxiliadora, a todas las casas donde esta familia habita y sobre todo trabaja, a todas las obras de apostolado de todas sus formas, a todo ese otro mundo, a ese ejército de Cooperadores; y, además, a todo ese otro mundo de almas ya llegadas a don Bosco o que están en camino: una visión grande como el mundo, bella como la caridad de Dios y de las

¹ No hubo más encuentros después del 1883.

almas, hermosa como las gracias de María Auxiliadora; una visión que Nos vemos en vosotros y detrás de vosotros en una extensión que alcanza hasta los confines del mundo. Y queremos que nuestra bendición llegue precisamente hasta los confines del mundo, hasta donde llega nuestra visión.

Vosotros llevaréis esta bendición en todas esas direcciones hacia las que vuela vuestro pensamiento y vuestro afecto. Queremos bendecir todo lo que más queréis con vuestro pensamiento y vuestro corazón y que deseáis sea bendecido. No es necesario añadir que no sólo pensamos en vuestras familias espirituales, sino también en aquellas que llevan vuestro propio nombre, en vuestras propias familias. Nuestra bendición quiere seguir vuestro pensamiento y descender allí donde vosotros deseáis. Si tenéis en vuestro pensamiento almas que necesitan o que han merecido la bendición paterna del Vicario de Cristo, Nos queremos responder a todas esas vuestras intenciones y deseos. Y con particular afecto, como otrora vuestro y nuestro querido don Bosco, Nos pensamos en los pequeños, en los párvulos del Divino Redentor, a los que San Juan Bosco tan paternalmente cuidaba, Nos los bendecimos antes que a nadie, porque son un tesoro preciosísimo y a menudo abandonado y despreciado, falto de toda atención; y, además, porque tienen ante sí la vida y nuestra bendición quiere bendecir en ellos su porvenir con todas las promesas y esperanzas y también como antídoto para todos los peligros y amenazas. Y no queremos olvidar a los que están en el otro extremo de la vida, a vuestros ancianos, a vuestros viejos, especialmente a los que están enfermos, y tienen por ello más derecho a los cuidados de vuestra caridad y al aliento de nuestra bendición.

Vosotros llevaréis esta nuestra bendición a las distintas regiones y Nos pedimos a Dios que ella os acompañe, no sólo durante el tiempo que os queda por estar en Roma, para que os sea propicio y provechoso a vuestras almas, sino también durante vuestra inminente vuelta [297] a vuestras casas, y que os acompañe siempre y permanezca siempre con vosotros durante toda la vida.

Dicho esto, levantóse el Papa y pronunció la fórmula de la bendición. Una gran salva de aplausos quiso servir de agradecimiento. Cuando el Santo Padre subía a la silla gestatoria, alguien le observó que muchos de los que estaban a ambos lados del altar de la Confesión, le habían oído pero no le habían visto. Entonces él ordenó que se diera la vuelta alrededor, y así contentó también a aquella parte del auditorio. Y después, mientras pasaba lenta y majestuosamente y movía de un lado para otro la cabeza dando bendiciones con su diestra, no cesaron ni un momento las aclamaciones, el alzar de brazos, los pañuelos agitados por los aires. Al contemplar aquel entusiasmo filial, cuando llegó al fondo de la nave, hizo volver la silla gestatoria, púsose en pie y abrazó con una bendición de despedida a toda la asamblea, que le respondió con la última y fervorosísima aclamación. Había transcurrido una de aquellas horas, cuyo recuerdo queda indeleblemente impreso en el corazón, más que en la memoria.

Homenaje de gratitud al Papa

Como epílogo de la fiesta romana había que rendir un homenaje público de agradecimiento al Gran Pontífice, que tanto había honrado al Padre de la familia salesiana; era preciso, además, que el recuerdo de tan faustos sucesos quedase grabado también en el mármol de la historia. Ningún otro lugar más a propósito para ello que el Colegio de la Vía Tuscolana, que llevaba el nombre de Pío XI. Allí, pues, en la iglesia de María Auxiliadora que, como ya hemos dicho, se estaba construyendo, se celebró el día cuatro de abril una solemne función en honor del Papa, que consistió en descubrir una lápida conmemorativa monumental.

Reuniéronse aquella tarde dentro de los muros de la iglesia, aún sin terminar, cuatro Cardenales, unos veinte Obispos y muchos otros insignes personajes invitados por el Director, el P. Rótolo, en nombre del Rector Mayor. [298] Abrióse la fiesta con el himno coral *Salve Decus Italorum* con música de Antolisei en honor de don Bosco, y las *Acclamations* al Papa. A continuación ejecutóse un canto polifónico del mismo Maestro sobre versos de Dante a la *Virgen Madre*. Después de este interesante preludeo, haciendo de padrino el embajador de Argentina ante la Santa Sede y de madrina la hermana del Padre Santo y la condesa Macchi di Cellere, se descubrió la lápida con un epígrafe latino original del profesor Fornari. Decía así: «El día 1 de abril de 1934, consagrado a la Resurrección de Jesucristo, en el que Pío XI, supremo intérprete de los juicios divinos, como cierre de las ceremonias religiosas con las que se celebraba el aniversario secular de la humana Redención, ante gente procedente de todas las partes del mundo, inscribía en el número de los Santos a Juan Bosco, padre y Fundador de la Pía Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora, para perpetuar el recuerdo de tan gran suceso, en este templo levantado por voluntad del mismo Pontífice junto a las Escuelas Salesianas que se honran con su nombre, la familia salesiana dedicaba esta lápida documento de su alma agradecida y regocijada»¹.

Un alumno de la escuela de mecánica dirigió entonces a los pre-

¹ Kal. Apr. MCMXXXIV —quo die— Jesu Christo resurgenti sacro —Pius XI —summum Divinae Mentis interpres —humanae Redemptionis —saecularia conclusurus mysteria —gentibus ex orbe universo confluentibus —Joannem Bosco —Salesianae Piae Societatis —et Filiarum a Maria Auxiliatrice —Patrem legiferem —Sanctorum Ordinibus adserebat —ad perennandam tanti eventus memoriam —hoc in templo —ipsius Pontificis voluntate excitato —prope ephebeum eius nomine decorum —Salesianorum familia —grati ac gesticantis animi documentum —D.D.

sentos un amable saludo, terminando con los auspicios de que, a no tardar, se restaurase en la nueva iglesia la Capilla papal que se acostumbraba celebrar en Roma antes de 1870 el 24 de mayo, en la fiesta de María Auxiliadora. La comunicación de aquel augurio suscitó abundantes aplausos, que se renovaron al aparecer don Pedro Ricaldone en el palco. Se presentaba para manifestar el agradecimiento de todos los Salesianos al Padre Santo Pío XI y [299] a cuantos con su Santidad habían concurrido a la exaltación del nuevo Santo. Estas fueron sus palabras.

El epígrafe que en este instante aparece ante nuestros ojos, fija en el mármol la histórica fecha de la canonización de nuestro Fundador y Padre San Juan Bosco, deja grabado con caracteres indelebles el nombre del Pontífice que lo elevó a los sumos honores, y manifiesta y manifestará perpetuamente la gratitud de los hijos al augusto glorificador de su Padre.

Verdaderamente es una fecha histórica la de esta canonización por todo lo que la ha precedido, acompañado y seguido.

La precedió una expectativa intensa y mundial, cargada de simpatía, reconocimiento y admiración. La figura de don Bosco, tan querida en vida, se mantiene todavía así en el recuerdo de quien le conoció y se presenta a la mente de quien nunca le vio, aureolada de una bondad serena, indulgente y bondadosa, cuyo atractivo no se resiste. Además, los frutos de su obra providencial mueven toda suerte de personas a bendecir su multiforme caridad, que esparce por doquiera el bien en favor de la sociedad y especialmente de las almas juveniles. Y, ante el árbol gigantesco crecido en poco tiempo como el granito evangélico, los estudiosos de los fenómenos sociales, los historiadores y hagiógrafos ven en él un sagaz precursor que, separando *nova et vetera* (lo nuevo y lo viejo), dejó algunas formas de actividad y de apostolado, restauró otras y creó algunas completamente nuevas. Por todo lo cual resulta que las diversas fases de su Causa, tan compleja como su vida, eran seguidas por miles y miles de corazones. Y, ¡cuántas plegarias, cuántos votos para que la voz infalible del Vicario de Cristo publicase desde lo alto de la cátedra de verdad lo que era el íntimo convencimiento de innumerables eclesiásticos y seglares, por doquiera la Iglesia Romana ha puesto sus lares!

Y en cuanto sonó la hora gloriosa de la proclamación, qué de circunstancias ajenas se presentaron para hacer más memorable la fausta fecha. Un jubileo de excepcional grandiosidad estaba para clausurarse en el solemne día de Pascua: todo el mundo había respondido a la invitación del Pontífice con afecto inaudito, durante todo un año. La misma Santidad de Pío XI quiso que la clausura quedara marcada con algo fuera de lo ordinario, con un rito que, a más de recoger el unánime consentimiento del mundo católico, diera lustre proporcionado a la ceremonia de costumbre. La Providencia, que guía con mano invisible los sucesos humanos, condujo las cosas de tal manera que la Iglesia, Madre de Santos, pudiera glorificar ante los ojos de todas las gentes la santidad de un hijo, a quien todos los pueblos de la tierra tributaban cordial homenaje de afecto y veneración. Es un hecho innegable que la apoteosis de don Bosco en un momento tan característico ha recibido el aplauso de toda Nación *quae sub coelo est* (situada bajo la capa del cielo), como si cada una reconociera en él un noble origen de su propia sangre, y por eso el año de las innumerables y

filiales [300] peregrinaciones alcanzó un admirable remate, el día en que llegaban a la Urbe representaciones del orbe más numerosas que nunca.

Pero vinieron a sumarse a la apoteosis religiosa y católica soberanas y reales participaciones con los más altos consentimientos nacionales y civiles. Su Majestad el Rey, con la bondad que siempre distinguió su Augusta Casa, quiso participar en la solemne ceremonia de San Pedro, haciéndose representar por S. A. R. el Príncipe Humberto de Saboya, el cual, con una cortesía verdaderamente real dirigió, la víspera de la canonización y después de la misma, a los humildes hijos de don Bosco palabras de soberana complacencia, que ellos guardarán esculpidas con caracteres indelebles en sus corazones. Es verdad, don Bosco pertenece a todo el mundo. Pero Italia tuvo la suerte de que naciera en ella. ¿No le había acaso señalado el Papa Pío XI como la «gloria de Italia» y como el «Hijo glorioso de la Patria»?

Y también el Jefe del Gobierno, el hombre providencial que rige la suerte de Italia, custodio vigilante de todo cuanto aumenta el honor y la fuerza del País, vio en don Bosco un digno y glorioso representante de la raza. Por eso, no sólo quiso que saliese desde la cumbre del Capitolio una palabra autorizada, fervorosa y solemne para gloria del gran italiano, sino que él mismo dio con su intervención personal un altísimo significado y valor a la manifestación, la primera de este género desde que la famosa roca alza la cabeza al sol de Roma.

Nosotros que hemos conocido a don Bosco, sabemos lo mucho que tenía en su pensamiento esa armonía de sentimientos religiosos y patrióticos y lo grande que habría sido su júbilo si, en los tiempos que fueron los suyos, hubiese tenido como nosotros la suerte de ver en la propia patria el alba gloriosa de aquel 11 de febrero de 1929, cuando se firmó el Tratado de Letrán y se devolvía Italia a Dios y Dios a Italia. Estas memorables palabras encierran todo el pensamiento del gran Papa, a cuyo nombre irá indisolublemente ligado el recuerdo de la canonización de don Bosco.

En efecto, él que conoció de cerca al canonizado y ponderó y comprendió a fondo su espíritu, ha puesto de relieve cabalmente y muchas veces este detalle particular, como providencial de la gran celebración, y, además, lo escribió en un famoso documento, destinado a toda la Iglesia, a los pocos meses de que el iris de la paz religiosa volviera a brillar en el cielo de Italia como nunca quizás desde Constantino. Hablo de la *Quinquagesimo ante anno*, donde, al enumerar las satisfacciones que Dios le había concedido durante su jubileo sacerdotal, declaraba haber sido un rasgo especial de la Divina Providencia, que el primero, para quien había decretado los honores de la Beatificación, después de firmada la ansiada paz con el Reino de Italia, fuese Juan Bosco, el cual, había hecho diligencias, en distintas ocasiones, para que se arreglase amigablemente la dolorosísima discordia que arrancó a Italia de los brazos paternos.

[301] Debemos a Pío XI la canonización, le debemos esta singular apreciación que eleva la misma canonización a la dignidad de símbolo de un gran suceso histórico, y le debemos también que haya delineado a intervalos con mano segura la extraordinaria personalidad del Santo. Antes de la Homilía Pascual, hasta veinticinco veces alabó públicamente al Siervo de Dios describiendo sus virtudes y sus obras y delineando su providencial misión.

Pero el sentimiento del Papa brilló singularmente en la audiencia de ayer. ¡Fue una audiencia memorable! Memorable por el lugar: «Os hemos hecho preparar —dijo el Papa— la más bella y más grande sala del mundo»: y ciertamente ofrecía San Pedro en aquel momento un aspecto del que quizás no se tiene ejemplo en la historia. Memorable por los que asistieron: jamás se había movido alrededor de los

solemnes mausoleos papales un turba juvenil tan grande, procedente de mil partes del mundo: de «vértigo de gozo» calificó el Pontífice el delirio de vítores y aplausos con que se le recibió a su ingreso en la Basílica y que le acompañó hasta llegar al altar de la Confesión, ante el cual estaba levantado el trono. Memorable por la alocución pontificia, larga, paternal, rica en testimonios y recuerdos personales y cariñosas exhortaciones, concluyendo con una tarjeta de identidad, por así decir, para todos los hijos de don Bosco grandes y pequeños: amor a Jesús Redentor, como explicación de su caridad por la salvación de las almas; devoción a María Auxiliadora y fidelidad al Vicario de Jesucristo. La aclamación al «Papa de don Bosco» oída ayer por el Padre Santo en San Pedro y cordialmente agradecida por él mismo, expresó el motor secreto que encendió de tanto entusiasmo los pechos de los presentes y que puso en labios del Papa Pío palabras tan hermosas e inolvidables.

Los hechos y dichos del Pontífice han obtenido estas consecuencias: que, si antes, la figura de don Bosco dominaba nuestro espíritu, ahora descuella por encima de toda comparación, y que en el mundo ha aumentado y profundizado su conocimiento. Por lo cual el grandioso *Te Deum*, unido al *Alleluia* pascual en el mayor templo de la cristiandad, fue una solemne acción de gracias a Dios por haber dado a su Iglesia uno de esos Santos que más hacen brillar la santidad y son los ministros e instrumentos más grandes de la santidad.

Conscientes, por tanto, de lo mucho que debemos al Padre Santo Pío XI, nos hemos reunido aquí con la intención de tributarle el homenaje de nuestro agradecimiento. Del agradecimiento de los Salesianos al Pontífice incomparable ya hablan los muros del edificio que se levanta junto a esta iglesia y que hemos dedicado a su augusto nombre. Por las escuelas profesionales del Instituto Pío XI pasarán generaciones de jóvenes para capacitarse en el trabajo y en la práctica de la vida salesiana y con los elogios del Padre de la juventud les parecerá oír de nuevo como bendición el recuerdo de Pío XI, a quien Dios conserve todavía largos [302] años para bien de la Iglesia y de la humanidad. Un solo latido vibrará para el Santo de la Caridad, y para el Papa de aquel Santo, en el benéfico Instituto y en el majestuoso templo que, próximo a terminarse, nos acoge y que será en Roma centro y faro irradiador de la devoción a la Virgen de don Bosco, a María Auxiliadora.

Pero he llegado ahora a un punto en el que querría tener, al menos por unos instantes, el corazón de don Bosco para tributar al Vicario de Jesucristo la más digna acción de gracias. Mas, si no poseo el corazón, tengo la fortuna de poder hacer mía, por así decir, su voz. El año 1876 el Arcade general de la academia literaria de la Arcadia establecida en Roma invitó al Siervo de Dios a leer su discurso sobre la Pasión del Señor en la sesión que solía celebrar la Academia cada año el Viernes Santo. Aceptó don Bosco la invitación, que fue considerada inmediatamente como un gran regalo, agradabilísimo a todos. Celebróse la reunión en el palacio Altemps. El orador no divagó por los floridos campos de la literatura, sino que leyó una serie de eruditas y devotas reflexiones en torno a las «Siete Palabras», proferidas por Jesús en la Cruz. Para concluir habló con la mayor naturalidad de la unión de los verdaderos cristianos con Pedro y sus sucesores e invitó a todos a «cerrar filas alrededor del digno sucesor del Apóstol, alrededor del esforzado Vicario de Jesucristo, el fuerte e incomparable Pío IX» (todos estos adjetivos son suyos), proseguía con una exhortación y una protesta, que yo repito literalmente, entendiendo dirigirla con filial devoción, en nombre de los Salesianos, de las Hijas de María Auxiliadora, de sus alumnos y exalumnos, de los Cooperadores y Cooperadoras y de todos los amigos y devotos de don Bosco Santo, desde el noveno hasta el undécimo Pío:

«En toda duda, en todo peligro acudamos a él, como al áncora de salvación, como al oráculo infalible, y nunca olvide nadie que en este portentoso Pontífice está el fundamento, el centro de toda verdad, la salvación del mundo. Quien recoge con él, edifica para el cielo; quien no edifica con El, desparrama y destruye hasta dar consigo en el abismo. *Qui mecum non colligit, dispergit.*

»Si por ventura en este momento pudiese llegar mi voz hasta ese Angel Consolador, querría decirle: Beatísimo Padre, escuchad y acoged con agrado las palabras de un hijo pobre, pero afectísimo a Vos. Nosotros queremos asegurarnos el camino que nos conduce a la posesión de la verdadera felicidad; por eso todos nos reunimos en torno a Vos, cual Padre amoroso y Maestro infalible.

»Vuestras palabras serán la guía de nuestros pasos, la norma de nuestras acciones. Vuestros pensamientos, vuestros escritos serán recogidos con la máxima veneración y con viva solicitud difundidos en nuestras familias, entre nuestros parientes, entre nuestros amigos y, si fuera posible, por todo el mundo.

»Vuestras alegrías serán también las de vuestros hijos y vuestras penas y vuestras espinas serán igualmente compartidas por nosotros. Y, así como redunda en gloria del soldado morir en el campo de batalla por su Soberano, así será nuestro más glorioso día qué en que podamos dar por Vos, Beatísimo Padre, [303] haberes y vida, porque muriendo por Vos, tenemos una prenda segura de morir por aquel Dios, que corona los momentáneos sufrimientos de la tierra con los eternos goces del Cielo».

Los aplausos de los asistentes coronaron el discurso y se renovaron inmediatamente por los muchachos al despedirse los Cardenales, Prelados y Autoridades, que salían del templo para ir a visitar las Escuelas y principalmente sus magníficos talleres. No se hubiera podido desear mejor remate de la fiesta.

Triduo del Santo y diversos homenajes al Papa

A la par de estas manifestaciones públicas de afecto en el Capitolio, en San Pedro y en el colegio «Pío XI», se celebraba en la Basílica del Sagrado Corazón el primer triduo con la solemnidad que sólo es posible en Roma. Los tres días celebraron y pontificaron Eminentísimos Cardenales. Don Rafael Antolisei dio nuevas pruebas de su valiosa maestría como compositor y director de coros, interpretando el primer día su *Misa en honor de San Juan Bosco*, a seis voces en dos coros, y la *Missa Brevis* de Palestrina los dos días siguientes. El lunes por la tarde predicó el arzobispo Salotti, Secretario entonces de Propaganda Fide; el martes, el eminentísimo Hlond, el cual, pese a su condición polaca, supo desenvolverse con gran soltura en la lengua italiana; el miércoles, Su Eminencia Laurenti, quien, como Prefecto de Ritos, había tratado a fondo la Causa de don Bosco y, por tanto, conocía muy bien al Siervo de Dios. La multitud, que abarrotaba el

patio y los pórticos, pudo participar de algún modo en las funciones y oír los sermones, gracias a los altavoces. Por la noche había iluminación exterior, amenizada por la banda musical del colegio «Pío XI», que entretenía hasta muy tarde a la muchedumbre de peregrinos y vecinos. Pero tanta exterioridad habría respondido mezquinamente al espíritu de don Bosco, de no haber habido algo más íntimo y sustancial. Lo que más contribuyó [304] a honrar al Santo, fue el asedio a los confesonarios, de la mañana a la noche, y el continuo agolparse de los fieles a la sagrada Mesa.

Quedaba por cumplirse un obligatorio homenaje: el de manifestar personalmente al Vicario de Jesucristo el reconocimiento de toda la familia salesiana. Cumplieron este sagrado deber el Rector Mayor y los demás Superiores el día diecisiete de abril, acudiendo a los pies del Padre Santo y presentándole los regalos de costumbre en tales circunstancias.

Estos eran cuatro. El primero un cuadro, obra de Crida, reproducción a su vez del original de Rollini, existente en el Oratorio, en las habitaciones del Santo. Es el retrato más fiel de don Bosco, como nosotros lo vimos en los últimos años de su vida.

Otro regalo fue la *Vida de San Juan Bosco*, escrita por Monseñor Salotti. Su encuadernación, trabajo del salesiano Guido Colombini, maestro de encuadernación en las escuelas profesionales del Oratorio, era una joya de arte. Es costumbre que todos los volúmenes que se presentan al Papa estén encuadernados en piel blanca. Estas exigencias naturalmente no dejan campo libre al artista para ejercitar su imaginación, pues no le permiten más que la encuadernación en oro. Pero Colombini supo ingeniárselas para lograr una obra de arte sin dejar de lado la tradición. Había en la parte exterior tres franjas de piel amarillenta que cerraban la superficie blanca a la derecha, a la izquierda y por abajo. Las de los lados estaban cortadas horizontalmente y a la misma distancia por hilos de oro; la franja de abajo llevaba impreso el título SAN GIOV. BOSCO, hecho a mano, mediante herramientas especiales y patrones de letras cortadas en latón y bien combinadas, que producían unas letras cuadrangulares, espaciosas, finas y limpias. El borde de arriba quedaba abierto. En la superficie blanca descollaba el escudo papal. El dorso, fileteado como los bordes laterales, llevaba en la parte superior el nombre del autor y, abajo, el título del libro. La parte interior presentaba todavía mayor interés. Aparecía en el centro la figura de Pío XI, vista de perfil y reproducida [305] como un medallón, con esta leyenda debajo, impresa en oro:

A. S. S. PIO XI
PAPA DE LA CANONIZACION
de
SAN JUAN BOSCO
La Familia Salesiana
1 abril 1934
PASCUA DE RESURRECCIÓN

El rectángulo de tafilete blanco estaba orlado con un adorno de finos hilos de oro, realizado también a mano con herramientas finísimas sobre la piel que, desde el plano inferior, se plegaba sobre el posterior. Pero todo esto era lo menos importante. A primera vista se hubiera dicho que el escudo y el medallón policromados eran miniaturas; en cambio eran mosaicos. Se habían realizado con trocitos de piel, perfectamente embutidos como en marquetería o taracea. El dorado del retrato se limitaba a la estola, enriquecida con un espeso motivo en puntitos que le daba apariencias de filigrana.

El tercer regalo era un relicario con la quinta vértebra cervical del Santo. Había sido cincelado en la *Escuela del Beato Angélico*, de Milán, sobre un dibujo del salesiano Valotti. Estaba embellecido y enriquecido con oro, plata y piedras preciosas. Medía setenta y cinco centímetros de alto, y representaba una cruz enarbolada sobre un vistoso basamento y encerraba en una aureola de adorno almendrado resplandeciente. La cruz tenía en el centro el relicario, todo de oro con pequeños brillantes; al pie las cuatro virtudes cardinales con sus símbolos; en los dos brazos la Fe y la Esperanza de rodillas; en el vértice el Santo, administrando la comunión a dos jovencitos. Las estatuitas de las virtudes, lo mismo que la de don Bosco, estaban modeladas con tan exquisito primor que constituían por sí mismas verdaderas obras maestras.

[306] Fueron presentados, por fin, algunos ejemplares en oro y en plata de la gran medalla conmemorativa de la canonización.

El Papa dio la audiencia a los Superiores salesianos en la sala del «tronetto» (trono pequeño). Observó con particular admiración el espléndido relicario. Fue entonces cuando, pensando en la calidad de la reliquia, dijo a don Pedro Ricaldone: —Verdaderamente don Bosco tenía unas vértebras fuertes, una espina dorsal fuerte, a diferencia de muchos otros...

Antes de dar la bendición a los Superiores, se complació en manifestarles la viva satisfacción que había experimentado en las magnifi-

cas fiestas romanas y al leer en *L'Osservatore* las noticias de las fiestas de Turín.

Era justo que quedase un recuerdo de la Pascua de don Bosco en el lugar que había sido el santuario, y quedó un recuerdo digno del ambiente. Se trató de un candelabro monumental, que medía tres metros y quince centímetros de altura, destinado a sostener el cirio pascual, pero sin apartarlo nunca de su puesto, junto al altar de la Confesión. Tiene la base de granito rojo; la columna de una sola pieza, en mármol negro, mide un metro noventa: el capitel en bronce dorado y cincelado lleva los escudos de Pío XI y de la Basílica de San Pedro. Esta espléndida obra de arte recordará también al mundo el reconocimiento de los Salesianos al Cabildo Vaticano por su valioso concurso al éxito de la inolvidable celebración. Lleva una breve inscripción latina que indica quién lo ofreció, cuándo y cuál fue la razón de la ofrenda.

No queremos callar una ocurrencia original. Se publicaba el *Boletín Salesiano* en seis lenguas distintas en el Oratorio: todos habían rivalizado para presentar a sus lectores relaciones detalladas de las fiestas, acompañando el texto con abundantes ilustraciones. Cuando todo acabó, se reunieron en un grueso volumen los números escritos en italiano, francés, español, inglés, portugués y lituano, impresos en papel satinado, y, elegantemente encuadernado, se ofreció [307] en primer lugar al Padre Santo y después a muchos personajes del mundo eclesiástico y seglar. Difícilmente se habría podido encontrar una documentación más completa, más viva y más interesante para conservar un recuerdo histórico de los sucesos en el seno de ilustres familias y comunidades religiosas.

CAPITULO XV

ECOS DE LA CANONIZACION
EN LA PALABRA DEL PAPA

EL Padre Santo Pío XI contó al cardenal Segura, antiguo Arzobispo de Toledo, cómo fue su encuentro con don Bosco en el Oratorio, el año 1883; y se detuvo especialmente en la sabia circunstancia de que, allí donde se encontraba, se acercaban al Siervo de Dios los Directores de sus colegios para hablar con él de sus asuntos, y que, por dos veces, intentó el huésped apartarse por un sentimiento de discreción; pero que, en ambas ocasiones, el Santo le entretuvo, renovándole la invitación a quedarse y añadiendo en una y otra:

—Esto será útil para usted y para mí.

Pareció fácil de entender que aquellas conversaciones fueran útiles para don Bosco; pero no podía comprender el visitante que lo fueran para él. Cuando treinta y nueve años después, fue elegido Papa el cardenal Ratti en el Cónclave, se acordó inmediatamente de don Bosco y le pareció o creyó volver a verlo a su lado, repitiéndole:

—Esto será útil también para mí.

Y en aquel mismo día decidió Pío XI, así lo afirmó él mismo, promover la canonización ¹.

[309] En efecto, Pío XI dio a la Causa un vigoroso impulso y, lo mismo después de la beatificación, que después de la canonización, se valió de muchas circunstancias para manifestar públicamente lo contento que estaba del éxito final. Recogeremos en el presente capítulo las manifestaciones más significativas que hizo en el año 1934.

¹ Así se lo contó el cardenal Segura a don Luis Orione y éste a don Zacarías Genghini, en América, el día 30 de diciembre de 1935. El 3 de agosto de 1938 habló Pío XI sobre don Bosco a monseñor Cimatti, en una audiencia privada, repitiéndole cosas ya dichas por él en otras ocasiones sobre la vocación, a la que don Bosco habíase creído llamado, de llegar a ser escritor especialmente de historia, pero que la había abandonado por creerse falto de preparación científica. Dijo el Papa que entonces le había respondido: —Me parece que don Bosco está más que preparado para este género de trabajos. Conozco un libro en el que don Bosco manifiesta una sólida preparación mental para éste y otros géneros literarios. —¿Y cuál es?, preguntó el Santo. —Su libro *Historia de Italia*. —Entonces don Bosco, dijo el Papa, desvió la conversación. Después de narrar esto, concluyó el Pontífice con estas palabras: —¡Pobre don Bosco! ¡Qué bien había visto mi porvenir!

Durante todo el año continuó distribuyendo medallas con la imagen del Santo. A veces el Pontífice se limitaba a anunciar el recuerdo que pretendía dejar de la audiencia, y pasaremos por encima de estos casos; en otras ocasiones, en cambio, al anunciarlas acompañaba las palabras con el elogio de su persona, de sus virtudes y sus obras, aunque no siempre iba unido el regalito a las alabanzas del Santo.

El día cinco de abril recibió a trescientos cincuenta jóvenes de dos asociaciones alemanas: dirigióles, en su propia lengua, un largo discurso, en el que habló dos veces de don Bosco. Primero lo nombró, al recordar la Pascua reciente. «Las solemnes fiestas de la clausura del Año Santo, dijo, la hermosa Pascua romana, la canonización del Beato don Bosco, han sido cosas muy hermosas, y más excelentes aún por la llegada de hijos tan queridos; y la Divina Providencia ha dispuesto que una tan digna representación de la juventud católica alemana se encontrase con el Padre común en esos memorables días». Y por fin, al entregar por sí mismo las medallas conmemorativas al jefe de la peregrinación para que se las repartiese, y pensando en las difíciles condiciones de los católicos en Alemania, añadió: «Esas medallas con la efigie de S. Juan Bosco, nombre y santo glorioso, os recordarán vuestra estancia en Roma y la grandeza del Santo, que fue un verdadero mártir por su benéfica caridad [310] que es la de la Iglesia; un hombre a quien no le faltaron dificultades y obstáculos de toda suerte, pero que, y Nos fuimos testigo personal de ello, estaba siempre confiado y tranquilo, porque sabía y proclamaba sin cesar, que trabajaba por Dios, y sabía que Dios estaba siempre con él»¹.

El día siete dio audiencia especial a una numerosa peregrinación belga; y, como quiera que entre los presentes se destacaba un grupo de jóvenes exploradores, el Papa aludió directamente a ellos en el discurso dirigido a todos, diciendo: «En la fiesta de Pascua hemos elevado al supremo honor de los altares a un gran Santo, Juan Bosco, un verdadero gran amigo de la juventud y un singular explorador de Dios por los caminos atestados a veces de dificultades que hay que vencer para salvar las almas».

En aquellos mismos días recibió tres peregrinaciones internacionales y en todas resonó el nombre de don Bosco. Una era de estudiantes universitarios pertenecientes a la *Pax Romana*. Es una asociación universitaria internacional, cuyos miembros forman parte de la Acción Católica y tienen en su programa la finalidad especial de servir en sus respectivos países a la causa de la paz, suavizando las asperezas

¹ *L'Osservatore Romano*, 6 de abril.

entre los pueblos, triste herencia de la gran guerra. En las palabras que les dirigió en latín, les recordó que «llegaban a Roma con ocasión de la suprema glorificación de S. Juan Bosco, este gran Santo, cuyo celo apostólico no puede expresarse con palabras, y que dedicó gran parte de su vida a los estudiantes y a la juventud». En la otra peregrinación había un gran grupo de Jóvenes Exploradores y Jóvenes Guías, de Francia, a los que se habían unido muchos otros exploradores de Bélgica, Luxemburgo, Holanda y Suiza. El Papa les saludó en francés y les hizo esta observación: «Habéis elegido muy bien la fecha de vuestra peregrinación a Roma, viniendo en la ocasión de la [311] glorificación de S. Juan Bosco, que fue un gran explorador de todos los senderos del bien y que se nos presenta ¡muy por encima de toda prueba y fatiga! ¿No es para vosotros, queridos hijos e hijas, un modelo de vida cristiana, vivida integral y valientemente?». Y más adelante les recomendó: «Vosotros, que amáis la vida, que estáis llenos de vida, hasta físicamente, debéis desarrollar todavía más en vosotros la vida espiritual y decir a este respecto: —¡Nunca basta, sino siempre más y mejor! —Esta es también la enseñanza que nos da esta gran figura de explorador de todos los caminos del bien, don Bosco». Y terminó así: «Somos felices al poderos ofrecer un recuerdo sensible de vuestra peregrinación, una medalla de S. Juan Bosco. Os la ofrecemos con nuestra propia mano: considérela cada uno como recibida del Padre común de vuestras almas». Y, así diciendo, entregó al Director de la peregrinación un grueso paquete de aquellas medallas. Una tercera peregrinación llevó a los pies del Padre Santo las representantes de sesenta Asociaciones Femeninas Católicas, llegadas a Roma desde treinta Estados para participar en el noveno Consejo internacional de la Unión. Al enseñar cómo, con el ejercicio de la caridad, se deben buscar las almas a través de los cuerpos, presentó también el ejemplo de don Bosco. «En esto, dijo, está el secreto de los grandes genios de la caridad, desde S. Vicente de Paúl hasta S. José Benito Cottolengo y S. Juan Bosco»¹.

Oyeron un recuerdo genérico de don Bosco en el mismo mes los peregrinos españoles; otro más específico, al mes siguiente, los peregrinos polacos, a los que dijo el Papa: «Estamos contentos al daros una medallita, a la que unimos una recomendación especial, no sólo porque procede del Padre común, sino también porque lleva la imagen de S. Juan Bosco, aquel don Bosco que tiene tantos títulos especiales para el reconocimiento de Polonia, por el mucho bien que han

¹ *L'Oss. Rom.*, 7 y 8 de abril.

hecho sus hijos en ella». Análoga observación [312] hizo, hablando en el mes de julio a doscientos muchachos de Viena, a los cuales había obsequiado Mussolini con un mes de comfortable estancia en la playa de Roma. Quiso que les entregaran una medalla y les dijo: «Es una medalla con la efigie de un gran amigo de los muchachos y, por tanto, también de los muchachos de Austria, S. Juan Bosco. Los hijos de este gran amigo de la juventud, de este gran Santo, han actuado de un modo efficacísimo en Viena y en Austria, donde tienen colegios muy florecientes: por eso os recomendamos, amadísimos hijos, a S. Juan Bosco, a la protección de este gran Siervo de Dios». Pío XI había tenido ocasión de conocer de cerca la obra de los Salesianos en Polonia y en Austria, durante el tiempo de su Nunciatura ¹.

Una importante mención de don Bosco es la que se hizo en nombre del Papa a unos peregrinos franceses. Es interesante conocer previamente algunos detalles. Mientras dos trenes salesianos los llevaban a Roma, unas manos devotas habían recogido el óbolo para ofrendar al Padre Santo, logrando juntar dieciséis mil francos. Ciertamente hubiera sido para ellos una gran satisfacción poner aquella cantidad a los pies del Papa en una audiencia; mas ello no fue posible. Sin embargo, Pío XI agradeció la ofrenda y quiso que el Secretario de Estado les diera las gracias. El cardenal Pacelli escribió el doce de abril al parisiense monseñor Flaus: «Tengo el gusto de manifestarle el agradecimiento paterno de Su Santidad, por la generosa ofrenda de los peregrinos salesianos franceses con ocasión de su venida a Roma para la canonización del Santo Fundador. Contento por la devota ofrenda, el Santo Padre piensa con satisfacción que la apoteosis de S. Juan Bosco inspirará a sus hijos un celo cada vez mayor por la educación religiosa de la juventud y que multiplicarán en todos los países el número de jovencitos predestinados como Domingo Savio» ². Cinco días antes, el Papa había saludado a dos mil muchachos procedentes de todas las regiones de Francia y les [313] había recordado que habían llegado a Roma «en un momento solemnísimos, en los resplandores pascuales, de la Pascua romana, en las huellas del Año Santo, en los esplendores de la santidad, *in splendoribus Sanctorum*, coronados con la apoteosis de S. Juan Bosco» ³.

Durante el año pasaron varias veces ante el Papa grupos o dirigentes de Acción Católica y casi siempre recibieron el acostumbrado re-

¹ *L'Oss. Rom.*, 24 de mayo y 30-31 de julio.

² *Bulletin Salésien* de junio.

³ *L'Oss. Rom.*, 9-10 abril.

cuerdo de la medallita, con comentarios o sin ellos. A primeros de mayo, mientras se repartía la medalla a quinientas religiosas que se habían reunido para un curso de instrucción sobre la Acción Católica, llamó a don Bosco «verdadero apóstol, modelo de vida cristiana y de Acción Católica». En el mes de julio hubo tres de estas recepciones. En la segunda, integrada por dirigentes de la Juventud Femenina, lamentó la propaganda protestante de Italia y pidió su «precioso concurso» para combatirla, sugiriendo ante todo el medio de la «plegaria confiada»; «ya que, continuó diciendo, como muy bien repetía el Santo don Bosco, Dios está obligado a ayudarnos especialmente cuando se trata de intereses que no son nuestros, sino suyos». En la tercera recepción, para jóvenes de Acción Católica, que habían participado en una semana nacional de estudio, explicó la razón del acostumbrado regalito diciendo que se lo hacía «no sólo porque el gran Santo ha marchado activamente por el surco de la Acción Católica que se remonta a los tiempos apostólicos, cooperando de veras generosamente con el apostolado jerárquico de la Iglesia, sino también por el recuerdo de las relaciones de largo y afectuoso conocimiento personal tenido con él»¹.

Escuelas, colegios, institutos, seminarios, estudiantes universitarios oyeron a menudo al Papa exaltar a nuestro Santo. Recordaremos sólo audiencias en las que dijo palabras importantes al entregar las medallas. Sobresale entre todas la del treinta y uno de mayo a los alumnos del Colegio Salesiano [314] «Pío XI». El Papa se dignó dedicarles un verdadero y apropiado discurso. Les habló así:

No sabemos ciertamente por dónde empezar para agradecer tantas cosas bonitas y satisfactorias, por las que experimentamos el deber, o mejor, la urgencia de manifestar nuestra gratitud. Con cosas muy hermosas las que me habéis traído: los agradables y filiales agasajos, los cánticos, la dulce sublime *Ave María* y a lo Dante, recuerdo lejano en el tiempo, pero presente en el alma y en el corazón. Y muy bien podíamos decir, admirando vuestros regalos, fruto de vuestra habilidad técnica, que nos encontramos en cierto modo en vuestra casa, como lo estuvimos entonces, y como estáis vosotros ahora en nuestra casa, en la casa del Padre. Además, esos preciosos volúmenes en los que habéis querido recoger nuestras palabras sobre el querido San Juan Bosco, desde las primeras hasta las últimas, las más recientes. Y todo esto ha sido coronado con esa querida, incomparable, santa interpretación, llena de cálido afecto de vuestro compañero que Nos los presentaba como expresión de los sentimientos filiales que os animan a todos vosotros. Pero nada más hermoso, apreciable y precioso que el regalo de vuestras personas, de vuestra filial visita. Es lo más hermoso que Nos habéis traído: es el regalo, es el aginaldo para nuestro cumpleaños.

¹ *Ibi*, 21, 23-4, 30-31 julio.

Esta fecha no es ciertamente indiferente para Nos: es la campanada de los años que pasan, es el recuerdo de todos los regalos que la Bondad divina Nos ha concedido, es un paternal aviso de que se acerca cada vez más el día, como dicen los campesinos del valle del Po, de ir a casa. Vosotros habéis escogido estos dos momentos tan hermosos: el fin del mes de mayo y el cumpleaños para venir a presentarnos vuestros augurios, a manifestar vuestro agradecimiento, el de toda la grande, mundialmente gran familia de don Bosco —y decís bien: Don Bosco Santo— porque el mundo no acabará por llamarlo San Juan Bosco, sino siempre don Bosco, don Bosco Santo. Agradecimiento grande, todo un espectáculo de agradecimiento, porque vuestra familia es muy grande y vosotros no sois más que sus representantes e intérpretes.

Y con esto quiero deciros, queridísimos hijos, con qué sentimientos os hemos pasado una rápida revista que nos ha proporcionado la ocasión de aproximarnos y conoceros uno a uno personalmente, aquel conocimiento que don Bosco Santo tan admirablemente tenía de todos sus hijos.

Nos congratulamos con vosotros por estos sentimientos; porque todo el mundo los reconoce evidentemente en su lugar; tan grande es el favor con que Dios ha distinguido a los hijos de don Bosco y a todos aquellos a los que se extiende el beneficio de su obra, verdaderamente venida «del cielo a la tierra para mostrar milagros».

Pensamos que también Nos debemos encontrarnos en primera línea en la expresión de estos deberes de agradecimiento, por haber tenido el privilegio de conocer tan bien a don Bosco, como viandante en esta tierra, [315] y después, haberlo proclamado y colocado, con los labios y el corazón, entre los habitantes del Cielo. Es un privilegio que reconocemos en Nos mismo con toda humildad y por el que nos vemos obligados a dar gracias al Señor de un modo especial.

Es deciros lo mucho que Nos sentimos al unísono con vosotros, con los hijos de don Bosco, con toda su familia, en cualquier parte del mundo, donde se desarrolla y continúa su obra, que fue la obra del Apóstol, del soldado denodado de Jesucristo, del amigo incomparable de la juventud, del salvador de tantas almas: *Da mihi animas*.

Damos gracias a Dios y a su divina Madre, que fue la verdadera Auxiliadora de don Bosco Santo: la Divina Madre que tanto ha contribuido en todo lo que ha sucedido en esta benéfica coronación, desde los primeros días de don Bosco Santo: y he aquí, en efecto, siempre bajo el influjo de este auxilio materno, que don Bosco ha sabido agradecer tan bien, he aquí la nueva iglesia que se levanta cerca de Nos.

Queridísimos hijos, damos gracias al Señor y admiramos su obra: a El, ante todo, debemos tributar honor y gloria, ese honor y esa gloria que la Iglesia no cesa jamás de tributarle. Pero, luego, es menester —y es lo que sí conviene a todos, mucho más a vosotros— proponerse imitar al que con tanta alegría se celebra y se honra. Imitar a don Bosco puede parecer algo difícilísimo, a primera vista, por lo compleja y gigantesca que se nos presenta su figura; y, sin embargo, su santidad es una de las más imitables. Además de que todas las santidades se pueden imitar; se puede imitar la santidad de Dios: ya que imitar, aun en todas las demás direcciones, como por ejemplo en el arte, no significa copiar, no quiere decir reproducir, no: imitar quiere decir entrar en cierto orden de ideas, en una determinada tendencia de espíritu; hacer algún esfuerzo para subir en cierta dirección. Es lo que hace el arte imitando la naturaleza, y, en efecto, dice Dante que nuestro arte «es como nieto de Dios», porque descende de la naturaleza, la hija de Dios.

Ahora bien, en la vida de don Bosco hay que imitar especialmente su heroica

fidelidad al deber en todo momento, tal y como se le presentaba en la sucesión de las ocupaciones cotidianas. El estaba siempre dispuesto a atender al último llegado, a la última petición. Estaba dispuesto a entregarse a todo y a todos, como si todos y cada uno fuesen su única obligación. Y responder con devota prontitud al deber, sea éste el que fuere, es posible a todos y es una obligación. Cumplid, pues, vuestro deber: he ahí el secreto de toda santidad.

Pero, queridísimos hijos, queda otra cosa por aprender de los ejemplos de vuestro Padre, de vuestro Fundador. Tenéis una razón especial para recordar el *da mihi animas* de nuestro y vuestro don Bosco. Cuando él hacía esta oración, la hacía por vosotros, y Dios le ha oído y le ha dado vuestras almas, para que las ayudase según el espíritu de Dios.

[316] Con esto os ha enseñado y puesto por delante una gran idea, una gran obra: la idea de la hermosura de las almas que hay que salvar, la necesidad de conservar el beneficio de la educación cristiana, mas no de una educación cristiana corriente, sino sincera, generosa, luminosamente cristiana, beneficio inestimable para vosotros, para las familias, para la sociedad, para la Iglesia. Vosotros seréis hijos y después padres de familia; ciudadanos distinguidos en la sociedad e hijos de la Iglesia siempre dispuestos a cumplir dignamente vuestros propios deberes, con Dios y con el Estado, con la sociedad. Seréis profundamente cristianos y eso es todo. Sentiréis, en una palabra, el deber como impuesto por la palabra de Dios y sabréis cumplirlo ante los hombres y ante Dios. Y el otro deber especial de apreciar la belleza de las almas está en reflexionar en tantas otras almas juveniles que no gozan de los tesoros espirituales de educación que tan ricamente se os imparten a vosotros. Por esto, queridísimos hijos, debéis procurar, por cuanto os sea posible, comunicar a los demás el gran beneficio que vosotros habéis recibido con la oración, el ejemplo y con vuestra acción misionera tan característica del espíritu salesiano.

Y queda todavía otra reflexión. ¿De dónde sacó don Bosco su amor a las almas? Está muy claro. Las amó mucho, porque amó a Jesucristo. El consideraba que Cristo hubiera dado su sangre por una sola de ellas. Este es el secreto de todos los santos. Han considerado lo que Jesucristo ha hecho, al extremo de no creer que pagaba demasiado por la salvación de las almas, hasta por una sola alma, derramando toda su preciosísima sangre. Es la palabra de Dios en favor de las almas: lo recuerda el Apóstol y añade la otra palabra tan sentida: *dilexit me et tradidit semetipsum pro me*.

He aquí, queridísimos hijos, lo que don Bosco Santo se propuso muchas veces en sus meditaciones, en su laboriosa vida. He aquí lo que hay que hacer. Dar gracias y después, sobre todo, imitar. Y eso es, queridísimos hijos, lo que sabemos que vosotros queréis hacer siempre y, por eso, queremos poner también un sentido de reconocimiento en las bendiciones que estamos a punto de daros, a los presentes y a todos los que Nos representáis.

Vemos como en una magnífica visión, en una visión agradabilísima que vosotros evocáis a nuestro espíritu, toda la familia de don Bosco, grande como el mundo. Y con esta visión deseamos que nuestra bendición llegue hasta los últimos horizontes. Bendecimos a los que más especialmente representáis: a vuestras familias, casas y parientes, a todo lo que más queréis de ellas. Bendecimos de un modo especial la obra que estáis realizando, este viaje de primera importancia que es la preparación para la vida, y que será el fruto de la presente educación cristiana. Cuando llevéis por la vida el fruto, el apostolado del ejemplo de una vida [317] cristianamente vivida, entonces diréis con los hechos, y no con las palabras, cómo se hace para ser

buenos cristianos y buenos ciudadanos. Será el apostolado de vuestra vida, el apostolado de la buena palabra, de aquella palabra buena que no pretende ser una enseñanza, pero que llega amigablemente al corazón; y además aquel apostolado que es el más fácil y el más poderoso, el apostolado de la oración, a fin de que venga el reino de Dios...

El día tres de junio fue posible presentar al Padre Santo una de las obras romanas dirigida por las Hijas de María Auxiliadora. Se trataba de casi quinientos chiquitines, niñas y doncellas del Instituto «Santa Cecilia» en el barrio del Testaccio, divididos en escuela maternal, elemental, profesional, postescolar, oratorio y asociaciones. El Papa alabó el mensaje con el que se había anunciado aquella preciosa visita. «Los sentimientos en él expresados, dijo, son los mismos que brotan de la mente y del corazón de don Bosco, los que han heredado sus hijos y van transfundiendo a tantas almas, entre las que están las vuestras, queridísimas hijas». Al fin, especificando las personas que entendía bendecir, se refirió a todas las hermanas y bienhechoras, que se cuidaban de su salvación espiritual, en honor de aquel Jesús que manda querer y hacer el bien a todos, y terminó diciendo: «Es así, atendiendo a estos mandatos, como don Bosco realizó todo lo que hizo y dejó todo lo que ha dejado en favor de las almas jóvenes, junto con las ventajas para una vida profesional bien encauzada». Ensalzó todavía a don Bosco cuando recibió en Castalgandolfo a un grupo de Hijas de María Auxiliadora, que acababan de hacer los ejercicios espirituales. Había en él representantes de India y de América, hermanas ancianas, recién profesas y novicias; por lo que advirtió el Papa que el fervoroso escuadrón representaba «plenamente toda la vida del Instituto maravilloso, fruto agradable de devoción, gratitud y amor de don Bosco Santo a la Virgen Auxiliadora». Los ojos paternales de Su Santidad veían allí presentes, «vivos y reales los sarmientos cargados de fruto del gran escuadrón de Hijas de María Auxiliadora, que en nombre de don Bosco milita con ardor apostólico en las cinco partes del mundo»¹.

[318] La presencia de los alumnos del santuario ofreció repetidamente al Papa la ocasión de presentar la autoridad y los ejemplos de don Bosco. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Irlanda, los llamados *Christians Brothers*, le presentaron ciento sesenta de sus exalumnos, encaminados al sacerdocio o ya sacerdotes. Después de destacar la preciosidad de tantas hermosas vocaciones, las proclamó

¹ *L'Oss. Rom.*, 4-5 junio y 9 agosto.

fruto de la vida cristiana adquirida con la educación cristiana, vida cristiana de la que nacen también los grandes santos, los santos gigantes, como los recientes Cottolengo y don Bosco, que no eran más que la vida cristiana vivida en plenitud. Y después, al entregarles la medalla del nuevo Santo, dijo que también él era un gran hermano cristiano, que realizó en el campo de la educación cristiana una inmensa cosecha de bien ¹.

Pero habló más eficazmente sobre don Bosco a más de doscientos jóvenes del Seminario Pontificio Romano Mayor, Jurídico y Menor. He aquí las reflexiones y enseñanzas que dio: «Se ha clausurado el Año Santo con la figura de un gran sacerdote, que tuvo verdadera y activa conciencia de ser instrumento de la Redención, especialmente de cara a la juventud tan acechada, tan en peligro y tan necesitada. Conviene, por tanto, proponerlo como modelo a los futuros sacerdotes. El, mirado bajo un primer punto de vista, parece un sacerdote sin más aspiración que el devoto y piadoso cuidado de las almas. Nos, en efecto, le vimos personalmente total y completamente entregado a la confesión, al consuelo de las almas que se le acercaban, al ministerio sacerdotal. Y lo hacía así, porque sabía que lo primero, lo más profundo, lo esencial era la piedad. Pero después puede contemplarse, desde otro punto de vista, la figura de S. Juan Bosco. Es así como tuvimos ocasión de preguntarnos si don Bosco no habría, tal vez, debido seguir una vocación verdadera y propia que lo llamaba a los estudios. Ciertamente don Bosco sentía gran amor por el estudio, una simpatía y, diríase, casi una seducción [319] por el estudio, al extremo de correr el peligro de ser víctima del estudio. Don Bosco pensaba proporcionar a la Iglesia y a Italia una historia que fuese para la Iglesia justamente lo que había sido y es para Italia la obra de Muratori, también un santo sacerdote. He aquí dos aspectos de la figura de don Bosco; y ante esta doble consideración los jóvenes seminaristas son llamados a reflexionar sobre lo que les conviene, precisamente a ellos: sobre la piedad y sobre el estudio. Mas la piedad debe ocupar siempre el primer lugar, porque si se coloca el estudio por delante, se convierte en un fastuosa inutilidad y en un espléndido peligro. En cambio, mirando la figura de S. Juan Bosco, podéis prepararos libremente a la vida y a la acción; porque su figura constituye una verdadera maravilla para todos, tanto que son muy pocos los que en la historia del sacerdocio y del apostolado han hecho y preparado tanto

¹ *L'Oss. Rom.*, 15 de abril.

para la salvación de las almas. *Da mihi animas*, dame almas es el lema de S. Juan Bosco»¹.

Pocos días después volvió el Papa a hablar sobre las disposiciones de don Bosco para los estudios, al recibir a los socios de las Asociaciones Universitarias romanas de Acción Católica, masculinas y femeninas. «Queremos daros, dijo, un pequeño recuerdo, con unas medallitas que luego podrá vuestro corazón hacer mayores. Son las medallas de S. Juan Bosco, o de don Bosco, como se seguirá llamándolo siempre, las verdaderamente más convenientes para vuestro caso. Don Bosco, a decir verdad, fue más un hombre de acción que de estudio; pero fue uno de los mayores amigos que la juventud pudo encontrar en el curso de los siglos. Es grandísimo, en efecto, el número de almas juveniles salvadas por don Bosco y por sus hijos; se trata de millones en todo el mundo. Ahora bien, aunque don Bosco no fue universitario, en cierto momento pensó y deseó haber podido serlo. Poseía un gran ingenio y una enorme capacidad de trabajo por lo que no le desalentaba ninguna empresa. Tenía, además, un proyecto de [320] alta producción científica, pero él mismo Nos confesó que lo había abandonado, ya fuera por haberlo suplantado la llamada a una misión más explícita para la salvación de los jóvenes, ya fuera también porque había visto que le faltaba la preparación de estudios superiores. Es una nota característica de este hombre, que poseía hondamente un buen sentido universal: sentía no haber sido universitario. Respondiendo a las alabanzas que Nos tuvimos ocasión de dirigirle por su actividad publicitaria y las instalaciones para la producción cultural admirada en sus instituciones, don Bosco respondió con humildad y santa claridad, y hablando como acostumbraba en tercera persona: —En esto don Bosco quiere estar siempre a la vanguardia del progreso. —Y esta palabra quiere ser también la vuestra»².

También le gustó al Pontífice señalar a los obreros a don Bosco como modelo a imitar, protector a invocar y maestro a seguir. Decía a los obreros de los talleres romanos del gas: «Recibiréis una medalla con la efigie de S. Juan Bosco, aquel gran amigo del trabajo, que fue verdadero amigo y santificador del trabajo; organizador del trabajo, con una organización de profunda santificación». Y a mil obreros de Legnano: «Queremos daros como recuerdo la medalla de San Juan Bosco, este gran Siervo de Dios que la Providencia nos ha concedido proclamar Santo. San Juan Bosco ha sido un maravilloso trabajador;

¹ *L'Oss. Rom.*, 17 de junio.

² *L'Oss. Rom.*, 24 de junio.

y Nos pudimos verlo en pleno trabajo y tuvimos la suerte de estar a su lado. Este maravilloso organizador y educador del trabajo, especialmente del trabajo de la juventud, del trabajo profesional y técnico, es una figura que cuadra muy bien con los trabajadores esforzados, por lo que nos gusta señalarla como un gran ejemplo y un gran protector». Y a los empleados de los servicios municipales de Roma: «Daremos a todos los presentes una piadosa medalla de S. Juan Bosco y acompañaremos el regalito indicando que la figura del nuevo Santo es la de un [321] gran trabajador cristiano. Sed, por tanto, sus devotos e invocadle como a celestial patrono e intercesor de las gracias divinas». A otras categorías de trabajadores, como por ejemplo, los mineros sardos, hizo que les repartieran la medalla conmemorativa sin decir nada especial ¹.

También presentó el Santo Padre a don Bosco a dirigentes de trabajadores. En la audiencia que dio a importantes personajes de la Sociedad Electrotécnica Italiana, de las secciones de Roma, Napoles y Bari, volvió a hablar del Santo con nuevos detalles sobre su encuentro con él en Turín. Habían visitado aquellos ingenieros las instalaciones de la Ciudad del Vaticano, por lo que dijo el Papa: «La ocasión de esta visita a las instalaciones del Vaticano, nos recuerda otra visita a otras instalaciones electrotécnicas; la que Nos hicimos a aquel hombre que puede llamarse de actualidad, a aquel hombre que la Divina Providencia nos ha concedido elevar a los supremos honores de los altares: a S. Juan Bosco, gran hombre antes, y hoy gran Santo. Nos pudimos conocerlo con holgura, y tuvimos la fortuna de conquistar un más íntimo conocimiento y de juzgarle un hombre de primer orden, bajo cualquier punto de vista. Por eso Nos sabemos que don Bosco estaba muy interesado por las máquinas: las más recientes y más perfectas máquinas de electricidad, que entonces, hace varios decenios, podían existir. Recordamos muy bien cómo, ante nuestra felicitación por todas las nuevas instalaciones, por las instalaciones y fábrica de papel, por los anexos correspondientes a la tipografía, con toda la maquinaria, respondió a aquella felicitación con cierto orgullo y, hablando siempre en tercera persona, como solía hacerlo cuando hablaba de sí mismo: —En esto, don Bosco ha querido estar a la vanguardia del progreso. —Palabras para ser tenidas en cuenta y llevadas a la práctica» ².

La misma evocación hizo, con algún nuevo matiz, [322] al reci-

¹ *L'Oss. Rom.*, 7-8 y 10 de mayo; 27 de junio; 13 de julio.

² *Ibid.*, 17 de mayo.

bir a los periodistas y corresponsales de Roma de los principales periódicos italianos. Como de costumbre, partió de la medalla y dijo: «S. Juan Bosco puede ser presentado a todos como tipo y modelo, por la ejemplaridad de perfecta humanidad con que actuó sobre sí mismo; pero también puede ser señalado, con todo derecho, como protector especial de los periodistas, puesto que tenía especial predilección por la imprenta, que convirtió en objeto singular de todo su inmenso bien, particularmente el realizado en favor de su querida juventud. Don Bosco tenía predilección por la imprenta, y fue precisamente a propósito de máquinas de imprenta cuando un día le preguntábamos Nos mismo sobre la perfección de las mismas, y el amado Santo respondía, hablando en tercera persona: —Don Bosco quiere estar en esto, como siempre, a la vanguardia del progreso»¹.

Otras dos citas y basta. La primera es algo curiosa; la otra tiene el valor de un precioso testimonio.

La Guardia Palatina de Honor había obtenido una audiencia especial para reafirmar sus sentimientos de filial piedad y profunda devoción al Vicario de Jesucristo. En las benévolas palabras de respuesta al saludo del Comandante, hizo entrar Su Santidad también a don Bosco. Dijo, al entregar las medallas para los guardias: «Son medallas de actualidad y llevan la efigie de un gran soldado: S. Juan Bosco, a quien todo el mundo, por lo demás, seguirá llamando don Bosco. Fue un gran súbdito, un soldado ejemplar de Cristo y guardia honradísimo, fidelísimo de la Santa Iglesia y de todo lo que el Corazón del Redentor y de la Iglesia tienen en mayor estima: la juventud, portadora del porvenir, por la que tanto trabajó él. Por eso, don Bosco no sólo fue modelo de virtud, de perfección, de trabajo sacerdotal, sino también un soldado del bien en todas direcciones, un obrero invencible e incansable. Don Bosco será, por tanto, [323] también un poderoso intercesor para los componentes de la Guardia Palatina».

Al entregar las medallas a los socios de la Archicofradía de la Adoración Nocturna, aprovechó la oportunidad para tocar un punto de suma importancia. ¡Cuántos hubo que creyeron que don Bosco, sumido en el trabajo, no era un hombre de oración! Pero el Papa no lo pensaba así. «La figura de esta medalla, dijo, cuadra perfectamente con vosotros, porque Nos tuvimos ocasión de ver en él a un adorador, a un adorador continuo, a un adorador en ferviente oración de día y de noche, a pesar de que su vida estuviera llena de ocupaciones. De la Hostia Santa sacaba don Bosco su grandísimo celo para educar en la

¹ *L'Oss. Rom.*, 11-12 de junio.

fe y en la vida cristiana a tantos jóvenes. Sea, por tanto, el Santo el protector de los Adoradores Nocturnos y un genio cristianamente benéfico y tutelar de sus queridas familias»¹.

¡Qué profundamente esculpida debió quedar en el alma de Pío XI la impresión experimentada en su visita a la primera tipografía de don Bosco, si, después de medio siglo y desde tan sublime altura, gustaba evocar su recuerdo! Y no terminó la cuestión con las repetidas evocaciones verbales. Cuando el año 1936 quiso reorganizar la tipografía vaticana, confió a la Sociedad Salesiana su dirección técnica y administrativa. Los Salesianos elegidos para ello, antes de asumir su empleo y establecerse en la Ciudad del Vaticano, fueron a Castelgandolfo para recibir la bendición del Papa, el cual les dijo, que la idea de llamarlos había sido totalmente suya y que la deseaba hacía tiempo, porque siempre había seguido y admirado el vasto y ejemplar trabajo de la Sociedad Salesiana en este campo, que le asignó el Fundador. «Don Bosco, añadió el Padre Santo, descubrió, con visión profética, y sintió la decisiva importancia del arte tipográfico y editorial en nuestros días para el apostolado y la educación cristiana».

¹ *L'Oss. Rom.*, 28-29 de mayo; 3 de junio.

CAPITULO XVI

FIESTA DE LA CANONIZACION EN TURIN

EN Roma, capital del mundo católico y de Italia, celebraron a S. Juan Bosco los fieles del Orbe y los ciudadanos de la Urbe; Turín, la ciudad preferida por el Santo, teatro de su caridad y sede central de sus Obras, le preparó un triunfo en el que se unieron la solemnidad, la intimidad y la cordialidad, como podía esperarse de un lugar donde todo hablaba de él, de su celo, de su bondad, de sus prodigios y donde todavía muchos recordaban haberlo visto, haberlo oído, haber experimentado su benevolencia y sus beneficios. En los tres días que precedieron a la fiesta llegaron a Turín millares de forasteros, italianos y extranjeros. La piedad era el motor que movía a muchos peregrinos; pero, si lo que les llevaba era la curiosidad, bastaba pisar el umbral del Oratorio de Valdocco, para que su curiosidad se cambiase en veneración. Es un hecho que, allí, el ambiente parece exhalar un aire de milagro. Por la escalera que conduce a las humildes habitaciones de don Bosco reinaba un subir y bajar incesante de personas de toda condición social, ávidas de contemplar con sus propios ojos el lugar desde donde el Santo había difundido tanta luz de bien.

Para los festejos turineses los Soberanos de Italia, junto con los Príncipes del Piamonte y con todos los demás Príncipes y Princesas de la Casa de Saboya, ocuparon el *alto Patronato* organizado para las fiestas romanas. A ellos se unieron dos caballeros [325] con el Collar de la S. S. Anunciación, el Duque del Mar, Pablo Thaon de Revel y el Mariscal de Italia, Cayetano Giardino, y el Embajador de Italia ante la Santa Sede, conde César de Vecchi, el cual acudió también como representante oficial del Gobierno. Dieron su nombre para la conspicua *Comisión de honor*, presidida por el Cardenal Arzobispo, con el Gobernador de Turín, Agustín Iraci, como vicepresidente, todas las autoridades y las principales personalidades del mundo laical y eclesiástico. La *Comisión ejecutiva*, presidida por el Prefecto General de la Congregación Salesiana, don Pedro Berruti, que había actuado en Roma, seguía trabajando también en Turín desde hacía varios meses.

La experiencia del 1929 había enseñado cuántas y qué Comisiones era menester constituir, si se quería atender eficazmente a todo. En esta ocasión prestaron valiosa ayuda las Damas protectoras salesianas, bajo la presidencia honoraria de la Duquesa de Pistoya, Lidia de Aremberg, y la efectiva de la marquesa Carmen Compans de Brichanteau. No se trataba de despertar entusiasmo, sino de organizar las manifestaciones, empresa nada fácil, dado el ingente concurso que se preveía de vecinos y forasteros.

Al acercarse el mes de abril, la Comisión ejecutiva, que, tras cuidadosos estudios, ya había fijado el programa, pidió, como exige la ley, y obtuvo del Gobernador de la Provincia autorización para las manifestaciones públicas previstas. Después, se dirigió al Alcalde, rogándole concediese permiso gratuito para instalaciones de diverso género en las cercanías de María Auxiliadora y a lo largo del recorrido de la procesión, como también el aparcamiento de autobuses en el Estadio y en otras partes, los necesarios servicios de policía y la organización sanitaria. Una vez obtenido todo esto, solicitó del Gobierno la concesión de trenes especiales. Se preocupó de ello personalmente el embajador De Vecchi, y, gracias a su valiosa intervención, el Consejo de Ministros autorizó la reducción del cincuenta por ciento en favor de los peregrinos aislados y del setenta por ciento para grupos **[326]** de, al menos, quince personas. Se prepararon cien mil distintivos, que se vendían a una lira, y cincuenta mil carnés, a dos liras. Estos tenían treinta páginas, veinte de las cuales se componían de cupones a cortar para bonos de canastillos y de comidas con un descuento del diez por ciento, y las otras contenían el programa de las fiestas, el circuito de la procesión y el himno. Se imprimieron también cartelones murales en gran cantidad. Además, cuando la Comisión recibía el anuncio de peregrinaciones, enviaba módulos a rellenar para los alojamientos, comida y organización de la procesión.

El problema de los alojamientos era esta vez más grave que el año 1929, porque se preveía mayor número de peregrinos en general y de Cooperadores insignes, y porque el Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, había invitado a todos los Obispos de Italia, rogándoles que asistieran personalmente. Varios Prelados extranjeros hicieron saber también su intención de participar en las fiestas. Ahora bien, la generosidad ciudadana no fue inferior a la de la otra vez; párrocos, religiosos, colegios, familias privadas anduvieron a porfía para ofrecer hospitalidad a quien les fuera enviado por los organizadores.

Otro problema era el de proveer, especialmente a los Obispos, de los medios de transporte necesarios, sobre todo para poderse trasladar

varias veces al día a su alojamiento. Ayudó mucho a ello la liberalidad del senador Agnelli, propietario de la *Fiat*, el cual hizo estacionar en el patio del Oratorio, durante todo el período de las fiestas, veinte automóviles nuevos flamantes, con sus correspondientes conductores. El mismo señor ordenó que se preparase cómodo alojamiento para un millar de alumnos y exalumnos en un local que había servido para taller de carrocería de coches. El Municipio ofreció doscientas camas y los Almacenes militares de Intendencia prestaron quinientos catres y mil quinientos jergones y mantas. En los hoteles estaban reservadas, desde hacía dos meses, todas las plazas para los peregrinos extranjeros.

[327] La concurrencia y la estancia de los peregrinos se facilitó con las bonificaciones de los ferrocarriles estatales y secundarios y de las Compañías de tranvías y autobuses. Las Cruces Roja, Verde y Blanca se repartieron la asistencia de socorros urgentes. La instalación de altavoces en los patios del Oratorio, en la plaza de María Auxiliadora y a lo largo de la Avenida Regina Margherita debía facilitar a las gentes la participación en los sagrados ritos; se obtuvo que las funciones más importantes se transmitiesen por radio. Había hábiles maestros de ceremonias, dirigidos por don Eusebio Vismara, que estaban preparados y dispuestos para dirigir, con el decoro deseado, ceremonias de tanta grandiosidad. Nobles gentileshombres de la Corte, ayudados por el profesor Gribaudo y por el abogado Battù, se adhirieron a la invitación para regular las recepciones de personajes principescos y de alta condición social. En suma, no se había olvidado nada para que el extraordinario suceso se desenvolviese con orden, decoro y magnificencia.

El día cinco comenzó el triduo preparatorio. Al alba se abrió la basílica de María Auxiliadora, convertida en ascua de luces, jardín de flores, y cubierta de adornos, para que entrasen los peregrinos que se agolpaban a las puertas. En el altar de la capilla de San Pedro, donde se hallaba la urna del Santo, estaba colgada la pintura de Crida que, como ya hemos dicho, fue ofrecida al Papa el dieciocho siguiente. A primeras horas de aquella mañana llegó, de improviso y pleno incógnito, el Príncipe Heredero, que había salido de Pisa la noche anterior. Subió inmediatamente a las habitaciones de don Bosco, donde oyó la Misa con piadoso recogimiento. Mientras tanto, como había sido reconocido, corrió por la casa la voz de su presencia y llegó a oídos de los Superiores, los cuales acudieron a saludarle. Al bajar, atravesó el patio entre las aclamaciones de los muchachos y del pueblo y se dignó tomar una tacita de café, que se le sirvió con toda sencillez en el comedor del Capítulo Superior. Durante la breve conversación,

se informó del programa para el domingo siguiente. Todavía vibraba su espíritu con la emoción experimentada en Roma en la reciente Pascua.

[328] Durante cuatro días seguidos la multitud abarrotó la iglesia, invadió los patios y se apiñó en la plaza. Era un espectáculo edificante y conmovedor contemplar con qué piedad seguían aquellos millares de fieles, fuera del templo, a través de los altavoces, los cantos y sermones del interior. Había muchos que se santiguaban, se arrodillaban y respondían a las preces litúrgicas, cumplían, en fin, los actos acostumbrados de quien está ante el altar durante las funciones sagradas. No hablamos de la frecuencia de los Sacramentos. ¿Se podía haber concebido una fiesta de S. Juan Bosco sin un infinito número de confesiones y comuniones? Del alba al ocaso estaban los confesorios tomados por asalto; tres sacerdotes, juntos o por turno, distribuían durante horas y horas, sin descanso, la Sagrada Eucaristía.

Cada uno de los días del triduo tuvo un destino especial. El primero estuvo dedicado a los Institutos y Asociaciones masculinas. Pontificó el cardenal Nasalli-Rocca, arzobispo de Bolonia, asistido por ocho Obispos. Ocupaban lugar de honor en el presbiterio los Príncipes de Orleans. Por la tarde, después del canto de Vísperas, el eminentísimo cardenal Hlond predicó el panegírico. Tomando pie de las grandiosas manifestaciones de la ciudad eterna, trazó en rápida y eficaz síntesis la múltiple actividad de don Bosco en el mundo.

El seis de abril estuvo dedicado especialmente al clero. Celebró la misa pontifical el cardenal Ascalesi, arzobispo de Nápoles. La ejecución musical fue confiada a la capilla del Seminario Arzobispal. Otros diez Obispos se unieron a los del día anterior. Por la tarde predicó el cardenal Schuster, arzobispo de Milán, el cual explicó al auditorio cómo la multiforme actividad de don Bosco guardaba relación con su santidad y le definió como un Santo que sobrepasaba toda grandeza.

El sábado estaba destinado a los Institutos y Asociaciones femeninas. Naturalmente sobresalían allí las Hijas de María Auxiliadora. Cantó la misa el cardenal Maurin, arzobispo [329] de Lyon, asistido por treinta Arzobispos y Obispos. La parte musical corrió a cargo de un numeroso coro de alumnas, bajo la mágica batuta del venerando salesiano don Juan Bautista Grosso que las había preparado: fue un éxito superior a todo elogio. Por la tarde habló del Santo el cardenal Nasalli-Rocca, con originalidad de detalles, profundidad de pensamiento y elocuencia de forma.

Los tres días hubo que repetir la función de la tarde y celebrarla de nuevo a las ocho para los obreros, los cuales atestaron siempre la

iglesia y aledaños. Un Obispo predicaba y otro Obispo daba la bendición eucarística. Cada noche, apenas se exponía el Santísimo, veinte mil lamparillas eléctricas iluminaban de repente la fachada y la cúpula de la Basílica; después, la banda musical del Oratorio daba un concierto en la plaza. Mientras tanto, la ola de peregrinos no cesaba de apretarse devotamente ante la urna.

No se debe ocultar un pequeño episodio que manifiesta la reverencia y el regocijo popular por don Bosco. Un matrimonio de un pueblecito piamontés, con más de ochenta años ambos cónyuges, había afrontado las molestias del viaje para gozar del triunfo del que les había unido en matrimonio. Presentáronse a don Pedro Ricaldone y dijéronle que, pobre como era, no había podido hacerles más regalo que *El Joven Instruido*, con su dedicatoria autógrafa y con una invitación para leer el capítulo que habla del Paraíso y de los medios para alcanzarlo.

Durante la noche de la gran vigilia, la juventud católica de Turín cumplió un rito religioso digno de nota. Se citaron las Asociaciones juveniles de la ciudad para hacer una hora de adoración en la iglesia de San Francisco, de Asís, en la que se recuerda el inicio de la misión de don Bosco con el popularísimo episodio del jovencito Bartolomé Garelli. Asistió a ella la Junta diocesana. La piadosísima ceremonia se convirtió en una óptima preparación a la apoteosis del día siguiente.

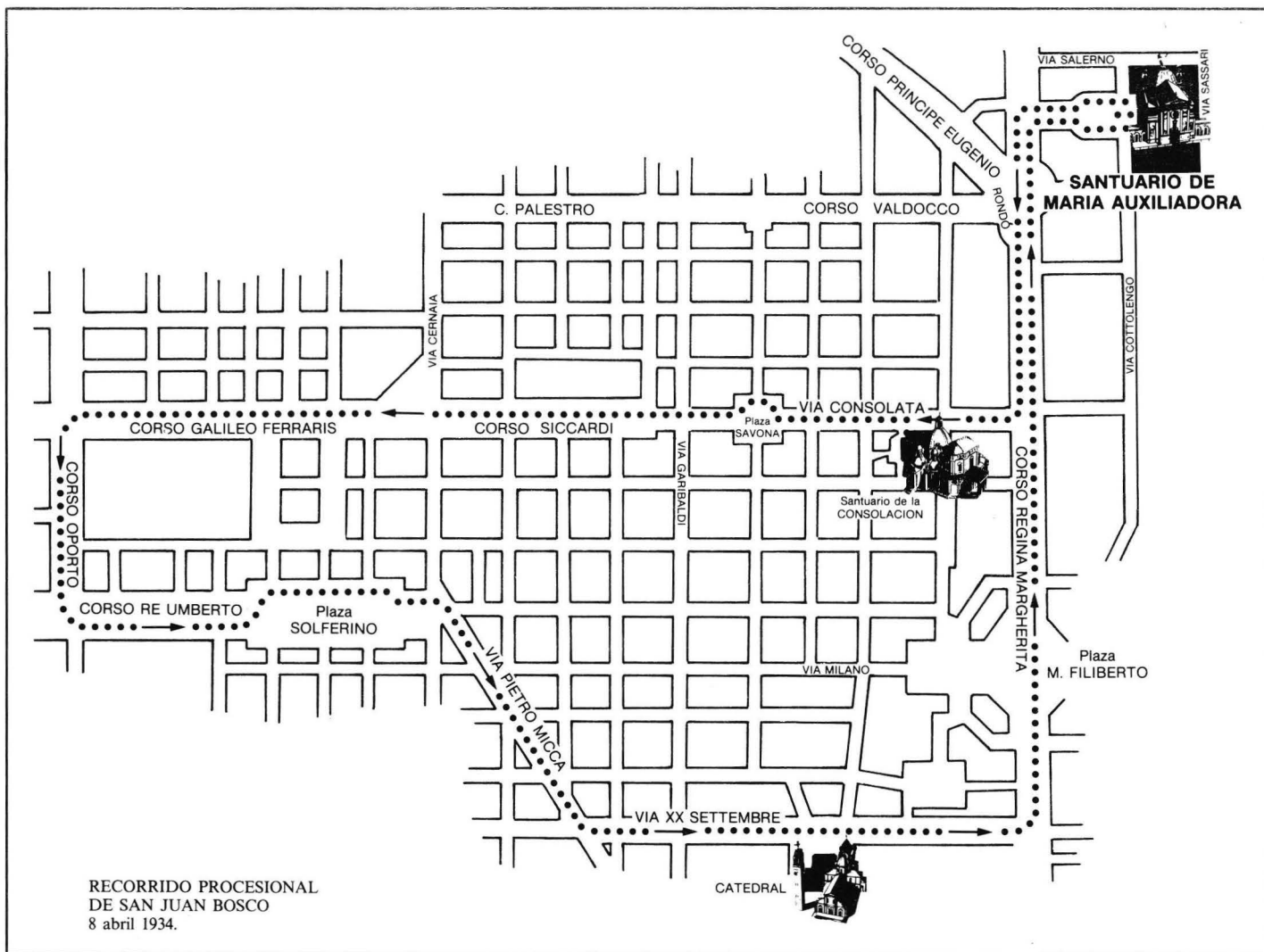
Por desgracia, el día ocho de abril no amaneció sereno. Primero, cayó [330] a intervalos una llovizna molesta; después vinieron fuertes aguaceros. Pero el mal tiempo no lograba desconcertar la piedad del pueblo. Para dar comodidad de poder cumplir el precepto dominical, se celebraban misas ininterrumpidamente en diversos puntos, fuera de la Basílica; y aunque lloviese, salía cada media hora un sacerdote a la plaza para celebrar la misa en un altar improvisado, al resguardo de la intemperie. El cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona, celebró la misa para los alumnos internos. Después, fue menester dejar espacio libre en la iglesia para los personajes invitados y las representaciones. Toda la nave central estaba reservada para los Arzobispos y Obispos, que se situarían en cuatro largos bancos cubiertos de damasco y situados dos a dos de frente, en la dirección de la balaustrada, hacia el fondo. Detrás de los Obispos, por el lado del Evangelio, había bancos preparados para los representantes del clero secular y regular, y por el lado de la Epístola para el Consejo General de las Hijas de María Auxiliadora, las representantes de las Congregaciones religiosas femeninas y las personalidades seglares. En el presbiterio había cinco tronos levantados frente al trono arzobispal destina-

dos para los cinco Cardenales arriba mencionados; faltaba el eminentísimo cardenal Schuster, que había debido volver a Milán inmediatamente después de su discurso.

Las densas nubes que cubrían el cielo, dejaron afortunadamente de diluviar, hasta que acabó el imponente cortejo sacerdotal que, desde el Oratorio, hizo su entrada por el recinto sagrado a la Basílica, poco antes de la Misa pontifical. Tras de la cruz procesional y el clero de servicio iban con capa pluvial y mitra ciento veinte entre Prefectos apostólicos, Obispos, Arzobispos y Cardenales. Iba el último el cardenal Fossati con espléndidos ropajes pontificales, adornado con el sagrado palio arzobispal. Francia estaba representada por el Cardenal de Lyon y por los Obispos de Annecy, Fréjus, Langres, Lourdes, Metz y Montpellier; España, por el Cardenal de Tarragona y el Obispo de Málaga; Polonia [331], por el Cardenal Primado; Lituania, por dos Prelados, salidos de las prisiones rusas; Malta, por el Obispo de Gozo; América, por los Obispos de Talca (Perú), Taija (Bolivia) y Santos (Brasil). Asistían diversos Prelados Salesianos: de la India, el Prefecto Apostólico de Assam, el Administrador Apostólico de Krishnagar y el Arzobispo de Madrás; del Brasil, el Prelado de Río Negro y Porto Velho y el Arzobispo de Belem de Parà; del Paraguay, el Obispo de Concepción; del Ecuador, el Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza; de Chile, el de Magallanes y, de las Islas Filipinas, el Delegado Apostólico monseñor Piani.

Todo el movimiento del alto clero se desarrolló con perfecto orden, gracias a los diligentes preparativos y la habilidad, más única que rara, de don Eusebio Vismara, que supo dirigir con decorosa y simultánea uniformidad a tan gran número de prelados durante la función. La nueva Misa, compuesta expresamente por el salesiano don Alejandro De Bonis, fue alabada como muy digna de la ocasión ¹. El cardenal Fossati pronunció la homilía. Evocó en el exordio la alegría de la reciente Pascua romana, definida por el Padre Santo como *Pascua Salesiana*; trazó, después, con elocuencia la figura de S. Juan Bosco, resaltando sobre todo sus rasgos característicos de padre y maestro de la juventud y exaltando su incansable apostolado.

¹ *Archiginnasio* (Bologna, mayo-junio de 1934): «Es una de las más interesantes y expresivas composiciones de música sagrada aparecidas en los últimos tiempos. Sobresalen extraordinariamente en ella los caracteres de estilo y originalidad, que hemos tenido ocasión de poner de relieve al examinar otras composiciones del mismo Autor. Puede decirse que esta Misa representa la demostración total de la fuerza creativa y del dominio técnico del Autor (...). Se trata de una obra que marca los moldes reales de originalidad y novedad en el cuadro de la música sacra moderna y que revela razones y conceptos dignos de consideración y de admiración».



Mientras tanto, en el exterior llovía a chaparrones. Y, sin embargo, los patios, la plaza y la avenida estaban llenos de bote en bote. Resultaba pintoresca, quizás nunca vista, la escena de tantísimos paraguas abiertos unos junto a otros, de manera que daba la imagen de un inmenso testudo romano [333] que estrechaba el templo por todas partes, como si fuese una fortaleza a tomar por asalto. Otro habría dicho, con una imagen más corriente, que aquella infinidad de paraguas abiertos hacía pensar en un inmenso setal.

Al tiempo del espíritu siguió el del estómago. El Ecónomo General, don Fidel Giraudi, había transformado el amplio comedor de los aprendices en un suntuoso salón, que, si habitualmente tenía capacidad para más de trescientos muchachos, podía ser suficiente para acoger con toda comodidad a los nuevos huéspedes, más los otros personajes invitados para honrarles en el día de la fiesta. El servicio de las mesas corría por cuenta de camareros de hotel. A pesar de la señorial transformación, podían leer los nobles comensales sobre la puerta de entrada: «Comedor de aprendices». Lo cual hacía decir que la Obra de don Bosco tiene una milagrosa capacidad para adaptarse a todas las contingencias de la vida.

La iglesia veíase llena, sin interrupción, durante los intervalos entre las funciones, por una multitud ansiosa de rezar ante la urna del Santo. El ir y venir de visitantes a las habitaciones de don Bosco no tenía tregua. Pero se esperaba la procesión de la tarde.

¿Podría hacerse? Todo estaba dispuesto. El trazado del itinerario ¹, los participantes divididos en dieciocho grupos, cada uno con su punto de concentración fijado para la partida y la llegada y su jefe regulador; desde el tres de abril estaban repartidas las invitaciones [334] personales; estaba compuesto, musicado y aprendido el himno del día ². Pero había que contar con el tiempo. La lluvia seguía arrecian-

¹ El itinerario, con un recorrido de 5.300 metros, era el siguiente:

Santuario de M. A. Corso Regina Margherita.
Corso Regina Margherita —Esquina Via Consolata.
Esquina Via Consolata —Plaza Savona.
Plaza Savona —Corso Oporto.
Corso Oporto —Corso Re Umberto.
Corso Re Umberto —Plaza Solferino.
Plaza Solferino —Esquina Via Pietro Micca.
Esquina Via Pietro Micca —Via XX Settembre.
Via XX Settembre —Catedral.
Catedral —Esquina Corso Regina Margherita.
Corso Regina Margherita —María Auxiliadora.

(Conservamos algunos términos italianos para facilitar su seguimiento en el plano adjunto).

² La letra del mismo, original de don Segundo Rastello y la música de don Juan Pagella. Apénd., Doc. 18.

do. La inseguridad duró hasta casi las tres y media. Entonces se supo que, a pesar de la lluvia, se habían realizado todas las concentraciones y que, a lo largo del recorrido, aguardaban desde hacía varias horas millares y millares de personas, despreciando los chaparrones. El espectáculo de tan heroica paciencia, acabó por vencer toda duda; los altavoces anunciaron finalmente que salía la procesión. Gritos de júbilo resonaron en torno a la Basílica, y se fueron propagando rápidamente por las calles. La multitud había impuesto la decisión. Sería una procesión de paraguas; pero trescientas mil almas querían aclamar al Santo a toda costa.

No fue un desfile de masas compactas, como el año 1929: pero, si el sol hubiese rasgado las nubes, Turín habría admirado un cortejo de Obispos nunca visto en la gloriosa capital, dentro de los muros. Faltó el esplendor de las mitras y hopalandas episcopales, mas no la participación de los Prelados. Y sobre todo, el contraste atmosférico logró que brillase todavía más el afecto de los turineses por su don Bosco. Se cuenta que un niño preguntó a su papá por qué había allí tanta gente esperando a don Bosco, y que el padre le respondió: —Porque todos quieren a don Bosco. —No podía explicarse con mayor sencillez el misterio de un suceso tan grande. Verdaderamente *aquae multae non potuerunt extinguere caritatem* (la mucha agua no pudo apagar el amor).

El triunfal desfile bajo los paraguas duró cuatro horas. Los dieciocho grupos se sucedieron con la regularidad de un ejército en marcha y con un entusiasmo que no disminuyó del principio al fin. No hay nada mejor que la procesión para medir hasta dónde alcanzó el plebiscito universal de consenso en torno a don Bosco. Su reseña equivale a ver [335] todas las clases sociales de la ciudad y muchas representaciones de Estados extranjeros rindiendo homenaje al humilde hijo del pueblo, que con el heroísmo de la caridad atrajo a sí los corazones de los hombres modernos, tan desviados a veces, «por seguir falsas imágenes del bien».

Eran las tres y media de la tarde cuando comenzó a desfilar la procesión, encabezada por una escuadra de guardias municipales en bicicleta.

GRUPOS I y II.—Formaciones de niñas con uniformes de pajes guiaban la falange de muchachas de los Oratorios de las Hijas de María Auxiliadora en Turín: las 2.500 cantaban el himno oficial, acompañado por la *Banda del Colegio Salesiano de S. Benigno*. Detrás de ellas iban más de 3.000 muchachos de los Oratorios Salesianos de Turín con la *Charanga del Oratorio Miguel Rúa*, y las *Bandas del Oratorio de S. Pablo y del Primer Oratorio Festivo de Valdocco*, llamada «Cardenal Cagliero».

GRUPOS III, IV y V.—El III Grupo estaba formado por las Niñas y Jóvenes Italianas y representaciones de los Fascios femeninos, con el cuerpo musical *Excelsior* y el de Labor y Descanso de la *Fiat* de Turín; seguidos por el IV Grupo de la Obra Nacional Balila, de los Vanguardistas y representaciones de los Fascios masculinos, con las *Bandas de la Parroquia de S. Bernardino* y del *Grupo del barrio «Gustavo Doglia» de Turín*. La *Banda del Colegio de los Aprendices* cortaba las largas columnas de diecisiete Colegios e Institutos femeninos de la Ciudad de Turín, seguidos por quince Colegios e Institutos masculinos y una nutrida representación de los Institutos de enseñanza media, esto es, todo el Grupo V¹.

GRUPOS VI, VII y VIII.—El VI Grupo con la *Banda del Instituto Salesiano Conde Rebaudengo de Turín* y 830 jóvenes, representaciones de los Colegios Salesianos de Turín: Sassi (huérfanos), Martinetto, Rebaudengo, S. Juan, Valsállice. Después el Grupo VII precedido por la *Banda de la Parroquia de Sta. Julia de Turín*, con 6.460 muchachas de los Institutos y Oratorios de las Hijas de María Auxiliadora de Piamonte, alternadas con las *Bandas del Oratorio Salesiano de Chieri* y del *Oratorio Festivo de Santena*. En el Grupo VIII, que lo abría la *Banda del Oratorio Salesiano de Asti*, desfilaban 3.840 muchachos de 22 Colegios y Oratorios Salesianos del Piamonte, alegrados por la *Banda del Colegio Salesiano de Novara* y las de los *Colegios Salesianos de Faenza, Trieste y S. Donà del Piave*.

[336] GRUPO IX.—En el Grupo IX estaba la Acción Católica. Vestida de blanco, inspirando pureza, iba la Juventud Femenina; detrás, la Asociación Universitaria «Cayetana Agnesi» y la Asociación de Damas Católicas. La *Banda del Colegio Salesiano de Casale Monferrato* las separaba de las Asociaciones Masculinas: Juventud Masculina, Asociación Universitaria «César Balbo». La *Banda de la Escuela Agrícola Salesiana de Lombriasco* precedía a la Asociación de Hombres Católicos y a la Junta Diocesana: eran más de 8.000.

GRUPO X.—El X Grupo era el más complejo. Abría el paso la *Banda del Colegio Salesiano de Alessandria*, que precedía una larga representación de Exalumnas de las Hijas de María Auxiliadora y de Cooperadoras Salesianas. Seguía la *Banda del Colegio Salesiano de Varazze*, con las Damas de María Auxiliadora y las Terciarias. La *Banda del Colegio Salesiano de Borgo San Martino* precedía a los numerosos miembros de las Conferencias de San Vicente y más de 2.000 exalumnos de don Bosco. Cerraba la *Banda del Colegio Salesiano de Penango*, que animaba a una falange de Cooperadores Salesianos y de Terciarios.

GRUPO XI.—El XI Grupo, que empezaba con la *Banda del Oratorio Salesiano de Milán*, se componía de las representaciones de los Colegios de las Hijas de María Auxiliadora de Italia y del extranjero: 794 jovencitas con sus lindos uniformes. La *Banda del Colegio Salesiano de San Pier d'Arena* las separaba de las representaciones de los Colegios Salesianos de Italia y del extranjero. 380 pertenecían a Milán. Los otros colegios estaban representados por 560, elegidos entre los mejores por su conducta y aplicación. Al paso del Instituto «Pío XI» de Roma, la multitud aplaudió al Vicario de Cristo, con frecuentes gritos de «¡Viva el Papa!».

GRUPO XII.—En el Grupo XII iban los peregrinos procedentes del extranjero.

¹ El Delegado provincial de Enseñanza, A. Mondino, había enviado una circular a los Directores de Colegios e Institutos de Enseñanza Media diciendo: «Deseo que las Escuelas de Turín, en las que tanto se aprecia la querida figura del Gran Educador, participen en el rito de Fe, enviando una representación de alumnos y profesores, con su bandera, a formar parte del cortejo».

Estaban representadas todas las naciones de Europa: Bélgica con 217, España con 600, Francia con 1.380. El número mayor de las otras naciones donde hay casas salesianas lo daba Argentina. Los peregrinos iban acompañados por la *Banda de la Escuela Agrícola Misionera de Cumiana* y la del *Colegio Salesiano de Milán*.

GRUPO XIII.—La *Banda del Instituto «Pío XI» de Roma* precedía al XIII Grupo, compuesto por las Hijas de María y Congregaciones religiosas femeninas, seguidas por el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora con el Consejo General. Lo cerraba la *Banda del Oratorio de S. Francisco de Sales de Turín*.

GRUPO XIV.—Detrás de la Banda del Oratorio de San Francisco de Sales, aparecía la *Cruz* procesional, seguida del XIV Grupo con los Religiosos laicos y Clérigos de las Congregaciones Religiosas, los Seminaristas Diocesanos de Giaveno, Chieri, Turín, los Clérigos Salesianos, varios Obispos [337] y Arzobispos Salesianos con capa pluvial y mitra bajo los paraguas, el Emmo. Cardenal Arzobispo de Turín, con los eminentísimos Ascalesi y Hlond, en coches gentilmente concedidos por la *Fiat*. Decoraban maravillosamente el Grupo los Caballeros de Malta y del Santo Sepulcro, los Caballeros y Comendadores de otras órdenes. Seguían los Cardenales, el Rector Mayor con los miembros del Capítulo Superior, a pie, y las representaciones de Salesianos, Cooperadores y Exalumnos, escoltando el coche triunfal que llevaban la urna con los restos gloriosos del Santo. Estaban en el Grupo don Luis Orione, el Presidente General de los Cooperadores Conde Eugenio Rebaudengo y el Presidente de los Exalumnos, comendador Masera.

GRUPO XV.—La Urna, entre aclamaciones de la multitud, se detuvo brevemente en la Plaza de la Consolata donde esperaba, bajo una modesta tribuna, y en el Santuario, el XV Grupo, formado por los representantes de varias Ordenes y Congregaciones religiosas, los Superiores Provinciales, el Clero Diocesano, los Rectores de iglesias, Sacerdotes Salesianos, Párrocos, Superiores Generales de Congregaciones Religiosas, Canónigos de las Colegiatas y de la Catedral, numerosos Prelados, Obispos y Arzobispos.

GRUPOS XVI, XVII y XVIII.—Había otros coches de la *Fiat* y de distinguidas familias a disposición de los Obispos; pero muchos de ellos prefirieron soportar la lluvia a pie, bajo los paraguas. Así el cortejo resultó más pintoresco y emprendió con entusiasmo el recorrido. Pasada la urna por la Plaza de Savona, entró en procesión, dejando puesto a los dos grupos que esperaban en la Plaza Solferino, el XVIII Grupo, formado por la *Banda de la I Legión de la Defensa Militar Antiaérea Territorial*, las Representaciones de los Grupos Fascistas de Turín, la Asociación de Voluntarios de la Guerra, Asociación Nacional de Combatientes, Carabineros Reales Licenciados, Veteranos de Francia, Asociación Nacional de Infantería, Asociación Nacional de Granaderos, Asociación Nacional Alpina, Asociación Nacional del Cuerpo de Cazadores, Asociación Nacional Piamontesa de Artilleros de Italia, Asociación Nacional de Artilleros de Montaña, Asociación Nacional del Cuerpo de Ingenieros, Unión Marinera Italiana, Asociación de Caballería del Grupo Piamonte, *Banda Musical del Ministerio de Trabajo, de Turín*, Representaciones de Asociaciones Civiles, Dependientes del Estado y Trabajo Público, Confederaciones Nacionales Fascistas: Profesionales y Artistas, Industria, Comercio, Agricultura, Transportes Terrestres, Representaciones de los Sindicatos Fascistas de la Industria, del Comercio y de la Agricultura, Federación de Comunidades Artesanas, Obra Nacional de Educación y Descanso, peregrinaciones diversas que no habían comunicado a tiempo su participación.

[338] La preciosa urna con el cuerpo del Santo, revestido con los ornamentos

sacerdotales para celebrar la Misa, con la rica casulla que regaló Benedicto XV, avanzaba entre los aplausos de una multitud cada vez más compacta, que se extendía en dos amplias alas a lo largo de las magníficas avenidas, mientras, desde la vasta tribuna levantada en los jardines de la Plaza de Savona, centenares de personas se esforzaban por seguirla en medio de los indispensables paraguas, a lo largo del recorrido triunfal. Pasaba como una bendición de cielo, prenda de bendiciones, montada sobre un *chasis*, cubierto de damascos y ornamentado con flores. Los hombres se descubrían la cabeza a su paso, muchos se arrodillaban sin preocuparse del agua y del barro, las mujeres se santiguaban, los niños enviaban besos y vitoreaban. «Parece que realmente revive, escribía *La Stampa*, como vive su espíritu, ya glorificado e inolvidable».

Desde las ventanas y balcones de las casas llovían casi sin cesar manojos de flores. Todos intentaban contemplar, a través de los cristales, el rostro del Santo que, como un triunfador, pasaba por la ciudad donde brotó y se desarrolló su obra maravillosa.

En la Plaza Solferino esperaban los Grupos XVI y XVII. El alcalde de Turín, conde Pablo Thaon de Revel, asistido por dos vicealcaldes, sonriente bajo el paraguas, que le defendía hasta cierto punto, ocupó inmediatamente su puesto detrás de la urna del Santo. Con él se colocaron todas las Autoridades Civiles, el Cuerpo Consular de dieciséis naciones (Albania, Argentina, Austria, Brasil, Checoslovaquia, Francia, Grecia, Honduras, Hungría, Japón, Méjico, Mónaco, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú), 46 alcaldes, representantes de los Municipios del Piamonte donde existen Obras de don Bosco, entre los cuales ocupaba puesto de honor el de Castelnuovo Don Bosco.

La *Banda Militar de la Guarnición de Turín* distinguía el Grupo XVI del XVII, compuesto por las Representaciones de la Asociación Nacional de Caídos en guerra y de los Fascistas Caídos, de la Asociación Nacional de Mutilados e Inválidos de guerra, del Instituto de Condecoración al valor, de la Universidad de Turín, de las Facultades Pontificias Teológica y de Derecho, de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, de los Institutos Superiores de Enseñanza, de la Asociación Fascista de la Escuela, de la Juventud Universitaria Fascista, de la Asociación «Dante Alighieri», de la Unión Nacional Italiana de Transporte de Enfermos a Lourdes y a Santuarios de Italia, de la Unión de Maestros «Don Bosco».

La procesión bajó desde la Plaza Solferino por las calles Pietro Micca, Via XX Settembre y desembocó en la Plaza de la Catedral, delante del representante del gobierno italiano y los Eminentísimos Maurin, Vidal y Barraquer, y Nasali-Rocca, con el arzobispo de Vercelli, Mons. Montanelli.

El conde De Vecchi tenía a su derecha al gobernador Iraci y al secretario federal Andrés Gastaldi. Los otros puestos estaban ocupados por el embajador de Argentina, Cantilo; el mariscal de Italia, Giardino [339] las autoridades políticas, civiles y militares, las damas nobles de la aristocracia y del patriciado.

A las puertas de la Catedral otros Obispos, Canónigos y Sacerdotes. Enfrente había una amplia tribuna en la que se hallaba un centenar de personas.

Se detuvo la urna unos minutos para dar tiempo a los Cardenales y Obispos a subir a los coches y entrar en la procesión.

Reemprendió después la marcha y fue recorriendo lentamente la amplia avenida Regina Margherita, al brillo de la iluminación artificial de la ciudad y el trémulo llamear de las antorchas que llevaba el clero. ¡Un espectáculo fantástico! Dos hileras de tropa, situadas a lo largo del recorrido, bajo la lluvia desde hacía varias horas, se esforzaban por contener la marea de gente, que, tras los cordones, atestaba literalmente las amplias avenidas, apretándose hasta contra los mismos edificios y sirvién-

dose de todos los medios para levantarse sobre el suelo y lograr ver la parte más majestuosa del larguísimo desfile. Muchas madres colocaban el paraguas sobre la cabeza de los soldados mientras los chiquillos se colaban hasta primera fila escondiéndose hábilmente bajo los capotes militares. Un entusiasmo delirante, una fe ardiente, gritos de invocaciones y vítores escalaban los cielos. Era el espacio más triunfal de todo el recorrido. Hacia las siete y media apareció la urna en la Plaza de María Auxiliadora. La Basílica, iluminada como por encanto hasta la estatua de la Virgen en lo alto de la cúpula, quedaba envuelta en un mar de luz multicolor, mientras las campanas daban rienda suelta a sus tañidos de gloria y, desde el interior, las notas del órgano entre armonías de júbilo, parecían pedir el ingreso de don Bosco que la muchedumbre humana quería, en cambio, detener todavía ante sus ojos, insaciables con la magnífica visión.

La entrada en la Basílica fue el triunfo final. Estaban colocados en sus respectivos bancos los Arzobispos y Obispos, abarrotaban el templo Autoridades y Clero, los Cardenales en el trono, y dos Príncipes de la Casa de Saboya en el presbiterio: esperaban para recibir, con el representante del gobierno italiano, los restos gloriosos del Santo. El príncipe Adalberto de Saboya-Génova, duque de Bérgamo, había llegado expreso de Milán para honrar a don Bosco con su presencia y su afecto; y la princesa María Adelaida de Saboya-Génova representaba con Su Alteza a toda la Casa Real. La Comisión Central de Damas Protectoras de las Obras Salesianas ocupaba su propia tribuna junto al altar de San José.

Una vez depositada la urna delante del altar mayor, pasó el Cardenal Fossati a la sacristía para revestirse con los ornamentos sagrados y volvió al altar para impartir la bendición eucarística. Contemporáneamente subió al balcón de la Sociedad Editora Internacional del Cardenal Hlond, para impartirla a la multitud apiñada en la avenida Regina Margherita y especialmente en el Rondò.

Después del canto del *Iste Confessor* y del *Tantum ergo* el Cardenal [340] impartió la triple bendición desde el altar mayor y desde allí fue procesionalmente hasta la puerta de la Basílica para darla de nuevo a la multitud, que se recogió en el más religioso silencio, al sonido de la trompeta. Fueron unos instantes de emoción, de adoración, y después estalló un fortísimo grito de «¡Viva don Bosco!». Y el coro de la inmensa turba, animado por los muchachos, desfogando el entusiasmo por su Santo, se desató en un canto de bendición y agradecimiento a Dios. Al *Bendito sea Dios* siguió el himno del Santo y después himnos y más himnos sin cesar, mientras gran parte de los turineses volvía a sus casas y los peregrinos, preocupados por la hora de la partida, se apresuraban a tomar diversos medios de transporte para llegar a pueblos distantes horas y horas de viaje. Se organizó inmediatamente el acceso a la iglesia para la multitud que se agolpaba a la puerta; y así, hasta muy avanzada la noche, millares y millares de peregrinos pudieron desfilar ante la urna para besarla y hacer una oración.

Mientras tanto, los Augustos Príncipes, obsequiados por el Rector Mayor, por las Autoridades y los Superiores, atravesaron en coche el patio interior, entre las aclamaciones de los muchachos, y dejaron la Casa Madre de don Bosco Santo. Renováronse las aclamaciones a la partida del Arzobispo y de los Príncipes de la Santa Iglesia y saludaron con muestras de sentido homenaje al embajador conde De Vecchi.

El Representante del Gobierno comunicó aquella misma noche sus impresiones a *La Stampa*, diciendo entre otras cosas: «Turín ha

vivido hoy una de sus más solemnes jornadas. Don Bosco, su Santo, otro San Juan con el mismo nombre que el Santo Protector en los siglos de la Ciudad Fiel, ha recibido hoy los honores más altos de su gloria en los lugares donde más intensamente trabajó. Su cuerpo ha cruzado la ciudad en medio de las muestras de la más alta devoción de todo un pueblo. Las inclemencias del tiempo no han podido apagar el gran fervor de la amorosa piedad cristiana: diríase, en cambio, que lo ha reavivado ¡como siempre reaviva la religión cristiana en las adversidades! Todo un pueblo ha acompañado procesionalmente la urna del Cuerpo Santo: una admirable aristocracia del valor, del sacrificio, del ardor patriótico la ha acompañado. En el pueblo que la precedía, era escaso el pasado, había pocos viejos, no eran muchos los del presente: casi todo era el porvenir, había decenas y decenas de millares de jóvenes, los predilectos de don Bosco. Y todos le invocaban en alta voz [341] con un solo canto, que no era monótono, porque era la viva invocación de todos:

«Don Bosco ritorna

Fra i giovani ancor». (Don Bosco vuelve entre los jóvenes hoy.)

Un exalumno francés que, para participar en la manifestación y encontrarse de nuevo en su oficina el lunes siguiente, debió pasar dos noches en el tren, dejó una tarjetita en la Dirección del *Bulletin*, en la que había escrito: «Habría dado diez años de mi vida por no faltar a tan entusiasta demostración en honor de don Bosco».

CAPITULO XVII

OTRAS MANIFESTACIONES ESPECIALES

A la apoteosis de Turín siguieron otras manifestaciones de menos importancia, pero no carentes de sentido. Después de la plena glorificación del Santo faltaban algunas partes, que llegaron a continuación desde Roma o que tuvieron lugar en Roma. Diremos algo de unas y otras en el presente capítulo.

En Turín se celebró también la conmemoración civil de San Juan Bosco. Todo respondió perfectamente al fin propuesto: el lugar, las personas que intervinieron y el orador designado.

En las afueras de la ciudad, cerca del río Estura, había que inaugurar un grandioso edificio, levantado para la formación del personal salesiano seglar, destinado a dirigir las escuelas de artes y oficios en los países de Misiones. Se trataba de las Escuelas, fruto de la generosidad del conde Eugenio Rebaudengo, que había querido honrar de este modo y perpetuar la memoria de su digna esposa, llamada recientemente por Dios a recibir el premio de sus cristianas virtudes. La inauguración de la insigne obra misionera ofrecía una propicia ocasión para tributar a don Bosco un homenaje civil. Don Pedro Ricaldone invitó a las más altas autoridades y personalidades de la ciudad, las cuales accedieron con gusto a ello y asistieron al acto, el diez de abril por la tarde. Ondeaban al viento gallardetes, estandartes y confalones tricolores entre las banderas y escudos de los Estados, donde trabajan los hijos de don Bosco. Alegres notas [343] musicales recibían a los ilustres invitados, que subían al palco de honor o se situaban en los lugares reservados en el espacioso patio. Varios centenares de muchachos, pertenecientes a los colegios y oratorios salesianos, a las escuelas municipales y a otros centros escolares abarrotaban la amplia y larga terraza sobre los pórticos del edificio. Acompañada por el embajador De Vecchi, entró por último la Princesa María Adelaida de Saboya-Génova, la cual tomó asiento entre los cardenales Fossati y Hlond. Ejecutóse el himno «Campanas festivas», un alumno aprendiz de sastre y aspirante misionero, leyó un saludo en honor de Su Alteza, de los Eminentísimos Cardenales, del Representante del Gobierno y de

todas las autoridades; y entregó luego a la Princesa un magnífico cestillo de rosas y violetas. Apareció después en el palco el orador oficial. Era el senador Pedro Fedele, catedrático de Historia medieval y moderna en la Universidad de Roma, Ministro de Estado y exministro de Educación Nacional.

Comenzó su discurso con la exaltación de Turín y del pueblo piomontés; recordó los contratiempos sufridos por la ciudad saboyana a través de los siglos; la floración de hombres santos, justamente enviados por la Providencia para acarrear adecuados remedios a los males que afligen nuestra tierra; la situación de la capital piemontesa a principios del ochocientos, aquella Turín que vieron y amaron S. José Caffasso, San José B. Cottolengo, San Juan Bosco. Y al llegar aquí, hizo revivir uno de los encuentros más significativos de Cottolengo y don Bosco, en el cual el Santo Fundador de la Pequeña Casa tuvo una clara y lucidísima visión de la obra que iniciaría el humilde sacerdote de I Becchi.

—Don Bosco, díjole en aquella ocasión Cottolengo, tiene que ponerse una sotana más fuerte, para que los muchachos se le puedan colgar sin rompérsela, porque ¡un día serán muchos los que se le colgarán!

¡Maravillosa profecía! «La misión de don Bosco, prosiguió el orador, fue realmente la de educar cristiana y cívicamente a la juventud italiana y a la vez propagar la fe de Cristo en el mundo y con la fe, el nombre de Italia».

[344] A continuación el ministro Fedele examinó detalladamente la grandiosa Obra creada por el Santo. Describió con conmovedoras expresiones la primera conquista espiritual de don Bosco, la del pobre huérfano, recogido de la calle, el día de la Inmaculada de 1841, hasta llegar al 1846, cuando el Fundador de los Salesianos tenía ya en torno a sí más de cuatrocientos muchachos y podía disponer de una casa. Por fin, llegó al 1875, cuando partieron los diez primeros Salesianos misioneros hacia América.

—¡Quién sabe, había dicho don Bosco, si no será esto como una simiente de mostaza o de mijo, que se vaya extendiendo para hacer un gran bien!

La realidad superó toda suerte de previsiones. Cuando él cerró los ojos, el año 1888, el granito había fructificado maravillosamente. Hoy es un árbol gigantesco, cuyas ramas hacen sombra por toda la tierra. «Ante tan prodigioso suceso, exclamó el orador, nosotros, pequeñitos mortales, inclinamos la frente pensativos y vemos en la Obra la mano de Dios».

Ilustró a continuación la benéfica actividad desplegada por el italianísimo Santo en el campo de la juventud. «Don Bosco, dijo, intuyó claramente lo que el gran Hombre de Estado que hoy rige los destinos de la Patria, está realizando, es decir, que el problema fundamental de la vida nacional es sustancialmente un problema de educación».

Después, tras haberse referido a cosas ya dichas por De Vecchi en el Capitolio colocando la figura de don Bosco en la perspectiva del Resurgimiento italiano, habló del sistema educativo del Santo. Y recordó, cómo, siendo él Ministro de Educación Nacional, había introducido en el programa de las escuelas de magisterio, entre las obras clásicas de pedagogía, el método del santo sacerdote de I Becchi, método inspirado únicamente en la pedagogía práctica, vivida, pero no escrita. Don Bosco se oponía al pedantismo intelectual de un siglo infecundo y luchó por la libertad cristiana del muchacho y por la escuela sincera mucho más y mejor que tantos pedagogos modernos. Porque él tiene un amplio concepto de la [345] libertad de los jóvenes, que no deben ser frenados por una disciplina rígida, austera, con la cual puede obtenerse ciertamente el silencio y la compostura exterior, pero que no favorece, sino que retrasa el desarrollo de las facultades espirituales. «Dése, escribe él, amplia libertad a los alumnos de saltar, correr y gritar a su gusto». Nada de poner barreras entre el maestro y los alumnos, sino amor. «¿Queréis ser amados? Amad», decía don Bosco. Ese es el gran principio que informa su método educativo: el amor.

Recordó también el orador el encuentro del Papa Pío XI y don Bosco para pasar rápidamente a la exaltación del Santo, realizada el domingo de Pascua en Roma, y terminar diciendo: «Don Bosco es una gloria universal de la Iglesia; pero, como ha dicho el Papa, es singularmente una gloria de Italia. El Fascismo que honra al Dios de los ascetas, de los Santos y de los héroes, se inclina reverente y devoto ante don Bosco, que, después de la gloria en la Basílica Vaticana, recibió en presencia del Jefe de Gobierno los honores del triunfo en el Capitolio. Y vosotros, Turineses, elevad vuestros estandartes y vuestros gallardetes ante la urna del Santo piamontés, que ha hecho de Turín la capital de un imperio que se extiende hasta los confines de la tierra, a los que don Bosco ha llevado el reino de Cristo y el nombre de Italia».

La viva atención del público, los repetidos aplausos y la ovación final demostraron lo mucho que el orador había sabido ganarse el consentimiento de todo el auditorio. Con muestras de universal simpatía fue saludado don Pedro Ricaldone, que se levantó para agrade-

cer atentamente a los personajes que habían honrado el acto con su presencia. Se pasó a continuación a la ceremonia de la inauguración. La Princesa, acompañada por los Cardenales y seguida por las Autoridades, se acercó a la escalinata, donde cortó la simbólica cinta, y visitó después los locales, mientras dos bandas de música se alternaban desarrollando un variado programa musical. Cuando salieron los invitados, [346] abriéronse las puertas a la multitud que esperaba fuera y se pudo visitar el Colegio hasta el anochecer.

Dos días más tarde se celebraba el aniversario del comienzo del Oratorio, puesto que fue el 12 de abril de 1846, fiesta de Pascua, cuando don Bosco tomó posesión del cobertizo arrendado al señor Pinardi. Cuatro ceremonias distintas distinguieron el aniversario. La primera fue el homenaje rendido al Santo por los alumnos de las Escuelas Elementales y los muchachos de la Obra Nacional Balila. A las nueve de la mañana llegaron a la Plaza de María Auxiliadora grupos de niños y niñas guiados por sus maestros y maestras y por los organizadores. Pasaron de los diez mil. Oyeron la misa celebrada al aire libre por el obispo castrense Mons. Bartolomasi. Asistieron a ella el Rector Mayor con su Capítulo, el Ministro Fedele con su esposa, el Delegado provincial de Estudios, el Secretario Federal y otras Autoridades. A los pies del altar había cuatro muchachos del Assam (India), vestidos a la usanza de sus tierras; los había llevado a Roma y a Turín el entonces Prefecto Apostólico monseñor Mathias. El Obispo explicó durante la misa, el significado de aquella fiesta y les habló del gran amor que don Bosco tenía a la juventud. Ocho niños recibieron la primera comunión allí mismo. Era conmovedor contemplar la compostura de aquella turba juvenil. Durante el santo sacrificio se cantaron himnos litúrgicos y loas a don Bosco, bajo la dirección del excelente maestro Pachner, que los había enseñado expresamente en varias escuelas de la ciudad. Al final, entraron en la iglesia autoridades y alumnos y desfilaron por delante del altar del Santo, donde recibieron un piadoso recuerdo de la función.

Inmediatamente después se trasladaron las mismas autoridades al patio del primer Oratorio festivo de don Bosco, donde esperaba otra turba de muchachos y muchos Cooperadores y Cooperadoras. Había que bendecir y colocar allí la primera piedra del nuevo amplio edificio, hoy dedicado a las obras oratorianas. El cardenal Hlond, acompañado por monseñor Bartolomasi y varios Prelados salesianos, ocupó la tribuna. [347] Después de cantar el himno «Campanas festivas», comenzó el acto. Leyó un saludo un muchacho del Oratorio festivo y el Obispo Castrense exaltó la Obra de don Bosco y su método educati-

vo. Dijo entre otras cosas: «Hoy finalmente se ha comprendido el método de don Bosco; se pretende que la educación nacional no sea únicamente física, disciplinar, militar, patriótica, sino también moral y religiosa. En estos puntos de un magnífico programa, siento palpitar el alma de don Bosco. Y si soy un activo colaborador del Gobierno Fascista, soy también desde hace muchos años, y me glorío de ello, un cooperador de don Bosco». Su Eminencia recitó al final las preces rituales para la bendición. Se introdujo y selló en la piedra un tubo de cristal con un pergamino lleno de firmas y unas medallas y monedas, e inmediatamente fue colocada en su lugar. Don Pedro Ricaldone cerró el acto con unas palabras de ocasión.

Ya hemos narrado en el decimosexto volumen de estas *Memorias Biográficas* cómo en el año 1883 el futuro Papa Pío XI visitó el Oratorio y gozó durante dos días de la amable hospitalidad de don Bosco. El refectorio, en el que el joven sacerdote lombardo sentóse entonces a la mesa con don Bosco, se correspondía exactamente con el espacio del famoso cobertizo, transformado años antes en una pobre capilla y convertido hoy de nuevo en una agradable iglesita, que conserva el nombre del antiguo propietario. En aquel día de recuerdos, quiso don Pedro Ricaldone que se inaugurase en ella una lápida, que marcase en mármol el recuerdo de la histórica visita. Fue descubierta por el Cardenal salesiano, en presencia de los Superiores, los alumnos internos y un selecto grupo de amigos. Sobre el epígrafe se destacaba la semblanza de Pío XI, cuyos rasgos graves y paternales había reproducido al vivo el escultor Fait. Don Fidel Giraudi leyó en alta voz la inscripción, que tiene forma narrativa y dice así: «Su Santidad el Papa Pío XI, el año 1883, siendo novel sacerdote, sentóse [348] aquí a la mesa de don Juan Bosco y, mientras tenía ocasión de alimentar el cuerpo, nutría y deleitaba el espíritu con las palabras y ejemplos de Aquel, a quien un día, con gran alegría de su corazón de Vicario de Cristo, debería elevar al honor de los altares declarándole Beato el 2 de junio de 1929 y glorificándole con la aureola de los Santos el 1.º de abril de 1934, Pascua de Resurrección». A continuación, y en los soportales, subió don Pedro Ricaldone a la pequeña plataforma, en forma de púlpito, situada en el mismo lugar desde donde don Bosco había dirigido tantas veces la platiquita de las «buenas noches», a todos los moradores de la casa, y evocó aquellos lejanos recuerdos y explicó el significado de la ceremonia realizada poco antes, enumerando los beneficios de los Sumos Pontífices Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y entreteniéndose en contar los honores tributados al Santo Fundador y los favores prodigados a la

familia salesiana por el «Papa de don Bosco». Recordó las palabras que don Bosco moribundo dejó como herencia a sus hijos, encargándoles devoción, afecto y fidelidad al Vicario de Jesucristo. Por último leyó un telegrama que acababa de recibir. Era la respuesta al mensaje enviado al Papa el domingo anterior, después del triunfo del Santo. Decía en él, en nombre del Pontífice, el cardenal Pacelli: «Informado con paternal complacencia homenaje gran familia salesiana, jubilosa con razón por solemnes festejos a su Fundador San Juan Bosco, Augusto Pontífice envía cordialmente bendición implorada, presagiando feliz, desde la suprema exaltación del insigne bienhechor juventud, nuevas glorias a su benemérito Instituto, nuevo incremento a su actividad servicio familia cristiana».

Apenas había acabado la ceremonia de homenaje al Papa, cuando las campanas de María Auxiliadora invitaban a los fieles a otra ceremonia muy interesante: la colocación de la primera piedra del altar a San Juan Bosco. La iglesia que había visto en aquellos días tantas autoridades eclesiásticas, civiles y militares y tantísima gente del pueblo, se encontraba [349] abarrotada de un público multiforme, desde el más humilde obrero hasta el más alto magistrado. En la capilla de San Pedro, donde estaba expuesta la urna del Santo, se elevaba un gigantesco trípode cubierto de terciopelo carmesí, en cuyo centro pendía, sostenido por cadenas, un grueso cubo de mármol con una cruz grabada en todas sus caras. Después del canto solemne del *Magnificat* subió al púlpito el Obispo de Parma, Mons. Colli, natural de las tierras del Santo. Su alocución, transmitida por los altavoces a la multitud que llenaba la plaza y los patios, estuvo tan bien concebida y expresada, que merece ser transcrita totalmente.

Bendecida por Dios, con los besos cariñosos de sus hijos, y el reconocimiento de Italia, de la Iglesia y de todo el mundo, baja a la tierra esta piedra, que es una piedra miliar en la vía del imperio y de los triunfos de don Bosco; una piedra remate de un gran pasado y principio de un gran porvenir; una piedra que ensambla el altar de don Bosco con la Basílica de María Auxiliadora y ensancha su espacio a la Auxiliadora que siempre apoyó a don Bosco y a la Auxiliadora cuyo culto siempre ensanchó.

Baja esta piedra a la profundidad de la tierra para que pueda ensancharse el edificio, como trabajó don Bosco siempre en profundidad y por eso alcanzó su Obra una extensión mundial; descende esta piedra buscando la roca viva, que es Pedro y que es Cristo, como siempre estuvo unida la Obra Salesiana a Cristo y a Pedro.

Hace noventa años, presentaba María a don Bosco la futura Basílica en este mismo lugar, en un sueño profético, y le decía: —He aquí mi casa; de aquí saldrá mi gloria. —Hoy toma de nuevo la palabra María y le dice al nuevo Santo: —He aquí también tu casa; de aquí saldrá también tu gloria.

«Cada una de las piedras de esta Basílica —dijo un día don Bosco— es una

gracia»; la piedra que nosotros colocamos hoy es un poema de gracias, es un canto de agradecimiento y de amor.

Esta piedra canta la sonrisa de María a don Bosco, el amor de cinco grandes Pontífices, la devoción de millares de Obispos y la admiración de los caudillos de los pueblos.

Canta, en nombre de don Bosco, la inocencia de muchos niños, la pureza entusiasta y laboriosa de millones de jóvenes, el trabajo ruidoso de muchos talleres, la oración de muchos corazones, las esperanzas de muchas familias, el consuelo de muchos afligidos, la resignación de muchos leprosos, la civilización de pueblos enteros, el reconocimiento de muchas naciones, el sufrimiento [350] apostólico de muchos misioneros; canta el esplendor de dos púrpuras romanas, el sacrificio de dos mártires, la floración de muchos Santos.

Y seguirán cantando —el altar y la Basílica ampliada— las glorias cada vez mayores del Santo que fue, en nuestros tiempos, el más italiano y el más internacional; del Santo que tuvo calidad piemontesa, genialidad italiana y corazón universal; del Santo, cuya vida fue un milagro y es un romance, en cuya Obra parece natural lo sobrenatural; del Santo, que renovó en el siglo XIX las florecillas de San Francisco y adivinó el porvenir; que fue intrépido y prudente; que fue Sacerdote en los despachos de los Ministros y se sintió italiano en el altar de Dios; que no tuvo más política que la del *Pater noster* y fue consultado por Príncipes; que tuvo las delicadezas de una madre y la voluntad invencible de un general; que supo hacerse amar y hacerse obedecer; que educó con la religión y persuadió con la razón; que enseñó a sus muchachos a creer en Dios y amar a la Patria, a mirar al cielo y hacer florecer la tierra, a cantar rezando y a rezar trabajando; que los educó en la escuela y en el juego, en la iglesia y en el teatro, con el deporte y con el examen de conciencia; que los acostumbró a unir el Ejercicio de la Buena Muerte en la capilla con la fiesta en el comedor; que fundó una Sociedad, la más alegre y la más sacrificada; del Santo, que fue, como el Evangelio, pequeño con los pequeños y grande con los grandes; que publicó con la misma fe la primera Colección de nuestros Clásicos y los folletos más populares; que escribió con el mismo corazón la *Historia Sagrada* del pueblo elegido y la *Historia* de nuestra Italia; que fue huérfano y se convirtió en padre de los huérfanos; que no tuvo pan y dio pan para todos; que fue, un día, muchacho sin techo y dio albergue a todos los muchachos; que halló dificultad para tener un maestro y abrió escuelas sin fin; que fue aprendiz y forjó generaciones de artesanos; del Santo que, como un nuevo San Benito, no sólo bautizó a los viejos bárbaros de las Pampas, sino a muchos nuevos bárbaros civilizados de Europa.

Y cantarán durante siglos —este Altar y esta Basílica— las glorias del Santo que fue más para su tiempo que de su tiempo; que sintió las necesidades de su siglo y no tuvo sus defectos; que intuyó los peligros y previno los males; que, entre las incipientes luchas del trabajo, conservó en sus Colegios —con estudiantes y artesanos— el fuego sagrado de la colaboración de clases; que en la época de los Derechos del Hombre, enseñó el amor de Dios; que sintió los latidos de la primavera de Italia, experimentó las ansias de su independencia, pero tuvo siempre fe en su primado espiritual; del Santo que, desde la tarde del 20 de septiembre de 1870, llevó en el corazón la Conciliación entre la Iglesia y el Estado y que, desde 1871, inició con Juan Lanza las gestiones que alcanzaron su triunfo en el gran corazón de un gran Pontífice y en el genio titánico de un gran Duce.

Y cantarán todavía por los siglos la grandeza de este Santo [351] «por el que Italia —como dijo Francisco Crispi— nunca hará bastante»; del Santo de quien Pío XI se

proclama «entusiasta admirador»; del Santo, a quien el Gobierno Nacional —primer caso en la historia— decretaba, después de la apoteosis del Vaticano, el triunfo romano en el Capitolio.

¡Levántese, pues, este altar!

Sobre él habrá nuevos apóstoles Salesianos *tamquam lapides vivi supraedificabuntur* (I Petr. II, 5).

En este altar, que será para los Hijos de don Bosco el hogar paterno, donde encenderán la llama de la fe y de la civilización, que, —como embajadores de Cristo y miembros de la quizá más auténtica Sociedad de las Naciones— seguirán llevando a las más lejanas fronteras del mundo.

¡Levántese el nuevo altar y agrándese la hermosa Basílica!

Desde estos lugares de oración, desde estas escuelas de fe y de sacrificio, desde estos sanatorios de las almas, desde estos faros de caridad que tanto necesita la atormentada humanidad moderna, con más hambre de Dios que de pan, con más necesidad de Santos que de guerreros.

El día de la canonización de don Bosco escribía un periódico italiano que «en el momento de la proclamación del nuevo Santo hubo hombres a quienes se les vio en San Pedro abrazarse ante la necesidad de llorar».

Aquel abrazo y aquel llanto son todo un síntoma y a la vez un presagio.

Es el sueño de I Becchi que sigue realizándose: son otros animales feroces que se convierten en corderos; es el sistema de don Bosco y su espíritu que traspasa los confines de las Casas Salesianas y se difunde por el mundo para renovar, con el mejor de los estilos, las mismas conquistas, los mismos triunfos; las conquistas del bien, los triunfos de Cristo.

¡Que el Señor nos lo otorgue y nos lo obtenga San Juan Bosco! ¡Esta es la oración sobre la cual fundamos el altar!

Mientras la orquesta ejecutaba el *Exultate Deo* de Pagella, las personas más ilustres de los presentes firmaron el pergamino, que, después de leído por don Fidel Giraudi al público, se colocó en su lugar. El bloque de mármol bendecido ritualmente por el cardenal Fossati y cubierto con la primera paletada de cal, fue bajado despacito esperando que la piedad y la generosidad de los fieles permitieran realizar los planos de las obras que abarcaban no sólo la construcción del monumental altar, sino también la ampliación y decoración de toda la basílica. El *Te Deum* de acción de gracias y la bendición eucarística marcaron la clausura oficial de las fiestas.

[352] Pero con la clausura de las fiestas no acabaron en aquel mes de abril las manifestaciones. Nos referimos a las promovidas directamente desde Turín.

Cumplíase el siglo de cuando Juan Bosco, estudiante de bachillerato en Chieri, se había instalado en el «Café Pianta», donde pasó su vida durante los dos años de sus cuarto y quinto curso, dividiendo su tiempo entre los servicios de mocito de café y los estudios. No le espantaban los sacrificios de atender a los clientes, dormir en un tabu-

co debajo de la escalera y a veces pasar hambre, porque así tenía la posibilidad de asistir a clase, comprarse libros y resolver las más apremiantes necesidades. Estando allí, fue cuando algunos de sus condiscípulos, enterados de su penuria y compadecidos del amigo, le llevaban algo de lo poco que podían, para suplir de cuando en cuando la escasez de su manutención. Ha llegado hasta nosotros especialmente el nombre de José Blanchard, hijo de una vendedora de frutas, el cual más a menudo que los otros, y con permiso de su madre, le llevaba algo con que aplacar el hambre. Pues bien, aquel café todavía existe y vive todavía el hijo de aquel Blanchard, a quien don Bosco manifestó su imborrable agradecimiento hasta los últimos días de su vida¹. Pareció, por tanto, oportuno consagrar con un recuerdo estable la memoria de su estancia en un lugar, testimonio de tan heroicas virtudes. Pagaron los gastos los señores Caredda, colocando en la casa una lápida que fue bendecida el día veintidós, por el Arcipreste de Chieri, en presencia de todos los Superiores del Oratorio. Don Pedro Ricaldone ilustró, ante los vecinos que acudieron, el contenido de la inscripción, que decía: «En esta casa —en el 1834— Juan Bosco estudiante —obligado por las duras necesidades de la vida— trabajó como modesto mozo de café —en el establecimiento de José Pianta.— Aquí —su compañero José Blanchard— admirando sus virtudes— tuvo compasión de su miseria. Juan Bosco sacerdote —y fundador de la Sociedad Salesiana— [353] le guardó profundo agradecimiento. En el año de la canonización —y del centenario de la gran caridad— para ejemplo de la juventud de Chieri, los Cooperadores Salesianos —y los admiradores de San Juan Bosco— colocaron esta lápida—. 22 de abril de 1934».

Desde allí, Superiores, Salesianos y Cooperadores se trasladaron corriendo a I Becchi. Allí estaban reunidas muchas madres de sacerdotes y de clérigos. El Consejo Diocesano de Señoras de Acción Católica las había llevado en peregrinación a la casita de don Bosco para conmemorar a la que había plasmado el corazón de un hijo destinado a brillar en el cielo de la Iglesia como espléndido astro de santidad sacerdotal. Convenía, como más tarde dijo la que tejió los elogios de Mamá Margarita, que las madres cristianas glorificaran a aquella madre que, sin conocer el abecé, sabía de memoria todo el catecismo y se lo había enseñado a sus hijos con la palabra y el ejemplo, colaborando a la formación de un Santo. Se descubrió una lápida mural en la rústica pared de la casa, con el retrato de Mamá Margarita. Don Pe-

¹ *Memorias Biográficas*, vol. I, pág. 242.

dro Ricaldone la bendijo; a continuación la maestra turinesa Herminia Vanzaghi-Brunetti subió los escalones de la vieja escalerita de madera, arrimada a la pared, que conduce a la habitación donde nació don Bosco y que tantas veces había crujido bajo los pies de su madre. Desde el último escalón se volvió y dirigió unas hermosas palabras a las madres presentes y para las madres lejanas. En aquel lugar florecieron, llenos de vida y de color, recuerdos de episodios y conversaciones, cuya memoria parecía conservada entre aquellas paredes desnudas que los repetían como un eco lejano. La emoción arrancó muchas veces las lágrimas a los oyentes, y no solamente a ellas.

Mientras tanto habían comenzado los así llamados triduos litúrgicos. Estos triduos se pueden celebrar dentro de la fecha de una canonización en todas las diócesis del mundo, previa petición de los respectivos Ordinarios a la Sagrada Congregación de Ritos. Los *Boletines* salesianos de las distintas lenguas publicaron [354] durante varios meses seguidos muchas relaciones de los más importantes. No hubo en Italia, por así decir, una parroquia ni una diócesis en el mundo católico, donde no se celebrasen tales triduos. Es increíble, no solamente el fervor popular que los acompañaba, sino también la abundancia de frutos espirituales que producían. Las predicaciones, conferencias, discursos de hombres muy calificados, las procesiones, intervenciones de Obispos y de autoridades civiles, artículos de periódicos y revistas, las publicaciones extraordinarias que se hicieron, produjeron verdaderas renovaciones de vida cristiana con centenares y millares de comuniones. La resonancia del nombre de don Bosco sacudió también al mundo intelectual, de tal modo que hubo escritores famosos en diversas naciones que escribieron abundantemente sobre el Hombre y sus obras; hasta en checo y en árabe aparecieron abundantes biografías del Santo.

En Italia sobresalió la capital lombarda. Dejando de lado toda una serie de manifestaciones aisladas, nos referiremos a dos muy importantes. La noche del veinticinco de abril, la flor y nata de Milán abarrotó, como nunca, el salón principal del Conservatorio, para asistir a la conmemoración de don Bosco, hecha por Carlos Delcroix, gran mutilado de guerra, diputado en el Parlamento y Presidente de la Asociación Nacional de Mutilados. Había perdido en el frente los dos ojos y ambos antebrazos; pero conservaba la inteligencia llena de vida y un espíritu elevadísimo. En presencia del Conde de Turín, de las primeras autoridades y de varios Obispos ensalzó al Santo con un afecto que palpitaba en toda su persona y con una fuerza de persua-

sión que cautivaba a los oyentes. Su condición de exalumno de los Salesianos le sugirió un exordio de muchísimo efecto. Toda Italia oyó por radio su discurso: en el Oratorio de Turín se conmovieron hasta entusiasmarse Superiores y alumnos. Tan singular documento no debe perderse.

Mis palabras quieren ser ante todo, un acto de reconocimiento.

En mi primera infancia frecuenté asiduamente el viejo oratorio salesiano de la calle San Andrés en Livorno y más tarde fui alumno del [355] colegio de la Inmaculada en Florencia: eso confiere a mis palabras el valor de un testimonio y el significado de una acción de gracias.

Fue entonces cuando cayó en mi alma una simiente que debía dar fruto más tarde, cuando pasó la ventolera de la muerte y quedó mi camino en una imprevista oscuridad; si no caí, si no me perdí, es porque había en mí un punto firme y una pista segura.

Nada había podido iluminar y exaltar mi tristeza, si no hubiese vuelto la fe con mi visión de niño, cuando, sin saberlo, había conseguido la fuerza que habría necesitado en la adversidad. Aún ahora, si me pregunto desde qué honduras han subido hasta mí ciertas voces, me parece volver a oír los gritos y los cánticos de cuando jugaba y rezaba con la misma inocencia, con la misma felicidad. En aquella escuela había aprendido las verdades que serían olvidadas, pero no canceladas, por la violencia de la juventud.

La primavera y la juventud son estaciones peligrosas en las que se deciden las suertes del campo y de la vida: por eso este Santo que había abierto tantos caminos a su piedad y ya se había encontrado con los presos y los enfermos, eligió a los muchachos más necesitados porque corrían más peligro. Se dio cuenta de que su obra era necesaria y que sería más fecunda entre los jóvenes a los cuales pertenecía el porvenir.

Por lo demás, aquélla había sido desde el principio su vocación y, si por un momento pensó en tomar el hábito de San Francisco, fue por amor a la pobreza, que también habría encontrado en medio del pueblo. En efecto, la representación anticipada del oratorio salesiano hay que buscarla en las reuniones que Juanito promovía en la pradera de delante de su casa durante los días festivos, entreteniéndolo a los chiquillos con toda clase de juegos para invitarles a rezar las oraciones y cantar. En aquellos principios estaban encerradas todas las fórmulas y normas de la obra hoy conocida con su nombre por todo el mundo; en aquel muchacho, que repetía los sermones oídos en la iglesia y los juegos vistos en la feria, pueden descubrirse los trazos y las disposiciones del Santo.

Verdaderamente siguió siendo un niño hasta el último momento y supo ser el compañero de todos sus discípulos: y aquí está seguramente el elemento personal, por no decir el secreto de la obra de don Bosco.

El alma humana es más sencilla que todo lo que podrían hacer creer la curiosidad malsana y las fantasías tendenciosas de sus predispuestos investigadores: sus exigencias son siempre éstas y quien se limita a entenderlas y satisfacerlas, sin quererlas complicar y encolerizar, está seguro de penetrar en ellas. Don Bosco lo sabía y llegaba a las almas por el camino real de los sentimientos y las necesidades elementales; su método era tan sencillo que declaraba no tenerlo, y no ha dejado ningún texto, a

diferencia de muchos compiladores de doctrinas y fundadores de escuelas que permanecieron ajenos al corazón de la juventud. Su acción puede resumirse en estos principios: [356] divertir para instruir y asistir para educar: estimular el interés para fijar la atención, cubrir las necesidades de la vida para recordar las promesas eternas y serenar la mente por todos los medios para dejar libre el corazón, porque la juventud debe estar alegre ante todo. Don Bosco sabía que estar alegres es la condición más que el modo de servir a Dios; ya siendo estudiante en Chieri, fundó la sociedad de la alegría, con la intuición de que, singularmente en los jóvenes, la tristeza es casi siempre fruto de los malos pensamientos. El quiso que en su escuela reinase soberanamente la alegría que hace descansar la mente y la dispone para estudiar y libera el corazón preparándolo para la oración, porque de la felicidad nace la gratitud, que es el principio del amor, lo mismo que la esperanza es la sustancia de la fe.

El demostró que el maestro no solamente debe enseñar y vigilar, sino compartir la vida de los muchachos, mezclándose en sus juegos, en sus conversaciones, lo cual facilita la función sin comprometer el prestigio. El que entra en una casa de don Bosco a la hora del recreo, queda sorprendido al contemplar a los religiosos jugando con los muchachos y observar que reina una alegría total, porque allí nadie se considera forastero.

Hace días, andaba yo por una calle silenciosa de Roma y pensaba en el Santo y en su obra, cuando me sorprendió un alegre vocear, en el que me pareció reconocer el griterío que se extendía por todas las calles que rodeaban el viejo oratorio de San Andrés. Pasaba junto a un huerto cerrado entre las casas y enseguida me di cuenta de que no eran niños, sino pájaros que atestaban los árboles hasta la punta y saludaban a coro al sol poniente. Sin buscarlo, había encontrado a quién comparar la alegría de los hijos del pueblo en las casas que el Santo ha construido para ellos.

Fue precisamente la ruidosa alegría de sus muchachos la causa de que don Bosco encontrase tantas dificultades para lograr un lugar fijo a su primitivo oratorio, porque no pueden soportar el ruido de una fiesta los que no participan en ella; y así le tocó pasar sucesivamente desde la Residencia Sacerdotal de S. Francisco al hospitalillo de Santa Filomena, desde la Capilla de San Martín, junto al Dora, hasta la iglesia de San Pedro ad Víncula al lado del cementerio y volver a plantar por algún tiempo su mística tienda en medio de un prado, antes de establecerse en aquel cobertizo de Valdocco donde podía oír en sueños: «Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria».

Era la Pascua del año 1846 y el joven sacerdote soñaba la gloria que es atributo de Dios: pero en su humildad no podía pensar que en la Pascua del año 1934 habría alcanzado en Roma la gloria de los Santos, y que su urna habría sido seguida por un cortejo de príncipes y pueblo por las mismas calles de la ciudad de Turín, donde él pasaba en medio de los muchachos, incomprendido por muchos y burlado por otros.

Porque su idea dominante fue tenida por locura y se dudó de su sano juicio, mientras él no hacía nada que pudiera confirmar la sospecha. En vano se buscaría en su vida uno de esos momentos de violencia mística, uno de esos gestos de divina locura atribuidos [357] a otros santos. En él todo resulta sencillo y llano: le mueve el amor, sin agitarlo, y le ilumina la fe sin inflamarlo, pero su amor es inagotable y su fe absoluta. Para esta fe no hay nada más fácil que el imposible, nada más natural que lo maravilloso y su vida fue un continuo sucederse de sueños. Rezaba en sus iglesias y vivía en sus casas, antes de haberlas construido, porque las había visto en sueños y continuaba viéndolas, más aún, creyendo en ellas.

Poseía y practicaba en grado heroico todas las virtudes, pero sin demostrarlo y

casi sin darse cuenta de ello; sabía que la vida es algo muy serio y que puede ser algo grande, sin necesidad de dramatizarla. Se encontró con adversidades, conoció amarguras y sufrió atentados, pero no se consideró nunca una víctima, ni tomó los aires de un héroe: cuando estuvo en peligro le guardó y le salvó un pobre perro gris, porque en su vida todo debía ser sencillo y creíble.

Cada edad ha tenido los Santos que necesitaba: y así se suceden en la Iglesia los místicos y los guerreros, los Santos de la meditación y la oración, de la penitencia y del éxtasis, de la doctrina y de la acción. El es el Santo de la vida vivida en la multiplicidad y en la actualidad de sus aspectos y sus necesidades: es el Santo de nuestro tiempo, mudo en su pena y oscuro en su grandeza; es el Santo de nuestro pueblo seguro en la fe y tranquilo en sus obras.

Don Bosco emprendía la construcción de sus iglesias y sus casas, cuando apenas si tenía el suelo, porque era un campesino y sabía que la cosecha está en las manos de la Providencia y todo está por sembrar, es decir, por cumplir un acto de fe. Hizo sencillamente las cosas más extraordinarias: con la misma naturalidad iba a curar leprosos en el lazareto de San Donato, que a predicar contra los herejes en la iglesia de Viarigi; con la misma familiaridad se entretenía con los presos, que hablaba con los niños. En todo era hijo de este pueblo para el cual la guerra ha sido una faena como las demás y todavía hoy habla de ella como si hubiera ido a un trabajo más lejano; de este pueblo que no poseía nada, que apenas si tenía la tierra donde caerse muerto y se comportaba como si llevara la victoria en la mano. Sus dotes de intuición, practicidad, laboriosidad y prudencia son las típicas de nuestra gente más genuina, que es la del campo. Campesino es su gusto por las fiestas colectivas que se llaman «*sagre*» (función, feria) y en las que el pueblo se reúne para proveerse a la vez de las cosas del mundo y de las de Dios. Había aprendido sobre todo de su gente el respeto al tiempo, que es sagrado, que no puede perderse sin pecar y por esto pudo hacer tantas cosas para las que parece increíble le haya bastado una vida.

La Iglesia, en el proceso para la canonización, ha examinado algunos de sus milagros de curaciones obtenidas por encima de toda explicación y esperanza; pero el milagro vivo y perenne es su propia obra, que se ha extendido por todo el mundo con una rapidez y una fecundidad que no tienen explicación a base de suerte únicamente y tampoco de virtud. En ellas está [358] la mano de Dios. En el oscuro cobertizo donde el Obispo hubo de quitarse la mitra para poder estar de pie, levantó un templo para muchísimos fieles; la pobre casa donde recogió a los primeros muchachos se convirtió, a la vista de todos, en ciudad del estudio y la oración, de donde partían sus hijos hacia todos los caminos de la tierra. Hoy se cuentan sus iglesias por centenares y por millares sus casas y todas han sido construidas por su voluntad, todas iluminadas por su fe. Porque el Santo vive y actúa como antes, más que antes, y rara vez se vio una Orden que conservara con tanta fidelidad y prosiguiera con tanta suerte el espíritu y la misión del fundador.

Está cubierto de significados y de advertencias el hecho de que se haya realizado este milagro y se repite cotidianamente en una edad tan progresista que se avergüenza de la fe y tan refinada que se complace en la superstición, en una edad que tiene miedo de todo y no cree en nada. Evidentemente hay fuerzas que no se conocen y valores que se han olvidado, cuando un pobre sacerdote ha podido crear esta obra inmensa, que no se compone solamente de casas construidas, sino de almas inspiradas; y es precisamente este renovarse y extenderse de vocaciones y entregas lo que hace pensar.

Nuestro Santo invita a meditar, no sólo por el tiempo en que vivió y trabajó, sino

también por la tierra en la que nació, puesto que vino al mundo en un caserío de Castelnuovo de Asti, tierra clásica de ese Piamonte, que es sagrado para la nueva historia, como fue cuna de reyes y mansión de las armas que debían resolver lo prometido y cumplir el destino de la unidad.

Lo mismo que el Renacimiento fue un fenómeno preponderantemente toscano, el Resurgimiento ha sido un fenómeno preponderantemente piamontés y uno y otro debían ir a parar por necesidad a Roma. En un momento dado, nacieron dentro de los confines del antiguo Reino Sardo los hombres necesarios y destinados a la empresa: el rey sacrificado y el rey victorioso, el pensador y el animador, el político y el guerrero, todos se encontraron juntos donde les había precedido el poeta. En aquella misma tierra, al mismo tiempo y en otro plano, necesariamente en la oscuridad y olvidadas hasta hoy, se adelantaron tres figuras de sacerdotes, dos de los cuales ya son Santos y el otro Beato.

Hay que subrayar que los tres eran sacerdotes; porque las grandes Ordenes religiosas, también cuando ejercen su propio ministerio en medio del pueblo, están exclusivamente entregadas a la fe, mientras la misión del clero es religiosa y civil y eso es a un mismo tiempo la milicia de la Iglesia y una jerarquía del Estado. Los tres desarrollaron una actividad de porte social y en cierto sentido político, contribuyendo indirectamente, pero eficazmente, a la obra del Resurgimiento.

Esos tres fueron el canónigo Cottolengo, siervo de la pobreza; don José Cafasso, maestro del sacerdocio; Don Bosco, apóstol de la juventud.

[359] El primero se entregó a recoger desdichados y desamparados, enseñando que no puede abandonarse ninguna fuerza ni debe darse por perdida alma alguna para esta vida y para la otra; demostrando que el pueblo es amado hasta en el horror de sus llagas y asistido hasta en el fondo de sus abyecciones.

El segundo se dedicó a la formación del clero en el que habían aparecido entonces infiltraciones jansenistas y jacobinas: con el nombre de rigorismo y regalismo habían penetrado procedentes de Francia falsas doctrinas que amenazaban la verdad de la fe y la disciplina de la Iglesia en aquella tierra que continuamente se vio expuesta a las asechazas de las herejías y a la violencia de las invasiones, y era necesario que, en el contraste entre el Estado y la Iglesia, no sucumbiese la religión.

Don Bosco, el último, puede considerarse como su discípulo y en cierto modo asumió sus oficios y virtudes, desarrollando una acción de la que no sabemos qué admirar más, si su valor religioso o su valor social.

Gioberti había señalado claramente las tres necesidades de nuestra época: predominio del pensamiento; autonomía de la Nación; liberación de la plebe. El Santo se dedicó a la liberación de la plebe, cuyas necesidades y dolores sabía, pero fue irresistiblemente ganado por los muchachos, entendiéndolo que en la juventud debían apoyarse las nuevas fortunas de la fe y de la Nación. Y, cuando tras los aprendices entraron en sus casas los estudiantes, tampoco escapó del pueblo al que en el fondo pertenece la burguesía pobre del campo y de la ciudad. Y pueden atestiguar la eficacia de su acción los innumerables hijos del pueblo que, sin él, habrían seguido en la ignorancia y en la oscuridad, cuando el Estado no tenía voluntad ni los medios adecuados para su misión.

Don Bosco pensó en hacer italianos cuando no se había hecho todavía Italia y por esto, después de haber sido exaltado como Santo, fue honrado como ciudadano en el monte sagrado de Roma.

Pero sería una equivocación querer ver en él un sacerdote de tipo patriótico: es verdad que la vigilia del 1848 hizo que sus muchachos realizaran ejercicios militares

y que en sus oratorios se rezaba por la vida y la victoria del Rey, de quien fue súbdito fiel; pero él estaba completamente absorbido en su misión y se le considera por encima de todo como un siervo de la Iglesia, un ministro de Dios.

En el contraste entre la Iglesia y el Estado no tenía alternativa; sino que en este tema fue uno de los que no contribuyeron a agravar la discordia, más aún, se ingenió eficazmente para atenuarla en el momento de la más grave tensión, convirtiéndose en honrado mediador entre la Curia y el Gobierno.

El conflicto entre la Iglesia y el Estado era inevitable, porque nuestra unidad debía cumplirse en Roma, pero debía hacerse enseguida como una necesidad y no como un pretexto buscado para atacar aquella [360] fe que constituía en el pueblo un fundamento de la unidad que se quería conseguir. Hoy, cuando el tiempo ha calmado las pasiones y restablecido los valores, debemos admitir que, por una y otra parte, se envenenó la cuestión más de lo debido y hasta podemos afirmar que no eran los de ingenio más alto los que se esforzaron por hacer definitiva una discordia necesaria, pero superable, y tan superable que se logró en cuanto la Nación tuvo conciencia de su fuerza y su destino.

Don Bosco contribuyó más de lo que pueda imaginarse a evitar lo irreparable y no sólo auguró la conciliación, sino que la predijo con un poder adivinador que hace creer en la profecía.

Desde Dante, todas las personas eminentes condenaron la superposición de los dos poderes, pero igualmente suplicaron que se alejase la contienda. La historia demuestra que nuestro pueblo fue grande y poderoso, aunque dividido, mientras la fe fue viva y sincera, mientras su vida religiosa y su vida civil se desarrollaron en fecunda armonía; entonces surgieron a la par los soberbios palacios y las sublimes catedrales que ilustran nuestras ciudades, las cuales, en el esplendor de las armas y las artes, en la riqueza de las industrias y del comercio tenía cada una la fuerza de crear el Estado y el valor de soñar el Imperio.

Cuando se oscurece la fe y Roma decae, empiezan nuestra esclavitud y nuestra miseria: los tres últimos siglos fueron los más tristes y oscuros de nuestra historia, porque la Iglesia, asechada en su verdad y amenazada en su conjunto, se cierra en sí misma apartándose de todo lo que primeramente había impulsado y ayudado, mientras por otra parte se pierde el sentido de lo divino que es igualmente necesario en la vida de los individuos y en la política de los Estados. Gioberti está en lo cierto cuando señala en el progresivo recíproco apartarse de la política y de la religión la causa principal de nuestra debilidad, de nuestra enfermedad. La protesta, que fue una rebelión en Roma, no podía venir más que de un pueblo que nunca fue conquistado por las armas y que por demasiado poco tiempo estuvo sometido a la fe de Roma. Pero nosotros no podemos, sin renegar y atacarnos a nosotros mismos, desterrar de nuestra vida y mucho menos cancelar en nuestra historia esa religión que es católica por ser romana; por eso, los que pretendieron ignorarla se equivocaron lo mismo que los que quisieron suprimirla.

El Duce ha hecho muchas cosas grandes: ha sacado al pueblo de la oscuridad y a la tierra del cenagal; ha creado institutos y fundado ciudades; ha extendido nuestro dominio y renovado nuestro poder; pero hasta aquí su más alta inspiración y su más grande obra ha sido la conciliación. Este ha sido el suceso nuevo de nuestra época, el fruto maduro de una y otra victoria; porque la conciliación suponía en el pueblo la conciencia de que la guerra le ha restituido y en el Estado la autoridad que le ha dado el Fascismo. Así se ha restablecido en Roma una armonía que [361] se reflejará en el mundo destinado a rodar en torno a dos llamas que le dan nombre y esplendor.

Don Bosco preparó y anunció este suceso, cuyo alcance no es posible prever, pero hay muestras visibles para creer que ha dado principio a una nueva historia.

Una sencilla religiosa de Siena (*se refiere a Santa Catalina de Siena*) volvió el Papa a Roma; y un caspesino de Asti (*Don Bosco*) mantuvo los contactos con el gobierno del Rey de vuelta en Roma: es una señal de que nuestro pueblo siente profundamente la necesidad de esta paz.

El ensalza por igual a Santos y a héroes porque sabe que su fuerza es debida a la vez a la voluntad que ejecuta y a la fe que inspira, a la virtud que redime y al genio que crea.

Quizás nunca fue celebrada con tanto gozo la proclamación de un Santo, porque nuestra conciencia no estuvo nunca tan serena ni se le presentó tan clara la relación entre lo divino y lo humano en la vida y en la historia.

Hoy la Iglesia, libre de otros cuidados y más alejada que nunca de la política, se ocupa únicamente de su misión; hoy el pueblo, superada toda división y unida toda separación, ha hecho la paz consigo mismo y camina seguro por su camino. Por esto se mira hacia Roma desde todas partes como dispensadora de verdad y maestra de vida.

Inmediatamente después de la conmemoración civil, vino el triduo, empezado el día veintiséis. Por disposición del cardenal Schuster se predicó simultáneamente en setenta iglesias por oradores elegidos del clero milanés, entre los cuales había varios obispos y sacerdotes salesianos. Todo ello llevó o volvió a llevar a los Sacramentos a una inmensa masa de hombres y mujeres y sirvió de preparación para la verdadera apoteosis del domingo veintinueve, cuando se llevó procesionalmente la reliquia del Santo. También en Milán se metió la lluvia en el programa; pero tampoco los milaneses se acobardaron. El magnífico cortejo, con más de veinte mil personas, desfiló impertérrito por las calles de la ciudad entre una multitud de pueblo reverente hasta la Catedral, donde esperaba en el trono el Arzobispo con el Cabildo y autoridades. El canto del himno ambrosiano puso término a la gloriosa jornada. Y jornadas semejantes, aunque no en la solemnidad, pero sí en la participación unánime de todo orden social, se tuvieron en muchísimas otras ciudades de Italia y del extranjero. Los diversos *Boletines* nacionales dieron cuenta de ello, como decíamos, [362] con amplitud suficiente para los futuros historiadores de la Iglesia, que deban narrar los sucesos de este penoso período.

El movimiento de piedad, de ideas y de obras que ocasionó la canonización de don Bosco, hizo sentir universalmente el deseo de que su culto se extendiera perpetuamente a toda la Iglesia. Muchísimas diócesis hasta de los más remotos lugares, enviaron al Papa peticiones en tal sentido. Por ello se formó una *Positio*, que se discutió por la Congregación de Ritos en la sesión ordinaria del 14 de enero de 1936.

Obtuvo voto favorable, cuyo epílogo fue el siguiente Decreto del veinticinco de marzo ¹: «Constituyó suma alegría para todo el pueblo cristiano que el Sumo Pontífice Pío Papa XI decretara los supremos honores de los Santos para el Beato Juan Bosco, en el decimonoveno centenario de nuestra santa Redención. E inmediatamente, no sólo la Familia Salesiana, sino también muchísimas diócesis empezaron a honrarle de modo especial como padre de los jóvenes. Y al aumentar cada día más la devoción, fueron innumerables los Obispos que, con el fin de suscitar más abundantes frutos de santidad entre las almas de los fieles y especialmente de los jóvenes, dirigieron al Sumo Pontífice Pío Papa XI, muy humildes y encarecidas plegarias, a fin de que se extendiera a la Iglesia universal el culto de un hombre tan grande y tan benemérito de la causa católica. Por lo que Su Santidad, después de oír el parecer del infrascrito Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, en la audiencia del 25 de marzo de 1936, acogiendo benigne los votos de tantos Cardenales, Arzobispos y Obispos de la Santa Iglesia Romana, decretó que se celebre la fiesta de San Juan Bosco, como confesor no pontífice, en la Iglesia universal, con *rito doble menor, según el Oficio y la Misa adjuntos a este decreto, el día treinta y uno de enero*, transfiriendo la fiesta de S. Pedro Nolasco, confesor, al veintiocho de enero».

[363] A la glorificación de don Bosco añadióse otro suceso. El mismo día catorce de enero los Cardenales y Oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos dieron su voto para la introducción de la Causa de don Miguel Rúa. Si la gloria de los hijos redunda a gloria del padre, ¿qué decir de la gloria adquirida por don Bosco con este su incomparable hijo, que él mismo plasmó, que lo hizo y tuvo como sucesor y que no hizo otra cosa durante toda su vida más que emular sus virtudes? Si llegaran a faltar pruebas para la santidad de don Bosco, la santidad de don Miguel Rúa valdría por mil.

A más de las fiestas religiosas y civiles se multiplicaron formas de glorificación permanentes. No sólo en pueblos o ciudades de segundo orden, sino también en las mayores capitales le dedicaron calles y colegios, levantáronle monumentos y se construyeron iglesias excelentes; la principal de éstas surgió en París. No podemos dejar de mencionar por encima de todos un monumento en este lugar: es el que colocó a don Bosco entre los fundadores y fundadoras de Ordenes y Congregaciones religiosas en la Basílica de San Pedro. Hay un detalle muy curioso, certificado por don Miguel Rúa. La primera vez que el

¹ El texto latino en el Ap., Doc. 19.

Santo visitó la Basílica de S. Pedro, en su compañía, el 26 de febrero de 1858, después de haber permanecido unos instantes contemplando en silencio el espectáculo de tanta magnificencia, lo que más llamó su atención fue la serie de estatuas de mármol que representaban a los fundadores de familias religiosas; y he aquí que había llegado también para él el momento de ser colocado en uno de los nichos, que entonces observó vacío y a la espera de quien lo había de ocupar. Subió a él, por tanto, en el mes de enero de 1936.

Su monumento es un colosal grupo de mármol, cuya figura principal mide cuatro metros con ochenta centímetros de altura, sin tener en cuenta el pedestal de un metro y siete centímetros. Don Bosco está representado en actitud de señalar con noble gesto de su derecha el altar papal con dos jovencitos, envueltos por su mano izquierda con un amplio gesto paternal. [364] Son éstos el Venerable Domingo Savio y el patagón Ceferino Namuncurá. Su concepción y su expresión alcanzan la cima del arte. Canónica, escultor de fama mundial y miembro de la Academia de Italia, liberándose de toda meticulosidad fotográfica y por encima de las actitudes tradicionales de don Bosco en pinturas y esculturas, fijó enérgicamente la grandeza espiritual en una creación que pertenece al arte verdaderamente digno de este nombre. José De Mori hizo de ella una descripción, de la que extraemos algunos períodos ¹.

De la variada iconografía de don Bosco, Canónica «ha tomado una síntesis fiel que expresa junto a su fisonomía, su carácter». Transparenta, en efecto, «el carácter meditativo del Santo, su fuerza intelectual, su previsión de santo y de apóstol, lo que, unido a la sonrisa paternal de su boca, integra bien su carácter exuberante de caridad y de amor». El gesto es «expresivo, espontáneo y al mismo tiempo recogido y austero». El crítico lo retrata así: «Con la mano izquierda protege a dos jovencitos que son la personificación histórica y espiritual de su misión. Más alto Domingo Savio, alumno predilecto, que pronto le seguirá en el honor de los altares. Más pequeño el muchacho patagón, Ceferino Namuncurá, hijo del gran Cacique, convertido con su tribu por el cardenal Cagliero, que fue como adoptado por don Bosco y por los Salesianos, para indicar que su apostolado en favor de la juventud no conoce límites de continentes ni prejuicios de razas (...). Con su mano derecha señala San Juan Bosco el venerado sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y parece que los dos jovencitos estén pendientes de sus labios para oír perpetuada en el mármol aquella profesión de

¹ *L'Avvenire d'Italia*, 9 de enero de 1936.

fidelidad al Pontificado Romano, que ha sido la divisa incontaminada de don Bosco». Esta actitud «responde a la fidelidad histórica y, a la par, no aísla la estatua de [365] don Bosco en su hornacina, como un puro elemento decorativo, sino que constituye un elemento orgánico del templo, que lo enlaza con el venerado santuario de la cripta vaticana». El conjunto del grupo, además, «está realizado en sus líneas esenciales con armónico equilibrio, casi con elevación musical señalada como en una trinca por la gradual elevación de las figuras del Indio, de Savio y del Santo, fundidos a su vez en la cuadrada monumentalidad del Protagonista». De modo que «realidad e idealidad se integran, satisfacen nuestra exigencia humana de casi contemporáneos y nos ofrecen casi una visión celestial del Santo».

Para no recaer, en el error en el que deplorablemente incurrió alguno, hay que considerar que ni Domingo Savio ni Ceferino Namuncurá son los representantes de su país de origen, sino que, mientras el primero representa a la juventud de todo el mundo civilizado educada por don Bosco y sus discípulos, el otro simboliza a la juventud que los Misioneros de don Bosco van redimiendo en tierras no besadas todavía por el sol del Cristianismo y de la civilización. El haber elegido como tipo de la segunda categoría a un hijo de las Pampas, se debe únicamente al hecho de que don Bosco enviara a sus primeros apóstoles del Evangelio, como todos saben, a las tribus de la Patagonia, entonces salvajes.

El monumento fue inaugurado el treinta y uno de enero. La ceremonia habría sido, según costumbre, muy sencilla; pero en aquella ocasión la Basílica revistió el aspecto de las grandes funciones. El centro, delante del altar de la Confesión, estaba totalmente ocupado por grupos de personas eminentes eclesiásticas y seglares; en el resto de la nave se encontraban diez mil jóvenes, dispuestos en cinco columnas, que representaban, por disposición del Ministerio, a las Escuelas de la Urbe. Bajo las arcadas laterales se agrupaban muchedumbres de alumnos de los distintos colegios salesianos de Roma y los Castillos Romanos. En las naves menores se mezclaba la multitud anónima. Fue, en fin de cuentas, una nueva afirmación de fe y de fervor, que, como justamente señalaba *L'Osservatore Romano*, [366] «hizo revivir la inolvidable jornada de la Pascua del 1934».

A las once y media ingresó el cardenal Pacelli, Arcipreste de la Basílica. Ciento ochenta cantores reunidos de los cuatro Colegios Salesianos, interpretaron bajo la dirección de Antolisei un *Himno* del mismo maestro en honor del Sumo Pontífice y las *Acclamaciones* a Pío XI del Maestro Ghedini. Después de los cánticos los «Sampietri-

ni», con permiso del Cardenal y a una señal del maestro de ceremonias, levantaron el velo que cubría la hornacina. Las aclamaciones entusiastas de más de veinte mil personas saludaron la aparición del amado Santo. Cuando cesó la calurosa manifestación, el Procurador General, don Francisco Tomasetti, leyó un discursito, en nombre del Rector Mayor ausente, comentando así el hecho.

Eminencia Reverendísima:

Por tres cosas se consideran felices los Salesianos en el momento en que San Juan Bosco ocupa un lugar entre los grandes Fundadores religiosos, que inmortalizados en el mármol, llegan de cuando en cuanto a aumentar el esplendor del máximo templo de la Cristiandad.

Celebran que le haya correspondido a Vuestra Eminencia el ministerio de inaugurar con la bendición del Cielo el monumento de su Padre, porque veneran en la persona de Vuestra Eminencia al Cardenal Protector de su Congregación.

Es, además, motivo de inefable alegría que la benignidad del Padre Santo se haya dignado asignar a don Bosco un lugar tan visible en la Basilica. El ojo del espectador es llevado hasta la hornacina que lo presenta a su mirada, ascendiendo por dos sucesivas visiones: al pie de la columna está la majestad del Príncipe de los Apóstoles, y en el centro la luminosa figura del Angélico Pío IX: San Pedro, cuya vida narró don Bosco al pueblo con ardorosa fe, candoroso y edificante estilo y Pío IX, que amó paternalmente al Santo y que fue filialmente correspondido.

Un tercer motivo de alegría se añade a los dos anteriores, y es que el escultor, con el insuperable magisterio de su arte haya colocado la imagen de don Bosco en la actitud que más se conformaba con la naturaleza de su apostolado. Está ahí, apretando con afecto a la juventud de los países civilizados y de las tierras de misión y, señalando el altar de la Confesión, la empuja en esa dirección como diciéndola: «Hijitos, ahí está la salvación, porque ahí está Pedro, y *ubi Petrus ibi Ecclesia*». En tiempos hostiles al Papado, él conservó la fidelidad al [367] Vicario de Jesucristo, en quien señalaba al maestro, al guía, al bienhechor de la humanidad.

Ante el espectáculo que contemplamos, no puedo dejar de advertir una cosa. Don Bosco tuvo un gran sueño durante toda su vida: anheló siempre, para bien de las almas y grandeza de su Patria, la feliz unión entre el Reino de Italia y la Santa Sede Apostólica, en virtud de la cual, ahora, por voluntad de quien rige los destinos de la Nación, S. E. el Ministro de Educación Nacional dispuso que la juventud estudiantil de Roma, representando a toda la juventud italiana y extranjera, se reuniese aquí para rendir homenaje al Santo Educador.

Sean dadas vivísimas gracias a Su Eminencia el cardenal Salotti y a los Excelentísimos Representantes de todas las Naciones ante la Santa Sede, por haber querido hacer más solemne esta ceremonia con su presencia, como para testimoniar la universalidad de la misión de don Bosco en el mundo.

Las gracias muy especiales también a las Congregaciones Religiosas que, con fraternal solidaridad, han participado en la fiesta de la humilde Congregación Salesiana.

Consagre ahora la bendición de Vuestra Eminencia todos estos motivos de alegría, impetrando del Cielo que el recuerdo de tan fausto suceso viva perennemente en la memoria de los presentes y pase salutíferamente a las futuras generaciones.

A continuación se puso la estola Su Eminencia y bendijo la estatua según el ritual. Otros hermosos cantos pusieron fin al breve rito; pero el himno más bonito brotaba de aquellos corazones juveniles que latían a la vista de su padre elevado a tan alta gloria. La ceremonia se desenvolvió con tal rapidez que, cuando la campana de San Pedro tocó al *Angelus*, todo había acabado.

La hornacina asignada por el Papa a don Bosco puede muy bien decirse que es un sitio de honor; en efecto, no hay ninguna otra en un lugar tan distinguido. La estatua se levanta allí sobre la de San Pedro y se destaca sobre el medallón en mosaico de Pío IX; don Francisco Tomasetti explicó muy bien lo que ello significa. Los que vivieron en los últimos años del Santo no podían contemplarlo allá arriba sin recordar un sueño suyo, que le oyeron contar siendo niños. Le había parecido hallarse precisamente dentro de aquella hornacina sin saber cómo había sucedido aquello. [368] Espantado miraba alrededor para pedir socorro; pero, reinaba un profundo silencio bajo las bóvedas del templo. Dio entonces un grito, y con la angustia se despertó. ¡Quién sabe cuántas veces, al visitar San Pedro, se había él acercado a la estatua de bronce del Apóstol, había besado su pie, y había acercado, como suele hacerse, la frente hasta tocarlo como signo de humildad y fiel sumisión al Vicario de Jesucristo!

Nadie, y él menos aún, habría imaginado entonces qué arcano podía esconderse bajo el velo del extraño sueño.

CAPITULO XVIII

EN EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE

EN el quincuagésimo aniversario de la muerte de don Bosco hubo una serie de celebraciones tan importantes que nos parece conveniente cerrar este volumen sobre la glorificación del Siervo de Dios, refiriendo al menos las más memorables. Concederemos el primer lugar a varias manifestaciones hechas por aquel que gustó ser llamado el «Papa de don Bosco».

Pío XI tenía presente esta fecha desde principio del año, al escribir un documento paterno privado. El jesuita piemontés Pedro Boetto, llamado en diciembre de 1935 a formar parte del Sacro Colegio, celebraba en el mes de febrero su quincuagésimo aniversario de vida religiosa. En la fausta circunstancia recibió el Purpurado una carta de Pío XI en la que el Pontífice se complacía en recordar cómo el principio de su vida religiosa coincidía con el día en que se desarrollaban las solemnes honras fúnebres en la capital de su región a San Juan Bosco, fallecido el día antes. Ahora bien, creyó el Papa descubrir en aquella ocasión un estímulo que no había podido dejar de vigorizar en el novel religioso los magnánimos propósitos jamás venidos a menos en adelante.

A primeros del mismo mes de febrero, quiso Pío XI pensar en los hijos de don Bosco en una circunstancia, que [370] no le habría llamado la atención, de no haber sabido dicho aniversario y el propósito de participar en él de algún modo. Se acostumbra cada año, en el día de la Candelaria, como suele llamarse la fecha de la Purificación de la Santísima Virgen, que todos los Procuradores Generales de las distintas familias religiosas se presenten juntos al Papa y le ofrezcan un cirio. El más bonito de los cirios ofrecidos en el año 1938 fue el de la Soberana Orden de Malta. El Santo Padre quiso que fuera destinado precisamente a la Sociedad Salesiana «en recuerdo, como escribió *L'Osservatore Romano* del día 11, del quincuagésimo aniversario de la bienaventurada muerte de su Santo Fundador, con quien el Sumo Pontífice *había* tenido, en los primeros años de su sacerdocio, inolvidables relaciones personales, engrandecidas después con aquellos ac-

tos del supremo Magisterio, que culminaron con las grandiosas ceremonias de la beatificación y de la canonización».

Un rasgo de altísima benignidad quedará en la historia del mismo cincuentenario como documento del afecto del Papa Pío XI a don Bosco y su Obra. El salesiano don Jorge Castellino, alumno del Instituto Bíblico en Roma, debía defender su tesis doctoral en Sagrada Escritura. Estas defensas no suelen hacerse solamente ante los examinadores, sino ante un público de estudiosos. Entonces el Papa estableció que el candidato se sometiese a la prueba en su presencia, lo que se realizó en Castelgandolfo el diecinueve de mayo por la mañana, con intervención de numerosas personas cultas. Cuando la Comisión examinadora hubo dado su voto, que fue con matrícula de honor, el Santo Padre pronunció un elevado discurso sobre la importancia de los estudios bíblicos, y entre los motivos de satisfacción que aquella selecta reunión suscitaba en su alma evocó también «el siempre agradable, hermoso y benéfico recuerdo de S. Juan Bosco», y demostró asimismo, una vez más, lo mucho que él estimaba, apreciaba y admiraba a la gran familia del Santo, aquellos sus queridos hijos Salesianos, y les decía a ellos y a todos que [371] el Papa era feliz al dedicar a uno de ellos un gesto «coronador de méritos y de altos méritos», como eran los de la ciencia sagrada.

Aquel mismo año reveló todavía el Papa varias veces, en audiencias públicas, estos sus benévolos sentimientos. El veintiocho de mayo, al recibir con otros grupos a unos cincuenta aprendices del colegio salesiano «Pío XI» y aludiendo al nombre del mismo, les dijo: «Esperamos que este nombre sea para vosotros un buen augurio, porque es, ciertamente, el nombre de un viejo, pero también el nombre del Padre y el nombre del Vicario de Jesucristo. Nuestra bendición especial para vosotros y para todo el colegio tan querido, no es necesario decirlo; pero vosotros Nos lo habéis reclamado con un discurso tan afectuoso y lleno de filiales sentimientos y en sentido cristiano; porque sois unos buenos hijos de la Santa Madre Iglesia y del gran amigo de Dios y obrero de la fe, que fue vuestro y nuestro S. Juan Bosco. Vuestro y nuestro, podemos muy bien decirlo, porque si don Bosco es para vosotros Padre en Cristo, Nos podemos asegurar muy bien que hemos sido primero su amigo en el Señor y que hemos llegado a ser después Padre, Padre de la gloria más alta, de la gloria de los Santos, a la que Dios nos ha concedido cooperar, aunque sólo sea como un humilde instrumento».

Precisamente un mes más tarde, participaban veinticuatro noveles sacerdotes salesianos, en una audiencia colectiva en la que el Papa

dirigió unas palabras especiales de bienvenida a cada grupo de personas. Al llegar a los nuestros, los felicitó, por presentarse a él «bajo el grande, hermoso y prometedor nombre de S. Juan Bosco». Más tarde, el cinco de agosto, le presentaron las novicias del vecino noviciado de las Hijas de María Auxiliadora y les dijo que ellas se presentaban al Papa bajo el nombre de María Auxiliadora, que le era particularmente querido, porque le recordaba a su «gran amigo» don Bosco.

Pío XI, hasta cuando recibió a los Carabineros Reales que habían prestado el servicio de orden y honor en torno a la residencia pontificia, quiso que oyeran su palabra de alabanza a don Bosco. [372] Los recibió el veintiuno de octubre, ocho días antes de salir del palacete de verano y les dirigió un discurso, que acabó diciendo: «Hemos pensado daros un pequeño recuerdo de esta audiencia, para deciros lo mucho que nos agrada. Ya hemos entregado una medallita a vuestro Coronel y ahora la entregamos a vuestros oficiales. La medalla está adaptada a la circunstancia, porque lleva la imagen del buen viajero San Martín, que murió siendo un santo obispo, pero que fue también un soldado bueno y valiente. Os daremos otra a vosotros. También ésta es a propósito para la ocasión, porque, aunque no lleva la imagen de un militar, tiene, sin embargo, la de un verdadero soldado del trabajo y del deber, de uno que, precisamente por esto, ha llegado a ser santo: don Bosco, que equivale a decir lo más italiano y más estimulante que existe».

En una audiencia análoga, del día veinticinco, repitió el Papa un análogo elogio de S. Juan Bosco. Se trataba de cincuenta guardias municipales de Roma, que también habían prestado servicio de orden, especialmente en las peregrinaciones numerosas. Les acompañaban un subjefe de policía y sus oficiales. Al acabar el discurso de Su Santidad, llamó al subjefe, le entregó una medalla de plata con la imagen de San Martín y le encargó que distribuyera a los agentes otras medallas con la imagen de San Juan Bosco. Y al hacerlo recordó el privilegio que él había tenido de elevar a don Bosco al honor de los altares y les dijo, que don Bosco «puede muy bien llamarse el soldado de la caridad, no sólo en Italia, sino bajo todos los cielos, porque los Salesianos llevan su nombre y su espíritu, haciendo el bien a todos».

El hecho más saliente del cincuentenario será la dedicación del altar de don Bosco en la basílica de María Auxiliadora con sus correspondientes consecuencias, que fueron la ampliación y restauración de la misma iglesia. No podía levantarse un monumento más digno al Santo fundador. Escribió don Alberto Caviglia sobre el monumental

altar ¹: «Hay en la historia de [373] toda gran institución de la Iglesia un día, en el que se ha querido levantar a los restos del Santo que fue su autor, un monumento que proclamase sus grandezas y concentrase en él la devoción del mundo. Pensamos en San Francisco, en Santo Domingo, en San Ignacio, en San Pablo de la Cruz. El día de la gloria para don Bosco ha llegado al cumplirse el primer cincuentenario de su paso a la gloria del cielo. Y gracias al arte de los italianos y a la devoción de los hijos de don Bosco, el monumento sagrado, que es un altar, ha logrado poder decir la palabra que pasa a los siglos».

La grandiosidad del monumento no estorba en la iglesia, pues se halla colocado en el brazo derecho del gran crucero donde estuvo el altar de S. Pedro, en el que habitualmente celebraba don Bosco. El arquitecto Ceradini, profesor de la Academia Albertina, ha sabido crear un conjunto de arte y piedad religiosa. Los ojos de quien mira van derechamente a posarse en la urna que guarda las reliquias del Santo, colocada bajo el cuadro del altar y algo encima de la mesa del mismo. Esta urna, puesta en una amplia hornacina, es de cristal, de forma que por todas partes pueden contemplarse los venerados restos, revestidos con los ornamentos sacerdotales. Decimos por todas partes, ya que hay un pasillo que separa el cuerpo del altar de la pared de la capilla y se entra en él por dos puertas de mármol con ricos canceles de bronce dorado. Allí, escribe don Alberto Caviglia, «todo tiende a infundir un sentimiento de recogimiento para orar íntima y confiadamente, como si se hablase de tú a tú con el Santo que se tiene ante los mismos ojos». Puede decirse que se ha alcanzado el modo más natural que podía imaginarse con el fin de colocar a la debida veneración los sagrados restos.

No decimos nada del cuadro del altar porque es provisional el que hay. Todo el conjunto, desde las gradas hasta su remate, rico en mármoles preciosos y bronces, presenta una abundancia de detalles trazados con genialidad, distribuidos con gusto y ejecutados con primor. Tiene delante [374] un presbiterio pavimentado con mármoles policromos y cerrado con una balaustrada de mármol. A los lados de la mesa hay dos basamentos también en mármol que sostienen dos grandes estatuas, que representan la Fe y la Caridad. Las paredes de alrededor resplandecen con el brillo de los mármoles y decoraciones que las adornan y tienen tres vidrieras que representan tres monumentos solemnes de la vida y la gloria del Santo. En el luneto superior se ve al niño de nueve años recibiendo, en sueño, la misión; en el

¹ *L'Osservatore Romano*, 3 de junio de 1938.

ventanal de la izquierda, Pío IX, en el Vaticano, entrega a don Bosco las Reglas aprobadas de la Sociedad Salesiana; en el de la derecha, Pío XI en la basílica de S. Pedro coloca al Siervo de Dios en el número de los Santos. Basta observar la piadosa expresión de cuantos ininterrumpidamente se detienen ante el altar, para decir que allí el arte ha alcanzado plenamente el nobilísimo fin que del mismo se podía esperar.

Era preciso que todo el ambiente, es decir, el resto del sagrado lugar estuviese en armonía con un monumento de tanto valor; de otro modo se habrían recordado los versos de Horacio del borde de púrpura flamante cosido sobre una tela raída. Por eso era necesario, no sólo decorar mejor la iglesia, sino también agrandarla, de modo que tuviese el aspecto y las dimensiones convenientes para un santuario de fama mundial.

El culto de San Juan Bosco, popularísimo y extendido, junto al de María Auxiliadora, aumentaba la afluencia de devotos y se preveía que aumentaría sin medida con el andar del tiempo. Se recordaban las palabras del Santo en la primera circular, con la que en 1864 había pedido ayuda a toda Italia para levantar el sagrado edificio. Escribía él entonces: «Experimenta ciertamente un católico gran satisfacción, cuando tiene ocasión de ver a muchos fieles reunidos en la Casa de Dios; pero experimenta sensible pesar, si los fieles que han acudido a las sagradas funciones, tienen que quedarse fuera por falta de sitio. [375] Esto es precisamente lo que yo mismo contemplo con dolor».

El mismo sentimiento experimentaron sus dos últimos sucesores don Felipe Rinaldi y don Pedro Ricaldone al ver cómo, en muchas ocasiones resultaba demasiado angosto el lugar para satisfacer convenientemente la piedad de la gente, y sobre todo pensando que la estrechez sería cada vez mayor con el andar del tiempo. De donde nació el atrevido plan de poner manos a la empresa de la ampliación.

El problema, arduo por sí mismo, de aumentar la capacidad de un edificio completo en todas sus partes, resultaba más difícil por la limitación de los espacios utilizables y la voluntad de no cambiar el cruceo interior, original del arquitecto Spezia, tal y como lo había aprobado don Bosco, y también por la intención de no suprimir la asistencia diaria de los setecientos muchachos internos a las sagradas funciones, como don Bosco había querido. Se superaron tan maravillosamente estas dificultades, que la ampliación, que costó tres años de trabajo, parece hoy no sólo armoniosamente unida al santuario, sino hecha a la par del mismo. En efecto, quien conocía la iglesia y la vuelve a ver al presente queda sorprendido desde el primer momento, porque, des-

pués de tantas cosas leídas en el *Boletín*, cree encontrarse dentro del interior ya conocido: merece toda suerte de alabanzas el arquitecto que supo ampliar la iglesia sin que cambiase la precedente configuración de la nave.

Damos una idea de cómo se obtuvo tal efecto ¹. A ambas partes del antiguo presbiterio abríanse dos espaciosas sacristías adosadas a los muros perimétricos, y se derribaron. Detrás del altar mayor se había añadido un coro o ábside, que no se veía desde la iglesia, y también fue demolido. Así quedaron libres los espacios para dos amplias capillas laterales, un espacioso pasillo, prolongación de la iglesia, [376] y para la nueva sacristía. Las dos capillas situadas a ambas partes del nuevo y vasto presbiterio con amplias galerías, tienen espacio suficiente para todos los estudiantes y aprendices de la casa. En cada una de las hermosas galerías que dan hacia el presbiterio caben trescientas personas para las funciones más solemnes. El pasillo, que empieza desde el lado de la fachada, corre a lo largo del costado de toda la basílica hasta la sacristía, da vuelta al altar mayor y gira en torno a la otra capilla. A lo largo del espacio que, por detrás del altar mayor flanquea la sacristía, se encuentran seis preciosísimos altares. Capillas, tribunas y galería están iluminadas por grandiosos ventanales con vidrios de colores. El presbiterio recibe una luz discreta a través de una nueva cúpula, horadada por dieciséis ojos de buey con vidrieras pintadas.

El centro del santuario naturalmente es el altar mayor, con su gran cuadro de María Auxiliadora y un magnífico tabernáculo para la santa Eucaristía; allí se dirige inmediatamente la mirada de quien franquea el umbral del santuario y allí se clavan los ojos de los que rezan en la iglesia. Diecinueve clases de mármol se hallan en el conjunto del altar y del cuadro. En derredor y por delante, toda una rica policromía marmórea reviste las paredes, desde el pavimento hasta las cornisas. Cuarenta y ocho columnas de mármol acopladas, con cornisas y capiteles, sostienen las galerías y separan las capillas del pasillo. Toda esta parte, que forma la cabecera del crucero, ofrece la visión de un conjunto tan variado y armónico, que las personas competentes lo admiran y el pueblo queda encantado.

Aumentará el gozo, cuando en 1941 esté acabada la decoración de esta zona y se extienda hasta el fondo de la iglesia; no quedará un solo

¹ Para la descripción técnica de la ampliación y del altar de don Bosco, se pueden ver dos artículos de Alberto Caviglia, publicados, primero, en *L'Osservatore Romano* del 3 y del 4-7 de junio de 1938 y refundidos después por el autor en uno para el *Boletín* de agosto.

palmo de superficie sin decorar. El modesto decorado hecho tres años después de la muerte de don Bosco, está condenado a desaparecer, salvo las pinturas de la cúpula. Con suma pericia se limpiaron éstas del polvo y la suciedad que por diversas razones, habían cubierto las figuras, y reaparecieron con toda la frescura primitiva, permitiendo así apreciar [377] la alta calidad del arte de Rollini. De este modo tendrá la basílica de María Auxiliadora toda la hermosura que le corresponde.

Aumentará mucho la hermosura la nueva organización de la tribuna para los cantores. Se ha quitado, con inapreciable ventaja para la estética y la visibilidad, todo el conjunto orquestal que ocupaba la pared del fondo y limitaba la luz del rosetón y de dos ventanas. Se colocará el órgano en la galería abierta al lado del evangelio, desde donde, según ha demostrado la experiencia, se difundirá mejor que antes el efecto acústico por todos los ángulos de la iglesia.

Pero, mientras tanto, los autores de la gran empresa ya pueden estar satisfechos al comprobar cómo el público alaba sin cesar la parte realizada hasta el presente y anhela se llegue a su término. Ellos son: el Rector Mayor don Pedro Ricaldone, que quiso se hiciera, el Ecónomo General, don Fidel Giraudi, que fue su alma, y el salesiano arquitecto Julio Valotti, intérprete e inteligente realizador. Su satisfacción ha de ser muy grande, puesto que el aplauso de todos viose acompañado por la universal aprobación, dado el modo como se sufragaron los gastos con las aportaciones de personas de toda suerte. Verdaderamente la generosidad de los devotos de María Auxiliadora y de San Juan Bosco no ha dejado de ser nunca inferior a la que ayudó al Santo en la época de la construcción.

Para mejor valorar el mérito de los autores de tan gran obra, hay que conocer dos contrariedades especiales, a las que tuvieron que hacer frente y que, con razón, fueron tildadas de trágicas. Al principio, cuando se demolía el ábside, un descubrimiento imprevisto asustó a quien lo presencié: toda aquella masa se apoyaba casi en el vacío. El año 1864, al excavar los cimientos, se había llegado a un terreno de aluvión, que obligó a establecer un fuerte pilotaje que consolidara los cimientos ¹. Habiéndose retirado las aguas con el tiempo, la madera se pulverizó; y por consiguiente los muros quedaron suspendidos sobre huecos espaciosos, apoyándose apenas [378] en los bordes. Y no fue eso, todo. Comprobóse, a la par, la mala calidad de los materiales de la vieja construcción, de forma que en el interior de los muros, como

¹ *Memorias Biográficas*, vol. VII, pág. 552.

no había cohesión, las resquebrajaduras desvencijaban cada vez más la trabazón. Para conjurar una catástrofe se recurrió a inyectar cemento en todos los puntos de la mampostería, comenzando por el basamento. Trabajó en ello durante dos largos años una sociedad especializada en este género de obras, inyectando cemento hasta que fueron tapados todos los agujeros y unidas todas las partes desencajadas. Se emplearon seis mil quintales de cemento.

El otro contratiempo se manifestó, cuando la primera fase de los trabajos casi estaba acabándose y se aproximaba la fecha de la inauguración. Las columnas que aguantaban el mayor peso de la parte ampliada presentaban cerca de los capiteles señales de resquebrajaduras, como consecuencia de una carga excesiva o de la poca cohesión que a menudo se encuentra en el mármol fuertemente coloreado. Es fácil de imaginar la preocupación del Ecónomo y del arquitecto, que tuvieron que proveer sin demora otras veinte columnas de mármol más compacto y colocarlas en el lugar de las primeras, una tras otra y con infinitas y arduas cautelas. Uníase a este enojoso asunto el molesto pensamiento de mantener secreta la cuestión, a fin de que no se trasluciese y suscitase imprudentes alarmas, con peligro de crear desconfianza en el público. En tal apuro resultaron muy provechosos los consejos de dos celebridades en el campo de la ingeniería. Gracias a ellos, la diligente actividad de los que dirigían los trabajos, no sólo alejó oportuna y eficazmente el peligro, sino que, con el cambio de mármoles, añadió nuevo mérito y ornamento a la obra. Cuando se pidió, al fin, a los ilustres peritos que presentaran sus honorarios, ambos respondieron que se sentían muy satisfechos y honrados por haber servido a don Bosco. Se trataba de los profesores Antonio Giberti de Turín y Arturo Danusso de Milán.

Con ritmo aceleradísimo en las últimas semanas, diose casi por acabada la parte que se deseaba para las fiestas [379] del cincuentenario, cuya celebración se quería conmemorar el nueve de junio, por coincidir con el septuagésimo aniversario de la dedicación del templo.

Los que iban con frecuencia a la iglesia respiraron, al ver que empezaban a quitar los andamios que la ocupaban desde hacía tres años, y a desclavar las vallas, que cerraban la capilla de don Bosco, levantadas a lo largo de los muros a decorar. Y experimentaron la mayor satisfacción cuando se empezó a destruir la pared provisional de detrás del altar mayor, también provisional, que subía desde el pavimento hasta la bóveda y, a manera de un inmenso telón, escondía a los ojos del público la febril actividad de los trabajadores dentro

del espacio que va desde la actual balaustrada hasta la sacristía. La sutil pantalla no ensordecía el ruido de los golpes que retumbaban por toda la iglesia perturbando la oración de los fieles y el ejercicio de los ministerios sacerdotales. Finalmente todo indicaba que iba a volver al querido templo la mística paz de antes.

Sin embargo, la limpieza total de escombros no acabó hasta el día ocho de junio; pero las puertas estuvieron cerradas dos días para acabar los últimos arreglos y cumplir la delicada operación de trasladar los restos del Santo desde la antigua a la nueva urna. Los primeros en ver la basílica renovada fueron los muchachos internos del Oratorio, que se reunieron en ella el día ocho por la noche para rezar las oraciones. A medida que iban entrando, quedaban encantados ante el espectáculo. Con el centelleo constante de las luces brillaban los mármoles multicolores de los dos altares, de las paredes de alrededor, de las capillas y de las galerías; las dos cúpulas iluminadas por lámparas ocultas, parecían inundadas de luz. Después de las «buenas noches» de don Pedro Ricaldone, se adelantaron todos ordenadamente hacia el altar de don Bosco, donde, desfilando por el pasillo, veneraron de cerca la bendita reliquia.

Al alba del día nueve empezó el entrar y salir interminable de la multitud, mientras se hacían los últimos preparativos para una función original. [380] Se habían reunido en Turín casi todos los Obispos salesianos de Italia; habían acudido también el cardenal Hlond y el salesiano Obispo de Shillong en Assam (India), monseñor Esteban Ferrando. Estos, siguiendo los interesantes detalles del rito, hicieron a la vez la consagración de los altares. Resultaron imponentes las consagraciones del altar mayor, realizada por el Cardenal Arzobispo, y la del altar de don Bosco, reservada para el Cardenal salesiano. El arzobispo Félix Guerra consagró un altar muy bonito, del que todavía no hemos hablado. Se halla éste en la cripta, bajo la sacristía, en la parte del altar de don Bosco, y está dedicado a San Pedro. No debía desaparecer de la basílica el testimonio de la devoción al Vicario de Jesucristo que don Bosco había tenido y que había querido perpetuar erigiendo un altar al Príncipe de los Apóstoles, en el cual solía él celebrar el santo sacrificio. Cinco de los altares superiores (el sexto, el del Beato Cafasso, sólo podía ser bendecido), dedicados a S. José, al Cottolengo, a Jesús Crucificado, a los tres Santos Mártires turineses de la legión tebea, a S. Pío V y al Angel Custodio, tuvieron la consagración respectivamente por los obispos Emmanuel, Ferrando, Rótolo, Coppo y Olivares. Cumplido el rito, cada consagrante celebró en su propio altar.

Durante cuatro días se celebraron pontificales solemnes con predicción de los Obispos ante imponentes masas de fieles, llegados en peregrinación desde lejanos lugares. El día diez se reservó totalmente a las Hijas de María Auxiliadora, las cuales habían contribuido con celo y generosidad a proporcionar medios económicos para la empresa. Llenaron la iglesia con sus alumnas y oratorianas y realizaron exquisitas interpretaciones musicales. El día once fue un día de acción de gracias a Dios y a la Virgen Santísima por la incalculable cantidad de gracias obtenidas durante el curso de setenta años. Se clausuraron los festejos el domingo día doce, precedido de una fervorosa adoración nocturna. Desde media noche hasta las once de la mañana, no cesaron las comuniones, distribuidas en diversos altares. La iglesia y el Oratorio se vieron atestados de gente [381] de la mañana a la noche; un río ininterrumpido de visitantes pasó por las habitaciones de don Bosco.

Se había trasladado la procesión de María Auxiliadora al día doce. Desenvolvióse ésta a lo largo del recorrido, con devoción y brillantez, entre compactas hileras de gente del pueblo. ¡Cuántas manifestaciones de fe y de piedad podían contemplarse al paso de la imagen! Delante de ella avanzaban, además de los seis obispos ya nombrados, el Nuncio Apostólico de Bolivia, monseñor Lunardi, otros dos obispos salesianos, monseñor Sosa de S. Miguel en Venezuela y monseñor Munerati de Volterra y los Obispos piemonteses Soracco de Fossano, Rosso de Cúneo, Imberti de Aosta, Grassi de Alba, Ugliengo de Susa y Del Ponte de Acqui; a continuación iban los dos purpurados. Una inmensa multitud recibió la bendición con el Santísimo, impartida por el Arzobispo dentro y fuera de la basílica. Hasta muy entrada la noche un hormiguero de gente llenaba el ambiente. Ya muy tarde se apagó la iluminación de la fachada y de la cúpula mayor y solamente quedó brillando en los aires la corona de lamparillas formando aureola a la cabeza de la estatua de la Virgen, que parecía saludar desde lo alto y acompañar con mirada maternal a la multitud que se alejaba.

Las fiestas del cincuentenario serán memorables en la historia del santuario, porque señalaron el principio de una nueva fase, la de las peregrinaciones. Llegan de todas partes y con frecuencia extraordinaria. Muchas veces los peregrinos procedentes de un mismo lugar pasan del millar; algunos presididos por Obispos y hasta por Cardenales. Se experimenta cada vez más la conveniencia de organizar estos movimientos colectivos, de modo que se sucedan sin estorbarse unos a otros en el lugar y que además encuentren a la llegada y durante su permanencia todo lo necesario espiritual y materialmente. La profe-

cía *de aquí saldrá mi gloria* se cumple en proporciones que seguramente el mismo don Bosco no pudo imaginar.

Hablarán también de este cincuentenario dos obras, que se quiso comenzaran con él. La primera en I Becchi. El abogado Pedro Bernardi, que, viviendo modestamente en [382] El Cairo, había guardado todos sus ahorros, deseaba que a su muerte sirvieran para hacer el bien. Con esta intención nombró su heredero al Instituto salesiano de las Misiones. Cuando este generoso bienhechor pasó a la eternidad, don Pedro Ricaldone pensó cumplir sus deseos, determinando levantar un orfanato junto a la humilde casita de Aquel que, huérfano de padre en ternísima edad y peregrino después por las alquerías del contorno en busca de trabajo y de pan, se había ido formando en la escuela del dolor, de la pobreza y del sufrimiento para llegar a ser un día en el mundo el Padre de los huérfanos. Hizo, pues, preparar rápidamente los planos de un amplio edificio y el cuarto sucesor de don Bosco dispuso que se colocara la primera piedra poco después de las fiestas descritas de Turín. La ceremonia tuvo lugar el día veintiséis de junio. El Cardenal Arzobispo bendijo la piedra y echó la primera paletada de cal. Hubo una circunstancia especial que solemnizó extraordinariamente el rito litúrgico. Se acababa de abrir el decimoquinto Capítulo General de la Sociedad Salesiana e hicieron corona a Su Eminencia y al Capítulo Superior los cuarenta y ocho Inspectores con sus delegados. El orfanato, asociando al nombre del insigne bienhechor el de su ilustre sobrino barnabita, se llamaría Instituto Bernardi-Semería.

¡Una curiosidad! Había un sueño de don Bosco, que parecía guardar relación con la obra emprendida en I Becchi en el cincuentenario. Lo habíamos publicado en el primer capítulo del volumen anterior. Don Bosco vio a su madre junto a la fuente, que mana a la izquierda de quien baja de I Becchi por el antiguo sendero hacia el camino de Buttigliera. Mamá Margarita no sabía explicarse cómo había sucedido que una agua siempre purísima brotara entonces muy sucia. Profirió entonces el lamento de Jeremías: *Aquam nostram pecunia bibimus*. Y acompañó después a su hijo hasta la cima de un collado, que se eleva a poca distancia y desde donde se contempla el vasto panorama, y allí hablaron del mucho bien que [383] se podría hacer en aquellas tierras que se veían. Entonces se despertó don Bosco. Y, contando posteriormente el sueño a don Juan Bta. Lemoyne y a algún otro, observó:

—El lugar a donde me llevó mi madre es muy a propósito para una obra, porque es como el centro de muchas aldeas faltas de iglesia.

Pues bien, fueron a I Becchi don Pedro Ricaldone y don Fidel Giraudi para señalar el lugar donde levantar la obra planeada y eligieron precisamente el collado del sueño, y quedaron muy sorprendidos al advertir que habían puesto sus ojos en el preciso lugar soñado por el Santo. Y diremos más. Poco antes, la Comisión provincial de higiene había declarado contaminada la fuente, en la que habían apagado su sed bastantes generaciones, y en I Becchi se tenía agua potable «a costa de dinero», recientemente instalada por el gobierno civil de Monferrato.

Se puso también en este cincuentenario —el tres de julio— la primera piedra de otra obra importantísima. En el mundo de la industria y fuera de ella, goza de muchísimo crédito la mayor fábrica italiana de automóviles, llamada *Fiat*, que da trabajo a multitud de obreros. Fue creada en Turín por el senador Juan Agnelli. Habiéndose de trasladar la sede de la misma a otro barrio, junto a la avenida de Stupinigi, quiso el valioso industrial que se edificase allí, cerca de las gigantescas construcciones en marcha, un gran oratorio festivo con iglesia pública para la cristiana educación de los hijos de las maestranzas y un modernísimo centro internacional de electromecánica para la formación de los técnicos salesianos que serían enviados a diversas partes del mundo. Igualmente acudió el Cardenal Arzobispo para invocar las bendiciones del Cielo sobre la obra que iba a instituirse, y cumplió de nuevo el sagrado rito en presencia de los miembros del Capítulo General salesiano, y con asistencia de las más altas autoridades ciudadanas. La obra se levantará casi frente a la *Generala*, el reformatorio de jóvenes extraviados, donde don Bosco dio la conocida prueba de su método pedagógico.

[384] Los Salesianos conmemoraron en todas partes el cincuentenario; mencionaremos solamente una nación a la que don Bosco siempre deseó poder extender su apostolado. El cincuentenario de su muerte coincidía con el de los inicios salesianos en Inglaterra, ya que el Santo envió sus hijos a Londres dos meses y medio antes de dejar esta vida. Se celebró el aniversario en la metrópoli inglesa con un ciclo de festejos, que se clausuraron en Shrigley junto a Manchester. Hacía ocho años que los Salesianos dirigían allí un floreciente colegio misionero. Con ayuda de los Cooperadores habían levantado una iglesia de majestuosas proporciones y hermosa arquitectura en honor de San Juan Bosco y no podía hallarse una ocasión más propicia para inaugurarla que el doble cincuentenario. Abrióse al culto la iglesia, con toda solemnidad, en el mes de julio de 1938. Acudieron al acto casi cuatro mil peregrinos, no sólo de Inglaterra, sino también de

Escocia y hasta de la lejana Irlanda. El nombre de don Bosco encuentra también por aquellas tierras muchas simpatías y su iglesia se ha convertido hoy en meta de peregrinaciones de las comarcas limítrofes; acuden allí con singular predilección los socios de la Acción Católica.

Sellóse el cincuentenario del modo más digno que podía imaginarse. Y lo puso bellamente el «Papa de don Bosco», beatificando a la Madre María Mazzarello. Roma dio a la nueva Beata el título de «Cofundadora del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora»: título muy honorífico y merecido. Correspondióle el gran honor de haber tenido una parte muy importante en la fundación de una familia religiosa destinada a tan glorioso porvenir; su mérito está en haberse convertido en dócil instrumento en manos de San Juan Bosco para plasmar las primeras Hermanas, que debían dar a la Congregación la iniciación y casi el tono querido por el Fundador. Ella puso a disposición del Santo las más selectas virtudes que pueden adornar [385] el corazón de una virgen consagrada a Dios, y el Santo la dirigió en la empresa, la sostuvo en los sacrificios, complaciéndose al descubrir en ella los tesoros de gracia, que el Señor le había dado para la propia santificación y el buen gobierno de sus súbditas. Con razón escribió don Pedro Ricaldone, en su carta anual a los Cooperadores y Cooperadoras ¹: que la beatificación de María Mazzarello «es una confirmación de la poderosa eficacia del espíritu de nuestro gran Padre para suscitar frutos de santidad».

Se celebró esta beatificación el 20 de noviembre de 1938. Iba en tercer lugar, después de la de María Josefa Rossello y la de Francisca Javier Cabrini, pero superó a ambas, y con mucho, por el concurso de romanos y forasteros. Evidentemente actuaba el nombre de don Bosco en un movimiento, que superó toda esperanza. El Papa quiso conceder una solemne audiencia el día de la víspera. Acudieron casi cinco mil personas. El venerando Anciano atravesó las salas atestadas de gente, entre entusiastas aclamaciones y, desde el trono, dirigió su augusta palabra, que los altavoces hicieron llegar hasta los que estaban más lejos. Dijo entre otras cosas el Papa:

¿Qué podría decirse o añadir a lo que ya dicen las cosas, los acontecimientos? Porque es tan grande esto a lo que Dios nos llama a participar —la elevación de su fiel Sierva a los supremos honores, que reclaman para ella, desde todas las partes del mundo, la luz de San Juan Bosco en la que ella resplandece— que toda expresión resulta inadecuada. No queremos, por tanto, más que recoger el mismo suceso, la palabra que consignamos a la memoria de los presentes, a vuestra práctica de buenos

¹ *Boletín Salesiano*, enero de 1939.

hijitos y buenas hijitas. Nos hemos reunido aquí y nos volveremos a reunir mañana, en una función más solemne, más grandiosa, precisamente para gozar y gloriarnos también nosotros con la exaltación y la gloria de la gran Sierva de Dios. Gloriarnos también nosotros, porque ello es justo y obligatorio. La Venerable Mazzarello es de nuestra familia y nosotros somos de la suya. En la Comunión de los Santos, en la unión del cuerpo místico de Cristo, somos todos los fieles, no sólo hermanos y hermanas, sino miembros del mismo cuerpo, del mismo organismo sobrenatural que vive la misma vida de Dios, que se transfunde [386] en él. Es natural que hijas y hermanos se honren con la gloria de la madre y del padre. Y he aquí el punto de arranque bueno y práctico: gloriarnos de esta nuestra hermana, es algo que está bien; podemos y debemos hacerlo; pero ella a su vez, tiene el mayor derecho, el más alto y soberano para poderse complacer de nosotros y no tener en nosotros unos hijos degenerados, sino fieles a la gloria de aquella Sangre divina, que le ha santificado a Ella y debe hacernos santos también a nosotros.

Hijos fieles del gran nombre de la familia cristiana que nos liga a Jesucristo y a todos los Santos, comenzando por la Inmaculada Virgen María, debemos obligarnos a honrar, glorificar a esta gran familia. Que no tenga que avergonzarse jamás de ninguno de nosotros sino que siempre pueda gloriarse de nuestra conducta, de nuestra vida cristiana, que es lo mismo que decir vida santa, como ha sido la de la gran Sierva de Dios.

No es dada a todos la misma medida de gracia, pero a todos se les da esta vocación de santidad. Todos somos llamados a esta santidad, pertenecemos a una familia de Santos, a un cuerpo santo, y por consiguiente debemos serlo también nosotros en la medida de la gracia, que Dios nos otorga, con tal de que encuentre fe y generosa correspondencia en nuestra conducta. Que toda nuestra vida, como diría el apóstol, sea, por tanto, en las obras y en las palabras, digna del gran nombre que llevamos, de la gran familia a la que pertenecemos. Entonces sí que habremos honrado a esta Sierva de Dios del modo que se espera de nosotros, y también podrá aplicársenos aquella gran palabra, una de las más bellas y grandes pronunciadas por San Pablo: *Apostoli gloria Christi!* Palabra singularmente hermosa, sublimemente grande.

Esta es la vocación de todos los fieles: la de ser, en la medida que Dios destina a cada uno con su gracia, gloria de Cristo, lo mismo que lo ha sido y será por los siglos su humilde sierva María Mazzarello. He aquí una creatura que con su nombre, con su fama, con su ejemplo, rueda por todo el mundo y lo domina, proclamando la gloria de Cristo, el único que puede cumplir este milagro: hacer de una humilde mujer, una grandeza y una belleza moral como para colocarla en lo alto y obligar al mundo a rendirle todo honor y toda gloria. Este es, por tanto, el augurio paterno, como fruto de las grandes solemnidades: pues somos hijos y hermanos de Santos, seamos también santos nosotros: aseméjese nuestra vida a la suya, reproduzca algo de su sublime moral, de forma que participe en la gran gloria tributada a los Apóstoles, es decir, ser la gloria de Cristo.

En la función de la mañana siguiente, se llenó la Basílica de San Pedro por completo. Aumentaron el brillo de la pompa litúrgica once Cardenales y treinta y siete Obispos, nueve de los cuales eran salesianos. El Breve pontificio, que declaraba [387] Beata a la Sierva de Dios, resumía su vida y contaba la tramitación de su Causa. Entre una y

otra, había un párrafo, que describía la semblanza de la Beata con estas palabras: «Sencilla en el obrar, parca en la comida, asidua en el despacho de sus asuntos, generosa en su enorme pobreza, a la hora de dar, prudente y fuerte para guiar a las Hermanas, aunque en el gobierno del Instituto confiara totalmente en San Juan Bosco, piadosísima en la oración, diligentísima en la guarda del candor de la inocencia y la pureza. Ardía en amor vivísimo por la Eucaristía, como si contemplase con los ojos a Jesús presente; y veneraba con muchísimo afecto a la Bienaventurada Virgen María, especialmente bajo el título de Auxiliadora». Tras la lectura del Breve, prosiguió el imponente rito, que se desarrolló en una atmósfera de conmovedora y devota piedad, vibrante de ardores juveniles.

El homenaje de veneración del Papa, por la tarde, atrajo una multitud tan grande que no halló lugar en la inmensa Basílica. En tribunas reservadas asistían conspicuas representaciones y distinguidas personalidades. En el presbiterio aguardaban cuarenta Obispos. Hicieron cortejo al Papa a su ingreso, dieciocho Cardenales. El Rector Mayor y el Postulador, don Francisco Tomasetti, hicieron la presentación ritual de los dones. El Padre Santo, al observar la imagen de la Beata, advirtió que la postura de las manos expresaba espiritualidad y laboriosidad. La reliquia, encerrada en una artística custodia, era una vértebra, la cual puso en labios del Papa la misma observación que había expresado ante análoga reliquia de don Bosco; en efecto, repitió a don Pedro Ricaldone:

—Mire, lo mismo que don Bosco, también María Mazzarello debía tener buena espiro dorsal.

Y quiso decir perfecta rectitud de conciencia con fortaleza de carácter y energía de voluntad.

Durante las siguientes semanas, se celebraron dos triduos muy solemnes en honor de la Beata, uno en Roma en el templo del Sagrado Corazón y otro en Turín en la Basílica de María Auxiliadora. En ambas ocasiones al cantar las alabanzas de María Mazarello eminentísimos oradores entrelazaron los recuerdos de don Bosco, [388] y mientras se repetían con el mismo estilo celebraciones en todas las partes del mundo, se trabajaba en la iglesia de María Auxiliadora construyendo cerca del altar de San Juan Bosco, un altar monumental donde exponer a la veneración de los fieles los sagrados restos de la Beata. Las dos santas almas, unidas otrora por la acción, no quedarán separadas nunca en la glorificación.

A los cincuenta años de la muerte del Fundador, las dos asociaciones religiosas, que deben a él su existencia, pueden mirar hacia atrás,

no diremos con orgullo, que serían palabras demasiado profanas, pero sí con legítima complacencia el camino recorrido. Sus estadísticas atestiguan el incesante progreso en el crecimiento de sus filas, en el multiplicarse de iniciativas, en el dilatarse de sus tiendas más allá de todas las fronteras y los mares. Las fuerzas humanas no hubieran llegado tan lejos sin el apoyo del brazo del Omnipotente. Dios que ha comenzado y conducido hasta aquí esta gran obra de bien, la perfeccione cada día más y le conceda sólida duración hasta que lleguen los tiempos a su fin. Y mientras tanto *solí Deo honor et gloria* (sólo a Dios todo honor y toda gloria).

Cuando el Papa Pío XI volvió a bajar a la Basílica Vaticana, ya no impartía bendiciones desde lo alto de la silla gestatoria, ya no era aclamado por multitudes jubilosas, sino que, acostado sobre el lecho fúnebre y acompañado por preces luctuosas, era conducido a su última morada en las místicas sombras de la cripta, que se abre bajo el templo, cerca de la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Su muerte, sucedida la noche del 10 de febrero de 1939, era llorada por todo el mundo, precisamente en los días en que se corregían las pruebas de imprenta de este volumen, en el que tantas veces se habla de él o habla él mismo. Creemos haber pagado el tributo de gratitud que los Salesianos deben a la memoria del gran Pontífice, consignando a la historia todo lo que [389] él se dignó hacer por nuestro santo Fundador y Padre. No hubo otro Papa que con tanto amor y tanta continuidad exaltase públicamente a un Siervo de Dios y en consecuencia su Obra, como lo hizo Pío XI durante diecisiete años respecto a don Bosco. Diez días antes de abandonar la tierra, había acordado al cuarto sucesor de don Bosco una audiencia inolvidable, al término de la cual le dijo paternalmente:

—No puede creer lo mucho que me ha gustado esta su visita.

Descanse en paz su alma grande, y que los Salesianos de hoy y los que vendrán, mantengan en su corazón perenne reconocimiento hacia él.

APENDICE DE DOCUMENTOS

[393]

1 (*el original en latín*)

**Inscripciones del P. Angelini, S. J.,
para los funerales de don Bosco en Roma**

Sobre la puerta de la iglesia:

A JUAN BOSCO
SACERDOTE
QUE, POR ESPECIAL DON DE DIOS
CONCEDIDO A NUESTROS TIEMPOS,
PROMOVIO
EL HONOR Y LA GLORIA DEL NOMBRE CRISTIANO
CON SU INGENIO, CONSEJO, TRABAJO Y CONSTANCIA
Y MIRANDO AL FUTURO
PROVEYO NUEVAS DEFENSAS PARA LA VIRTUD:
LOS RELIGIOSOS SALESIANOS
DEDICAN
AL AUTOR, PADRE Y MAESTRO
ESTAS HONRAS FUNEBRES Y SUS LAGRIMAS

En la parte delantera del túmulo:

ARREBATADO EN ARDIENTE CELO
POR EL BIEN DE LAS ALMAS
PROYECTA EN SU MENTE UNA OBRA
QUE ABARQUE TODO EL MUNDO Y TODOS LOS TIEMPOS
CONGREGA EN TORNO A SI
COMPAÑEROS Y COOPERADORES DE SUS DESIGNIOS
Y FUNDA
LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES
QUE PROTEGE Y DEFIENDE CON LEYES SANCIONADAS
POR LA AUTORIDAD DE LA SEDE ROMANA

[394] *A los lados del túmulo:*

VELANDO
POR QUE LA EDUCACION DE LOS ADOLESCENTES
NO SUFRA NINGUN DAÑO
APARTA LOS LIBROS PERNICIOSOS
PARA SU INOCENCIA Y SU FE
Y LES OFRECE OTROS
EXPURGADOS DE ERRORES,
COMPONE
LA HISTORIA DE LA IGLESIA Y DE ITALIA,
DA A CONOCER
AUTORES QUE FOMENTAN LA PIEDAD
CON LENGUAJE A TODOS ACCESIBLE

JUAN BOSCO
CONSIDERANDO LO QUE APROVECHA
O PERJUDICA

AL ESTADO CRISTIANO
CONSAGRA SUS PENSAMIENTOS Y DESVELO
A LA INSTRUCCION DE LA JUVENTUD
LEVANTA DESDE LOS CIMIENTOS
AMPLISIMOS EDIFICIOS
DESTINA A LOS MENOS DOTADOS DE INTELIGENCIA
A LAS ARTES MANUALES
A LOS DE AGUDO INGENIO A LOS ESTUDIOS
Y A LOS MEJORES LOS PROMUEVE
AL SAGRADO MINISTERIO

2

**Inscripciones del P. Mauro Ricci, escolapio,
en los funerales de don Bosco en Florencia**

En la puerta principal:

AL POBRE Y HUMILDE SACERDOTE
J U A N B O S C O
POR LA CRISTIANA CARIDAD
HECHO RICO Y GRANDISIMO POR ENTENDIMIENTO Y CORAZON
CON OBRAS SANTAMENTE AUDACES
EN LOS MAS SALVAJES TERRITORIOS
LLEVANDO TRAS DE SI LA LUZ DE LOS BUENOS ESTUDIOS
LAS BELLEZAS DE LAS ARTES UTILES
INCANSABLE PROPAGADOR DEL NOMBRE DE CRISTO
IMPLORAMOS LOS ETERNOS GOZOS DEL CIELO
UNICO PREMIO DESEADO
POR EL CONSOLADOR DE TANTAS MISERIAS EN LA TIERRA

[395] *Alrededor del féretro:*

I
A LOS HIJOS DE LA FAMELICA PLEBE
PREPARADOS POR LA CRECIENTE CORRUPCION
A LA INFAMIA DE LAS CARCELES
ABRAZO COMO SUYOS
COMPARTIO CON ELLOS SU MESA
LES REGOCIJO CON LAS ESPERANZAS DE LA FE
DIO AUGURIO Y FUERZA A LOS DESCONFIADOS.

II
LOS ENGAÑADOS ARTESANOS DESPRECIARON AL SACERDOTE
EL SACERDOTE LOS COMPADECIO, LOS AMO

CON LA ELOCUENCIA DE PIADOSAS OBRAS
NO CON EL RESPLANDOR DE PALABRAS SONANTES
IMPUGNANDO PARA SIEMPRE
LAS MIL VECES REDIVIVA MENTIRA
CONTRA EL SACERDOCIO CATOLICO

III

SE BURLABA DE LOS INGRATOS EXTRANJEROS
CON IRONICA ARROGANCIA ITALIA
APELADA TIERRA DE MUERTOS
EL INSPIRANDOSE EN LAS MEMORIAS DEL GOLGOTA
PERENNE HOGAR DEL AMOR
LA PRESENTO TAN VIVA
QUE CAUSO MARAVILLA A LOS BURLONES ARREPENTIDOS

IV

TU, MODELO DE DILIGENTE SUAVIDAD
FRANCISCO DE SALES;
TU, CAPITAN DE LA INVENCIBLE FALANGE
IGNACIO DE LOYOLA;
Y TU, APOSTOL EN LA ESCUELA PARA LOS HIJOS DEL PUEBLO
JOSE DE CALASANZ:
ACOGED AL VALIENTE EMULO EN LA BIENAVENTURADA ASAMBLEA

[396]

3

**Carta del Arzobispo de Río de Janeiro
a los Salesianos de Niterói**

Carísimos Salesianos de mi corazón:

¡Ya está don Bosco en el cielo! ¡Qué felicidad, qué suerte para él, y qué honor para los Salesianos! ¡Ahora, más que nunca, ayudará don Bosco a los hijos que dejó: los amará más que nunca! Don Bosco puede mucho más en el cielo que en Turín o en Roma: desde allá arriba ve a todos sus hijos queridos, esparcidos por la tierra, escucha a todos, se interesa por todos, y puede más ante Dios. ¡Qué suerte, qué felicidad para don Bosco, y qué honor para los Salesianos, tener a su Padre entre los Angeles y Santos, junto a la Santísima Virgen y al lado de Jesucristo! ¡Qué fiesta se habrá hecho allá arriba a la entrada de este buen Sacerdote...! ¡Cuánta gente salvada por medio de don Bosco y de sus hijos! Todos habrán salido a su encuentro, a darle la bienvenida y en un santo abrazo le habrán agasajado como ni siquiera podemos imaginar. ¿Y qué le habrá dicho Jesucristo? —*Euge, serve bone...* Lo que hiciste por los pequeños, por mí lo hiciste y ahora yo te recompensaré. *Intra in gaudium Domini tui.* —¡Feliz don Bosco! ¡Qué feliz!

Por tanto, queridísimos Salesianos, os felicito. Con una preciosa felicitación, que tiene su origen en la fe cristiana.

Pero... ¡ay, Dios mío! ¡No faltan razones para las más vivas condolencias! Si por la muerte de Lázaro llora Jesús; ¿cómo no van a llorar por la muerte de don Bosco los

desconsolados y tristes Salesianos...? Llorad, pues, hijos míos, o mejor, lloremos todos los que tuvimos la fortuna de conocer a don Bosco, y de experimentar la bondad de su corazón, los beneficios de su caridad.

¡Lloremos, pero como cristianos! Lloremos, como los que piadosamente piensan que don Bosco está en el cielo y que allí no olvidará a los que tanto ha amado en la tierra y que ha dejado sumidos en el más profundo dolor.

¡Ah, don Bosco, acuérdate del pobre obispo de Río de Janeiro; el primer Obispo de América que tuvo la visita de tus hijos, de camino hacia el Río de la Plata; el primer Obispo del Brasil, que ha abierto en este Imperio una casa a tus queridos hijos! ¡En la hora de mi muerte acuérdate de mí, y esto me basta!

A vosotros, pues, queridísimos Salesianos, os envío mis felicitaciones y mi pesar, y os aseguro que participo de vuestro dolor, aflicción y tristeza. Que Dios os bendiga y os consuele.

Río de Janeiro, 6 de febrero de 1888.

*Vuestro afectísimo amigo,
† PEDRO, Obispo
de S. Sebastián en Río de Janeiro.*

[397]

4

Carta del Obispo de Montevideo a don Miguel Rúa

Revmo. Padre don Miguel Rúa:

La infausta noticia de la pérdida del virtuoso y venerable sacerdote don Juan Bosco, Fundador y Rector Mayor de la benemérita Congregación Salesiana, que V. R. se ha dignado comunicarme oficialmente, ha ocasionado una profunda pena a mi alma.

Agradecido por tantos títulos al insigne bienhechor de la sociedad cristiana, don Bosco, desde el primer instante en que el telégrafo comunicaba su tránsito a mejor vida, en mi condición de Prelado y en nombre de mi pueblo elevé humildes plegarias al Supremo Hacedor por el bien del alma del ilustre difunto y por su eterno descanso; y al mismo tiempo pedí y rogué a Dios por la conservación, propagación y prosperidad de las obras de celo y de caridad que él os dejaba.

Don Juan Bosco no ha muerto; su memoria vive y vivirá perpetuamente, porque tienen que vivir las obras que él ha fundado para mayor gloria de Dios con la aprobación y la bendición del Supremo Jerarca, el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Don Juan Bosco vive y vivirá en la memoria y en el corazón de millares de muchachos pobres, que aprendieron de sus labios y de su palabra las santas enseñanzas de la fe.

Don Juan Bosco vive y vivirá en las futuras generaciones, en las que millares y millares de jovencitos necesitados, en el alma y en el cuerpo, han de ser evangelizados por sus dignos hijos.

Don Juan Bosco vive y vivirá en la diócesis de Montevideo por haber sido una de las primeras en recibir sus solícitos cuidados, al dignarse enviarnos a sus hijos, que se han distinguido y triunfan en las escuelas y en las parroquias confiadas a su celo.

Don Juan Bosco vive y vivirá especialmente para mí, que tuve el honor de conocerle y apreciar sus extraordinarias virtudes. Y como testimonio de mi especial aprecio y veneración he establecido, de acuerdo con el señor párroco de la iglesia catedral de Montevideo, celebrar solemnes funerales de sufragio por él, en los que yo actuaré pontificalmente.

Dígnese la Congregación Salesiana recibir los más vivos sentimientos de gratitud por la memoria de don Juan Bosco y el más sentido pésame por su muerte, mientras imploro del Dios de la Misericordia toda suerte de bendiciones para esta Institución.

Que Dios la conserve por muchos años.

Montevideo, 9 de marzo de 1888.

† INOCENCIO MARIA
Obispo de Montevideo

[398]

5 *(el original en latín)*

Nombramiento de don Juan Bonetti como Postulador

El Sacerdote Miguel Rúa, Rector Mayor de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, a su querido hijo en Cristo el sacerdote Juan Bonetti, salud.

Puesto que la fama de santidad del Siervo de Dios, reverendo Juan Bosco, crece continuamente, hemos juzgado justo y piadoso atender a los deseos de los fieles cristianos que piden ardientemente se promueva su Causa de Beatificación y Canonización, para mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia.

Por eso te elegimos y designamos a ti para el cargo de Postulador en los Procesos de dicha Causa, ya que nos consta tu ciencia y probidad, así como tu destreza en el desempeño de los asuntos.

Al mismo tiempo, te conferimos todas las facultades necesarias según derecho y oportunas para que puedas actuar legítimamente, instar y comparecer, incluso por medio de otro eclesiástico designado legítimamente por ti, ante los jueces que se deleguen en cualquier curia eclesiástica, en Roma o en otras partes; y para que puedas prestar todo juramento, aducir testigos y contestes, y realizar todo lo necesario y conveniente hasta que, con el favor de Dios, la Causa sea llevada a feliz término.

Dado en Turín, el día 2 de junio de 1890.

MIGUEL RÚA, *Pbro. R. M.*
ANGEL LAGO, *Pbro. Secretario*

6 *(el original en latín)*

Postulación don Juan Bonetti al Arzobispo de Turín

El sacerdote Juan Bonetti, nombrado Postulador para la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Juan Bosco, Fundador de la Pía Sociedad de San

Francisco de Sales, según consta en el mandato de Procuración adjunto, humildemente expone a Vuestra Eminencia que dicho Siervo de Dios, tras una vida pasada en la práctica heroica de todas las virtudes cristianas, ha dejado después de su muerte, ocurrida el día 31 de enero de 1888, tan universal añoranza y tan constante fama de santidad, que muchos y piadosos fieles, implorando su patrocinio, han obtenido de Dios gracias extraordinarias y prodigios.

Esta fama de santidad, lejos de disminuir, ha ido creciendo admirablemente incluso entre doctos y graves varones, que le consideran digno del honor [399] de la Beatificación y Canonización por la Santa Sede Apostólica.

En consecuencia, yo, Postulador de la Causa, en nombre propio y de los que me han designado, para mayor gloria de Dios, que no cesa de manifestarse cada día admirable en sus Siervos, suplico con todo empeño a Vuestra Eminencia se digne decretar con su autoridad ordinaria la instrucción del Proceso sobre la fama de santidad de vida y sobre las virtudes y milagros del Siervo de Dios, según norma de los Decretos generales de la Sagrada Congregación Romana, especialmente de los últimos que fueron confirmados por el Venerable Siervo de Dios el Papa Inocencio XI, no sea que con el paso del tiempo desaparezcan las pruebas de los testigos con su muerte.

JUAN BONETTI, *Pbro.*,
Postulador de la Causa.

7 *(el original en latín)*

El «iuramentum calumniae» del Postulador

Yo, Juan Bonetti, presbítero, nombrado personalmente Postulador de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, reverendo Juan Bosco, tanto en nombre propio como en el de mis superiores, puesta la mano sobre estos santos Evangelios, juro y prometo que no me encargo, ni me he encargado, ni me encargaré de esta Causa y de la introducción de este Proceso ni de ninguno de sus actos por odio, amor, temor, lucro o cualquiera mira humana, sino únicamente por el celo del honor y gloria de Dios, que es exaltado y digno de alabanza en sus Santos.

Esta es la intención de los superiores que me han designado, por cuya vida y la mía juro bajo todas las cláusulas contenidas y expresadas más por extenso en este juramento de calumnia.

Así juro. Que Dios me ayude y estos santos Evangelios.

JUAN BONETTI, *Pbro.*,
Postulador de la Causa

8

Carta de don Felipe Rinaldi al Cardenal Prefecto de Ritos

Eminencia Reverendísima:

Me comunica nuestro Postulador General que entre las observaciones que todavía se hacen en el examen sobre el heroísmo de las virtudes del Venerable Siervo de Dios

Juan Bosco, nuestro Fundador, se desean más pruebas sobre su vida de oración y su espíritu profético.

He rezado y meditado sobre lo uno y lo otro, y en confirmación de las abundantes deposiciones que a favor de cuanto se quiere demostrar se encuentran en las Actas Procesales, me siento obligado a hacer a V. E. Rvma., dispuesto a hacerlo bajo juramento, dos declaraciones:

[400] 1.^a Se objeta que el Siervo de Dios pidió y obtuvo dispensa del Breviario. La pidió cuando andaba por los cincuenta años y le sucedía, por largos períodos de tiempo, que no podía leer de ningún modo. El mismo me lo declaró a mí, todavía clérigo, cuando le comuniqué que iba a hacerme visitar por un oculista. Me miró, como para decirme que no sacaría de ello ningún provecho y me dijo: —«Mira, también yo he tenido siempre la vista débil y ahora se me ha debilitado tanto, que en ciertos períodos no puedo leer nada, absolutamente nada, mientras que en otros leo y escribo con mayor o menor fatiga». Comprendí enseguida que me quería decir que otro tanto me sucedería a mí; y así sucedió precisamente, porque también yo, que al presente rezo el Breviario sin trabajo, no pude rezarlo de ningún modo durante mucho tiempo.

Y permítame, Eminencia, añadir que tengo la íntima convicción de que el Venerable fue precisamente un hombre de Dios, continuamente unido a Dios con la oración. Durante los últimos años, después de unas mañanas totalmente ocupadas recibiendo personas de toda suerte y condición social, que acudían a él desde todas partes en busca de consejo o para recibir su bendición, solía estar retirado en su habitación todos los días, desde las dos a las tres de la tarde, y no permitían los Superiores que, en aquella hora se le molestase. Pero estando yo, desde 1883 hasta la muerte del Siervo de Dios, encargado de una Casa de formación de aspirantes al Sacerdoció y habiéndome él dicho que fuese a verle siempre que lo necesitase, quizá con poca discreción, seguro de que podría llegar a él con mayor comodidad, quebranté varias veces la consigna, y no sólo en el Oratorio, sino en Lanzo y en San Benigno, a donde iba con frecuencia, en Mathi y en la Casa de San Juan Evangelista de Turín, me acerqué varias veces a él precisamente a aquella hora para hablarle. Y, en todas partes y siempre, le sorprendí recogido, con las manos juntas, en meditación.

2.^a Lo segundo que siento el deber de exponer, se refiere a la dificultad que se presenta sobre la muerte del Emmo. cardenal Cagliero, el cual no llegó a asistir a la reanudación y clausura del Concilio Vaticano, como falsamente se ha interpretado y divulgado que había dicho don Bosco.

Hace más de cuarenta años que, tratando y viviendo con los más ancianos, supe que, cuando fue nombrado Obispo Mons. Cagliero, dijo el Venerable *que Monseñor viviría muchos años*, y entre nosotros se opinaba que pasaría de los ochenta y cinco y en efecto superó los ochenta y ocho; y que *asistiría a un gran suceso en el Vaticano*. Don Bosco no especificó cuál sería este *gran suceso*; pero fue don Carlos Viglietti, clérigo entonces, quien interpretando por su cuenta, y con mucha ligereza, las palabras de don Bosco, dijo y escribió que don Bosco había dicho a monseñor Cagliero, que *asistiría a la clausura del Concilio Vaticano*.

Pero también es cierto que hace más de cuarenta años otros muchos y yo hemos juzgado puramente arbitraria y falsa la interpretación de don Carlos [401] Viglietti, y así lo he declarado yo siempre a quien me hablaba de ello. El mismo Cardenal Cagliero, preguntado por mí y por otros sobre el particular, repitió una y otra vez que don Bosco no le hizo nunca tal profecía.

Por tanto, don Bosco no dijo, como se corrió la voz, por la interpretación de don

Carlos Viglietti, que Mons. Cagliari *asistiría a la clausura del Concilio Vaticano*, sino simplemente *a un gran suceso en el Vaticano*; y el *gran suceso*, al que realmente asistió el Card. Cagliari *en el Vaticano* fue el Cónclave en el que fue elegido el Santo Padre Pío XI. Para don Bosco que, durante toda su vida, después de N. S. Jesucristo y la Santísima Virgen, amó con el más tierno y activo amor al Romano Pontífice, era verdaderamente *Grande* tal suceso en el que, por los piadosos designios de la Divina Providencia debía participar y participó ¡uno de sus pobres alumnos del Oratorio!

Esto es todo lo que puedo y entiendo jurar palabra por palabra.

Haga V. E. de ello el uso que crea oportuno.

Y mientras pido a V. E. humildemente perdón por mi atrevimiento, postrándome para besar la Sagrada Púrpura, me profeso

De Vuestra Eminencia Reverendísima,

Turín, 29 de septiembre de 1926.

Muy humilde, atento agradecido servidor

F. RINALDI, *Rector Mayor*

Al Eminentísimo

Sr. Card. ANTONIO VICO

Ponente de la Causa del Ven. J. Bosco

Roma

9

Carta del canónigo Sorasio al Prefecto de Ritos

Eminencia Reverendísima:

El Proceso Apostólico del Ven. don Bosco ya está terminado; y yo, como Vicario delegado de nuestro Emmo. Card. Arzobispo, me uniré a mis compañeros para hacer la relación del mismo; pero, habiendo pasado ya de los ochenta años, y por miedo a ser sorprendido por la muerte, me permito exponer a Vuestra Eminencia Reverendísima un suceso personal, que podrá prestar alguna luz sobre las oposiciones hechas contra el proceso, y entiendo que esta exposición sea unida al proceso, si sobreviniere mi muerte.

Cuando las divergencias entre el llorado monseñor Gastaldi, arzobispo de Turín, y don Bosco se recrudecieron, publicáronse unos opúsculos contra el Arzobispo; y algunos, sin conocer el espíritu de don Bosco, quizás sospecharon que fuese él su autor; [402] poco después se supo que el canónigo Colomiatti, abogado fiscal de la Curia, había iniciado indagaciones e interrogado testigos con respecto a esto.

En aquel momento yo era secretario de la Curia, y un día el canónigo Chiuso, secretario del Arzobispo, Canciller y posteriormente Provicario general, me dijo que, en mi calidad de promotor de la mesa episcopal, *debía* instar al Abogado fiscal, canónigo Colomiatti, para que incoara un proceso contra don Bosco, como autor de dichos opúsculos.

Respondí vivamente que creía imposible que don Bosco hubiera caído en tal bajeza, que tenía muchas otras cosas que hacer, puesto que había de proveer de pan a

tantos estudiantes y aprendices como tenía en su Oratorio, en sus colegios y en las misiones: añadí que le creía incluso incapaz de tratar temas filosóficos como se trataban en uno de los opúsculos; y tuve el valor y la audacia de decirle, dado que había sido condiscípulo mío durante los estudios de moral: —Mira: don Bosco es un coloso tal que os ¡aplasta a todos!

El canónigo Chiuso, sorprendido, me dijo: —Entonces tú sabes quién es el autor. —No, respondí, pero sospecho de alguien —que por delicadeza no osé nombrar. Era el P. Rostagno S. I., con quien conversaba cuando lo encontraba camino de la oficina; y aunque él sabía muy bien quién era yo, sin embargo un día le oí exclamar: —¡Ah, le arreglaremos a vuestro Arzobispo!

El canónigo Chiuso, al ver que yo no soltaba prenda, me envió al canónigo Colomiatti, el cual me repitió la misma invitación o mandato. Le respeté las razones manifestadas al canónigo Chiuso, pero omitiendo mi juicio sobre el coloso. Entonces él, con aire de seguridad, dijo: —¿Y si le condenáramos? —Entonces, repuse, me inclinaré ante la sentencia, debiendo suponer que hayan tenido tantas pruebas, tan claras y seguras, que haya habido que condenarle. —Al llegar a este punto, tomó él en mano toda una voluminosa carpeta (imagino que contendría las deposiciones de los testigos ya interrogados) y mostrándomela, sentenció: —¿Ve usted? ¡No haremos el proceso de don Bosco, como lo hemos hecho para Cottolengo!

Firmé la demanda ya preparada para proceder contra don Bosco... *parcat mihi Deus!* ¡Era la época del autoritarismo y del ultraautoritarismo, por no decir otra cosa!

Desde el momento en que me atreví a tomar la defensa de don Bosco, me vi *tolerado* en la Curia. El Arzobispo, sin aludir a cuanto había pasado, me informó poco después de que estaba vacante la parroquia de Aglié (del patronato de S. A. el Duque de Génova) y me dijo que haría bien si la aceptaba: me instó a ello más tarde con fervor, y respondí que me resultaba doloroso abandonar la diócesis en la que había nacido. Poco tiempo después me ofreció la parroquia de S. Mauricio, en la diócesis de Turín. Me vi obligado aceptarla, pero mientras me preparaba para el examen, el Marqués Doria, que era el patrono, fue al Arzobispo y le presentó al Sacerdote que quería nombrar...

[403] En aquel tiempo los Sacerdotes del *Corpus Christi*, que sabían mi molesta situación, me aceptaron en su Congregación y, cuatro años más tarde, los Canónigos de la Catedral me llamaron a su lado.

Puede que alguno me haga cargo de por qué, siendo Promotor fiscal, no haya citado en el proceso informativo como testigos de oficio, a los canónigos Chiuso y Colomiatti. Esa era mi intención. Y en efecto me presenté al arzobispo David Riccardi y le expuse la cuestión. Pero él, con su rápido talante, me repuso: —El canónigo Chiuso está liquidado (había sido privado del canonicato). ¿El canónigo Colomiatti? ¿Y qué sabe él de don Bosco? —E hizo un gesto que interpreté como que podía citar a otros. Y cité a tres: al teólogo Bongiovanni, al canónigo Corno y al canónigo Berrone.

No cité al canónigo Colomiatti, además, porque la Curia había sido obligada a retirar el proceso intentado contra don Bosco; además, el testigo reverendo Turchi, después de su deposición, presentó al Tribunal un pliego sellado, para que fuera enviado al Cardenal Prefecto de la S. Congregación, y se comprendió que él se declaraba autor de los referidos opúsculos; y con eso quedaba desvanecida la acusación de que fuese don Bosco el autor, acusación de la que se había hecho acérrimo defensor el canónigo Colomiatti.

Habiendo citado posteriormente al canónigo Corno, que había sido varios años prosecretario del Arzobispo, Mons. Gastaldi, y precisamente *en los tiempos más agitados*, me pareció haber cumplido mi deber exhaustivamente.

Yo no puedo, o no debo, juzgar qué valor puedan tener las deposiciones hechas por el canónigo Colomiatti, pero puedo atestiguar que, varias y distinguidas personas, que trataron con él, *saben con qué facilidad pronuncia juicios y sentencias*, y que *una vez que emite un juicio*, ya no es posible hacerle escuchar *observaciones* o razones *en contrario*.

Dígnese Vuestra Eminencia Reverendísima perdonar mi libertad, y mientras me inclino reverentemente a besar su S. Púrpura, tengo a mucho honor profesarme con los sentimientos de la más profunda veneración,

De V. Emma. Revma.

Turín, 8 de noviembre de 1897.

Muy humilde y atento seguro servidor

Can. MIGUEL SORASIO

Vicario Delegado

10

Carta de don Juan Turchi al Prefecto de Ritos

Eminencia Reverendísima:

En mi deposición ante los Reverendísimos Jueces en el Proceso de la causa de Beatificación del santo Sacerdote que fue don Juan Bosco, he pedido y obtenido presentar [404] a los mismos Reverendísimos Jueces un pliego cerrado que sirva exclusivamente y en vías de absoluto secreto confiado a la Sagrada Congregación de Ritos; y me pareció bien hacerlo así para que la Sagrada Congregación de Ritos se convenza mucho mejor de que don Bosco no escribió, ni mandó escribir opúsculos contra Mons. Lorenzo Gastaldi, que fue arzobispo de Turín; y para que los nombres de los escritores de los opúsculos impresos contra o mejor, sobre monseñor Gastaldi, no lleguen a conocimiento del público, ni pasen a la historia.

Al escribir yo estas líneas, entiendo hacerlo bajo los mismos vínculos de juramento, con los que estaba ligado en mi deposición. Protesto, además, que no escribo con rencor alguno a la memoria de monseñor Gastaldi; es más, tiendo a compadecerlo porque era un hombre de la primera impresión, y porque su cerebro debía tener algo de anormal, en lo que encontré de acuerdo conmigo a un Obispo piemontés todavía en vida, *muy prudente, muy docto y muy pío*; porque además pienso que, como suele decirse, estaba mal rodeado, y lo prueba cada día más la conducta del canónigo Tomás Chiuso, que fue secretario y consejero de monseñor Gastaldi, el cual Chiuso fue hace poco, por disposición de S. S. el Papa León XIII, suspendido para celebrar Misa, para ser canónigo de la Catedral como lo era antes, y declarado incapaz para todo cargo o empleo eclesiástico; y también lo demostró don Marcelino, cura párroco entonces y hasta estos últimos tiempos de la parroquia de los Santos Mártires en Turín. Este, que era íntimo y consejero de monseñor Gastaldi y que había obtenido la parroquia por favor especial de Monseñor, había perdido después su reputación moral; y cuando finalmente se pudo convencer a monseñor Gastaldi de que no sólo se

trataba de chismes sino de hechos, tuvo que autorizar a la Curia para procesarle; pero quedó tan dolido al comprender quién era su confidente, que la muerte imprevista de Monseñor, sucedida pocos días después, se dijo por muchos que había sido ocasionada por el desengaño tenido con don Marcelino. Y el tal don Marcelino, obligado finalmente a renunciar a la parroquia, no se sabe qué conducta lleva, ni si vive en Turín o anda viajando, vestido con ropas puramente mundanas y llevando largos bigotes: ciertamente no se habla muy bien de él.

Era entonces sabido por todos, y aún hoy se sabe, que las cosas de la archidiócesis de Turín marchaban mal, en tiempos del episcopado del pobre monseñor Gastaldi, singularmente en los últimos tiempos; y supongo que en Roma se supieran y se sepan todavía mejor. Yo mismo, que me encontré en Roma bastante tiempo (parte del 1877 y parte del 1878), oí frecuentemente hablar, a personas incapaces de mentir, de las quejas que se vertían sobre monseñor Gastaldi por personajes de alta condición en la Iglesia y por la misma Santidad del Papa actual. Por lo demás, los opúsculos arriba nombrados contenían bastante materia para hacerse una idea sobre el punto a que habían llegado las cosas bajo el pobre monseñor Gastaldi; y aquellos opúsculos no fueron nunca, [405] que yo sepa, públicamente contradichos ni refutados: y por encima de todo lo que podía saber sobre ello, un Obispo de una diócesis piemontesa, que, antes de ser Obispo, estaba establecido en Turín y conocía por su posición muy bien cosas y personas, me decía, no hace mucho, que aquellos opúsculos se leían ávidamente y que se encontraba que decían la verdad.

Como es sabido, el pobre monseñor Gastaldi estaba enfadado con todo y con todos. Y, 1.º, con la Santa Sede, rehusando obedecer y ganándose suspensiones especiales, no queriendo someterse a la sentencia de los Tribunales de la misma, sino acosejándose y aviniéndose con altos magistrados para oponerse a Roma y dejarla sin resultado; 2.º, con verdaderos dictámenes de la Fe, habiendo impreso, aun antes de ser Obispo, proposiciones, en las que estaba de acuerdo con jefes sectarios; proposiciones impugnadas en uno de dichos opúsculos, titulado *Piccolo Saggio sulle dottrine di Mons. Gastaldi* (Pequeño ensayo sobre las doctrinas de Mons. Gastaldi), en la parte que es propiamente Ensayo; 3.º, con la Moral de San Alfonso de Ligorio, que le parecía demasiado ancha, y en consecuencia destruyendo una de las más hermosas y útiles instituciones del Piemonte, como era la *Residencia Eclesiástica* para el estudio de la Moral, que alejó los rigores del Jansenismo del Piemonte mismo, y que era una fundación de hombres insignes por su doctrina y santidad de vida, como lo fueron el teólogo Guala y don José Cafasso; y luego el destierro dado al gran moralista el teólogo J. B. Bertagna, hoy obispo titular de Cafarnaún; 4.º, con las órdenes y congregaciones religiosas, especialmente contra los jesuítas, a los cuales, dando después él mismo clase de moral a los sacerdotes jóvenes, los colocaba en situación de burla, y habiendo asegurado en uno de sus escritos impreso, que el estado religioso no era más perfecto que el simple sacerdocio; particularmente también con el pobre don Bosco, del que sería muy largo contar lo mucho que le maltrató, y que tenía la culpa de no quererse dejar destruir él y su Congregación; 5.º, con la sana y católica filosofía, habiéndose convertido en adalid de las teorías Rosminianas, cuyos seguidores, según he leído en un periódico liberal, tenían una fortaleza en Gastaldi, arzobispo de Turín; 6.º, con su clero y los mejores del mismo, imponiendo suspensiones sin cuento y por fútiles motivos; y entre las víctimas de las suspensiones también don Bosco en cuanto al ministerio de la confesión; cuestión, sin embargo, de la que él mismo no se había enterado y otros supusieron que sus licencias de Confesión habían sido, según costumbre, normalmente confirmadas *ad annum*; y en cambio don Bosco había recibido

de Pío IX, como se supo por él mismo, facultad para confesar siempre y sin limitación de territorios; 7.º, por fin, con los obispos próximos, a los que prohibía actuar en funciones de su Diócesis¹; 8.º, diría, para acabar, que hasta con los Santos, ya que tratándose de reimprimir por milésima vez [406] una Alabanza de San Alfonso, negándose a permitir la reimpresión sin una variante que él quería, y habiéndole observado el tipógrafo u otros que aquella Alabanza era ya antigua, y que nadie había tenido nada que ver en ella que no estuviera bien, él añadió: San Alfonso era Obispo y yo soy Arzobispo, y lo quiero así; 9.º, con el Cabildo Metropolitano. Al hacer su Sínodo, Mons. Gastaldi presentó, según derecho, la copia del escrito al Cabildo; luego, en la reunión del Clero, en la Catedral, hizo leer otro. Habiendo ido después a la ribera ligur para tomar baños, redactó un tercero y lo imprimió el año 1873. Así me ha sido contado como cierto. Verdaderamente y por desgracia hubo y hay discusiones sobre su valor, excepto en lo que contiene del cardenal Costa sobre el Sínodo. Pero, ¿cómo distinguir lo que pertenece y lo que no pertenece a Costa? Se requeriría un buen trabajo sobre el particular. Se me aseguró, en tanto, que el excelente moralista Mons. Bertagna, en sus conferencias al Clero joven manifiesta que el Sínodo no es válido. Si nuestro veneradísimo arzobispo Mons. David de los Conti Riccardi nos lo cita, es porque, como un día me decía Mons. Re, obispo de Alba, puede calcularse sobre un tácito consentimiento del Cabildo Metropolitano. Pero ¿cómo suponer que el Cabildo no haya protestado oportunamente? Así, y mientras tanto, el *Sínodo* sería Sínodo y no Sínodo. Además, Mons. Gastaldi se las había tomado con Margotti y su *Unità Cattolica*, vejándole de tal modo que Margotti se vio obligado a traspasar la propiedad de su periódico a su hermano Esteban, para verse libre de él. Fue muy extraño que, a la muerte de Mons. Gastaldi, las noticias que diría de *palacio*, esto es, lo relativo a la exposición del cadáver y a cuanto sucedía en el palacio arzobispal y la capilla externa aneja al mismo, lo mismo que respecto al ceremonial de la conducción del cadáver, etc., todas las noticias, y muy detalladas, las daba un periódico liberalísimo, y el peor después de la *Gazzetta del Popolo*, a saber, la *Gazzetta Piemontese*, de la cual las tomaban las publicaciones religiosas. Monseñor Gastaldi era, además, de ideas liberales, como lo demuestra de modo singular una Pastoral suya.

Admito, sin embargo, que Mons. Gastaldi estuviera mal servido por su Curia. Una vez, encontrándome en uno de los despachos de la Cancillería en Roma, me dijo un excelente canonista: —¡Pero es posible que en Turín no haya alguien que entienda de Cánones!

Si, además, se quieren conocer mejor los desórdenes y los males de aquel tiempo, conviene leer los diversos opúsculos publicados entonces por Mons. Gastaldi, sin excluir la *Exposición del Sacerdote Juan Bosco a los Eminentísimos Cardenales de la Sagrada Congregación del Concilio*, que éste escribió para obedecer a la Santa Sede, con cierta repugnancia: opúsculo que se debió hacer imprimir, pero en edición reservadísima y realizada en plena noche y con personal extraño a las casas salesianas, a excepción del Director de la tipografía de S. Vicente de Paúl en S. Pier d' Arena, 1881. Que los opúsculos contuvieran la verdad, amén de que puede decirse que todos lo admitían, se demuestra también porque Mons. Gastaldi [407] quería intentar un proceso, si no contra los autores de los Opúsculos, al menos contra los editores; pero, aconsejándose con el Procurador del Rey, éste le preguntó: —Pero las cosas de que

¹ Mons. Emiliano Manacorda, obispo dignísimo de Fossano, en la archidiócesis de Turín, se vio obligado, en aquel tiempo, a pedir a la Santa Sede —y lo obtuvo— no depender de Mons. Gastaldi, su Metropolitano.

hablan esas publicaciones, ¿son verdaderas? —Sí... ya... —respondió Monseñor. Y entonces el Procurador o el Magistrado que fuese añadió: —Si las cosas son verdad, guárdese de intentar procesos: sería echar leña al fuego y resultaría peor que dejarlo correr... —De esto se hablaba en Turín y se daba por cosa cierta.

Por tanto, los males existían y eran graves, gravísimos.

Paso ahora a los opúsculos, para decir en torno a ellos lo que más importa.

Ya antes de 1878 aparecían los Calendarios litúrgicos con cosas amenas y ridículas, de tal modo que yo, lo confieso, me divertía con ellos entre amigos sacerdotes y más que simples sacerdotes. Oí quejas y lamentos sin cuento por Turín. Compatriota como era de don Bosco (por consiguiente también de don José Cafasso), y habiendo estado cerca de él durante un decenio (a pesar de que apenas fui clérigo perteneciese al Seminario de Turín, cerrado y abierto solamente en parte para diversas clases), esto es, desde el tercero de bachiller, como ahora se dice, hasta después de algún mes después de haber sido ordenado sacerdote, y por tanto apasionado por don Bosco, sentía hervir la sangre en mi pecho al ver cómo era maltratado y oprimido por Mons. Gastaldi, Chiuso, Colomiatti (éste último, más tarde). Puede decirse que todos los días había alguna novedad. Encontrándome después en Roma durante bastante tiempo, como profesor, bajo la dirección de Mons. Crostarosa (1877-78) pude saber lo que se decía entre dignatarios y personajes de la Iglesia, y también más arriba, pues tenía algunos e importantes conocidos. Había logrado que me enviaran desde Turín el Calendario litúrgico para el 1878; y al ver que era más divertido que los anteriores, empecé a darle un vistazo con reflexiones que pasaban por mi cabeza. Y entonces me vino la idea (*a mí solo, a mí en mi interior*) de hacer con ellas una revista con dibujos, todavía de una forma vaga, e imprimirla. Y entonces empecé a pasar al papel mis observaciones un poco en plan de broma. No recuerdo bien, si fue antes de que empezase a escribir, o cuando ya estaba escribiendo, me llegó, no sé de parte de quién, pero debió ser de parte del mismo autor, y amigo mío, de quien hablaré dentro de poco, una hoja impresa, no recuerdo si en forma de carta o de exposición, firmada por un *Cooperador Salesiano*, en la cual se defendía a don Bosco contra Mons. Gastaldi. Esto me metió en la cabeza unas ganas locas de empezar o de seguir escribiendo e imprimiendo yo también (a decir verdad me falla la memoria y no recuerdo bien si lo primero o lo segundo: diría que más lo segundo, es decir, seguir escribiendo). Entonces empecé a escribir el *Aguinaldo para el Clero*, o sea *Revista sobre el Calendario litúrgico de la archidiócesis de Turín para el año 1878, escrita por un Capellán*. Y aquel *Capellán era y soy yo, el sacerdote Juan Turchi*. En cuanto al firmante *Cooperador Salesiano*, del que acabo de hablar (me lo dijera él mismo u otros; quizás lo supe por [408] él o por otros) fue antaño y siempre amigo mío, y es: el reverendo doctor en Filosofía y Letras J. B. Anfossi, actualmente canónigo honorario de la SSma. Trinidad en Turín, que estuvo también en mis tiempos con don Bosco y salió de allí a la par conmigo: pero siempre se ha conservado muy adicto a don Bosco. Anfossi, a quien había informado de mi plan, me enviaba después, desde Turín, las novedades de cuanto allí sucedía, que podía saberlas allí mejor que yo en Roma y así me daba material nuevo para el *Aguinaldo*.

Mientras tanto pude saber en Roma que también el Padre Jesuita Antonio Balle-rini (me parece que así se llamaba) estaba escribiendo sobre las doctrinas de Mons. Gastaldi. Fui a él, para que me aclarara algo que necesitaba, me parece que sobre los milagros ¹, es decir, en cuanto a la aprobación, o menos, del Ordinario en su diócesis;

¹ Digo *milagros* ya admitidos hace tiempo en otras diócesis.

y hablamos, yo de mi *Aguinaldo* y él de su *Ensayo* sobre las doctrinas *como más arriba*. En cuanto a Mons. Gastaldi me decía que andaba, me parece, *desenmascarado, que se requería la prensa*, ya que no había otro camino para tenerlo a raya. Y el pobre Mons. Gastaldi se apoyaba en seglares y tenía además un pariente que era Ministro de la Guerra, el general Macè de La Roche.

Al decir yo a Ballerini que, como había oído, el Papa pensaba remover a Mons. Gastaldi, pero que se temía se decidiese a *hacer algo desagradable*, y armase escándalos, el mismo Ballerini añadió: —Mas ya lo ha hecho, lo ha hecho. —No quiero engañarme, pero creo que desde entonces me habló de buscar la forma para hacer imprimir su trabajo yo mismo en Turín, o sea el *Piccolo Saggio*, etc. y que yo aceptase complacerle. Quedaba entendido que en todo caso él enviaría a Turín su manuscrito, y que en Turín se pensaría en lo relativo a la imprenta, puesto que tampoco él quería darse a conocer. Me decía además, me parece recordarlo, que a Gastaldi había que *zurrarle con la prensa*, y que no había ningún otro medio. Todo esto me animó a imprimir mi *Aguinaldo*, y todo lo que diré. Más aún, entre esto y cuanto oí decir en Roma a alguno que debía saber más que Lepe, me fui persuadiendo de que el *zurrarle con la prensa* venía *de arriba*; y se me hacía creer que en el caso anterior del infeliz cardenal D'Andrea, el mismo Pío IX había dicho: *Queda zurrado con la prensa* —como en efecto fue más tarde *zurrado* por ella. En suma, el P. Ballerini *directa o indirectamente*, con lo que hacía y con lo que me dijo, *me animó* y me convenció para seguir el camino que he seguido. Soy yo, pues, quien escribí el *Aguinaldo*, y con la firme persuasión de haber hecho una cosa buena. Se imprimió en Turín, en la Tipografía de G. Bruno y C.^a, 1878.

Pero yo no tuve ningún trato con el tipógrafo, ni para el *Aguinaldo* ni para el resto. Anfossi y otro amigo nuestro, Luis Fumero, que también había estado conmigo y Anfossi en casa de don Bosco, que después había [409] salido también del Oratorio y que sigue siendo cajista en la Tipografía Bona, persona de toda confianza, y además un tal Brunetti, también exalumno de don Bosco y en las mismas condiciones de Fumero (pero Brunetti, ya difunto) se ocupaban de la impresión, y, en menor escala, trataban con el tipógrafo. Ellos se ocupaban del contrato y de los gastos; y con lo que se sacó de la venta de todo lo que se imprimió (al menos respecto al *Aguinaldo*) aún quedó para dar al *Ricóvero* (Asilo) una cantidad discreta, después de deducir los gastos.

Lo mismo se hizo para los *otros opúsculos*, sin que el tipógrafo pudiese nunca saber quiénes eran los autores.

Estaba yo ya en Turín en el curso 1878-79 cuando el Padre Ballerini mandó allí mismo el manuscrito de su «*Piccolo Saggio*»; y yo escribí cuanto precede y cuanto sigue a lo que es propiamente el Pequeño Ensayo, o sea, el Prólogo, la Introducción, cuatro Apéndices y añadiendo a lo último *El Oratorio de S. Francisco de Sales en Turín*, original de Mons. Gastaldi, cuando no era más que canónigo, y antes de ir como Misionero a Inglaterra; y para cerrar escribí también la *Advertencia*, con la que termina el fascículo.

Cuando estaba escribiendo lo que antecede (y me encontraba en el *Instituto de los ciegos* de Turín, donde fui primer Rector y maestro durante tres años y medio y, si lo tuve que dejar, todo me lo hace creer, y había quien me lo aseguraba, fue por intrigas de Chiuso, y obra directa del mismo Mons. Gastaldi; con lo que sufrí bastante, puesto que quería mucho a aquellos buenos y pobres muchachos, a los que se perjudicó mucho después, con Rectores más o menos aseglarados, y alguno hasta libertino; cumpliéndose en fin el deseo de la francmasonería que no quería un sacerdote como

Rector), cuando, repito, estaba escribiendo lo que antecede, vino un día a visitarme el Padre Rostagno, jesuita, célebre profesor de derecho canónico en Bélgica (creo que en Lovaina), el cual, se había enterado no sé cómo, de que me ocupaba del «*Saggio*» de Ballerini y que estaba escribiendo algo para acompañar al mismo Ensayo. Entonces me aproveché de él para aconsejarme e iluminarme; me dio sugerencias especiales y alientos; hasta añadió él algún concepto, que yo recompuse según mi estilo. Por tanto, si pequé, fue con la complicidad de dos ilustres jesuitas, el Padre Antonio Ballerini y el Padre Rostagno.

Otro opúsculo que fue reproducido por un periódico, me parece que el *Conciliatore*, cuyo director era el teólogo colegiado (por la Universidad) Lorenzo Gastaldi, y no recuerdo ahora el título preciso del opúsculo, fue compilado por el citado profesor Anfossi; y yo sólo añadí notas al pie de página. Otro opúsculo, que se refiere a la cuestión de Chieri, tenida entre el salesiano Bonetti por una parte, y el párroco de la colegiata de Chieri (Oddenino) y Mons. Gastaldi por otra, sólo lo conocí cuando salió a la luz. Pensaba yo que podía haberlo escrito el mismo don Juan Bonetti; pero más tarde me aseguró una persona fidedigna que puede saberlo, [410] que don Juan Bonetti no era ciertamente el autor, sino otro, ajeno al oratorio Salesiano; no sé quién pudo ser el escritor.

Después de las publicaciones indicadas, se me decía que en Roma esperaban todavía más y que sentían se acabaran. El Padre Ballerini tenía preparado algo más para terminar su «Ensayo»; y me parece que también el Padre Rostagno insistía para otras publicaciones. Pero, estando yo muy ocupado con mis queridos ciegos, y pareciéndome que ya eran suficientes las publicaciones hechas para dar a conocer en Turín y en Roma hombres y cosas y males, a fin de que se proveyese a todo, ya no pensé en escribir más y así se puso punto final.

Para mí es innegable que los opúsculos hicieron su bien; ya que Mons. Gastaldi se frenó, si no del todo, al menos en parte. Roma, donde ya se pensaba, y diría que era voz común, hacer Cardenal a Gastaldi y llamarlo para algún cargo, conoció mejor la clase de hombre que era. Mientras tanto, él comprendió que había hecho mal en acabar con el *Convitto Ecclesiastico* (la Residencia Sacerdotal) para el estudio de la Moral, y buscó la forma de darle vida de nuevo y hoy está floreciente. El cardenal Alimonda, que le sucedió, puso todo en paz; y creo yo que los opúsculos contribuyeron un poquito para enviar como arzobispo de Turín al cardenal Alimonda, bajo cuyo mandato y por su impulso se comenzó el proceso de beatificación de don Bosco, y bajo el cual *lo que antes era una culpa en don Bosco, se convirtió en benemerencia y motivo de elogios*. Volvió la paz al clero turinés, algún miembro del cual entendió que había hecho mal empujando a Mons. Gastaldi con sus consejos, y, creo que, más por convicción que por oportunismo, abandonó el sistema anterior y se convirtió piadosamente en hombre de bien. Chiuso y Marcelino todavía están; pero son objeto de desprecio; y sirven mientras tanto de desagradable comentario sobre lo que hacían hacer a Mons. Gastaldi, que desgraciadamente no era un conocedor de hombres. La Congregación Salesiana, tan admirable y benemérita, de aborrecida que era, pasó a ser objeto de singular afecto y distinción por parte del gran León XIII, a quien Dios guarde *ad multos annos*. El excelente y piadoso teólogo Bertagna, otro de los perseguidos, que había tenido que refugiarse en Asti, donde le nombraron Vicario General, fue llamado de nuevo a Turín por el cardenal Alimonda, que lo quiso como Obispo Auxiliar, y ahora, a más de ser Rector Magnífico del Seminario Metropolitano y de los otros cuatro Seminarios (*Regio Parco* de Turín, *Chieri*, *Bra* y *Giaveno*), fue puesto de nuevo al frente de las conferencias de Moral para el clero joven. La

llegada del cardenal Alimonda a Turín inauguró la época de la pacificación entre el Clero y desaparecieron los odios, los miedos, las relaciones y los escándalos. Otra buena consecuencia fue que el sapientísimo Papa León XIII acabó por decir, hablando de Monseñor Gastaldi viviente: —Este, o se arregla con don Bosco, o hay que cambiarlo. Había llegado la conciliación, aunque luego no duró toda la vida de Mons. Gastaldi, quien ¡pobrecito! sacó otra cuestión que le acompañó, viva, hasta la muerte: mientras don Bosco había sido instado por Roma [411] a referir lo que hubiere en torno a cualquier nueva vejación por parte del Arzobispo.

En cuanto a los opúsculos hubo quien se lamentó del escándalo, pero no fueron muchos; sólo lo hicieron aquéllos a los que amargaban los opúsculos. Lo que desdichadamente ayudó a quitar aquellos sentimientos de escándalo fue la verdad de los escándalos de Chiuso y Marcelino: digo *desdichadamente*, pero ¡también providencialmente! Otro de los más enojados de entonces era el canónigo Colomiatti.

Pues bien: también él acude ahora a los Salesianos, al Superior don Miguel Rúa, ya que todos a la par le recompensan los no tan antiguos odios y ultrajes con igual respeto y buen corazón. Alabado sea Dios; y me parece que aquellos *Opúsculos*, que fueron un poco incordiantes, se merecen también algo, sí, pero oí decir muchas veces de ellos: —¡Ah, cuánta razón tenía el *Capellán*! ¡Ah, si hubiera sido escuchado! No se lamentarían ahora la Curia arzobispal, los párrocos y sacerdotes y mucha buena gente de monasterios y conventos, ni muchos otros más, de haber perdido grandes cantidades, mal gastadas por Chiuso; y ahora no llorarían inútilmente.

—Y los mismos Seminarios, si hubieran entendido lo que los Opúsculos del pobre *Capellán* les *advertían*, no se hallarían actualmente envueltos en el pleito que les proporcionó Chiuso, el cual, después de haber derrochado un patrimonio de confianza de seiscientas mil liras, sin hablar de lo demás, ¡pretende ahora doscientas o trescientas mil!

Antes de acabar, me permitiré una observación respecto al Cuestionario para la causa de beatificación de don Bosco, o mejor manifestaré una impresión mía. Me parece que dicho Cuestionario está concebido de tal modo que, en lo que se refiere a publicaciones sobre Mons. Gastaldi, se presenta a don Bosco como un reo, excepto en cuanto a oír si se le puede excusar. Esto a mí me dio grima, y me hizo sospechar que allí se manifiesta la intervención de algún antiguo adversario de don Bosco. Supongo se comprenda que dicha parte del Cuestionario haya sido concertada en Turín.

Los Opúsculos, en fin de cuentas, no sólo levantaron la voz en favor de don Bosco, sino también en favor de muchos otros y de bastantes *intereses más, también de gravísima importancia*.

Concluyendo finalmente este mi escrito, ya demasiado largo y poco ordenado, escrito con mala letra, y hasta con correcciones, ruego al Eminentísimo Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos tenga a bien compadecerme considerando las muchas ocupaciones que tengo; y al mismo tiempo repruebo y condeno *in antecessum* (por adelantado) cuanto se hallare demasiado avanzado o menos justo y conveniente en estas mis líneas; como también protesto de que, si he dicho demasiado con cargo a Monseñor Gastaldi, no lo he hecho con ningún rencor hacia él, por quien rezo, aunque esperando goce ya del paraíso.

Por último, ruego al Eminentísimo Señor Prefecto de la Sagrada [412] Congregación de Ritos y a todos los Reverendísimos y venerandos Miembros de dicha Sagrada Congregación acepten los más sinceros sentimientos de profundo respeto y altísima

veneración, mientras declarándome hijo obedientísimo de la Santa Iglesia, tengo el honor de profesarme

Del Eminentísimo Señor Cardenal Prefecto, etc.

Seminario Arzobispal de Bra (prov. de Cúneo).

25 de octubre de 1895.

Muy atento y seguro servidor,

JUAN TURCHI, Pbro. prof.

11

Don Bosco y la Conciliación

No deja de tener un providencial significado que la beatificación de don Bosco y las solemnísimas fiestas preparadas para ello coincidan con los días en que se sanciona y ratifica la Paz entre la Iglesia y el Estado.

Todos están de acuerdo en que la primera base de lo que hoy celebramos como acabado, estuvo en que Pío IX no abandonó Roma después del 20 de septiembre de 1870, cuando, desde diversas partes se le quería conducir al arriesgadísimo exilio, y él mismo dudaba sobre lo que debía hacerse. Don Bosco le determinó a quedarse. El Papa le había pedido consejo, y aquel sencillo sacerdote, después de haber orado largamente, envió una respuesta que, lo mismo en la sustancia que en la forma, tenía toda la decisión y el valor de los Santos, a cuya humildad, no repugna, si es menester, hablar fuerte, hasta a la suprema autoridad. Revivía en él la seguridad de Santa Catalina de Siena. Le envió, pues, a decir: «El centinela, el Angel de Israel, esté en su puesto, y permanezca en guardia de la roca de Dios y del arca santa».

El Papa —si no resulta temeraria la expresión— obedeció.

Pío IX había comprendido con qué clase de hombre trataba. Desde 1858 le había conocido en Roma, cuando don Bosco fue allí por vez primera a presentarle el plan de fundar la Sociedad Salesiana.

Por eso, cuando en 1865 vio don Bosco que había en Italia ciento ocho sedes episcopales vacantes, por causa de los trastornos políticos, se atrevió a escribir al Papa ofreciéndose para entablar negociaciones entre la Santa Sede y el Gobierno y reparar aquel daño para las almas; el Papa agradeció aquella instancia como agradeció que don Bosco hablase de ello con Juan Lanza, ministro del Interior. Con ello se consiguió una carta de Pío IX a Víctor Manuel para que le enviase un personaje encargado de tratarlo y la respuesta del Rey consintiendo en ello. De ahí nació la misión Vegezzi, que, sin embargo, no dio resultado por las indiscreciones de la Prensa y los alborotos del Parlamento. El grande y difícilísimo asunto fue reanudado por el Ministerio Ricasoli a fines del 1866 después de la guerra [413] con Austria y nació la misión Tonello, la cual dio buen resultado, porque Ricasoli supo hacer lo que ninguno de los gobernantes había sabido hacer desde 1848, es decir, ayudar al mensajero oficial —habían sido muchos los enviados, con diversas finalidades, desde los primeros tiempos hasta entonces— con un negociador oficioso que, gozando de plena confianza de la Santa Sede pudiese servir de intermediario. Ricasoli y Lanza tuvieron el alto mérito de adivinar la extraordinaria aptitud de don Bosco para ello, como un diplomático improvisado. Si el espacio nos permitiese narrar con todos los pormenores la

labor que don Bosco desarrolló en aquella ocasión, con el Gobierno por un lado y con el Papa y los altos prelados por otro, indicar todos los obstáculos que encontró y que logró superar, se tendría una prueba de que la santidad, cuando posee singulares dotes naturales, llega a prestar en todo caso la valentía de que tenemos necesidad. En sus relaciones con el Vaticano se destaca, no menos que en el episodio del veinte de septiembre, la devota pero también valiente franqueza en el hablar: en las relaciones con el Gobierno la conciencia de la propia dignidad y de los propios deberes sacerdotales; con una y otra parte, la autoridad que le venía de unir con el perfecto desinterés por sí mismo, el más ardiente y a la vez el más agudo interés por las almas, por la Iglesia, por la Patria.

Esta altura de intenciones le daba, además, la calma necesaria para los grandes asuntos.

Gracias al éxito de don Bosco, se empezó con la provisión de las diócesis. En el Consistorio del 23 y del 27 de marzo de 1867 se nombraron treinta y cuatro obispos.

Pero la anexión de Roma, con todas sus consecuencias morales, políticas y jurídicas, agravó todavía más la cuestión de los nombramientos episcopales. Había sesenta diócesis del reino, entre las viejas y nuevas vacantes, que se encontraban sin pastores. Y he aquí de nuevo a don Bosco, de acuerdo con Pío IX, instar a Lanza, a la sazón presidente del Consejo, y sin esperar la invitación, ofrecerse como negociador. Lanza aceptó, y el sacerdote piamontés afrontó las crecidas dificultades en repetidos viajes a Roma y obtuvo que desde el 17 de octubre de 1871 se arreglaran cuarenta sedes.

Después de estos experimentos conciliatorios, aunque de una conciliación, por entonces parcial y accesoria, ¿fue llamado en 1874 para tratar la verdadera y real? ¿Se extendieron en ella aquellos tratos con Vigliani, ministro de Justicia del ministerio Minghetti, que obtuvieron mientras tanto salvar de la supresión las Casas Centrales de las Ordenes religiosas y cuatro insignes monasterios de Roma? Parece cierto que Bismark, presionando entonces sobre Italia para que no se hiciese la Conciliación, atribuyó a las gestiones de don Bosco, de cuya presencia y actuación se mostraba informado e inquieto, una intención tan amplia.

Pero en 1878 se renovó la ocasión en la que don Bosco sirvió de trámite utilísimo entre el Gobierno y el Vaticano. Presentóse él al Ministro [414] del Interior Crispi para obtener la seguridad de los Cardenales, durante el Cónclave del que debía salir el Sucesor de Pío IX, y para que tuvieran todas las garantías de defensa y de libertad en Roma. Y fue esta seguridad la que persuadió al Sacro Colegio para no moverse y evitar el funesto error de un Cónclave en el extranjero.

De haber cometido este error, hoy no se habría obtenido el Pacto de Letrán. Así resulta que don Bosco está presente como cuidadoso actor, en todo ensayo especial de conciliación, en todo antiguo elemento, indispensable para la Conciliación finalmente realizada. Está muy bien, por tanto, que la Paz Romana y su sagrado triunfo estén unidos hasta con la coincidencia del tiempo.

FELIPE CRISPOLTI

Don Bosco retorna

El himno está empapado por una idea predominante, que casi constituye su alma: ¡la idea del *retorno*! Por eso canta el estribillo:

*Don Bosco retorna
cual padre y pastor:
tus jóvenes cantan
vibrantes de amor.*

El día 31 de enero de 1888, día de su muerte, don Bosco no se había ido: sólo se había alejado de Valdocco, su primera y principal casa; ahora, después de sólo cuarenta y un años, vuelve a ella aclamado a voces por millares y millares de jóvenes, que acompañan sus venerados restos. Y le cantan con voces de júbilo por la aureola taumaturga y santa que circunda su cabeza, y le cantan con voces de amor, por un sentido de gratitud y de afecto filial que les liga con sus hijos, con su Obra.

Mientras van bajando las turbas juveniles desde las colinas de Valsállice hacia el puente y la avenida real y espaciosa —vía sacra y triunfal, verdaderamente digna de tan gran apoteosis— el ánimo conmovido corre con el pensamiento hasta aquel 3 de noviembre de 1846 cuando don Bosco con un paquete que contenía unos cuadernos, un misal y el breviario, junto con Mamá Margarita, que llevaba una cesta con ropa, llegaba cansado y polvoriento desde Castelnuovo de Asti, y bajaba a pie desde las colinas para ir a fijar su morada en el cobertizo de Valdocco.

El himno empieza con esta conmovedora visión, con la que contrastaba el inmenso cortejo del nueve de junio:

*Del «Colle» un lejano día,
solo llegaste a este prado,
de tu madre en compañía,
por tus sueños imantado.*

[416]

*Hoy un mar de corazones
te acompaña a tu morada:
vuelves entre aclamaciones
hacia tu casa soñada.*

La morada de don Bosco sigue hoy en Valdocco, como en noviembre de 1846. Pero también ¡qué contraste! Entonces no había más que una casita y, salvo la turba de muchachos los domingos, reinaba la soledad y el silencio durante la semana; hoy, en cambio, todo el conjunto es como un pueblo, con el aspecto y las proporciones de una ciudad, y, dentro de los vastos recintos del Oratorio, hay una doble turba juvenil, que alterna las ocupaciones de los brazos y de la mente con la alegría de las diversiones y la armonía de los cantos.

*Mas Valdocco era un desierto
sin vida y sin alegría:
aquel deseado puerto
pobre un techo te ofrecía.*

*Hoy, en cambio, Padre amado,
vive un pueblo que te adora
bajo el manto desplegado
de María Auxiliadora.*

*Sí, retorna sonriente,
pues todo el mundo te aclama
y hoy es vida refulgente,
de tu sueño viva llama.*

*Vuelve y mira cuántos miles
de tus hijos trabajando,
y en sus labios juveniles
la oración está cantando.*

Y mientras don Bosco se adelanta hacia su Casa, he aquí que, desde todos los otros barrios de la ciudad, donde crecieron los vástagos de la planta que tiene sus raíces en Valdocco, acude otra innumerable multitud de jóvenes: son también sus hijos, como lo son los que, en todas las partes del mundo, cantan en distintas lenguas a su nombre querido y glorioso.

*Mira con ojos amables
a tu ciudad bienamada
que te envía innumerables
niños de cada barriada.*

*Y en los mares y en los montes
tu figura se agiganta,
y en los vastos horizontes
de tu nombre el eco canta.*

Y cuando, por fin, llegará a la vista de Valdocco, al Rondò (el cruce de la avenida Regina Margherita con la calle Valdocco y Príncipe Eugenio) ¡qué admirable visión!

[417] Es la visión tenida en el sueño del 1845, cuando, encontrándose precisamente en el Rondò, vio tres jóvenes resplandecientes (Solutor, Aventor y Octavio), que le llamaban para que bajara a los prados de Valdocco, donde muy pronto se presentaba ante sus ojos la admirable aparición de la Virgen entre coros de Bienaventurados, como lo recuerda el cuadro, que actualmente resplandece en el altar de María Auxiliadora.

Ahora es la misma Auxiliadora, quien, desde su dorada imagen, reinante sobre la cúpula del templo, le invita y le espera para envolverlo con el esplendor celestial de su majestad y su poder.

*Sí, don Bosco, vuelve ahora
a Valdocco que te ansía,
de María Auxiliadora
para siempre en compañía.*

*Es la Virgen, abogada,
de su pueblo Auxilio y Madre,
por toda lengua invocada
con tu nombre, ¡oh dulce Padre!*

(Tomado de *Il Momento*)

S. Rastello.

Maestoso

M. Gregorio.

Su con-cier-to ha-nen-to-na-do las cam
pa-nas clamo-ro-sas al que pa-sa-- co-ro-
na-do de lau-re-les y de ro-sas un vi-
brar-de co-ra-zo-nes de son-ri-sas can-
ta-reste a-compa-ña en-tre ora-ciones de la tumba a los al-
ta-res Don Bos-cotea-claman/cual/pas-tor legiones in-
men-sas con him-nos/dea/mor Don Bos-cotea-claman por pa-dre y pas-
tor--- legiones in-men-sas con him-nos/dea/mor.

La letra que acompaña la música es la que se popularizó en el primer momento en algunas regiones. La que se presenta en el texto ha sido traducida por Rafael Alfaro. (N. del T.)

Las Misas de los maestros Antolisei y Pagella

I

...El Maestro Antolisei se presenta, por el modo que emplea para construir la polifonía vocal, como un fiel seguidor de la escuela romana perteneciente al período postpalestriniano y que viene a parar al imaginativo Octavio Pitoni. En consecuencia habría que decir que el maestro Antolisei pertenece al grupo de los continuadores de la escuela de la polifonía homófona: la que emplea la forma de amplias líneas eurítmicas, que recorre con rayos de color, y que soberbiamente se encuadra en el ambiente de las Basílicas romanas de los siglos XVI y XVII.

Estudiémoslo siguiendo su hermoso trabajo.

El primer tema del *Kyrie*, bien inventado y que se oye con gusto en sus inversiones, expuesto desde el primer bajo, se presenta breve, pero incisivo e insinuante. Se le encuentra a menudo vuelto del revés, invertido y superpuesto también en otras voces, ya sea en el tercer *Kyrie*, ya sea en el *Miserere nobis* del *Qui tollis* y en el del *Agnus Dei*. El *Christe*, de ritmo ternario, contrasta eficazmente con el primero y el tercer *Kyrie*, sobre todo porque la propuesta de los sopranos y contraltos es continuada después por las voces viriles en una tercera más alta, para volver de nuevo, con acertado sentido de variedad, a las voces agudas.

Parece notable el hecho de que el *Kyrie* empieza con la tónica para acabar con la dominante, mientras el *Gloria* empieza por la dominante para [418] acabar con la tónica. Lo cual imprime realmente un sentido de unidad arquitectónica y tonal muy interesante y genial a las dos composiciones. En el *Gloria* se presenta vigoroso y bien trazado, a la manera de los más expertos polifonistas, el *Glorificamus Te*; y al fin del *Qui tollis*, como ya se ha dicho, vuelve muy bien el *Miserere nobis* con el tema del *Kyrie* en los primeros bajos, mientras el *Tu solus Altissimus*, con la subida de las voces por procedentes acordes sincopados, se lanza vigoroso a las alturas con clara y luminosa sencillez a un mismo tiempo. También el *Cum Sancto Spiritu* resulta original, bello y eficaz en sus progresiones ascendentes y descendentes en las que las voces magníficamente dispuestas, se matizan con una sonoridad intensamente expresiva. Con el *Amen* final forma un trozo de treinta compases que se desenvuelven dentro de la más lógica arquitectura lineal, casi clásica; lo cual honra grandemente al maestro Antolisei.

En el *Credo*, composición siempre ardua y difícil hasta para los mayores maestros, vemos que el autor de esta Misa emplea frecuentemente el estilo homófono en coros acompañados que se responden alternativamente entre sopranos y contraltos, entre tenores y bajos. Por este procedimiento pone a menudo en contraste los tonos claros de las voces agudas con los más oscuros de las voces viriles, fundiéndolos juntos a veces, iluminados por rayos de luces vivaces y fascinantes.

Desde el principio se observa que las voces se mueven y alternan expeditamente siguiendo la áurea regla enseñada por los maestros clásicos de la polifonía, para los cuales todo tema debe corresponder a un determinado párrafo del texto musicado. El *Et incarnatus* en voz baja, devoto, con alusión al recuerdo del divino misterio, encierra unas sucesiones de acordes de armonía que se acercan a un bien entendido estilo moderno y que se oyen con gusto por su significación y expresión. A continuación se presenta vibrante el grito impetuoso del *Crucifixus* que el maestro Antolisei ha senti-

do y resuelto de un modo ciertamente no usado. El descenso de las voces descendentes, aun en el color, hasta el *Passus et sepultus est*, resulta muy sugestivo y penetrante.

La marcha general de la composición adelanta hacia el fin con soltura y sonoridad, singularmente por la disposición de las partes vocales, siempre informada por el más seguro resultado de los efectos arquitectónicos y excitantes. Lo demuestra el poco tiempo del *Et vitam venturi* recogido en seis compases, sin embargo grandiosos y de efecto. El *Sanctus* se presenta con un tema diáfano y transparente. Por fragmentos que se elevan poco a poco, en la escala aguda, a través de un sentido polifónico, que se revela cada vez más acentuado y se aproxima a la tradición palestriniana, se reanima al *Pleni sunt caeli et terra*, etc.: que se esparce, se difunde y se propaga con ímpetu de sonoridad verdaderamente fascinante, y que se acopla después en el *Hosanna*, el cual empieza con un piano que va creciendo hasta adquirir los más vibrantes acentos. El *Benedictus*, de puro estilo homófono, se apoya en una melodía felizmente [419] inspirada dada a la parte superior: primero al tenor, después al soprano. Vuelve por fin el *Hosanna* idéntico al primero, y que, quizás, en esta segunda aparición dejaría desear alguna variante y mayor desarrollo, como supo hacer el autor en el *Kyrie*. Pero el maestro Antolisei se repone en el *Agnus Dei*, en el que, por el modo con que está entretejido, se presenta como una de las partes más interesantes y sólidas de toda la Misa. Aun manteniendo en ella las características fundamentales del trabajo, las que resultan del uso de los coros cantantes, aquí no sólo se aproximan las dos falanges, sino que se sobreponen con resultados estéticos muy afortunados que, en ocasiones, llegan a la grandiosidad en las líneas y a la fúlgida resonancia en el color. Con feliz unidad de criterio, Antolisei, como ya se ha dicho, se sirve aquí otra vez del tema del *Kyrie*, tema que se oye con gusto sobre todo porque es una frase incisiva y penetrante, que puede aprenderse y recordarse por el oyente con emoción y deleite. Diremos también que, al igual de la *Missa solemnis* del maestro Pagella toma el signo característico de la canción del Beato don Bosco: *Ah, se cante en son de júbilo*; ésta del maestro Antolisei lleva su marca del apunte, desde el primer *Kyrie*, el cual, aunque no siempre abiertamente, en su misma característica, noble y severa, serpentea a lo largo del trabajo.

Apoyándose en una determinada forma, la que se levanta, como ya se ha dicho, sobre la alternativa de los coros cantantes (representados en este caso por las cuatro voces blancas y las cuatro viriles) la cual podría parecer, tal vez, que va a producir una uniformidad, que, sin embargo, sabe dominar y vencer el compositor, recurre al artificio de la consiguiente casi idéntica respuesta a una primera proposición hecha por un complejo de tres o también cuatro voces. Pero no son temas aislados superpuestos a breve distancia uno sobre otro, como se acostumbra en la polifonía propiamente dicha, los que él prefiere, si bien sean temas sujetos casi siempre por tres o cuatro partes, en un complejo homófono bien construido. De este modo el maestro salesiano y romano se acopla, como ya ha sido dicho, al grupo de aquellos compositores, que supieron levantar verdaderos monumentos de arte, desde la segunda mitad del siglo XVII en la capital del mundo católico; tales, a nuestro parecer, que pueden colocarse en estética relación con todo lo que en el orden arquitectónico ya se había creado siglo y medio antes. Por este hecho, la Misa del maestro Antolisei, viene a ser un género de música puramente romano, digno de la más sincera admiración y de la más probada acogida.

Todo esto, sin reservas ni ambages.

Ciertamente que no todos los coros estarán en condiciones de preparar e interpre-

tar un trabajo como éste; mas, por el pleno conocimiento de las voces que el autor demuestra, por la lógica y clara disposición de las mismas, sin que se les exijan esfuerzos excesivos; por la habilidad con que el compositor [420] sabe, en algunos momentos, llamar a unas y otras, en ayuda de las que están más próximas, puede muy bien decirse que la Misa del maestro Antolisei merece ser interpretada y conocida en otros de los principales centros de Italia. Porque del complejo del noble trabajo, se trasluce claramente la habilidad contrapuntista del maestro, tan conocido y tan benemérito, particularmente por la cooperación prestada a la elevación de la música sagrada en general en las casas salesianas, con el propósito de mantenerse, al mismo tiempo, fiel a la tradición de la sagrada lírica religiosa: la que sabe hacer cantar y expresar con viveza estética el sentido de las palabras, sin dejar de lado los derechos a las exigencias litúrgicas. Y nosotros, por este requisito con el que se embellece la obra pasada y presente de don Rafael Antolisei, no podemos dejar de augurar a ésta la difusión y duración que realmente merece...

II

El reverendo don Juan Pagella, devoto hijo del Beato don Bosco y relevante gloria, en el campo de las artes, de la Pía Sociedad Salesiana, es un maestro compositor, cuyo nombre es honrado hace tiempo por los más activos y laboriosos músicos italianos de nuestra época. Su rica y variada producción va desde la música sagrada en general hasta la *Cantata* y el *Oratorio*: desde las composiciones de cámara a las de órgano: desde la música coral hasta la sinfónica. ¡Bella y noble figura de artista! Autor de un *Job*, acabado en 1903, ya interpretado en aquel tiempo por el que merecí poderse colocar entre las mejores concepciones del género, ciertamente merecía, por la fuerza de su ingenio y la elevación de su arte, ser llamado a condecorar las solemnes fiestas celebradas en Turín para la Beatificación del Fundador de la gran Familia a la que él pertenece y por cuya acción benéfica, el nombre inmortal del Beato don Bosco, se esparce y difunde cada día más por el mundo.

Ya hace tiempo que la música sagrada moderna va buscando la vía segura por donde caminar sólidamente como lo hicieron los grandes maestros de la polifonía, en Roma y en Venecia, en los siglos XVI y XVII. La dignidad del culto y del arte exigían que cesaran las profanaciones vulgares en el templo; pero, una vez afirmado y sostenido el principio del deber y del derecho al arte de conservarse tal, especialmente junto al altar de Cristo Redentor, era necesario que la música, prácticamente, fuese siempre música, manteniéndose al nivel del verdadero arte. En cambio, con la apariencia de música litúrgica, ¡cuántas cosas bien pobres y ridículas se han difundido y soportado en Italia!

El maestro Pagella es uno de esos pocos valiosos músicos que, al componer [421] las propias obras para el culto, tuvieron siempre delante el principio de que para hacer música... es menester la música.

Y se convirtió en un extraordinario benemérito en la práctica de este principio.

Su propósito, al componer su *Missa sollemnis XIX in honorem Beati Ioannis Bosco* sirviéndose de una *cancioncilla* compuesta por el mismo Beato: *Ah, se cante en son de júbilo*, ha sido ciertamente feliz.

Los polifonistas de siglos pasados eligieron temas gregorianos totalmente o fragmentados, para sus composiciones sagradas.

El maestro Pagella ha modernizado, diremos así, este principio técnico y estético.

Sirviéndose de un fragmento de sólo cuatro compases, presenta él en su nueva *Missa* el tema escogido, con todos los recursos de la armonía moderna, pero con la forma sentida ejemplar que quiere, exige e impone el carácter de la composición que, sobre todo, debe ser litúrgica. La introducción de los dos trombones que, en el primero y en el tercer *Kyrie*, en la conclusión del *Gloria* y en el último *Agnus Dei*, se superponen al órgano haciendo resonar la melodía del Beato don Bosco, alcanza unos resultados penetrantes y, diríamos, conmovedores.

Imaginamos que muchos de los que conocían la *cancioncilla* del Beato Padre don Bosco, al volver a oírla envuelta con tan rica y nueva vestidura, habrán experimentado una viva y profunda emoción.

Y ahora, permítasenos una breve, pero concienzuda crítica del precioso trabajo.

Las voces se mueven, en esta *Missa XIX*, dentro de una perfecta polifonía coral, de carácter imitativo, mientras el órgano, a su vez y con superioridad, se mantiene independiente del coro, alcanzando un grado de explosión totalmente especial y creando, con riqueza de detalles, un conjunto acústico instrumental rico y variado, tanto por la armonización como por los mismos timbres.

Al acabar el primer *Kyrie*, como ya se ha dicho, se presenta por entero el tema fundamental. Le sigue el *solo* del *Christe* alternado entre sopranos y tenores, superpuesto al coro con una fragmentación temática que después se acerca de nuevo y se intensifica distribuyéndose entre las cuatro voces de los solistas. Vuelve después el movimiento del primer *Kyrie* en una escala más aguda sostenido por una base armónico-cromática rica de color, muy vigorosa y casi fascinante. Al final, el tema principal, el de la *cancioncilla* de don Bosco, reaparece también, en un grado más alto, con toda la sonoridad que se puede conseguir por el órgano con la trompetería reunida y doblada con la octava. Y con el tema del Beato don Bosco se inicia también el *Gloria*, para el canto de alegría del *Et in terra pax!*

Las armonías que brotan del órgano al *Laudamus Te* son de una modernidad insinuante, apropiada y eficaz.

Se podría recordar, precisando, la atmósfera que envuelve [422] estos trozos, antes y después del *Gratias*, pero no quisiéramos ser mal entendidos; por tanto fijamos nuestra atención sobre la nueva aparición, bajo diversos aires, del tema principal como es presentado por el órgano dos compases antes del *Domine fili*. El salto de cuarta en el arranque de la *cancioncilla* de don Bosco, ofrece ciertamente recursos de los que se sirve Pagella como maestro que es.

La forma melódica puesta en octava por las voces viriles y las de los niños, como en el *Qui sedes* y en el *Quoniam*, presenta momentos de vivo interés, aun para aquellos que sienten la modernidad del arte y lo admiten también en la música sagrada.

Es más, diremos que en este punto aletea el espíritu del gran César Franck de las *Beatitudini*.

El *Cum Sancto*, siempre sobre el tema del Beato, se desarrolla sobre una fuga tonal construida según una tradición que quizás alguno pueda tildar de escolástica, pero que nosotros consideramos en su sitio, porque con el doble pedal del órgano en la quinta del tono fundamental, y con el ritmo del tema principal por entero, resonado por la trompetería, corona poderosamente el precioso cuadro, que se ofrece al oyente lleno de intensidad sonora y colorista. Las voces bien tratadas, alguna vez quizá, especialmente en los sopranos, elevados a un grado de agudeza un tanto arriesgado, pero admisible cuando se puede disponer de un grupo coral bien nutrido y seguro, contribuyen a hacer variado y movido el cierre de la segunda parte de esta

Misa. En el *Credo* ha preferido el compositor atenerse a un plan más simple. Casi parece que se haya propuesto establecer un poco de tregua a las elegancias estilísticas anteriores. Abandona el arranque melódico de la *canción* del Beato don Bosco para dar paso al tema gregoriano presentado por el órgano desde el principio, por fragmentos. Algunas frases monódicas pasan sucesivamente de los bajos a los tenores y a los contraltos. El estilo, como ya se ha dicho, parece aquí más simple; el desarrollo es igual, y uno y otro fluyen entre modulaciones modales que no presentan nada especial.

El *Et incarnatus*, propuesto con frase penetrante por el bajo, está alternado con respuestas homófonas y quedas del coro. Al *Crucifixus* se asoman los cuatro solistas, pero después al *Resurrexit* vuelve de nuevo el coro con todo su vigor extendiéndose en una amplia sonoridad que se termina felizmente al *Cuius regni non erit finis*. Aquí, se vuelve a oír, por fragmentos, el tema gregoriano del *Credo in unum Deum* presentado por el órgano lo mismo que al principio. En un crescendo progresivo se llega después al unísono del *Et unam sanctam catholicam* y del *Confiteor unum baptisma* sobre el que imprimen un carácter de severa majestad los amplios acordes del órgano.

Y henos ya al fin: en el *Et vitam venturi saeculi* otra vez se presenta por entero el tema del *Credo* con una alegría sonora muy elocuente. Los ocho compases, que repiten la conocida melodía gregoriana, [423] sencillos, pero incisivos, van seguidos de un *Amen* no menos imponente y eficaz.

Pero lo hemos dicho: el *Credo*, con el estilo y el desarrollo empleados por el compositor en las dos primeras partes de la Misa, no representa, a nuestro parecer, más que un paréntesis. Al llegar al *Sanctus*, el maestro Pagella vuelve a la precedente arquitectura: la del *Kyrie* y la del *Gloria*. Desde el principio se oye de nuevo el tema de la *canción* del Beato. Primero el órgano. Las voces, al principio, no son cuatro sino ocho divididas en dos grupos (solistas y coro), tratadas con verdadera maestría polifónica. Al *Pleni sunt caeli et terra*, suena la melodía resonante y penetrante con un unísono vigoroso. A continuación llega el *Hosanna* construido sobre dos temas diversos superpuestos: temas que después se funden recíprocamente uno en otro para dar paso a un ir disminuyendo vocal colorido con mucha sencillez y calma. Sobre esta disminución se introduce en cambio, progresando hacia arriba, un dibujo melódico del órgano a una sola voz y que sube por grados hasta cerrarse en un sereno acorde lejano.

El *Benedictus*, propuesto por el tenor y proseguido por el bajo, es sostenido suavemente por el coro dentro de una línea homófona, sobria, pero expresiva. Vuelve después el *Hosanna* idéntico al primero, en el cual, en una escala de colores sonora y vibrante, se vuelven a oír las voces de los bajos resonando con una nota aguda, que permanece fija como para sostener a los sopranos en el quiebro que dibujan con un adorno que se presenta como un vuelo hacia los cielos azules y los espacios infinitos de la eternidad.

En el *Agnus Dei* se vuelve al estilo más sencillo. Las voces del coro, alternativamente, con una tranquila progresión, se insinúan poco a poco abriendo paso a una quinta voz de contralto solo, que canta melódicamente hasta la imploración del *Miserere nobis*, dando lugar, después, a un bajo, y luego a un soprano. Por último, se adelanta de nuevo la polifonía, tejida magistralmente por las cuatro voces, hasta que, sobre las notas sostenidas por el coro, como un elegiaco recuerdo, tranquila y solemne, repetida por los trombones con sordina, vuelve a oírse la frasecita que acerca de nuevo nuestro espíritu orante y suplicante a aquel que ya se mueve en los cielos de la vida inmortal junto al trono del Eterno.

Y, al llegar aquí, resumamos nuestras impresiones.

La *Missa XIX* del maestro don Juan Pagella, en su complejo, presenta unas propiedades a las cuales creemos oportuno referirnos todavía rápidamente, resumiendo, en su complejidad, las principales características de la figura artística del ilustrísimo compositor.

Nos parece que cada vez que Pagella traza la amplia línea polifónica, sirviéndose a un tiempo de los colores más vivos, se encuentra él en el ámbito y en la atmósfera más conforme con su índole en plena correspondencia con los propios ideales estéticos. De ahí nacen las mejores páginas [424] de la «Misa en honor del Beato Juan Bosco» como el *Kyrie*, el *Gloria* y el *Agnus Dei*.

Cuando, en cambio, se propone un plan más sencillo el cual encuentre la propia eficacia en la expresividad melódica, que equivale a decir en la genuina inspiración libre del magisterio de la compleja polifonía, entonces, aun manteniéndose dentro de una línea noble y digna, el compositor queda como encerrado dentro de los confines y los límites de esa música litúrgica que ha formado y forma el repertorio más conocido y en uso durante estos últimos decenios en los cuales hay músicos egregios que han conquistado la fama, mas sin lograr elevarse a la esfera de estos ideales estéticos que en las mejores páginas del mismo maestro don Juan Pagella, con otros medios y otra técnica, se descubren, se sienten y se comprenden.

Aún debemos hacer otra observación. La *Missa XIX* del maestro Pagella presenta ciertamente momentos de difícil ejecución, no tanto por su plan polifónico cuanto por la extensión de la voz de los sopranos. Ni siquiera Palestrina, a lo que yo recuerdo, llegó nunca al *la* agudo, y a continuación algún difícil gorjeo sobre la *e* y sobre la *i*. El coro salesiano de María Auxiliadora está ciertamente adiestrado para poder sostener una dificultad vocal semejante. Pero ¿podrán otros coros hallarse en situación de exponerse a tan ardua prueba? ¡Lo dudamos!

Aquel lejano día en que el Beato Juan Bosco, casi inconscientemente, tuvo que componer su pequeña melodía *Ah, se cante en son de júbilo*, lo mismo que en el sueño que le proporcionó la visión de cómo tenía que ser regenerado el mundo moral por él, ¿presentiría la posibilidad de que la frase que le salió del corazón y de los labios en un momento de ingenua y santa alegría, podría, por arte de un valioso discípulo suyo, podría resonar en su honor bajo las bóvedas de la Basílica de María Auxiliadora por él levantada, y más aún en el alma de los fieles orantes junto a sus restos benditos elevados a la gloria de los altares? ¡Ciertamente que no!

Pero en esta hora de gozo espiritual y de triunfo sin par, desde los inmensos Cielos que cantan la gloria suprema y eterna del Gran Dios, escucha él, sin duda, la propia voz a través de las múltiples voces de sus hijos, mientras, mirándoles con sonrisa paternal y bendiciéndoles, repite y exclama: *Da mihi animas cetera tolle!*

JUAN TEBALDINI

[425]

14

Respuesta dada en nombre del Papa a las peroraciones y ruegos de los Abogados Consistoriales para la Causa de don Bosco y de las otras tres

La causa que habéis dignamente expuesto, conforme a vuestro importantísimo oficio, es de tal naturaleza que mueve extraordinariamente el ánimo del Sumo Ponti-

fice a prestar su asentimiento. Pues los Bienaventurados de quienes os ocupáis, aunque brillan como estrellas con diverso esplendor en los fastos de la Iglesia, sin embargo, todos sobresalen de tal modo por la gloria de sus virtudes y por los admirables signos realizados por Dios mediante ellos, que se manifiesta elocuentemente cuán poderosa es la obra de la divina Redención para modelar santísimamente los espíritus y realizar grandes empresas.

Esto es lo que hicieron egregiamente los Beatos Confesores Juan Bosco y Pompilio María Pirrotti, quienes no sólo tendieron con sumo empeño a las más altas cumbres de la santidad, sino que cada uno, según la condición de los tiempos, instruyendo especialmente a la juventud en los preceptos y costumbres de la religión cristiana, trabajó personalmente y por sus seguidores en la extensión del reino de Cristo.

Lo mismo hicieron la Beata Micaela del Santísimo Sacramento y la Beata Luisa de Marillac; las cuales, en medio de sus agitadosísimos tiempos, cuando los hombres necesitaban sobre todo las ayudas y consuelos de la caridad cristiana, se esforzaron tan ingeniosa y vehementemente en conseguirla y llevarla a la práctica, que no desatendieron ningún género de calamidad y aliviaron, en la medida de sus posibilidades, toda enfermedad de los cuerpos y de las almas.

¿Cómo, pues, no va a desear el Papa ardientemente coronar con la diadema de la santidad a estos Bienaventurados ciudadanos del Cielo y proponerlos a la contemplación e imitación de todos?

No obstante, quiere que en un asunto sin duda importantísimo y estrechamente vinculado con la integridad de la religión católica, no se pase por alto, bajo ningún concepto, ninguna norma establecida por sus predecesores. Por eso juzga necesario, antes de pronunciar la sentencia de su inviolable magisterio, que se celebre el así llamado Consistorio semipúblico, en el cual pedirá, según costumbre, su juicio a los Padres Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes. Y os invita a todos a rogar para alcanzar del Espíritu Santo la abundancia de la luz divina.

[426]

15

Respuesta del Papa a las tres instancias

(La traducción castellana se encuentra en las páginas 177, 178, 179 correspondientes del texto)

AL INSTANTER.—Dum nostra hac aetate victoriae palma, magno cum admirantium plausu, iis interdum tribuitur, qui in causa vel nullo vel fere nullo praeconio digna primas obtinent, haec sollemnia, quibus christiani herois nomen consecratur, videntur equidem non sine gravi monitu atque exemplo celebrari. Tantum enim christianae sanctitudinis laudes fluxae ac periturae hominum gloriae antecellunt, quantum terrae praestat pulcritudine caelum, quantumque sempiternae beatitudinis gaudia miseras caducae huius vitae voluptates exsuperant atque evincunt. Ut igitur per sollemnes huiusmodi caerimonias, quibus iubilans anni cursus decoratur eiusque augentur salutare fructus non tam ad germanae sanctimoniae praestantiam satius altiusque reputandam, quam ad rectum atque arduum eius iter volenti animo ingrediendum excitentur omnes, Beatissimus Pater vehementer exoptat. Id profecto fiet per legitimam Ioannis Bosco consecrationem, a Romano Pontifice peragendam; Ioannis Bosco, dicimus, Italiae totiusque Ecclesiae decoris; Ioannis Bosco, qui non modo ad evangelicae perfectionis fastigium totis viribus citatoque gradu contendit,

sed tot etiam filios — florentem praesertim aetatem christianis praeceptis christianisque moribus conformando — Iesu Christo peperit.

Quapropter quod instanter perorando postulastis quodque innumera beati huius caelitis familia fieri gestit suisque precibus maturavit, id benigne excipere communibusque votis satisfacere percipit Sanctitas Sua. Vult nihilominus ut antea, ex vetustissimo Apostolicae Sedis more, ad rem fauste feliciterque definiendam, caelestis Curiae supplicatio a nobis omnibus interponatur.

AL INSTANTATIUS.—Procul dubio admotae ad caelestem Aulam preces supplicationesque efficacissimae exstiterunt; procul dubio, quod nos cupimus omnes, angelorum itidem sanctorumque agmina exoptant; ac Deo ipsimet voluntas est novum hoc sanctitudinis ornamentum atque exemplum militanti Ecclesiae dilargiri. Verumtamen, quamquam nullus relinquitur ambigendi locus beatum Ioannem Bosco sempiterna in caelis beatitate perfrui, quam, divina aspirante gratia, per sanctissima rerum gesta promeruit, per me nihilo secius edicit Beatissimus Pater velle se, antequam inerrans edatur oraculum, Superni Spiritus lumen, ad rem religiosissime perficiendam, sibi ab omnibus concilietur.

AL INSTANTISSIME.—In hac rerum hominumque maiestate, quae caelestis Aulae fulgorem refert divinosque concentus, eventum mox [427] visuri sumus, quod in Dei gloriam communemque salutem maximopere conferet. Etenim, nulla iam interposita mora, Iesu Christi Vicarius optatissimam fallique nesciam sententiam suam laturus est. Eam prona fronte gratoque animo excipiamus; ac caelestia munera, quae hodie procul dubio e beati huius caelitis manibus uberiora profluunt, cum nobis, tum laboranti Ecclesiae conciliemus.

16

Fórmula de la canonización

(En castellano, en el texto, pág. 179)

Ad honorem Sanctae et individuae Trinitatis, ad exaltationem fidei catholicae et christianae Religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Iesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli ac Nostra; matura deliberatione praehabita et divina ope saepius implorata, ac de Venerabilium Fratrum Nostrorum S. R. E. Cardinalium, Patriarcharum, Archiepiscoporum et Episcoporum in Urbe existentium consilio, Beatum Ioannem Bosco Sanctum esse decernimus et definimus, ac Sanctorum catalogo adscribimus; statuentes ab Ecclesia universali eius memoriam quolibet anno, die natali illius, nempe die XXXI Ianuarii, inter Sanctos Confessores non Pontifices pia devotione recolere debere. In nomine Patris et filii et Spiritus Sancti.

17

Homilía del Padre Santo

(La traducción al castellano, en el texto, pág. 181 y siguientes)

Venerabiles Fratres ac dilecti Filii,

Geminata hodie perfundimur laetitia ac Nobiscum universa afficitur Ecclesia, quod victoriam ex mortis et ex inferorum potestate a Iesu Christo partam celebra-

mus, quodque hodie Nobis licuit praeclaris viris feminisque non paucis, per huius anni sancti decursum ad sanctitudinis honores evectis, sollemnem hanc Ioannis Bosco consecrationem quasi in cumulum adiicere: Ioannis Bosco, inquit, quem paucis abhinc annis in Beatorum numerum rettulimus, quique iuventutem Nostram — gratum adhuc subit recordatio animum — non modo ad spectu suo suoque alloquio recreavit, sed per mirabilium etiam rerum gesta virtutisque praestantiam in sui admirationem rapuit. Iamvero, quamvis eius vita tot sit egregie factis referta atque illustrata, ut vix queat adumbrari paucis, cupimus tamen haec, quae praecipua Nobis videntur, admirationi imitationique vestrae proponere.

Divinae gloriae animarumque saluti procurandae omnino deditus, [428] ex Dei esse voluntate faciendum, id, etsi temerario ausu dignum videbatur, nulla aliorum diffidentia distractus, ac vias etiam rationesque animosus ingressus, quas nova induxerat aetas, ad effectum deducere enitebatur. Itaque, cum pueros, per urbis vias vagantes, pene innumeros vidisset, a parentibus derelictos omnique cura destitutos, eos ad se paterno animo vocavit; eosque, per opportuna omne genus oblectamenta ipsorum animis potitus, et catholicae religionis praeceptis imbuivit, et ad iisdem praeceptis per virtutis disciplinam perque crebriorem sacramentorum susceptionem sese conformandos allexit atque permovit. Nostis profecto quantum utilitatis iuventuti recte instituendae et a vitiorum illecebris revocandae ex huiusmodi institutis, quae *Festiva* vocantur *Oratoria*, sit ortum; quae quidem *Oratoria* non modo Augustae Taurinorum condidit et in vicinioribus urbibus atque oppidis, sed ubicumque etiam, quo suam invexit religiosam familiam. Praeterea, cum frequentissimae huic adulescentium iuvenumque turbae honestum vitae genus impertire cuperet, quo iidem et sibi possent et futurae proli consulere; illa constituit domicilia, in quibus ipsi exciperentur, et ad fabriles artes addiscendas, cuique consentaneas, praepararentur. Neque iuventuti defuit litteris humanioribusque disciplinis deditae, in cuius commodum multa collegia condidit, in quibus eadem tuto itinere ad altiore etiam, si vellet, doctrinam adipiscendam contendere et, bene morata, in spem Ecclesiae Nationisque suae succrescere posset.

Quam ad rem animadvertendum est idcirco Ioannem Bosco, in puerorum iuvenumque animis fingendis educandisque, felicissimos edidisse fructus, quod germanam eam veri nominis educationem alacri perspicacique animo suscepit; quam catholica Ecclesia tantopere commendat, quamque Nosmet ipsi, occasione data, saepenumero commendavimus. Illam nimirum quae evangelicis praeceptis praeclarisque Iesu Christi exemplis imbuatur tot per omnesque venas alitur; illam, qua, christiana religione virtuteque duce, ita iuveniles rediguntur ac componuntur mores, ut omnino digni evadant, quos et terrestris patria dilaudet, et caelestis tandem aliquando non periturae coronae praemio remuneretur. Illam denique, quae si corporis vires exercet, at animum potissimum — inconditos inordinatosque eius motus compescendo et ad virtutis convertendo studia — confirmat atque conroborat; quaeque, si humanas omnes disciplinas, ad praesentem vitam excolendam ornandamque opportunas, discipulis impertit, at quod est praecipuum non neglegit, Creatoris nempe ac Remuneratoris Dei doctrinam atque Ecclesiae praecepta.

At non heic consistit neve laxatur alacer eius animus, sed, superna caritate compulsus, quam considerat religiosorum hominum ac mulierum familiam, eam, mirabili quodam modo ob divinae gratiae opem magis usque magisque increbrescentem, per universum mittit terrarum orbem, evangelii lucem christianumque cultum latu-ram. [429] Quae tot tantaque incepta atque opera dum Noster instituit ac perficit, non ex humanarum rerum defectione neque ex aliorum diffidentia atque irrisu conci-

dit animo, sed caelesti fretus auxilio, ulterius cotidie tranquilla serenaque fronte progreditur. Quodsi interdum suscepta ab se in animarum bonum consilia in difficultates se illidere videbantur, quae humana ope devinci non possent, hilaris atque erectis in caelum oculis, dicere sollemne habebat: «Dei optatum est, atque adeo ex eius voluntate faciendum, quapropter ipsimet quodammodo officio est necessaria adiumenta suppeditare». Atque ita, praeter omnium expectationem, res ad laetum exitum adducebatur; hominumque sugillationes in communem admirationem commutabantur.

Quem igitur, venerabiles fratres ac dilecti filii, christianae sanctitatis heroem, per praecipua animi sui lineamenta, venerationi vestrae proposuimus, in eum omnes, studiosae imitationis causa, intueantur. Ita enim, eo auspice eoque deprecatore, profecto fiet ut, quam Iesus Christus rettulit de mortis deque tenebrarum potestate victoriam, eam nos quoque omnes feliciter assequamur; utque, a peccatorum servitute liberati sempiternaque in caelis beatitate fruituri, paschale canticum una fide unaque voce concinamus omnes:

*Ut sis perenne mentibus
Paschale, Iesu, gaudium,
A morte dira criminum
Vitae renatos libera. Amen.*

18

HIMNO DE LA CANONIZACION

¡Vibrad oh campanas, sonad sacros bronces,
tañed exultantes las notas festivas!
la grey que soñara un día el buen padre
hoy canta gozosa hosannas y vivas.
A Cristo glorioso, ayer, hoy y siempre
aclaman los pueblos con cantos y palmas.
La Pascua florece por sierras y valles
y Dios resucita en todas las almas.

Don Bosco, Don Bosco
cual Padre y Hermano
nos tiende su mano
nos lleva al Señor.

¡Ah!, mira, don Bosco: por estos parajes
los jóvenes antes sus bandas armaban.
Tu sueño de apóstol salía a buscarlos
y todos un corro de amor, te cercaban.

Tus jóvenes cercan también hoy tu paso,
tus huestes inmensas, tu tropa gloriosa;
la grey que soñaste a tus nueve años
cual Padre y Maestro te aclama gozosa.

Grandioso

G Pagella



Cam-pa-nasfestivastocadju-bi-



lo-sas a- le- gresre-pi-quen conno-tas de



gloria De júbiloinmensolasalmasre-bosan y a



co-ro re pi-tenes-trofa^{ar}mo niosaalsantoJuan



Boscoelmundohoyen-tonacancióndeconquistade



triunfoyvictoria ya brillá^{en} sus ful- re-



o-la ya es-tá enlosal-ta-resnim-ba-do de



gloria Juan Bo-sco JuanBo-scodeljo-ven en-



canto be- nig-natu ma-no nosllevealSe-ñor.

La letra que acompaña la música es la que se popularizó en el primer momento en algunas regiones. La que se presenta en el texto ha sido traducida por Rafael Alfaro. (N. del T.)

Don Bosco, Don Bosco...

La Reina celeste te ofrece la mano,
el Cielo protege tus sueños de niño.
Del huérfano y pobre serás padre y guía;
serás tu consuelo, serás su cariño.
Nosotros, tus hijos, tu gloria cantamos
y al aire lanzamos nuestra voz unida:
«El es nuestro Padre y nuestro Maestro:
nos guía a la ciencia, nos guía a la vida».

Don Bosco, don Bosco...

Viniste a nosotros con rostro radiante
de nimbo suave, de nube y de vuelo;
ahora tu frente irradia esplendores
de Dios que la ciñe arriba en el Cielo.
Nos diste por Madre a tu misma Madre
Auxilio potente del pueblo cristiano;
nuestra alma nutriste con Pan que restaura,
con Pan que da fuerza y amor sobrehumano.

Don Bosco, don Bosco...

Don Bosco te esperan con fe las familias
que llevan sus hijos para que señales
con la Cruz bendita sus límpidas frentes,
para que los libres de todos los males.
Y al son de tu paso despierta el oleaje
de la muchedumbre cual mar agitado,
y un grito ardoroso unánime elevan:
¡Vente con nosotros, ven a nuestro lado!

Don Bosco, don Bosco...

19

URBIS ET ORBIS

Se decreta la fiesta de San Juan Bosco para toda la Iglesia
(La traducción castellana, en el texto, pág. 300)

DECRETUM

Universo Christiano populo summae laetitiae fuit, quod sacro recurrente decimono saeculo a salvifica Redemptione supremos caelorum honores Beato Iohanni Bosco Summo Pontifice Pio Papa XI decrevit. Quo ex tempore non Salesiana Familia tantum, sed et quam plurimae dioeceseſ Eum Veluti iuventutis patrem peculiari honore prosecutae sunt. Succrescente vero in dies devotione, ut uberiores sanctitatis fructus in fidelium praesertim iuvenum animis efflorescerent, [432] innumeri sacro-

rum Antistites Summum Pontificem Pium Papam XI humillimis et instantibus precibus rogaverunt, ut ad universam extenderetur Ecclesiam cultus tanti viri, de re catholica optime meriti. Sanctitas porro Sua, referente infrascripto Cardinale Sacrae Rituum Congregationis Praefecto, in audientia diei 25 martii 1936 vota tot S. R. E. Cardinalium, Archiepiscoporum et Episcoporum benigne excipiens, Festum Sancti Ioannis Bosco, tamquam confessoris non pontificis, ab universa Ecclesia sub ritu duplici minori cum Officio et Missa huic decreto adiectis die 31 ianuarii celebrandum decrevit, translato ad diem 28 ianuarii Festo S. Petri Nolasci confessoris. Contrariis non obstantibus quibuscumque.

Datum Romae, ex Secretaria S. Rituum Congregationis, die 25 martii 1936.

C. Card. LAURENTI, *Praefectus*.

A. CARINCI, *Secretarius*.

DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

I

Dos cartas de petición

Los autógrafos de las mismas pertenecen a la señora Benedicta Terzago, de Chinetto, domiciliada en Bianzè (Vercelli). Los encontró ella entre los papeles de su tío don José Terzago, de Bianzè, que fue alumno del Oratorio durante el último decenio de la vida de don Bosco. No ha sido posible averiguar quién es la Marquesa, Dama de la Corte, a la que fueron dirigidas, y tampoco cómo llegaron a poder de dicho sacerdote.

La Rifa mencionada en la primera carta es la misma de la que habla Lemoyne en el vol. V (pág. 195 y siguientes). La escasez de medios, que obligó a reducir notablemente el número de obreros en la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, procedía del trastorno económico producido por el traslado de la capital y por los preparativos para la tercera guerra de la Independencia. (Véase: Lemoyne, VIII, págs. 294 y 316).

A

Benemérita Sra. Marquesa:

Hasta ahora no he recomendado a V. S. Benemérita los boletos de la Rifa, porque, como ya contribuye generosamente al sostenimiento de nuestras necesidades, no me parecía oportuno. Pero ahora, pensando que en esta ocasión puedo confiar algunos de ellos a los Regios Personajes que al presente viven entre nosotros, le envío treinta decenas y los recomiendo a su caridad y la de aquellos a quienes V. S. juzgue conveniente hablar de ello.

Como sabe V. S., hay tiempo, y los que no se colocan, pueden devolverse de nuevo a la Rifa.

Todas las misas de difuntos y las oraciones que mañana por la mañana se celebrarán en esta casa, serán según su piadosa intención y la del señor Marqués. Dirijanlas al Señor, como mejor les parezca.

[434] Todos los Santos del cielo hagan descender una bendición especial sobre V. S. y su respetable familia, mientras me cabe el honor de profesarme con gratitud De V. S. B.

Turín, 1.º de noviembre de 1855.

*Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, Pbro.*

B

Benemérita Sra. Marquesa:

María Auxiliadora se encomienda a V. S., Sra. Marquesa; los trabajos de la iglesia están bien encarrilados, mas, por falta de medios, tengo sólo ocho albañiles en vez de treinta. Y esto ahora que es el mejor tiempo para trabajar.

Tengo muchas promesas y fundadas esperanzas, pero todo va despacio. Si puede hacer algún préstamo a la Virgen, sería éste el tiempo propicio, y creo que percibiría un interés muy superior al cinco por ciento legal.

Hable de ello con el Sr. Marqués, y haga después lo que pueda para mayor gloria de Dios.

El lunes estaré en casa desde por la mañana hasta las diez; y también después de la una a las tres de la tarde.

Dios bendiga a V. S. y a toda su familia y créame, como me profeso de V. S. B.

Turín, 21 de abril de 1886.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

II

Cinco cartas a Monseñor Masnini

Mons. Santos Masnini, honrado con un título prelaticio gracias a don Bosco, mantuvo íntimas relaciones con el Siervo de Dios, durante el tiempo que fue secretario de Mons. Ferré, obispo de Casale. Nació en Belgioioso (Pavía) y murió en Terlizzi (Bari), donde fue sepultado. Fundó las Esclavas del Santuario. La primera de estas cartas está dirigida a Roma, durante el Concilio Vaticano.

Los originales se encuentran: el de la primera, en poder del Doctor Nullo Martini, en Fidenza; los de la segunda y cuarta, en los salesianos de Fidenza; el de la tercera, en poder de don Celso Ghiozzi, arcipreste de Zibello (Parma), y el de la quinta, en el archivo salesiano de Turín (núm. 1188).

[435]

A

SEMINARIO MENOR
DE MIRABELLO MONFERRATO

Carísimo Sr. Canónigo:

Estoy en Mirabello y me queda un poco de tiempo para escribir a V. S., de acuerdo con mi deseo. En cuanto a las cartas que están en correos, tenga la bondad de leerlas y si encuentra en ellas algo esencial, comuníquemelo; si no, rómpalas.

Le agradezco el cuidado que se toma por mí y las molestias que aguanta para sostener nuestras casas.

Si puede, promueva las *Lecturas Católicas* y la *Biblioteca Italiana*. Yo vivo y trabajo para estos libros: el Santo Padre los bendice y me encomienda su difusión. Las personas con las que puede hablar sobre esto son: el conde Vitelleschi, el marqués Villarios, la condesa Calderini y la presidenta de Torre dei Specchi.

He encontrado a Juanito Ferré con buena salud: está pensando en la vocación. Le he animado a rezar y ser muy bueno hasta mayo. Entonces podrá decidirse a algo.

El Seminario Menor se une a mí para desear toda suerte de bendiciones celestiales a V. S. y a nuestro Monseñor, mientras con todo afecto me profeso de V. S.

12 de marzo de 1870.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

ORATORIO
S. FRANCISCO DE SALES

Carísimo Monseñor:

A todas las desgracias de este año se añade ahora la de tener que librar a quince clérigos del servicio militar. ¿Podría usted ayudarme?

Cualquier cosa me vendrá bien; quedan todavía unos dos meses de tiempo. Ya ve de qué modo va este pordiosero a molestar a la gente pacífica. Compadézcame.

Que Dios le conceda toda suerte de bienes; ruegue por este pobre, siempre suyo en J. C.

3 de octubre 73.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Ruégole presente mis saludos a su señora Madre y familia.

[436]

C

Mi querido Monseñor:

La condesa Bricherasio sigue inquieta con su asunto, que ella creía ya acabado.

Tenga, pues, la bondad de leer las dos cartas del párroco de Fubine y, si después cree que hay algo a hacer, dígamelo.

Acabo de llegar en este momento de un viaje hecho hasta Marsella. ¡Cuántas cosas tendría para contar! Espero que lo podamos hacer de palabra.

Mil saludos para usted y para el señor Obispo y dígame de nuevo que nosotros queremos ser siempre hijos suyos y que todo lo nuestro es suyo, sin reserva alguna.

Ruegue por mí y prepare para nuestras cosas un saquito de marenegos (*monedas de veinte francos de oro*) y un buen fajo de billetes de banco: aunque estén muy sucios, sin embargo, los acepto como bien nacional.

Siempre suyo en J. C.

Turín, 28-3-77.

Afectísimo amigo,
J. BOSCO, *Pbro.*

D

Muy querido Mons. Masnini:

Si quedase libre del cargo actual, volaría inmediatamente a los Salesianos. Así lo dijo muchas veces. Entonces ¿cuándo vendrá?

Tiene su habitación preparada en Turín y en otras partes; no faltará un puesto en la mesa. ¿Entonces? Hasta verle.

Que Dios le bendiga y ruegue por este pobrecito que fraternalmente será siempre suyo en J. C.

Vignale, 12 de oct. 79.

Afectísimo amigo,

J. BOSCO, *Pbro.*

P. D. Hoy sigo en Vignale; mañana parto para Turín, donde quedaré fijo.

E

Rvmo. Mons. Masnini:

El señor Marqués Del Pezzo irá en mi nombre a tratar un asunto con V. S. carísima. Haga de modo que puedan llegar a un acuerdo, con lo que proporcionaría también un gran placer al canónigo D'Avanzo.

Dios bendiga nuestras empresas y créame en J. C.

Lanzo Torinese, 15 de septiembre de 1880.

Afectísimo amigo,

J. BOSCO, *Pbro.*

[437]

III

Cuatro cartas a Mons. Sciandra, obispo de Acqui

Los originales se encuentran en el Vaticano, en el Archivo de la Secretaría de Estado, adonde pasaron, después que hubimos sacado copia.

A

Excelencia Reverendísima:

Entre los clérigos que cursan aquí sus estudios, con ánimo de llegar a formar parte de nuestra Congregación, se encuentra el joven José Boido, quien, por mi medio recurre a V. S. Revma. en demanda de un certificado para presentarlo al mando militar, a fin de obtener la exención del servicio. Los de la diócesis de Turín lo obtuvieron de nuestro arzobispo o de la diócesis a la que pertenecen; éste lo espera de su bondad.

No sé si ya habrá podido ver la nueva ley; por lo que hace al presente caso es necesario que V. S. declare: que N. N. es de la diócesis de Acqui, católico y hace sus estudios del primer curso de filosofía en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, encaminado a la carrera eclesiástica. Después, nos encargaremos nosotros de certificar esta declaración por el alcalde de Turín y la pasaremos al mando militar.

He ido muchas veces, con el pensamiento, a visitarle, pero nunca he podido realizarlo. ¿No vendrá V. S. alguna vez a honrarme con su presencia y celebrar una santa misa en la iglesia de María A.? Le esperamos y lo deseamos ardientemente.

Mientras tanto rogamos al Señor que le ayude en la ardua empresa del sagrado

ministerio pastoral y nos encomendamos todos a la caridad de sus santas oraciones, implorando su bendición especialmente sobre quien, en su poquedad, tiene el honor de profesarse

De V. S. Revma.

Turín 5-4-72.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Revmo. y Carmo. Monseñor:

La inesperada pérdida de nuestro pobre don Domingo Pestarino me ha desconcertado realmente. He enviado enseguida a don Francisco Bodrato como persona del país y conocedor de todos los asuntos del llorado difunto. Ahora habría pensado enviar allí a don José Cagliero, [438] Director espiritual en la actualidad en el colegio de Varazze. Es persona de segura moralidad y ciencia y muy dispuesto para la predicación. Pero, antes de nada, deseo saber su santo parecer.

Queda siempre bien entendido que la casa de Mornese está a su disposición, siempre que desee ir allí a pasar unos días de campo; más aún, le ruego siga dispensando a esa casa la benevolencia y autoridad paternal que hasta el presente se dignó tener.

Espero poder ir por allí dentro de poco tiempo.

Nos encomendamos todos a la caridad de sus santas oraciones y me profeso con profunda gratitud

De V. E. Rvma.

Turín, 22-5-74.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Excelencia Reverendísima:

Ya hace tiempo que debía haberle dado las gracias por la carta de recomendación que ha enviado para nuestros proyectos; pero los continuos jaleos me han robado literalmente el tiempo. Todo está en marcha y el Padre Santo lo encontró de su agrado. Mi más viva gratitud y mi acción de gracias a V. E. Ahora necesitaría otro favor.

El clérigo José Bovoír (*sic.*), maestro de escuela en Mornese, ha terminado sus cursos, y estando ya definitivamente agregado a nuestra congregación salesiana, dotado de las necesarias dotes para pedir ser admitido a las órdenes sagradas, yo pediría, o mejor suplicaría, quisiese admitirlo a la tonsura para las próximas ordenaciones.

El clérigo Francisco Campi es compañero de Bovoír. Don J. Cagliero y don S. Costamagna me aseguran que posee la ciencia suficiente. Y una moralidad heroica.

Advierta que sólo se trata de la tonsura con las cuatro órdenes menores; antes de admitirlo a las órdenes sagradas V. E. tendrá tiempo para hacer cualquier observación.

También sé que esto lo hago con retraso, y aún lo habría diferido hasta septiembre, pero aquel colegio y el mismo pueblo suspiran por un maestro sacerdote, y no lo tengo. Si le resulta más cómodo aprovechar un domingo a su gusto, dígallo, ya que para ellos es lo mismo.

Necesitaria, cuanto antes, poder hablarle y pedirle algún consejo!

Mientras tanto, acepte los sentimientos de mi vivo agradecimiento, déme su bendición y créame en J. C.

Turín, 11-5-75.

*Atento seguro servidor,
JUAN BOSCO, Pbro.*

[439]

D

Reverendísimo y carísimo Monseñor:

Don Bosco nació para hacer ejercitar en la paciencia a muchos y señaladamente a V. S. Rvma. Algún malestar y una serie de premurosas ocupaciones me han hecho dejar de lado mi deber para con V. S.

Le diré, pues, que el clérigo Piccagno no ha acabado todavía el tiempo de los votos trienales y, por tanto, no parece sea del caso ni que haya motivo para suspenderle. Tanto más que su tiempo caduca con el mes de septiembre. En aquella época él hará sus ejercicios espirituales, después de los cuales es completamente libre de renovarlos o de volver a su ordinario.

Como está en Varazze, no puedo darle detalles sobre su conducta. En general es bastante buena: pero hasta ahora su vocación al estado eclesiástico no presenta todavía los datos que para ello se requieren. Tiene suficiente talento y puede dar buen resultado, si dedica el tiempo a los estudios que le corresponden. A su tiempo recibirá sus calificaciones de aplicación y piedad de todo el tiempo de clérigo.

Cada día voy con el pensamiento a dar un paseo hasta Strevi¹ y suspiro por el momento de poder ir y pasar ahí algunos días que me harían un mucho bien al alma y al cuerpo; pero no puedo saber cuándo podré realizarlo.

Le agradezco de corazón la invitación y más pronto o más tarde la aprovecharé.

Acepto al clérigo de que me habla y puede enviarlo cuando quiera a Sampierdarena. Será atendido y ayudado por su sabio y prudente director, que es el reverendo don Pablo Albera.

Pido humildemente su santa bendición y me encomiendo a la caridad de sus oraciones, mientras con profunda gratitud tengo el honor de profesarme de V. S. Revma. y carísima

Turín, 1-7-78.

*Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, Pbro.*

¹ El obispo de Acqui tiene su villa en Strevi.

IV

Broma rimada

Don Eduardo Mac Kiernan fue uno de los primeros irlandeses llegados al Oratorio para hacerse salesianos. Murió en Londres el año 1888, en la primera casa salesiana abierta allí por don Bosco en 1887. Tenía el cargo de párroco y director. Apenas contaba veintisiete años. Cuando don Bosco le envió este gracioso saludo desde Roma, era clérigo en el Oratorio.

[440] *Querido Mackiernan:*

¿Qué haces, dímelo,
caro Eduardo,
que en escribirme
eres tan tardo?
Que te bendiga
piadoso Dios;
por mí tú ruégale,
cual lo hago yo.

Roma, 22-77.

*Afmo. en J. C.,
JUAN BOSCO, Pbro.*

V

Carta a una señora

El original está en poder del abogado Bassetti, de Forlì, que lo encontró casualmente entre otros papeles. Don Bosco envía saludos en la posdata para la familia Burlamacchi, que estaba domiciliada en Lucca.

Respetable Señora:

Ciertamente es una mala posición la de su hijo. La edad, la ciencia y el dinero son lazos terribles de los que se sirve el demonio para llevar a muchos incautos jovencitos a la ruina espiritual y corporal. Una madre cristiana debe, en estos casos:

1.º Cuidarlo con interés, acompañarle a todas partes, si él lo admite. Razonar con él, aconsejarle los Santos Sacramentos, la predicación, las buenas lecturas. Si no cede, tenga paciencia, pero siga.

2.º Si quiere, puede decirle con seguridad que, si no se corrige, su vida será muy corta y quizás...

3.º Procure asociarlo con parientes o con otras personas honradas, y alejarlo de los malos compañeros.

4.º Oración a Dios y a Santa Mónica.

En mi poquedad, haré también oraciones especiales a María A.

Además, necesito mucho de su caridad espiritual y material. Tengo una mies abundantísima entre manos; se podrían ganar muchas almas, pero me faltan los medios materiales.

Que Dios le bendiga a usted y a toda su familia, y ruegue también por mí que seré siempre en J. C.

Turín, 11-11-78.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Muchos saludos para la familia Burlamacchi, si está todavía ahí.

[441]

VI

Cartita de don Bosco

Va dirigida a Niza, quizás al Director. No hay ningún encabezamiento.

La condesa de S. Paulet, a su paso por Niza, desea hablarte con objeto de encontrar una persona de servicio que anda buscando. Te recomiendo que la ayudes, si puedes.

Por ella sabrás noticias nuestras, y te advierto que esta Señora será una de las más celosas *Señoras de la Comisión* para La Navarre y St. Cyr.

Siempre tuyo en J. C.

Turín, 10 de junio de 1880.

Afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

VII

Carta de don Bosco a don Pablo Albera

Falta la fecha. Debe ser del 1884, año del cólera y también de ese «antídoto» ampliamente distribuido. El dieciséis de agosto escribía don Bosco a la señora Magliano, desde Pinerolo: «Nuestro antídoto es seguro». El cólera volvió en 1885; pero la difusión del «antídoto» no existió. El 15 de noviembre de 1884 había escrito al mismo don Pablo Albera desde Turín: «Temo que el próximo año seamos visitados de nuevo por el mismo azote; pero no me siento con ánimos para prometer que el cólera no venga a molestarnos».

En efecto, el cólera volvió durante el verano de 1885, pero el treinta y uno de enero había dicho don Bosco: «El año pasado pude asegurar con certeza que las medallas de María Auxiliadora llevadas encima con las condiciones prescritas preservarían a las

personas. Pero este año no sé todavía si la Virgen querrá mostrarse igualmente piadosa en la misma circunstancia». (Véase: M. B., vol. XVII, pág. 212). El original está en poder de las Hijas de M. A., en Turín.

Muy querido Albera:

Antídoto seguro contra el cólera. Haz que tus muchachos lleven al cuello una medalla de M. A. con la jaculatoria: *O Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Comunión frecuente.

Comunica esta receta a quien creas oportuno.

Haz entregar la carta adjunta a Mme. Prat con una medallita de plata.

Nosotros rogamos, rogad también vosotros por nosotros.

Dios nos conserve a todos en su santa gracia. *Amén*.

Afmo. amigo,
J. BOSCO, *Pbro.*

[442]

VIII

Opinión sobre don Bosco en el 1844

En el archivo salesiano (84-XI) se conserva la copia de una interesante carta, escrita por el señor Iluminado Allamano al conde senador Mola, de Larissé, domiciliado entonces en Turín y trasladado mucho más tarde a Carignano, patria chica del misionero don Carlos Peretto. Este pudo tener prestado el original que copió don Joaquín Berto. El copista, que debía ser un profesor, escribe al Conde (29 de julio de 1844) proponiéndole confiar a don Bosco la preparación de su hijo Luis para los exámenes. He aquí el párrafo más importante:

Si V. S. I. lo desea, le enviaré un sacerdote, amigo mío y paisano (su nombre es don Bosco), persona a quien no falta ninguna de las dotes que convienen a un excelente sacerdote. Virtud, doctrina y candor de costumbres andan a porfía en él para ser amable a cuantos le conocen.

Es tal, que me determiné a proponérselo a V. S. Ilma. para que lo acepte en su noble casa, donde podrá hacer mis veces; no necesito recomendárselo, puesto que, cuando lo conozca, estoy seguro de que sus cualidades son su más eficaz recomendación.

IX

Don Bosco visto por los condes Callori de Vignale

La condesa Viry, hija de los condes Callori, escribe sobre don Bosco en un trabajo suyo inédito Páginas sin fecha (cuartillas 112-113):

Venía cada año a pasar unos días de vacaciones en el campo, al lado de mi madre. Celebraba la misa con una piedad angelical; pero luego se prestaba amablemente a

jugar con los niños, participaba en las comidas de la familia y sabía comportarse, lo mismo en la mesa que en el salón, como una persona fina y distinguida. Hay que poseer un tacto especial y una singular inteligencia para saberse comportar en un ambiente y en una sociedad en la que no se ha nacido; la mediocridad difícilmente lo obtiene, y siempre tiene el aire de que hace un esfuerzo.

Un día se le presentó una chiquita de tres años que no quería rezar el *Padrenuestro* por entero, sino que al llegar a la segunda parte *danos hoy nuestro pan de cada día*, se paró y no hubo manera de que siguiese. Don Bosco, sin reprender a la niña, tesonera mas sin llorar, porque su orgullo no se lo permitía, le dijo sencillamente y con dulzura: —Pide al Señor el pan, y ya verás [443] cómo él tendrá la bondad de enviarte también dulces y chocolate. —Desde aquel día la chiquita rezó el *Padrenuestro* hasta el final.

Dieciocho años más tarde, aquella chiquita, ya una moza, pidió al buen sacerdote su opinión sobre cierto joven que le había sido presentado. Cerrando los ojos y recogiénose en sí mismo, dijo sencillamente: —No le conozco personalmente, pero sé que tiene una alma hermosa. —Esta opinión me bastó y efectivamente encontré una alma bella en aquel que, tres meses más tarde, fue mi marido. Pero el consejero no olvidó a la pequeña testaruda, al verla hecha una joven, y le dijo con graciosa malicia: —Ahora que ya sabe decir tan bien todo el *Padrenuestro*, ya ve cómo el Señor le ha enviado el chocolate y los pasteles. Es preciso, por tanto, que se acuerde de los pobres, a los cuales no les da más que pan a secas.

X

El ojo de don Bosco

Entresacamos de una relación de don Luis Terrone, que envió por escrito una larga conversación tenida el 1.º de noviembre de 1937 en el colegio salesiano de Turín con don Pedro Fracchia. Es él mismo quien habla del tiempo en que era alumno del Oratorio.

Un día, yendo a ver a don Bosco, me encontré con don Joaquín Berto, el cual me anunció: —Está aquí Fracchia. —Y don Bosco dijo en alta voz: —Adelante, Fracchia, que quiere conservarse siempre «*senza macchia*» (sin mancha).

Estaba don Bosco escribiendo, y yo me senté a su lado. Observaba atentamente cierto movimiento que él hacía al escribir: giraba lentamente la cabeza de izquierda a derecha, acompañando y siguiendo la dirección de la pluma hacia el fin de la hoja. Yo no comprendía por qué. Pensé entonces preguntárselo, dada la gran confianza que me dispensaba. Así que, cuando dejó la pluma, y apoyó sus manos, una sobre otra, contra el pecho, como acostumbraba, le miré sonriendo y después, con toda libertad y sencillez, le dije:

—¿Me permite, don Bosco, que le pregunte una cosa?

—Dime, dime, amigo Pedro.

—¿Por qué mientras escribía, con la cabeza baja, se volvía hacia la derecha y acompañaba la pluma?

Don Bosco sonriendo respondió:

—La razón es ésta. Mira: don Bosco no ve con este ojo, y con este otro poco, poco, poco.

—¿Que ve poco?, repliqué yo. Entonces, ¿cómo se entiende que el otro día en el patio, estando yo lejos de usted, me lanzó una mirada fortísima, llena de luz, penetrante como un rayo de sol?

[444] —¡Mira! Vosotros pensáis y enseguida veis no sé yo qué cosas... cosas grandes, extraordinarias, donde no hay absolutamente nada.

Y así, terminado aquello, empezamos a hablar de nuestras cosas. Pero he aquí ahora la cuestión de la mirada.

Un día me encontraba yo en el patio jugando. Según costumbre, estaba totalmente entregado al juego. A cierto punto, me hallaba momentáneamente parado, cuando oí unas voces fuertes de los muchachos. Me volví y descubrí lejos a don Bosco, cercado de un gran número de muchachos. Eran muchos, un grupo apretado, como sucedía siempre que don Bosco bajaba al patio, y hablaban todos fuerte y alegremente con él. Yo, que estaba en mi juego, no quería acercarme. Estando así en una situación de incertidumbre, volví de nuevo los ojos hacia el grupo en medio del cual se encontraba don Bosco y quedé improvisamente herido por un rayo luminoso que venía desde su ojo hasta mí. No sé cómo describir aquel rayo. Estaba al menos a treinta pasos de don Bosco, no estaba frente a él, sino un poco en ángulo, y don Bosco se hallaba cercado por los muchachos, a muchos de los cuales los tenía agarrados de la mano. Tengo aún presente la escena, con tal precisión como si me hubiera sucedido ayer mismo. Digo que era un rayo luminoso como un rubí resplandeciente, como un diamante, algo incomparable, semejante a la luz del rayo. Ante aquella mirada quedé encantado e inconscientemente me acerqué al grupo. Al llegar a él, sin buscar abrirme paso y sin acercarme, me encontré preso en las manos de don Bosco, el cual, después, teniéndome agarrado y sin decirme nada, siguió paseando. No me miró, no me dijo nada y cuando acabó la conversación, me despedí como los demás y no conté nunca a nadie lo que entonces vi.

XI

Una curación prodigiosa

Es siempre el mismo don Pedro Fracchia quien cuenta:

Un día asistía yo en el patio a una partida de frontón. Se celebraba un desafío entre estudiantes y aprendices, superiores, clérigos¹, jefes de taller y sustitutos. Yo no jugaba aquel día, pero, como buen jugador o hinchas como ahora se diría, tomaba parte viva en la marcha de la partida. Se encontraba a mi lado un clérigo, compañero mío; no podría asegurar con precisión, pero estoy casi seguro de que era el clérigo Bonavía².

Mientras estaba totalmente absorto en el juego y no pensaba en otra cosa, [445] sentí claramente en mi oído estas palabras: —Ve a la sacristía, donde está don Bosco a punto de hacer un milagro. —Me volví y no vi a mi lado a nadie más que a mi compañero clérigo. Olvidándome sin más del juego y del patio, di un fuerte golpe en las espaldas al clérigo, diciendo: —Vamos a la sacristía, que don Bosco está a punto

¹ Entonces estaban en el Oratorio los clérigos novicios y estudiantes.

² Don Juvenal Bonavía, santo y culto salesiano, que murió en la casa de Battersea en Londres.

de hacer un milagro. —Y me eché a correr velozmente. Como no oía tras de mí los pasos del compañero, me volví hacia atrás, maravillado de que no viniese.

Llegué, pues, a la sacristía; diré mejor, a la antesacristía, donde normalmente se sentaba don Bosco a confesar. Estaba él rodeado de un grupo de señores y señoras y caminaba despacio hacia la sacristía propiamente dicha. Casi mecánicamente me añadí al grupo y me encaminé con aquellas personas; y he aquí que también esta vez, sin saber cómo, me encontré precisamente al ladito izquierdo de don Bosco, entre todas aquellas personas con las que llegué hasta el centro de la sacristía.

De repente, oímos detrás de nosotros un fuerte ruido, después grandes voces. Se adelantaba una pobre mujer, acompañando a una muchachita de unos diez o doce años, que tenía un brazo paralizado. Cuando la madre llegó delante de don Bosco, presentó a la niña, se echó a sus pies y suplicóle con lágrimas: —Don Bosco, cúreme a esta hija mía que no puede mover el brazo; cúremela. —Don Bosco, con la máxima naturalidad y con un tono sencillo, se volvió hacia la muchacha y le dijo:

—Bien, bien. Mira, haz así. Haz la señal de la cruz.

—No puede, interrumpió la madre gritando; no puede hacerla. Tiene malo el brazo y no puede moverlo.

—No, hija, no, replicó don Bosco con la misma calma. Haz la señal de la cruz como te digo.

Y la pobre madre quería explicar otra vez que la pobrecita no podía hacerla. Don Bosco replicó de nuevo:

—¡Así, así! —E indicando con gestos a la madre que estuviera tranquila y callada, invitaba a la niña a hacer la señal de la cruz.

En aquel instante dirigí la mirada a don Bosco y vi que su rostro se transformaba, adquiría un color especial, que yo no sabría definir de ningún modo. Parecía divinizado. Bendijo a la niña y ésta, sin el menor esfuerzo, hizo a la vez una amplia señal de la cruz. La madre estaba fuera de sí por la emoción y aquellos señores miraban aterrorizados. Don Bosco se dirigió entonces a la madre y le dijo: —Ahora vayan a la iglesia y recen tres *padrenuestros*, *avemarías* y *glorias* al Santísimo Sacramento y una *Salve* a María Auxiliadora, en agradecimiento por la gracia que les han concedido. —Inmediatamente después, salió con aquellos señores de la sacristía. Era el día de la fiesta de María Auxiliadora, durante el tiempo del recreo de después del desayuno.

[446] Al salir, con las fuertes impresiones de todo lo que había presenciado, me figuraba oír gritar por todas partes ¡milagro, milagro! Pero nadie resolló y yo no pensé más en ello. Posteriormente busqué en las diversas obras que hablan de don Bosco a ver si se mencionaba aquel suceso; pero tampoco he encontrado nada sobre el particular. He leído algún otro hecho prodigioso, análogo al que yo vi, pero no era el mismo, puesto que todas las circunstancias eran muy distintas.

Y lo que resulta más increíble es que yo nunca más pensé en preguntar a mi compañero porqué él no fue, ni tampoco le conté lo que sucedió. Pero todo ello es real y no se me ha olvidado ningún detalle.

XII

Don Bosco lee en la conciencia

Francisco Alpi, que fue alumno en el colegio de S. Juan Evangelista, después enfermero en el Oratorio y últimamente maestro en Pagno (Saluzzo) contó a don

Alejandro Luchelli un caso, que éste refirió inmediatamente después, y por escrito, a don Pablo Albera el 20 de abril de 1916. Copiamos de su carta:

Tenía Francisco Alpi quince o dieciséis años, cuando fue admitido en el colegio de Alassio recomendado por el reverendo Nenci, digno sacerdote de la diócesis de Imola. Tres o cuatro años después de su entrada en el colegio oyó decir en la platiquita de la noche que iba a llegar don Bosco, camino de Francia, y que los muchachos que desearan confesarse con él, podrían hacerlo. El joven Alpi no había oído nunca hablar de don Bosco, y pensó para sí: — Desde el momento en que viene un sacerdote forastero que está aquí un día o dos y luego se va, es mejor que me confiese con él y que haga una confesión general. De este modo, me evitaré tener que hacerla después con un sacerdote, que estando en casa, tendrá ocasión de conocerme. — Y, en efecto, a la mañana siguiente fue a confesarse con don Bosco sin saber quién era. Al comenzar la confesión, pidió al confesor que le ayudase; expuso después todos los pecados de que se acordaba. Terminó su acusación y, cuando ya no sabía qué más añadir, don Bosco le dijo: — Te olvidas de decir aquel pecado que cometiste en tal lugar y en tal tiempo. — Y dijo él, con todas las circunstancias, lo que Alpi había hecho de los diez a los once años, y añadió: — Es verdad que tú no hiciste el pecado de obra, como tus dos compañeros, pero lo hiciste de pensamiento, de deseo, y también se ofende a Dios con el pensamiento y con el deseo.

Al oír aquello, el joven quedó tan estupefacto que, [447] a los pies mismos de don Bosco, le vino un sudor frío y le pareció que iba a desmayarse. Apenas terminó la confesión, fue corriendo a don Francisco Cerruti y le dijo espantado y llorando: — ¿Quién es ese cura que me ha confesado? Seguro que es un diablo o un santo. Me ha dicho un pecado secretísimo, del que ya no me acordaba y que no creía siquiera que fuese pecado. — Don Francisco Cerruti, sonriendo, le dijo que era don Bosco y que se quedara tranquilo.

XIII

Don Bosco en Velletri

Doquiera fuese, don Bosco dejaba tras de sí un recuerdo imperecedero. No se sabía hasta ahora que hubiese estado nunca en Velletri; pero Mons. Rotolo, Auxiliar del Cardenal Obispo del lugar, ha podido tener noticias seguras de una visita suya a la ciudad. No es posible determinar la fecha. Si fue allí durante el tiempo que estuvieron abiertas las casas salesianas de Albano y Ariccia (1876-79), pudo ello suceder el año 1877; pero, en el lugar, se inclinan a creer que fuera en mayo de 1882, en el que se celebraban las fiestas del centenario de Nuestra Señora de las Gracias. En efecto, don Bosco se encontraba en Roma aquel mes.

Celebró la misa en la capilla de las maestras Pie Venerine. La señora Elvira Pereno, que era colegiala y asistió a ella, debió recibir una extraordinaria impresión, puesto que, después de tantos años, recuerda todavía «la figura de don Bosco en el momento de celebrar». Pero recuerda también que la Madre Superiora les había anunciado previamente su visita, diciéndoles que iba a ir un santo. Don Bosco estuvo también en su casa. «Le recibimos, escribe, en el gran salón y estuvo mucho rato en el comedor, donde nos dio la bendición a los niños. Me parece todavía verlo».

La familia que vive hoy en día en el apartamento donde fue recibido, atribuye a la

protección del Santo sobre aquella casa la paz y la tranquilidad que en ella goza y el buen resultado obtenido por su numerosa prole.

Se hospedó en casa del señor Luis Francisco Argenti, tío materno de la señora dicha y «hombre muy religioso». Una hija del señor Argenti, la señora Ana De Angelis, esposa del Coronel presidente del tribunal militar de Mogadiscio y presidenta diocesana de las mujeres de acción católica en Somalia, escribe a Monseñor: «Con el alma profundamente emocionada he leído la carta de V. E. que, que ha venido a recordarme, a mis años y en estas lejanas tierras del Imperio, uno de los más agradables y conmovedores momentos de mi ya lejana infancia: ¡la paternal bendición recibida del gran San Juan Bosco! Recuerdo perfectamente que el Santo estuvo en nuestra casa [448] hospedado por mi padre, con ocasión de su ida a Velletri, y conservo fresca la visión del Santo, mientras nos impartía la bendición a los niños, que estábamos arrodillados delante de él casi como en adoración».

Su hermano Vicente, canónigo, entonces seminarista, no pudo estar presente; pero don Bosco se acordó de él. En efecto, le dejó un ejemplar de su *Historia de Italia*, que quiso llevarle su propio padre y entregárselo con sus propias manos.

XIV

En presencia de don Bosco

El padre benedictino don Gregorio Campeis describe así (Praglia, 2 de septiembre de 1911) su encuentro con don Bosco, muy probablemente en Roma, en San Pablo.

Siempre recordaré la impresión singular de veneración que tuve al encontrarme por vez primera ante el sacerdote don Bosco (septiembre de 1883). Su amable sonrisa, su compostura y gravedad junto a un trato amabilísimo, su insinuante y ponderada palabra quedaron profundamente impresas en mi alma; nunca, ante ningún otro personaje, ni siquiera ante los mismos Sumos Pontífices León XIII o Pío X, por quienes tuve el honor de ser recibido en audiencias privadas, experimenté la impresión tenida ante don Bosco. Pensé en la santidad personificada.

XV

Curación de un mudo

Sor María Esperanza Forte, religiosa de Nuestra Señora de la Misericordia, nos relataba desde Varazze el 8 de septiembre de 1937.

Tuve dos veces la fortuna de presenciar desde nuestra casa la llegada de don Bosco a Varazze. En la segunda visita, el año 1886, don Bosco vino a Varazze, desde Arenzano. En el trayecto de la estación al colegio era llevado en brazos. Iba muy cerca de él un hombre de Arenzano, alto de estatura, de cierta edad, el cual, agitaba un pañuelo blanco al aire y decía: —Ayer fui curado por don Bosco. Era mudo. Me presenté a él, explicándole por señas mi mudez y pidiendo gracia. El me dijo: Rece conmigo el *Avemaría*. Y recé. —El agraciado siguió a don Bosco hasta el colegio.

Don Bosco en Reims (*el original francés*)

No se ha sabido que don Bosco estuviera nunca en Reims, ni se puede hasta ahora precisar la fecha de ese paso en 1883. El Padre Jesuita Journal, después de haber leído la obra de Auffray Un Saint traversa la France, escribió al autor la siguiente carta:

Mi reverendo Padre:

Soy un Padre Jesuita, con residencia en Lille (Nord), 73 rue des Stations, muy cerca de la calle de Antin, donde trabajan las Hermanas Salesianas por la gloria de Dios. He leído con gran placer, apenas aparecieron, sus fieles biografías de San Juan Bosco y de don Miguel Rúa; y he aquí que la Divina Providencia pone en mis manos *Un Saint traversa la France!*

¡Qué alegría la mía al recorrer sus edificantes y pintorescas páginas!

Pero ¿adivina usted en qué me entretuve? En el plano n.º 3 del Apéndice, ¡en el precioso itinerario...! Y he aquí la razón.

El año 1883 estaba yo en mis dieciséis y estudiaba en el Colegio de los Jesuitas de Reims. Un día (¿quizás el veintiséis de mayo?) nuestro profesor de humanidades, que era un hombre a quien no se le escapaban ocasiones de este género, nos dijo misteriosamente que, en el espacio entre dos trenes, el célebre don Bosco iba a detenerse en Reims para ver, a su paso, al señor León Harmel, llegado de Val des Bois, para saludarle. El nos acompañó (al menos a algunos) a la iglesia de Santiago, muy cerca de la estación, que era el lugar de la cita. Y fue entonces cuando, por unos instantes, tuve la satisfacción de contemplar a ese hombre extraordinario, cuya brillante santidad atraía a las multitudes entusiasmadas e imponía confianza y respeto. Es uno de los mejores recuerdos de mi juventud.

¿Ha encontrado usted en sus numerosas pesquisas algún rastro de aquella breve parada de San Juan Bosco en la ciudad de San Remigio? Celebraría inmensamente saberlo. Tengo ya setenta años; se me permitiría... chochar... pero en este punto mis recuerdos me parecen muy fieles.

Acepte, Reverendo Padre, con mi anticipado agradecimiento, mis más profundos respetos.

Su servidor en J. C.

Lille, 19 de noviembre de 1937.

M. H. JOURNAL, S. J.

Predicción

Don Mario Rosin, Director de la Casa de Beitgemal, que debía ser barbaraamente asesinado pocos meses después por los árabes, escribió a fines del 1937 a don Salvador Puddu, Secretario General de la Sociedad Salesiana, la siguiente relación:

Mientras estuve destinado en Ankara, hoy capital de Turquía, es decir en mayo de 1918, el reverendo Nerses Baghdikian, sacerdote armenio católico, entonces vicario

del patriarca de Armenia en aquella ciudad, me contaba que, siendo él seminarista en el colegio armenio de Roma, fue admitido con sus compañeros para ver a don Bosco, creo que en el Hospicio del Sagrado Corazón, la última vez que fue allí, para la consagración de la nueva iglesia. Nuestro Santo Fundador se encontraba entonces en aquel estado de decaimiento físico que todos saben. Aquellos seminaristas, con el fin de ocasionarle la menor molestia posible, debían conformarse con pasar ante él de uno en uno, sin decirle nada ni esperar nada de él, besarle la mano y volver hacia atrás. Así lo hicieron, mientras don Bosco estaba sentado con los ojos y la cabeza baja y las manos apoyadas en las rodillas; de pronto, a un seminarista, que le besaba la mano, díjole, permaneciendo inmóvil en su posición, estas palabras: «Hijo, prepárate para ir al paraíso». Aquel clérigo moría dentro del mes.

Beitgemal, 29 de diciembre de 1937.

MARIO ROSIN, *Pbro.*

XVIII

Intuición y profecía

Sor Celestina, Superiora General de las Religiosas Eucarísticas (Via Pirot, n. 179, Sofía, Bulgaria) escribía el 9 de julio de 1938 al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone:

Nuestra venerada Madre Fundadora, de venerada memoria, Sor María Cristina de Jesús, en el siglo Eurosia Alloatti, hija de Pedro Alloatti, en Turín, antes de venir a Salónica (Turquía) para fundar nuestro pequeño Instituto para búlgaros eslavos en 1888, quiso consultar a San Juan Bosco sobre su singular vocación. Estaba ella en la conferencia de los Cooperadores Salesianos el veintitrés de mayo de 1887, [451] y fue a besarle la mano en la sacristía junto con la multitud. Y el Santo, antes de que ella le hubiese revelado su secreto, la previno y le dijo: —Eurosia, tú has pedido a la Santísima Virgen una señal sobre tu vocación: pues bien, ella te responde por mi medio: Vendrás a mí para darte más explicaciones. —No tardó ella en ir y el Santo le aseguró que era voluntad de Dios que fuese a Salónica a ayudar a su hermano misionero y fundar allí entre los dos una Comunidad de religiosas indígenas para los búlgaros eslavos; y le dio muchas otras normas. Pero, antes de despedirse, le dijo: —Cuando vayas a salir para tu destino, vendrás aún a verme, pero yo no podré bendecirte. —Y se cumplió la profecía. Nuestra Madre Fundadora debía partir el 3 de febrero de 1888 y fue el 1.º de febrero para pedirle la última bendición. ¡Fue enorme su sorpresa al encontrar al Santo muerto y expuesto en la iglesia a la veneración de los fieles! Acudieron inmediatamente a su mente las proféticas palabras: —Tú vendrás, pero yo no te bendeciré. —La Venerada Fundadora quiso hacer deposición jurada de este hecho para la causa de Beatificación.

XIX

Un encuentro con don Bosco en el tren

Lo contaba así el reverendo Damé, de los Padres de la Misión, como lo refiere uno de los religiosos, el señor Ricardo Bona, en una carta a don Pedro Berruti, Prefecto General de la Sociedad Salesiana (Turín, 15 de diciembre de 1938):

Habíamos salido juntos de la estación de Puerta Nueva hacia Génova, sin conocernos mutuamente: el departamento, lleno de gente, no nos había permitido intercambiar más palabras que las de ocasión entre compañeros de viaje.

Después de pasar Gíovi, nos quedamos los dos solos; entonces aquel sacerdote, que había estado hasta entonces rezando y hojeando libros, me dirigió la palabra y empezamos una alegre y amigable conversación. Quiso después saber si yo era de Turín (por el hábito había conocido que era un sacerdote de la Misión, de S. Vicente de Paúl); si conocía las obras de don Bosco, qué pensaba de ellas, qué reputación gozaba entre nosotros con sus muchachos, etc. etc. Le respondí que, para mí, don Bosco era ciertamente un santo sacerdote; que admiraba su obra en favor de los muchachos; que su paciencia me recordaba la del divino Salvador que tenía predilección por los pequeños y los pobres... Cosas que evidentemente llegaban al corazón y le hacían insistir en querer saber mis sentimientos sobre su obra. —Pero ¿no ha oído decir, concluyó él, que es un pesado, que anda siempre en busca de dineros, que aparta a la juventud [452] de las parroquias y de las familias? —Pero mientras yo le decía que todas las novedades, aunque fueran buenas, siempre encuentran censores fáciles; que no hay nada perfecto más que en el cielo; que también el Cottolengo exclamaba para consolarse: —Hay que hacer el bien y dejar que digan lo que digan, llegó el tren a la estación de San Pier d'Arena. Mi interlocutor se puso entonces en pie y tomándome amigablemente por la nariz hizo como quien tiraba de ella, diciendo: —¡Hable siempre bien de don Bosco! Si hubiese hablado mal le habría tirado de la nariz hasta hacérsela llegar aquí. —Y señalaba hasta el pecho. Mientras tanto, los muchachos que le esperaban en el andén, juntamente con don Pablo Albera, al reconocerle, empezaron a gritar: — ¡Don Bosco! ¡Don Bosco! —y se precipitaron hacia él. Nos estrechamos amigablemente las manos. No sé qué impresión le causaría; yo debo confesar que me confirmé una vez más en el concepto que de él tenía, de que era un hombre santo y de extraordinaria habilidad.

XX

Sobre las dos audiencias de don Bosco a Víctor Hugo en el año 1883

Hemos hablado extensamente de ello en el vol. XVI, pág. 137-143. La señora Lesclide, esposa del secretario de Víctor Hugo, negó el hecho en una carta publicada por el Boletín francés en mayo de 1935. El asuncionista David Lathour, en una breve biografía que escribió («Saint Jean Bosco l'entrepreneur des jeunes». París, La Bonne Presse) hace algunas observaciones que quitan todo valor a dicha carta.

Una de las causas que empujaron al poeta a visitar a don Bosco debió ser la sacudida sufrida con la muerte de su compañera Julieta Drouet (M. B. XVI,

pág. 138). *Escribía la señora Lesclide*: «En cuanto a la muerte de Julieta Drouet, víctima de un cáncer que la martirizaba, su viejo amigo consideró este doloroso suceso como una liberación, más que como una catástrofe». *Lathour observa* (pág. 185): «Mme. Lesclide escribe eso en su carta (18 de octubre de 1929). Ella no se acuerda de que en 1902 había escrito lo contrario. Léese, en efecto, en *Victor Hugo intime* (pág. 263): «...Esta muerte impresionó mucho al poeta. Esta aflicción ocasionó al ilustre anciano un efecto que él buscó cómo acallar. —Los muertos, decía él, no están ausentes, son invisibles. —Pero su desaparecida amiga parecía llamarle desde más allá de la tumba».

El autor encuentra en la carta una segunda contradicción sobre la pretendida imposibilidad de la visita nocturna (M. B. XVI, pág. 140). Decía Lesclide en su carta: «En casa de Víctor Hugo se sentaban a la mesa a las ocho; [453] se levantaban hacia las nueve y media, y sus invitados no le dejaban antes de las once o las once y media. Este orden establecido no se cambiaba. Si verdaderamente era invariable este régimen, es imposible admitir, según el texto debido a don Bosco que el poeta haya sido recibido por él a las once de la noche, después de tres horas de espera». *Pero la señora Lesclide había escrito en su libro* (pág. 300): «Se levantaba de la mesa a las ocho. Hacia las nueve y media, el maestro cerraba los ojos en su gran sillón y sus invitados se despedían». *Y comenta nuestro autor*: «Este horario está de acuerdo con la versión salesiana. Permite pensar que aquella noche, Víctor Hugo se ausentó antes de la cena y, sin que lo supieran sus comensales, aprovechó, como Nicodemo, las propicias tinieblas para ir de incógnito al número 12 de la calle Vill-l'Evêque, donde fue recibido después de casi tres horas de espera».

El año 1902 ciertamente tenía la escritora más frescos los recuerdos que en el año 1929.

En una nota añade Lathour: «Proclama ella que Víctor Hugo era un puro deísta. Ahora en su libro, cita unas palabras del poeta, por las que se ve hasta la evidencia que creía en la intervención discrecional de Dios en el universo (véase págs. 306-308)».

XXI

Recuerdo de la primera comunión

Hemos encontrado en la librería de un veterano párroco lombardo, ya difunto, una copia apolillada de este Recuerdo con la fecha manuscrita del 1.º de abril de 1863. Procede de la litografía de Doyen, hijos, de Turín. Un fantástico marco con figuras angelicales, vestimentas episcopales, instrumentos litúrgicos, frondas y flores encuadra un texto que va firmado por Un amigo de los niños; pero consta con certeza que este amigo de los niños era don Bosco. En la parte superior hay una mesa con el cáliz y la hostia; en torno a la hostia, dentro de una amplia aureola, el escrito: Pan bajado del cielo. —Pan de vida eterna. Abajo, dentro de un rectángulo sostenido por dos angelitos arrodillados, el espacio para el nombre del comulgante, la fecha, la iglesia, y más abajo la expresión: ¡Fue un día de verdadero paraíso! He aquí el texto:

RECUERDO DE LA PRIMERA COMUNION

¡UN DIA FELIZ! Sí, queridos niños y niñas, considerad la felicidad de este hermoso día. Hubo un gran General que dijo: El día más hermoso de mi vida fue el de

mi primera Comunión. Ahora bien, [454] ¿queréis conservar todos los días de la vida las delicias agradables de tan hermoso día? Tened siempre ante los ojos el siguiente

MODELO DE VIRTUDES: Domingo Savio, muerto hace pocos años, era tan bueno desde niño, tan juicioso y devoto, que fue admitido a la

PRIMERA COMUNION, a los siete años. Para conservar el fruto precioso y la agradable memoria de un día tan hermoso escribió en su devocionario estos

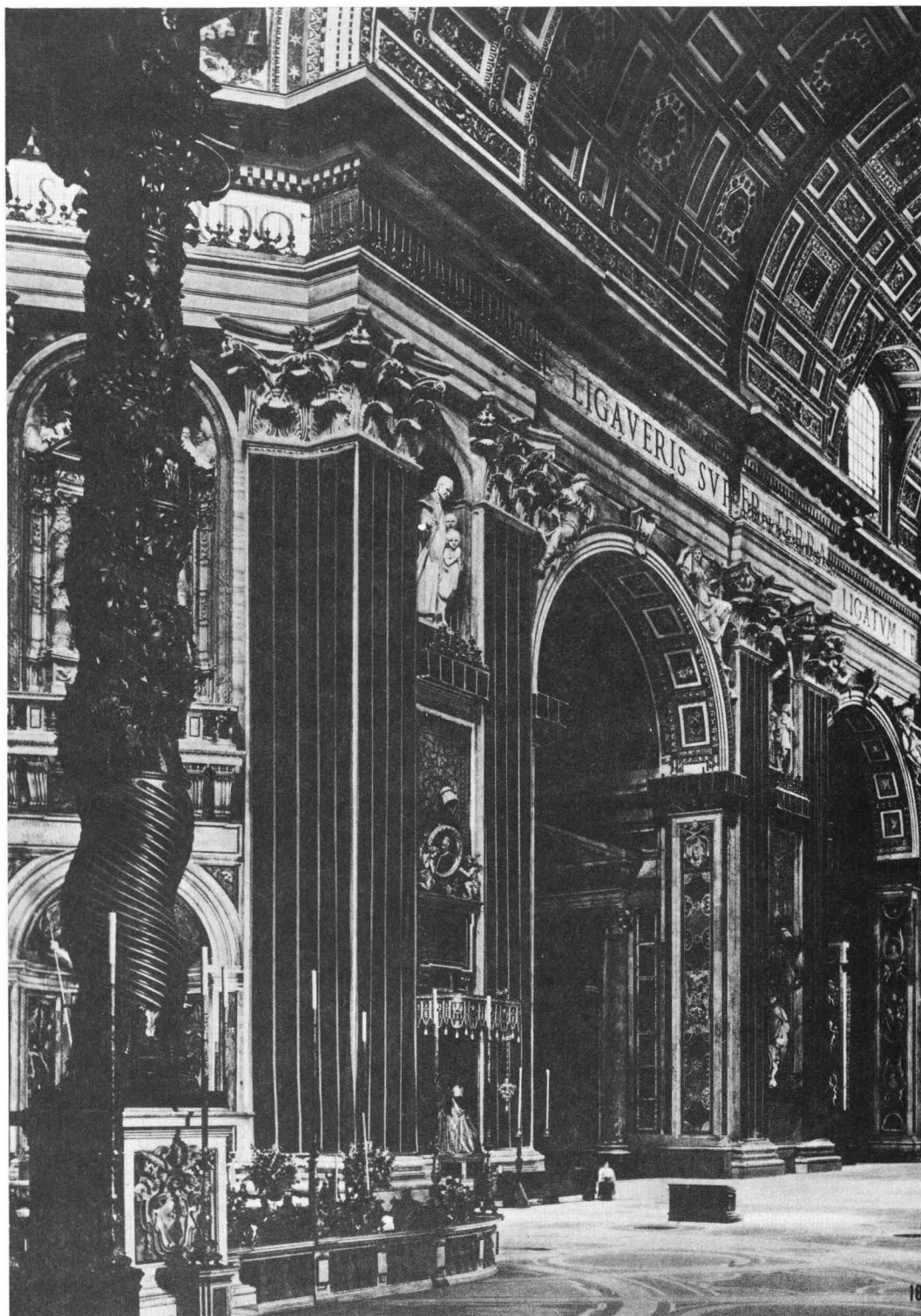
RECUERDOS. Me confesaré a menudo, y comulgaré siempre que el confesor me lo autorice. Quiero santificar los días festivos. Mis amigos serán Jesús y María. Antes morir que pecar.

Leed a menudo estos Recuerdos, practicadlos durante toda la vida ¡Felices vosotros! Vendrá un día en que gozaréis para siempre, arriba en el cielo, las alegrías y las delicias de la primera Comunión.

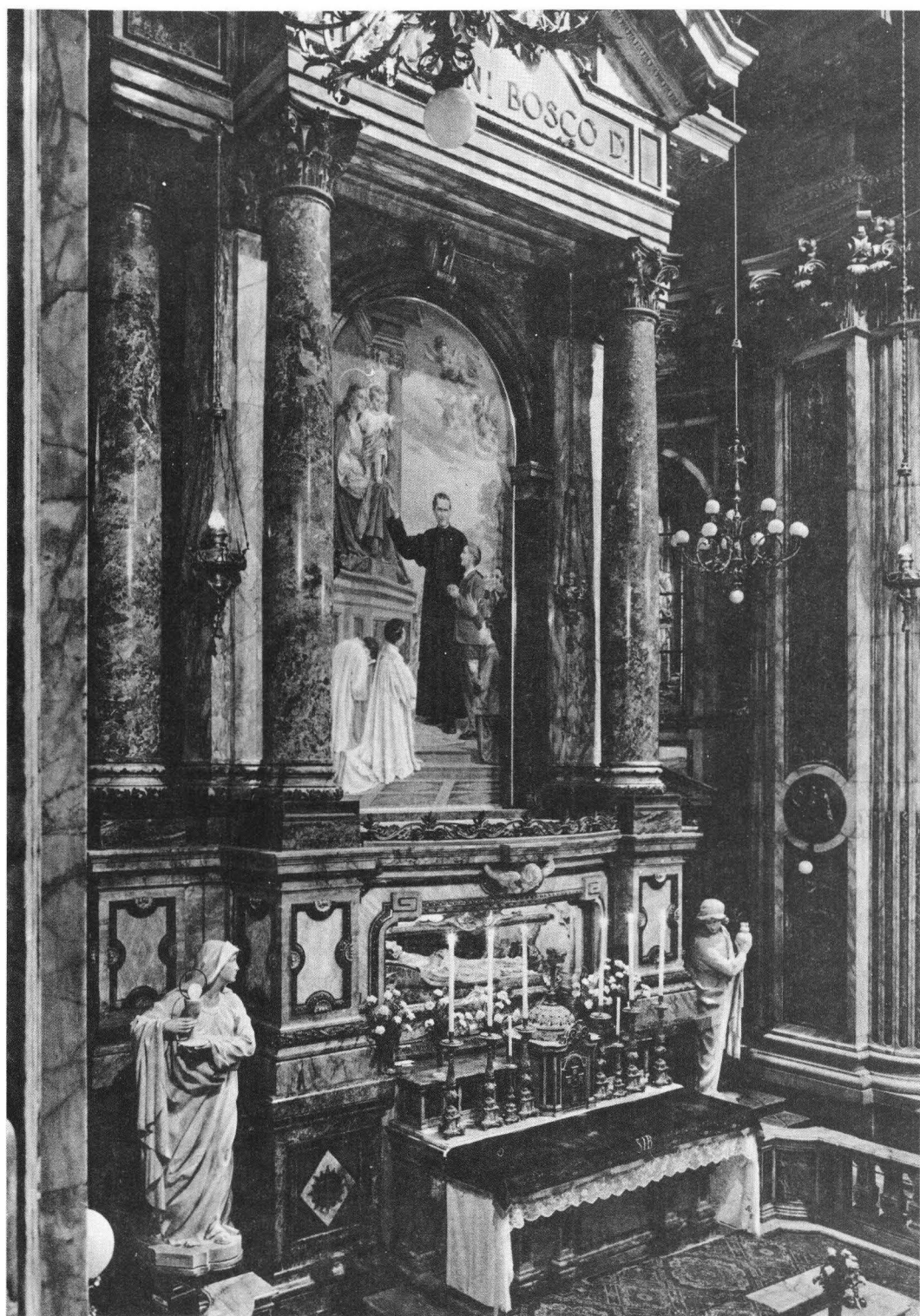
Un amigo de los niños



Valsállice-Colegio Salesiano,
donde reposaron sus restos de 1888 a 1929.



Basílica de San Pedro en Roma.
Estatua de san Juan Bosco, en un puesto de honor.



Altar de san Juan Bosco en la Basílica de María Auxiliadora.
En él descansan sus restos mortales.



El cuerpo de don Bosco,
tal como se halla en la urna del altar.



Primer monumento en honor de don Bosco.
Castelnuovo Don Bosco —1898—.



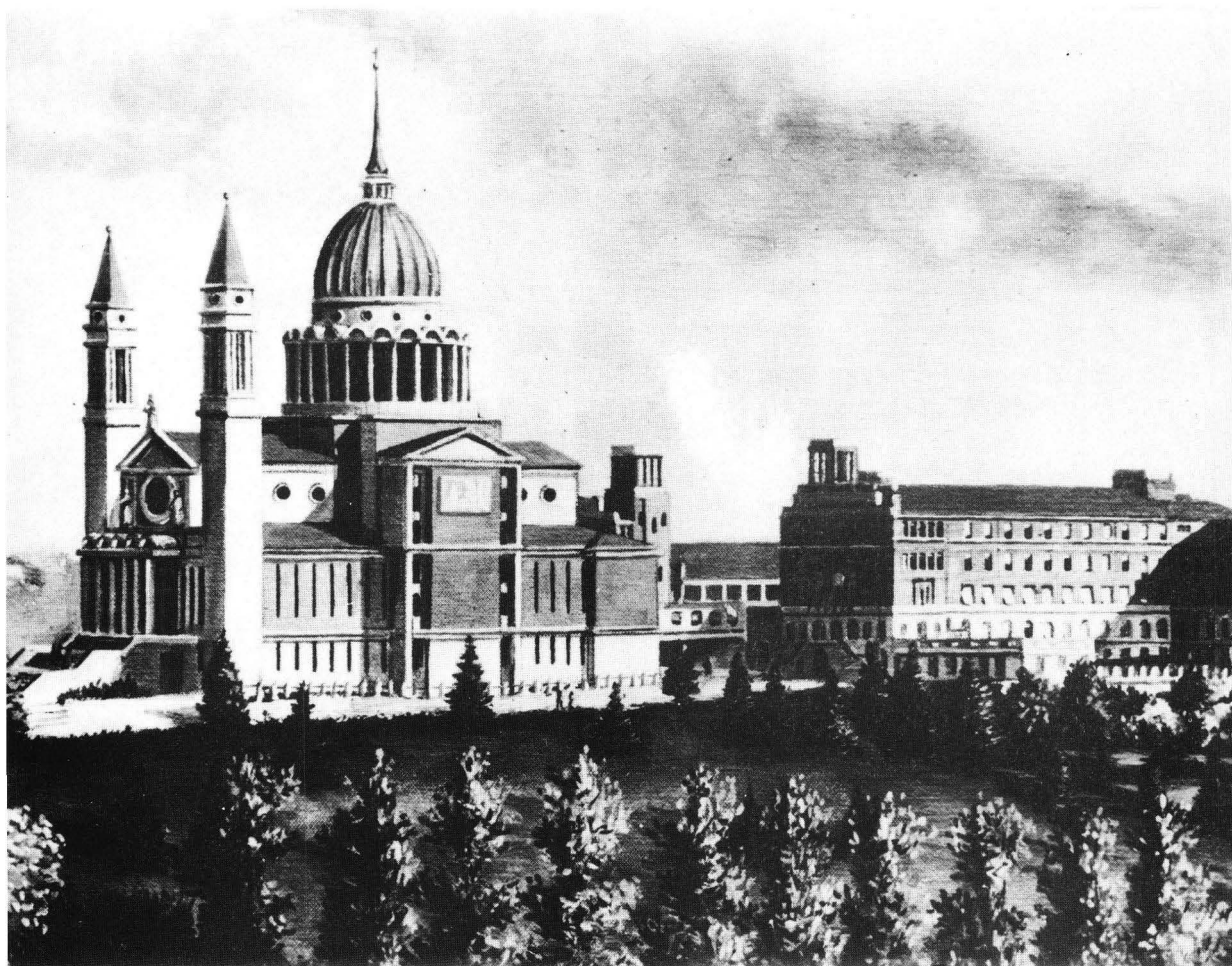
Monumento a don Bosco
en la Plaza de María Auxiliadora en Turín.



Hornacina en mosaico valenciano,
colocada en el barrio Don Bosco, de Valencia.



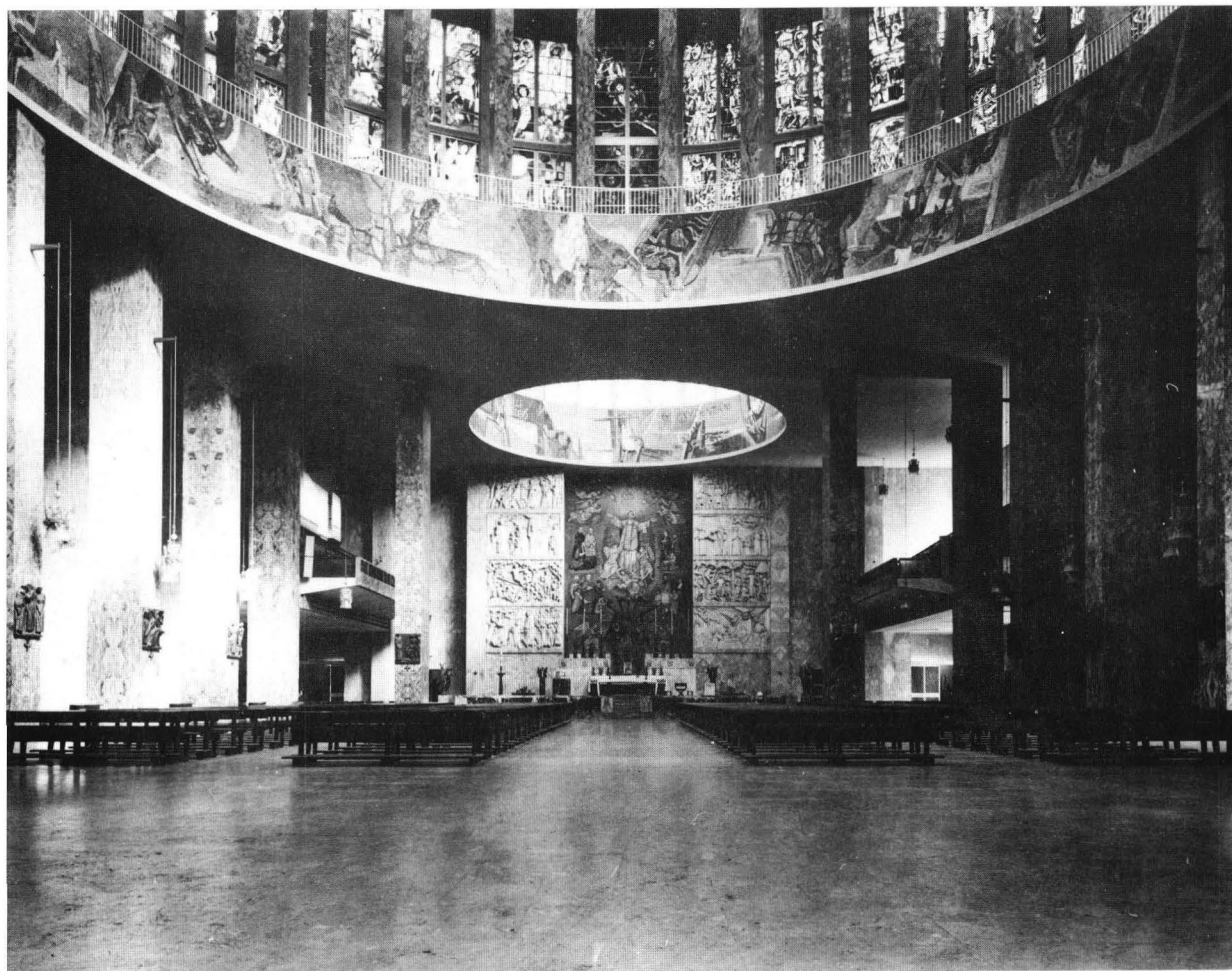
Monumento a san Juan Bosco en Cádiz.



Templo a san Juan Bosco
e Instituto de Artes Gráficas en I Becchi.



Templo a san Juan Bosco en Roma.



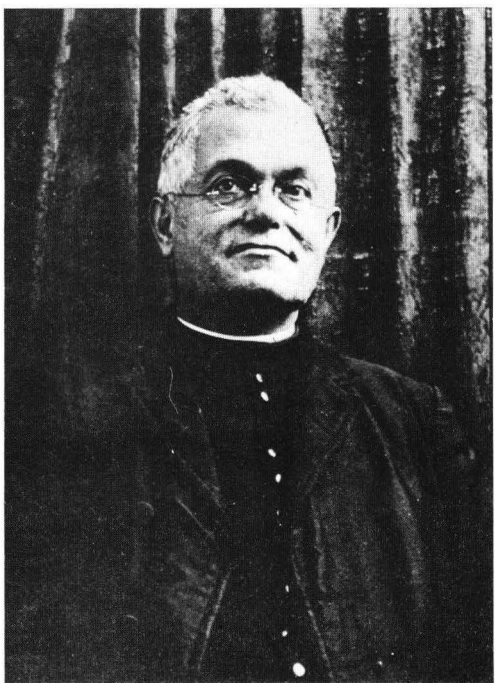
Interior del Templo de san Juan Bosco en Roma.



JUAN BAUTISTA LEMOYNE,
autor de los nueve primeros volúmenes.



EUGENIO CERIA,
autor de los volúmenes del XI al XIX.



ANGEL AMADEI,
autor del volumen décimo.



BASILIO BUSTILLO,
traductor al español.

INDICE

	Página
<i>Presentación</i>	9
<i>Prefacio</i>	15
Cap. I.—Elegías	18
Cap. II.—De cómo se llegó al proceso ordinario	37
Cap. III.—Desde el proceso ordinario de Turín hasta el decreto de Roma sobre la venerabilidad	47
Cap. IV.—Desde los procesos apostólicos hasta el decreto sobre la herocidad de las virtudes	62
Cap. V.—Los milagros para la beatificación	79
Cap. VI.—Decreto del «Tuto»	96
Cap. VII.—Solemne reconocimiento de los restos	104
Cap. VIII.—La beatificación en Roma	115
Cap. IX.—El traslado del cuerpo	145
Cap. X.—Ecos de la beatificación en la palabra del Papa Pío XI	173
Cap. XI.—Reasunción de la Causa	190
Cap. XII.—El «Tuto» y los Consistorios	202
Cap. XIII.—La canonización	215
Cap. XIV.—En Roma después de la canonización	239
Cap. XV.—Ecos de la canonización en la palabra del Papa	257
Cap. XVI.—Fiesta de la canonización en Turín	270
Cap. XVII.—Otras manifestaciones especiales	284
Cap. XVIII.—En el cincuentenario de la muerte	305

APENDICE DE DOCUMENTOS

1. Inscripciones del P. Angelini, S.J., para los funerales de don Bosco en Roma	323
2. Incripciones del P. Mauro Ricci, escolapio, en los funerales de don Bosco en Florencia	324
3. Carta del Arzobispo de Río de Janeiro a los Salesianos de Niterói.	325
4. Carta del Obispo de Montevideo a don Miguel Rúa	326
5. Nombramiento de don Juan Bonetti como Postulador	327
6. Postulación de don Juan Bonetti al Arzobispo de Turín	327
7. El «iuramentum calumniae» del Postulador	328
8. Carta de don Felipe Rinaldi al Cardenal Prefecto de Ritos	328
9. Carta del canónigo Sorasio al Prefecto de Ritos	330
10. Carta de don Juan Turchi al Prefecto de Ritos	332
11. Don Bosco y la Conciliación	339

	Página
12. Don Bosco retorna	341
13. Las Misas de los maestros Antolisei y Pagella	344
14. Respuesta dada en nombre del Papa a las peroraciones y ruegos de los Abogados Consistoriales para la Causa de don Bosco y de las otras tres	349
15. Respuesta del Papa a las tres instancias	350
16. Fórmula de la canonización	351
17. Homilía del Padre Santo	351
18. Himno de la canonización	353
19. URBIS ET ORBIS. Se decreta la fiesta de San Juan Bosco para toda la Iglesia	355

DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

I. Dos cartas de petición	357
II. Cinco cartas a monseñor Masnini	358
III. Cuatro cartas a monseñor Sciandra, Obispo de Acqui	360
IV. Broma rimada	363
V. Carta a una señora	363
VI. Cartita de don Bosco	364
VII. Carta de don Bosco a don Pablo Albera	364
VIII. Opinión sobre don Bosco en el 1844	365
IX. Don Bosco visto por los condes Callori de Vignale	365
X. El ojo de don Bosco	366
XI. Una curación prodigiosa	367
XII. Don Bosco lee en la conciencia	368
XIII. Don Bosco en Velletri	369
XIV. En presencia de don Bosco	370
XV. Curación de un mudo	370
XVI. Don Bosco en Reims	371
XVII. Predicción	371
XVIII. Intuición y profecía	372
XIX. Un encuentro con don Bosco en el tren	373
XX. Sobre dos audiencias de don Bosco a Víctor Hugo en el año 1883	373
XXI. Recuerdo de la Primera Comunión	374

ACABOSE DE IMPRIMIR
ESTE DECIMONONO VOLUMEN DE LAS
MEMORIAS BIOGRAFICAS
DE SAN JUAN BOSCO
EN ESPAÑOL
EL DIA 7 DE ABRIL DE 1989
ANIVERSARIO DE LA LLEGADA DE
SAN JUAN BOSCO A BARCELONA (7-IV-86)
D.M.A.C.T.

